

A través de la República

La emergencia del reporterismo viajero en la prensa porteña de entre- siglos [XIX-XX]

Autor:

Servelli, Martín Francisco

Tutor:

Saítta, Sylvia Regina

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado

Doctorado en Letras – Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A.



A través de la República:

**La emergencia del reportero viajero en la prensa porteña de
entre-siglos (XIX-XX)**

TESIS DOCTORAL

CARRERA: LETRAS, U.B.A.

DOCTORANDO: Lic. Martín Francisco Servelli

DNI 20.250.535 / EXPTE. 839865

DIRECTORA: Dra. Sylvia Regina Saítta

julio 2014

Índice

Introducción	5
Capítulo 1. Reportерismo viajero	18
1.1 Inicios del reportерismo en la prensa de Buenos Aires	21
1.1.1 El imperio de la información y los modelos en pugna	27
1.2 Profesionales de la noticia	30
1.2.1 Mito y estigma del reporter	34
1.3 Trayectorias periodísticas	40
1.3.1 Un salto de calidad: los grandes diarios de Buenos Aires	43
1.3.2 Cronistas de la ciudad moderna	46
1.4 En viaje: ver, oír y contar	52
1.4.1 Enviados especiales de <i>La Nación</i>	52
1.4.2 Autofiguras: la imagen sacrificial	56
Capítulo 2. La crónica periodística de viaje	63
2.1 Mirada crónica: de la ciudad a la Nación	65
2.1.1 La crónica modernista: información y literatura	65
2.1.2 Costumbristas, <i>chroniqueurs</i> y reporters	69
2.1.3 Voces de la ciudad babélica	76
2.2 Relatos de relatos de viajes y aventuras	79
2.2.1 <i>Materia mui manoseada</i>	82
2.2.2 Interludio gastronómico	86
2.2.3 Aventuras tartarinescas	89
2.3 Perspectivas: a vuelo de pájaro, desde la ventanilla del tren, en cubierta	93
2.4 Crónica periodística y narrativa expedicionaria: apuntes para un deslinde	100
2.4.1 Historia e historias de la Patagonia: un reportaje monumental	105
2.5 Periodismo de investigación y de denuncia: excursiones a la política criolla.	110
2.5.1 Cerca de la revolución	111
2.5.2 La elocuencia de los números	117

Capítulo 3. Excursiones periodísticas: ediciones, reescrituras, adaptaciones y préstamos	123
3.1 Del diario al libro	124
3.1.1 El impacto de los semanarios ilustrados en los libros de Manuel Bernárdez	129
3.2 Payró y Fray Mocho: entre la gira periodística y la imaginación literaria	138
3.2.1 Un reporter entre matrones	139
3.2.2 Equívocos de un viaje imaginario a la región fueguina	144
3.2.3 La trama documental de una novela política: episodios pagochiquenses	152
3.2.4 De la libreta de apuntes: tradiciones y leyendas	155
3.2.5 Inundaciones: el drama de la ficción	159
3.2.6 Alegría en la Patagonia	164
3.2.7 <i>Nosotros</i> o cómo meter la Argentina en un libro	168
Capítulo 4. Viajes presidenciales y giras ministeriales	174
4.1 Trashumancias de Julio A. Roca	176
4.1.1 Lo que sobra y lo que falta: cañonazos y noticias	181
4.1.2 Río era una fiesta	186
4.1.3 Instantáneas del presidente	190
4.2 Emilio Civit: <i>Jornadas del progreso argentino</i>	195
4.2.1 La civilización del riel y del agua	201
4.2.2 Una Arcadia para el trabajador argentino	209
Capítulo 5. Imaginar la Nación	216
5.1 Paisaje y Nación	219
5.1.1 Sublimes y patrióticos	222
5.1.2 Llanuras, montañas, sierras y cascadas: valores y usos	226
5.1.3 Fotografía e ilustración paisajística en los Suplementos Ilustrados	235
5.2 La cuestión identitaria: mapas de inclusión y exclusión	244
5.2.1 Polisémicos criollos	245
5.2.2 Excursiones a las colonias	254
5.2.3 <i>Mixturas: gotas de fluido vivaz en la espesa sangre criolla</i>	261

5.2.4 Pedagogía inmigratoria: guías y manuales	269
Epílogo	278
Apéndices Documentales	290
I. Crónicas por autor	291
II. Antología de crónicas	323
Bibliografía	394
Agradecimientos	416

Introducción

¿A qué se refería Roberto J. Payró cuando definió su viaje a la Patagonia, en 1898, como una “excursión periodística” en el subtítulo de su libro *La Australia argentina*? El capítulo inicial se abría con dos breves líneas de diálogo: –*¿Estará usted listo para el 5? Hoy es 2, y no hay tiempo que perder. –Sí señor; estaré.* Se trataba del director del diario *La Nación* anunciándole a su corresponsal la partida inmediata hacia un nuevo destino. Aquel subtítulo y ese diálogo dispararon la investigación que condujo a la escritura de esta tesis: en el origen del libro de Payró se hallaba una extensa serie de crónicas publicadas en *La Nación*, que formaba parte de un conjunto mayor de giras periodísticas por el país. Detrás del encargo de la dirección había un programa de desarrollo de los servicios de noticias nacionales e internacionales que había transformado los contenidos y formatos de la prensa diaria finisecular. Detrás del corresponsal, un nutrido equipo de enviados especiales que recorrían las provincias argentinas con premisas similares. Y detrás del subtítulo, un género discursivo con pautas propias. Esta tesis tiene como objetivo central reconstruir la figura del *reporter viajero*, caracterizar su producción específica para la prensa, la crónica periodística de viaje, y sugerir sus relaciones con otros discursos y prácticas culturales del período de entre-siglos.

La terminología utilizada por los mismos actores para denominar las nuevas funciones que asumieron en el interior de las redacciones de los grandes diarios de Buenos Aires fue variada e imprecisa, como corresponde a un momento de surgimiento y consolidación de un perfil profesional novedoso: enviados especiales, corresponsales o reporters viajeros eran, en buena medida, términos intercambiables. A lo largo de este trabajo se usan de modo indistinto aunque se privilegia este último, ya que su campo semántico derivado aparece frecuentemente empleado para referir las innovaciones en los formatos, agentes y acciones vinculados a la comunicación de noticias: *reportaje, reporter, reporterismo*.

Es, justamente, el mundo de las noticias el que transforma la faz de la prensa periódica en el último cuarto del siglo XIX en Buenos Aires, acompañando las expectativas y demandas de información, agilidad y variedad de un público que se amplía y diversifica al ritmo de un crecimiento demográfico espectacular. Esto último no implica un divorcio del sistema político, al que los principales diarios de la época se vincularon en tanto participantes y voceros de sus debates, alineados a la causa de una facción o un partido (Duncan, 1980; Alonso, 2010b). Se trata, más bien, de un período de transición donde se superponen viejas

y nuevas prácticas periodísticas, y se combinan las funciones panfletarias de la prensa como cara pública de una política facciosa, con rasgos notables de modernización asociados a las exigencias crecientes de información y entretenimiento del público lector. Un modelo híbrido en pleno proceso de transformación hacia el concepto de diario “en el sentido moderno de una institución autosuficiente y que determina por sí misma sus formas de financiación, su personal, su futuro y su estilo” (Duncan, 1980: 768).

La modernización de la prensa de Buenos Aires en el último cuarto del siglo XIX se articuló sobre la base de una red de factores interdependientes entre los que se destacan el crecimiento exponencial del número de lectores, la renovación técnica que posibilitó abaratar costos y aumentar las tiradas de los diarios, la expansión del espacio publicitario, la reformulación de los contenidos, el progresivo distanciamiento del paradigma de los diarios políticos y el lento tránsito hacia la división del trabajo intelectual y de los campos de la cultura.

Las corresponsalías nacionales e internacionales adquirieron en el período una relevancia inusitada. A las colaboraciones de consagradas firmas literarias europeas se sumaron los corresponsales latinoamericanos que enviaban sus crónicas desde diversos centros extranjeros como París, Nueva York o Madrid, y el despliegue de un ejército creciente de reporters y enviados especiales recorriendo la ciudad capital y el interior para cubrir el abigarrado universo de las noticias locales. *Reporter viajero* fue la denominación que adoptaron algunos de estos corresponsales que giraban por el país comunicando una gama variada de sucesos noticiosos. En la última década del siglo XIX estos viajes periodísticos se volvieron habituales como modo de dar a conocer al lector porteño el estado de las catorce provincias y los Territorios Nacionales, sus características intrínsecas, las costumbres de sus pobladores, sus paisajes representativos, las necesidades y potencialidades socio-económicas de cada región. De esta función derivada surgió una multiplicidad de crónicas seriadas que, desligadas de los sucesos de inminente actualidad, se abocaron a estudios más minuciosos en los que el formato periodístico marcaba la pauta de una modalidad novedosa de construcción discursiva del espacio nacional. El salto de las columnas del diario al libro fue consecuencia directa del interés específico que produjeron estos relatos del territorio y sus habitantes y del carácter perdurable de sus contenidos, más allá de la fugacidad de las noticias diarias. El pasaje al libro constituía, a su vez, una práctica difundida en la época, que comprendía tanto textos de carácter científico como literario,

destacándose entre estos últimos los folletines criollistas y los de la emergente novela moderna.

La investigación cuyos resultados aquí se presentan partió de este conjunto de libros y del relevamiento de sus fuentes originales en la prensa diaria: *Cuadros Sud-Americanos* (1888), de Aníbal Latino; *Tierra del Fuego. Recuerdos e impresiones de un viaje al extremo austral de la República* (1897), de José Manuel Eizaguirre; *Tierra adentro. Sierras de Córdoba. Excursiones por los departamentos de Anejos Norte, Punilla, Cruz del Eje y Minas* (1897), de Ashaverus (con prólogo de Rubén Darío); *La Australia argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra de Fuego e Isla de los Estados* (1898) y *En las tierras de Inti* (1909), de Roberto J. Payró; *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones* (1901), *Santa Fe* (1902) y *La Nación en marcha (Viajes por la República Argentina)* (1904), de Manuel Bernárdez; *Hacia las cumbres (Jornadas del progreso argentino)* (1905) del mismo Bernárdez y Arturo Giménez Pastor. La indagación de las fuentes reveló una modalidad periodística ampliamente difundida que superaba con creces la expectativa abierta por los volúmenes impresos. Los viajes periodísticos de Roberto J. Payró para *La Nación* compilados en libro constituyeron así la punta de lanza para adentrarse en el diario de la familia Mitre y constatar que un grupo de periodistas modernos compartían funciones similares como reporters viajeros: José Ceppi (Aníbal Latino), Julio Piquet, Eustaquio Pellicer, Amado J. Ceballos (Ashaverus) y Benigno Lugones entre otros anónimos o circunstanciales como Alberto Ghirardo, Rubén Darío o Bartolomé Mitre y Vedia. La conformación del corpus se completó con el relevamiento de *La Prensa* y *El Diario*, lo que permitió extender el examen a los tres diarios más importantes de la ciudad de Buenos Aires en el cambio de siglo (Mayochi, 2000: 19).¹ De este modo, a los nombres mencionados se incorporaron otros no menos relevantes para la prensa porteña del período como el de José Manuel Eizaguirre (*La Prensa*), Manuel Bernárdez y Arturo Giménez Pastor (*El Diario*).

¹ El *Censo general de población, edificación, comercio e industria de la ciudad de Buenos Aires* de 1887 informa el tiraje de los periódicos y revistas publicados durante ese año: los dos primeros lugares corresponden a los matutinos *La Nación* y *La Prensa* con una tirada promedio de 18.000 ejemplares y el tercer lugar lo ocupa el vespertino *El Diario* con 12.500 ejemplares promedio (1889: 545-546). En la década siguiente, el predominio de las tres publicaciones puede corroborarse en las breves reseñas del *Anuario de la prensa argentina. 1896* de Jorge Navarro Viola. Dice sobre *El Diario*: “Irresistible en la crítica, ha llegado a adquirir un prestigio considerable: es el diario que más se lee en la Capital” (178); y sobre *La Prensa*: “(...) ha podido alcanzar un éxito extraordinario, sin igual quizá entre los periódicos escritos en español. 58.000 ejemplares es la cifra de su tiraje diario, cuya circulación se encuentra principalmente en la Capital” (186). En 1913 continúan siendo los diarios de mayor tirada, junto al vespertino *La Razón* fundado en 1905, según datos de la *Guía Periodística Argentina* (Saítta, 1998: 33).

Todos ellos firmaron sus crónicas y artículos, lo que los distinguía del numeroso contingente de reporters anónimos; varios construyeron en paralelo reputaciones como literatos o historiadores aun cuando se consideraban fundamentalmente periodistas; participaron en diversas secciones del diario, escribieron abundantes artículos relativos al oficio periodístico, formaron parte de asociaciones gremiales y, en algunos casos, desempeñaron cargos directivos en sus respectivos diarios. Más allá de las inflexiones particulares en la producción de cada uno de los periodistas tratados, considerar al reportero viajero como objeto de la investigación requirió privilegiar por sobre los nombres propios una serie de componentes supraindividuales, como ser constelaciones temáticas y argumentales, modelos discursivos y estructuras retóricas que se imponen por sobre las variantes individuales. Se buscó, de este modo, poner en foco la emergencia y afianzamiento de una figura particular del campo periodístico, asociada a una producción textual específica.

La reposición del soporte material original de las crónicas permitió trazar una serie de vínculos con otras textualidades que las ediciones en libro difuminaban, como el diálogo implícito con otros relatos de viaje por el país realizados por científicos o militares, con los que compartían en muchas ocasiones las mismas páginas del diario; el enlace con las notas de actualidad del momento o los vínculos con las líneas político-ideológicas de los editoriales. La remisión a las fuentes originales permitió asimismo advertir la centralidad del formato discursivo, pudiéndose afirmar, sin temor a exagerar, que no había un día sin que los grandes diarios de Buenos Aires publicasen alguna correspondencia de sus enviados especiales desperdigados por el país.

En torno al inicio de la década del ochenta pueden situarse los comienzos del reportero viajero en la prensa de Buenos Aires. Un hecho bélico destacado viene a corroborar, por la negativa, este dato de la investigación: la guerra de la Triple Alianza (1865-1870) no contó con periodistas actuando como corresponsales de guerra, sino con soldados, funcionarios, proveedores y hasta dueños de barcos ejerciendo el oficio, entre ellos el reconocido *Falstaff* (Lucio V. Mansilla).² El período considerado en esta investigación

² “Imbuido de la compulsión de la primicia periodística que campeaba en Europa y los Estados Unidos, el diario [*La Tribuna*] trataba de ser el primero en informar sobre los sucesos de la guerra, y si no podía contar con corresponsales expresamente salidos de las redacciones y mantenidos con sus fondos en el frente, como el *Times*, de Londres, durante la guerra de Crimea (1854-1856), o el *Herald*, de Gordon Bennett, que ubicó un periodista con vehículo especial en cada cuerpo del ejército en la Guerra Civil Norteamericana (1861-1865), al

comprende las dos últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Se abre con la serie de crónicas de Benigno Lugones, “Una excursión al Sur”, de 1883, y se extiende hasta el voluminoso conjunto de crónicas de Manuel Bernárdez, publicadas entre 1901 y 1904, correspondientes a las giras ministeriales de Emilio Civit, ministro de Obras Públicas del segundo gobierno de Julio A. Roca. Coincide, además, con el surgimiento del semanario ilustrado *Caras y Caretas*, que resulta central para comprender las transformaciones culturales de la época, y cuyo impacto significó una revolución decisiva sobre los modos de lectura que afectó también a los formatos de la prensa diaria.³ Las fechas de apertura y cierre del corpus de crónicas periodísticas de viaje responden al seguimiento de la trayectoria de un grupo pionero de periodistas que realizaron giras por el país para tres grandes diarios de Buenos Aires y que sentaron las bases del género a la vez que constituyeron la figura del reporter viajero. Poco más de dos décadas en las que la prensa periódica de Buenos Aires experimentó un dinamismo y una vitalidad excepcionales.⁴ Luego de desempeñarse como reporters viajeros en el medio local muchos de ellos continuaron cumpliendo funciones similares en el exterior, como Roberto J. Payró en Bruselas, Eustaquio Pellicer en Madrid, Aníbal Latino en Italia y Francia o Manuel Bernárdez en Brasil, lo que resulta indicativo del valor atribuido por las direcciones de los diarios a la experiencia local y la consecuente proyección internacional que podían alcanzar los corresponsales más destacados. En el cambio de siglo las trayectorias comunes comienzan a diversificarse y los periodistas asumen nuevas funciones que reflejan el enorme bagaje adquirido en su tránsito por las redacciones de los principales diarios porteños.

No resulta casual que el período estudiado se inicie con el acceso a la dirección del país de una nueva generación política encabezada por el general Roca, que contaba con el apoyo indiscutible de las élites provincianas. El presidente saliente (Nicolás Avellaneda) y el entrante representaban para algunos la unidad nacional que se había sellado en la Constitución de 1853. Ambos eran hijos de las provincias (Tucumán) y habían recibido el respaldo de importantes figuras de muchas de ellas; Córdoba fue el centro de las ideas, de las iniciativas y de la acción militante que los sostenía (Lobato, 2010: 182). La federalización

menos hacía llegar a sus habituales informantes unos patacones que les permitían paliar los efectos del generalmente magro rancho del ejército, adquirir efectos personales y cambiar de quepis o de espada.” (De Marco, 2003: 28).

³ Para el estudio de *Caras y Caretas*, véase: Romano (2004) y Rogers (2008).

⁴ Sobre la evolución de la prensa periódica en este período, véase: Adolfo Prieto (1988: 34-42).

de la ciudad de Buenos Aires en 1880 representó la victoria de los intereses de las provincias interiores sostenidas por el Estado nacional sobre los de la provincia de Buenos Aires; fue la manifestación más clara de que la relación provincias-Nación había cambiado. La paz roquista y el exitoso modelo agroexportador parecieron poder fundar un nuevo esquema de país, superador de antiguas antinomias, que generó visiones alternativas que escapaban a la tradicional polaridad entre Buenos Aires y el Interior (Gorelik, 1999).⁵ Las crónicas periodísticas de viaje aportaron otra mirada que contribuyó a expandir la visión del país como un mosaico de tonos variados.

La decisión de circunscribir el objeto de análisis a las giras periodísticas realizadas en Argentina (y ocasionalmente hacia países limítrofes) obedece a que la hipótesis central que recorre la tesis propone que estas crónicas contribuyeron a modelar un imaginario de Nación, en un período de crecimiento acelerado y cambios profundos, marcado por la afluencia inmigratoria y una difundida percepción de disgregación cultural y pérdida identitaria. Produjeron, en conjunto, un mapeo integral del país: de los canales fueguinos a la Puna y de las riberas del litoral a las estribaciones andinas. Y lo hicieron apelando a un formato discursivo original que combinaba en sus versiones más atractivas modelos periodísticos y literarios, el reportaje y el relato de viaje, la entrevista y el cuadro de costumbres. Representaron, de este modo, para el lector porteño, su principal destinatario, un país tensionado por las grandes transformaciones del impulso modernizador y las tradiciones que subsistían incólumes en los enclaves del interior: una mirada a la vez fascinada, nostálgica y exótica que guiaba a los lectores de Buenos Aires por los senderos desconocidos de la Nación. Reescribieron el espectáculo de la naturaleza con la retórica grandilocuente de los símbolos identitarios y fijaron las múltiples idiosincrasias de sus moradores en un conjunto abigarrado que en perspectiva dibujaba un perfil de Nación como la intrincada figura de un tapiz.

El concepto de nación que subyace a esta formulación incorpora una dimensión subjetiva del fenómeno nacional deudora de los postulados de Benedict Anderson ([1983] 2000): una nación solo existe si quienes la integran se consideran parte de ella y se imaginan en comunión con los demás miembros. La captación del rol central que desempeñó la

⁵ Entre estas visiones alternativas Adrián Gorelik menciona la de un incipiente regionalismo literario en textos como *Mis montañas* (1893), de Joaquín V. González o el posterior *De nuestra tierra* (1917) de Carlos Ibarguren (1999: 138).

prensa periódica en este proceso de definición, creación y consolidación de una identidad colectiva procede igualmente de su influyente trabajo: los diarios crearon naturalmente comunidades imaginadas entre un conjunto específico de lectores con intereses compartidos.

Otra idea subsidiaria implicada en la hipótesis central de la tesis proviene del concepto de “geografías imaginarias”, desarrollado por Edward Said en base a las proposiciones de Gastón Bachelard sobre la poética del espacio: “El espacio adquiere un sentido emocional e incluso racional por una especie de proceso poético a través del cual las extensiones lejanas, vagas, anónimas se llenan de significaciones para nosotros, aquí.” (Said, 1990: 81). Una geografía imaginaria se añade al conocimiento meramente positivo, la mente crea algunos objetos distintivos que aunque parecen existir objetivamente tienen una realidad ficticia. El “interior”, en tanto referente geográfico aludido por la mayoría de las crónicas periodísticas estudiadas, constituye sin duda una de estas extensiones lejanas y vagas que se colman de valores y significados para los lectores de Buenos Aires. Un vocablo que encubre una gran variedad de realidades sociales, políticas, históricas y hasta lingüísticas, cuya representación participa de un conjunto de figuraciones basadas en la contraposición entre la ciudad de Buenos Aires y el resto del país que las crónicas reprodujeron y erosionaron al mismo tiempo, en el intento de pluralizar el mapa argentino.

El estudio de la prensa porteña de fines del siglo XIX e inicios del XX supone adentrarse en un universo multifacético que presenta, aún hoy, zonas inexploradas. Hacia finales de la década de 1870, *La Nación* inició una etapa de modernización progresiva que involucraba tanto aspectos tecnológicos como de racionalización y especificación de sus nuevas funciones sociales, ligadas principalmente a la información y a la publicidad comercial (Ramos, 2003: 97). La contratación de servicios telegráficos y de corresponsalías especiales permitió a *La Nación* y a *La Prensa* contar puntualmente con detalladas noticias de los principales sucesos de Europa y América. La competencia que entablaron los dos colosos (y rivales) de la prensa sudamericana sirvió también de estímulo para esta evolución. Pero fue en las noticias locales donde se verificó el espacio de mayor crecimiento de los diarios porteños, con el desarrollo de nuevas secciones orientadas hacia la información y el surgimiento de nuevos perfiles profesionales asociados a esta expansión.⁶ Son estos

⁶ Para un análisis detallado de la evolución de las secciones de noticias de *La Prensa* durante su primera década de existencia véase: Bressan (2010: 58-65).

“recursos modernos” los que puso también en juego *El Diario* desde su aparición, en 1881, para disputar el favor del público: “el reportaje, el telégrafo, el teléfono, las artes gráficas” (Echagüe, 1945).

El crecimiento de los pueblos, ciudades y colonias del país, la construcción de caminos y el desarrollo de los sistemas de transporte, en especial el ferrocarril, contribuyeron no solo a la difusión de los diarios porteños sino también al despliegue de sus equipos de corresponsales. También el cierre de la conquista de la Patagonia y el sometimiento decisivo de los indios, en 1879, abrieron nuevas perspectivas sobre un territorio en buena parte inexplorado. Benigno Lugones se asombraba, en un pasaje de su excursión periodística a los pueblos del sur de Buenos Aires, de que los vecinos de Olavarría hablasen todavía de los indios en modo indicativo y tiempo presente, y Roberto J. Payró se lamentaba, durante su viaje patagónico, por no poder asistir a un encuentro directo con los indios, testimonios que dan cuenta de los cambios acaecidos en un pasado todavía reciente.

El reconocimiento y análisis de las crónicas periodísticas de viaje al interior del país como un objeto diferenciado no hubiera sido posible sin los estudios que precedieron a esta investigación, de los que, en buena medida, es deudora. Con distintas orientaciones y búsquedas, numerosos trabajos sobre historia cultural y prácticas culturales desarrollados en las últimas tres décadas han puesto en foco a la prensa periódica como un espacio privilegiado donde examinar problemáticas centrales del período, como ser los procesos de democratización y modernización cultural (Rama, 1985 y 1998; Prieto, 1988; Ramos, [1989] 2003; Rivera, 1998; Saítta, 1998; Romano, 2004; Rogers 2008; Roman 2010b). A las historias “clásicas” de la prensa y el periodismo argentinos publicadas en la década de 1940 (Beltrán, 1943; Fernández, 1943; Galván Moreno, 1943) se han sumado trabajos panorámicos más recientes como el de Ulanovsky (1997) y De Marco (2006) y otros focalizados en áreas específicas, como el periodismo de denuncia e investigación o la prensa satírica (Malharro y López Gijsberts, 1999; Roman 2010a). Dado el papel destacado que jugó el modernismo como movimiento de renovación estética, desde la llegada del poeta Rubén Darío a Buenos Aires, en 1893, los estudios sobre la crónica modernista prestaron particular atención crítica al diario *La Nación* (Ramos, [1989] 2003; Rotker, 1992; Zanetti 2004), para el que José Martí actuó como corresponsal en Nueva York entre 1881 y 1891 y Rubén Darío como corresponsal en Europa casi hasta su muerte, en 1916.

El examen del corpus se realizó desde una perspectiva interdisciplinaria que combina crítica literaria, historia cultural, sociología de la cultura y de los medios masivos. Se abordaron las crónicas atendiendo a los procesos histórico-políticos que en las últimas décadas del siglo XIX tensionan la autonomía relativa de la prensa de Buenos Aires (Duncan, 1980; Alonso, 1997 y 2010b; Zimmermann, 1998); a la construcción discursiva de la territorialidad nacional, la representación del espacio como escenario dotado de determinados sentidos políticos y culturales (Andermann, 2000); a la formación de una mirada paisajística como expresión de identidades sociales (Mitchell, 1994; Aliata y Silvestri, 1994; Cosgrove, 2002); a las construcciones identitarias atravesadas por una retórica “literaria” (metáforas, figuraciones y relatos) que permea toda representación etnográfica (Clifford, 1986); a la cuestión nacional, el problema de la inmigración masiva y las políticas tendientes a la formación de una nacionalidad propia (Bertoni, 2007).

Esta tesis propone un recorrido posible por un objeto novedoso que no ha sido abordado como tal. Se organiza formalmente en cinco capítulos, un epílogo y un apéndice que buscan dar cuenta del surgimiento y desarrollo de un formato específico de la prensa diaria finisecular, sus características intrínsecas y los vínculos que establece con un conjunto de prácticas discursivas y culturales.

El capítulo uno establece el contexto de aparición del reporterismo viajero en el marco del giro informativo de la prensa diaria y la incorporación de un público ampliado a las filas de lectores. La importancia creciente que adquieren las noticias por sobre los artículos de opinión se rastrea en la aparición de nuevas secciones, en la compleja logística implementada para la transmisión de las primicias, en la composición de las redacciones de los diarios, en el tratamiento de sucesos destacados apelando al novedoso formato del reportaje, en el surgimiento de nuevos perfiles profesionales. La especialización de los géneros informativos y de las funciones de los reporters se dieron de modo correlativo: el desarrollo de las noticias requería de un enfoque expandido que contuviera tanto el relato colorido de los hechos, como las descripciones pormenorizadas de sus circunstancias y los testimonios de los involucrados, propiciando el avance de la figura del reporter como un productor de contenidos informativos (más que un mero recolector de noticias). Los modelos de la prensa europea y norteamericana fueron tomados como patrones de referencia para pensar las características de esta evolución y procesar las nuevas orientaciones del periodismo. El relevamiento de las trayectorias individuales de un grupo de

periodistas que se desempeñaron como reporters viajeros da cuenta de un perfil experiencial determinado, que tuvo en la crónica urbana uno de sus denominadores comunes. De la ciudad de Buenos Aires, en acelerado tránsito modernizador, a las regiones del interior, atravesadas por desarrollos dispares, los enviados especiales trasladaron una matriz perceptiva y retórica entrenada en la diversidad cosmopolita.

El capítulo dos examina los aspectos formales de la crónica periodística de viaje a partir de los géneros escriturarios que participan de su propuesta discursiva. El eje central que estructura el análisis está dado por el particular balance que establece el formato entre las modalidades narrativa e informativa. Si el peso de la primera recae sobre una serie de tópicos y procedimientos derivados del relato de viaje, el de la segunda se afirma sobre un conjunto de características propias del reportaje, entendido como un género que aborda un suceso noticioso o tema de interés general. Esta tensión constitutiva entre el carácter utilitario y objetivo de la información y una franca disposición al relato, se encuentra ya presente en la crónica, que es antes que nada un género periodístico que comunica noticias. Se propone entonces una indagación genealógica de la crónica atendiendo a su doble naturaleza periodística y literaria, tal como la concibieron los escritores filiados al modernismo: un ejercicio de sobreescritura que proyecta sobre la noticia un enfático trabajo verbal. La descripción formal de las crónicas periodísticas de viaje permite establecer un deslinde respecto de la narrativa expedicionaria, esto es, los viajes de exploración y relevamiento que contemporáneamente venían realizando diversas instituciones científicas y militares, y con los que una variante del reporterismo viajero compartía determinados contenidos. Finalmente se someten a consideración una serie de viajes periodísticos en los que la información se subordina al objetivo primario de producir una investigación con fines de denuncia.

Numerosas crónicas periodísticas de viaje al interior sobrevivieron a la fugacidad de las columnas del diario al ser recopiladas en libro. Otras pasaron a integrar volúmenes de cuentos o sirvieron de base para diversas producciones literarias. El capítulo tres propone una indagación de estas derivaciones, pasajes y adaptaciones ulteriores. Para ello se recorta una zona de la obra literaria de dos de los periodistas más relevantes con que contó la prensa porteña de fin de siglo: José S. Álvarez (Fray Mocho) y Roberto J. Payró. Sin haber sido específicamente un corresponsal viajero fue el primero, según coincidentes testimonios de época, uno de los reporters más antiguos y populares, que transitó la mayor parte de las

redacciones de los diarios de Capital Federal antes de dirigir el semanario ilustrado donde dejaría su impronta definitiva.⁷ Sus dos libros de mayor aliento y estructura unitaria dejan entrever la figura del reporter viajero en el principio constructivo de sus puntos de vista enunciativos y en el bagaje de procedimientos y recursos que despliegan. Por su parte, Payró construyó en los resquicios de su actividad periodística una obra literaria de cruces fecundos con el reportero viajero. Las giras por el interior del país proporcionaron no solo el sustrato temático de numerosos cuentos y piezas dramáticas sino que aportaron la matriz del viaje como modelo de relato, así como un componente reformista y de denuncia que estaba ya presente en sus investigaciones periodísticas. Los puntos de contacto que se establecen entre los textos analizados de ambos autores confirman la presunción de que el examen de sus obras resulta inescindible de la consideración de sus vínculos con la práctica periodística que constituye el objeto de esta tesis.

El capítulo cuatro está dedicado a las giras presidenciales y ministeriales que cubrieron los reporteros viajeros, durante la segunda presidencia de Julio A. Roca. El tratamiento diferenciado apunta a identificar las inflexiones particulares con que los enviados especiales relataron las acciones del gobierno y representaron a sus funcionarios, y evaluar en paralelo las posiciones políticas de los diarios manifestadas en los editoriales, con el fin de estudiar la injerencia que estas pudieron tener en el sesgo ideológico de las crónicas. Se pretende discernir, en última instancia, el grado de independencia o los posibles condicionamientos en el tratamiento de la información con que los enviados de prensa se enfrentaron a los grandes nombres de la política del período. Un intento por determinar hasta qué punto el giro informativo de la prensa periódica socavó el paradigma de la prensa política. El interés por la vida privada, la nota indiscreta o frívola, las acciones fuera de protocolo o las charlas que descubren la intimidad del personaje revelan nuevos modos de vinculación entre la prensa y la política, más atentos a la curiosidad de un público masivo que a los intereses de las luchas facciosas.

⁷ Un suelto del diario *El Tiempo*, de 1895, enumera los siguientes periódicos donde colaboró Álvarez hasta ese año: *La Pampa*, *La Nación*, *El Nacional*, *La Patria Italiana*, *La Patria Argentina*, *Las Provincias*, *El Diario*, *Don Quijote*, *El Mosquito*, *La Prensa*, *Sud-América*, *El Liberal*, *El Libre Pensador*, *La Crónica*, *Los Castigos*, *La Razón*, *Fígaro*, *Fray Gerundio*, *La Ley*, *The Times of Argentina*, *Le Courier de La Plata*, *El Cascabel*, *La Opinión*, *La Protesta*, *La Tribuna*. (“Los pseudónimos en el periodismo argentino. Fragmentos de un libro en prensa”, *El Tiempo*, 1895, en “José S. Álvarez Literary Papers, 1893-1903”, Repositorio *Benson Latin American Collection*, University of Texas, Austin.)

El capítulo cinco aborda, a través de las crónicas periodísticas de viaje, la problemática en torno a la *cuestión nacional*, entendida como la necesidad de construir una identidad colectiva que sirva de lazo social en una sociedad heteróclita. Propone pensar los diferentes modos en que estas crónicas contribuyeron a configurar un imaginario de Nación a partir de un conjunto de representaciones del territorio y sus habitantes. Para ello se recortan, en primer lugar, las descripciones de los paisajes bajo la premisa de que en esas imágenes subjetivas se condensan una serie de atributos de la nacionalidad, en el vínculo de la naturaleza con la idea de patria. Se intenta interpretar el conjunto de representaciones verbales y visuales como escenificación de un espacio que actúa como referente natural de pertenencia comunitaria; reflexionar sobre los valores que se depositan en esos escenarios grandiosos de la naturaleza y la función privilegiada que adquieren como símbolos nacionales.

Un segundo recorte selecciona aquellos tramos de las crónicas atravesados por un enfoque etnográfico, con el fin de indagar las representaciones de las dos principales identidades de referencia que modela el reporterismo viajero en el período considerado: criollos e inmigrantes. Las múltiples significaciones e interpretaciones ideológicas que rodean al significante *criollo* reflejan las tensiones de un campo de disputa, donde se dirimen los términos de una concepción esencialista de la nacionalidad. Criollos falsos o legítimos; trabajadores o indolentes; patricios o peones; blancos, indios o mestizos grafican la problemática convivencia, en un mismo colectivo nacional, de una identidad compleja que escapa a cualquier intento de definición simplificadora. Los diagnósticos elaborados a partir de las visitas a las colonias de inmigrantes (un destino frecuente de las giras periodísticas) ofrecen, en cambio, un punto de coincidencia, en la necesidad de integrar a estos conjuntos dispersos y aislados a la vida del país, a su idioma, a sus leyes, a su círculo afectivo. Entre unos y otros, *gringos* y *criollos*, se despliega un universo de historias y cuentos de mixtura racial que se comportan como sinécdoques de ese gran relato que componen las crónicas vistas en conjunto. El fenómeno inmigratorio captó la atención de los enviados especiales al punto que algunos de ellos produjeron, a partir de las necesidades recabadas en sus viajes periodísticos, textos paralelos a su labor en la prensa, destinados a ofrecer soluciones a las demandas asociadas a la integración de los extranjeros, como manuales de lectura y guías del inmigrante que se analizan en un apartado final.

El epílogo, además de presentar una recapitulación del contenido de la tesis y sus principales conclusiones, propone una apertura temporal hacia las primeras décadas del siglo XX, con el fin de indagar posibles líneas de continuidad del reportero viajero.

El apéndice, por último, reúne y sistematiza los materiales de prensa surgidos de la investigación. Dividido en dos secciones, consta del listado completo de las crónicas periodísticas de viaje que conforman el corpus central de la tesis, y de una antología de crónicas inéditas, con la intención de presentar un panorama abarcador del reportero viajero y facilitar el acceso a las fuentes originales.

Capítulo 1

Reporteismo viajero

Entonces, el gran edificio, en cuya planta baja funcionen sin cesar las colosales rotativas, presentará un aspecto solitario en su piso de redacción, ocupado únicamente por el director, que no escribe, sino que lee y corrige lo que otros hacen, y unos pocos reporters, que redactan febrilmente las últimas noticias transmitidas por el telégrafo o teléfono; mientras el numeroso personal de redacción, reclutado en todas las clases sociales, compuesto de hombres y mujeres, recorre las calles, se introduce en las oficinas públicas o en las casas de notabilidades del día, a pesca de informaciones.

Jorge Navarro Viola
Anuario de la prensa argentina (1897)

La evolución de la prensa argentina en el último cuarto del siglo XIX fue vertiginosa y uno de los rasgos notables de su modernización se verificó en el desarrollo de los servicios de noticias de los grandes diarios de Buenos Aires. La contratación de agencias internacionales, servicios telegráficos extranjeros, corresponsales y colaboradores en las principales ciudades de Europa y América constituyó parte de la respuesta a las exigencias crecientes de información de un público ávido de noticias. La figura del *noticiero* acudiendo a sus fuentes típicas de información (la casa de gobierno, la legislatura, la municipalidad y la policía) se vio desbordada por el ímpetu arrasador de su sucesor, el *reporter*.⁸ El proceso evolutivo afectó también la organización de las redacciones que procuraron abastecerse del mayor número de primicias a partir de una base de buenos reporters que supieran buscarlas y reunir las en el menor tiempo posible. La terminología en lengua inglesa (*reporter*, *interview*) adaptada al uso local expresaba una deuda de origen con la prensa

⁸ Rafael Barreda, quien fuera un destacado periodista de *Caras y Caretas*, evocaba en sus memorias el precario contenido informativo de la prensa porteña en la década de 1860 y la función que en ella desempeñaban los *noticieros*: “Los diarios de mis tiempos se llenaban con tijera, o correspondencias extranjeras, (fraguadas, generalmente), noticias locales, escasísima información de provincias, el editorial, la réplica, la discusión continua y casi siempre personal. Los directores –verdaderos secretarios de redacción– ‘condimentaban’ el material que le traían los noticieros, como se llamaba entonces a los reporters, material descarnado de toda apreciación.” (“Memorias de un periodista de ayer. Rafael Barreda y 60 años de vida argentina”, *La Razón*, 8 de enero de 1926.)

norteamericana donde este profesional de las noticias realizó sus hazañas más ruidosas.⁹ “Sombra negra”, “pesadilla”, “Argos de los hombres públicos”, “Mefistófeles de carne y hueso” fueron algunos de los modos con que un periodista contemporáneo intentó describir a este representante del diarismo moderno, que ya ostentaba una aureola mítica que lo suponía capaz de aparecer en todas partes cuando menos se lo esperaba (Latino, 1888: 410). Su radio de acción se expandió rápidamente rebasando los límites de la ciudad de Buenos Aires para desplegar su actividad febril hasta los confines del territorio nacional, dando lugar a la figura del corresponsal o reporter viajero, enviado por cuenta propia del diario a los puntos donde se desarrollaban acontecimientos de importancia.

El futuro cercano podía imaginarse como lo hacía Navarro Viola en 1896, con el personal de las redacciones volcado a las calles como un ejército, rivalizando por obtener y publicar el mayor número de noticias y detalles sobre sucesos de toda índole, tanto de la ciudad como de las provincias, de la Nación como del mundo entero.

Se propone en este capítulo un recorrido que apunta a singularizar el perfil del reporter viajero como una práctica diferenciada en el contexto evolutivo de la prensa periódica. Para ello, se parte del análisis de una red de factores interdependientes que articularon la modernización de la prensa de Buenos Aires en el tramo final del siglo XIX.

Se examina en primer término la reformulación de contenidos que proyectaron en sus editoriales inaugurales los dos grandes diarios del período, *La Nación* y *La Prensa*, coincidiendo en un programa de distanciamiento del paradigma de los diarios políticos sostenidos por una facción del poder, a cuya causa se alineaba la empresa periodística.

⁹ El incremento y perfeccionamiento de los contenidos informativos se desarrolló paulatinamente a lo largo del siglo XIX en función de variables técnicas, económicas y sociales. Según Georges Weill (1979: 137-153), historiador de la prensa europea y norteamericana, entre 1830 y 1860 se reúnen los elementos de una transformación completa de la prensa periódica (ampliación del público, anuncios publicitarios, prensa barata, nuevo periodismo, agencias de noticias) que hará eclosión en el período subsiguiente. En 1883, Ernesto Quesada identificó esta lenta transición en el desarrollo de la prensa de Buenos Aires y la resumió como el abandono progresivo del sistema francés (asociado a la prensa política) por el inglés (1883b: 441). En efecto, a mediados del siglo XIX se inicia en la prensa inglesa un período que significó el desarrollo de un nuevo y mejor periodismo, que hacía más hincapié en las noticias que el periodismo faccioso de la primera mitad del siglo, abandonando la actividad panfletaria para servir al público con noticias y una diversidad regulada de opiniones (Williams, 2003: 191-192). Pero una transformación semejante había comenzado, con anterioridad a los ensayos europeos, en la prensa de los Estados Unidos, y este parece haber sido el modelo de mayor impacto en el imaginario local para pensar el surgimiento de la figura del *reporter*: “Allí es donde primero surgió el reporter y realizó sus hazañas más ruidosas. Allí el sistema del *interview*, imitado, como lo demás, por la Europa, aunque no fuese nuevo, ha tomado carta de naturaleza en las tareas y en las costumbres periodísticas; allí es donde las empresas tuvieron más audaces iniciativas y arriesgaron más cuantiosos recursos” (Latino, 1888: 409). La Introducción del *Anuario de la prensa argentina* (1896) de Jorge Navarro Viola corrobora este aserto y reformula la percepción de Ernesto Quesada al reorientar el cambio de tendencia del modelo francés al “sistema de los diarios yankees.” (1897: 25-26).

La ampliación del público lector, producto de las campañas de instrucción pública que se hicieron intensivas a partir de la década del sesenta, constituyó uno de los factores relevantes que repercutió en los formatos y contenidos de los diarios, con la introducción de noticias breves, sueltos rápidos, crónicas policiales, entretenimientos, reportajes, que se imponían sobre los largos artículos de opinión dedicados a la política, las finanzas o la diplomacia. El examen revela, asimismo, que los periodistas locales siguieron con particular interés los modelos que ofrecía la prensa de las grandes metrópolis europeas y norteamericanas, registrando las tendencias informativas del periodismo moderno.

El segundo apartado indaga el proceso de especialización de las funciones en el interior de las redacciones, en relación a la incipiente profesionalización de la actividad periodística, con el objeto de reconstruir los perfiles laborales de los hombres de prensa, prestando atención especial a las figuras del corresponsal y el reporter. Si por un lado se verifica una superposición de funciones que repercute en la imprecisión de las denominaciones, se observa, por el otro, una reflexión sistemática indicativa de una tendencia a la constitución de roles y competencias específicas.

Las trayectorias periodísticas trazadas a continuación permiten reconstruir un cuerpo de experiencias comunes, adquiridas en distintos medios de prensa nacionales y extranjeros, que constituyeron una preparación indispensable para el posterior desempeño de los reporters viajeros aquí considerados. En muchos casos, se incorporaron a los grandes diarios de Buenos Aires ya fogueados en el tránsito habitual de las redacciones y sus múltiples quehaceres, y no es casual que hayan estampado sus firmas al final de las columnas de sus corresponsalías en una época en que todavía se imponía el anonimato como política autoral, exceptuando, claro está, a los colaboradores de renombre.

¿Cómo entendía un reporter viajero sus funciones como enviado especial? ¿Qué encargos llevaba de la dirección de los diarios? ¿Qué cualidades específicas componían su perfil? ¿Qué tópicos relativos al oficio se tematizan a lo largo de sus correspondencias? Son algunas de las cuestiones que se intentan dilucidar en el apartado final.

1.1 Inicios del periodismo en la prensa de Buenos Aires

En el suplemento especial que celebraba el cincuentenario de *La Nación* le cupo a Roberto J. Payró la tarea principal de trazar el vasto panorama que ofrecía la historia del diario desde sus orígenes, en el año 1870. El extenso artículo se iniciaba con el análisis del primer editorial, “Nuevos horizontes”, en el que Bartolomé Mitre justificaba el cambio de nombre del diario con un programa de transición, que cerraba la primera época de *La Nación Argentina*, volcada a la contienda política, y señalaba un nuevo rumbo sintetizado en la sentencia “tribuna de doctrina”:

[...] recogemos las armas de combate y tomamos nuestro puesto en el debate tranquilo de los intereses generales que cada uno puede concebir de una u otra manera, pero que ninguno querrá ya invocar más allá del radio en que todos estamos de acuerdo.¹⁰

Esta declaración de principios apuntaba a distanciar la función del diario de las prácticas facciosas y situar su mirada por encima de los enfrentamientos, desde un lugar político pero no partidista, aunque tal empresa reveló muy pronto su carácter ilusorio.¹¹ Más allá de la brecha entre la prédica y la práctica, la estrategia discursiva expuesta en ese editorial no dejaba de plantear una instancia renovadora para el diarismo, que reflejaba un impulso modernizador compartido con otros proyectos periodísticos.

Pocos meses antes, en octubre de 1869, había aparecido el diario *La Prensa* regido por un ideario que proponía desterrar toda tendencia personal de sus columnas y convertirse en tribuna de ideales republicanos, en vez de cátedra exclusiva de hombres o partidos; prescindir de los intereses individuales para vigilar, en cambio, los intereses del país originados en la práctica de sus instituciones.¹² La propuesta, que imponía una independencia de criterios en el enjuiciamiento de las funciones públicas, se sustentaba en

¹⁰ “Nuevos horizontes”, *La Nación*, 4 de enero de 1870.

¹¹ “*La Nación* fue aún, durante largo tiempo, el soporte propagandístico de una facción partidaria, su puesto escrito de combate. En lugar de una tribuna de doctrina, impersonal y universalista, fue la expresión del punto de vista de un tribuno y sus allegados. Allí, como en una carta de enlace destinada a pocos, aquellos hombres imprimirían una justificación de sus aspiraciones de poder, reflexionarían sobre la guerra y la paz, difundirían sus sueños y meditarían sus reveses.” (Sidicaro, 1993: 14).

¹² Véase José Manuel Eizaguirre, “El credo inicial de un diario moderno. José C. Paz en la historia del diarismo moderno” (1929: 211-235). Este capítulo del libro que compila una selección de la producción periodística de Eizaguirre, reproduce, con ampliaciones, el artículo central publicado bajo el anónimo de la redacción en ocasión del cincuentenario del diario, el 18 de octubre de 1919.

la autonomía económica de la empresa, ya que su director, José C. Paz, había resuelto no admitir suscripciones de ningún gobierno, ni subvenciones directas o indirectas.

Este paso dado por *La Prensa*, que supeditaba la continuidad del diario al crecimiento de las ventas y de los avisos publicitarios, se apoyaba en un hito que lo precedía en cuanto a la posibilidad de sustentabilidad económica, como fue la aparición del diario *La República*, dirigido por el notable periodista chileno Manuel Bilbao, el 1 de enero de 1867. Este diario había dado un salto fundamental hacia un periodismo moderno iniciando la venta de ejemplares a un peso por las calles de la ciudad, lo que dio por resultado inmediato un aumento considerable de la circulación. Los demás diarios no tardaron en seguir su ejemplo. Hasta ese entonces los diarios eran caros y solo se obtenían por suscripción o yendo a buscarlos en sus oficinas. Los boletines (suelos que procuraban notificar con celeridad determinados sucesos) se anunciaban quemando cohetes en las esquinas y para obtenerlos había que presentar el recibo de suscripción (Bilbao, 1902: 450-460). El reemplazo del sistema de suscripción abrió nuevos canales de circulación y permitió la integración de un nuevo tipo de público que por hábitos de consumo o falta de medios quedaba hasta entonces fuera del circuito de lectura de la prensa.

En los casos expuestos se verifican dos de las líneas de fuerza que irrumpen en la década del setenta como proyecciones a futuro de un diarismo moderno: la postulación de una autonomía relativa del campo político y las estrategias tendientes a la autofinanciación de las empresas.¹³ Una tercera línea complementaria la brinda el crecimiento demográfico y la ampliación del número de lectores potenciales a partir de las campañas de alfabetización. En un temprano informe de Ernesto Quesada sobre la evolución de la prensa periódica argentina entre 1877 y 1882 se estimaba el incremento en el volumen de ejemplares diarios en un 45 % en apenas cinco años (de 222.000 a 322.500). Si bien el cálculo es estimativo, ya que se basa en aplicar una tirada promedio al número efectivo de publicaciones, la misma profusión de títulos y la variedad de contenidos sistematizados en el informe habla del desenvolvimiento extraordinario que cobró el diarismo desde ese entonces. Un vívido

¹³ Las estrategias de autofinanciación fueron uno de los factores claves de este proceso de modernización. Julio Ramos señala que Enrique de Vedia, el sobrino de Bartolomé Mitre que asumió la administración general de *La Nación* en 1875, reconocía que el periódico debía autonomizarse de la política más inmediata para sobrevivir como empresa: "El periódico debía llegar a un público cada vez más heterogéneo, tenía que convertirse asimismo en agente publicitario de sectores que políticamente bien podían ser contradictorios. El periódico comenzaba entonces a proclamar su 'objetividad' en una estrategia de legitimación distintiva de su voluntad de autonomía y modernización." (Ramos, [1989] 2003: 98).

párrafo del informe ilustra, ya sin tiradas numéricas y en una veta costumbrista, el espectáculo cotidiano que propicia la salida de las ediciones vespertinas:

Aquí todo el mundo lee los diarios, no uno, sino varios; desde el más encumbrado personaje hasta el más humilde changador, todos leen gacetas. Por la mañana, todos las tienen en sus casas, y en las primeras horas del día difícilmente se encuentra una persona sin su diario. Por la tarde, el espectáculo es característico: a las 2 p.m. principia *la hora del diario*: los muchachos agolpados tumultuosamente a la puerta de las imprentas del *Nacional, Diario y Libertad* apenas reciben los paquetes, húmedos todavía, corren en todas direcciones, atropellando a los caminantes, aturdiéndolos con sus gritos, deteniéndose un instante para vender los números que llevan, –todos los paran, todos quieren devorar ávidamente esas hojas impresas. (Quesada, 1883a: 75).

En su estudio magistral sobre la configuración de los campos de lectura del período, Adolfo Prieto señala como primer dato objetivo de la capacidad de lectura creada por las campañas de alfabetización el éxito rotundo de *El gaucho Martín Fierro*, de José Hernández. Este modesto folleto de 76 páginas, impreso en papel de diario, agotó su primera edición en los dos meses posteriores a su salida, en 1872, y vendió 48.000 ejemplares en seis años, merced a la extraordinaria acogida que obtuvo, principalmente entre los lectores de las áreas rurales (1988: 52).¹⁴ A fines de la década, la popularidad de los folletines de Eduardo Gutiérrez ponía de nuevo en evidencia la receptividad de un público no ilustrado, en este caso, predominantemente urbano.

De manera concomitante a la incorporación de un público ampliado, la información adquirió progresivamente mayor importancia en el contenido del diario por sobre la opinión. Puede inferirse que los nuevos contingentes que se iniciaban en la lectura a través de la prensa periódica poseían competencias materiales y simbólicas más precarias. Siguiendo esta lógica, Prieto presupone que una porción considerable de este público agotó la práctica de lectura en el material preferentemente informativo ofrecido por los diarios, mientras que otro, también numeroso, se convirtió en receptor de un sistema literario orientado a la literatura popular de signo criollista.

Claudia Roman presenta el caso de *La Tribuna*, el *viejo* diario de los hermanos Varela (fundado en 1853) que contemporáneamente a la aparición de *La Prensa* adopta un estilo

¹⁴ Véase también la hipótesis de Alejandro Eujanian, para quien las razones del éxito del poema se ubican en su adecuación a los códigos y convenciones que regían las prácticas de lectura de ese nuevo público, esto es, paradójicamente, la lectura en voz alta como medio de difusión para la población analfabeta (1999: 545-605).

nuevo, visible en las secciones “Hechos locales” y “Cosas”, que Héctor Varela redacta entre 1868 y 1871 con el seudónimo de Orión. El cambio apunta a la captación del público mediante una estrategia de saturación noticiosa: “En ambas secciones se producen, por primera vez con tanta intensidad, noticias locales presentadas como escandalosas.” (2003: 454).

También en 1870 ocurre un acontecimiento de relevancia internacional, la guerra franco-prusiana, que según Payró comenzó a despertar en el pueblo y el periodismo argentinos la “sed de información”:

Las noticias de los diarios eran hasta entonces escasas y generalmente locales, y el “reporterismo” tardó largo tiempo en existir [...]. Bastaba a la curiosidad pública lo que dos o tres noticieros recogían en la Casa Rosada, en el congreso, en la legislatura, en la municipalidad y en la policía, para no hablar sino de las principales fuentes de información.¹⁵

El conflicto bélico fue seguido en Buenos Aires con profundo interés y vino a dar impulso a esa rama del periodismo informativo denominada “reporterismo”, estimulando a su vez la competencia de los diarios principales por brindar las noticias con carácter de primicia. Tanto *La Nación* como *La Prensa* informaron los sucesos europeos mediante una complicada logística que incluía enviados a Montevideo, adonde arribaban los barcos con un día de antelación respecto de Buenos Aires. Allí recibían los despachos noticiosos e imprimían raudamente los boletines para ser repartidos de vuelta en la ciudad, apenas desembarcados. *La Prensa* había preparado un dispositivo de cohetes para recibir las noticias incluso antes de que los vapores-correos de ultramar llegaran a puerto y así poder telegrafiarlas de inmediato: los cohetes azules anunciaban el triunfo de los franceses, los colorados el de los prusianos (Bressan, 2010: 46).

En el repaso de los hitos significativos de la historia del diario *La Nación*, Payró subraya el nacimiento de los “reportajes” –que todavía no se denominaban así– en ocasión de una catástrofe que acaparó la atención de la prensa y mantuvo en vilo a los lectores: el incendio del vapor *América* en las aguas del Río de la Plata, en la madrugada del 24 de diciembre de 1871, que costó decenas de vidas:

¹⁵ Roberto J. Payró, “*La Nación* y su influencia en la cultura argentina”, *Suplemento del cincuentenario, La Nación*, 4 de Enero de 1920.

Ya en esta pieza se nota, junto al esfuerzo informativo, la preocupación de la forma y del color, que caracterizaron desde entonces y cada día más, en *La Nación*, este género periodístico, uno de los más difíciles e interesantes, no solo en la actualidad inmediata, sino también más tarde, como que resulta elemento y hasta documento para la historia.¹⁶

La mención constituye otro indicio del peso creciente que adquirieron las noticias locales en el espacio del diario y de la correlativa especialización de los géneros y funciones periodísticos en el interior de los mismos. El reportaje consistía, por entonces, en un relato informativo que tomaba temas de actualidad y los profundizaba abordando el suceso en sus múltiples aristas: antecedentes, síntesis, entrevistas, documentos. Payró describía en la cita la cualidad específica del reportaje (que no debe confundirse con la entrevista, aunque paulatinamente irá desplazando su significado en ese sentido) en la combinación del contenido informativo y el cuidado de aspectos formales que apuntaban a concitar el interés del lector.

La cobertura del siniestro del buque *América* fue impactante e inusitada, por su despliegue, para el formato habitual del diario; ocupó la primera plana durante cuatro días consecutivos. Reprodujo los boletines de otros diarios como *La República*, *La Tribuna* y *El Siglo* y abundó en escenas desgarradoras de salvatajes y sacrificios heroicos, en un relato sobrecargado de figuras retóricas. La narración explotaba la veta melodramática del suceso, incluyendo diálogos en los cuales los naufragos cobraban dimensiones de personajes literarios: “Flotando en el agua, le grita a su hijo: *arroja a tu madre*: el niño lo hace así, y el señor Rohl recibe a su compañera de sus días, a la madre de sus hijos, y la asegura al débil leño, única ánora de salvación”.¹⁷ Subtítulos como “Episodios sangrientos”, que describían escenas donde naufragos asesinaban a puñaladas a padres desesperados por un trozo de tabla, ilustraban el carácter sensacionalista de la cobertura periodística y la voluntad manifiesta de atraer al lector mediante recursos folletinescos. Múltiples testimonios de sobrevivientes y rescatistas, así como del capitán de la embarcación, completaron este excepcional documento noticioso, que en días posteriores continuó con informes e investigaciones tendientes a establecer la responsabilidad de la tragedia.

Ya en la década de 1880 puede relevarse un uso más frecuente del término “reportaje” que permite considerar la amplia gama de artículos que se adscriben al rótulo genérico, más

¹⁶ Roberto J. Payró, “*La Nación* y su influencia en la cultura argentina”, *op. cit.*

¹⁷ “Detalles del siniestro del ‘América’”, *La Nación*, 27 de diciembre de 1871.

allá de los sucesos de actualidad inmediata. Benigno Lugones firma en las columnas de *La Nación* un “reportaje arquitectónico” de la ciudad de Buenos Aires, donde repasa los avances edilicios que transforman el aspecto de la ciudad, compara los estilos constructivos y termina destacando la figura del arquitecto Simón Barris, a quien también entrevista.¹⁸ “Reportaje musical” reza el encabezado de una nota de 1888, “El piano y el armonium”, dedicada a contrastar las características específicas de estos dos instrumentos rivales. El mismo Lugones menciona indirectamente, en un artículo sobre el periodismo parisino, los dos usos característicos del término, la nota informativa y la entrevista: critica a un cronista de *Le Temps* porque hace “un reportaje del laboratorio de Pasteur” en el que habla más de sí mismo que del sabio y sus trabajos, y en el párrafo siguiente vuelve a objetar el protagonismo de los “reporters franceses [que] han sabido transformar los reportajes americanos, de simples entrevistas en verdaderas discusiones.”¹⁹

Esta última cita revela, a su vez, la atención que el medio local prestó a los modelos europeos y estadounidenses en la definición de los nuevos formatos de la información y la trama que conectaba la evolución de la prensa local e internacional. El periodista de *La Nación*, Aníbal Latino (seudónimo de José Ceppi), que se ocupó con ahínco de analizar la evolución contemporánea de la prensa de Buenos Aires a través de numerosos artículos, dedicó un capítulo de su libro *Tipos y costumbres bonaerenses* (1886) a indagar el estado del diarismo porteño en la primera mitad de la década del ochenta y contrastarlo con el de Francia, Italia y España. Al repasar las características del periodismo europeo comentaba, sobre el caso particular de España, “la escasa importancia que conceden a las informaciones anticipadas y minuciosas, al *reportaje*, para decirlo con la palabra al uso.” Las bastardillas del original y el final de la cita demostraban todavía cierta novedad de una denominación que se iría imponiendo con el correr de la década. Refiriéndose a los diarios de Buenos Aires afirmaba que la sección de noticias era “la más leída del periódico, puesto que abraza el inmenso número de lectores que, viviendo al día, [...], se interesan solo por lo que sucede en el ambiente en que se mueven.” (1886: 361-362). Ceppi comparaba la avidez de noticias de los lectores porteños con los gustos propios de los lectores ingleses y norteamericanos, más

¹⁸ Benigno Lugones, “La ciudad a vuelo de pájaro (reportaje arquitectónico)”, *La Nación*, 17 de mayo de 1882.

¹⁹ Benigno Lugones, “Cartas de Lugones. Periodismo parisién. Una catarata operada”, *La Nación*, 19 de agosto de 1884.

que con los latinos, aludiendo con esto a una primacía de orden práctico en los intereses de lectura.

Un artículo de *La Nación* de 1894 se refiere de modo extenso al “arte del reportaje”. Se trata de una entrevista al reporter parisiense de *La Cocarde*, M. Raymond Choteau, efectuada en ocasión de su asistencia a una conferencia de Pablo della Costa en el Ateneo de Buenos Aires. Este periodista distingue dos clases de reportajes bien distintos: el “gran reportaje” que trata ordinariamente todas las cuestiones políticas, tanto nacionales como extranjeras, y el “pequeño” que no es más que un *fait divers* o género de las noticias sueltas; en este último incluye deportes, accidentes, crímenes, siniestros, teatros, etc. El primero constituye una de las riquezas del diario, el otro se hace para distraer y divertir al público.²⁰

Pero los usos del género fueron mucho más elásticos de lo que informa esta clasificación de Choteau. Basta considerar las cuatro entregas del reportaje que Roberto J. Payró dedicó a la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires (“La penitenciaría. Un reportaje colosal”)²¹, el mismo año de 1894, incluyendo visitas a los talleres, entrevistas a los presos, la descripción de las instalaciones, informes de la vida diaria, la comida, los reglamentos, las penalidades internas, para medir el alcance del género (de la catástrofe a la nota de interés general, de la política a la minucia) y la expansión de las tareas del reporter más allá de la función primigenia de mero recolector de noticias.

1.1.1 El imperio de la información y los modelos en pugna

Georges Weill, en su monumental trabajo dedicado a la historia de la prensa europea y norteamericana, señala en repetidas oportunidades los momentos en que los periódicos europeos imitan los ejemplos de la prensa norteamericana en el período que se abre en 1870, al cual denomina “la edad de oro de la prensa”. En general, se trata de la tensión que este autor registra entre una “prensa de opinión” (de discusión de ideas e intereses de Estado) y otra “prensa de información”. Esta última toma sus rasgos característicos del nuevo periodismo norteamericano, gestado en la década de 1830 y que había cobrado un

²⁰ Globe Trotter, “El arte del reportaje. Un reporter parisiense reportado. Reporters de Paris”, *La Nación*, 6 de diciembre de 1894.

²¹ Roberto J. Payró, “La penitenciaría. Un reportaje colosal”, *La Nación*, 16, 20, 23 y 27 de septiembre de 1894.

impulso inusitado durante la Guerra Civil (1861-65), cuando “se desarrolló en todos los habitantes de los Estados Unidos la pasión por las noticias, y de las noticias al mismo tiempo detalladas y rápidas” (1979: 199).

Como se observa en algunos de los ejemplos citados anteriormente, el conocimiento de la prensa europea permitió establecer relaciones objetivas con las experiencias locales. El análisis de las nuevas tendencias y cambios operados en las grandes metrópolis de Europa y Estados Unidos estuvo a la orden del día en el medio vernáculo. Aníbal Latino dedicó un apartado completo de su segundo libro, *Cuadros Sud-Americanos* (1888), que recopila artículos publicados previamente en *La Nación* junto a otros inéditos, al estudio comparativo del periodismo europeo y americano. El artículo que abre la serie destaca la preferencia del público por las informaciones y el extraordinario desarrollo del periodismo a partir de los avances técnicos (ferrocarriles y telégrafos), que permitieron ensanchar el universo de las noticias a escala planetaria. De 1877 data la contratación de los servicios de la agencia de noticias Havas-Reuter por parte de *La Nación* y *La Prensa*.

Así explicaba Aníbal Latino a los lectores de *La Nación* la tendencia europea hacia una prensa de carácter informativo:

En Europa representan muchos millones las masas de trabajadores, de pequeños propietarios, de industriales que saben leer y escribir, que quieren enterarse diariamente de lo que ocurre por el mundo, que tienen una ilustración que no pasa de cierto límite. El tiempo que pueden dedicar a la lectura es, además, limitado: tienen que aprovechar los breves descansos que les deja el trabajo, leer apresuradamente y en cualquier parte; por eso buscan las publicaciones que les den el mayor número de noticias en el menor espacio posible, y se las den en una forma adecuada a su inteligencia y escasa instrucción, en forma clara, fácil, sencilla, comprensible sin esfuerzo alguno. Nada que exija reflexión, que revele estudio y erudición: nada de comentarios, de antecedentes, de cálculos, que induzcan a pensar si son o no acertados, si pueden o no pueden confirmarse: se quieren hechos, opiniones en breves líneas, acción, movimiento y todo revuelto, según ocurre, como un reflejo de la vida diaria, como una representación viva de lo que es la vida misma de los lectores.²²

Se trataba en definitiva de una distinción de clases que segmentaba dos tipos de lectura. Una rápida, nerviosa, superficial, que perseguía la variedad de sucesos que reflejaban la vida en la urbe moderna; otra detenida, razonada, interesada en la exposición de ideas. Para el

²² Aníbal Latino, “El carácter del periodismo moderno, la misión de la prensa. Los periodistas y los grandes diarios”, *La Nación*, 8 de septiembre de 1886.

caso de la Argentina, Ceppi consideraba que no estaban dadas las condiciones “para los diarios de simples informaciones, basados en los folletines horripilantes y en la acumulación de noticias de pocas líneas”, debido a la inexistencia de grandes masas trabajadoras. La prensa local, argumentaba, perseguía el sistema de los periódicos de gran formato que apuntaban a satisfacer las exigencias de los lectores de todas las clases sociales. El modelo con el que pensaba *La Nación* era el del *Times*, el prestigioso diario inglés fundado en 1788, pionero en los avances informativos y técnicos, que conservó su independencia respecto de los partidos organizados y encarnó la opinión media de las clases elevadas a lo largo del siglo XIX, convirtiéndose en el gran periódico representativo de la prensa inglesa en el extranjero.

Pero son años de profundas transformaciones para la prensa de Buenos Aires que implican evoluciones difíciles de percibir y evaluar contemporáneamente. Hacia finales del siglo, otra será la conclusión de Jorge Navarro Viola cuando contraste el periodismo porteño de 1878 con las nuevas tendencias de 1896. La mayor perspectiva asumida le permite registrar los cambios ocurridos en casi dos décadas: desde una concepción inicial del diario como órgano de principios políticos o religiosos, de extensos artículos doctrinarios o polémicos, con pocas columnas donde el público pudiese satisfacer sus deseos de novedad, destinados a las inteligencias más que a la curiosidad, identificados, en suma, con el periodismo francés; hacia un modelo tomado de la prensa norteamericana, que el autor describe con la imagen febril del numeroso personal de redacción volcado a las calles, a las oficinas públicas, a las casas de las personalidades notables, a la pesca de informaciones variadas para satisfacer las demandas de un público amplio y voraz al que todo le incumbe:

Por eso, el público no tiene ya tiempo de leer; tiene sed de algo nuevo, sin embargo: desea estar al corriente de lo que pasa, no ya en el país sino en el mundo entero. Sus horizontes se han ensanchado y comprende de todo y de todo quiere: literatura y ciencia, política y filosofía, novedades y crónica social o policial. Es, pues, menester satisfacer cada día sus variadas aficiones; pero como le queda poco tiempo que perder en su persecución de la fortuna, necesario es que todo se le sirva en una forma corta y concreta, aunando la concisión a los detalles. (Navarro Viola, 1897: 22-23).

En función de estas demandas se destaca con perfil propio en la prensa porteña hacia el último cuarto del siglo XIX la figura del reporter, puerta de ingreso de muchos periodistas al ejercicio profesional. Junto al desarrollo de las corresponsalías en el exterior, la difusión de las tareas del reporter constituyó parte de la respuesta de los diarios a los cambios operados

en un público que crecía y se transformaba al ritmo vertiginoso de la ciudad; la misma ciudad que estos ávidos buscadores de noticias salieron a recorrer, internándose por sus recovecos con la curiosidad impertinente que fue su sello característico. La dinámica propia de la vida urbana avivaba el interés por los temas de actualidad y los periódicos se lanzaron decididamente al trajín de los sucesos diarios, hasta llegar a convertirse ellos mismos en un artículo cotidiano de la vida de la gente.²³

1.2 Profesionales de la noticia

La reflexión sistemática sobre la práctica periodística informa de un momento constitutivo de los roles profesionales en el interior de las redacciones de los grandes diarios. En la década del sesenta, las funciones de un redactor podían comprender un cúmulo de tareas diversas, desde la composición del editorial hasta la última noticia publicada, incluyendo tanto la vigilancia de la impresión (que se hacía a mano) como la expresión de la línea política del director propietario del diario (Bilbao, 1902: 458). Todavía en 1875, Bartolomé Mitre se inscribe en el registro electoral de su parroquia como tipógrafo, y más allá del orgullo y la modestia que implicaba esta definición, en una etapa de su vida signada por la derrota en los comicios y en el combate, la anécdota deja entrever una época de la prensa donde las funciones de redactor y cajista podían coincidir en una misma persona (Mitre, 1943: 196). De los primeros tiempos de *La Nación* cuenta Payró que, aunque la redacción tuviese notables escritores, todos sus colaboradores “debían estar tan prontos para un barrido como para un fregado, y saltar de la política a la información, pasando por el reportaje, el artículo literario, la traducción, la crítica u otra cualquiera manifestación intelectual.”²⁴

El proceso acelerado de modernización, que se inicia en la década siguiente, trae aparejado una progresiva división del trabajo a partir de la especialización de las tareas periodísticas. Entre los múltiples factores asociados al fenómeno debe considerarse la integración creciente de inmigrantes o hijos de primera generación a los cuerpos de

²³ Para esta perspectiva de lectura que relaciona el desarrollo urbano y el de las noticias de actualidad, véase Peter Fritzsche (2008).

²⁴ Roberto J. Payró, “*La Nación* y su influencia en la cultura argentina”, *op. cit.*

redactores y colaboradores, ya sea que arribasen con una experiencia previa europea, ya que abrazasen la profesión como medio de vida excluyente. Si en 1878, “no había un solo hombre notable que no fuese periodista” (Navarro Viola, 1897: 5), la presencia de estos nuevos contingentes en las filas de los principales diarios, junto a buena parte de la elite política e intelectual que atraviesa el cambio de los ochenta al fin de siglo, sugiere una modificación de la fórmula: son periodistas, pero no hombres notables, los que encarnan la figura emergente del nuevo profesional de la prensa periódica, al tiempo que producen novedosas representaciones de sus labores específicas.

Los agrupamientos gremiales, como la conformación de un Centro de Cronistas, en mayo de 1881, organizado para defender los derechos autorales de los escritores que trabajaban en los periódicos, revelan otra de las aristas de este camino hacia la profesionalización.²⁵ La preocupación por la figura autoral fue en sí misma un índice de diferenciación del cronista respecto del reporter. Según Ceppi, éste no tenía pretensiones literarias, e incluso manifestaba cierta antipatía hacia los que adquirirían renombre y se vanagloriaban en las redacciones de los periódicos. Aunque conviene mantener cierta prudencia en el manejo de estas categorías epocales, en tanto no se trata de nociones mutuamente excluyentes, como puede verse en el caso de Roberto J. Payró, que en la década del noventa se autodenomina cronista o reporter de manera indistinta. En todo caso importan los modos escriturarios con que estas diferenciaciones se plasman en el papel y afectan los géneros discursivos específicos, como se verá en el capítulo siguiente.

Describiendo la trayectoria de Adolfo Dávila, que ingresó a *La Prensa* en 1877 y llegó a ser su director y redactor en jefe, José Manuel Eizaguirre enumera los peldaños de una carrera periodística ascendente: “fue reporter, cronista, redactor, director, y luego, cuando asumió la dirección don Ezequiel P. Paz, continuó como jefe de redacción.”²⁶ Un testimonio del periodista Mario Livingston permite reconstruir la organización de la redacción de *La Prensa* a principios de los noventa: Adolfo Dávila se encargaba de los editoriales, Joaquín V. González de los artículos principales, Manuel de Rezábal y Atienza y Medrano de las crónicas, Claudio Pozuelo era el jefe de reporters. La distribución espacial también daba cuenta de un orden jerárquico interno: la mesa común del centro de la primera sala era para

²⁵ Sobre los debates en torno a la conformación del Centro de Cronistas véase: Diego Galeano, “Exhumación de una obra inconclusa” (Lugones, 2011: 58-67).

²⁶ “La Prensa, 18 de octubre 1869-1919”, *La Prensa*, 18 de octubre de 1919.

los noticieros y redactores nóveles; en la pieza de la dirección escribían José C. Paz, su director, Dávila y Rezával; Joaquín González tenía su propio escritorio lo mismo que Atienza y Medrano y Pozuelo. La sección “El Día Social”, dirigida por Alberto Meyer Arana, contaba con un grupo de ayudantes que recién se iniciaban en las lides de la prensa (“hombres de 16 años”, entre los que figuraba el mismo Livingston), ellos escribían “en una covacha de un patio que tenía en el centro una enorme claraboya de vidrios”. Entre estos “pinches mínimos” se reclutaban los futuros reporters:

Una tarde a eso de las cinco, me iba llegando al diario, –y hecho sin precedentes– encuentro a don Pepe Paz en la puerta de la Dirección. –Ven acá, –me dice don Pepe, acariciándome la cabeza. –Hace un rato se ha producido una explosión en los alrededores de la Casa de Gobierno; ve y trae todos los detalles.²⁷

Pero la gradación en el escalafón de un diario estaba a menudo atravesada por un cruce de funciones en la práctica efectiva. Ceppi descreía de las redacciones organizadas a base de especialistas, y proponía en cambio una figura multifuncional, la de los “redactores dispuestos a todo” que pudieran suplir todas las faltas y llenar todas las necesidades (Latino, 1888: 421).

Uno de estos cruces se manifestaba en la superposición de las tareas del corresponsal y del reporter. Si bien la figura del corresponsal se constituyó a partir de la distancia geográfica desde donde este colaborador producía y enviaba sus artículos al diario que lo contratava, como especialización profesional, en el período estudiado, ofrece no pocas ambigüedades. Se denominaba indistintamente como *corresponsales* a las firmas literarias de renombre que enviaban correspondencias desde los centros metropolitanos de Europa, lo mismo que a ignotos representantes de los diarios en las provincias argentinas, o a los encargados de retransmitir telegráficamente las noticias europeas desde las ciudades portuarias de Río de Janeiro o Montevideo. Podrían distinguirse entonces dos clases de corresponsalías: una, *cultural*, que fundaba su autoridad en el prestigio que precedía a los corresponsales en los círculos intelectuales fundamentalmente europeos; otra, *noticiosa*. Este fue el caso del periodista italiano Ricardo Candrini (redactor de *La Patria Italiana* y *L’Operaio Italiano*) que en 1882 fue comisionado a Lisboa por *La Nación* para enviar desde

²⁷ Mario Livingston, “Recuerdo de *La Prensa* de antes”, en *La prensa argentina. Contribución de El Diario a su historia, 1801-1933*. Edición Extraordinaria de *El Diario*, 1933.

allí, epistolarmente, las últimas noticias recibidas por telégrafo de Italia y otros países de Europa; esta correspondencia era recibida a su vez en Montevideo por otro corresponsal que las transmitía telegráficamente al diario.

La variedad de corresponsalías culturales fijas u ocasionales de los dos grandes diarios del período puede dar una pauta de la importancia de estas secciones hacia el final del siglo, cuando se intensifica el flujo inmigratorio. Una lista parcial de quienes actuaron como corresponsales europeos de *La Nación* debería incluir a Emilio Castelar, Pedro de Prat, Ernesto García Ladevese, José Ortega Munilla, Edmundo De Amicis, Rocco de Zerbi, Leopoldo Marengo, Matilde Serao, Vittorio Vecchi, Max Nordeau, Cesare Lombroso y Élisée Reclus, entre otros; para el caso de *La Prensa* cabría mencionar a Arsène Houssaye, Marcel Prevost, François Coppée, François de Ninon, Gaspar Nuñez de Arce, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán y el mismo De Amicis.

De la especialización de las funciones del corresponsal y el prestigio de algunos de sus nombres dan cuenta las pretensiones laborales de Rubén Darío hacia 1889, tal como las refiere en su autobiografía: “Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración, el ser corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires.” (1976: 63). Sin duda, la génesis de esta ambición contó con el aliciente de las “Cartas de Nueva York” de José Martí, publicadas en la década de 1880, y leídas con gran entusiasmo en el ámbito local. Darío había tenido un encuentro con Martí durante su estadía en Estados Unidos y en el pasaje citado declaraba el nombre del escritor cubano entre los de sus “maestros de prosa” del diario *La Nación*.

Junto a estas figuras reconocidas del ámbito literario internacional figuraban periodistas del propio staff de los diarios, que asumían funciones de corresponsales viajeros tanto en el exterior como en el interior del país. Estas últimas correspondencias enviadas desde todos los puntos de la República se intensificaron a partir de la década del ochenta y fueron definiendo un nuevo perfil profesional. Los periodistas que ejercieron esta tarea se denominaron alternativamente “enviado especial”, “reporter viajero”, “corresponsal especial”, “redactor viajero” y se refirieron frecuentemente a sus misiones periodísticas como “giras” o “excursiones”. En este cruce de funciones, que la misma inestabilidad nominal sugiere, es posible delimitar un conjunto de rasgos específicos que posibilitan el recorte de este corpus periodístico y su análisis diferenciado.

1.2.1 Mito y estigma del reporter

Stanley uruguayo al servicio de la República Argentina, debo hacer en Italia para *La Nación* de Buenos Aires, lo que el otro hizo par el *Herald* de Nueva York.

Difícilísima tarea que procuro realizar del mejor modo posible, lamentando únicamente no tener un Livingstone a quien buscar, porque de seguro lo encontraría: con tales bríos exploratorios me siento.

Claudio Caballero (pseud. Bartolomé Mitre y Vedia)
“El Vesubio; volcán en actividad” (*La Nación*, 1886)

Ya en 1877 un redactor de *La Prensa* alertaba sobre las indiscreciones cometidas por los “noticieros” de los diarios y los excesos en el cumplimiento de sus tareas, preocupado sobre todo por la exhibición de nombres que podían comprometer a ciudadanos honrados en escándalos públicos. También exhortaba a estos especialistas de la noticia, que armados de un lápiz y unas cuartillas de papel se filtraban en todas partes recogiendo todo lo nuevo, a sopesar la importancia de lo que publicaban y no hacer perder tiempo a los lectores con temas insustanciales. Para ilustrar este despropósito, el articulista imaginaba la siguiente situación: “es lo mismo que detener en media calle a un hombre serio y a quien no se conoce, para decirle al oído el primer disparate o broma que se venga a la mente.”²⁸ En el símil no se irrumpía en un despacho de comercio, en el escritorio de un profesional liberal o en la intimidad de una sala, sino que se abordaba a un transeúnte en plena calle; tampoco se le hablaba al desconocido guardando la distancia proxémica adecuada, sino al oído. La observación es indicativa de la familiaridad con que se imagina la tarea del reporter en relación a su lector urbano, al que sorprende en pleno tránsito por la ciudad y lo interpela con confianza. A su vez revela una preocupación característica por los intereses y deseos del público, que los reporters miden nota tras nota, reflexionando en repetidas oportunidades sobre esta cuestión en el interior mismo de sus artículos. En todo momento piensan el perfil de su tarea periodística en función de la índole específica que le asignan al lector:

El reporterismo moderno no es por cierto cualquier cosa. Tiene exigencias avasalladoras e impone deberes heroicos. El público de hoy día es un curioso temible,

²⁸ “El noticiero de diarios”, *La Prensa*, 24 de noviembre de 1877.

que no se aviene con el misterio ni siquiera con la reserva discreta. Siempre pide y nunca se sacia. Hay que darle gusto, para evitarle un disgusto.²⁹

De ahí que los mismos protagonistas vinculen permanentemente su labor con rasgos como la ubicuidad, la indiscreción y la audacia. En una de las correspondencias de su gira chilena de 1895, Roberto J. Payró desmenuza el carácter de la prensa del país vecino. Observa, en general, el retraso con respecto a su par argentino, que atribuye a la falta de competencia, la cual deriva para Payró de un motivo análogo al que afectaba a la prensa argentina quince años atrás: detrás de cada diario hay una personalidad política que se sirve de él como vehículo de propaganda, para mantener o acrecentar su influjo, lo que hace que se descuide todo lo que no sea la opinión o la voz de orden dada en el editorial. Ahí encuentra la raíz de todas las falencias, entre las que enumera la uniformidad de los servicios telegráficos, debido a la ausencia de corresponsales propios, las transcripciones de las noticias locales de un diario a otro, las pesadas versiones taquigráficas de las sesiones de los congresos, que no atienden la lógica exigencia de los lectores “para quienes el mínimo de lo perfecto en periodismo es encontrarse con la información perfectamente digerible y asimilable”, y finalmente, el escaso desarrollo del reporterismo:

El reporter chileno está lejos de ser el reporter neoyorkino, londinense o parisiense. No tiene la actividad febril de ese demonio ubicuo, cuya vida es continuo ir y venir, perenne indiscreción y audacia eterna. La administración nacional tiene para él secretos respetados aún después de conocidos; todavía la interview no lo ha hecho temer y odiar por los personajes políticos; no ha obtenido aún las buenas gracias de actrices y cantantes; rara vez le palmea el hombro y le invita a comer el autor del libro último, a la pesca de *claque* periodística; el sueldo no le alcanza por lo general para frac y carruaje; y salvo contadísima excepción, no ha salido de su ciudad, y menos de su país, enviado por su diario para meter las narices en casa ajena.³⁰

En verdad, las caracterizaciones de los reporters hechas por ellos mismos a menudo distinguían dos tipologías que se correspondían a su vez con dos modalidades específicas del reportaje. No era este tipo periodístico que refiere Payró, temido por los políticos y solicitado por los artistas, el mismo que describía Ceppi en el capítulo de su estudio sobre la

²⁹ “El drama de Bolívar. Una relación dramática. Interview con un desaparecido. Exposición del molinero Haupt. Antecedentes y responsabilidades. Episodios. Ataque y defensa. Datos inéditos”, *La Nación*, 12 de octubre de 1892.

³⁰ Roberto J. Payró, “De Chile. Diarios y periódicos. El cuarto poder del Estado. Política - Información - Versos y prosa”, *La Nación*, 20 de mayo de 1895.

prensa dedicado a indagar la “fisonomía del reporter”. Para Ceppi, los reporters eran hombres jóvenes y atrevidos, hijos del pueblo, sin mucha instrucción, ni preparación, ni conocimientos generales, pero dotados de una gran capacidad de observación, de una percepción minuciosa, y una suficiencia para referirlo todo con exactitud. Era el soldado de filas del periodismo, siempre en movimiento, siempre dispuesto a emprender la averiguación de un hecho; tenía pocas pretensiones literarias y estaba orgulloso de su oficio. Eran estudiantes, por lo general, que buscaban en el periodismo una ayuda económica para concluir su carrera. Una evocación del poeta Enrique E. Rivarola de sus años como cronista de *La Tribuna Nacional* parece avalar esta descripción:

Le explicaré. En un tiempo fui *reporter*. El oficio costaba mi vida modesta de estudiante. Vivía de la soldada y me divertía sin gastar un peso, con ventajas al presente en que pago cada movimiento. No arribaba a nuestras playas personaje de ninguna importancia que no recibiese mi visita, y si él daba en hablar, publicaba yo el *interview*, y si en callar, le hacía el retrato y le inventaba cuatro frases de cajón. No pasaba Venus por el disco del sol, ni movía un títere la cabeza, ni funcionaba una fábrica, ni se preparaba un baile, ni se llevaba un muerto al cementerio, ni se hacía una manifestación por las calles y en las plazas, sin mi reportaje.³¹

El citado reporter parisino Raymond Choteau, entrevistado por *La Nación* en ocasión de una conferencia sobre el arte del reportaje, compuso, incluso con rasgos fisonómicos, los dos tipos referidos. A uno se lo reconoce por su figuración social, su enorme reputación, su traje distinguido, su amistad con el director del diario, hasta su barba recortada, su galera y su monóculo o algún otro matiz de distinción; el otro concurre todos los días a la prefectura de policía en busca de informes, corre detrás de las bombas de incendio, come cuando tiene dinero y si no lo pide prestado, se viste con sombreros viejos y trajes pasados de moda; uno va a la Opera el otro a los café-conciertos. El primero es el del gran reportaje, el segundo el de los *fait divers*. Más allá de las diferencias, las fisiologías presentadas señalaban al reporter como uno de los tipos reconocibles que pululaban por la ciudad moderna.³²

Para Ceppi, la diferenciación pasaba por una cualidad en el ejercicio narrativo que distinguía al “verdadero periodista” del reporter: “Si el reporter es el fotógrafo, el redactor debe ser el artista de los sucesos diarios, el que pone en sus crónicas y sus comentarios aquella parte ideal que educa el corazón, que hace sentir lo que se lee, como pone el poeta

³¹ E. E. Rivarola, “El faro de Punta Mogotes”, *La Prensa*, 3 de febrero de 1893.

³² Sobre el género de las fisiologías véase Walter Benjamin (1998: 49).

su inspiración en los versos y el pintor un soplo de su alma y de su genio artístico en las figuras de los cuadros” (1888: 420). La formación literaria era uno de los factores decisivos del deslinde, aunque Ceppi auguraba para los años venideros un estadio superior en que todos los reporters fueran también literatos. Es que ya por entonces la tarea del reporter comenzaba a perfeccionarse: no se aspiraba solo a referir los hechos en bruto, en un estilo llano y directo, y era legítimo pretender componer la crónica de un suceso diario con el mismo grado de elaboración con que un redactor componía un artículo de fondo, aunque la urgencia de las noticias impusiera sus propias pautas formales y condicionara la escritura periodística.

En 1885, cuando Ceppi inicia su primera gira periodística por el país como enviado especial a Mendoza para cubrir una exposición interprovincial, ocupa una significativa porción de una de sus crónicas con una extensa digresión, en la que plantea las diferencias de sus corresponsalías respecto de los telegramas habituales con que los reporters cubrían estos eventos. No se trata –argumenta– solamente de escribir sobre los hechos, sino sobre la razón y significado de los mismos, y para esto son precisas las facultades del redactor. No basta con ser activo, atrevido, ni con “meterse entre las piernas de los ministros”; se requieren conocimientos, talento y dotes especiales. Ceppi los puso en juego desde la primera entrega de la serie, dedicada a analizar las exposiciones en general y el papel central que desempeñaban en la cultura del siglo que corría, rastreando los antecedentes históricos desde las grandes ferias de Babilonia y Nínive, seis mil años atrás. Se trataba, sobre todo, de aportar este saber diferencial que se manifestaba tanto en el recorrido histórico trazado, como en la organización discursiva que dosificaba la entrega informativa intercalando pasajes narrativos y hasta ensayísticos:

Y si esto no bastara, indujérame a escribir el deseo de dar una nueva interpretación, un nuevo carácter en este país a la misión del corresponsal especial, que no creo consista en desesperarse para obtener antes o después un discurso sin importancia, en transmitir con más o menos detalles, verídicos o de ocasión, la descripción de una fiesta o un acto oficial. Este es el verdadero oficio de reporter, sumamente perfeccionado en estos tiempos, pero que puede desempeñar cualquiera, sin ilustración ni preparación alguna; cualquiera que tenga mediana inteligencia y correcta ortografía, mucho atrevimiento y pocos escrúpulos, para no reparar en inconveniencias, y meterse donde ni es llamado, ni es necesaria su presencia.³³

³³ Aníbal Latino, “Desde Mendoza. El ferrocarril, la Exposición y las fiestas. Los que estaban y los que han venido”, *La Nación*, 14 de abril de 1885.

Parte de este desprestigio de la tarea del reporter provenía del estereotipo norteamericano que cobraba a la distancia rasgos exagerados y una reputación fabulosa, con reporters que se descolgaban de una chimenea para sorprender los secretos de una reunión o se escondían debajo de un sofá para oír una conversación. Ceppi observaba con reparos la tendencia sensacionalista a magnificar sucesos comunes, convertir riñas en dramas, tragedias en crímenes horribles y espeluznantes, pequeñas desgracias en catástrofes. También señalaba como rasgo característico las descripciones de la fisonomía y el carácter de los protagonistas de las noticias, llevadas a un grado de detalle que lindaba con la ridiculez (movimientos, posturas, configuración de orejas, manos, pies); así como las entrevistas a individuos vinculados de modo secundario o indirecto con los sucesos narrados: sirvientes, empleados, mozos. La imagen de los reporters norteamericanos como “perros hambrientos que se disputan a gruñidos por todas partes el pan nuestro de cada día” resumía, por un lado, el grado de competencia alcanzado por el “noticierismo o reporterismo” en los Estados Unidos y por otro cierta degradación de las prácticas puestas en juego para obtener las noticias.³⁴

Pero el modelo estaba presente en el imaginario de los reporters porteños, tal como puede verse, por ejemplo, en un reportaje de Eustaquio Pellicer al gobernador de Córdoba, Manuel Pizarro, realizado durante una gira por esa provincia en el año 1892. La crónica se aboca por entero a describir la dificultosa tarea de entrevistar al funcionario, cometido que se inicia con la atrevida oferta directa de una copa de manzanilla durante un paseo en tren junto a su comitiva, continúa con la intercesión de un ministro para la presentación formal, amenaza fracasar por la inoportuna aparición de un obispo, y termina postergándose para el día siguiente, en que efectivamente tiene lugar la entrevista. La acción periodística está en el centro del relato, que se inicia con la consabida descripción fisonómica que ajusta el foco hasta dar con una microscopía de las patas de gallo y las arrugas divisorias del bigote y la mejilla, y continúa con los atributos precisos de las inflexiones del habla (fácil, correcta, insinuante, sentenciosa, chacotona).³⁵ De estas “Notas cordobesas” de Pellicer procede su rimbombante metáfora submarina que describe “la sonda del reportaje, persiguiendo

³⁴ “El reporter y el servicio de información en los Estados Unidos” (Ceppi, 1888: 390-397).

³⁵ Eustaquio Pellicer, “Notas cordobesas. Silueta místico-política. A vapor, tras de un reportaje. Ventajas e inconvenientes episcopales. ¡En fin seuls! Declaraciones y expansiones del gobernador Pizarro. Lo del brindis de marras. Por otras vías”, *La Nación*, 15 de octubre de 1892.

abismos inexplorados en los mares de la noticia”, la cual expresa una plena conciencia del manejo de las herramientas periodísticas en pos de la revelación de lo oculto, lo intrigante, y todo aquello que excite la curiosidad del lector.

Al mes siguiente de este reportaje, Pellicer fue destinado junto con Payró para cubrir la revolución de Santiago del Estero. Una vez finalizada la campaña, un suelto de *La Nación* reprodujo un artículo de un diario de esa provincia, *El País*, en el que se felicitaba a los enviados especiales y se encomiaban sus esfuerzos. Allí se lo mencionaba a Pellicer como “el Stanley del reportaje”, en referencia a Henry Morton Stanley, el célebre periodista norteamericano comisionado por *New York Herald* al continente africano para encontrar y entrevistar al médico y explorador David Livingstone, de quien se desconocía su paradero desde hacía años.³⁶ La comparación es indicativa del alcance de las hazañas del reportero de los Estados Unidos y la pregnancia del modelo que encarnaba, en este caso a través de la referencia a un reconocido periodista de uno de los diarios emblemáticos de la prensa sensacionalista. Un temprano artículo de Rubén Darío en *La Nación* pasaba revista a las fabulosas campañas de los corresponsales estrella del diario dirigido entonces por James Gordon Bennett Jr.:

Sábase cómo es *Herald* de Nueva York, qué periodistas, qué viajeros, qué corresponsales tiene a su servicio. En la lista de su glorioso ejército brillan los nombres de un Stanley, cuyo viaje en busca de Livingstone fue la base de su gloria; de un Jackson, que en las nieves de Siberia se ganó sus charreteras de general de la prensa; de un Gilder, que fue al Polo; de un Morris a quien los hielos árticos le comieron los pies; de otro Jackson que en la guerra búlgara se distinguió tanto.³⁷

Darío relataba con admiración estas misiones periodísticas y se detenía en los detalles excepcionales de las campañas como en los peligros que afrontaban estos verdaderos aventureros de la prensa en pos de obtener una primicia o cubrir un suceso destacado.³⁸

El paso de Rubén Darío por la prensa de Buenos Aires entre 1892 y 1898 actualizó la oposición entre literatos y reporters que ya observara Ceppi en la década anterior. En “La enfermedad del diario” Darío planteaba los recelos del reporter frente al literato, que

³⁶ “Reporters en campaña. Gracias, por todos”, *La Nación*, 25 de noviembre de 1892.

³⁷ Rubén Darío, “Los grandes diarios. Historia de un corresponsal del *New York Herald*, George Eugene Bryson. Revoluciones, vau doux y antropofagia”, *La Nación*, 16 de mayo de 1894.

³⁸ Véase también “El periodismo norteamericano durante la guerra” (*La Nación*, 20 de octubre de 1898), artículo que refiere las hazañas de los corresponsales norteamericanos durante Guerra de Cuba, y los esfuerzos realizados por cubrir la noticia del hundimiento del acorazado *Maine*.

representaba una amenaza de usurpación para su oficio, ya que este podía hacer un reportaje sin mayores inconvenientes pero “el reporter no puede tener eso que se llama sencillamente estilo.”³⁹ Al igual que otros escritores periodistas filiados al modernismo latinoamericano, Darío percibía la tensión que se había establecido en la prensa entre discurso periodístico y discurso literario. La estilización era el rasgo o competencia discursiva con que los escritores modernistas manifestaron a un tiempo su función periodística distintiva y la distancia que los separaba de la producción informativa habitual del diario. Pero no debe perderse de vista que se trataba también de un conflicto de competencia laboral, como lo expresaba de modo más radical Manuel Gutiérrez Nájera a propósito de su experiencia en la prensa mexicana: “De un tiempo a esta parte, el hombre más terrible en México, la personalidad más terrorífica, viene siendo el *reporter* de un periódico. A medida que los escritores bajan, los *reporters* suben.”⁴⁰ El mismo Darío reconocería pocos años después, ya instalado en París como corresponsal de *La Nación*, que el reporter sí podía tener un estilo, y “escribir bien” era también una de las principales condiciones de su oficio.⁴¹

1.3 Trayectorias periodísticas

¿Qué camino recorrieron estos hombres de prensa para llegar a desempeñarse en una modalidad específica del quehacer profesional que incorporaba el viaje o la gira como práctica habitual integrada al resto de sus funciones? Al reconstruir las trayectorias de sus carreras se observan algunos rasgos que se repiten en distintos casos particulares y permiten trazar un perfil experiencial que informa de un bagaje de competencias comunes.

Una primera comprobación atañe al fluido intercambio que se verifica en la prensa del período entre las dos orillas del Río de la Plata. Julio Piquet (1861-1944), Eustaquio Pellicer (1859-1937), Manuel Bernárdez (1867-1942) y Arturo Giménez Pastor (1872-1948) colaboraron en la prensa uruguaya antes de su arribo a la Argentina. Pellicer y Bernárdez habían nacido en España. Bernárdez era oriundo de Cádiz y emigró con su familia a Salto,

³⁹ “La enfermedad del diario”, *La Quincena*, Buenos Aires, marzo de 1897. (Rubén Darío, 1938: 148-152).

⁴⁰ “La otra epidemia: los *reporters*”, *El Partido Liberal*, 19 de agosto de 1888 (Gutiérrez Nájera, 2002: 271).

⁴¹ Rubén Darío, “París. Hombres hechos e ideas”, *La Nación*, 10 de abril de 1901.

Uruguay, a los pocos meses de edad; allí se hizo cargo de la redacción de *El Salteño* en 1885 con tan solo 18 años; pasó luego a escribir en *El Ejército Uruguayo* y, ya radicado en Montevideo, ingresó al cuerpo de redactores de *El Herald*. Se volcó luego de lleno a las actividades políticas; sacó a la luz *La Cruzada*, un periódico de política, administración, milicia y letras, en 1896, y fue electo diputado por el departamento de Artigas en 1897; exonerado de su banca al año siguiente a causa del derrocamiento de la Asamblea Nacional, se trasladó a Buenos Aires, donde obtuvo un puesto en la redacción de *El Diario* (Fernández Saldaña, 1945: 183-185).

Eustaquio Pellicer se desempeñó desde muy joven en el diarismo español; a los quince años, fundó el periódico *Don Javier*, en su ciudad natal de Burgos; más tarde, en Madrid, colaboró en *La Broma* y en *El Pabellón Nacional* antes de recalar en Montevideo, a mediados de 1886, cuando debió alejarse de España luego de adherir políticamente al fallido intento de sublevación de Manuel Villacampa contra la restauración borbónica (Pignatelli, 2005). En Montevideo fundó un semanario humorístico de corta vida llamado *Pellicerina*, que Lasso de la Vega evoca en el número del primer aniversario de *Caras y Caretas* de Buenos Aires con el humor que también caracterizó al personaje retratado: “Sin previos estudios terapéuticos, logró inventar un específico, especie de panacea contra la jaqueca, la ictericia, la nostalgia y otras enfermedades nerviosas, que, con el nombre de *Pellicerina*, hizo pública en el Uruguay, bajo la forma de una revista jocosa, que curó a muchos y satisfizo á todos.”⁴² También actuó como redactor de *El Ferrocarril* y colaboró en *La Razón* de Montevideo. Su carácter emprendedor no se amilanó con el fracaso comercial de *Pellicerina* y volvió a la carga con una revista semanal que llamó *Caras y Caretas*, antecedente directo del magazine porteño, que vio la luz en Montevideo el 20 de julio de 1890.⁴³ Discrepancias con el codirector, el dibujante Carlos Schütz, motivaron su alejamiento de la publicación y el traslado a Buenos Aires para incorporarse a *La Nación* en 1892, diario en el que había comenzado a colaborar desde Uruguay, a través de la sección “Montevideo cómico”.

Julio Piquet se inició en el periodismo montevideano hacia el año 1880 como cronista de *La Razón*, cuando ese cargo requería más que el dominio de la pluma el manejo de las tijeras, según comenta en un relato autobiográfico donde remarca la dependencia de la

⁴² Leoncio Lasso de la Vega, “Caretas”, *Caras y Caretas*, nº 53, 7 de octubre de 1899.

⁴³ Para una detallada descripción de esta revista véase: Cerda Catalán (1965).

prensa uruguaya de la época respecto de la de Buenos Aires.⁴⁴ Tempranamente se sintió atraído por esta ciudad a la que se trasladó en 1884 con la secreta ambición de incorporarse a *La Nación*. Fue redactor de *El Censor* y *El Nacional* antes de recalar en el diario de los Mitre hacia 1886.

Otro periodista de *El Diario* que cumplió misiones viajeras, Arturo Giménez Pastor, había nacido en San Nicolás de los Arroyos (Argentina) pero desarrolló parte de su carrera periodística y literaria en Montevideo, adonde se radicó su familia cuando contaba tres años de edad. Suele confundirse su nacionalidad y figura incluso en el diccionario de *Uruguayos Contemporáneos* de Arturo Scarone como miembro activo del periodismo metropolitano de aquella ciudad, donde ocupó el cargo de redactor de *La Tribuna Popular* (Scarone, 1918: 256); también participó en la edición uruguaya de *Caras y Caretas* y ocupó el puesto de director después de la partida de Pellicer.

En el marco de esta formación en la prensa montevideana algunos de los periodistas nombrados realizaron viajes periodísticos de distinta índole: Julio Piquet relató una “excursión arqueológica” al cerro Tupambay, tras el misterio de ciertos amontonamientos artificiales de piedra en la falda del cerro, que se presumían “tumbas charrúas”; las crónicas aparecieron en el diario *La Razón* de Montevideo en 1882.⁴⁵ Manuel Bernárdez participó de una excursión del Colegio Militar de la República a fines de 1886, en carácter de corresponsal del periódico *El Ejército Uruguayo*, publicando el relato de su viaje como libro al año siguiente (Bernárdez, 1887). Eustaquio Pellicer se desempeñó como reporter de *La Razón* de Montevideo en Buenos Aires durante la revolución del noventa, reservando para la sección “Zig-zag” de su semanario oriental las notas humorísticas del viaje.⁴⁶

Lo hasta aquí enumerado demuestra la experiencia incuestionable que estos periodistas poseían al momento de su arribo a la ciudad de Buenos Aires y permite intuir el aporte que significó su incorporación a la prensa local, aunque ellos mismos no dejaran de recalcar el salto cualitativo que implicaba comenzar a actuar en este medio junto a reconocidas figuras del ámbito porteño. Así lo hizo Julio Piquet, al evocar sus primeros tiempos en Buenos Aires, cuando ingresó a *El Censor* (el diario creado por Sarmiento y dirigido por su nieto, Augusto

⁴⁴ Julio Piquet, “Medio siglo de periodismo rioplatense”, en *La prensa argentina. Contribución de El Diario a su historia, 1801-1933, op. cit.*

⁴⁵ Julio Piquet, “Tumbas charrúas” y “¡Al Tupambay! Una excursión arqueológica”, *La Razón*, 5 de marzo y 12 de abril de 1882, reproducidos en *Revista Nacional*, nº 195, enero-marzo de 1958, pp. 119-124.

⁴⁶ Eustaquio Pellicer, “Zig-Zag”, *Caras y Caretas*, nº 3, 3 de agosto de 1890, pp. 18-19.

Belín, que apareció entre diciembre de 1885 y agosto de 1886) y tuvo que enfrentar el primer requerimiento de su fundador, quien le encomendó reescribir un antiguo artículo de su autoría titulado “Necesidad del paisaje”: “¡Imagínese el temblor sagrado con que acometí aquella tarea, para mí titánica aunque sólo tuviera que seguir en mi trabajo las indicaciones del titán!”.⁴⁷ Otro testimonio lo proporciona, con motivo de su ingreso a *El Diario*, Arturo Giménez Pastor, al expresar la profunda admiración y respeto que le provocaba la persona preeminente de su director, Manuel Láinez. Era tal su importancia e influencia que, para el recién ingresado, irradiaba su aura sobre todos los integrantes de la sala de redacción, quienes “aparecían así revestidos de aquel interés con que se nos presentan los actores vistos entre telones.” (Giménez Pastor, 1940: 149).

1.3.1 Un salto de calidad: los grandes diarios de Buenos Aires

También para los periodistas formados en el medio local integrarse a las redacciones de los grandes diarios de Buenos Aires constituía un paso culminante en sus carreras. Ingresar a *La Nación* hacia el fin del siglo significaba alcanzar un sitio de privilegio en el reducido espacio cultural porteño, que permitía anhelar sobre bases firmes una consagración en el mundo de las letras, como lo revela Payró en esta evocación retrospectiva:

¿Quién, sobre todo si amaba las letras y aspiraba a hacer de ellas más que su deleite, su carrera, no la desplegaba religiosamente cada día, para devorar su contenido y reavivar la llama ambiciosa y secreta, más ardiente, por lo tanto, de incorporarse algún día a su redacción?⁴⁸

Impacta la foja de servicios de Payró (1867-1928) cuando se incorpora a *La Nación* en 1892, con tan solo 25 años. Podría decirse que ya era por ese entonces tanto un periodista experimentado como un escritor fallido.⁴⁹ Venía de Bahía Blanca, donde había fundado con el capital heredado tras la muerte de su padre el periódico *La Tribuna*, que salió entre

⁴⁷ Julio Piquet, “Medio siglo de periodismo rioplatense”, *op. cit.*

⁴⁸ Roberto J. Payró, “*La Nación* y su influencia en la cultura argentina”, *op. cit.*

⁴⁹ El fracaso inicial de los primeros poemarios (sacrificados al fuego de una estufa en una noche invernal), dramas en verso, “novelitas” y cuentos, instaure un paréntesis de diez años entre la publicación del libro *Novelas y fantasías* (1888) –que cierra el ciclo de iniciación literaria– y *La Australia argentina* (1898), decenio en el cual Payró consolida su reputación periodística.

septiembre de 1889 y abril de 1892. En las páginas de su diario, que realizaba íntegramente, Payró completó su formación periodística y adquirió la flexibilidad necesaria para desempeñarse con soltura en todas las áreas de la redacción de un periódico. En un artículo de esa etapa narra con tono mordaz sus inicios en el periodismo.⁵⁰ Estos se remontan a 1883, en el olvidado y efímero vespertino *El Comercio*, donde comenzó a escribir a cambio de entradas para el teatro de la Opera. Su carrera continúa con un puesto de corrector en *La Republica*, el matutino fundado en 1867 por Manuel Bilbao, que había introducido en Buenos Aires el diario barato por medio de los anuncios, imitando la revolucionaria propuesta de Emile Girardin en Francia; y se afianza en el popular diario de los hermanos Gutiérrez, *La Patria Argentina*. A este último ingresa en 1885 como traductor de la lengua francesa (tarea que seguirá desempeñando de modo destacado en los folletines de *La Nación* con sus versiones de las novelas de Emile Zola) para pasar en seguida a la sección “Tribunales”. Allí va a recargar las tintas de los sucesos policiales al punto de “cometer” dos o tres crímenes inventados por noche, en lo que puede considerarse el primer hito del fructífero cruce entre periodismo y ficción en la obra de Payró. Colaboró ese mismo año en *La Libertad*, el diario de Victorino de la Plaza; *Sud-América*, dirigido por Paul Groussac y en *La Razón*, bajo la dirección de Onésimo Leguizamón. En 1886 se traslada a la ciudad de Córdoba, donde se desempeña como redactor de *El Intransigente* y colabora en *El Interior* y en *El Eco de Córdoba*.⁵¹ Ya en 1891, de regreso en Buenos Aires luego de su experiencia bahiense, ingresa como secretario de redacción a *El Argentino*, y tras su clausura publica, junto a los cesantes, *El Pueblo Argentino*; pasa brevemente por *La Prensa* y finalmente, en 1892, llega a *La Nación*, iniciando un estrecho vínculo con la empresa periodística de los Mitre que se mantendrá hasta el año de su muerte, en 1928. Fue Julio Piquet quien realizó la gestión para su ingreso ante Enrique de Vedia, por entonces administrador del diario, a pedido de José María Miró (autor del exitoso folletín *La Bolsa* y amigo de Payró). Así recordaba Piquet la estratagema que urdió para ayudarlo a “penetrar en la inaccesible fortaleza”:

⁵⁰ Julián Gray (Roberto J. Payró), “Recuerdos de antaño. Crímenes a granel”, *La Tribuna*, 26 de noviembre de 1889. (Pastormerlo, 2010: 39-42).

⁵¹ Raúl Alberto Luisetto, “Síntesis cronológica de Roberto J. Payró” (Payró, [1924] 1968: 9-18).

Algunos partidos de la provincia de Buenos Aires eran azotados en aquel momento por el bandolerismo, tanto más temible cuanto que se sospechaba que tuviera vinculaciones con la política y las autoridades locales.

Era entonces administrador de *La Nación* don Enrique de Vedia, hombre de vasta cultura y excepcionales dotes periodísticas –aparte de cualidades de organizador– y a él acudí para sugerirle la idea de mandar un enviado especial a estudiar aquella terrible plaga, que sembraba el terror hasta hacer callar las quejas. Para llenar ese cometido, le dije, se necesitaría un hombre resuelto, que fuera, además de reporter, un buen escritor, capaz de pintar el ambiente y los hombres con vigorosos y pintorescos trazos... (Piquet, 1928: 163-164).

Aunque la memoria de Piquet le juega una mala pasada en esta evocación motivada por la muerte de Payró (alude a las crónicas de “En los dominios platenses” que son posteriores a la corresponsalía que realiza en Santiago del Estero, por lo que Payró ya reportaba en *La Nación* antes de dicha gira), la cita acierta en describir las características de Payró como un reporter con cualidades de escritor y en definir, a continuación, las correspondencias producto de esa gira bonaerense como “el primer ensayo de reportaje literario hecho entre nosotros”. Por lo expuesto, convertirse en enviado especial de un diario como *La Nación* requería de una suma de capacidades: las aptitudes ya vistas del reporter debían complementarse con una destreza narrativa que puede constatarse en la abundante producción literaria de muchos de los periodistas viajeros.

Fueron cuentistas, novelistas, dramaturgos o poetas Ceppi, Payró, Pellicer, Bernárdez y Giménez Pastor, y en virtud de ello protagonizaron también la “revolución en la lectura” (la expresión es de Eduardo Romano) que produjo el discurso-periodístico literario de las revistas ilustradas rioplatenses. En efecto, otro de los rasgos en común lo aporta la colaboración en una gama amplísima de hebdomarios, cuando no la dirección o creación de los mismos. El caso de Pellicer, uno de los fundadores de *Caras y Caretas* de Buenos Aires, es el más representativo y de hecho ese semanario ilustrado constituyó uno de los focos aglutinantes de la producción literaria de buena parte de los periodistas aquí tratados. En un breve repaso no deberían faltar, por la función destacada que desempeñaron en ellas, *La Nueva Revista* (1893), una de las pioneras entre las revistas literarias argentinas, fundada por José Ceppi en 1893 y dirigida luego por Roberto J. Payró hasta su desaparición en 1894; *Arlequín* (1899) semanario humorístico ilustrado dirigido también por Payró con dirección artística de José María Cao; *P.B.T. Semanario infantil ilustrado (Para niños de 6 a 80 años)*

(1904) el otro proyecto emblemático de Pellicer y *La vida moderna* (1907) dirigida por Arturo Giménez Pastor junto a su hermano, el reconocido dibujante Aurelio Giménez.⁵²

1.3.2 Cronistas de la ciudad moderna

¿Ya estamos? ¿No hay otra cosa que hacer? ¿Se cerró el diario? ¡Pues a la calle! No es cosa de quedarse en la redacción mano sobre mano, cuando no velan en la ciudad más que los barrenderos y los vigilantes. Vamos a casa, y más que de prisa, no nos sorprenda la aurora en mitad del camino. ¡Se vive tan lejos en Buenos Aires! Claro. Como que ha dado uno de esos estirones que hacen la desesperación de las madres previsoras, que a pesar de los dobladillos de a cuarta y de las chaquetas crecederas, ven los pantalones por la rodilla y las mangas por el codo de su prole ansiosa de llegar a la estatura militar reglamentaria.

Gustave Colline (pseud. Roberto J. Payró)
“La vida en Buenos Aires” (*La Nación*, 1893)

Una revisión de los artículos publicados en los diarios y de las diversas secciones que estuvieron a cargo de estos periodistas, cuando no se encontraban de gira por el país o el exterior, permite identificar un conjunto de tópicos que en su reiteración dibujan una zona de interés privilegiada en torno a las transformaciones urbanas. El crecimiento y la diversificación de la población, la multiplicación de las actividades, la modificación del paisaje urbano y la alteración de las costumbres y modos de pensar tradicionales provocaron una sensación vertiginosa de cambio que la prensa registró en todas sus aristas. En la base de estos cambios se hallaba la transformación sustancial que se operó por entonces en la estructura económica de casi todos los países latinoamericanos y repercutió especialmente en las capitales, puertos y ciudades que concentraron y orientaron la producción de los bienes solicitados por el mercado mundial (Romero, [1976] 2007: 247).

En el periodo 1880-1916, la economía argentina experimentó un crecimiento tal que la llevó, desde una posición marginal, a convertirse en una promesa destinada a ocupar en América del Sur el lugar que los Estados Unidos tenían en América del Norte, motorizada por

⁵² Véase una descripción detallada de los formatos y los colaboradores de estas publicaciones en Washington Luis Pereyra (1993).

las exportaciones de productos primarios (Rocchi, 2000). La actividad económica de Buenos Aires estimuló la concentración poblacional, creó nuevas fuentes de trabajo y suscitó nuevas formas de vida. A las antiguas familias consustanciadas con las tradiciones de la ciudad se agregaron grupos heterogéneos que renovaron las costumbres relegando el pasado colonial y patricio a la vida provinciana: “sus calles, sus cafés y sus barrios se llenaron de gentes que con artes diversas medraban con lo que sobraba de tanta riqueza concentrada en lo que era el viejo casco urbano colonial” (Romero, [1976] 2007: 249). El fenómeno de “las ciudades burguesas” que describe José Luis Romero trasmutó a “la gran aldea” en una moderna metrópoli. Las viejas sociedades se vieron desbordadas por los nuevos contingentes humanos que se incorporaron a la vida urbana provenientes tanto de la inmigración como de las migraciones internas.

Sintomáticos de estas mutaciones resultan una variedad de artículos y secciones de *La Nación* que llevan la firma de los periodistas investigados. Entre los más destacados pueden mencionarse los dos artículos que Benigno Lugones dedica al estudio de los malvivientes porteños en 1879, “Los beduinos urbanos” y “Caballeros de la industria”; la sección “Notas del domingo” que lleva adelante José Ceppi en 1884, en la cual describe las actividades de los porteños en su día de descanso; los tipos y cuadros costumbristas del mismo autor recopilados luego en libro; la serie de artículos “La vida en Buenos Aires” (1893) que publica Payró bajo el seudónimo de Gustave Colline, dedicados a cuestiones cotidianas como el aumento del precio de los alquileres o del pan, el déficit habitacional, los vendedores ambulantes, etc.; los artículos en que Payró se ocupa de las transformaciones de la fisonomía urbana: la Avenida de Mayo, la Chacarita, el Parque Lezama, el Parque 3 de Febrero (1894); la sección miscelánea “La semana pasada. Crónica bonaerense” (1893) de Julio Piquet, donde reseña los sucesos destacados de la semana, los eventos sociales, los sitios de recreo y publica las crónicas de sus itinerarios urbanos.⁵³ Por los mismos años, José S. Álvarez recorría la ciudad en busca de material para sus “Instantáneas” y “Siluetas metropolitanas” como “un fotógrafo que saca vistas instantáneas” (Fray Mocho, 1954: 57), deslumbrado por el cambiante espectáculo urbano, describiendo sus tipos, sus cuadros callejeros, sus diálogos y episodios de la vida cosmopolita que darían la impronta característica a su posterior producción para *Caras y Caretas*.

⁵³ Algunas de estas secciones se analizan en el apartado “Costumbristas, *chroniqueurs* y reporters” del capítulo 2 de la tesis.

Muchas de estas secciones surgieron y se agotaron en un breve lapso temporal, lo cual habla a un tiempo de la maleabilidad del formato del diario y del interés renovado y constante por la representación de la ciudad de Buenos Aires: sus calles, sus habitantes, sus lugares de esparcimiento, sus centros de sociabilidad, los peligros y los placeres de la nueva experiencia urbana. Esta mirada periodística entrenada en los escenarios ciudadanos generó un cuerpo de representaciones compartidas con los lectores, un imaginario urbano que actuó a su vez como un sustrato latente en las crónicas de viaje por el país. Buenos Aires era el punto de referencia, el centro trascendente que organizaba y domesticaba el espacio recorrido y el lector porteño el destinatario privilegiado de las crónicas.

Casi todos los periodistas viajeros intercalaron sus excursiones locales con corresponsalías en el extranjero resultando de ello un enriquecimiento del universo referencial de los términos comparativos, así como una capacidad entrenada en el rápido discernimiento de los rasgos idiosincrásicos de los pueblos visitados, sus paisajes representativos, las formas peculiares de habitar, de vestir, de sociabilizar:

Hay varias cosas secundarias en apariencia que pueden dar idea del carácter de un pueblo. El teatro en todas sus ramificaciones, la prensa grande y chica, el modo de comer y de beber y viceversa, los baños, los sitios de reunión, el traje, etc. etc., son detalles externos que tienen siempre una causa superior, y que nadie que observe puede descuidar sin temor de dejar su observación trunca y a veces desviada.⁵⁴

En sucesivas misiones como corresponsales internacionales devinieron viajeros expertos y observadores sagaces de las metrópolis europeas y de los países limítrofes, cuyas características pudieron confrontar con la realidad local. Este es otro de los rasgos centrales que comparten algunas de las trayectorias periodísticas aquí esbozadas. En dos oportunidades Benigno Lugones viajó a Europa enviado por *La Nación*, en 1882 y en 1884; las correspondencias fechadas en Río de Janeiro, Londres y París informan del itinerario del primer viaje, mientras que el segundo se desarrolló principalmente en ciudades de España. José Ceppi emprendió en 1888 su primer viaje a Europa como corresponsal de *La Nación* y durante un año y medio envió sus correspondencias consecutivamente desde Italia, país que recorrió sistemáticamente; París, adonde asistió a la exposición universal de 1889 realizada con motivo del centenario de la revolución y España. Las cartas engrosaron una sección

⁵⁴ Roberto J. Payró, "Desde Santiago de Chile. El teatro por secciones. Notas de un corresponsal", *La Nación*, 5 de mayo de 1895.

propia del diario denominada “Correspondencia de Aníbal Latino”. Su segundo viaje de importancia transcurrió entre 1900 y 1901, de nuevo a París, a propósito de la celebración de la nueva exposición universal, y a Italia, adonde permaneció más de un año con el encargo de solicitar artículos a escritores italianos en concepto de colaboración extraordinaria, los cuales traducía y remitía a *La Nación* acompañados de una noticia biográfica. Julio Piquet acompañó como secretario a Bartolomé Mitre en su viaje a Europa de 1890 y remitió periódicamente sus crónicas parisinas; viajó a Chile en ocasión de la guerra civil de 1891 e integró también como corresponsal la comitiva presidencial de Julio A. Roca durante su visita oficial a Brasil, en agosto de 1899. Eustaquio Pellicer fue enviado a España en diciembre de 1893 para establecerse como agente y corresponsal de *La Nación* encargado de todo lo referente a la representación del diario; se le había encomendado como primera misión la cobertura del conflicto en la ciudad de Melilla, al norte de África, que parecía encaminarse a un guerra inminente que finalmente no se produjo; se instaló en Madrid por dos años, desde donde envió un nutrido conjunto de crónicas periodísticas que aparecieron con los títulos genéricos alternativos de “De España”, “De Madrid”, “Carta de España” y “Carta de Madrid”. Roberto J. Payró viajó como enviado de *La Nación* a Chile, en 1895, para ofrecer un testimonio directo del clima que se vivía en la capital chilena frente a la posibilidad de un conflicto armado por la cuestión limítrofe; también cruzó la frontera con destino al Uruguay, en 1903, tras los pasos del caudillo oriental alzado en armas Aparicio Saravia. Establecido en Bruselas por motivos personales desde 1909, continuó colaborando con *La Nación* desde esa ciudad ya sea con sus “Cartas informativas” sobre variados aspectos de los Países Bajos, ya con la serie de correspondencias tituladas “Diario de un testigo”, una vez que estalló el conflicto bélico internacional en 1914.⁵⁵ Por último, Manuel Bernárdez, luego de una destacada actuación local, aceptó la propuesta de *El Diario* de trasladarse a Brasil en un viaje periodístico motivado por la tensión que se vivía a raíz del incremento armamentístico naval del país vecino, sospechado como parte de un plan de política exterior expansiva. Envío correspondencias desde Río, San Pablo y Minas Gerais que excedieron largamente el cumplimiento del objetivo inicial y fueron recopiladas luego en el libro *El Brasil. Su vida, su trabajo, su futuro*, de 1908.

⁵⁵ Los artículos publicados por Roberto J. Payró en *La Nación* como corresponsal en Europa entre 1907 y 1922 han sido recopilados en Payró (2009).

El viaje signó las vidas de estos hombres de prensa y en ocasiones las salas de redacción se transformaron para algunos de ellos en lugares de mero tránsito: “Un telegrama recibido en San Nicolás de los Arroyos, me hizo bajar inmediatamente a Buenos Aires. ¿Adonde iremos ahora? Me preguntaba yo, seguro de que no se me llamaba para tenerme en conserva en la redacción.”⁵⁶ Los diarios valoraron esta formación periodística fogueada en sucesivas misiones como enviados especiales y, en más de una oportunidad, el entrenamiento local funcionó como antecedente curricular para el salto internacional, como fue el caso de la elección de Pellicer como agente y corresponsal en España:

Se estrenará con la guerra de África, según sus instrucciones y sus promesas, lo que equivale a decir que pronto recibiremos sus importantes noticias, –y no decimos interesantes porque tratándose del expedicionario y corresponsal de cabo Polonio, Santa Fe, Córdoba, Corrientes, Santiago del Estero y otros puntos no menos agitados, fuera el calificativo una redundancia, habiendo esta vez de escribirnos desde el país de los moros.⁵⁷

El ingreso de José Manuel Eizaguirre (1862-1930) a *La Prensa* en 1900 constituye un buen ejemplo de la capitalización de la experiencia adquirida como reporter viajero. Por ese entonces Eizaguirre ya era un periodista formado, inicialmente en la crónica parlamentaria y luego como corresponsal en el extremo austral del país. Había publicado en el diario *Fígaro* una serie de “perfiles” agudamente críticos y mordaces de los senadores nacionales de 1890, recopilados en libro al año siguiente con ilustraciones de Heráclito, seudónimo de Manuel Mayol (Eizaguirre, 1891), y había realizado una gira periodística por Tierra del Fuego entre septiembre y octubre de 1891 para el diario *Sud-América*. A mediados de la década del noventa se trasladó a Córdoba donde colaboró en la prensa local, fundamentalmente en el periódico *Los Principios*, fundado en 1894. Allí publicó, a finales de 1897, una serie de artículos críticos con el título de “Impresiones de un viajero”, bajo el seudónimo de James Brighteye, con motivo de la inauguración del Salón de exposiciones del Ateneo cordobés, que también aparecieron reproducidos en libro (Eizaguirre, 1898: 170-197). Si bien hacia 1900, con 28 años de edad, ya poseía una vasta experiencia en la prensa periódica y había

⁵⁶ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “En los dominios platenses. (Viaje de un hijo de estas tierras que sabe decir la verdad). Primera Zona. I. De cómo Bolívar puede pasar a la historia”, *La Nación*, 9 de diciembre de 1892.

⁵⁷ “Eustaquio Pellicer. Agente-corresponsal de ‘La Nación’ en España. ¡Feliz viaje!”, *La Nación*, 2 de diciembre de 1893.

incursionado además en el área de las investigaciones históricas, el diario dirigido entonces por Ezequiel P. Paz privilegió su práctica itinerante al encomendarle en carácter de “redactor viajero” un relevamiento completo del estado de las provincias argentinas. El encargo se extendió a lo largo de un año, en 92 entregas publicadas sin firma que llevan por título “A través de la República”.

En el cambio de siglo, el viaje periodístico al interior parece encontrar un cauce propio que se desarrolla con independencia de los acontecimientos noticiosos que pudieran motivar el envío de corresponsales:

Cumpliendo la promesa que hiciéramos el mes anterior de estudiar las necesidades de la provincia y recorrer sus principales poblaciones saldrán hoy por cuenta de este diario, el Sr. Francisco B. Blanc, que recorrerá el oeste de la provincia de Buenos Aires, y el Sr. Agustín Fernández que visitará una parte de las provincias de Santa Fe y Córdoba.

En breve, otro de nuestros colaboradores saldrá a recorrer una parte de la provincia de Entre Ríos, enviándonos como los anteriores, correspondencias en que se consignarán las observaciones que hagan en los puntos que visiten, así como los informes de mayor interés sobre la producción, comercio e industrias de cada localidad.

Más tarde, una vez que termine la estación de los calores, enviaremos corresponsales especiales a las provincias del norte y oeste de la República.⁵⁸

El reporterismo viajero ya se ha consolidado como una práctica profesional con sus competencias específicas cuando los grandes diarios lanzan sus equipos de enviados especiales a producir un relevamiento integral del país. La gira periodística aporta su propia matriz perceptiva y retórica para producir una novedosa representación del territorio nacional mediante su fórmula característica que dosifica de modo equilibrado información y narración.

⁵⁸ “La Nación en el interior. Enviados especiales”, *La Nación*, 23 de enero de 1899.

1.4 En viaje: ver, oír y contar

1.4.1 Enviados especiales de *La Nación*

En la última década del siglo puede observarse cómo un grupo de periodistas asume cabalmente las funciones del reporter viajero, perfil que se consolida como una competencia particular en el interior de los diarios modernos y que supone un conjunto de aptitudes específicas. Como se ha visto, no se trata de jóvenes inexpertos que dan sus primeros pasos como noticieros, sino que traen un bagaje de experiencias desarrolladas en distintos rubros de la práctica periodística, tanto local como extranjera. A las pericias propias del reporter suman un cuidado de las formas expresivas, derivado en muchos casos de vocaciones literarias, que dará una impronta característica a las crónicas de sus viajes.

Con el título de “El reporter viajero”, Raúl Larra estudia una etapa de la biografía de Roberto J. Payró que se inicia con su ingreso a *La Nación* en 1892 y se extiende hasta el cambio de siglo. Dentro de las múltiples tareas periodísticas que asume Payró en esa década se destacan las giras que emprende como enviado especial por la frecuencia y el relieve que adquieren en el prestigioso diario. Para su biógrafo, Payró es “el primer periodista moderno argentino que introduce como práctica en su trabajo el viaje y la jira (sic) de estudio.” (Larra, [1951] 1960: 99) En rigor de verdad, la afirmación es inexacta aunque debe contemplarse la preeminencia de Payró como periodista viajero en estos años de labor intensa, lo que justificaría el orden de precedencia atribuido por Larra y el recorte de su figura. Los requerimientos del diario lo llevan a recorrer sucesivamente Santiago del Estero (1892), la provincia de Buenos Aires (1892-93), Corrientes y Córdoba (1893); viaja a Chile en 1895; realiza una gira por Santa Fe (1897-1898), una excursión a la costa patagónica, Tierra del Fuego e isla de los Estados (1898), cubre el viaje del presidente Roca hasta Punta Arenas y acompaña al primer ministro de Agricultura, Dr. Emilio Frers, en su visita a Mendoza, San Juan, San Luis, Córdoba y Tucumán (1899); recorre Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy (1899-1900) y la zona inundada de la llanura bonaerense (1900), cerrando este ciclo de viajes periodísticos la mencionada gira uruguaya de 1903.

No es Payró quien introduce la práctica del viaje en el marco de las tareas periodísticas, sino que se inserta en un plan más vasto del diario *La Nación* que por los mismos años destina a un nutrido grupo de colaboradores a funciones similares. De hecho, Payró realiza la

primera cobertura de este tipo en tándem con Eustaquio Pellicer, quien había ingresado al diario ese mismo año de 1892. Ambos ya eran experimentados hombres de prensa, habiéndose iniciado en el quehacer periodístico en la adolescencia. No extraña, por lo tanto, el claro concepto que tienen de la función que se les asigna en sus primeras giras periodísticas. El éxito de esta cobertura propicia que Payró, ya de regreso en Buenos Aires, redacte dos crónicas adicionales donde estampa su firma con el seudónimo de Julián Gray (el mismo que utilizaba en *La Tribuna* de Bahía Blanca).⁵⁹ La primera se abre con esta declaración de principios acerca de su tarea específica:

Señor director de *La Nación*: Como reporter viajero, la verdad es que debí añadir a mis telegramas por lo lacónicos que fueron, una que otra correspondencia epistolar en que abarcara aquel conjunto político-social que tanto ha llamado la atención en estos días: hablo de Santiago.⁶⁰

Los dos artículos reseñan con detenimiento los recovecos de la política santiagueña tal como se le presentó al periodista durante sus veinticuatro días de permanencia en la provincia. A la semana de publicados, comenzaron a aparecer los “apuntes de otro reporter”, esta vez con la firma de Eustaquio Pellicer y con un marcado sesgo humorístico, el mismo que lo distinguió a lo largo de toda su carrera: “Es preciso que se convenzan ustedes de que aquí no puede gobernar más que Vulcano o Pedro Botero, el que gobierna las calderas del infierno.”⁶¹ Con la misma jocosidad comentaba al pasar sus nuevas funciones en el diario: “¡Si es tu voluntad que sea reporter viajero, y que haya revoluciones en Santiago, procura, oh Señor, que estallen en invierno!”.

⁵⁹ Este seudónimo comienza a aparecer en las colaboraciones para *El Porteño* de Bahía Blanca hacia 1887, alternando con el nombre propio del autor. Con el mismo seudónimo están firmados la mayoría de los artículos de *La Tribuna*, de Bahía Blanca, alternando además con el de Cordero Bravo y León Manso, entre otros menos significativos; estos últimos parecen reservados para artículos de tono satírico o humorístico, mientras que corresponden al primero los más reflexivos o vinculados a cuestiones políticas. Como Julián Gray firma las primeras giras periodísticas para *La Nación*, en el período en que progresivamente se afianza el nombre propio con el que continuará firmando las crónicas de viaje al interior. Entre otros seudónimos del mismo período utilizados en *La Nación* se destacan Tomasito Buenafé y Gustave Colline.

⁶⁰ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “Más sobre Santiago del Estero. Política grande y chica. Variaciones sociales. Miel y vinagre – Hombres y remedos. La revolución de guante blanco. Todas las cosas y una porción de cosas más. (De los apuntes de un reporter)”, *La Nación*, 23 de noviembre de 1892.

⁶¹ Eustaquio Pellicer, “El país de la leña o sea un mes entre dos calores. Ardientes recuerdos de la revolución de Santiago. Moscas y mosquitos políticos y anti-políticos. La intervención a los cuarenta y cuatro grados. Agua por dentro y por fuera. En traje de circunstancias. Nombres imposibles. Preludio de algo mejor. (De los apuntes de otro reporter)”, *La Nación*, 2 de diciembre de 1892. (Véase Apéndice II).

Tanto Payró como Pellicer ingresaron a *La Nación* asumiendo idénticas funciones y compartiendo una identificación explícita como reporters viajeros. Pero no son los primeros periodistas de la casa a los que se les asignaron coberturas de este tipo. Julio Piquet, en 1891, había sido enviado a Chile para dar cuenta de la situación política y social del país después de la guerra civil. Como resultado de esta gira aparecieron catorce entregas con el título genérico de “A Chile por los Andes” que relataban un viaje lleno de contratiempos que lo llevaron a recorrer nueve provincias argentinas antes de llegar al destino prefijado (Véase Apéndice II).

Por su parte, Aníbal Latino (José Ceppi) venía realizando giras por distintas provincias desde la década anterior (su ingreso al diario data de julio de 1884) con objetivos diversos. La primera se remonta a la primavera de 1885, cuando se celebraron exposiciones de productos nacionales en las capitales de dos provincias andinas, con motivo de la inauguración del ferrocarril de Mendoza a San Juan. A las exposiciones asistieron el presidente de la República con algunos ministros y una numerosa comitiva de invitados. En una evocación retrospectiva, Ceppi se explayaba sobre el encargo que llevaba como representante del diario:

La dirección de *La Nación*, a su vez, me designó para que fuera a representarla en la parte espiritual y literaria, –digámoslo así–, haciendo descripciones del ambiente, penetrando, si era posible, las novedades políticas que se produjeran, pues se aproximaba la campaña presidencial e iban en la comitiva los dos candidatos que ya sonaban como aspirantes a la sucesión del general Roca, o sea el doctor Bernardo de Irigoyen, ministro de Relaciones Exteriores y el doctor Juárez Celman. Para aliviar mi tarea se nombró a Don José Varas como encargado de la parte informativa de la expedición y de las fiestas.⁶²

La cita proporciona algunos datos destacables sobre el modo en que el periodista entendía los requerimientos de sus funciones como enviado de prensa. Se trataba siempre de viajes pautados por la dirección de los diarios y asignados a miembros de su equipo, esto es excluyente para recortar el corpus de los numerosos relatos de viaje publicados en la prensa durante el mismo período, que no comparten esta característica. El carácter “literario” que, asumía Ceppi, requerían sus correspondencias era otro de los rasgos centrales de la concepción formal que muchos reporters tenían de sus “campañas

⁶² Aníbal Latino, “Recuerdos del periodismo de antaño”, *El Diario*, edición extraordinaria *La Prensa Argentina*, 1933.

periodísticas”. También las “descripciones del ambiente” referían un componente típico del contenido de las crónicas (de manera similar, Payró anticipaba que se proponía abarcar el “conjunto político-social”). Por último se advertía sobre el peso relativo de la parte informativa, lo cual no significaba que se dejaba de lado este aspecto sino que se lo integraba en un conjunto más abarcador, donde cabía tanto el relato circunstanciado del viaje como la descripción amena de tipos y costumbres. La misma extensión de las entregas de esta serie de correspondencias (dieciséis en total a lo largo de un mes) da la pauta de un desarrollo que excedía ampliamente el cumplimiento noticioso.

Ese mismo año de 1885, Ceppi realizó un viaje a Santa Fe con motivo de la inauguración del ferrocarril a las colonias del norte de la provincia y al año siguiente una “excursión” a Villa Mercedes por la línea del ferrocarril al Pacífico. En 1887 viajó a Sierra de la Ventana y Bahía Blanca; en 1892 a Mar del Plata con motivo de la inauguración del balneario “La Perla”; visitó de nuevo las colonias santafecinas en 1893, a raíz del alzamiento de los colonos de Humboldt; y las provincias del norte del país en 1894.

Ceppi, Payró y Piquet fueron tres colaboradores principales de *La Nación*, tanto por la extensión de sus trayectorias como por las múltiples funciones que ejercieron, incluso en la parte directiva del diario. Cuando Darío se incorporó a la redacción, en 1893, apuntaba que Ceppi era el subdirector del diario y Piquet el secretario de redacción (1976: 101). Por su parte Payró sería director de la colección “Biblioteca de La Nación”, uno de los más significativos proyectos editoriales de principios de siglo XX. De lo que puede inferirse la importancia que se le otorgaba a estas corresponsalías, a las que se destinaba un grupo de periodistas notables del riñón mismo del diario.

Pero no se limitaba a los nombres citados el círculo de periodistas de la casa enviados como corresponsales al interior del país. Uno de los aportes más tempranos a este tipo de excursiones periodísticas lleva la firma de Benigno Lugones, pionero de los estudios lunfardos, que en 1883 publicó una serie de crónicas tituladas “Una excursión al Sur”, a propósito de un viaje por los pueblos bonaerenses en dirección a Bahía Blanca. En el mismo año, Bartolomé Mitre y Vedia fue destinado como “corresponsal de *La Nación* en el interior de la República” para cubrir el viaje de su padre con destino a Chile, realizado con el objeto de completar su información sobre José de San Martín, cuya biografía estaba escribiendo. La serie de crónicas, publicadas bajo el seudónimo de Claudio Caballero, llevan por título “Hacia

los Andes” y fueron incorporadas posteriormente al libro *Páginas serias y humorísticas* (1909: 31-99).

En la década del noventa eran frecuentes las colaboraciones de Amado J. Ceballos, más conocido por su seudónimo de Ashaverus con el que firmó una serie de “Excursiones serranas”. También emprendieron ocasionalmente giras periodísticas por el territorio nacional escritores y poetas asociados al modernismo que militaron también en las filas del diarismo, como es el caso de Rubén Darío y Alberto Ghirardo. El primero viajó a la isla Martín García en 1895 y a Córdoba en 1896; al segundo corresponden las crónicas de un viaje marítimo al sur en 1895 (“A bordo de la Uruguay”) y fundamentalmente la “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica”, publicado en siete entregas durante noviembre y diciembre de 1896 y enero de 1897.

1.4.2 Autofiguras: la imagen sacrificial

Las reflexiones sobre el trabajo periodístico se reiteran a lo largo del corpus conformando una imagen propia y distintiva del reporter viajero. Payró sobresale en este sentido al dirigir una mirada sistemática tanto a las aptitudes requeridas para un correcto desempeño en el oficio, como a la índole específica de la profesión. En esta faceta, característica de su producción periodística, se deja ya entrever su posterior militancia en favor de las condiciones laborales de los escritores, expresada fundamentalmente en una serie de artículos publicados en *La Nación* en 1906, los cuales derivaron en la fundación de la Sociedad de Escritores.⁶³ En una gira bonaerense de 1892 apuntaba Payró una observación que revela este foco de atención privilegiado:

Este arte del reporterismo viajero no admite dilaciones, como que en el espacio de unas pocas horas tiene uno que darse cuenta del medio ambiente, de las cosas, de los hombres, de la pasión y la indiferencia, del temor y de la soberbia, yendo hasta la médula a escudriñar la verdad que, desnuda y pudorosa, está siempre en el fondo del pozo.⁶⁴

⁶³ Véase “La casa de los que no la tienen”; “El hogar intelectual”; “La sociedad de escritores”; “Una nueva profesión” y “El concurso dramático” (Payró, 1909b).

⁶⁴ Roberto J. Payró, “En los dominios platenses (Viaje de un hijo de estas tierras que sabe decir la verdad). Primera Zona”, *La Nación*, 9 de diciembre de 1892.

De nuevo, como en Ceppi, el “oficio” del reporter adquiría estatuto artístico en esta variante viajera, que conservaba de aquel la capacidad de percepción minuciosa aplicada a la revelación de los hechos ocultos, cuanto más sensacionales, extraordinarios o curiosos, mejor: “Nada hay más testarudo que un reporter a caza de un abuso, cuya insistencia se le ha insinuado” se vanagloriaba Payró en Zárate, adonde había llegado tras una grave denuncia sobre castigos en un destacamento de marina.⁶⁵

Oír y ver de cerca eran otros tantos atributos destacados por Payró como rasgos inherentes de su trabajo; interrogar a la gente y “husmear por todos lados”. Todo era materia de estudio para el que sabía observar, todo contribuía a dar una idea del medio en que se hallaba, de los hombres con quienes se codeaba, de las peculiaridades invisibles para la mayoría. Sus crónicas resultan pobladas de diálogos y voces registrados con minuciosidad, junto a observaciones y comentarios, en su *cuaderno de notas, bloc o cartera de apuntes*, la herramienta privilegiada del reporter, cuyo uso aparece tematizado de manera característica, como en esta apelación de Eustaquio Pellicer al lector: “Veo en mi cartera apuntes que dan tema para veinte columnas del tamaño de las de Hércules y aún creo que me quedo corto; pero no hay que alarmarse (...).”⁶⁶

Periódicamente estos apuntes debían ser atendidos, puestos en orden y completados con miras a la elaboración de las correspondencias que se enviarían al diario para su publicación: “[Tenía que organizar] mis notas y apuntes, que era necesario fijar claramente y aun desarrollar, si no quería encontrarme más tarde con que eran griego para mí mismo.” (Payró, 1898: 348). Pero a su vez el lápiz y la libreta se revelaban en otras ocasiones como colaboradores ineficaces, por ejemplo, al momento de generar el clima propicio para la expansión del interlocutor durante una entrevista. Observaba Payró que, al entrar en escena estos instrumentos de trabajo, la confianza se transformaba en temor, la locuacidad en reticencia, y los datos positivos en rotundas negativas, amenazando el llano discurrir de la charla: “¡No! No tome usted notas...”, advertían no pocos entrevistados, de todo lo cual Payró deducía una máxima para el gremio: “No aconsejo a los colegas el uso de notas, sino *ex post facto*.”

⁶⁵ P. (Roberto J. Payró), “En gira periodística. Dos días en Zárate. Marinos en tierra”, *La Nación*, 18 de octubre de 1897.

⁶⁶ Eustaquio Pellicer, “Notas cordobesas. Colas de un reportaje. Templos, teatros, hospital y paseos. Apuntes e impresiones”, *La Nación*, 13 de octubre de 1892.

Tenacidad y capacidad de persuasión eran dos de las virtudes más valoradas a la hora de conseguir una entrevista o que un personaje se explayara libremente en el transcurso de una charla. Manuel Bernárdez se jactaba de ser el primer periodista en abordar la fragata Sarmiento, al regreso de su primer viaje alrededor del mundo, aún cuando el barco venía en cuarentena: “¡Pero cómo resistir, por bien armada que estuviera la fragata, el terrible abordaje de un reporter! Tras una breve lucha, se decidió la victoria a favor del periodista asaltante” (1904: 191). Y Ashaverus, frente un funcionario reticente, podía desplegar una batería de artilugios –de la adulación a la improbable promesa de discreción– para propiciar la expansión de su interlocutor:

–Pero, ¿cómo se imagina Ud. que voy a decirle eso?...

–Muy sencillamente: despojándose por un momento de sus atributos de funcionario público, que se me figura no soporta Ud. sino como cruel exigencia de la etiqueta en casos solemnes; levantándose a las alturas de su criterio de hombre, y de hombre de mundo; olvidando las pequeñeces que hayan podido molestarle; viendo como Sancho a los hombres del tamaño de una avellana; fingiendo si quiere una galería de cuadros fantásticos que sean copias fieles de la realidad (...); ¡y fiándose a la exquisita discreción que debe esperarse de un reporter!⁶⁷

La entrevista ocupaba un lugar primordial como recurso a las fuentes orales de información. El vocablo, todavía inestable, alternaba con la expresión inglesa *interview* (que remitía a los orígenes norteamericanos del género desarrollado por uno de los impulsores de la prensa sensacionalista, Gordon Bennett del *New York Herald*) y con adaptaciones verbales de naturaleza híbrida como *entrevistar*. Para Enrique Gómez Carrillo, el cronista guatemalteco que fuera corresponsal de *La Nación* en París, un buen reporter debía tener “dones especiales” en el arte de entrevistar: “No se trata solamente de recordar las palabras oídas, sino de reflejar, de evocar al que habló, de dar la impresión de su voz, de sus maneras, de su fisonomía, de su ser, y de adivinar aquello que se nos emitió a medias, de sorprender el secreto de los pensamientos.”⁶⁸ La pericia de Payró en esta práctica específica define uno de sus aportes fundamentales a la redacción de *La Nación*. Cada comprobación, cada aserto,

⁶⁷ Ashaverus (pseud. Amado J. Ceballos), “Departamento de ‘Minas’. Reseña geográfica. Aspecto físico – Agricultura – Demografía – Caminos – Lo que se ve a lomo de mula – Gobierno departamental. Una cabeza de la hidra – Ganadería – Propiedad inmueble – Sociabilidad – ¿Nada más? – ¡A caballo!”, *La Nación*, 14 de noviembre de 1896.

⁶⁸ E. Gómez Carrillo, “El arte de la ‘interview’. Los reporters pintados por sí mismos. Un manual del perfecto reporter”, *La Nación*, 1 de enero de 1904.

cada hallazgo o anécdota, se origina en un diálogo o lo confirma una entrevista o surge en el intercambio verbal con personajes reales o imaginarios. Cuando el valor documental lo requiere se suministra el nombre y apellido del personaje, sino, se trata de “un vecino”, “un industrial”, “una persona seria y respetable”, “mi interlocutor”, “el primero a quien me dirigí”, “una persona de buena voluntad”, “mi acompañante”, “mi comprovinciano” y una extensa galería de informantes anónimos y compañeros de peripecias del reporter. “Jamás nombro a los vecinos porque sé que eso sería atraer sobre sus cabezas las iras celestes” se excusa Payró en una línea de “En los dominios platenses”; pero la verdad está más cerca del efecto literario que del secreto periodístico, y de la capacidad de transmutar y condensar charlas, lecturas, cosas vistas y oídas al pasar en un registro vívido:

He querido seguir mi antiguo sistema de *entrevistar* al humilde, al desconocido, que es el que más siente las necesidades, como que sobre él convergen todas las cargas pesadas. *Fulano*, mi interlocutor, no existe, pero no es tampoco una creación de la fantasía, ni es *yo*, como en los libros en que el autor toma un portavoz, un *alter ego* bien aderezadito, con muchas virtudes solo enturbiadas por amables defectos, más simpáticos que irritantes. *Fulano*, encarna muchas individualidades, como lo verá el que se anime con mi prosa, y está a mi juicio en lo justo y lo razonable.⁶⁹

Una ética del esfuerzo domina la concepción que los propios corresponsales viajeros se forman de sus campañas. Uno de los tópicos recurrentes lo constituyen las narraciones detalladas de los contratiempos y penurias de los viajes, causados por la incomodidad de los medios de transporte, la carencia de alojamientos satisfactorios y la mala comida. El viaje de Julio Piquet a través de la cordillera resume el cúmulo de adversidades que acechan a los periodistas en sus recorridos por el país. Piquet parte de Buenos Aires el 28 de septiembre de 1891, viaja en tren hasta Mendoza, donde fecha su primera correspondencia el 30 del mismo mes; en su segunda carta anuncia para el día 11 de octubre su traslado en tren a Uspallata para emprender el cruce, advirtiendo del peligro que representa en esa época del año; la siguiente carta, fechada dos días después, informa de un ascenso plagado de accidentes que por poco le cuestan la vida:

Hoy martes trece, con la cara mortificada por las injurias del sol, del viento y de la nieve, el cuerpo maltrecho por el cansancio, el espíritu rabioso de impotencia por la

⁶⁹ Roberto J. Payró, “¡Buenos Aires! Justa revancha. Post nubila phoebus. Un corresponsal viajero que termina su gira”, *La Nación*, 19 de Agosto de 1893.

derrota sufrida y un si es no es impresionado por el temblor de tierra de esta madrugada, cuyo tremendo remesón casi me tira de la cama al suelo, acometo la ardua empresa de describir mi reciente infortunada excursión andina por el dantesco desfiladero de Uspallata.⁷⁰

La misión no se detiene ante la adversidad; se dirige a Córdoba en busca de una nueva opción de cruce a través de Bolivia; de allí a Tucumán, y luego a Salta y Jujuy. Ya ha pasado más de un mes desde su partida y todavía no logra llegar a Chile, el destino de su corresponsalía. Lejos de lamentarse, Piquet se felicita del abundante material que tantos contratiempos aportan a sus crónicas, dedicadas sucesivamente a cada una de las ciudades visitadas. Ya en Santiago de Chile, el 20 de enero de 1892, encara el demorado objeto de su campaña periodística: la actualidad política chilena.

Penalidades, disgustos, privaciones y peligros enseñaban al lector el costo oculto de la obtención de las noticias, de las descripciones pintorescas, de los relatos pormenorizados, que la letra de molde no dejaba traslucir, a la vez que construían la figura heroica del reporter dispuesto a enfrentar y vencer todo tipo de dificultades. Eustaquio Pellicer había acuñado el neologismo *viajericidas* para referirse al calor y al polvo que acechaban al viajero que transitaba las provincias del norte, y solía dedicar pasajes de sus crónicas a relatar la peripecia de una basura en el ojo o el perseverante recorrido de moscas y mosquitos por su rostro.

El otro tópico vinculado al esfuerzo y al sacrificio se manifiesta en la tematización del ejercicio de la escritura. Los periodistas viajan, observan, conversan, toman notas y en todo momento experimentan y manifiestan el apremio por escribir. En pringosas mesas de hotel, a bordo del *wagon* (sic) de un tren, en un refugio cordillerano o en el camarote de un vapor, la escena de escritura se reproduce con abundantes tintes dramáticos. Arribar a una síntesis o conclusión después de haber visto y oído puede ser “un momento triste en esta vida de perpetuo examen que llevamos los periodistas”, “una tarea agotadora” o “una exacerbación del gasto nervioso, que produce un cansancio excesivo” (Payró, 1898: 109).

El tópico está sin dudas asociado a la consideración del trabajo periodístico como una tarea ingrata, que se lleva a cabo fundamentalmente como sostén económico, en tensión con la idealizada tarea del escritor que no alcanza a vivir de su mercancía simbólica.

⁷⁰ Julio Piquet, “En los Andes. El paso de Uspallata. Cordillera cerrada. El infierno en la nieve. De Mendoza a Puente del Inca. Una embestida frustrada”, *La Nación*, 18 de octubre de 1891. (Ver Apéndice II).

Periodista y escritor encarnan las dos inflexiones básicas que adopta la incipiente profesionalización del hombre de letras a partir de la década de 1880. De esta tensión dio cuenta Payró en numerosos escritos que reflejan una concepción traumática de la práctica periodística, referida como “enfermedad crónica e incurable”, “tarea ramplona, deprimente y destructora”, “Calvario” o “Vía Crucis” y asociada, como se ha dicho, al sustento material.⁷¹ Aunque, como ha demostrado Miguel Dalmaroni, se trataba de una estrategia de autovictimización que respondía más a una imagen de escritor heroica y sacrificial y al tópico del genio incomprendido y malogrado que a los datos comprobables de su exitoso recorrido profesional (2006: 144). De hecho, la carrera literaria de Payró evidencia uno de los modos característicos en que se imbrican periodismo y literatura: el del periodista profesional que construye en el interior del diario un espacio propio y reconocible, generalmente mediante la escritura de crónicas o de alguna sección en particular, lo cual le permite crear en paralelo una zona exterior a la prensa reservada para el proyecto literario (Laera, 2008: 503).

Pero vivir exclusivamente del trabajo periodístico no dejaba de presentar las aristas negativas que derivaban de un ejercicio rutinario y tedioso que se desarrollaba en múltiples frentes a la vez: traducciones, artículos, correcciones, redacciones para terceros y discursos de ocasión. El tema del intelectual “explotado” y “frustrado”, si no se condice con la propia experiencia de Payró, manifiesta igualmente un conflicto medular entre las ilusiones de la obra artística y la postergación a que la condena el ejercicio mercenario de la pluma (Rivera, 1998: 30). Esta experiencia dio pábulo a distintas producciones de Payró, como el ensayo dramático *Triunfador*, escrito en 1897 y no estrenado por consejo de sus amigos; el cuento “Mujer de artista” de *Violines y toneles* (1908) y la obra de teatro *El triunfo de los otros*, estrenada en septiembre de 1907, en la cual la locura es el precio que debe pagar el personaje protagónico de Julián, después de quince años de periodismo anónimo que lo exprimen material y mentalmente.

Viaje y escritura, entonces, se imbrican en la representación de la imagen sacrificial que el reporter viajero construye de sí mismo, como en este pasaje de Aníbal Latino:

Bien puedo permitirme esta observación y este desahogo, después de haber pasado una noche a la intemperie, sobre un wagon descubierto del Andino, sufriendo el viento

⁷¹ Véase “El periodista”, *El Porteño*, 9 de noviembre de 1888 y “Recuerdos de antaño. Crímenes a granel”, *La Tribuna*, 26 de noviembre de 1889 (Pastormerlo, 2009); también pueden consultarse la carta a Alberto Gerchunoff (González Lanuza, 1965: 40) y el capítulo “Fray Mocho” (Payró, 1952: 45).

helado de estas noches (...) aguantando los golpes y las sacudidas, que zarandeaban mi cuerpo, como el jugador la pelota, resistiendo el polvo que mezclado con el aire entraba por la garganta y penetraba en los ojos, en las narices, en los oídos, debajo de las ropas, en todas partes. Y mucho más creo poder permitírmelo, cuando después de semejante noche, en vez de entregarme al sueño y al descanso, en vez de preferir a todo mi salud y mi cuerpo, prefiero el esmero con el cumplimiento de mis deberes y el orgullo y la satisfacción de complacer a los lectores, anticipándoles datos y noticias sobre los lugares y las fiestas que han motivado mi excursión por estas regiones.⁷²

El papel protagónico que los periodistas se reservan en muchas de estas crónicas permite recomponer un relato conjunto que revela otra faceta del activo y cambiante periodismo porteño de fin de siglo, por fuera de las salas de redacción y en contacto directo con los más diversos ambientes y tipos del país.

Del auge de la prensa informativa y el vértigo de las noticias que dieron origen a la figura del reporter viajero, a la producción de crónicas periodísticas de viaje seriadas y autónomas se verifican desplazamientos y nuevas acentuaciones en la funcionalidad misma de las crónicas y el equilibrio interno de sus tópicos. No se trataba únicamente de cubrir un acontecimiento, realizar una entrevista, componer un reportaje, sino también de narrar un viaje, describir un territorio y sus habitantes, singularizar un paisaje representativo y proporcionar, en general, nuevas vías de acceso al conocimiento del país, lo cual resultaba imprescindible para producir un balance de la dispar situación política, económica y social de las provincias, elaborar diagnósticos y proyectar soluciones y mejoras. De estas variantes y evoluciones del reporterismo viajero se pretende dar cuenta en los capítulos que siguen.

⁷² Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), "Desde San Juan. De Mendoza a San Juan", *La Nación*, 7 de abril de 1885.

Capítulo 2

La crónica periodística de viaje

Los géneros, en la cultura industrial, organizan la experiencia de las masas, su `vida cotidiana'. Cada género vendría a explicar una parcela de la vida, a garantizar una lectura de esa parcela, a organizar la experiencia (de las muchedumbres) en relación con un tópico o aspecto de la vida.

Daniel Link
Cómo se lee (2003)

Los enviados especiales de los grandes diarios modernos de Buenos Aires encarnaron una nueva figura de escritor viajero: no eran ni militares, ni naturalistas, ni científicos, ni exploradores, ni literatos; tampoco pertenecían a sociedades geográficas, comerciales o industriales ni a instituciones gubernamentales, sino que se definían como periodistas, trabajaban en las redacciones de los diarios, respondían a los requerimientos de las direcciones de los mismos y producían sus textos en función de las demandas propias del medio en que se desempeñaban. El reporterismo viajero aportó una nueva matriz perceptiva y retórica al conjunto de representaciones del territorio y la comunidad nacionales, que se reveló en la capacidad para recoger información *in situ*, para interrogar a eventuales interlocutores, para extraer una significación social y económica de los datos y observaciones recabados (Sarlo, 1984: XX). Los corresponsales dirigieron su mirada entrenada en la búsqueda de las noticias hasta los confines del territorio nacional generando un modelo discursivo propio que combinaba información, instrucción, entretenimiento y opinión. Adaptaron un conjunto de convenciones de las narraciones de viaje a un modo de producción textual característico de la prensa de entre-siglos: la crónica. Este formato permitió incorporar procedimientos ficcionales, como la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes o concentrar el sentido dramático en un espacio reducido, dio lugar a la inclusión de entrevistas, diálogos y una polifonía de testimonios, posibilitó el ingreso de un cúmulo de datos y documentos propios del reportaje, permitió argumentar y conectar saberes dispersos y todo esto tamizado por una primera persona cautivada por el ejercicio autobiográfico.

Los motivos que originaron los viajes periodísticos aquí tratados fueron variados: revoluciones provinciales, exposiciones nacionales, conflictos en y con países limítrofes,

inauguraciones de obras públicas, viajes presidenciales, giras ministeriales, desastres naturales, entre otros. De este conjunto heterogéneo sobresalen las excursiones por las provincias y los Territorios Nacionales emprendidas con el propósito explícito de dar a conocer a un público general las distintas regiones de la Argentina, describir sus tipos y paisajes representativos, suministrar información fáctica y estadística y relevar las situaciones particulares de cada provincia. Incluso cuando los viajes tuvieron por objeto cubrir un suceso en particular, los enviados especiales generaron adicionalmente una serie alternativa de correspondencias dedicadas a los más diversos aspectos de las localidades visitadas durante sus giras. La noticia de un terremoto en La Rioja permitía también narrar la travesía del enviado especial desde Córdoba pasando por Santa Rosa, describiendo las postas, los ranchos y la vegetación desértica; la de un levantamiento de colonos en Humboldt habilitaba un extenso pasaje dedicado a registrar los adelantos materiales de la ciudad de Santa Fe; la cobertura de una revolución en Corrientes incluía una correspondencia enteramente dedicada al tipo femenino de esa provincia: facciones, vestidos, sociabilidad, virtudes patrióticas. Estas digresiones respecto del objeto central de la misión periodística conformaban de antemano el plan de las giras: “Dejemos lo pintoresco para más tarde”, anunciaba Payró en la primera línea de sus “Notas Correntinas”, anticipando que dedicaría un espacio a otros aspectos desvinculados del conflicto político que lo traía desde Buenos Aires.⁷³

De este modo, las crónicas periodísticas de viaje produjeron un relevamiento integral del país con la intención explícita de divulgar un cuerpo de conocimientos informal –no especializado– desde las páginas de la prensa diaria. Incorporaron al dominio de las noticias un sistema de representaciones identificadas con lo nacional que tuvo como destinatario principal al lector porteño.

Este capítulo se propone abordar de modo específico los aspectos formales de esta producción textual, sus procedimientos característicos y los géneros escriturarios implicados en la misma, comenzando por la crónica, que adquiere en la prensa hispanoamericana del último cuarto del siglo XIX un desarrollo distintivo. Se indagan a continuación las relaciones del corpus con algunos modelos destacados de la narrativa de viajes, así como la influencia

⁷³ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “Notas correntinas. El Alto Uruguay. Situación política. Ligeras consideraciones sobre costumbres. Las autoridades y su sistema. Algunas observaciones”, *La Nación*, 21 de febrero de 1893. (Ver Apéndice II).

de los medios de transporte en el punto de vista narrativo. Al contextualizar las giras periodísticas en el marco más amplio de la construcción discursiva de la territorialidad nacional, que se desarrolla en paralelo a la consolidación del Estado nación a lo largo del siglo XIX, se busca establecer líneas de continuidad a la vez que demarcar el aporte diferenciado que realizaron los periodistas viajeros en este sentido. Por último, se analizan los componentes estrictamente documentales del corpus, poniéndolos en relación con una modalidad incipiente del periodismo de denuncia y de investigación y con un conjunto de procedimientos narrativos propios de un género que continuará su desarrollo durante el siglo XX trazando una línea evolutiva de prolíficas derivaciones.

2.1 Mirada crónica: de la ciudad a la Nación

2.1.1 La crónica modernista: información y literatura

Existe consenso crítico en atribuir a los escritores de la primera generación del modernismo la introducción del género periodístico de la crónica en Hispanoamérica. En términos cronológicos la primacía le corresponde a Manuel Gutiérrez Nájera, cuyas primeras crónicas aparecieron en *El Nacional* de México hacia 1880, seguido muy de cerca por las colaboraciones de José Martí en *La Opinión Nacional* de Caracas (González, 1983: 77). En un influyente estudio, Aníbal González trazó el árbol genealógico del género remontándolo al artículo de costumbres inglés, francés y español, extendiendo sus ramificaciones hasta las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma y las *chroniques* parisienses de *Le Figaro* hacia 1850. La crónica, señala González, es antes que nada un reportaje, un género periodístico que comunica noticias, novedades. En principio, el lugar de las *chroniques* en los periódicos parisienses estaba ocupado por la sección de los *fait divers*, pequeños boletines sin interrelación alguna que relataban los sucesos relevantes o curiosos que habían ocurrido en la ciudad (González, 1983: 73).⁷⁴ El tránsito de la columna de boletines sin relación narrativa a la crónica supuso el advenimiento de un sujeto de enunciación, un “yo” ordenador, una voz autorral que se hiciera cargo de la organización de las noticias dispersas.

⁷⁴ Roland Barthes definió al *fait divers* o “suceso” como un hecho notable producto de una relación de causalidad perturbada o “ligeramente aberrante” (Barthes, 2003: 259-272).

Desde sus inicios la crónica transgredió las restricciones del discurso periodístico. Los modernistas tomaron todas las oportunidades que les ofrecía la institución de la prensa para afinar sus destrezas narrativas y así explorar la naturaleza del discurso literario por contraste con el discurso periodístico (González, 2007: 26). La crónica se constituyó como un género híbrido en su relación con la literatura, fundando su valor menos en lo informativo que en lo recreativo. Susana Rotker observa ya en las primeras crónicas de Martí que la voluntad literaria y el encanto descriptivo exceden por mucho el interés de la información, y si bien ubica a la crónica como intermediario entre los discursos periodístico y literario, se vuelca en definitiva a considerarlo un género literario a secas, observando que muchas crónicas modernistas pasaron a integrar volúmenes de cuentos, despojadas ya de su elemento de actualidad (Rotker, 1992: 89-90).

También Julio Ramos lee el “gesto anti-informativo de la crónica, que continuamente viola las normas de referencialidad periodística” y en consecuencia define su espacio de operaciones en el límite entre referencialidad y ficción, en el juego con las fronteras del género ([1989] 2003: 132). Para Ramos, la heterogeneidad formal de la crónica representa las tensiones de la autoridad literaria ante las presiones e interpelaciones de otros discursos, entre ellos el informativo. Uno de los modos en que los escritores modernistas manifestaron estas contradicciones fue tomando distancia de la figura del reporter. Un texto en el que Gutiérrez Nájera define su condición de cronista ha sido frecuentemente citado para ejemplificar esta oposición. Allí el escritor y periodista mexicano dramatiza un enfrentamiento en el que el predominio de uno implica la desaparición del otro: “La crónica (...) ha muerto a manos del reporter” (2002: 418). Se trata claramente de la formulación de un antagonismo que se origina en la superposición de funciones que se pretenden específicas. Si la crónica muere a causa del reporter es porque este puede competir con ventajas por los espacios en las columnas de los diarios, satisfacer con mayor celeridad la demanda de noticias sin reparar demasiado en cuestiones formales y de estilo. De nuevo la prensa norteamericana encarna el modelo sujeto a crítica:

¿De dónde había de venir para nosotros el *reporter* sino del país del *revolver*? Allá en la tierra de los zapatos de siete leguas y de los andarines como Mister Thompson, florece el periodista de repetición, la cocina al minuto y la electricidad. De ella nos vino el reporter ágil, diestro, ubicuo, invisible, instantáneo, que guisa la liebre antes de que la atrapen; el *reporter* que ejerce en todas las noticias el “derecho del señor”, el *reporter*

que obliga a los sucesos a encanecer en una sola noche. (...) La pobre crónica, de tracción animal, no puede competir con esos trenes-relámpago. ¿Y qué nos queda a nosotros, míseros cronistas, contemporáneos de la diligencia, llamada así gratuitamente? Llegamos a la hora de los postres.⁷⁵

Las imágenes de la modernidad tecnológica que metaforizan las tareas del reporter son también un signo de las transformaciones del periodismo en el último cuarto del siglo XIX. La velocidad en la transmisión de las noticias tanto como la multiplicación exponencial del universo referencial al que remitían afectaron los formatos de la prensa con exigencias de variedad, brevedad y concisión. Fragmentación y trivialización informativa fueron dos aspectos relevantes de este proceso (Rama, 1985: 156). Un nuevo modelo periodístico se fraguó en relación directa con el público lector, al que debió servir para que continuara comprando los diarios. Ramos observa que, para poder hablar en el periódico, los escritores modernistas debieron ajustarse a la exigencia de asumir la información como objeto privilegiado de su reflexión. Así, la crónica modernista se revela como un ejercicio de sobreescritura que proyecta sobre la noticia un enfático trabajo verbal, de ahí su doble carácter periodístico y literario (Ramos, [1989] 2003: 110-111). El ejemplo de las crónicas martianas, cuyo punto de partida pudo ser la lectura de los reportajes de los periódicos neoyorquinos y que en muchos casos se constituyeron como montajes de un conjunto de noticias, demuestra este trabajo reflexivo y de *representación* de la noticia. De eso se trata la estilización, de una reescritura efectuada por un sujeto literario, una mirada específica que encuentra los límites de su autonomía en la función informativa. Rotker afirma que los escritores recurrieron a la estilización para diferenciarse del mero reporter, para marcar su territorio específico como productores de la crónica (1992: 101).

En el reverso de esta aparente oposición pueden leerse las instancias de acercamiento de la crónica y el reportaje, si se considera que la posición diferencial que los cronistas modernistas reclamaron de modo reiterado implicaba una estrategia competitiva en el disputado mercado de la información.⁷⁶ Cuando el producto de la actividad literaria se convierte en una mercancía –que como toda mercancía entra a competir en el mercado– se

⁷⁵ “Monsieur Puck, cronista” [Puck, “Crónica”, *Universal*, 3 de diciembre de 1893], (Gutiérrez Nájera, 2002: 419).

⁷⁶ Beatriz Colombi observa que el sistema metafórico con el que Gutiérrez Nájera alude a la crónica pertenece al campo semántico de la decoración y el consumo suntuoso, por lo que concluye: “La crónica es una mercancía más en el aparador de los bienes simbólicos ofertados por la prensa y su conveniente arreglo retórico es condición indispensable para atraer al ocasional lector.” (Colombi, 1997: 215).

difunden entre los escritores concepciones del arte como “realidad superior” y del artista como un ser dotado de cualidades especiales (Altamirano y Sarlo, 1980: 93). La prosa poética ofrece un claro ejemplo del modo en que muchas crónicas modernistas manifestaron su cualidad diferencial en el contexto de la prensa diaria.

Pero la crónica en Hispanoamérica no fue patrimonio exclusivo de los escritores modernistas y la oposición clave entre informar y hacer literatura se trasladó al interior de otros escritos periodísticos que se constituyeron en el cruce de esta tensión productiva. Tal fue el caso de las crónicas de viaje de los reporters viajeros aquí tratados. Bartolomé Mitre ya había advertido esta tensión en *La Australia argentina*, cuando objetó un exceso narrativo que identificó con el género novelístico: “La narración del viaje es amena y animada; las aventuras y las escenas que se suceden le dan a veces el interés de la novela, aunque a veces, también, pequen por minuciosas y demasiado largas, defecto fácil de corregir en una revisión.” (Payró, 1898: VIII). Tal vez Mitre tuviese en mente las páginas dedicadas, por ejemplo, a “la novelita de Miss Mary”, una intriga amorosa que absorbió la atención curiosa e indiscreta de Payró durante el viaje, y una de las tantas digresiones narrativas o relatos incrustados que introdujo en su crónica, como las aventuras de mineros, historias de desertores, convictos o naufragos recargadas todas de tintes dramáticos.⁷⁷

Sintomática de esta misma tensión resultaba la declaración de un corresponsal viajero de segunda línea de *La Nación*, José M. Neyra, que en 1899 pretendía ceñir el relato de su viaje a la provincia de Entre Ríos a las funciones estrictamente informativas:

Pero desviado mi espíritu de las abstracciones y de las contemplaciones, solo le ofrezco prosa llana, inspirada por la fría observación robustecida por los informes que he recogido y que puede resultar –si a ella le prestan atención los que están en el deber de prestársela– de mayor beneficio que una variación vulgar sobre la dilatada y perfumada campiña; “la pálida viajera de la noche”, el argentado río y otras yerbas que forman el condimento ordinario de la literatura.⁷⁸

⁷⁷ Eduardo Romano destaca de estas atractivas historias de mineros y loberos los novedosos vínculos entre literatura y región que produce la escritura periodística de Payró, asociando la Patagonia y el *Far West* norteamericano mediante la referencia al escritor Bret Harte (Romano, 1991: 172-173).

⁷⁸ José M. Neyra, “El viaje a Entre Ríos. Por la vía fluvial. La navegación de los ríos de La Plata y Uruguay – El balizamiento – Abandono censurable – Dragado de la boca de Galeguaychú – Necesidad de terminar la obra”, *La Nación*, 1 de febrero de 1899.

A esa altura, la decisión implicaba casi una transgresión al formato difundido de la crónica de viaje periodístico y obligaba a este extenso prelude para no defraudar las expectativas del lector.

2.1.2 Costumbristas, *chroniqueurs* y reporters

En general, los periodistas que actuaron como corresponsales viajeros en el país estaban familiarizados con el género de la crónica y sus antecedentes directos como el cuadro de costumbres o el boletín de noticias. El primer volumen literario de Aníbal Latino, *Tipos y costumbres bonaerenses* (1886), es una colección de artículos de costumbres, algunos de ellos publicados en *La Nación* y otros inéditos, en los que el autor rindió su tributo personal a los grandes costumbristas españoles, como Mariano José de Larra y Ramón de Mesonero Romanos. Nacido en Génova en 1853, Ceppi había emigrado a España en su juventud, alistándose en el ejército regular donde prestó servicios por algunos años. Decidido a tentar suerte en el periodismo, hacia 1880 se incorporó como redactor en *El País* de Lérida, diario del que llegó a ser administrador. En 1883 emigró a Buenos Aires, ingresando primero al periódico *La Libertad* y en julio de 1884 a *La Nación*. Apenas dos años después de su arribo, comenzaron a aparecer en este diario algunos de sus artículos de costumbres con el seudónimo de Aníbal Latino, intercalados con giras periodísticas, narraciones y cuentos publicados en el espacio del folletín, artículos sobre periodismo, inmigración, política europea y literatura, también de su autoría.

Su rápida asimilación a la sociedad porteña contó con la ejercitación semanal que significó la redacción de la sección miscelánea “Notas del domingo”, que apareció en *La Nación* durante los meses de agosto y septiembre de 1884. Allí escribía sobre las modas de Buenos Aires (desde el corset femenino hasta la calle *chic* para conducir los cadáveres al cementerio), los peligros del alcoholismo en la ciudad, los bailes, fiestas y tertulias, las carreras de caballos, la afición al juego y la prisa de los porteños, entre otras variadas notas de actualidad. También en esta sección adoptó la primera persona del plural que lo identificaba con el colectivo argentino (“Los extranjeros que visiten la Capital de nuestra República deben creer que esta es una ciudad fabril de importancia, donde el tiempo es oro, y donde la laboriosidad de los habitantes necesita vehículos infinitos y rápidos”); y la primera

persona del singular, que dotaba al abigarrado conjunto de temas separados por asteriscos de una voz narrativa homogeneizadora.

Cuando me levanto los domingos suelo mirar el cielo, y si lo veo nublado o llueve, me pongo de mal humor y parece como si me echasen un peso encima.
Nunca debería llover los domingos; porque el pueblo que ha permanecido seis días encerrado en el taller, colgado del andamio, haciendo caer gotas de aceite en la rueda infernal de una máquina, acepillando tablones, poniendo en fila sobre un componedor las letras negras de una idea luminosa...espera con ansia el domingo.⁷⁹

Los *Tipos y costumbres bonaerenses*, escritos durante el mismo período en que iniciaba sus giras periodísticas por el país, revelan al agudo observador del contexto social inmediato y a un lúcido lector del costumbrismo español. En el texto que cierra el libro a modo de epílogo, dedicado justamente al análisis crítico de la literatura de costumbres, Ceppi describió los rasgos formales del género a través de sus principales cultores, situando su propia producción en un punto equidistante de la indagación punzante y el pesimismo de un Larra, y de la superficialidad de un Mesonero Romanos. Profundidad en la observación, amenidad del estilo, gracia y precisión, frecuentación de las distintas clases sociales, identificación de lo peculiar y característico, veracidad, captación al vuelo, crítica imparcial, son algunas de las propiedades que atribuyó al cuadro de costumbres (1886: 496). Ese mismo arsenal, perfeccionado en la frecuentación de la sociedad porteña, sería puesto a prueba en las crónicas periodísticas de sus viajes por las distintas provincias del país que se sucedieron desde el año 1885.

Pupo Walker señala que el artículo de costumbres adoptó con frecuencia un cariz paródico y retratista, pero de un retratismo doble que fijaba tanto la imagen del sujeto en cuestión como la del relator (1978: 5). Esta bifurcación interna, característica del relato de costumbres, proporciona una nota distintiva a las crónicas de viaje de Aníbal Latino. El retrato es uno de los procedimientos más utilizados por el cronista, siempre a la búsqueda de tipos raros, excéntricos o dotados de alguna cualidad peculiar. En la crónica de un viaje por el río Paraná se jacta de poder identificar las costumbres, los hábitos, las pasiones y los caracteres más salientes de los pueblos de las catorce provincias, tan solo observando cómo interactúa ese muestrario a escala que constituye el pasaje del vapor. La sospecha de un polizonte a bordo del *Meteoro* le aporta tema suficiente para una nota: "Figuraos uno de

⁷⁹ Latino (pseud. José Ceppi), "Notas del domingo", *La Nación*, 17 de agosto de 1884.

esos inmigrantes que llegan con pendientes en las orejas, sombrero que no permite descubrir cual ha sido su forma primitiva, trajes de algodón, descoloridos, manchados, maltrechos, cutis bronceado, robustos, eso sí, como otros tantos Hércules, entre los 25 y los 30 años”.⁸⁰ En el mismo viaje, Ceppi aguarda con expectativa la llegada de los pasajeros al comedor, suponiendo que le suministrarán material para una correspondencia “ligera y breve”. Rápidamente se desengaña: en una mesa un grupo de británicos juega a los naipes, en otra cuatro italianos conversan, un matrimonio se entretiene con el dominó, “pero como lo hace la gente de todos los días, sin peculiaridad alguna que permitiera una divagación”. La crónica desplaza entonces el punto de vista, de los observados al observador. Finalmente el narrador resulta el único sujeto que ofrece materia para el relato:

Yo, por ser el único que, aislado y arrinconado, tenía papel delante en ademán de escribir, atraía de vez en cuando con mi aire de batueco (...) las miradas de los curiosos, que al verme tan pensativo debían creer que sabía perfectamente lo que debía escribir, y en realidad iba atisbándolos a ellos para sorprenderlos en algún desliz que me diera motivo para crítica u observaciones.

El desplazamiento es característico de estas crónicas de viaje que operan en dos niveles narrativos, el del asunto tratado y el de la elaboración de la crónica que lo refiere. Narran tanto el acontecimiento como su construcción. El cronista que se sorprende a sí mismo en el ejercicio de sus tareas proporciona una imagen precisa de este nivel metatextual.

La sección de *La Nación* “La semana pasada. Crónica bonaerense” que firmó Julio Piquet con el seudónimo de Mario, entre octubre y diciembre de 1893, corrobora los rasgos relevados en el ejercicio de la crónica. Al igual que las “Notas del domingo”, se trataba de una sección miscelánea que reunía un conjunto heteróclito de noticias y sucesos ocurridos en el transcurso de la semana. En una misma crónica se abordaban temas tan diversos como los peligros que entrañaba la difusión del anarquismo en Argentina, la peregrinación a Luján, los exámenes universitarios de fin de año, la colocación de la piedra fundamental del nuevo hospital de niños, la despedida de un corresponsal del diario, el proyecto municipal que autorizaba a los cafés a colocar mesas y sillas en la vereda y la partida de un sacerdote a San Juan. En el espacio fragmentado del proceso comunicativo que presentaba el periódico, respecto del cual este tipo de secciones se comportaban como figuras metonímicas, el

⁸⁰ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “En viaje a Santa Fe. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación* 7 de julio de 1885.

elemento cohesivo recaía nuevamente en la voz narrativa. No era que esa voz rearticulase los fragmentos, que se disponían yuxtapuestos y separados por tres asteriscos. La estrategia recurrente de Piquet consistía en formular una introducción con fuertes marcas autobiográficas y confesionales que teñían al resto de los segmentos. En el ejemplo referido, la crónica presenta al inicio un tópico característico, el de la angustia del cronista frente a la hoja en blanco: “Fijos los ojos en la carilla de papel, hago esfuerzos enormes, angustiosos por reconcentrar el pensamiento para ponerla en marcha; pero no lo puedo conseguir (...) acordémonos que son las ocho de la noche y pongamos manos a la obra que la crónica tiene que salir.”⁸¹ Los lectores podían reconstruir la unidad en el esforzado aliento del cronista detrás de cada fragmento y en el tono familiar con que *conversaba* sobre los avatares del desarrollo mismo de su escritura: “(...) la verdad es que no sé de que asunto de la semana podré ocuparme, a no ser de la fiesta en el palacio de Hume. Ustedes no me permitirían siquiera una alusión a las púas de lo de Puan, a la leguminosa cuestión de Córdoba, ni al aplazamiento en el senado del proyecto de estación central de ferrocarriles.”⁸²

El recurso a la oralidad basado en apelaciones al lector, giros conversacionales y un tono por momentos intimista contribuyó también a dotar de organicidad a la crónica. El modelo con el que Piquet imaginaba su intervención en esta sección era el del *chroniqueur* parisino, como revela un pasaje en el que fantasea con escribir su crónica sentado al aire libre en un café de la avenida de Mayo, tal y como si estuviera en París: “Lo bueno sería que los efectos de la ilusión fuesen tan completos que mis lectores al leerla la atribuyeran a Grimsel o a Aurélien Scholl.” La remisión a los grandes “caballeros de la crónica” de los diarios de París – la denominación es de Guy de Maupassant– enseña otra de las vías por las que el género se introdujo en la prensa porteña más allá del comprobado magisterio de los primeros modernistas hispanoamericanos.⁸³ Numerosas características de la crónica parisina, tal como la describió Maupassant, podían encontrarse en el estilo de Piquet: debía ser corta, concisa,

⁸¹ Mario (pseud. Julio Piquet), “La semana pasada. Crónica bonaerense”, *La Nación*, 27 de noviembre de 1893.

⁸² Mario (pseud. Julio Piquet), “La semana pasada. Crónica bonaerense”, *La Nación*, 30 de octubre de 1893.

⁸³ Henri Rochefort (Grimsel) y Aurélien Scholl son dos de los cuatro cronistas seleccionados por Guy de Maupassant (junto a Henry Fouquier y Albert Wolff) como paradigmas del género, en una crónica dedicada a componer sus retratos que lleva por título “Messieurs de la chronique” (*Gil Blas*, 11 de noviembre de 1884). Dice de Rochefort: “Y todo el mundo se divierte de esta incansable elocuencia parisina, desde las mujeres más finas hasta el pillo más iletrado, pareciendo que haya respirado ese aire de las veredas que mete en el cerebro ese algo desconocido que parece el alma de París.” Y de Scholl: “Leyendo una buena crónica de Aurélien Scholl, se creería sentir la médula de la alegría francesa manando de su fuente natural. Es, en el verdadero sentido de la palabra, el cronista espiritual, fantástico y divertido.” (URL: <http://maupassant.free.fr> [22 de noviembre de 2012].)

fantasiosa, pasando de un tema a otro sin transición; entre las cualidades del cronista enumeraba el humor, la ligereza y la vivacidad de espíritu. Para Manuel Ugarte, que se radicó muy joven en Francia, fue corresponsal de *La Nación* y en 1901 publicó un volumen de crónicas parisinas, prologado por Rubén Darío, la aparente frivolidad de los cronistas de París estaba determinada por el carácter de la ciudad misma, en la que mil asuntos diversos y efímeros solicitaban su atención. Era necesario anotar con rapidez un perfil fugaz, y luego pasar a otro como un *cinematógrafo viviente*. Mordacidad, ironía, superficialidad eran otros tantos rasgos atribuidos por Ugarte al *chroniqueur*, rasgos que Piquet compartía con este paradigma de la prensa francesa. (“La crónica en Francia”, Ugarte 1902: 15-25).⁸⁴

Eustaquio Pellicer dio inicio a su sección “Montevideo cómico”, del diario *La Nación*, prometiendo el envío semanal de una “crónica festiva” sobre lo que ocurriese en su ciudad. Con independencia del tema elegido, que podía versar sobre un decreto que prohibía el juego de carnaval, las celebraciones de semana santa o la discusión de un proyecto financiero en la cámara legislativa, el tratamiento humorístico de la crónica proporcionaba la nota distintiva de la columna de Pellicer. La digresión irónica sobre política doméstica era característica de esta sección, así como los juegos verbales que explotaban el campo semántico de la noticia para usos descontextualizados, con el fin de producir un efecto cómico. Una crónica dedicada al embate de la municipalidad contra los lecheros que comerciaban mercadería adulterada habilitaba una serie metafórica, según la cual los diarios habían “rebosado leche por sus epígrafes”, los sueltos y artículos se comparaban con ubres y la crónica no finalizaba hasta que el cronista consideraba que el tópico había sido “suficientemente ordeñado”.⁸⁵ No resultaba casual la mención de Sansón Carrasco (seudónimo de Daniel Muñoz, fundador del diario *La Razón* de Montevideo, en el que colaboraron Piquet y Pellicer) en la crónica citada, a propósito de un artículo suyo en el que se basaba Pellicer. El estilo ingenioso de aquel destacado periodista montevideano, la capacidad de observación y análisis revelada en sus artículos de costumbres, el humor irreverente y la inclinación a la sátira política pueden considerarse antecedentes directos de la escuela periodística de Pellicer. Los artículos de Muñoz, reunidos en libro en 1884 con el título de *Colección de artículos*, son considerados por Carlos Real de Azúa un punto de

⁸⁴ Sobre la trayectoria de Manuel Ugarte en París y su actividad como cronista véase la tesis de Margarita Merbilhaá (2009), especialmente el capítulo 1.

⁸⁵ Eustaquio Pellicer, “Montevideo cómico”, *La Nación*, 2 de enero de 1892.

transición entre el “costumbrismo romántico-realista” y la crónica novecentista, ubicándolos en “una categoría que se haría bien pronto la estructura aún más nueva, más breve, más nerviosa de la ‘crónica’, ya bajo los influjos del 900 y del magisterio de los grandes periodistas asentados en París y en Madrid, entre los que se contaría incluso el gran Darío pero cuyo maestro indiscutido fue el guatemalteco y mal afamado Enrique Gómez Carrillo.” (Real de Azúa, 1968: 132). La cita importa en tanto ubica la influencia de la crónica modernista en el proceso más abarcador de la evolución de la crónica en la prensa rioplatense del período, que ya en la década del ochenta manifestaba una exploración novedosa de sus posibilidades expresivas.

También los formatos más tipificados como el de la crónica policial o parlamentaria producida por reporters especializados presentaron un campo propicio para el juego con los límites del discurso periodístico y ficcional.⁸⁶ José S. Álvarez, siendo reporter parlamentario, *fabricaba* la cosecha noticiosa durante el viaje en tranvía hasta el centro y solía colar “suelos de pura invención sobre asuntos de política nacional”.⁸⁷ Roberto J. Payró recuerda de su paso por *La Patria Argentina*, el diario de los hermanos Gutiérrez, el pasaje de su actividad como traductor de las secciones de policiales de los diarios franceses, a la de *inventor* de crímenes a granel:

Adquirí, por fin, tal práctica, que cada noche cometía uno, dos y tres crímenes, con tanta frescura como si se tratase de la cosa más natural –y lo mejor es que ya para nada revisaba los diarios europeos, porque me parecía mucho más fácil que traducir de las gacetas de tribunales sacar los asuntos de mi propio chirumen, sin necesidad de perder tiempo leyendo los diarios.⁸⁸

La crónica policial estaba particularmente sometida a las demandas de un público ávido de detalles truculentos, comentarios patéticos y hasta digresiones jurídicas, lo que estimulaba el colorido de la descripción y el condimento de la fantasía.⁸⁹ En palabras de Pellicer, que dedica una de las primeras entregas de su sección “Sinfonías” de *Caras y*

⁸⁶ El caso emblemático para la crónica policial es el de Eduardo Gutiérrez en su sección “Variedades policiales” del diario *La Patria Argentina*. Véase especialmente “Del *fait-divers* al folletín” (Laera, 2003: 80-88) y “En las vísperas del género. La crónica periodística como antecedente de los folletines de Eduardo Gutiérrez” (Sosa, 2009: 471-503).

⁸⁷ José Varas, “En el periodismo porteño”, *Caras y Caretas*, nº 308, 27 de agosto de 1904.

⁸⁸ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “Recuerdos de antaño. Crímenes a granel”, *La Tribuna*, 26 de noviembre de 1889 (Pastormerlo, 2009: 41).

⁸⁹ Sobre los modos de representación del criminal y su castigo en la prensa porteña del cambio de siglo, véase: Caimari (2004).

Caretas a los lectores de la crónica roja, “el público quiere asistir al hecho de sangre como si hubiera sido la propia víctima o el espectador más próximo al victimario, (...) le interesa saber si el muerto usaba bigote y pantalón a cuadros, y si el que lo mató tenía malas costumbres, o una verruga en el párpado, o un tío en Guatemala.”⁹⁰ Pero también en la crónica parlamentaria, que supone otro universo de lectores y una estructura modélica en la que prima la argumentación clara y precisa, el criterio analítico y la fidelidad en la reproducción de los debates, se pueden relevar desvíos “literarios”. Como en los punzantes retratos de los senadores de 1890 que José Manuel Eizaguirre recopiló de sus intervenciones como cronista parlamentario en la prensa diaria, con el subtítulo de “Brochas parlamentarias”.⁹¹ Para describir la trayectoria de un senador, Escalpelo (seudónimo de Eizaguirre) puede jugar a ser Homero y componer otro Ulises y una nueva *Odisea*, donde la llegada a la gobernación se convierte en un accidentado arribo a Ítaca, con las naves sacudidas por los vientos y estrelladas contra las rocas –el derrocamiento–, y el revés de sus partidarios encuentra su analogía en el rechazo de la casta Penélope (Eizaguirre, 1891: 109).

En este sucinto relevamiento de la actividad como cronistas de algunos de los periodistas que cumplieron misiones como reporters viajeros se comprueba el progresivo dominio que adquirieron de la crónica, y una particular atención prestada al modelo francés, leído, traducido y adaptado al medio local, como al cuadro de costumbres español. Si bien el aporte de los escritores modernistas fue fundamental para la renovación de la prosa periodística en el cruce con el discurso literario, puede afirmarse que *los inventores* de la crónica (parafraseando a Rotker) se insertaron en un medio propicio en el que venían desarrollándose experiencias afines, aunque de menor radicalidad en cuanto al trabajo con la materia verbal.

Las crónicas de viaje por el país significaron, en este sentido, un terreno fértil donde explorar la tensión constitutiva de un género que, por su carácter flexible, se prestaba a la contaminación discursiva y a la incorporación de procedimientos y repertorios temáticos variados. Los pormenores del relato de viaje se mixturaron con las entrevistas y los diálogos, las efusiones poéticas con impersonales tablas estadísticas, los cuadros de costumbres con clasificaciones botánicas, las descripciones geográficas con denuncias políticas. Estas

⁹⁰ Eustaquio Pellicer, “Sinfonía”, *Caras y Caretas*, nº 8, 26 de noviembre de 1898.

⁹¹ La influencia de la prensa francesa es también aquí explícita: El primer capítulo del libro se abre con una cita de Touchatout (Eizaguirre, 1891: 9), nombre de pluma del periodista satírico francés Léon-Charles Bienvenu (1835-1911) famoso por sus mordaces retratos de los políticos del período de Napoleón III.

crónicas constituyeron un espacio textual donde podían convivir la información de carácter netamente utilitario y una franca disposición al relato, teniendo siempre presente los intereses múltiples de los lectores porteños, bajo la premisa central de entretener informando. Si bien los corresponsales viajeros que recorrieron el territorio nacional abandonaron ese ámbito privilegiado de la crónica que fue la ciudad modernizada, llevaron consigo hasta los confines del país un punto de vista, un encuadre interpretativo habituado a la diversidad de actividades, de experiencias, de estilos de vida, a la riqueza social de la ciudad comprendida como “bazar o almacén de novedades”.⁹² Con esa misma mirada inquieta exploraron una Nación imaginada que se revelaba de este modo a los lectores en el lenguaje familiar de la crónica diaria.

2.1.3 Voces de la ciudad babélica

La atención que los reporters viajeros prestaron a las variantes lingüísticas, prosódicas y sintácticas del habla ilustra este desplazamiento de un punto de vista modelado en el ejercicio de la crónica urbana. El interés por apresar, en un muestrario comprehensivo, el heterogéneo universo de la oralidad pudo remitirse a la particular composición poblacional que presentaba la ciudad de Buenos Aires a fin de siglo, con un porcentaje de extranjeros que incluso superaba al de los nacidos en el país. En la introducción al censo de 1895, el presidente de la comisión directiva, Diego G. de la Fuente, afirmaba que “la identidad en cosas, individuos y pueblos, es una quimera opuesta a todas las leyes vitales del universo que, sucediéndose inextricablemente en todos los casos y tiempos, obligan la infinita variedad de tipos y acontecimientos.”⁹³ Un modo elegante y genérico de referir una situación que la sociedad tradicional veía con visos de alarma y que el mismo director del censo consideraba, unas líneas más adelante, como una de las comprobaciones más relevantes de los guarismos estadísticos: la presencia abrumadora de extranjeros que

⁹² Dorde Cuvardic García establece una analogía entre la estética de la prosa costumbrista y la modernista a partir de la técnica descriptiva del cuadro, la escena o el *tableau*, apelando a esta categoría de comprensión sociológica de la ciudad “como bazar o almacén de novedades”. La misma está tomada de Peter Langer, que identifica cuatro imágenes recurrentes o paradigmas representativos de la ciudad como diversidad organizada: el Bazar, la Jungla, el Organismo y la Máquina (Cuvardic García, 2012: 257).

⁹³ D. G. de la Fuente, “Introducción”, *Segundo censo de la República Argentina*, t. 1, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

“englobando todas las nacionalidades, aparecen en primer término, impulsando todos los adelantos, dueños de casi toda la viabilidad férrea, de la navegación exterior e interior, de las mejores propiedades, de la mayoría de las industrias, comercios, bancos, etc.”

Mientras la ciudad se transfiguraba en una metrópolis cosmopolita, se multiplicaban las nacionalidades, los idiomas y las costumbres, y comenzaba a despuntar el anonimato y la aglomeración de multitudes en los espacios públicos. Costados inquietantes y amenazadores de la vida urbana eran conjurados mediante sistemas taxonómicos y tipológicos como los que el oficial escribiente de la policía, Benigno Lugones, redactó para la sección del folletín de *La Nación*, poco antes de convertirse en reporter del mismo diario.

La labor periodística de Lugones para *La Nación* se inició con la publicación de estos dos artículos de principios de 1879, que son considerados por Soler Cañas los primeros documentos de difusión de las expresiones de la jerga lunfarda, “Los beduinos urbanos” y “Caballeros de la industria” (1965: 19-20). Con ellos Lugones inaugura los estudios sociológicos acerca de los malvivientes porteños, siendo el primero en recoger la voz *lunfardo* para designar un sector del mundo del hampa. La mirada desprejuiciada que dirigió a este submundo es absolutamente original, como que en él vio reflejado “una parte del carácter nacional” sin la cual el “estudio de nuestra propia etnografía” sería incompleto: “Se engañaría quien creyera que este tipo no tiene a su vez una parte de influencia sobre el carácter de la sociedad en que vive y se desarrolla.”⁹⁴ Dentro de la cuadrícula clasificatoria con que ordenó el mapa lunfardo (*punguista, escrucante, beabista*) se destacan los cruces que estableció con las nacionalidades respectivas: los escrucantes más terribles eran los italianos, mientras que los argentinos, orientales y españoles eran arrojados y brutales. La dramatización de un *escrucho* (robo en que el ladrón entra a una casa o edificio) incluida en este artículo es en sí misma una breve pieza literaria en la que el *lunfardo* traba amistad con el sirviente gallego fingiendo interés por la niña de la casa, hasta que logra entrar una noche para realizar su cometido; Lugones no deja pasar la ocasión de asentar el registro del gallego: “Aquí duerme el zeñoritu; aquí la zeñura y esta es la pieza donde juardan el diñeiro.” La veta literaria también estaba preanunciada en este texto precursor en muchos sentidos, que culmina con “la única poesía *lunfarda* que existe”: “Estando en el *bolín polizando* (durmiendo) / se presentó el *mayorengo*: / ‘A portarlo en cana vengo’, / ‘Su mina lo ha delatado.’” Estos artículos constituyen un antecedente directo de una voluntad compartida

⁹⁴ Benigno Lugones, “Los beduinos urbanos”, *La Nación*, 18 de enero de 1879.

por los reporters viajeros de captar la diversidad de registros de la lengua, con sus inflexiones y entonaciones características. Con la misma fidelidad con que retrató a estos extraños y hábiles simuladores que acechaban a los desprevenidos en la ciudad, se abocó a representar a los tipos curiosos de la campaña bonaerense en su excusión periodística al sur de la provincia, tal como observó Emilio Daireux en la nota necrológica de su temprana desaparición.⁹⁵

También Aníbal Latino trasladó su mirada y escucha atenta desde la ciudad cosmopolita a las provincias interiores. En un capítulo de sus *Tipos y costumbres bonaerenses* (1886), titulado justamente “Cosmopolitismo”, narró una caminata y un viaje en tranvía por Buenos Aires donde dio cuenta del aire de extranjería que trasuntaba la ciudad, a partir de las voces babélicas del frutero pregonando “*Limona, naranja, marchante*”; el changador ofertando su trabajo al grito de “*Changador, señuritu*”; el cigarrero advirtiéndole amablemente de un olvido, “*monsieur, monsieur, votre baston*”; y las porteñas cotilleando indiscretas: “¿*Ché vos conocés a esas?*” (Latino, 1886: 122-123). Estructurado enteramente en base a la confusión de voces, los diálogos desopilantes oídos al pasar daban materia al autor para imaginar con dificultad el día en que se lograra una uniformidad de habitantes argentinos, mediante un lento proceso donde los italianos empezarán a tomar mate y volverse poco dados al ahorro y los porteños a rabiarse por los *tagliarini* y los *ravioli*. Con oído aguzado registró también en sus posteriores giras periodísticas las voces extranjeras y autóctonas y describió las tonalidades características que contribuían a definir los perfiles de los habitantes de las regiones visitadas:

Nótase también en el habla de los habitantes de estas regiones, de los de Tucumán especialmente, un dejo, una cadencia, una cantilena que llama la atención, pero que no es molesta: muy al contrario, se hace agradable en la boca de las niñas hermosas. A veces se prolonga indefinidamente la pronunciación de algunas vocales o sílabas y se abrevia la pronunciación de otras, formando un contraste curioso.⁹⁶

⁹⁵ “¡Qué verdadero era aquello! ¡Cómo abarcaba todos esos tipos tan curiosos, tan extraños que se encuentran en la campaña de Buenos Aires, esos bravos campesinos de *chez nous* que sin haberse detenido jamás en ninguna ciudad de Francia ni en ninguna de América, han ido directamente de su aldea de los Pirineos hasta el rancho pampeano, que han tomado allí unos modales, un lenguaje, costumbres, un aplomo, una malicia que las dificultades de todo género de la nueva vida han aguzado! Encontraba algunos de estos en su camino, los pintaba con una gracia acabada, tomaba a lo vivo algunas de sus palabras, o inventaba para el caso conversaciones en que abundaban los rasgos más inesperados.” (Emilio Daireaux, “Benigno B. Lugones”, *La Nación*, 12 de diciembre de 1884).

⁹⁶ Aníbal Latino, “Salta y sus valles. Panorama suizo. Un inglés devorador de empanadas. La ciudad - Las mujeres. Porvenir de Salta. Valor temerario de un muchacho”, *La Nación*, 24 de julio de 1894. (Ver Apéndice II).

Al considerar el corpus en conjunto, los ejemplos se multiplican hasta conformar un abigarrado catálogo de registros y descripciones del habla, como consecuencia de la fluida interacción que los periodistas viajeros mantuvieron con informantes e interlocutores de todas las latitudes del país, catálogo del que Payró dio cuenta en sus extremos contrastantes, del estanciero inglés de Chubut al “gaucho autóctono” de Catamarca: “¿Mi permite, sin-nior? Nou hay animousidad. Pero nosoutros no quiere que lana vaya sucio a Buenos Aires...” (1898: 11); “Lo pájaro m`han comí`hoy do corderito...”.⁹⁷

La escritura de voces extranjeras, jergas y rasgos fónicos particulares del habla produjo un conjunto de representaciones verbales de un universo oral siempre mutable y permeable a los cambios de la estructura social. No se trató de un proyecto sistemático de relevamiento, pero puede percibirse en las crónicas una disposición generalizada a captar y contener la amplitud de una sociedad que se transformaba al ritmo vertiginoso del proceso modernizador. Sintomático de esta vocación de registro es el lamento de Payró frente a la inesperada expansión narrativa de un lacónico baquiano catamarqueño, en viaje a caballo rumbo a Tucumán por la Cuesta del Totoral: “¡Cuánto lamento no haber podido estenografiar sus palabras!...” (1909: 180).

2.2 Relatos de relatos de viajes y aventuras

Si preguntamos hoy en día al lector no prevenido qué espera de un relato de viaje, seguramente tendrá dificultades para darnos una respuesta detallada; y sin embargo esta espera existe y constituye una de las vertientes de lo que llamamos un género literario (siendo la otra vertiente la interiorización de esta misma norma por parte de los escritores).

Tzvetan Todorov
“El viaje y su relato” (1991)

Viaje y relato constituyen prácticas connaturales, al punto que podría afirmarse que no hay viaje sin relato y su condición de existencia radica en la posibilidad de ser narrado (Monteleone, 1999: 14). Para Michel Butor este vínculo intenso entre viaje y escritura se

⁹⁷ Roberto J. Payró, “En las provincias del Norte”, *La Nación*, 3 de diciembre de 1899.

relaciona también con la lectura: se viaja cuando se lee, en el desplazamiento por la página, en el escape mental hacia otros lugares; se lee cuando se viaja, porque el movimiento físico refuerza el movimiento del relato (1972: 6).

El viaje periodístico anudaba los hilos de estas acciones. Literalmente se viajaba para escribir, obligadamente y con premura, porque se lo hacía a sueldo y contra reloj:

Había empezado esta mi primera correspondencia, lejos de las costas, en pleno mar —a cuatro días de Montevideo y dos de Punta Arenas— dispuesto a cerrarla en este nuestro primer puerto de llegada, pero... el mar dispuso lo contrario, empezada tuve que romperla; era imposible escribir nada a bordo: no podía permanecer en la cámara sin riesgo de sufrir un mareo terrible —aquella atmósfera me hacía mal.⁹⁸

Un motivo adicional volvía imperiosa la escritura: mantener el interés del lector a lo largo de las sucesivas entregas periódicas y, a su vez, dotar a la firma de una presencia regular en las columnas del diario. Aníbal Latino lo expuso con franqueza: “Yo, que venía barruntando desde la salida de Buenos Aires sobre la conveniencia de echar un párrafo con el lector, porque si bien ahora la excursión es breve, otro día puede ser más larga que la de Mendoza y San Juan, y bueno es que no me deje de su mano y me tenga presente, guardándome sus simpatías (...).”⁹⁹ La presión que implicaba la práctica continua de la escritura periodística constituyó un tópico característico que en los viajes cobraba visos alarmantes debido al cansancio, la incomodidad y el trajín diario.

También resultaba imperioso leer, para documentarse, para barajar datos, para obtener informes, para revisar las anotaciones personales a la hora de redactar las correspondencias para el diario: “Últimamente leí en un diario de ésta, que recogí en la misma colonia, este párrafo”; “Aquí he leído con verdadero placer la bellísima descripción hecha de esta colonia por el ingeniero Julio Popper”; “Leo en mi libro de viajes: —¡oh estas cosas cuando pasan, se olvidan fácilmente!...” (Eizaguirre, 1897). La documentación constituía un aspecto primordial del trabajo periodístico, y el relevamiento de las fuentes en el transcurso de los viajes solía aparecer tematizado en las mismas crónicas. A la vuelta de una gira por Chile, durante uno de los tantos agravamientos de la cuestión limítrofe, un grupo de lectores se había

⁹⁸ J. M. Eizaguirre, “De Buenos Aires al Pacífico. A bordo del ‘Liguria’. Tombas, cofias y sotanas. Los emigrados chilenos. El estrecho de Magallanes. Revolución en Punta Arenas. El gobernador de Santa Cruz. (De nuestro corresponsal viajero)”, *Sud-América*, 19 de octubre de 1891.

⁹⁹ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “En viaje a Santa Fe. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 7 de julio de 1885.

propuesto agasajar a Manuel Bernárdez por el servicio a la causa argentina de su detallado y completo estudio periodístico. Bernárdez se excusó en una carta reproducida en *El Diario*, aduciendo haber utilizado materiales provenientes de la prensa chilena como fuente principal de su reportaje, por lo que el mérito que le adjudicaban no le correspondía. Allí expuso su método de trabajo en un pasaje que merece citarse en extenso:

Y bien: lo conozco y declaro que mis reportajes ni han descubierto a Chile ni quizás han dicho nada fundamental que en alguna ocasión no hubiese sido ya dicho en libros, folletos, artículos de diario, conferencias, discursos. Quizás yo he hilvanado estas piezas dispersas relacionándolas y facilitando el juicio de conjunto; pero esto en mayor o menor volumen, según el tema, lo hacen todos los días todos los cronistas, -que tal es el perfil dominante del periodista moderno, tomar, como Corneille, “son bien où il le trouve”, recoger rápidamente y con destreza de juglar los elementos ambientes necesarios para información, reportaje o estudio que la razón de actualidad deslice bajo su pluma, deglutirlos, digerirlos y darlos en seguida de sí convertidos en una sustancia nueva, o que lo parezca. Claro es que esta digestión fulminante requiere ciertas peptonas mentales de buche de ñandú –pero hay muchos que las tienen en nuestro periodismo.¹⁰⁰

En muchos casos, la lectura de los viajeros que anteriormente habían transitado las mismas rutas preparaba a los nuevos viajeros, a la vez que reducía la ansiedad de la escritura. De ahí las múltiples citas de otros relatos, que amenazan la autenticidad de la propia experiencia y degradan la originalidad del texto con descripciones y procedimientos repetitivos (Duncan y Gregory, 1999: 7).

El viaje le suministró al reporter viajero un material variado y rico para combinar el interés narrativo con la propuesta informativa. La crónica fue, formalmente, el punto de confluencia ideal donde estas dos vertientes se encauzaron de modo característico. El viaje y la crónica manifiestan una correspondencia estrecha, tal como observa Beatriz Colombi: “El primero lleva a la narración y esta, a su vez, hace deseable el desplazamiento, en un circuito de complicidades mutuas e ininterrumpidas.” (2010: 11). En tanto género híbrido, el relato de viajes poseía una maleabilidad que se adaptaba a las necesidades del reportero viajero.¹⁰¹ Muchas de sus propiedades cuadraban al particular formato periodístico de las

¹⁰⁰ Manuel Bernárdez, “El estudio de ‘El Diario’ sobre Chile juzgado por su autor. A propósito de la demostración proyectada. Psicología del cronista moderno. Obras de militares argentinos”, *El Diario*, 5 de marzo de 1902.

¹⁰¹ La hibridez es constitutiva del género y puede pensarse como su principal marca genérica: “Los intentos de describir la escritura viajera se han enfrentado al problema de su heterogeneidad de forma y contenido: escrita

corresponsalías: un narrador que se presumía veraz y fiable; la posibilidad de incorporar pruebas o constancias del fundamento empírico de aquello que se narraba (mapas, cartas, itinerarios, descripciones, dibujos, tablas); la propiedad documental que se expresaba habitualmente en la mención abundante de referentes externos; la descripción y la digresión como procedimientos constitutivos (la primera relacionada con la mimesis y la producción de un efecto referencial, la segunda con la intercalación de argumentaciones que interrumpían el flujo narrativo); y un pacto de lectura de tipo autobiográfico.¹⁰²

Con este bagaje de recursos los reporters viajeros compusieron un modelo discursivo distintivo que integraba las nuevas modalidades informativas al formato tradicional de las crónicas de viaje.

2.2.1 *Materia mui manoseada*

La narración pormenorizada de los incidentes del viaje, la descripción de los medios de transporte, las comidas, los sitios de alojamiento, los acompañantes, las inclemencias del tiempo, los paisajes, sumados al protagonismo del reporter en los sucesos narrados componen en estas crónicas periodísticas un reconocible conjunto de tópicos de los que ya se burlaba Sarmiento en 1841, en el relato de un viaje a Valparaíso publicado por entregas en el diario chileno *El Mercurio*:

Pero lo que mi madre no notó nunca porque es cosa que no se hace notar en Chile, es la invencible propensión que a escribir un viaje tengo; un viaje en que yo sea el héroe y el objeto más puntiagudo que se ofrezca, para tener el gusto de oír mi nombre, y ocuparse de mis aventuras contando como fui servido en la posada de Díaz y los propósitos que me tuvo un borracho. (Sarmiento, 1961: 32).

Lector familiarizado con las impresiones de viaje de los románticos franceses (Chateaubriand, Lamartine, Dumas), con la fórmula narrativa de Humboldt, que combinaba el discurso racionalista con diversas inflexiones del discurso romántico, y con los *travel accounts* de los viajeros ingleses que transitaron el territorio argentino entre 1820 y 1835,

en prosa, poesía, y diálogo, aparece bajo la forma de diarios, cartas, guías turísticas, escritura científica, informes comerciales y relatos literarios. Además el estilo de la escritura viajera es notoriamente híbrido, abarcando desde lo sobrio y científico hasta lo poético y retórico.” (Zilcosky, 2008: 7).

¹⁰² Véase un comprensivo relevamiento teórico de los rasgos específicos del relato de viaje en Colombi (2006).

Sarmiento parodiaba en su “Viaje a Valparaíso” el carácter convencional de un género que otorgaba un lugar central al narrador y su cautivante relato de revelaciones y accidentes personales, “sus estados de ánimo, su subjetividad, su control de una experiencia destinada a convertirse desde el principio en materia, en relato.” (Prieto, 1996: 39). Así pautaba de antemano los capítulos de un viaje que aún no había comenzado: “Mi partida”, “Un compañero de viaje”, “El paisaje”, “La casa de campo”, “El encuentro feliz” ([1841] 1961: 35).

Del certero compendio de tópicos y procedimientos que despliega la intertextualidad paródica sarmientina pueden dar cuenta los sorprendentes paralelismos que se verifican con la primera entrega de la gira de Payró por la provincia de Buenos Aires, “En los dominios platenses”. El francés “gabachón” que acompaña a Sarmiento en el carruaje tiene su correlato en el viejo francés de los Pirineos que conduce la galera que lleva a Payró de 9 de Julio a Bolívar; la lluvia de barro que aterriza en el ojo de Sarmiento, en la tormenta que azota el derrotero del otro; la llegada de los hambrientos viajeros a la posada habilita en ambos relatos la escena dialogada con el fondero: “Venga la lista, digo con tono de habitante de Santiago. –No hay lista. –¿Qué hay de comer? –Nada señor.” (Sarmiento, 1961: 39). Las mismas negativas se suceden en el diálogo de Payró:

–Entonces, aunque el apetito es mucho. Me atrevería a bañarme. Hay tanto polvo en el camino.

–No hay baño.

[...]

–¿No hay un cuarto solo? Alguna vez tengo que escribir, y en ese caso o incomodo o me incomodan.

–No hay cuarto solo.¹⁰³

Si la crónica de Payró adoptaba las convenciones del relato de viaje parodiadas por Sarmiento, la explicitación de la deuda de origen revelaba a su vez un nuevo uso paródico, en el juego de resonancias creadas por la reescritura del modelo: “Una noche de luna, nublada sí pero no oscura, me permitió visitar el pueblo [de Bolívar], con lo que imité a Sarmiento que de noche y con linterna examinó la catedral de Sevilla, según Villergas lo

¹⁰³ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “En los dominios platenses (Viaje de un hijo de estas tierras que sabe decir la verdad). Primera Zona”, *La Nación*, 9 de diciembre de 1892. La escena aparece tipificada en innumerables narraciones a través de la campaña bonaerense, entre ellas la modélica de Francis Bond Head: “Entonces preguntamos si había camas: “No hai! Señor, no hai!”. “¿Hay un café?”. “No hai! Señor” (Head, [1826] 2007: 61).

asegura.”¹⁰⁴ La cita aludía a la visita nocturna a la catedral de Burgos que realizó Sarmiento junto a un grupo de viajeros, iluminados por un sereno con su linterna. Pero Payró no la remitía a su fuente directa de los *Viajes*, sino a la satírica refutación de Juan Martínez Villergas, el español que criticó a Sarmiento por los conceptos negativos sobre España vertidos en su libro. Para Villergas, el relato de impresiones a oscuras del “fotófobo viajero” representaba una alegoría de la empañada mirada que su autor dirigió a la realidad española, sobredeterminada por ideas y juicios preconcebidos.¹⁰⁵ Payró, en cambio, parecía aludir al carácter repetitivo de las descripciones hechas por los viajeros, que no cesan de evocar siempre una cadena de reminiscencias a la literatura de viajes. El mismo capítulo español del viaje europeo de Sarmiento era recordado por Aníbal Latino a su paso por la ciudad de San Juan. Después de advertir el abandono, la indiferencia y la fisonomía salvaje de la ciudad cuyana, el corresponsal observaba que Sarmiento parecía haberse olvidado de su pueblo natal cuando criticó a España. Más allá de las circunstancias particulares del comentario (la segunda nacionalidad de Ceppi era la española), la cita corrobora el lugar canónico que ocuparon las narraciones de viaje de Sarmiento para los periodistas viajeros, como condensación de un conjunto de características genéricas que cristalizaron en su obra de modo ejemplar.

El Prólogo de los *Viajes* es otro texto emblemático, en tanto poética del género, en el que Sarmiento teorizó sobre esa “materia mui manoseada” que son las *impresiones de viaje*: “variaciones que la pluma no acierta a determinar, duplicados de lo ya visto i descrito” (Sarmiento, [1849] 1993: 4). Los corresponsales viajeros no ignoraban el carácter redundante del género a fines del siglo XIX, al punto de excusarse ante determinadas descripciones —“las observaciones que pueden hacerse en este largo trayecto han sido expresadas ya hasta el cansancio y podrían condensarse en una frase: una navegación a vapor sobre un mar de tierra”, decía Piquet sobre un viaje pampeano;¹⁰⁶ “No describiré tan

¹⁰⁴ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), *op. cit.*

¹⁰⁵ “Y entró en la ciudad de Burgos / En las horas tenebrosas / De la noche, *muy contento* / De llegar a tan *deshora*. // [...] // Fue no obstante a ver el pueblo, / Y aquella catedral gótica / Que fantásticas quimeras / Aglomeraba en su cholla, // Pareciéndole *parduscas* / Las piedras y cuantas cosas; / Dando tormento a los ojos, Percibir pudo en la sombra; // Porque como dice el vulgo, / Y en eso no se equivoca, / Todos los gatos son *pardos* / Viéndolos a ciertas horas.” (Villergas, 1853: 72-73).

¹⁰⁶ Julio Piquet, “A Chile por los Andes. De Buenos Aires a Mendoza. Impresiones”, *La Nación*, 5 de octubre de 1891. (Ver Apéndice II).

conocido paisaje”, anunciaba Payró frente al Puente del Inca.¹⁰⁷ Pero de su práctica se deduce una confianza intacta en el interés que aún podían despertar en los lectores, como demuestra la adecuación de las crónicas a una expectativa de lectura que las narraciones de viaje suponen: la expectativa de un relato, es decir, una narración personal y no una mera descripción objetiva; pero también la de un viaje, un marco y unas circunstancias exteriores al sujeto (Todorov, 1993: 99). Julio Piquet explicitaba, casi a modo de confesión, el usufructo del modelo narrativo: “el viaje durará por lo menos veinte días. Es largo; pero en cambio, según me afirman, es muy pintoresco y me dará, que es precisamente lo que busco, temas abundantes y explotables para mis correspondencias.”¹⁰⁸ A la inversa, un viaje sin peripecias atentaba contra el interés de la crónica al punto de forzar una digresión en la que el cronista asumía el punto de vista del lector para manifestar su disconformidad, como en el siguiente fragmento del viaje al presidio de Sierra Chica de Marco Nereo (pseud. Alberto Ghirardo):

Por lo leído se advierte que el trayecto es poco entretenido, y que el narrador no ha tenido ocasión de desplegar sus facultades para acreditarse como ameno cronista. Es un desencanto para el que espera encontrar una novedad en cada mata de pasto, y un acontecimiento digno de mención en cada desnivel de la línea ferrocarrilera.¹⁰⁹

Bajo esta premisa, los periodistas viajeros se convirtieron en héroes de sus propios relatos y dedicaron numerosos pasajes de sus correspondencias a narrar sus peripecias personales. El cruce de la cordillera de los Andes ofrecía una oportunidad inmejorable para liberar esta pulsión aventurera, además del atractivo de insertarse en una tradición canónica que de por sí invitaba a la narración. El de Julio Piquet, referido en el capítulo anterior, aunque frustrado, es sin duda el más rico en incidentes: indigestiones alimentarias, caídas al borde de un precipicio, tormentas de nieve, compañeros gangrenados, hambre, sed: “Lloré de rabia impotente. Me hundía hasta el pecho; las piernas se me pegaban al fondo como si fuera en alquitrán y al poco rato, solo diez minutos después, sudaba a mares, el corazón se

¹⁰⁷ Roberto J. Payró, “El viaje a Chile. ¡Lo que va de ayer a hoy! La verdad sobre el paso de Uspallata. El llano y la montaña – Panoramas – El tren, el coche y la mula – El hambre en los ventorrillos – Fotografías instantáneas – Etcétera”, *La Nación*, 3 de junio de 1895.

¹⁰⁸ Julio Piquet, “Buscando paso. De Mendoza a Córdoba. La doctoral ciudad. Notas e impresiones”, *La Nación*, 31 de octubre de 1891.

¹⁰⁹ Marco Nereo [pseud. Alberto Ghirardo], “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Impresiones. II”, *La Nación*, 3 de diciembre de 1896.

me salía por la boca y apenas si podía respirar.”¹¹⁰ Se trata –vale recordarlo– de la crónica del enviado especial de un diario porteño, que viaja con el encargo de relevar la situación política chilena. Pero el protagonismo de la noticia queda de lado, opacado por la cautivante historia del tenaz reporter en tren de cumplimentar su misión periodística.

2.2.2 Interludio gastronómico

El relato de viaje permitía a los corresponsales amenizar el contenido informativo de la crónica, desplegar sus talentos literarios y atrapar a los lectores con la pormenorizada historia de sus travesías. El tópico de la comida enseña otra faceta del carácter convencional con que estas crónicas usufructuaron el género. Viajeros antiguos y modernos se mostraron invariablemente dispuestos a identificar los sitios recorridos con experiencias gustativas y olfativas que volcaron en sus escritos con profusión de detalles. Jorge Monteleone señala que la comida participa de la experiencia básica del viajero más allá de la satisfacción fisiológica, como método de conocimiento y modelo de acercamiento intercultural (1999: 231-232). El régimen alimentario ofrece otra instancia de reconocimiento cultural y social, encarnando un aspecto distintivo del “descubrimiento de los *otros*” (Todorov, 1993: 99) que el relato de viaje propone de modo característico. Qué, dónde y cómo se come son índices de clase social, género, filiaciones religiosas y étnicas, tradiciones locales y regionales.¹¹¹

Del conjunto de crónicas producidas por los corresponsales puede extraerse un mapa gastronómico de las postas, fondas y hoteles del país. Benigno Lugones advertía a los viajeros que utilizaban el Ferrocarril del Sur los riesgos de la parada en Altamira: la sopa era fea, el pescado tenía mucha espina, el puchero estaba recocado, la carne era pésima, la papas estaban quemadas, los membrillos eran prehistóricos, el vino avinagrado.¹¹² Pero en Olavarría el panorama se revertía y el menú ameritaba la cita extensa del cronista, en renglones separados:

¹¹⁰ Julio Piquet, “En los Andes. El paso de Uspallata. Cordillera cerrada. El infierno de la nieve. De Mendoza a Puente del Inca. Una embestida frustrada”, *La Nación*, 18 de octubre de 1891. (Ver Apéndice II).

¹¹¹ Cfr. Matías Bruera (2006).

¹¹² Benigno Lugones, “La ciudad de Azul”, *La Nación*, 20 de febrero de 1883.

Pan Galleta
Caldo gordo con fideos
Puchero de carnero con papas y repollo
Guiso de carnero
Pasas de uva
Queso de Gruyère
Vinos: Francés y Benicarló
Café.¹¹³

Antes de esta gira, Lugones había viajado a Europa como corresponsal en 1882 y había frecuentado los restaurantes y cafés parisinos, cuyo desarrollo y crecimiento a lo largo del siglo XIX estimularon tanto el hábito de comer afuera como el discurso centrado en la gastronomía (Cowan-Steward, 2007: 19). La crónica que cerraba la excursión argentina, titulada “Turbot Sauce Hollandaise”, estaba dedicada al estímulo de la producción pesquera en Bahía Blanca, como medio de educar el gusto gastronómico y dar variedad y riqueza a la mesa nacional. Lugones imaginaba un futuro cercano en que se pudiera saborear en los restaurantes de Buenos Aires la clásica receta francesa de rodaballo con salsa holandesa que proponía el título.

¿Qué comían los periodistas viajeros, cómo dormían, dónde se alojaban, cuándo escribían, cómo viajaban, quiénes los acompañaban? Las respuestas encarnan otros tantos lugares comunes de las crónicas que se repiten con independencia del objeto particular de cada viaje. Roberto J. Payró, gran narrador de veladas gastronómicas, percibía con lucidez este aspecto redundante:

No resulta con las correspondencias de los periodistas de hoy lo que con los libros de caballería de antaño. Si en estos no se mentaba lo que comían los héroes, en aquellas –cuando de viajar se trata– no se habla de otra cosa, como que la mayor parte de los viajeros cumplen en la mesa el precepto de *carpe horas*.¹¹⁴

El capítulo de su excursión periodística a las provincias del norte dedicado a la “culinaria criolla” proporciona un muestrario acabado del modo en que las descripciones gastronómicas producen adicionalmente sistemas de clasificación social, racial y cultural con sus consecuentes esquemas valorativos. Para Payró, la cocina del noroeste conservaba

¹¹³ Benigno Lugones, “Una excursión al Sur. En plena pampa”, *La Nación*, 10 de marzo de 1883.

¹¹⁴ Roberto J. Payró, “El viaje presidencial. Desde a bordo. De Buenos Aires a Bahía Blanca. Manifestaciones. El puerto militar. Embarco de los pasajeros. (De nuestro corresponsal especial)”, *La Nación*, 7 de febrero de 1899.

todavía intactas las tradiciones del país, sobre todo en la mesa familiar donde pervivía la “modesta y sabrosa costumbre de comer a la criolla”.¹¹⁵ Frente a esta formación cultural tradicional se erigía la amenaza cosmopolita encarnada por la ciudad de Buenos Aires, donde triunfaba “la *soupe à l'oignon*, la *mock tortue*, la *ox-tail* y los *purées*”, y el litoral, “invadido y conquistado por las costumbres de todas partes”. La recuperación y exaltación de costumbres anteriores al estallido inmigratorio participaba de un movimiento de retorno a las tradiciones cuyo auge, a partir de la década del ochenta, puede verificarse en el creciente interés por las investigaciones folklóricas que reproduce esta gira por el norte.¹¹⁶

En el análisis del proceso de significación de la palabra “folk”, Raymond Williams se detiene en la especialización del término “folklore”, a fines del siglo XIX, en el sentido de las supervivencias de ciertos elementos ante nuevas situaciones sociales, es decir, formando parte de un complejo conjunto de respuestas a la nueva sociedad industrial y urbana, y dando un efecto retroactivo a los elementos de la cultura popular, al aislarlos en un estadio preindustrial y prealfabetizado (2003: 150). En la aprehensión de lo popular como tradición se verifica el movimiento nostálgico frente a un mundo que se transforma aceleradamente. Se trata, como en otras emergencias culturales del período, de la necesidad de arraigar la formación de nuevas naciones en la identidad de su pasado. Así juzgaba Payró el consumo declinante de *humita en chala* en el país: “Es otro pedacito de costumbres nacionales que retrocede envuelto en la derrota de otras muchas cosas mejores”. Sin embargo, los platos a base de maíz, como la mazmorra y el locro, constituían el alimento principal de las “clases menesterosas”, lo que ponía al cronista en la contradictoria posición de reivindicar un conjunto de comidas típicas que, a la vez, demostraban que la “parte vegetariana [de la República Argentina] no es la más resuelta, adelantada y progresista”. La conclusión hacía derivar de las prácticas alimentarias a base de mazmorra y pan la expresión de una vida sin ambiciones, inclinada al ocio, la siesta y la quietud. También podían ser pobres o de escasos recursos las viejas familias que mantenían viva la tradición de fabricar alfajores artesanales, aunque no era raro sorprender entre ellas “algún apellido ilustre que remonta a la

¹¹⁵ Roberto J. Payró, “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. IV [i.e.] VI. Culinaria criolla”, *La Nación*, 11 de diciembre de 1899.

¹¹⁶ Sobre la documentación, estudio y divulgación del folklore nacional, véase: Margarita Elichondo (1983).

independencia”: se trataba, en este caso, de un prestigio legítimo y heredado, el de “la aristocracia criolla que amasa y vende alfajores.”¹¹⁷

De la molienda de maíz a la pastelería dulce se verifica un sistema de connotaciones y significados, una semiótica de la comida que, proyectada en el corpus, permite leer en las crónicas de los corresponsales viajeros modos velados de construcciones identitarias procesadas en los textos.

2.2.3 Aventuras tartarinescas

En la gira bonaerense que emprendió en 1892, Payró reveló una trama de corrupción que involucraba a las autoridades municipales, policiales y judiciales de los pueblos de Buenos Aires, en contubernio con el poder político provincial. Pese a la gravedad del asunto, a lo largo de las entregas se refería a sus crónicas como “cuento”, “novela política” o “entretenida novela de fantasía”, comparaba los sucesos narrados con “los relatos novelescos en que figuran contrabandistas, hombres de sociedad y bandidos caballeros”, con episodios de la novela picaresca *Aventuras de Gil Blas de Santillana* o con los folletines del popular novelista francés Georges Ohnet, que publicaba por entonces *La Nación*. En esta novedosa imbricación de investigación periodística y modelos literarios (“reportaje literario” al decir de Julio Piquet) se condensaba el formato moderno del reporterismo viajero. En el transcurso de un periplo a lomo de mula por los pueblos salteños, ante la presencia de la obra de un hombre solitario en medio del desierto, Julio Piquet recordaba sus lecturas infantiles de Julio Verne y *Robinson Crusoe*. Frente a las costas de la Bahía de San Juan, Payró vislumbraba el escenario ideal para las fantásticas apariciones de los “espíritus desolados del mundo de Poe” (1898: 400). Para Ashaverus, la figura de un antiguo administrador de un ingenio abandonado ocultaba una historia dramática parangonable a las de Sófocles: “¡La humanidad es griega!” –concluía– (Ashaverus, 1897: 586). Los viajes periodísticos estimularon la imaginación literaria de los cronistas, sustraídos al flujo rutinario de la vida cotidiana, y propiciaron la emergencia de un sujeto narrativo cautivado por las posibilidades

¹¹⁷ Roberto J. Payró, “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. IV [i.e.] VI. Culinaria criolla”, *La Nación*, 11 de diciembre de 1899.

que abría el relato de su propia aventura.¹¹⁸ Pero se trataba más bien de un recurso paródico, y los modelos invocados, así como las abundantes referencias metatextuales que establecían analogías con lecturas de ficción, exhibían, en el acto de señalarse, la distancia y el uso desviado de estos referentes. Las crónicas podían parecerse por momentos a una novela de fantasía, a una novela picaresca o a un folletín romántico, podían evocar una escena de Poe, un viaje imaginario de Defoe o de Verne, pero la misma construcción comparativa recordaba que se trataba de otro estatuto discursivo, a la vez que llamaba la atención sobre los recursos ficcionales empleados.

La misma autorrepresentación del corresponsal como viajero revelaba en ocasiones un carácter impostado y un distanciamiento paródico.¹¹⁹ En este sentido pueden rastrearse las referencias al célebre personaje de Alphonse Daudet, Tartarín, protagonista de una famosa trilogía de novelas de aventuras del último cuarto del siglo XIX.¹²⁰ Tartarín es una suerte de antihéroe “rechoncho”, oriundo de la Francia meridional, caracterizado por su tendencia a la exageración y a la fabulación, que emprende un fallido viaje a Argelia para cazar leones, constantemente demorado por risibles contratiempos (*Aventures prodigieuses de Tartarin de Tarascon*, 1872), y otro a los Alpes para validar su título de presidente del “Club Alpino” de Tarascón (*Tartarin sur les Alpes*, 1885). Podría describirse también como un hermano de Madame Bovary, sumergido en la atmósfera asfixiante de la vida provinciana, soñando con exóticas aventuras e intoxicado de lecturas de viajeros (James Cook, Mungo Park, René Caillié, David Livingstone, Henri Duveyrier). Payró lo menciona en numerosos pasajes de sus crónicas periodísticas de viaje: durante un trayecto en tren a Dolores, en el cual finge comodidad y satisfacción para no contrariar las órdenes del director del diario, recuerda las mentiras de Tartarín y asimila el carácter del francés meridional con el de un “Tartarín bonaerense”. En otra oportunidad, a propósito de una descripción de la vestimenta de la mujer correntina, que encuentra desprovista de rasgos autóctonos, recuerda el viaje que realiza Tartarín a los Alpes, convencido de que todo en Suiza es un truco de una compañía

¹¹⁸ La aventura, en tanto unidad cerrada, extraída de la corriente continua de la existencia (Simmel, 1988, 11-26), contribuye a recortar individualmente cada viaje periodístico y a dotarlo de una configuración claramente delimitada.

¹¹⁹ “La parodia es, en otra formulación, repetición con distancia crítica, lo cual marca diferencia más que similitud.” (Hutcheon, 1985: 6).

¹²⁰ Un suelto de *El Diario*, que celebra el triunfo en la disputa por obtener los derechos exclusivos para publicar la última novela de Daudet, da cuenta de la importante recepción que tuvo el autor entre el público de Buenos Aires. Allí se lo presenta como “el gran novelista francés contemporáneo, el más famoso de los tiempos actuales en nuestro público.” (“Saffo. La última novela de Daudet”, *El Diario*, 12 de abril de 1884.)

inglesa para atraer a los turistas, incluyendo los precipicios, los ventisqueros y las avalanchas. En el cruce de los Andes, el temor a despeñarse a cada momento contrasta con la alegre predisposición a la charla que demuestran las damas que acompañan a Payró: “Tartarín tenía razón”, concluye el cronista, aludiendo al mismo episodio de los Alpes. También Rubén Darío describe una ascensión a caballo al cerro Uritorco como una de sus “tartarinescas glorias” (Ashaverus, 1897: XI). La cita alude a las prácticas que realizaban los socios del Club Alpino, no en los Alpes, sino en los Alpines, “esa cadenita de montañas perfumadas con tomillo y romero, no muy difíciles ni muy altas” de la región provenzal, a la que la imaginación local había bautizado con nombres extraordinarios como Monte Terrible, Fin del Mundo o Pico de los Gigantes (Daudet, 1968: 168).

El tipo tarasconense, del que Tartarín encarna su síntesis más representativa, es afecto a las invenciones, los delirios, los espejismos; resume el carácter popular del sur de Francia: “inquieto, hablador, exagerado, cómico, impresionable” (Daudet, 167). La caza mayor que practica Tartarín en África se reduce, finalmente, a un único león ciego y domesticado al que confunde con una fiera al acecho, cuando en verdad es un animal inofensivo, empleado por los monjes de un convento para pedir limosna con un plato de madera en la boca. Desplazado este modelo a los relatos de viaje de los enviados especiales de *La Nación*, señala el aditamento narrativo, la construcción ficcional que los periodistas incorporaron a sus crónicas. En palabras de César Aira: “que la realidad de los viajes es la ficción que los cuenta” (2001). La evocación de Tartarín insinúa también cierto sentido de la farsa en la impostación de la figura del escritor viajero, que se revela en algunas notas exageradas y hasta cómicas en la composición de muchas escenas y capítulos de las giras periodísticas. Son aquellos pasajes donde el relato de las aventuras del viaje se construye con los elementos improvisados o mínimos que deparan los sucesos que dan origen a las corresponsalías:

Había oído hablar de cierta “isla misteriosa”, cueva de los ladrones, y no ya por la fuerza de las circunstancias como Gil Blas, ni arrastrado por mi mala suerte como Olivier Troist, ni llevado por el deseo de hacer un bien particular y lírico, como el príncipe Rodolfo, sino en cumplimiento de mis deberes de cronista, decidí visitarla.¹²¹

¹²¹ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “En los dominios platenses”, *La Nación*, 14 de diciembre de 1892.

Se trataba, en verdad, de un rancherío en una lomada, en medio de un terreno encharcado, bajo y salitroso, habitado por una “vieja santiagueña” y una jauría de perros. La promesa del cuento se ve defraudada pero el rumor basta para desplegar en el subtítulo de la crónica la paratextualidad característica de la novela de aventuras y así suscitar el interés del lector: “En que se habla del Bragado, se encuentra el reporter con una nueva Calabria, y visita el facsímil de la isla de los Martial, con otras curiosas aventuras.”

Del mismo modo, un viaje de reconocimiento por la zona inundada del sur bonaerense podía convertirse en una expedición lacustre con desembarco en la isla de Robinson incluido. Cuando Payró visita, en octubre de 1900, una extensa zona anegada del sur bonaerense, el narrador de las crónicas, tituladas “La inundación”, se debate entre una mirada estética, que descubre en la transformación del paisaje una fuente novedosa de imágenes, y los requerimientos prácticos de índole informativa: el estado de las vías, la situación del ganado, la opinión de los pobladores, la responsabilidad de los gobernantes, las propuestas de obras públicas para paliar la situación. Desde el inicio, el cronista encuentra que el nuevo aspecto de la llanura bonaerense resulta “apropiado para alguna novela a la Walter Scott”, proyección literaria que terminará materializándose en un cuento y una pieza teatral de Payró.¹²² En la quinta entrega anuncia la decisión de escindir las crónicas, completar el informe sucinto de los aspectos fácticos de la inundación para dedicarse luego, sin remordimientos, a “admirar el nuevo y magnífico espectáculo olvidando tristes consideraciones que surgen apenas se piensa en las personas y se aparta la mirada de las cosas.”¹²³ El relato de viaje que se desprende de la gira, con el título de “La Pampa de agua”, está compuesto por seis entregas divididas en sendos capítulos que narran el viaje desde Dolores hasta la costa de la ensenada de Samborombón, a través de los campos inundados, junto a un hacendado de la zona y sus baqueanos, montados en caballos “*water proof*” y a bordo de una “embarcación trineo-carro”. Payró se reserva para este relato la reseña de los aspectos “pintorescos” y “amenos” de su recorrida. La propuesta narrativa encuentra su clímax en el quinto capítulo, con la visita a un islote y el encuentro con los “Robinsones de nuevo cuño”, que no son más que cuatro nutrieros sobreviviendo a la catástrofe, en condiciones deplorables, gracias a la caza y a la venta de pieles:

¹²² Véase el apartado “Inundaciones: el drama de la ficción” del capítulo 3 de la tesis.

¹²³ Roberto J. Payró, “La inundación. La campaña asolada. Cuadros penosos”, *La Nación*, 26 de octubre de 1900.

Los “nutrieros” o si se prefiere cazadores de nutrias, habíanse instalado en un islote, que surgía en medio de un claro del *uncal* del Toro [...]. Allí, en ese montoncito de tierra que desdeñó la inundación por su misma insignificancia, vivían desde meses atrás en número de cuatro, tan felices y satisfechos como si habitaran un palacio de perfumado ambiente y pertrechado de cuanto pueda soñar la fantasía.¹²⁴

Lejos del empeño constructivo del naufrago de Defoe, modelo de las virtudes protestantes burguesas (Hill, 1980: 8), los nutrieros habitan una carpa endeble hecha de junco y cañas tacuaras, duermen sobre las “pilchas”, rodeados de los cuerpos putrefactos y sanguinolentos de los animales despellejados, entregados a la indolencia y la apatía absolutas. El contraste no amilana al corresponsal en busca de su aventura literaria, como Sarmiento en la isla de Más-a-fuera, aunque, en esta ocasión, sin naufragos ni isla.¹²⁵

2.3 Perspectivas: a vuelo de pájaro, desde la ventanilla del tren, en cubierta

En un artículo de 1910, José Manuel Eizaguirre asumía un punto de vista privilegiado para contemplar el panorama que presentaba la ciudad de Buenos Aires desde las alturas: la torre del palacio de *La Prensa*, el colosal edificio ubicado en la Avenida de Mayo que se convirtió en un emblema de la ciudad modernizada. No se trataba de una representación puramente espacial, ya que estaba sobredeterminada por el eje temporal. Desde el mirador con ventanas a los cuatro puntos cardinales contemplaba el *Mar Dulce* de Solís, la *Avenida Oeste* por la que entró la caballería de Ramírez y López, el riachuelo donde acampó Pedro de Mendoza, y a la distancia, la región del sur donde finalizó el éxodo de los indios Quilmes. La Santa Catedral de barro, el Fuerte donde residían los Virreyes y el Cabildo colonial ofrecían el

¹²⁴ Roberto J. Payró, “La Pampa de agua. V. Los ‘nutrieros’”, *La Nación*, 7 de noviembre de 1900.

¹²⁵ El libro *Viajes*, de Sarmiento, comienza con una aventura imprevista: el barco que transporta a su autor a Europa sale de Valparaíso, Chile, con destino a Montevideo, pero a poco de partir la falta de viento lo deja inmóvil, durante cuatro días, frente al grupo de islas de Juan Fernández. En una de ellas había estado confinado, un siglo y medio antes, el marinero Alexander Selkirk, en quien está basado el personaje de Robinson Crusoe. La expedición a la isla de Más-a-fuera y el encuentro con un grupo de naufragos norteamericanos proporciona a Sarmiento la oportunidad de componer un relato literario en un momento del viaje desprovisto de incidentes y emociones. Sarmiento va en busca de una historia (ningún fin utilitario justifica el traslado a la isla) y el azar le depara un argumento tan poderoso como inesperado para su primera carta (cfr. Sarmiento, 1993: 9-22). Mary Louis Pratt lee el episodio de modo alegórico, como posicionamiento de Sarmiento frente a los referentes culturales europeos desde una marginalidad afirmativa (1997: 330-332). La escena de Payró ilustra, en cambio, la tensión entre el ideal libresco y el referente real, la decepción que supone el universo autóctono (el “hijo de nuestra campaña”) contemplado bajo el prisma del modelo literario europeo.

contraste imaginario a la continua transformación y progreso general que había experimentado la ciudad hasta alcanzar el “carnaval arquitectónico” del presente.¹²⁶

El edificio desde el que desciende la mirada del periodista es un símbolo del poder alcanzado por la prensa de Buenos Aires a fines del siglo XIX,¹²⁷ construido sobre una avenida que encarna el acontecimiento urbanístico clave de la ciudad, en el que puede leerse el hito inicial de su modernidad: “En 1894 se sigue abriendo aquello que llegará a ser la Avenida de Mayo, y tan cierto es que 1895 es el año fundamental de su existencia, que para 1896 ya puede contemplar al resto desde las alturas rebuscadas de sus edificios con las cúpulas encasquetadas de pizarras” (Korn, 1981: 13). La perspectiva desde las alturas proporciona una imagen sugerente para pensar la mirada que la prensa porteña de fin de siglo dirigió no solo a la ciudad capital sino también al resto de la República.

Un sintagma preciso y recurrente, “a vuelo de pájaro”, definió esa visión panorámica que tanto traducía el deseo de captación del todo cosmopolita (Colombi, 2010: 26) como designaba un recorrido rápido que registraba todo lo que se ve, deteniéndose sumariamente en los detalles (Lugones, 2011: 61). “La Argentina por dentro. Tucumán a vista de pájaro” (Bernárdez); “En Mendoza. Aspecto físico y político. A vuelo de pájaro” (Ashaverus); “Ayacucho, Tandil, Juárez y Tres Arroyos a vuelo de corresponsal sin alas” (Payró), son algunos ejemplos de esta perspectiva anunciada en los títulos de las crónicas de viaje. La imagen del vuelo refería una descripción impresionista y superficial que implicaba también la posición de poder de un ojo totalizador, una especie de poder panóptico y clasificador. Michel de Certeau observa que la voluntad de ver la ciudad precedió incluso a los medios para satisfacerla, según revelan las pinturas medievales o renacentistas que representan la ciudad vista en perspectiva por un ojo que nunca había existido hasta ese momento: “Inventaban a la vez el sobrevuelo de la ciudad y el panorama que este hacía posible. Esta ficción ya transformaba al espectador medieval en ojo celeste. Hacía dioses.” (2007: 104). La visión de conjunto hacía legible la complejidad de la ciudad, instauraba un dominio a partir de un punto de vista que era a su vez una ficción de conocimiento.

¹²⁶ José Manuel Eizaguirre, “Buenos Aires a través del tiempo. Contemplación del paisaje urbano desde la torre del palacio de ‘La Prensa’” (1929: 33-41).

¹²⁷ Sobre las características del majestuoso edificio de *La Prensa* y su funcionamiento véase *El periodismo moderno. “La Prensa” de Buenos Aires 1869-1914*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1914.

Un mismo afán totalizador convertía a las elevaciones del terreno que circundaban un núcleo poblacional en sitios perfectos para que los corresponsales pudiesen abarcar el conjunto rápidamente. Es el caso de Bernárdez en la cima de la sierra de San Javier, vecina a Tucumán:

Se me ocurrió una cosa: hacer una especie de catastro a vuelo de pájaro, inventariando todos los ingenios y cañaverales, pueblos y haciendas del valle. No podía pedirse síntesis mejor. Desde allí tenía toda la región azucarera metida en una carilla de papel. Resolví describirla y llamé a un peoncito vaqueano del lugar.¹²⁸

Se trata de construir un “espacio percibido” mediante una sumatoria de elementos cartografiables y mensurables. Perspectiva que se ubica en el extremo opuesto de una concepción englobadora de la espacialidad que abarque también a la vida humana: la del “espacio vivido”.¹²⁹

Los topónimos recortan un sujeto gramatical susceptible de recibir un conjunto de atributos, propiedades y predicados por medio de los cuales concebir y construir la ciudad a la manera de un concepto o una idea que regula y administra la narración del complejo texto urbano: “Córdoba, pues, conserva su carácter. Con perdón sea dicho, y sin intención de ofender: es, como antes, católica, universitaria, abandonada y desidiosa.”¹³⁰ La representación “a vuelo de pájaro” recrea esta síntesis conceptual buscando concentrar en pocas líneas una impresión general, dar con las notas distintivas de un ambiente en un paneo fugaz. La altura y la distancia expresan tanto una posición de exterioridad como de superioridad. Es la torre figurada del edificio de la prensa organizando y dando sentido a un conjunto heteróclito –un pueblo, una ciudad, un país.

En un artículo dedicado al primer periódico que tuvo Buenos Aires, Eizaguirre exaltaba la obra fundamental de la prensa en la conformación del concepto de “nacionalidad argentina”, frente a la insularidad aldeana y el “sentimiento de capilla”. Para esto fue preciso generar un sistema de “información universal” –argumentaba– “exteriorizar hechos y

¹²⁸ Manuel Bernárdez, “En tierra argentina. Crónicas tucumanas. Perspectiva en cumbres. Sensación de la noche en la sierra. Panorama del valle iluminado. Descubrimiento del mundo nuevo”, *El Diario*, 26 de enero de 1902.

¹²⁹ Las categorías de espacio percibido o primer espacio, espacio concebido o segundo espacio y espacio vivido o tercer espacio pertenecen a la “triléctica de la especialidad” formulada por Edward Soja, ([1999] 2010: 181-209).

¹³⁰ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “Córdoba. Ne varietur. Charla sobre usos, costumbres, etc. La ciudad religiosa y universitaria. Idiosincrasias. (Notas de un viajero)”, *La Nación*, 31 de julio de 1893.

anhelos de las poblaciones de nuestros territorios” mediante equipos de corresponsales con un amplio programa de transmisiones telegráficas y de correspondencias epistolares: “El sistema, porque fue y es sistema, significó lo mismo que abrir amplios ventanales para mirar tranquilamente el horizonte” (1929: 62), concluía apelando de nuevo al punto de vista aéreo que implicaba un dominio y un poder. “Representación y poder son, quizás, de la misma naturaleza”, afirma Louis Marin. En el lugar de la representación hay una ausencia, un otro y representar es operar una sustitución, poner una cosa en lugar de otra, hacer como si la ausencia estuviera aquí y ahora, de ahí deriva un primer efecto de poder de la representación. El segundo deriva de la constitución de un sujeto por reflexión del dispositivo representado (Marin, 2005: 72-73). Los corresponsales son los tentáculos del diario abarcando el conjunto del país y la mirada a vuelo de pájaro es tanto artificio de la representación como atributo del poder. A su vez, la representación autoriza y legitima la mirada que la produce.

Otro punto de vista privilegiado de las crónicas de los periodistas viajeros lo proporcionó el recorrido de las líneas férreas. La experiencia del viaje en tren dio lugar a un nuevo conjunto de percepciones que rompieron radicalmente con las formas del pasado. Con la llegada del ferrocarril, el acto de viajar se liberó por primera vez de las constricciones de la fuerza muscular animal y humana e incluso de las limitaciones geográficas. En 1885, un experimentado viajero como José Ceppi, podía sentir que la maquina devoraba las distancias, saltaba los barrancos, pasaba por encima de los ríos, atravesaba las montañas y ningún obstáculo podía detenerla.¹³¹ Este poder inusitado se resumía con frecuencia en las variadas personificaciones para describir a ese *monstruo rugiente y fabuloso*.

El marco rígido de la ventanilla del vagón por donde el viajero inmóvil veía desfilan una cambiante sucesión de imágenes promovía la asociación con juguetes ópticos (“lo veo todo como a través de los vidrios de un kaleidoscopio”¹³²) y diversos dispositivos visuales que a lo largo del siglo XIX abonaron el camino hacia la fotografía y el cine. En un trayecto circular bordeando la ciudad de Tucumán, antes de arribar a destino, Bernárdez asociaba la visión del conjunto con las enormes representaciones pictóricas denominadas panoramas, que cubrían los muros de galerías circulares especialmente diseñadas para que, al ser recorridas,

¹³¹ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “De Buenos Aires a Mendoza (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 29 de marzo de 1885.

¹³² Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Una excursión a la Sierra de la Ventana y Bahía Blanca. I. De Buenos Aires a Tornquist”, *La Nación*, 27 de febrero de 1887.

los efectos de la luz producidos por la cúpula vidriada provocaran la perspectiva realista de una escena al natural (Comment, 1999: 7-8):

Así, el que esté sobre aviso de esta maniobra circundante, puede ver a Tucumán desenvolverse en un fugaz panorama, a la primera luz del día, con sus casas de teja española en los barrios extremos, los jardines de sus plazas en grandes cuadros llenos de frescura, las empinadas torres y redondas cúpulas de sus cinco templos, la aguja de la capilla de San Roque, fina como un calado, la escurrida saliente del Cabildo con su reloj de cuatro caras, las verdes avenidas, los macizos regulares de sus manzanas centrales [...].¹³³

La velocidad del transporte ferroviario repercutió en la multiplicación de las impresiones visuales que las crónicas tradujeron bajo las figuras retóricas de la enumeración y la prosopopeya: “se diría que los cerros juegan con el sol y se lo van tirando el uno al otro, en un entretenido peloteo”; “los quebrachos huyen al correr del tren, como agazapándose”.¹³⁴ El movimiento del tren se desplazaba en estas imágenes al movimiento del paisaje que atravesaba. El ferrocarril instauraba una coreografía paisajística al crear nuevas condiciones para la percepción. Mientras que el transporte en carruaje generaba una relación cercana entre el viajero y el espacio recorrido, que permitía fijar la atención en los detalles, integrar sonidos y olores en percepciones sinestésicas, la velocidad de la máquina modelaba un nuevo tipo de percepción, que encontraba sus símiles en los shows y dispositivos (como el panorama y el diorama) que, en las décadas inmediatas anteriores a la expansión del ferrocarril, anticiparon la experiencia de acceder visualmente a lugares remotos y exóticos.¹³⁵

La relación entre el medio de transporte, el punto de vista enunciativo y los procedimientos textuales se manifiesta cabalmente al contrastar estas imágenes con las correspondientes al relato de un viaje marítimo o fluvial a bordo de un vapor. Las lentas transiciones del paisaje, el movimiento cadencioso y constante del barco, invitaban a la contemplación detenida de las tonalidades del agua, de los juegos de luces y sombras del ambiente. La representación parecía en estos casos mimar la paleta del pintor para fijar la

¹³³ Manuel Bernárdez, “La Argentina por dentro. Panorama de Tucumán. Crónicas y sensaciones”, *El Diario*, 28 de agosto de 1901.

¹³⁴ Manuel Bernárdez, “La Argentina por dentro. Tucumán a vista de pájaro. Revista urbana. Sensaciones del trabajo y de la vida” *El Diario*, 11 de septiembre de 1901.

¹³⁵ Sobre los cambios en la percepción asociados al viaje en tren véase: Wolfgang Schivelbusch (1986), especialmente el capítulo 4, “Panoramic travel” (pp. 52-69).

inmovilidad del cuadro: “todo se fundía en una coloración melancólica de tonalidad tan armoniosa, que se sentía no ser pintor para trasladarla al papel con los ligeros toques y las blandas tintas de la acuarela” (Payró, 1898: 163). Las imágenes visuales saturaban la paleta con tintes cobrizos, plomizos, cenicientos, cristalinos, dorados. “¿Por qué no van allí los pintores argentinos?” reclamaba Payró atravesando los canales fueguinos (1898: 168). Escribiendo en su camarote, Bernárdez se confesaba tentado por la “poesía” del paisaje fluvial, que traducía en una abigarrada sucesión de imágenes de estandarizada retórica:

Seguía el agradable viaje, con una mañana radiante, bajo un cielo azul eléctrico, donde el sol resplandecía en plena gloria, echando su manto de oro fluido sobre la superficie casi marrón del río, que a trechos, penetrado por el sol hasta el fondo, se volvía fugazmente luminoso [...]. Hacia afuera, islas vistosas se encordonaban, flanqueando el canal; unas de verde oscuro -las viejas- otras de verde tierno -las recientes-, apenas empezadas a teñir con el tono esmeralda de los sauzales nuevos, que al ser iluminados de atrás y oblicuamente por el sol, se saturaban de un efluvio dorado, como un cálido aliento de la luz.¹³⁶

“Carcelario y naval”, califica Michel de Certau al vagón de tren que encierra al viajero, estableciendo una analogía con el *Nautilus*, el submarino imaginado por Julio Verne, cuyo capitán no permitía regresar a la superficie a quienes conocieran el secreto de su existencia (2007: 125). El dominio ocular que ejerce el pasajero a través de la ventanilla (o del ojo de buey) paga el precio del desarraigo local, la privación de las cosas que quedan afuera. Pero el encierro también genera nuevos marcos de sociabilidad. Las voces del interior invaden el silencio del espectador ensimismado. En los viajes periodísticos, los pasajeros atraen constantemente la atención de los corresponsales que descubren a su alrededor nuevos focos de interés para sus crónicas: la política –“Alem es muy simpático pero no hará nada con predicar la revolución”¹³⁷–, la actualidad –“El Salado se ha vuelto a desbordar, peor que

¹³⁶ Manuel Bernárdez, “De Santa Fe al Paraná. La fiesta del progreso de Entre Ríos. Breve psicología de las ciudades. Inauguraciones y kermeses. Paseo fluvial y con cuero. La sociabilidad del Paraná. La huerta de las barrancas. Tomates, kakis y chirimoyas. El colono tranquilo – Flores de almendro”, *El Diario*, 26 de abril de 1904.

¹³⁷ Julio Piquet, “A Chile por los Andes. De Buenos Aires a Mendoza. Impresiones”, *La Nación*, 5 de octubre de 1891. (Ver Apéndice II).

nunca... No sé como me he animado a venir”¹³⁸–, la intimidad de las mujeres en el coche cama –“Che, tené cuidado que dicen que en los trenes hay agujeritos.”¹³⁹

Mientras que la sociabilidad del vagón propiciaba reuniones circunstanciales entre grupos variables que se deshacían en un breve lapso de tiempo, las dilatadas jornadas en barco ofrecían al cronista-voyeur la posibilidad de convertir a los pasajeros en verdaderos personajes protagónicos de una infinidad de relatos digresivos. La mencionada “novelita de Mary X” que trama Payró a bordo del vapor Villarino, en su primer viaje por las costas patagónicas, muestra esta mirada indiscreta dedicada a espiar el “inocente *flirt*” de una pasajera inglesa con un joven argentino: “Medio derregado, me senté en un banco a observarlos: no –¡Dios me libre!– por malsana curiosidad, ni menos por burlona indiscreción.” (1898: 80).

George Simmel observó que el surgimiento de los medios de transporte públicos en el siglo XIX generó una primacía inédita del sentido de la vista en las relaciones sensibles entabladas entre las personas, ya que antes de la aparición del ómnibus, el tren y el tranvía los hombres no se hallaban en la situación de estar mirándose mutuamente por horas sin hablar (1939: 241-42).¹⁴⁰ También en este sentido, los medios de transporte públicos ofrecieron nuevas perspectivas para las crónicas y una fuente inagotable de materiales narrativos para someter a la mirada indiscreta del cronista: “Juzgué en seguida oportunamente que, si de observar se trataba, sería mucho mejor observar sentado, tanto más cuanto que a la sociedad en estos tiempos es preciso buscarla en vapores, en coches o en globos, en algo que corra muy a prisa [...]”, afirma Ceppi en una crónica en la que toma un tranvía al azar buscando temas para urdir un artículo periodístico que se resiste a su pluma (1886: 123-124).

La ventanilla del tren o la baranda de la cubierta del vapor establecen una cesura para el punto de vista del relato de viaje. Por fuera, el mundo circundante se desenvuelve a la velocidad de la máquina. También la prosa avanza o se demora buscando el correlato

¹³⁸ Roberto J. Payró. “La inundación. Navegando en ferrocarril. Aspecto de la campaña. Magnitud del desastre. La imprevisión criolla”, *La Nación*, 17 de octubre de 1900.

¹³⁹ Manuel Bernárdez, “De Buenos Aires al Aconquija. Sensaciones del camino. Cuadros del campo y paisajes del tren”, *El Diario*, 20 de agosto de 1901.

¹⁴⁰ Walter Benjamin retoma esta formulación de Simmel para leer el género literario de las fisiologías como modo de conjurar las inquietantes representaciones de los tipos urbanos, inquietud que deriva de la preponderancia que adquiere el sentido de la vista por sobre el del oído (“Quien ve sin oír, está mucho más... inquieto que el que oye sin ver”) (1998: 52).

retórico correspondiente. Por dentro, la mirada impertinente escudriña los rostros hasta dar con sus historias. Un simple giro de la cabeza separa al paisaje del cuento.

2.4 Crónica periodística y narrativa expedicionaria: apuntes para un deslinde

¡Con las armas, la Ciencia!

Estanislao Zeballos
“El país de las manzanas” (*La Prensa*, 1885)

Las crónicas de los reporters viajeros no eran los únicos textos publicados en las columnas de los diarios que narraban viajes por el país. El período de análisis de esta tesis coincide con el auge del viaje de exploración y relevamiento, que se convirtió en un dispositivo central para la producción de conocimiento sobre el territorio, en el marco del proyecto modernizador del país. Viajes que tenían como objetivo el relevamiento sistemático de las características del territorio nacional, y permitían argumentar reclamos territoriales y organizar el aprovechamiento productivo y los asentamientos poblacionales; que implicaban la producción de un conocimiento que posibilitaba la apropiación y transformación, tanto simbólica como material del territorio nacional (Castro, 2007: 95-96). Con formatos disímiles pero un rasgo en común que procedía del carácter institucional de los emprendimientos, esta narrativa compartía habitualmente las páginas de los diarios con las crónicas periodísticas de viaje. Buena parte de este corpus coincide o podría sumarse al que Claudia Torre agrupó bajo la denominación de “narrativa expedicionaria”. Se trata fundamentalmente de textos militares, científicos o políticos que narran la experiencia del viaje a la frontera y están vinculados a la denominada “Conquista del desierto”. Estas obras deben leerse en relación con los gobiernos, ministerios y asociaciones científicas que financiaron tanto los viajes como las publicaciones respectivas y en buena medida determinaron sus contenidos. Como señala Torre, esta producción “no fue el fruto de intereses individuales y privados sino de proyectos colectivos en los que el Estado jugó un papel central” (2010: 36). La escritura expedicionaria tenía, directa o indirectamente, como destinatario al Estado, cuyas necesidades determinaban los fines utilitarios de la empresa. Para satisfacer estas demandas, los viajeros-autores debían poseer una formación adecuada en ciencias naturales, biología, botánica, topografía, cartografía, etc., ya que se trataba de

someter los territorios nacionales al dominio de la ciencia, tal como lo expresaba repetidamente Estanislao Zeballos, a quien David Viñas señalara como el intelectual más orgánico de la conquista (1982: 217):

El ejército argentino, conducidas sus armas gloriosamente por el General Villegas, puso allí sus plantas y quedaron seguras y abiertas a las investigaciones científicas, las grandes y exuberantes tierras que pertenecían a la República Argentina y habían esperado inútilmente durante setenta años la sombra creadora de su bandera.¹⁴¹

En el período estudiado, los grandes matutinos como *La Nación* y *La Prensa* publicaban frecuentemente los informes de las expediciones militares y científicas asociados a la expansión de las fronteras interiores. Para el caso de la frontera norte o Gran Chaco, el proceso de incorporación del territorio al dominio efectivo del Estado nacional se sostuvo con políticas sistemáticas de intervención militar, posteriores a la campaña que en 1884 consagró al General Benjamín Victorica como el nuevo “Conquistador del desierto” (Lois, 1999). En ocasiones, los principales diarios de Buenos Aires pactaron con algún miembro de las columnas expedicionarias el envío de información; tal fue el caso de Mariano Silva, encargado de la asistencia médica del Regimiento 10 de caballería de línea:

Sr. Director de LA PRENSA:

Distinguido señor

Supongo que se tendrá interés por saber datos referentes a la Expedición por el Chaco; por lo que me apresuro a remitir a Ud. el diario de la columna con la que salí a campaña.

Por el próximo chasque remitiré otros datos referentes a la fundación de esta reducción, cuyos cimientos fueron descubiertos por el Teniente Carranza, como consta por el acta que se levantó en este punto.

No tengo pluma ni tinta por eso me valgo del lápiz. –Saluda al señor Director su affmo. S.S.¹⁴²

Se trataba efectivamente de un diario de marcha, una suerte de subgénero raquíptico del relato de viaje: “Día 6. –4 y 30 a. m. Diana. No hubo novedad. Durante la noche que pasó sufrimos una fuerte tormenta.” El diario de campaña cumplía una función estrictamente documental, indicaba los avances sobre el terreno, sus accidentes, las distancias recorridas, los encuentros con los pobladores autóctonos, el registro climático y poco más.

¹⁴¹ Estanislao Zeballos, “El país de las manzanas”, *La Prensa*, 9 de enero de 1885.

¹⁴² Mariano Silva, “El Chaco. (Correspondencia especial para LA PRENSA)”, *La Prensa*, 9 de enero de 1885.

La primera entrega del diario de Silva compartió la página central de la edición de *La Prensa* con un artículo de Estanislao Zeballos titulado “El país de las manzanas”, dedicado a publicitar un importante relevamiento topográfico y fotográfico del territorio comprendido entre los ríos Limay y Neuquén. Esta exploración había sido realizada por el ingeniero Edgardo Moreno, el agrimensor Carlos Encina y el fotógrafo Pedro Morelli como parte de la “Campaña de los Andes al sur de la Patagonia”, comandada por el general Conrado Villegas, en 1883. En el artículo, Zeballos celebraba los resultados obtenidos, destacaba la importancia del mapa realizado como fruto de esta empresa, así como la de los dos álbumes fotográficos, e instaba a sus responsables a volcar su experiencia en un libro que bien podría costear el Congreso. El hincapié del artículo estaba puesto en el potencial económico del territorio, “tesoros” que podían convertir a la Argentina en un país proveedor de riquezas para el mundo. En un eufórico pasaje Zeballos interpelaba “al Gobierno y al Pueblo Argentino” en estos términos: “¡Ahí tenéis montañas de millones! Llevad la población y los capitales y la veréis relampaguear en el mercado de los cambios.”¹⁴³

El proceso de apropiación territorial en sus dos facetas, la determinación del territorio excluyente y el conocimiento específico sobre el mismo, tuvo un eco destacado en la prensa diaria que le aportó un canal de difusión de vasto alcance. Las sociedades geográficas, en las que Estanislao Zeballos desempeñó un papel determinante, fueron la expresión institucional de este proceso. La formación territorial de la Argentina remite al momento de concreción de un proyecto político que intenta sentar las bases de organización del Estado a través de la formación de un mercado unificado y del acuerdo entre distintas oligarquías regionales para la inserción en el capitalismo mundial (Minvielle y Zusman, 1995).

Investigadores como Perla Zusman y Pedro Navarro Floria han estudiado el rol de las sociedades geográficas y científicas en la promoción del conocimiento territorial y las estrategias simbólicas implícitas en la producción de representaciones del territorio. Para ello han abordado principalmente el corpus de boletines científicos publicados por dichas sociedades. No obstante, la publicidad de estos mismos textos institucionales en la prensa significó un impacto adicional a tomar en cuenta. Claudia Torre señala como lectores activos de la narrativa expedicionaria a jefes de Estado, ministros, directores de periódicos influyentes, miembros de las sociedades científicas, entre otros; lectores que eran también,

¹⁴³ *Op. cit.*

de alguna manera, los mismos hacedores o promotores de los textos (2010: 135).¹⁴⁴ La publicación de muchos de estos relatos de exploraciones científicas y expediciones militares en los diarios de mayor tirada de Buenos Aires supone un universo de lectores exponencialmente mayor, y de una composición mucho más heterogénea aunque difícil de discernir.

No solo en *La Prensa*, diario estrechamente vinculado a la labor intelectual de Estanislao Zeballos, quien fue su director durante seis años, entre 1874 y 1879, y redactor a lo largo de su vida pública, sino también en *La Nación* puede rastrearse el mismo interés por dar a conocer los progresos en el conocimiento del territorio nacional. Lo demuestra el abundante espacio dedicado en sus columnas a textos escritos por militares, naturalistas, ingenieros, misioneros, pioneros, etc., de formación dispar y saberes variados. En el año de 1884 este diario publicó tanto los informes de la exploración de la Patagonia Septentrional que el teniente coronel Lino Oris de Roa elaboró por encargo del general Lorenzo Winter –también publicados en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino–, como un relato de la expedición al Chaco, encabezada por el entonces ministro de Guerra y Marina, Benjamín Victorica, escrito por el cirujano de la armada argentina en la campaña al Chaco, Eliseo Cantón. En el mismo período, aparecieron los “Apuntes de una excursión” por el Chaco y Orán del médico y naturalista Raimundo Linaro, colaborador de *La Nación* y *La Prensa*.

Las relaciones que estas escrituras entablaron con la narrativa de viajes fueron diversas y en algunos casos exponían una tensión manifiesta: “No pienso escribir impresiones de viaje, pues nada tengo de poeta; simplemente quiero apuntar lo visto, fijándome principalmente en las producciones naturales”, advierte Raimundo Linaro a los lectores.¹⁴⁵ En otros casos se incorporaban tópicos del relato de viaje pero se descartaban algunos de sus lineamientos retóricos, como ser la descripción paisajística en el plan de escritura de Cantón: “Intencionalmente he omitido toda descripción de las pintorescas costas del Paraná y sus afluentes, pues fuera de que el paisaje es harto conocido, mi objeto es únicamente narrar los incidentes del viaje primero y más tarde las operaciones militares.”¹⁴⁶ Las excusas

¹⁴⁴ Un ejemplo característico es el de *La conquista de quince mil leguas*, el estudio dedicado a la cuestión “Fronteras” encargado por el entonces ministro de Guerra y Marina Julio A. Roca a Estanislao Zeballos, que tuvo una primera edición de 500 ejemplares financiada por el Tesoro Nacional y distribuida en parte entre los jefes y oficiales del ejército (Zeballos, [1878] 1986: 8).

¹⁴⁵ Raimundo Linaro, “El Chaco y Orán. Apuntes de una excursión”, *La Nación*, 18 de septiembre de 1884.

¹⁴⁶ Eliseo Cantón, “Expedición al Chaco. De Buenos Aires a Timbó”, *La Nación*, 18 de octubre de 1884.

en sí mismas revelaban un horizonte de lectores habituados a los temas y procedimientos del relato de viaje.

Fragmentos de los viajes de exploración de Francisco P. Moreno, Ramón Lista o Carlos Burmeister se publicaban en *La Nación* antes de sus ediciones en libro.¹⁴⁷ *La Prensa* sumó como corresponsal al botánico, etnólogo, y antropólogo suizo Moisés Bertoni, que había arribado al país en 1884 vinculándose con Francisco P. Moreno. Bertoni fundó una colonia suiza en Misiones y realizó diversos emprendimientos agrológicos. Investigó la flora y la fauna de la región trasladándose posteriormente a la zona del Alto Paraná, donde continuó sus investigaciones y fundó la colonia Guillermo Tell, en 1892. De esta época data su vínculo con *La Prensa*, diario al que envió una extensa serie de correspondencias durante 1893 tituladas “Cartas del Alto Paraná”. La presentación de Bertoni a los lectores del diario corrió por cuenta del explorador científico y naturalista Eduardo L. Holmberg, quien no pasó por alto destacar las cualidades de escritor de Bertoni, que se sumaban a sus sólidos y variados conocimientos científicos: “con los datos económicos nos llegaron los rumores de las selvas de Misiones, con los cantos de sus aves, el zumbido de sus abejas, el coro de sus cascadas y el cuchicheo del follaje.”¹⁴⁸

¿Tuvo alguna incidencia este variado corpus de escritura viajera en la producción de los periodistas que por los mismos años recorrieron el país y con cuyos escritos compartieron muchas veces las páginas de los diarios? Aquellas giras periodísticas que tomaron por objeto excluyente el reconocimiento de una región determinada parecieron obrar, en algunos casos puntuales, bajo un impulso similar al de los viajes de exploración y relevamiento descriptos: el de integrar las potencialidades productivas de vastos territorios que aún permanecían inertes a las fuerzas económicas y sociales activas del país. El paralelismo se torna evidente en las excursiones periodísticas a las zonas de frontera, anexadas al dominio efectivo del Estado luego de las campañas militares sistemáticas contra los indios iniciadas a mediados de la década de 1870. En este sentido, *La Australia argentina* es el texto periodístico que presenta una trama más densa de relaciones con las exploraciones científicas y las expediciones militares y, por ello mismo, el más indicado para indagar las zonas de contacto

¹⁴⁷ Véase un listado detallado en *Bibliografía argentina de artes y letras*, Compilación especial nº 32/35: Artes y letras en “La Nación” de Buenos Aires (4 enero 1870 – 31 diciembre 1899), Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1968, pp. 376-390.

¹⁴⁸ Moisés Bertoni, “Cartas del Alto Paraná. Un nuevo corresponsal. Un juicio del Dr. Holmberg”, *La Prensa*, 20 de febrero de 1893.

y los puntos de ruptura, donde la especificidad de la gira periodística despliega su particular propuesta discursiva.

2.4.1 Historia e historias de la Patagonia: un reportaje monumental

Entre los elementos que comparte *La Australia argentina* con los escritos de los viajeros científicos y militares pueden mencionarse la inclusión de una importante colección de mapas y descripciones geográficas, datos sobre la flora y la fauna de la región patagónica, un compendio de información etnográfica sobre las razas fueguinas, un apartado con observaciones climatológicas, relevamientos de recursos productivos, población e industria. Las fuentes documentales de Payró están expresamente mencionadas en las abundantes referencias intertextuales: una completísima biblioteca de viajeros con competencias variadas aparece citada a lo largo de los cuarenta capítulos que integran la obra. Las sucesivas entregas de la excursión periodística revelan su afán de compendiar la suma de saberes geográficos, naturales y etnográficos de un territorio que a esta altura –1898– ya cuenta con un sólido corpus textual de viajeros-exploradores. Payró exhibe en todo momento esta biblioteca que suele citar en extenso, empezando por Darwin, el autor más invocado, cuyo *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* (1860) describe, en su itinerario fueguino a bordo del *Beagle*, los mismos territorios recorridos por el cronista. Las fuentes escritas utilizadas por Payró se remontan a Pedro Sarmiento de Gamboa, Antonio Pigafetta y Louise Antoine de Bougainville; incluyen a Robert Fitz Roy, Martín de Moussy y Alcide D'Orbigny; Francisco P. Moreno, Ramón Lista y Carlos María Moyano; llegando a misioneros y pioneros contemporáneos del autor como Thomas Bridges y Julio Popper. Algunos de estos libros formaban parte de una verdadera biblioteca ambulante que Payró transportó durante su viaje, si nos atenemos a sus dichos: “Los libros que había llevado conmigo me hicieron olvidar muy pronto mi inmovilidad forzosa, al mismo tiempo que me ilustraban algo más respecto de la historia de aquella isla.” (1898: 352). Este despliegue bibliográfico no solo remite a un aspecto documental del trabajo de Payró, sino que también arma una serie de exploradores patagónicos en la que se inscribe su obra y que contribuye a diluir las peculiaridades de su origen periodístico.

La carta de Bartolomé Mitre que prologó la edición en libro de *La Australia argentina* puede leerse como expresión de las motivaciones que llevaron a la dirección de *La Nación* a disponer la misión periodística de Payró. Las mismas coinciden llamativamente con los intereses estatales que promovieron la narrativa expedicionaria, cuyo instructivo puede resumirse en los siguientes puntos: una descripción experiencial del territorio como complemento de la representación cartográfica; un tratado sobre la utilidad de la naturaleza y el rendimiento económico de sus recursos; un despliegue de saberes específicos (aunque imprecisos) sobre ciencias naturales, geología, botánica, topografía, etnografía, etc. (Torre 2010: 63-64).¹⁴⁹

Así resumía Mitre el contenido de *La Australia argentina*:

El argumento de su obra es la Patagonia y la Tierra del Fuego del dominio argentino, en su estado actual, a lo largo de su litoral marítimo sobre el Atlántico y sus canales orientales, desde el punto de vista de su explotación y de su colonización, apuntando los medios de hacerla prosperar; y comprende a la vez, por vía de ilustración, la historia y la geografía de aquellas comarcas y su descripción a grandes rasgos y de detalle, señalando a la vez sus necesidades y sus recursos de producción, a los efectos de su ocupación definitiva por el hombre. (Payró, 1898: VI-VII).

La funcionalidad de esta empresa al proyecto político de integración territorial del Estado nación, amenazado en la región patagónica por la activa presencia chilena, invita a considerar la distancia que aún resta recorrer en el proceso de autonomización de la prensa. Siguiendo a Julio Ramos, puede afirmarse que todavía en las dos décadas finales del siglo XIX, "*La Nación* continuó siendo un periódico muy híbrido", y la modernización de su organización discursiva convivió con pervivencias del periodismo tradicional, ya que el diario era aún interpelado por instituciones del campo político y el Estado (Ramos, 2003: 95-100).

En 1900, dos años después de la gira de Payró, cuando *La Nación* envió al corresponsal viajero Manuel J. Aparicio para acompañar la marcha de una campaña militar en el Chaco austral, el diario formulaba la tarea del reporter en estos términos:

¹⁴⁹ Estanislao Zeballos consigna en su *Viaje al país de los araucanos* los siguiente registros escritos llevados durante el viaje de exploración a la región pampeana, realizado en 1879: I. Impresiones y Descripción física del territorio; II. Observaciones Meteorológicas; III. Diario de Mensura; IV. Diario de Marchas; V. Diario Topográfico; VI. Libro de Paisajes (fotografías e ilustraciones); VII. Libro de correspondencia. (Zeballos, 2002: 200).

Expedición de reporter, observador, activo y minucioso y avezado a las tareas del oficio, la de nuestro compañero contribuirá indudablemente a hacer conocer del gobierno y del público una gran extensión del territorio argentino sobre la cual poco se ha escrito y acerca de cuya población, riquezas naturales, etc., se habla generalmente demasiado, basándose en simples referencias de turista o en informaciones oficiales a veces muy distintas de la verdad.

[...]

La entrega definitiva del Chaco a la civilización, problema que desde ha tiempo preocupa tanto a nuestros hombres de gobierno, será materia que estudiará preferentemente nuestro compañero de tareas, aportando a este asunto de palpitante interés nacional el contingente de sus numerosas informaciones y de su observación imparcial.¹⁵⁰

El gobierno aparecía en el suelto como destinatario de las crónicas y principal interesado en la resolución de un problema al cual el diario prestaba sus propios recursos. Las funciones de la prensa se superponían, en esta auto-representación, con el proyecto estatal de integración de los territorios de frontera. Pero claramente se postulaban dos aspectos diferenciales: el primero, en la alusión a la falsedad de los informes oficiales, que suponía como contrapartida el carácter imparcial de las observaciones de un enviado de prensa, tanto como su independencia de criterios; el segundo, en la especificidad de la mirada del reporter, que no era ni la de un turista, ni la de un agente institucional.

Ambas cuestiones pueden indagarse ejemplarmente en *La Australia argentina*. La independencia de los juicios del cronista respecto de las versiones “oficiales” puede seguirse de las reiteradas críticas al gobierno, a su inacción, a la falta de iniciativas, a la insuficiencia de las asignaciones presupuestarias, a la falta de políticas progresistas para la región. Payró – en representación de *La Nación*– actuaba como portavoz de los intereses patagónicos: reclamaba facilidades para la navegación, para el transporte de carga y de pasajeros, ferrocarriles, líneas telegráficas, pozos de agua, libre comercio, autoridades competentes, políticas efectivas de colonización. “¿Cuándo lo comprenderá el Gobierno nacional, e incorporará de veras aquellos territorios a la vida del país?” (1898: 293), es el repetido cuestionamiento que sobrevuela las entregas de sus crónicas de viaje al sur.

Relevar las necesidades de la población aparece como uno de los objetivos centrales del viaje, y en este sentido puede señalarse un segundo aspecto diferencial de esta gira respecto de la narrativa expedicionaria, a partir del lugar destacado que se les otorga a las voces de los habitantes de la región: “–*La Nación* ha hecho un noble esfuerzo, enviándonos quien nos

¹⁵⁰ “*La Nación* en el Chaco. Expedición de nuestro corresponsal viajero”, *La Nación*, 3 de noviembre de 1900.

oiga y nos vea de cerca. Pero es necesaria la reiteración. Estamos abandonados. El gobierno se desinteresa de nosotros, la prensa no se ocupa, el país casi ignora que existimos.” (1898: 29), expresaba Pedro Derbes, un antiguo habitante de Chubut. El comentario da de lleno con un rasgo central de la propuesta periodística, como es la formación del juicio crítico en el contacto directo con el ambiente y la gente. Otro experimentado corresponsal viajero de *La Prensa*, José Manuel Eizaguirre, resumía esta idea en términos similares: “Un viajero, y en especial un periodista, si se detiene en las apariencias, verá siempre lo más bello, porque es lo primero que le muestran los oficiosos, y es más fácil de ver al fin; –y fuera de toda duda, es necesario ver y oír mucho, para formar un juicio”.¹⁵¹ Bajo esta premisa, el diálogo y la entrevista aparecen en las crónicas de los reporters viajeros como géneros discursivos privilegiados, tanto por el aporte que significa la integración de una pluralidad de voces, como por el hecho de dotar a las crónicas de un rasgo característico relacionado con la esencia de la tarea periodística, desde que uno de los recursos fundamentales para la obtención de información está dado por las conversaciones sostenidas con infinidad de personas conocidas y anónimas (Halperín, 2008: 19). Junto a Pedro Derbes, una multitud de interlocutores van construyendo, en escenas dialogadas con el cronista, el entramado informativo de la gira periodística de Payró: *pioneers*, vecinos, jueces de paz, informantes anónimos, buscadores de oro, marinos, misioneros, lugareños. Una entrevista al gobernador de Tierra del Fuego, Pedro Godoy, se extiende a lo largo de un capítulo completo (“La noche en Ushuaia”); otro tanto ocupa el diálogo con un informante, cuya identidad se mantiene en reserva, centrado en el costado oculto de la historia del sur argentino (“Historia e historias”). La historia oficial y su reverso interesan por igual al cronista que construye su objeto de estudio a la manera de un monumental reportaje.¹⁵²

Si *La Australia argentina* comparte ocasionalmente contenidos con los informes, diarios o registros de las expediciones militares y las exploraciones científicas, lo cual se enmarca perfectamente dentro de las tareas de divulgación que competen al ejercicio periodístico, es

¹⁵¹ José Manuel Eizaguirre, “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). III. Administración – Concepto económico – La policía – Sus elementos electorales – Cálculo de gastos – La goma – Su historia contemporánea”, *La Prensa*, 20 de julio de 1900.

¹⁵² Payró adscribe su obra a este género en la nota que cierra la entrega final, no incluida en la edición en libro: “He terminado. *La Nación* al encargarme este vasto *reportaje*, el esfuerzo mayor de nuestra prensa en ese sentido, me hizo un señalado honor; y aunque haya tratado de ajustarme a sus instrucciones, temo –con razón– no haberme puesto a la altura de la tarea... Si el resultado estuviera en relación directa con la voluntad, la obra, sin embargo, sería lo que pudo ser en mejores manos.” (*La Nación*, 26 de septiembre de 1898). (Énfasis en el original).

en esta construcción polifónica del referente donde pueden relevarse las marcas de un modo de trabajo específico y distintivo. Un episodio de la gira resulta ilustrativo para este deslinde. Entre los compañeros de viaje que se embarcaron en el transporte nacional *Villarino*, que conducía al enviado de *La Nación* por las costas patagónicas, se encontraba el Dr. Francisco P. Moreno, designado en 1897 perito del gobierno argentino para participar en la ardua discusión de límites con Chile. El infatigable explorador y científico se dirigía a Santa Cruz, punto de partida de una nueva expedición hacia los lagos andinos. Seducido por la lectura de los viajes del hombre de ciencia, Payró concibió la idea de acompañarlo en su expedición y, ni bien desembarcaron en Santa Cruz, solicitó su autorización para agregarse a la comitiva. “En tal caso tendría que haber modificado el plan primitivo de la excursión, dejando para otra vez la interesantísima visita a Tierra del Fuego e Isla de los Estados” comentaba Payró sobre su proyecto alternativo, abortado de inmediato ante la categórica negativa del Perito (1898: 72). El intento fallido de sumarse al grupo de Moreno puede leerse como un punto de inflexión en el que el viaje de exploración científica se separaba de la “excursión periodística” marcando su propio terreno de incumbencia. Payró reconocía estas especificidades en un pasaje del capítulo dedicado a los indios fueguinos, donde se excusaba del conocimiento indirecto y libresco de la materia de estudio:

Para conocerlos en su “estado natural” sería menester internarse en aquellos desiertos, hacer una verdadera expedición con grandes elementos, pues la misma policía suele no poder dar con sus aldehuelas... No era el caso. Una excursión no es ni una expedición ni una exploración, y aunque la tarea es interesante, *no entra del todo en el resorte periodístico*. (1898: 178) (Énfasis añadido).

La cita justifica el recorte diferenciado del corpus e invita a descubrir esa zona lábil y multifacética que comprende los hechos susceptibles de ser incorporados al dominio periodístico. Pero fundamentalmente informa sobre el autocontrol de un texto que se sabe destinado a las páginas de la prensa diaria y se construye con los saberes y herramientas adquiridos en su práctica cotidiana.

2.5 Periodismo de investigación y de denuncia: excursiones a la política criolla.

A menudo se dice que el periodismo es el primer borrador de la historia; en cambio, el periodismo de investigación ofrece el primer borrador de la legislación. Lo hace llamando la atención sobre las fallas en los sistemas de regulación de la sociedad y las maneras en que esos sistemas pueden ser evadidos por los ricos, los poderosos y los corruptos.

Hugo de Burgh
Investigative Journalism (2000)

La inclusión de un núcleo informativo duro, compuesto por documentos, testimonios y datos en bruto que cumplan una función estrictamente documental, constituye otro rasgo de las giras periodísticas que se ubica en el extremo opuesto de sus cualidades narrativas. Cuadros, tablas, tiradas numéricas, expedientes oficiales y declaraciones testimoniales rompen la fluidez de la crónica para presentar pruebas de aquello que se postula, para extraer conclusiones sobre alguna cuestión en particular, para formular una denuncia o simplemente para cumplimentar el deber de informar que está en la base de las misiones periodísticas. Son pasajes ásperos y tediosos a los que el corresponsal se aviene no sin manifestar, en ocasiones, algún tipo de reticencia. Las crónicas de la gira de Payró por la provincia de Buenos Aires incorporan, para cada localidad de su itinerario, listados de casas de comercio, establecimientos ganaderos, hectáreas cultivadas, movimientos bancarios, y otros de índole similar, con el propósito de establecer el grado de progreso de los pueblos transitados, señalar dificultades y vías de mejoramiento. No por ello deja el reporter de observar el carácter contraproducente de las largas nóminas y cifras que fatigan al lector y provocan que se termine salteando información útil para formarse un juicio sobre el estado de la provincia, según expresa en una de las correspondencias. La tensión permanece irresuelta. Pero estos tramos dedicados exclusivamente a suministrar datos fehacientes sobre territorios y poblaciones conforman uno de los objetivos ineludibles de los enviados especiales, principalmente en aquellas giras que tienen como propósito central producir un relevamiento de las situaciones provinciales como la de Roberto J. Payró por la provincia de Buenos Aires y la José Manuel Eizaguirre por las del interior. En ambas se privilegian los aspectos económicos, sociales y políticos, tratados en diversos grados de profundidad y estudio. Del componente político de estas giras derivan muchos de los elementos que

vinculan a las crónicas de los reporters viajeros con los antecedentes del periodismo de investigación y de denuncia.¹⁵³

2.5.1 Cerca de la revolución

Una distinguida dama me preguntaba:

–¿Cuántos enviados especiales tiene *La Nación* en Corrientes?

–No sé a punto fijo, Pellicer, yo, quizás algún otro.

–¿Tiene corresponsales también? Sí, he visto. ¡Cuánto debe gastar con esos inmensos telegramas y esos continuos viajes!

–Mucho, efectivamente.

–Entonces, y ya que se muestra tan propicia a nuestra revolución ¿por qué no le dice Ud. que retire sus enviados y nos mande unos cuantos fusiles que nos servirán mejor?

Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró)
“Notas Correntinas” (*La Nación*, 1893)

La década de 1890 se abrió con la irrupción de la Unión Cívica en el mapa político dominado por el liberalismo conservador. La adhesión de Bartolomé Mitre al movimiento fue también la de *La Nación*, que sin serlo oficialmente se convirtió en el órgano periodístico de la nueva entidad política.¹⁵⁴ Su rol activo en la prédica favorable a la Revolución del Parque provocó la tercera clausura del diario (la primera había sido en 1874 a raíz de la fallida acción revolucionaria de Mitre contra Avellaneda y la segunda un año y medio después con motivo de la campaña editorial contra ese mismo presidente). La edición del 31 de julio fue secuestrada y quemada en plena calle, a raíz de la publicación del discurso del

¹⁵³ En su trabajo dedicado al periodismo de investigación en la prensa inglesa, Hugo de Burgh ubica el surgimiento del género a mediados del siglo XIX, cuando el periodismo desarrolló aceleradamente sus normas profesionales, sus propias técnicas y variantes genéricas. Conecta su aparición con el racionalismo creciente del discurso intelectual del período y el método científico de acceder a una verdad a partir de hechos verificables. De este modo, el género potenció la idea de objetividad e imparcialidad que lo define. El periodismo de investigación asoció la observación racional a la empatía moral y convirtió en tópicos de análisis, discusión e investigación la explotación, el abuso y otras cuestiones de índole similar. (De Burgh, 2000: 26).

¹⁵⁴ “Podemos recordar con orgullo que *La Nación* fue el órgano oficial de la Unión Cívica. En sus columnas enormes de entonces, el nuevo partido halló, para su propaganda impersonal, para sus adhesiones, para todas sus citas y sus crónicas, para sus manifiestos, para las arengas de sus oradores, para la propaganda de sus clubs, para su organización y su difusión, en una palabra, la más amplia publicidad.” (“La política argentina durante medio siglo, contemplada desde las columnas de *La Nación*”, *Suplemento del cincuentenario, La Nación*, 4 de enero de 1920).

senador Pizarro afirmando en la Cámara Legislativa que si la revolución estaba vencida, el gobierno estaba muerto (Balestra, 1986: 140).

Cuando Payró ingresó a *La Nación* ya era un activo militante de la Unión Cívica. Había ejercido desde su periódico de Bahía Blanca, *La Tribuna*, una encendida oposición al oficialismo juarista e integrado las filas de civiles que acudieron al llamado revolucionario del 26 de julio de 1890, que derivó en la renuncia del presidente Juárez Celman.¹⁵⁵ La incondicional adhesión de Payró al mitrismo sumada a la fascinación que la figura del primer presidente de la República ejerció sobre el autor desde su infancia permiten inferir la trama de intereses políticos y subjetivos que ligó al cronista con la empresa periodística que pasa a integrar hacia 1892.¹⁵⁶

El primer destino de Payró como reporter viajero fue la ciudad de Santiago del Estero, donde se había producido el alzamiento revolucionario de cívicos nacionales y modernistas, pocos días después de la asunción presidencial. *La Nación* apoyó el levantamiento popular y envió a dos de sus colaboradores a cubrirlo, Roberto J. Payró y Eustaquio Pellicer. El sello irónico de la primera crónica, sin firma, ostenta la marca característica del segundo:

Otra vez el telégrafo llevará a todas partes la noticia típica de *South América*, según Sarmiento: la del estallido de una revolución. ¡Cuántas veces, por lo que nos toca, se declaró cerrado el fatal período! Y vuelta a reabrirlo continuamente, al punto de que Sara Bernhardt se extraña de haber pasado aquí algún tiempo sin una revolucioncita siquiera con que entretenerse, y sospechan los diarios europeos de sus corresponsales cuando no les comunican aunque no sea más que una cada tres meses.¹⁵⁷

Para los enviados especiales, la revolución de Santiago del Estero ponía sobre la mesa política la piedra de toque de una situación que había arrancado en la revolución de julio de 1890, y que buscaba desde entonces una solución que satisficiera las legítimas aspiraciones populares vinculadas a aquella fecha histórica. En el editorial del diario del 22 de octubre se concluía que, para normalizar la República, la revolución debería extenderse a Santa Fe, Entre Ríos, Jujuy, Corrientes y, sobre todo, a Buenos Aires, próximo destino de Payró.

El 1º de diciembre de ese mismo año Payró inició un viaje por la provincia de Buenos Aires por encargo del diario. El conjunto de crónicas tituladas “En los dominios platenses”

¹⁵⁵ Cfr. “Un héroe del 90” (Payró, 1908a).

¹⁵⁶ Cfr. “Fisonomía de don Bartolo” y “2 intervius” (Payró, 1952).

¹⁵⁷ “¡Una revolución más!”, *La Nación*, 20 de octubre de 1892.

está dedicado centralmente a relevar la situación política de la provincia de Buenos Aires, mediante una investigación vinculada estrechamente a la trama de intereses que por entonces unía a *La Nación* con la Unión Cívica Nacional. La gira bonaerense tuvo entre sus propósitos centrales el de proporcionar pruebas fehacientes de la corrupción del oficialismo, perpetuado en el poder mediante prácticas electorales fraudulentas que atentaban contra el principio de representación política y contra la legitimidad de los gobernantes. En sintonía con el discurso que articularon los radicales desde la prensa partidaria, la palabra *corrupción* suponía un estado general de decadencia y degeneración moral (Alonso, 2010a: 228), que las crónicas documentaron abundantemente.

El blanco del ataque virulento –directamente o por elevación– que recortan las crónicas es el gobernador de Buenos Aires, Julio A. Costa, quien pertenecía a una fracción desprendida del Partido Autonomista Nacional denominada *modernismo*. La batalla de *La Nación* contra los modernistas se había originado en los obstáculos que estos últimos habían interpuesto para la realización del acuerdo entre Mitre y Roca. “Principalmente, *La Nación* los acusaba de no ser otra cosa que juaristas reciclados que intentaban perpetuarse en las provincias bajo una máscara de innovación y modernidad.” (Alonso, 2010a: 336).

El germen de la denuncia que desarrollan las crónicas bonaerenses se lo puede encontrar resumido en un artículo del periódico bahiense de Payró, fechado en marzo de 1891, en el que este se despachaba contra el comisario Díaz, acólito del “costismo”:

Esto dicho, me pregunto qué me va a enseñar quien tantas ínfulas de maestro se nos viene dando, y la respuesta se me presenta: en las elecciones fraudulentas; en los arreos de gente indefensa que no tiene protectores; en las casas de juego abiertas a la vista y paciencia de todo el mundo; en los vigilantes que azotan borrachos y locos; en las casas clandestinas de prostitución que hay en el Puerto; en esto, en lo otro, en lo de más allá: en todo lo que hace de la provincia de Buenos Aires una cárcel, en que el pueblo entero es el preso y Costa y sus criaturas los carceleros, a veces tan terribles... como traidor de comedia.¹⁵⁸

La nueva gira periodística le permitió confirmar el cuadro de situación formulado para Bahía Blanca con información de primera mano correspondiente al resto de las localidades provinciales visitadas. Payró se abocó a investigar los pormenores de un sistema político fraudulento encabezado por el gobierno de la provincia, que tenía en las corruptas

¹⁵⁸ Roberto J. Payró, “Muchacho sonso y atrevido”, *La Tribuna*, Bahía Blanca, 19 de marzo de 1891 (Pastormerlo, 2009: 95).

autoridades de campaña sus serviles brazos ejecutores. El intendente municipal, el presidente del concejo, el juez de paz, el comandante militar y el comisario de policía conformaban la “oligarquía microscópica” comunal contra la que Payró arremetió en sucesivos artículos:

La renta municipal, las multas policiales, las coimas de las casas de juego, la venta de los terrenos de la comuna, todo eso absorbe su atención.

En cuanto a la política, ni la quieren ni la estudian: les va hecha desde La Plata, la ponen en acción en sus dominios y ni miden su alcance ni les importan sus consecuencias.¹⁵⁹

El cronista registra en detalle el sistema de opresión y vejaciones al que estaban sometidos los pobladores: en Bolívar entrevista a Francisco Dozo, caudillo popular que se levantó en armas contra el municipio “gubernista” en defensa de los derechos hollados; Trenque Lauquen brinda la excusa para una descripción circunstanciada del funcionamiento del “feudo de Doll”, en alusión a Guillermo Doll, el hombre fuerte de la política oficialista en la zona oeste bonaerense: un garrotazo en la cabeza del secretario de la Unión Cívica Radical o el asalto a la municipalidad, a punta de trabuco y rémington, que fuerza a renunciar al intendente opositor, dan muestras acabadas del poder del personaje en cuestión. El método elegido para componer el cuadro de la provincia se basa en la saturación de denuncias, que le suministran mayormente las voces anónimas (reales o ficticias) de los pobladores del lugar. La abigarrada lista de delitos presentada incluye elecciones fraudulentas, actos de corrupción, abigeato, torturas y fusilamientos. El cronista se enfrasca en análisis minuciosos que someten el impulso narrativo de la crónica al imperativo denunciador y anticipan una de las líneas de trabajo que desarrollará Payró, ya avanzada la década, en el conjunto de crónicas dedicadas al examen pormenorizado del funcionamiento de la institución judicial en la provincia de Santa Fe (“Justicia santafecina”, 1897).

El objetivo de Payró no se conformaba en la denuncia, sino que planteaba los medios de superación de la situación bosquejada, a la vez que propiciaba un clima de unidad opositora y de revuelta inminente (“Aún en los pueblos más apáticos en la superficie, existe el germen de la oposición al gobierno de la provincia, y la convicción de que es necesario sacudir el

¹⁵⁹Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “¡Buenos Aires! Las autoridades de campaña. Oligarquías microscópicas. El efecto y sus pequeñas causas. Un puñado de tipos”, *La Nación*, 3 de enero de 1893.

yugo”).¹⁶⁰ Payró y *La Nación* estaban en campaña y los lectores de las crónicas, entre quienes se contaban los pobladores de las zonas transitadas por el corresponsal, acusaban el impacto de la gira en sueltos de periódicos locales, como *La Patria* de Dolores o *La voz de Ayacucho*, que *La Nación* se encargaba de reproducir durante el transcurso de la publicación.¹⁶¹ Las crónicas contribuyeron así a legitimar la acción revolucionaria y fogonear los levantamientos armados que estallaron en 1893, con acusaciones directas a los gobiernos provinciales, como las formuladas en la siguiente gira que Payró realizó por Corrientes con motivo de un nuevo alzamiento:

¿Son extraños estos sucesos en Corrientes? De ningún modo: son la cosa más natural. Ahí también la libertad personal está, porque sí, supeditada a las autoridades, como acabamos de decirlo. Ellas se arrojan el derecho de encarcelamiento preventivo, como el de movilización de la guardia nacional. Crean estados de sitio *ad usum delphini* (Ruiz – Vidal). Arrancan a los pobres paisanos de su trabajo productivo. Hacen huir de los pueblos a los que tienen donde guarecerse. *Amontan* a los infelices. Se hacen una policía de voluntarios a la fuerza.¹⁶²

De su investigación y relato Payró podría haber afirmado que fue escrito para que actuara. El levantamiento encabezado por Hipólito Yrigoyen el 30 de julio de 1893, que provocó la caída del gobierno de Costa, le dio el pie para retomar la serie de artículos suspendida en enero del mismo año y redactarle un obligado y eufórico epílogo. Su participación directa en los sucesos revolucionarios, destacada en esta última crónica, dotó de un relieve inusitado a la campaña periodística que se vio coronada con el compromiso activo del reporter:

No solo tuve tiempo de asistir a los últimos fundamentales boqueos de aquel pulpo tan provisto de ventosas, sino también el raro honor de recibir un rebencazo en plena chistera, entre dos gendarmes armados a rémington, de estar preso, de escaparme, de ser perseguido, de reunirme al más próximo de los ejércitos revolucionarios y de entrar arma al hombro en La Plata.¹⁶³

¹⁶⁰Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “En los dominios platenses”, *La Nación*, 14 de diciembre de 1892.

¹⁶¹ Véase “Gira periodística de Julián Gray por los dominios platenses. Otra palabra de estímulo”, *La Nación*, 25 de diciembre de 1892 y “Gira periodística de Julián Gray. Más voces de aliento”, *La Nación*, 9 de enero de 1893.

¹⁶²Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “Notas correntinas. El Alto Uruguay. Situación política. Ligeras consideraciones sobre costumbres. Las autoridades y su sistema. Algunas observaciones”, *La Nación*, 21 de febrero de 1893. (Ver Apéndice II).

¹⁶³Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “¡Buenos Aires! Justa revancha. Post nubila phoebus. Un corresponsal viajero que termina su gira”, *La Nación*, 19 de Agosto de 1893.

Aunque la imagen del periodista revolucionario quedaba relativizada en el párrafo siguiente al de la cita, en el que se le asignaba al “peso de la opinión, más que al hecho armado, la causa del desalojo del gobierno provincial”, no dejaba de ofrecer un parangón sugestivo entre las armas de la prensa y las del combate, donde la práctica periodística se equiparaba y confundía con la acción directa, como solicitaba la dama correntina del epígrafe.¹⁶⁴ La intrincada trama de motivos e intereses que iban orientando los itinerarios periodísticos de los reporters viajeros de *La Nación* se revela, en este contexto específico, atada a las luchas internas y externas del mitrismo y sujeta a los vaivenes de la política doméstica.

La investigación de la trama delictiva que involucra a los distintos estratos del poder provincial y municipal, la denuncia sistemática de hechos de corrupción y fundamentalmente el tratamiento narrativo de los materiales testimoniales anticipan modalidades de un ejercicio periodístico que en el transcurso del siglo XX definirá un cauce propio, en la exploración de la peculiar relación que entablan lo real y la ficción, mediante un relato de los hechos que incorpora de modo característico procedimientos ficcionales.¹⁶⁵

¹⁶⁴ El concepto de “revolución” debe contextualizarse en el marco de los lenguajes políticos del período, no se trata de la radical transformación de estructuras cuyo significado abrega en las interpretaciones sobre la Revolución Francesa, sino que se refiere “al derecho a la resistencia frente al despotismo: cuando los gobernantes abusaban del poder, el pueblo tenía no solo el derecho sino la obligación, el deber cívico, de hacer uso de la fuerza para restaurar las libertades perdidas y el orden presumiblemente violado por el déspota.” (Sabato, 2009).

¹⁶⁵ Trabajos del área de periodismo y comunicación como el de Martín Malharro y Diana López Gijsberts destacan el perfil documental, narrativo y testimonial de “la nueva crónica periodística generada en Argentina a partir de 1890”, como un hito en la evolución hacia un periodismo de denuncia y de investigación (1999: 35-45). En esta línea de evolución se destacan el desarrollo de la prensa obrera en sus distintas vertientes: anarquista, socialista o sindicalista, con campañas sistemáticas de denuncia de la situación del proletariado nacional (Malharro y López Gijsberts, 1999: 60); el surgimiento del diario *Crítica* con su programa centrado en la defensa de los intereses populares (Saítta, 1998: 65); y, ya a mediados del siglo XX, la obra periodística de Rodolfo Walsh, que marca un punto de inflexión decisivo en la historia del periodismo de investigación en Argentina.

2.5.2 La elocuencia de los números

La investigación periodística va señalando las causas al exponer sus efectos, o sea, la situación real existente, pintada con claridad e independencia completa de criterio, sin exagerar vicios, ni adular pasiones, ni procurar las complacencias de nadie. Todo el desastre fluye de la misma fuente –de la perversa política, de la mala justicia, de la detestable administración pública, vituperable por sus acciones y sus omisiones, por sus extravíos y su ineptitud.

“Cuadros de provincia” (*La Prensa*, 1900)

Las exigencias informativas dominan la extensa serie de artículos sin firma que comienzan a aparecer en *La Prensa* el 21 de junio de 1900, con el título de “A través de la República” y una atribución parentética que reza: “De nuestro redactor viajero”. Se trata, sin duda, del mayor relevamiento de los estados provinciales emprendido por un periodista viajero, ya que transita trece de las catorce provincias existentes (a excepción de Buenos Aires) a lo largo de noventa y dos entregas publicadas periódicamente durante doce meses. El tramo dedicado a Córdoba permite atribuir la autoría a José Manuel Eizaguirre, por una alusión indirecta a un episodio narrado en su libro *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el interior* (1898). Las clásicas impresiones de viaje prácticamente no tienen lugar en la propuesta de estas crónicas, que participan más bien de un proyecto que podría caracterizarse como una suerte de censo comentado y crítico de las provincias, incluyendo análisis específicos en materia económica, social y política. No por ello dejan de apelar a la figura del “viajero” como un sujeto impersonal que encarna el punto de vista genérico de quien arriba por primera vez a las provincias: “el viajero más exigente”, “un viajero curioso”, “el viajero que llegue”. Pero en varios pasajes se deniega su retórica característica, “no hablaré detalladamente de los paisajes (...) porque esa es tarea de índole extraña a estas notas.”¹⁶⁶ Tampoco se observan dos recursos esenciales de la crónica: “dramatizar un poco la acción y dar vida a los personajes”, tal como los resume Payró en una

¹⁶⁶ “A través de la República. Notas sobre La Rioja. (De nuestro redactor viajero). XXVI. Primeras impresiones – Las ruinas en la ciudad – Los temblores - ¿Por qué no se siente progreso en la provincia? – Opinión de algunos hombres representativos – La cuestión del día – El problema político”, *La Prensa*, 24 de octubre de 1900.

de sus crónicas dedicadas al relevamiento de la justicia santafecina, que se resienten de la misma carencia.¹⁶⁷

Del conjunto resulta un informe completo y actualizado del desarrollo material y social de la Nación, desde un punto de vista pretendidamente imparcial y objetivo, que se sustenta en un cúmulo inusitado de documentos y estadísticas. De cada provincia se detallan informes y cuadros referidos a rubros como población, comercio, industria, recursos naturales, educación, finanzas, administración, presupuesto, justicia, policía, gobierno, política, religión, transportes, redes viales, impuestos, infraestructura edilicia, obras públicas, clases sociales, caracteres y costumbres. Eizaguirre concurreó a las oficinas de estadísticas provinciales, visitó establecimientos públicos y privados, hurgó en los archivos gubernamentales, en las secretarías de los juzgados, en las memorias bancarias, conversó con los pobladores, transmitió sus demandas, entrevistó a funcionarios, empresarios, educadores, jueces, parlamentarios, hombres comunes y ciudadanos ilustres. La premisa que guiaba esta empresa ciclópea encarada por un solo corresponsal estaba formulada en la primera entrega en términos precisos: “La República necesita ser conocida por el poder de su producción, y en la estructura social de sus diversas regiones, –y a esta tarea delicada y difícil que me ha confiado LA PRENSA voy a dedicar mis observaciones, dejando para otras oportunidades la consideración de puntos extraños a ese programa.”¹⁶⁸

Uno de los puntos altos de la investigación periodística de Eizaguirre corresponde al desarrollo de la educación, al que prestó un interés particular y dedicó por lo menos una entrega para cada provincia. Visitó las escuelas nacionales, los colegios normales, las escuelas provinciales y confesionales; entrevistó a maestros y directores y proporcionó estadísticas de la composición del estudiantado, de la cantidad de graduados, de los porcentajes de asistencia, llegando incluso a realizar análisis críticos de los programas de estudio. En este sentido, actuaba en consonancia con la campaña por la reforma de la educación nacional que había emprendido *La Prensa* desde agosto de 1898, en una serie de artículos titulados “Educación industrial del pueblo”, en los que alentaba un giro hacia la educación práctica mediante la creación de escuelas de artes y oficios.

¹⁶⁷ Roberto J. Payró, “Justicia pronta y barata. Un caso de inusitada diligencia. Los procedimientos. Tema para un libro de costumbres. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 9 de diciembre de 1897.

¹⁶⁸ “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre San Juan. Treinta y tres horas en ferrocarril – San Luis, Mendoza y San Juan – Al pasar – Las corrientes de agua – Aspecto general de la ciudad de San Juan – Las estatuas – Despoblación de San Juan”, *La Prensa*, 21 de junio de 1900. (Ver Apéndice II).

De la repercusión de la gira de Eizaguirre da cuenta la colaboración que prestaron muchos gobernadores y funcionarios interesados en facilitar (y controlar) la recopilación de datos, siempre corroborados o rectificadas por el periodista mediante el recurso a fuentes alternativas. Junto al apabullante inventario de los rubros industriales y agropecuarios que ocupan buena parte de la serie, la cuestión política se erige por sobre la marea de cifras en virtud del agudo tratamiento crítico al que somete a los gobiernos provinciales y a las prácticas de la “política criolla” en general. En San Juan, afirma que “el cáncer de estos pueblos pequeños y laboriosos es la política” cuyo interés principal es sostener la “tramoya electoral” a costa de los esfuerzos de sus pobladores;¹⁶⁹ en Mendoza compara el presupuesto en educación con el que se destina a la “policía electoral”, cinco veces mayor, para concluir que el gobierno prefiere valerse de personas “fáciles”, sin instrucción;¹⁷⁰ en San Luis devela la trama de corrupción en la que el comandante militar, el subcomisario y el juez de paz actúan como patrones de los cuatrerros; en Córdoba señala la tendencia al nepotismo del gobernador y critica la falta de autonomía de la política, cuyas decisiones se toman en Buenos Aires. En muchos tramos de la gira, Eizaguirre deja hablar a los vecinos para exponer sin mediación los reclamos. La rotación de los puestos públicos entre unos pocos nombres que se repiten, los gobernantes puestos a dedo, los gobiernos de familia, la acumulación de cargos en una misma persona, la utilización de los recursos presupuestarios como “caja de la sociedad política de socorros mutuos”, la gobernación provincial como salto previo a la legislatura nacional son algunos de los tópicos recurrentes tratados en las descripciones de los manejos políticos provinciales. La reticencia de los funcionarios, advertidos en el transcurso de la gira del aguzado estilete crítico y la imparcialidad de los juicios del redactor viajero, no se hace esperar:

No comprenden mi misión, y dan a la iniciativa de LA PRENSA un carácter de intervención periodística, de investigación política de oposición, en fin. Aquí solo se concibe fácil *la política*, y todo se condensa en sus dos términos o polos, *sumisión-oposición*; pero mientras algunos interpretan tan torcidamente la iniciativa de nuestro

¹⁶⁹ “A través de la República. Notas sobre San Juan. (De nuestro redactor en viaje). V. La obra del dique – Fracasos – Sistema de remiendos – Importancia de la irrigación – Administración – Consideraciones generales – Nombres y cosas”, *La Prensa*, 6 de julio de 1900.

¹⁷⁰ “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). IV. Educación – Escuelas provinciales – Los maestros – Los diplomados – Los analfabetos – Colegas y escuelas nacionales – Carácter del niño mendocino – Tendencias”, *La Prensa*, 23 de julio de 1900.

diario, muchos me brindan sus informaciones valiosas y me muestran buena voluntad y cooperan al propósito nacional de LA PRENSA.¹⁷¹

La Prensa enarbola y reafirma, en la pluma de quien será su redactor principal y responsable de la columna editorial en años posteriores, su vocación independiente y su defensa de los intereses generales antepuestos a las banderías políticas. Los artículos de Eizaguirre se inscriben en la línea del periodismo de denuncia y de investigación que las misiones periodísticas de Payró contribuyeron a forjar. Su gira aporta información concreta para la campaña que lleva a cabo el diario contra la política roquista en su columna editorial diaria. A un año y medio de asumida la segunda presidencia de Roca, *La Prensa* considera definitivamente frustradas las expectativas abiertas ante el nuevo mandato y somete al gobierno a una campaña sistemática de denuncias centradas en la figura presidencial y su manejo personalista del poder. La principal acusación formulada en la línea editorial se resume en la afirmación de que “la vida política del país está fuera de los principios democrático-republicanos y en pugna con los preceptos de la constitución.”¹⁷² Básicamente porque el pueblo no está en posesión de los derechos electorales, porque los padrones y los escrutinios son falsos, porque las urnas son patrimonio de los gobernantes y las candidaturas son fabricadas por el presidente y los gobernadores. *La Prensa* ataca el criterio personalista de Roca, y lo equipara al “unicato presidencial” o al régimen de los caudillos. El 26 de julio de 1900, cuando se cumplen diez años de la revolución del Parque, anuncia que el período revolucionario abierto en 1890 no se ha clausurado y que sus demandas de un gobierno libre, elegido y controlado por el pueblo revisten la más rigurosa actualidad.

En lo que atañe a la vida política de provincia, los gobernadores representan el otro blanco de ataque habitual de los editoriales del período. Su única aspiración es acceder a un mandato legislativo nacional, como recompensa a la fidelidad que brindan al poder que los designa desde la metrópoli.¹⁷³ Por esto, se afirma que las provincias están sometidas a una “intervención clandestina perenne del poder central” que convierte a la Nación federativa y a los Estados autónomos en una caricatura grotesca.¹⁷⁴ En materia económica se apela a un

¹⁷¹ “A través de la República. Notas sobre La Rioja. (De nuestro redactor viajero). XXVI. Primeras impresiones – Las ruinas en la ciudad – Los temblores - ¿Por que no se siente progreso en la provincia? – Opinión de algunos hombres representativos – La cuestión del día – El problema político.”, *La Prensa*, 24 de octubre de 1900.

¹⁷² “La hora de la mentira política”, *La Prensa*, 9 de septiembre de 1900.

¹⁷³ “El gobernador”, *La Prensa*, 17 de agosto de 1900.

¹⁷⁴ “La intervención clandestina”, *La Prensa*, 13 de noviembre de 1900.

campo semántico catastrófico y alarmante, se habla de “aniquilamiento del país”, a propósito del endeudamiento externo, de “desastre económico”, de la “crisis horrible” y del “cuadro espantoso” que presentan las economías provinciales.

En este contexto, la gira de Eizaguirre proporciona datos imprescindibles para sustentar las denuncias formuladas, por lo cual comienzan a aparecer en la misma columna editorial juicios que remiten a su investigación periodística. El examen de los presupuestos provinciales que realiza el corresponsal merece la especial atención del editorialista: allí radica el móvil de las ambiciones personales y se revela el *modus operandi* con que se consigue conservar el gobierno y transmitirlo en inacabables sucesiones de círculo y de familia, mediante la exorbitante asignación de recursos fiscales a la policía: “con esas policías se da guardia a los falsificadores de los padrones, de los escrutinios y de las legislaturas que los sancionan.”¹⁷⁵ *La Prensa* le asigna un rol determinante a la gira de Eizaguirre como expresión probatoria de los lineamientos políticos del diario:

A estas conclusiones conduce el estudio reflexivo, razonado y patriótico de la República en la hora en que vivimos: la estagnación, la miseria y la despoblación que esa investigación descubre, da un alto relieve a la naturaleza de la política y del Gobierno que monopolizan la dirección de los destinos del país. El cuadro de la vida de una provincia como San Luis, reproducido en las demás, es la acusación tremenda y el proceso concluido y fallado contra la segunda Presidencia del general Roca.¹⁷⁶

“Investigación”, “acusación” y “proceso” son las palabras clave que posicionan a esta gira en una variante del periodismo de denuncia que adquirirá con el transcurso del siglo mayor desarrollo y envergadura hasta conformar una expresión genérica de pautas propias.

Una vez concluida la gira de Eizaguirre, *La Prensa* publicó un artículo a modo de cierre, sin firma, que resumía la voluminosa serie de correspondencias y pronosticaba cambios inminentes en el escenario político del país, alertando sobre el lento pero seguro desarrollo de tendencias opositoras, y anunciando tempestades políticas prontas a manifestarse.¹⁷⁷ Indirectamente, el diario se asumía como artífice parcial de una futura reacción, en virtud de la prolija y detallada investigación de su redactor viajero, que había tornado visible, según el articulista, un cuadro general calamitoso en lo que respecta a la administración pública, y

¹⁷⁵ “Lo que cuesta la oligarquía. El gobierno del y por el sueldo”, *La Prensa*, 25 de febrero de 1901.

¹⁷⁶ “Cuadros de provincia”, *La Prensa*, 16 de agosto de 1900.

¹⁷⁷ “La República a principios del siglo XX. Nuestra gira a las provincias. Impresión general”, *La Prensa*, 30 de mayo de 1901.

propiciado así una toma de conciencia que no tardaría en producir respuestas concretas. De este modo, el diario declaraba su poder para incidir en cuestiones decisivas de la política nacional, a través de un género periodístico que se adecuaba perfectamente a la práctica investigativa, entendida como herramienta de aproximación, análisis e interpretación de lo social y modo privilegiado de producción y difusión de la verdad.¹⁷⁸

De los diversos balances entre temas y procedimientos que adoptaron las crónicas analizadas en este capítulo (de la nota frívola a la denuncia política, de las impresiones de viaje a los relevamientos estadísticos) se deduce la plasticidad de un formato que debía, ante todo, adaptarse a los requerimientos de las direcciones de los diarios que determinaban los destinos y misiones de los reporters, sin descuidar, por ello, las cualidades narrativas que definían su impronta característica. Las giras periodísticas delinearon, en sucesivas formulaciones, un género discursivo donde la noticia podía compartir el protagonismo con el periplo del corresponsal y la información integrarse a un relato que mixturaba recursos periodísticos y literarios.

¹⁷⁸ El historiador Dominique Kalifa (2004) ha observado, para el caso francés, que un modelo compartido de procedimiento investigativo conectaba las figuras del policía, el detective y el reporter a comienzos del siglo XX. La observación empírica, la curiosidad, el sentido práctico y la acción concreta constituían una suerte de filosofía de la investigación común a todos sus practicantes, y orientada por un programa volcado a la explicación del mundo, a penetrar y resolver los enigmas sociales y darlos a conocer.

Capítulo 3

Excursiones periodísticas: ediciones, reescrituras, adaptaciones y préstamos

Es necesario que nos preocupemos cuanto antes de hacer conocer bien nuestro país sin descuidar ninguno de sus resortes. Debemos estar en todas partes, debemos hacer lo que los ingleses dicen: “Keep the kettle boiling”. “Mantengamos hirviendo la caldera”. Imitemos a los norteamericanos, proporciones guardadas; organicemos una divulgación en forma práctica: busquemos mayor acceso a los círculos científicos, políticos, comerciales y sociales, y ofrezcamos en todos las manifestaciones de nuestros progresos y recursos, en un buen muestrario, repudiando todo cuanto pueda dañarnos.

Francisco P. Moreno
“Cuestiones Argentinas” (*La Nación*, 1901)

La publicación en libro de las crónicas periodísticas de viaje al interior del país, así como el pasaje directo de algunas de ellas a colecciones de cuentos o la reelaboración de sus contenidos en sede ficcional –objetos de análisis de este capítulo de la tesis– hablan de una perdurabilidad que entraba en tensión con la fugacidad característica de la prensa diaria y la sucesión voraz de contenidos. Las causas de estas derivaciones librescas deben rastrearse en el valor que adquirieron muchas de estas crónicas como fuentes de conocimiento del territorio y sus habitantes, de visibilización de sus necesidades y de divulgación de sus recursos que, en buena medida, aguardaban aún ser descubiertos, vivificados por la actividad económica e incorporados al patrimonio de la Nación. Por otra parte, las ramificaciones literarias pueden considerarse como continuidades naturales del particular formato discursivo relevado, que contenía ya en potencia la posible autonomización de las entregas seriadas como libros de viaje, tanto como el salto agazapado a la ficción.¹⁷⁹

La recopilación de las crónicas para su edición en libro constituyó una práctica frecuente que contribuyó a consolidar el género entre las variantes discursivas de la prensa diaria y a afianzar el nombre propio de sus autores en las columnas respectivas. El libro tanto fomentaba una reputación que retroalimentaba la firma en el diario, como singularizaba una

¹⁷⁹ A modo de ejemplo, una crónica de la gira santafecina de Roberto J. Payró, pasó a integrar sin modificación alguna el volumen de cuentos de *Violines y toneles*. Véase: “Mister Ross. Un ‘pioneer’ original. Excentricidades. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 11 de noviembre de 1897; y “Mister Ross. Un ‘pioneer’ original” (Payró, 1908b: 223-231).

modalidad discursiva de la prensa periódica: la gira o excursión periodística. La primera parte de este capítulo se propone examinar las variantes de esta transición, los modos en que la edición ulterior pudo haber afectado la concepción y elaboración misma de las crónicas, y analizar los contenidos que propiciaron la difusión de las crónicas en un nuevo soporte, deteniéndose en el caso particular de los libros ilustrados de Manuel Bernárdez, que incorporan un llamativo despliegue iconográfico.

Las derivaciones del formato no se agotaron en este pasaje al volumen impreso sino que generaron adicionalmente productivos cruces con la literatura, como se desprende del análisis que se presenta, en la segunda parte del capítulo, de una zona de las obras de Roberto J. Payró y Fray Mocho, los dos casos más representativos en lo que respecta a la influencia del modelo genérico y la reelaboración de sus tópicos en sede literaria. La lectura cruzada de los textos periodísticos y literarios permite, por un lado, corroborar las posibilidades narrativas de las crónicas, una vez liberadas de las constricciones propias del formato periodístico; y por otro, rastrear las prolongaciones del punto de vista del reporter viajero, consolidado como un modelo enunciativo característico y transformado en un narrador de ficción.

3.1 Del diario al libro

Numerosos ejemplos atestiguan la práctica difundida de compilar artículos periodísticos en formato de libro en las dos últimas décadas del siglo XIX, que Sergio Pastormerlo caracteriza, en lo que respecta al incipiente mercado editorial, como de “democratización de la cultura letrada”, en tanto esta dejó de ser un capital monopolizado por una minoría para dirigirse a un público popular ampliado (2006: 2). Buena parte de la labor periodística de José Ceppi puede encontrarse en estas colecciones, a las cuales el mismo autor criticó en uno de sus prólogos por lo inconexo de sus piezas, la falta de unidad que la variedad no alcanza a compensar, la ausencia de un pensamiento propulsor, y hasta el carácter llamativo y pretencioso de los títulos que no suelen responder al contenido (1912: 11). También Payró se refirió a este consorcio del diario y el libro pero en sus dos sentidos, igualmente enriquecedores para la prensa, el de los periodistas que reúnen en volumen los artículos y el de los escritores que anticipan sus libros en el diario:

(...) en el primer caso el periodista piensa, naturalmente, al escribir, en la posibilidad, aunque sea remota, del libro futuro, y trata, en consecuencia, de imprimir a su improvisación mayor carácter, donaire, gracia, elegancia, elocuencia o profundidad (...), en el segundo caso, la obra que se realizó con amor y estudio en la soledad y el silencio, engarzada entre las notas apresuradas y efímeras del diario torbellino, enriquece el conjunto y lo mejora. ([1924] 1968: 119).

El modo en que fueron estructuradas determinadas series de crónicas de los periodistas viajeros pareciera corroborar el primer caso observado por Payró, puesto que se advierte en el ordenamiento capitular y otros indicios textuales y paratextuales un plan preconcebido que permite inferir la proyección ulterior del trabajo periodístico en volumen impreso, que los mismos autores habrían contemplado en la etapa de escritura para el diario.

No es el caso de Aníbal Latino, que en 1888 compiló una variedad de artículos de asuntos diversos que él mismo equiparó a los objetos de un bazar, donde la diversidad suple la falta de méritos individuales. El formato misceláneo acusa claramente la falta de un plan previo. Parte de su producción como corresponsal viajero de *La Nación* al interior del país fue reunida en la primera parte de estos *Cuadros Sud-Americanos*, titulada “Viajes y descripciones”. Los tres primeros trabajos de este apartado, dedicados a la ciudad de Buenos Aires, a la plaza Victoria y al barrio de La Boca, provenían de publicaciones originales en revistas italianas. Los siguientes estaban tomados de sus giras periodísticas por el interior de la República Argentina, de acuerdo a un criterio que privilegiaba los motivos característicos del relato de viaje, tal como anticipaban los mismos subtítulos que suplen la falta de unidad con taxonomías genéricas: “Tipos, panoramas y costumbres”, “Impresiones y panoramas”, “Escenas y paisajes”, “Cuadros campestres”.

También domina el formato misceláneo al libro de Ashaverus (Amado J. Ceballos), otro corresponsal viajero de *La Nación* que recopiló buena parte del material de sus giras periodísticas. Con prólogo de Rubén Darío, *Tierra adentro. Sierras de Córdoba. Excursiones por los departamentos de Anejos Norte, Punilla, Cruz del Eje y Minas* reúne un conjunto de crónicas de 1895 y 1896 definidas por su autor como “ensalada geográfico-descriptiva”. Los capítulos proponen un sinfín de itinerarios por las sierras cordobesas guiados por una multiplicidad de intereses desconcertante. Ashaverus se define en la portada de su libro como “Colaborador de *La Nación*, de Buenos Aires; físico, geólogo, agrónomo, político, etc., etc., todo de afición y ocasión; de profesión vagabundo e impresionista.” Y hay algo de todo

esto en las páginas de sus crónicas que entremezclan datos estadísticos, observaciones curiosas, alusiones políticas, rasgos líricos, apuntaciones de reporter o cálculos de agrónomo, tal como enumera Darío en el prólogo. La heterogeneidad del conjunto informa asimismo de la ausencia de un plan de escritura preconcebido, aunque la incorporación de una variedad de láminas, fotografías y mapas de la región, ausentes en las columnas del diario, dota a la abigarrada colección de un anclaje regional que justifica la reunión de las crónicas en un mismo tomo.

José Manuel Eizaguirre recopiló, en 1897, con la intención declarada de rendir homenaje a la memoria de su amigo, Julio Popper (pionero rumano que fundó un controversial establecimiento minero en territorio fueguino), una serie de artículos correspondientes a su viaje a Tierra del Fuego, publicados originalmente en el diario *Sud-América* entre octubre y diciembre de 1891. Eizaguirre fue el primer periodista profesional que realizó una gira por la región fueguina, primacía que pudo haber compartido con su colega, Adolfo Poleró Escamilla, quien viajaba en calidad de corresponsal de *La Nación*, pero enfermó en Punta Arenas y no pudo continuar el viaje.¹⁸⁰ Como enviado especial de *Sud-América*, Eizaguirre llevaba la misión de remitir correspondencias descriptivas de aquella porción del territorio argentino, casi desconocida para la generalidad del público, e informar sobre las denuncias acerca de la marcha administrativa del mismo.¹⁸¹ Las correspondencias aparecieron con el título genérico de “Al país de las pieles”, en un total de veintitrés entregas, con lo cual ya constituían una unidad antes de su edición en libro, que llevó el título de *Tierra del Fuego. Recuerdos e impresiones de una viaje al extremo austral de la República*, con sello editorial de la ciudad de Córdoba.

Esta publicación constituye un antecedente directo del viaje de Roberto J. Payró a la Patagonia como enviado especial de *La Nación* en 1898. *La Australia argentina* ocupó el espacio del folletín del diario a lo largo de noventa y siete entregas, entre el 15 de mayo y el 6 de septiembre de ese año. A diferencia de la mayoría de las trasposiciones de la prensa al libro, que sufrían revisiones, modificaciones y agregados, la publicación original del diario ya presentaba la estructura de cuarenta capítulos que conservó la primera edición del libro, y el cotejo no revela reescrituras ni añadidos, lo que sumado a su inmediata fecha de edición (la

¹⁸⁰ Solamente una crónica testimonia este viaje fallido. Véase Adolfo Poleró Escamilla, “De Buenos Aires a Punta Arenas. Peripecias de la navegación. El vapor Liguria y sus pasajeros. Concierto del 18 de septiembre. Los repatriados chilenos. Sucesos de Punta Arenas”, *La Nación*, 18 de octubre de 1891.

¹⁸¹ “SUD-AMÉRICA en la Tierra del Fuego”, *Sud-América*, 17 de septiembre de 1891.

carta prólogo de Bartolomé Mitre está fechada el 15 de septiembre de 1898) sugiere que las entregas ya habían sido concebidas para su publicación en este formato. De hecho los artículos del diario no son estrictamente correspondencias si se toma en cuenta que el viaje se realizó entre el 12 de febrero y el 10 de mayo de 1898 y la primera entrega apareció cinco días después del regreso de Payró.

En numerosos pasajes el cronista se instala en el presente de la enunciación (posterior al viaje) dándonos una idea de su método de trabajo: “Y llegado a Buenos Aires, en efecto, el señor Tapia ha tenido la bondad de comunicarme tan interesantes datos, completados con atinadas observaciones personales, que me servirán aquí de complemento a lo ya dicho.” (Payró, 1898: 318) En el mismo sentido, se pueden observar las menciones explícitas a los procedimientos de que se vale el reporter viajero para almacenar sus datos y observaciones con vistas a la redacción final. El método de trabajo nos lleva directamente a la consideración del uso de fuentes:

Antes de embarcarme en el Villarino para seguir viaje con rumbo a la Isla de los Estados, séame permitido poner en orden las notas y observaciones que he ido agrupando en mi cuaderno de apuntes, a medida que se me han presentado. Ampliaré varias hojeando algún libro, al pasar, y dejaré por ahora otras que tienen mejor colocación en las páginas que han de referirse a sitios en que esas observaciones se han desarrollado (1898: 304).

El diferimiento temporal señalado queda encubierto en este pasaje donde se enuncia en tiempo presente el proceso de escritura apelando a un recurso característico de la crónica: el de dar al acontecimiento narrado la actualidad de un suceso que se desarrolla en sincronía con la lectura. La ampliación del material mediante fuentes librescas parece realizarse en el transcurso del viaje, sin embargo, resulta poco probable que Payró haya incluido en su equipaje la inmensa biblioteca que se despliega en las remisiones a las fuentes escritas enumeradas en el capítulo anterior.

Al año siguiente del viaje patagónico comenzó a aparecer otra serie de artículos de Payró en *La Nación* con el título de “En las provincias del norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy”. El bienio 1898-1899 se presenta como el período culminante de las giras periodísticas de Payró por el país, cuando recorre sucesivamente la Patagonia y el norte argentino, completando con este gesto abarcador una

representación totalizante del espacio nacional, en el diario de mayor circulación de la época junto a *La Prensa*. El viaje al norte se inició el 1 de octubre de 1899 y las correspondencias comenzaron a aparecer el 22 del mismo mes. Esta serie de crónicas pasaron a formar parte del libro *En las tierras de Inti* (1909), para el que fueron reescritas íntegramente diez años después de su publicación original. Párrafos enteros fueron suprimidos, nuevos textos adicionados y todo el material en general reelaborado.¹⁸² Payró preparó el libro en Barcelona, adonde se había trasladado con su familia en 1907. Del diferimiento temporal entre la publicación de las crónicas y su reelaboración en libro da cuenta un singular lapsus de este último, en el que se lee “(Comentar este párrafo, sobre todo en lo atinente al proteccionismo.)” (Payró, 1909a: 137). Se halla en medio de un diálogo que el cronista mantiene con Mr. Blend, un supuesto inglés que estudia nuestro país con miras comerciales e industriales. El sintagma llama la atención de inmediato por su tipografía menor que resalta del cuerpo del texto y por estar separado por un interlineado mayor de los párrafos entre los que aparece inserto. Desde ya que no se encuentra en la crónica periodística original que este capítulo del libro reescribe. Se trata claramente de un descuido del autor, el corrector y el editor M. Rodríguez Giles, quienes no advirtieron que este añadido correspondía a una nota de trabajo de Payró, una suerte de ayuda memoria o acotación marginal para no olvidar comentar el párrafo en cuestión.

También habla del trabajo posterior para la edición en libro un capítulo específico que lleva el sugestivo título de “Un remiendo”, en el que Payró juzga imposible salvar las lagunas que presentan sus notas, consideradas a diez años de distancia. El poder evocativo se disuelve en el tiempo y el tejido textual no puede ocultar el remiendo que supone la reelaboración: “(...) las notas evocadoras mientras la impresión reciente esta fresca y viva en el cerebro, van perdiendo con los años la virtud, y acaban disipándose del todo, como un viejo perfume. Al volverlas a ver, uno se dice: ‘Esto fue un conjuro’; pero, olvidado el rito, la mágica reaparición de cosas vistas y oídas no se produce ya.” (Payró, 1909a: 197-198). Descartada la alternativa de substituir la observación con la imaginación, Payró se resigna a incorporar un material que describe como inconexo y trunco. En la explicitación del proceso de elaboración del libro el experimentado cronista nos revela un aspecto de su trabajo, en la

¹⁸² Entre los procedimientos observados en el cotejo de la reescritura de las crónicas se destaca en varios capítulos la conversión a diálogo de textos en prosa.

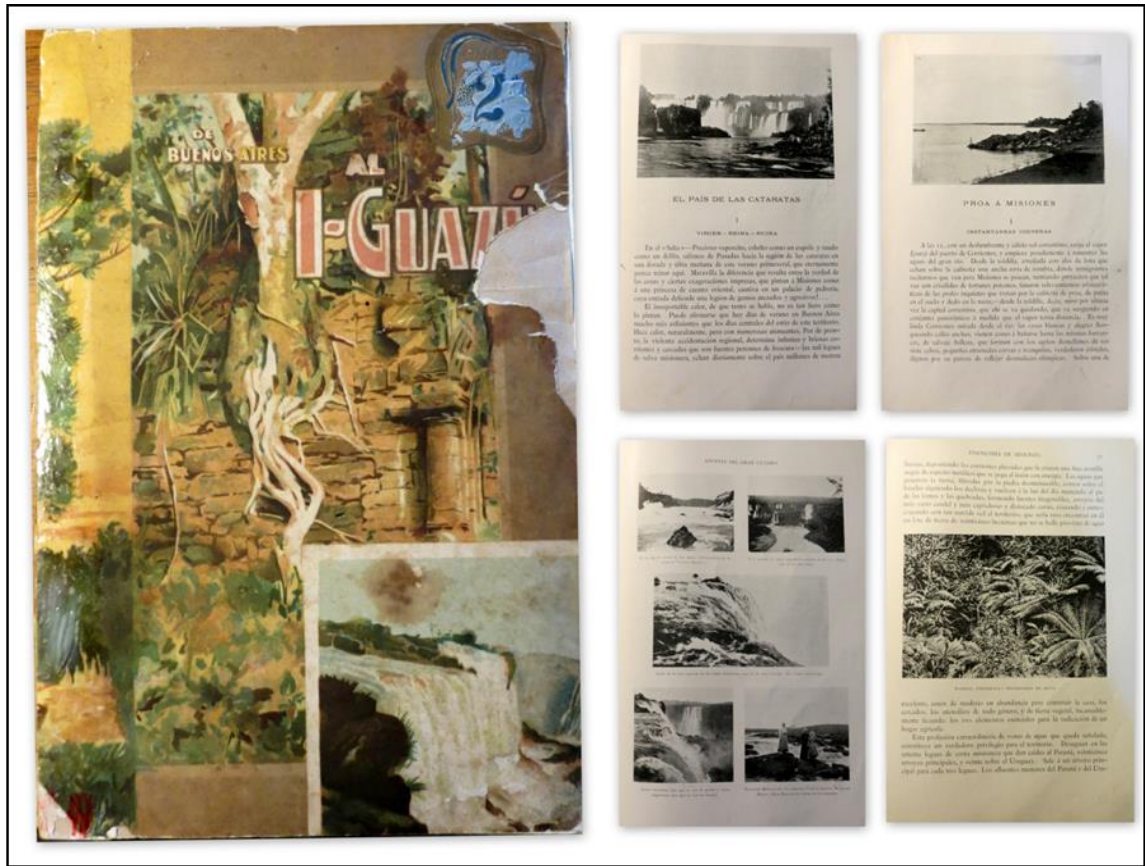
tensión que vincula escritura y memoria para recrear la experiencia de que se nutre la redacción mediata de las crónicas de viaje.

Cuando la publicación en libro no figuraba en los planes de los reporters viajeros diversas estrategias concurrían para suplir la falta de unidad de las crónicas recopiladas, ya sea apelando a agrupamientos específicos bajo un sistema determinado de titulación, incorporando materiales suplementarios como mapas e ilustraciones, reescribiendo las crónicas o añadiendo nuevos pasajes articuladores. En cambio, si la publicación en libro formaba parte del horizonte de expectativas de los corresponsales durante la redacción de las crónicas, como se infiere de algunos de los casos presentados, estas se veían afectadas por la posibilidad del desarrollo ulterior en aspectos formales básicos. En estos casos, la cantidad de entregas, la elección del punto de vista o el peso relativo otorgado al relato de viaje entre los componentes escriturarios, constituían aspectos sobredeterminados respectivamente por los requisitos de extensión de un libro, de unidad narrativa y estilística conferida por la voz enunciativa, y de adecuación al modelo de la literatura de viajes, al que los mismos títulos remitían.

3.1.1 El impacto de los semanarios ilustrados en los libros de Manuel Bernárdez

Un salto cualitativo en cuanto a la composición gráfica de los libros de los primeros periodistas viajeros se observa en las ediciones que reúnen las crónicas de las giras que Manuel Bernárdez realizó para *El Diario*, en el primer lustro del siglo XX. El primero se titula *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones* y lleva el sello editorial de la Imprenta de “La Nación”, con fecha de 1901. Más de ochenta fotografías de un nutrido grupo de autores, incluido el mismo Bernárdez, ilustran el libro que se presenta como un trabajo de divulgación orientado especialmente al incipiente turismo de la región y a la promoción de su principal atractivo, las cataratas del Iguazú. “Libro para ser leído mirándolo” (Bernárdez, 1901: XI), publicado a instancias del entonces ministro de agricultura Martín García Mérou, contiene tal abundancia de imágenes que en el prólogo se lo denomina alternativamente “portfolio de viaje”, “álbum” e “iconografía”. Una segunda edición, del mismo año, informa del éxito sorpresivo de la anterior e incorpora una carta-

prólogo de Miguel Cané y unos párrafos de otra extensa carta del Dr. Francisco P. Moreno avalando la obra.



Tapa y páginas interiores de *De Buenos Aires al Iguazú* (1901) de Manuel Bernárdez.

Eduardo Romano ubica, a partir de la década del noventa, un nuevo régimen de lectura determinado en un principio por los *Almanaques* y luego por los semanarios ilustrados, en el que prevalece como rasgo característico la conjunción del lenguaje icónico-verbal. Asimismo advierte un incipiente avance de las imágenes en algunos libros donde estas empiezan a disputarle espacios a la palabra (Romano, 2004: 150). Si bien los diarios no estuvieron a la vanguardia de este proceso (recién en el novecientos comenzaron a ilustrar sus páginas con fotografías, mientras que la publicaciones periódicas de menor frecuencia comenzaron a hacerlo hacia 1885), el auge de las revistas ilustradas como *Caras y Caretas* de Buenos Aires (que apareció en agosto de 1898) puso en evidencia, en tanto factor de competencia, cierto

envejecimiento del soporte material periodístico asociado a limitantes técnicas, que motivó tanto proyectos de renovación de maquinarias como decisiones comerciales estratégicas. Una de estas fue la de lanzar suplementos semanales con gran despliegue gráfico, como es el caso de *La Nación* en 1902, lo cual revelaba claramente la intención de los diarios de incursionar en el terreno del magazine (Rogers, 2004). La relación de *Caras y Caretas* con los diarios (con quienes compartía en muchos casos parte del elenco profesional) produjo una dinámica de transformación incesante. La revista, que también incluía dentro de su carácter misceláneo notas informativas donde abordaba hechos de actualidad social, política y cultural, ofrecía el plus de las ilustraciones fotográficas cuando los diarios no se encontraban aún en condiciones de hacerlo, lo cual garantizaba el interés adicional de los lectores.

En 1901, *El Diario*, dirigido por Manuel Láinez, encara un proceso de renovación tecnológica con la incorporación de una moderna maquinaria de impresión, la linotipia, construida en Estados Unidos por la empresa que llevaba el nombre de su inventor: Mergenthaler. Junto con la compra de esta máquina anuncia la instalación de un taller de electrograbado y galvanofotografía, así como de un estudio fotográfico de avanzada, con el fin de perfeccionar y multiplicar la frecuencia de sus ilustraciones. Entre las nuevas máquinas adquiridas, se destaca una prensa múltiple que permite imprimir de una sola vez un diario de 24 páginas con tres colores diversos más el negro en la misma operación y con una rapidez de 24.000 números por hora. El proyecto apunta también a ofrecer una edición dominical ilustrada, económica y variada.¹⁸³

¹⁸³ “*El Diario*. Sus transformaciones y progresos. Material ultra-moderno. Máquinas prodigiosas. La impresión en colores. Una edición del domingo. Las ediciones diarias mejoradas. Agencias en París, Londres y Nueva York”, *El Diario*, 8 de marzo de 1901; “Los progresos de la imprenta. Nuestra contribución”, *El Diario*, 1 de abril de 1901.



Tapa del suplemento de *El Diario*, sábado 3 de enero de 1903.

Los resultados de estos cambios se materializan al año siguiente con la aparición de un suplemento sabatino en formato tabloide, donde el espacio dedicado a la información gráfica o ilustrada proporciona la nota dominante. Atrás quedaba la polémica sostenida con *Caras y Caretas*, apenas dos años antes, a propósito del uso de la fotografía, cuando *El Diario* arremetió contra la indiscreción de los fotógrafos de los magazines y la mala calidad de sus reproducciones.¹⁸⁴

Del avance de las imágenes en las páginas del diario resultaron beneficiarias directas las crónicas de las giras periodísticas de Manuel Bernárdez, motivadas casi invariablemente por la expansión de las obras públicas a lo largo del país durante el ministerio de Emilio Civit, quien estuvo al frente de la cartera de Obras Públicas en la segunda presidencia de Julio A. Roca.

La publicidad de los actos inaugurales de estas obras de gobierno, tales como ferrovías, puertos, canales de desagüe, aguas corrientes, cloacas, diques de regadío, etc., absorbió la tarea periodística de Bernárdez entre 1900 y 1904, como se verá en el análisis específico incluido en el siguiente capítulo. Además visitó ingenios, frigoríficos, colonias, viñedos, bodegas y establecimientos ganaderos recorriendo gran parte del territorio nacional para divulgar el patrimonio argentino, el progreso de sus industrias y los avances de las comunicaciones y medios de transporte. Las lujosas ediciones de los Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli que recopilan en libro las giras periodísticas de Bernárdez, casi inmediatamente después de su aparición en las columnas de la prensa, hablan por un lado de la trama de intereses que conectaba a la empresa periodística con el gobierno de Roca, y por otro, en lo atinente a su composición gráfica, del modelo triunfante de *Caras y Caretas* que imponía su diseño característico a estos libros nacidos al amparo de la prensa diaria.

El establecimiento de Ortega y Radaelli, fundado en 1901, se convirtió en pocos años en uno de los talleres más importantes de la ciudad de Buenos Aires, abarcando las publicaciones periódicas y los folletos de gran tiraje como parte de su producción central. La confección de las revistas, con escaso margen de tiempo entre número y número, gran cantidad y alta calidad de material tipográfico y de ilustración, sumado al creciente volumen de tiraje exigía una modernización técnica constante (Badoza, 2001). En 1904, *Caras y Caretas* anunció la adquisición de una nueva máquina rotativa especial para ilustraciones por

¹⁸⁴ Véase la intervención de Eustaquio Pellicer en la sección "Sinfonía", *Caras y Caretas*, nº 83, Buenos Aires, 5 de mayo de 1900.

parte de su casa editora, la misma Ortega y Radaelli, que podía imprimir hasta 10.000 ejemplares por hora y que le permitía hacer frente a la demanda creciente de la revista, que acusaba por entonces un tiraje de 80.000 ejemplares semanales.¹⁸⁵

No extraña, entonces, que sea esta casa la responsable de la impresión de los libros recopilatorios de Bernárdez. *Santa Fe* (1902), dedicado a las celebraciones con motivo de la inauguración de la obras del puerto de Rosario, incluye 200 grabados en negro y en colores más dibujos decorativos de Martín Malharro. *La Nación en marcha (Viajes por la República Argentina)* (1904) –que compila giras periodísticas por el norte del país, Cuyo, los ríos Paraná y Uruguay, el sur bonaerense y las islas del Tigre, más las coberturas periodísticas del primer viaje alrededor del mundo de la fragata Sarmiento y de la expedición antártica de la corbeta *Uruguay*– acredita en su portada el copioso material fotográfico y cartográfico que exhibe en cada una de sus páginas: “Clichés del autor y de los señores Pereyra Iraola, Merkwitz, Capitán Scott (de Ledesma), Wiaggio, Peralta (de Salta), Velarde, Guasch, Olds, ‘Caras y Caretas’, ‘El Diario’, ‘El Gladiador’, Ministerio de Obras Públicas, Bixio, Molina Civit, ‘Luz y Sombra’ (de Dolores), etc.”. A este listado incompleto deben agregarse las colaboraciones fotográficas especiales y los dibujos de Malharro, Castro Rivera y Serra, para dimensionar el peso del material gráfico en estas ediciones. La cita también informa de esta zona de cruce que se produce en el libro, donde el contenido icónico-verbal del diario se potencia con la incorporación de clisés de imprenta tomados, en muchos casos, de los magazines ilustrados. Complementa al libro anterior otro que lleva por título *Hacia las cumbres (Jornadas del progreso argentino)* (1905), que incorpora al abigarrado conjunto de crónicas de Bernárdez las del periodista Arturo Giménez Pastor, más sendos apartados dedicados a los discursos del ministro del Interior, Joaquín V. González, con idéntica profusión de material fotográfico.

¹⁸⁵ “La rotativa para ‘Caras y Caretas’. Progreso de la industria argentina”, *Caras y Caretas*, nº 293, 14 de mayo de 1904.



Páginas interiores y despleables del libro *Hacia las cumbres* (1905), de Manuel Bernárdez.



Página desplegable del libro *Santa Fe* (1902), de Manuel Bernárdez.

Este sucinto relevamiento informa de otra faceta de la producción de los periodistas viajeros, que se vincula al conocimiento del territorio argentino y a la difusión de sus patrimonios y obtiene de esta función característica un valor perdurable, que justifica el salto de las columnas del diario a las páginas del libro. Así lo reconocían figuras consagradas del mundo intelectual contemporáneo como Bartolomé Mitre en el prólogo a *La Australia argentina* ("Sus páginas sueltas, popularizadas por el diarismo, serán leídas y estudiadas con provecho por propios y extraños, cuando se presenten al público en la forma definitiva del

libro, por cuanto satisfacen una necesidad vital”) o Francisco P. Moreno, en la carta que prologa *De Buenos Aires al Iguazú*. El célebre expedicionario y perito señalaba allí la ignorancia europea con respecto a la República Argentina y la necesidad imperiosa de alentar propagandas persuasivas, sugerentes y eficaces.¹⁸⁶

Un agudo comentarista de la época ponía en perspectiva el éxito del libro de Bernárdez frente al alicaído panorama del circuito de la cultura letrada, en el que la escasez de títulos y la limitación del consumo marcaban la pauta:

Desde luego surge la observación de que el libro puramente literario ha dejado de ser viable, o no ha llegado a serlo todavía. Después de las tentativas de Cambaceres, Cané y algún otro (...), la prosa exclusivamente literaria, sobre todo en volumen, desapareció del mercado. El diario y el periódico respondían mejor a la época o a las condiciones del medio. La actividad febril, más o menos convencional, reclamaba lectura fácil, superficial, rápida; lectura de pasatiempo, de tranvía, de lunch o de sala de espera. (...) En medio de esta decadencia del volumen literario, aparece un buen día *De Buenos Aires al Iguazú*; se ha tocado un registro nuevo; la obra consigue interesar al público y su éxito descubre una rica vena (...). El libro descriptivo, de propaganda nacional, realizado con brillantísimo colorido y gallardo empuje por el acertado instinto práctico de Bernárdez, viene a responder en grata forma al criterio de la obra positiva; halaga el amor propio argentino, estimula el afán de especulación, revelándole grandes panoramas de tierra prometida, magnificencias naturales que piden solo el reclamo del espíritu de empresa y la fecundación del trabajo para traducirse en soberbios rendimientos de opulencia. Es el libro argentino del momento; da un entusiasta eco al poderoso y audaz despliegue de las fuerzas económicas en plena acción.¹⁸⁷

En una época en la que el libro es el gran marginado en una sociedad en la que el dominio de los códigos de lectura y escritura se vuelve mayoritario (Prieto, 1988: 44), las crónicas de viaje periodístico de Bernárdez parecen dar con una alternativa viable en la combinación de los códigos de la prensa periódica con el despliegue icónico de los modernos magazines: libros que se leen con placer y se admiran, libros que entran por todos los órganos del entendimiento, según un suelto crítico de Lucio V. Mansilla.¹⁸⁸

¹⁸⁶ Francisco P. Moreno, “Cuestiones argentinas”, *La Nación*, 6 de octubre de 1901.

¹⁸⁷ “Las letras argentinas. El momento literario. Energías y tendencias. La evolución del rumbo. Rumbos y desviaciones”, *El Diario*, 4 de julio de 1904.

¹⁸⁸ Véase: Lucio V. Mansilla, “Sobre libros, hombres e ideas”, *El Diario*, 21 de mayo de 1904.

3.2 Payró y Fray Mocho: entre la gira periodística y la imaginación literaria

¡El diario! Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es a mí ver injusto de toda injusticia ese cargo. Pues si el trabajo continuado sobre asuntos diversos no nos hace ágiles y flexibles en el pensar y en el decir, ¿qué nos hará entonces?

Rubén Darío

“Introducción a *Nosotros* por Roberto J. Payró” (*La Nación*, 1896)

Buena parte de los corresponsales viajeros tratados en los dos capítulos precedentes desarrollaron, en forma paralela a su labor periodística, una producción literaria de alcance y relevancia dispar. Si bien la obra de Roberto J. Payró se destacó por sobre el resto, debido a su amplia difusión y a la variedad de estudios críticos que propiciaron la incorporación de su autor al canon de la literatura nacional, una indagación minuciosa permite reconstruir un nutrido conjunto de cuentos, novelas y piezas dramáticas que alternaron con los escritos estrictamente periodísticos. Muchos de estos textos fueron publicados en los mismos diarios en que sus autores desempeñaban funciones habituales como reporters, cronistas o redactores. En *La Nación* se dieron a conocer algunos cuentos de Benigno Lugones; folletines de José Ceppi; cuentos, novelas y obras de teatro de Roberto J. Payró; mientras que *El Diario* publicó narraciones de Manuel Bernárdez y de Arturo Giménez Pastor. La aparición de *Caras y Caretas* significó la conformación de un espacio aglutinante para muchos de estos periodistas que encontraron además en el semanario ilustrado un canal eficaz donde difundir sus trabajos de índole literaria. Lo mismo puede decirse de los hebdomarios fundados y dirigidos por quienes firmaron muchas de las crónicas de viaje periodístico aquí analizadas: *La Nueva Revista*, *Arlequín*, *P.B.T.*, *La Vida Moderna*.

El propósito de este apartado es indagar la relación que se entabla entre los textos literarios y las crónicas periodísticas de viaje al interior del país. Se recorta para ello un segmento de la obra literaria de Fray Mocho y de Roberto J. Payró, cuya lectura en relación al modelo del viaje periodístico permite, por un lado, pensar la consolidación de los procedimientos de este último y su disponibilidad para un uso ficcional, y por otro, indagar los modos en que las ficciones se construyeron a partir de la trama documental de las crónicas, las complementaron y produjeron nuevas lecturas de sus contenidos.

Sin haber sido corresponsal viajero, Fray Mocho se desempeñó como reporter policial y parlamentario antes de publicar dos libros decididamente consustanciados con el formato del viaje periodístico: *Un viaje al país de los matreros* (1897) y *En el mar austral* (1898). Por su parte, numerosos cuentos y obras de teatro de Roberto J. Payró se conectan con sus crónicas, reelaboran tópicos o incorporan recursos formales, de manera consecuente con la intensidad y frecuencia que tuvieron sus viajes como enviado especial de *La Nación*. Además, su caso se distingue por la repercusión que tuvieron estas giras periodísticas a lo largo de toda su obra, como revela el hecho de que su última pieza teatral (*Alegría*, 1928), escrita en el transcurso de la enfermedad que acabaría con su vida pocos días después de completado el texto dramático, retoma el ambiente y los personajes bosquejados en *La Australia argentina* treinta años atrás. Si Payró explotó principalmente el potencial narrativo de los relatos e historias acuñados en sus giras, Fray Mocho apeló al modelo enunciativo del reporter viajero para tramar un universo donde los límites entre testimonio y ficción se difuminan en el juego con los estatutos discursivos del periodismo y la literatura.

3.2.1 Un reporter entre matreros

Los sueltos de prensa anunciando la aparición del primer libro de Fray Mocho, *Esmeraldas. Cuentos mundanos*, en 1885, hablaban de un reporter famoso que incursionaba en la literatura con un volumen de cuentos ligeros y alegres.¹⁸⁹ Con apenas cinco años ejerciendo el periodismo en Buenos Aires, el diario *La Pampa* ya aludía a su autor como “uno de los reporters más antiguos e inteligentes de la prensa local”, *La Crónica* como “uno de los mejores cronistas de *La Nación*”, y *Sud-América* con la hipérbole de “un reporter ante quien la misma popularidad saldría corrida”.¹⁹⁰ No sorprende que tal reputación haya influido en las lecturas de sus obras venideras ni que el oficio se haya colado entre los artilugios narrativos.

¹⁸⁹ La primera edición de *Esmeraldas*, con sello editorial de de Rafael E. Álvarez, no indica la fecha de la misma. Las *Obras completas* de Editorial Shapire la fechan en 1882. En el tomo del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina. Año VII*, de Alberto Navarro Viola, figura como publicada en 1885, aunque los recortes de las reseñas referidas están fechados en 1884.

¹⁹⁰ Las noticias bibliográficas aquí citadas proceden de los recortes de los diarios, sin fecha y pegados en hojas en blanco indicando fuente y año en letra manuscrita, que se incluyen en los cuatro álbumes de cartas y recortes relativos a los trabajos de José S. Alvarez, “José S. Álvarez Literary Papers, 1893-1903”, *Repositorio Benson Latin American Collection*, University of Texas, Austin.

Una reseña de *Un viaje al país de los matreros. Cinematógrafo criollo* (1897) consideraba al libro como un “reportaje” elaborado a partir de la cartera de apuntes de un periodista:

Fray Mocho, conocidísimo en el periodismo bonaerense, describe en este libro las costumbres de la “población más heterogénea y más curiosa de la República”, la que habita entre los pajonales que bordan las costas santafecinas y entrerrianas. El autor ha pasado una temporada, matreando él también, y vuelto a la vida de ciudad, ha tomado los apuntes de su cartera y ha hecho de ellos un cinematógrafo, una rápida sucesión de cuadros ligeros, fáciles en otros términos, un buen reportaje a las islas del Paraná y a sus moradores.¹⁹¹

Aunque ni Fray Mocho había recorrido la región en calidad de periodista enviado por un diario, ni el texto había sido publicado en la prensa periódica (sino directamente como libro), el comentarista acertaba en su intuición de lectura al recolocar la obra bajo la órbita de los géneros periodísticos y adscribirla específicamente al del reportaje. Ricardo Rojas atribuyó el origen del texto al viaje que su autor había realizado en carácter de oficial mayor del Departamento de Marina en el desempeño de una comisión ministerial (1949: 458). Pero más allá de los motivos que dieron lugar al viaje de Fray Mocho a las costas del río Paraná, el punto de vista narrativo que construye el relato es el de un cronista viajero proveniente de la ciudad, que se adentra en el territorio de las riberas entrerrianas y santafecinas para dar con sus tipos característicos y relevar el modo de vida y las costumbres de una población marginal, un microcosmos arcaico y premoderno a escasas horas de viaje de los grandes centros urbanos.

El narrador, identificado como Fray Mocho, se aproxima a sus personajes con la actitud curiosa e indiscreta del reporter: “¿Y cómo arreglan ustedes sus diferencias, preguntaba a un viejo cazador de nutrias?” (1897: 10); “¿Y quiénes viven con usted, ño Ciriaco? (...) Pero ¿cómo se llaman? (...) ¿Y qué edad tienen?... ¿Son viejos o jóvenes? (...) ¿Pero son argentinos?” (20); “Traté de saber si estos hombre sabían algo de los sucesos del día, de Chile, de las elecciones apasionadas que iba a haber en la provincia, de la ley de enrolamiento y de la movilización de la guardia nacional” (53); “Y como la hora avanzaba y temí que el Aguará se fuese sin describirme la manera y la forma de cazar la nutria y el carpincho, llevé la conversación a ese terreno, pidiéndole algunos detalles” (103).

¹⁹¹ “Literatura criolla”, *El Tiempo*, 11 de septiembre de 1897.

El objeto de su visita se consuma con la obtención de la nota curiosa, la descripción del carácter original, el dato exótico o la información singular:

Y allí me contó el Aguará sus aventuras y cacerías; la verdad es que el galope de la mañana me fue larga y generosamente compensado, pues no solamente adquirí nuevas noticias sobre la vida aventurera de los bañados, sino que tuve ocasión de conocer el misterio de aquella existencia que como un problema se alzaba ante mis ojos atónitos (113).

Numerosos elementos del reporterismo viajero están presentes en la narración de Fray Mocho, la construcción de un paisaje fluvial, la pulsión novelística de los relatos incrustados (entre los que se destaca la historia truculenta de Juan Yacaré, quien mató a la hija de sus padres adoptivos cortándole la cabeza, con la que adornó su choza durante años), el papel protagónico que se reserva el narrador viajero, la gracia y precisión de la observación costumbrista, su cariz paródico y retratista, la fidelidad al registro oral, la entrevista y el diálogo con los informantes.

Las reseñas, en general, destacaron el contacto directo del autor con sus personajes y ambiente, aunque ninguna suministraba información fehaciente sobre el viaje en cuestión, tratándose más bien de un efecto de lectura que deducía el carácter verídico de todo lo narrado a partir de un pacto que parecía adjudicar rigor periodístico al tratamiento de la información. El *Diario del Comercio* afirmaba que “Fray Mocho ha andado entre gentes de avería y de historia, y se ha empapado de sus relatos”¹⁹², *El Diario* destacaba la descripción de “tipos criollos característicos que el autor ha visto de cerca”¹⁹³, una carta de Carlos Guido y Spano, reproducida en *El Tiempo*, daba por descontado que el autor “ha tratado de cerca” a los hombres que componen su relato¹⁹⁴, y otro reseñador no dudaba en afirmar que Fray Mocho “ha vivido los hechos que narra”¹⁹⁵. *La Nación* llegaba inclusive a imaginar como reciente un viaje que habría sido realizado años atrás, cuando Álvarez recorrió la zona del Delta con la comisión de contratar marineros para la Armada: “De regreso de su viaje a las

¹⁹² “Bibliografía. Un libro de Fray Mocho. Conferencia del Dr. Joaquín Lemoine”, *Diario del Comercio*, 13 de septiembre de 1897.

¹⁹³ “Publicaciones”, *El Diario*, 13 de septiembre de 1897.

¹⁹⁴ “De Guido y Spano a Fray Mocho”, *El Tiempo*, 23 de septiembre de 1897.

¹⁹⁵ John Whip, “‘Cinematógrafo criollo’ (Viaje al país de los matrereros)”, *El Tiempo*, 14 de septiembre de 1897.

riberas solitarias del Paraná, Fray Mocho ha consignado sus impresiones de viajero en un libro que acaba de ponerse en circulación.”¹⁹⁶

El subtítulo de la obra, *Cinematógrafo criollo*, contribuía a confirmar estas presunciones, como si el autor se hubiera adentrado en los pajonales, cámara en mano (salvando el anacronismo), para producir sus “cuadros reales (...) tomados del natural” según afirmaba una de estas reseñas. Fray Mocho había celebrado tempranamente la aparición del kinetoscopio de Edison en una crónica de 1894, donde imaginaba posibilidades futuras para el novísimo invento, como la de regodearse en los detalles fisonómicos de una mujer: “Uno verá cómo se ríe la bella que lo cautiva con sus dientes blancos, cómo se rasca la pequeña oreja rosada o cómo se arregla el rizado vello de la nuca con sus dedos de hada” (1954: 59). Este mismo uso del plano detalle constituye uno de los procedimientos centrales del efecto realista que consiguen plasmar los abundantes retratos de los personajes presentados en *Un viaje al país de los matreros*, como el de la mujer de veinte años que cautiva al narrador con “la sombra tenue y recortada que las pestañas crespas echaban sobre la nariz fina y aguileña”, “el vello comprometedor que sombreaba su boca carnuda y roja” y “la línea blanca que, en su cabeza, dividía la abundosa cabellera negra” (15). Efecto realista que procede de un artificio literario asimilado aquí, desde el subtítulo de la obra, a una tecnología óptica que invita a pensar, analogía mediante, en el complejo mecanismo que subyace al supuesto *reflejo* del mundo real que alababan las ingenuas lecturas en clave realista.¹⁹⁷

Otro punto destacado por las reseñas lo constituyó la fidelidad a un registro oral que, si por un lado resentía el valor literario de la obra en la opinión de algunos reseñadores, que percibían “cierta pobreza de indumentaria literaria, o de falta de atavío del lenguaje”, por el otro quedaba plenamente justificado “si se piensa que Fray Mocho, al hablar, lo hace aproximándose todo lo posible a la *jerga*, por decirlo así, que emplean esos humildes representantes de una clase social que, día a día, va extinguiéndose entre nosotros”.¹⁹⁸ El carácter programático con el que Fray Mocho incorporó el lenguaje coloquial cotidiano –su “don fonográfico”, según Ricardo Rojas– como elemento sustancial en la conformación de su

¹⁹⁶ “Bibliografía”, *La Nación*, 12 de septiembre de 1897.

¹⁹⁷ Así como el efecto realista de los retratos verbales procede mediante la yuxtaposición de primerísimos primeros planos que la visión humana no podría captar, la impresión de realidad que promueve el cine viene dada, en gran medida, por su capacidad para reproducir el movimiento continuo a partir de imágenes discontinuas. Véase al respecto David Oubiña (2009: 19).

¹⁹⁸ *El Tiempo*, 14 de septiembre de 1897.

estilo, respondía a una voluntad de verismo y compromiso popular, tal como él mismo dejó sentado en la nota necrológica a Ramón Romero, donde ensayaba una defensa de su libro, *Los amores de Giacumina* (folletín narrado enteramente en registro cocoliche), que bien podría extrapolarse a aspectos de su propia producción: “En este libro no habrá giros preciosos, frases llenas de armonía, trozos literarios, pero huele a pueblo, a verdad, a vida” (Fray Mocho, 1954: 75).

Observa Eduardo Romano a propósito de *Esmeraldas*, que en el primer libro de Fray Mocho hay una barrera que su autor todavía no salta, la de reproducir las modalidades orales de sus personajes (2004: 316). Recién en los artículos de *Caras y Caretas* se concretará en toda su dimensión el esfuerzo por registrar las particularidades léxicas, sintácticas y fónicas del habla común suburbana, fundamentalmente en la vertiente dialogada de su producción escrita. Pedro Luis Barcia refirió esta capacidad de captación auditiva con la imagen de un “taquígrafo callejero” (1979: 63), en sintonía con el anhelo de numerosos cronistas y reporters de resguardar con fidelidad estenográfica los registros orales (que a su vez prefigura el estrecho vínculo entre el periodismo y los medios técnicos de registro, almacenamiento y reproducción). Con las voces de ño Ciriaco (“Yo siempre juí de la política, he sido hombre pacífico, aficionao a la guitarra no más”, 23), el Aguará (“¡No porque me vea vestido de lana se crea que soy carnero! ¡En poblado mi *indumentaria* es otra: allí tengo mi cuarto y en él no me falta nada para ser un hombre chic!”, 96) y la Chingola (“¡Abajesé el buen mozo y la compañía y pasen adelante!... Están en casa pobre y ni hay piones... ¡Dispensen!”, 132), entre otras, *Un viaje al país de los matreros* satisface este mismo afán periodístico y documental: el de un reporter que recorre las cuchillas del litoral entrevistando a los habitantes de un mundo marginal, tal como lo hará Fabio Carrizo (otra de las máscaras célebres de Álvarez) en sus reportajes exploratorios del mundo lunfardo para *Caras y Caretas* hacia el año 1900.¹⁹⁹

Aunque el narrador viajero de Fray Mocho no se reconoce como periodista en ningún pasaje del texto, ni como enviado de diario alguno (ante un grupo de cazadores se presenta como “comprador de plumas de garza”), no resulta extraño, de acuerdo a las características relevadas, que en ensayos recientes, como el que le dedica Adriana Rodríguez Pésico al libro, se afirme que “el narrador no es el provinciano en Buenos Aires –como en el caso de

¹⁹⁹ Véase una recopilación de los artículos referidos en Barcia (1979), especialmente el apartado “Del arroyo, la calle y la vereda” (203-244).

las *Memorias de un vigilante*— sino el reportero de un diario porteño que va al interior en busca de aventuras y de una identidad gaucha.” (2009: 4). La percepción es exacta y así pudo haberse leído contemporáneamente a su fecha de publicación, en el prolífico horizonte de lectura del reporterismo viajero, ya consolidado como un formato característico en la prensa diaria de Buenos Aires.

3.2.2 Equívocos de un viaje imaginario a la región fueguina

Si *Un viaje al país de los matreros* contenía elementos formales y tópicos característicos de las crónicas de viaje producidas contemporáneamente por los corresponsales viajeros, elementos que contribuían a borrar los límites entre el testimonio periodístico y la imaginación literaria, *En el mar austral. Croquis fueguinos* (el siguiente libro de Álvarez) se volcó decididamente a construir un universo ficcional a partir de un viaje de pura invención. Sin embargo, otra parece haber sido la recepción de los lectores de época, que lo leyeron en tándem con *Matreros* generando un efecto contaminante que desplazaba al segundo libro una serie de rasgos provenientes del primero: “Ahora con su *Mar Austral* salta Ud. de las selvas asoleadas de su provincia, dejando a sus paisanitas de vestido almidonado y cara atezada y vivaracha, a sus gauchos bailarines y camorreros, a los tortuosos y fríos canales de la Tierra del Fuego (...).”²⁰⁰

Podría también presuponerse que compartió el protocolo de lectura de las crónicas periodísticas de viaje por el hecho de haberse publicado originalmente como folletín del diario *Tribuna*, y partiendo del modo equívoco con que el diario anunció su aparición:

La TRIBUNA empieza a publicar hoy, en folletín, el último trabajo de un distinguido escritor argentino cuyo nombre transparenta el popularísimo pseudónimo que lo ampara.

Croquis fueguinos es una narración de viajes sencilla, fácil, llena de verdad y de interés. Su autor que ha estudiado de cerca la vida y costumbres de los habitantes de nuestros territorios del sud, refleja en las páginas que empezamos a publicar esas costumbres y esa vida con un inteligente y estricto espíritu realista.

²⁰⁰ Roberto J Payró, “Introducción” (Fray Mocho, 1898: 10).

Quienes lean esos *Croquis* pasarán momentos verdaderamente agradables. Fray Mocho ha puesto en ellos toda la amenidad de su gallarda pluma y todo el interés que inspiran siempre sus producciones literarias.²⁰¹

No obstante, el primer capítulo del folletín defraudaba la expectativa de lectura generada por el anuncio, que daba a entender que se trataba de la narración de un escritor que había viajado para estudiar de cerca la vida y las costumbres de los pobladores del sur. No era Fray Mocho el narrador en primera persona que se disponía a iniciar el relato de su viaje, sino un joven porteño de veinte años, al borde del suicidio, que en la tercera entrega confesaba haber sido un estudiante de derecho enviado al sur a la fuerza por su padre, a causa de un amor ilícito.

Un factor adicional vino a contribuir con la ambigua colocación de *En el mar austral* en el horizonte de los discursos periodístico y literario: su publicación en libro en septiembre de 1898 coincidió con la publicación de *La Australia argentina*, de Payró. Existe una relación particular entre ambas obras, dada por la ubicación geográfica en la que se sitúan y la temática que comparten en algunos de sus capítulos: historias de loberos y buscadores de oro, apartados etnográficos dedicados a las tribus fueguinas, descripción de paisajes sublimes y la revelación de una riqueza natural que el gobierno argentino ignoraba con desidia. Y una diferencia radical: *En el mar austral* es una novela cuyo autor no conocía personalmente el escenario que dispuso para la acción de su protagonista y narrador. El orden de precedencia le corresponde a Fray Mocho, y Payró le otorgó el crédito correspondiente en el capítulo XV de su obra, que transcurre en el mismo bar de Punta Arenas donde se inicia la trama novelesca de *En el mar austral*, de nombre *El Diluvio*: “Este café y sus habituales frequentadores han sido ya descriptos amena y fielmente por José S. Álvarez, en su trabajo ‘En el mar austral’, aparecido hace poco, y no me detendré más sobre él.” (1898: 145). Payró se eximía así de incorporar su propia descripción, basada en la observación directa, remitiendo al lector a la de Fray Mocho, como si se tratase de un viajero que acababa de transitar el mismo escenario.

La coincidencia sirve asimismo para contrastar la especificidad de cada texto: donde Fray Mocho instalaba una situación dramática con su protagonista desistiendo de la idea del suicidio para embarcarse en una seductora aventura, Payró le realizaba una entrevista a un

²⁰¹ “Nuestro folletín”, *Tribuna*, 3 de marzo de 1898.

verdadero buscador de oro, inquiriendo sobre la abundancia del mineral, las zonas de extracción, la relación con los loberos y las leyes de prohibición de caza.

Las dos características señaladas aparecen corroboradas en la carta que Carlos Guido y Spano le dirigió a Álvarez en ocasión de la publicación del libro: la lectura sincrónica con *La Australia argentina* (“Leyéndola justamente con lo que respecto de la misma región descrita por la pluma-pincel viene relatando Payró, con amenidad suma en el folletín de *La Nación*”); y la atribución al género novela (“La firmaría Julio Verne”; “Fenimore Cooper hubiera utilizado sus típicas figuras”).²⁰² Pero la carta introductoria de Payró que prologó la primera edición de *En el mar austral* alimentaba el equívoco del supuesto viaje de Álvarez a Tierra del Fuego, en el modo de elogiar las descripciones del paisaje compitiendo con sus propias observaciones.

Payró había regresado de su viaje patagónico el 10 de mayo de 1898. Cuando redactó la “Introducción” a *En el mar austral*, fechada el 9 de agosto, se encontraba publicando los capítulos de su propia gira y estimulado por la lectura del manuscrito de Fray Mocho señalaba esta fecunda confusión entre la novela y su excursión periodística:

A mi regreso de la Isla de los Estados y Tierra del Fuego, quedé sorprendido al ver renovarse en sus páginas las impresiones recibidas que para destacarse de nuevo necesitan o el reconcentramiento de la producción, o un excitante tan poderoso como ese. De aquí una duda: la nueva visión ¿era efectivamente provocada por sus cuadros, que me la presentaban íntegra, o su efecto era solo el mecánico de encaminar mi imaginación a evocar otra vez lo que mis ojos habrían contemplado y mi memoria guardaba, pronta a devolvérselo a la primera señal? (Fray Mocho, 1897: 11).

Lo que Payró se guardó de revelar a los lectores en esta misma carta son algunos pormenores del diálogo que mantuvo con Álvarez en ocasión de la lectura del manuscrito, dados a conocer años después:

- ¿Pero cuándo has estado en Tierra del Fuego?
- Jamás –me contestó.
- No me explico, entonces cómo has podido...
- ¡Bah! He escrito sobre algunos datos que me ha facilitado mi amigo el coronel Godoy.
- ¿Y solo con eso has construido este libro? ¡Es sorprendente!

²⁰² “Guido Spano ‘En el mar austral’” (Fray Mocho, 1920: 257-261).

–No vale nada. Un poquito de “baquía”, y ya sabes que la necesidad aguza la imaginación... En fin, ¿te gusta el librejo?²⁰³

La omisión propició una lectura que reiteraba la confusión entre la observación directa y la descripción verosímil, como por ejemplo en las “notas críticas” inéditas que dirigió al autor el periodista Arturo Costa Álvarez:

Hay alma en las descripciones de José S. Álvarez: el Monte Sarmiento, las costas y el mar en el canal de Brecknock, el faro de la isla de los Evangelistas, vivirán larga vida en nuestra imaginación, y se explica: el artista ha sabido presentar esos cuadros con toda la animación que la contemplación real provocó en su fantasía.”²⁰⁴

En el número de *Caras y Caretas* que anunciaba la muerte de Fray Mocho, Martiniano Leguizamón develaba finalmente al público que “El viaje y las aventuras imaginarias relatadas en *Mar Austral* son obra de pura imaginación, porque el travieso autor nunca vio un lobero, ni esas roquerías abruptas, ni sintió en el rostro las caricias de la brisa salobre”²⁰⁵, aunque al cumplirse el primer aniversario de su muerte, José Ingenieros demostraba la pervivencia del equívoco al evocar una charla con el autor en la que este “habló de sus viajes a Tierra del Fuego y al Paraguay”.²⁰⁶

La dedicatoria del libro, “Al señor gobernador de la Tierra del Fuego teniente coronel Pedro T. Godoy a quien tantos desvelos y sacrificios cuestan los progresos de la región austral” corrobora la fuente de la que pudo servirse Álvarez para adquirir un conocimiento indirecto de la región, si bien esta ya constituía por entonces un sitio de especial interés para la prensa local, abordado por diversas narraciones de viaje. Entre estas últimas se destacan la de Mariano Tello, quien en ocasión de su viaje para ocupar el cargo de jefe de Policía de Ushuaia redactó un conjunto de correspondencias tituladas *Tierra del Fuego*, publicadas en el mismo diario *Tribuna* entre julio y septiembre de 1892, y la del periodista José Manuel Eizaguirre, enviado especial de *Sud-América* que había publicado también por entregas las crónicas de su viaje *Al país de las pieles* en 1891. De hecho, ambos relatos habían sido reunidos en libro en los años inmediatamente anteriores a la aparición de la novela de Fray

²⁰³ Roberto J. Payró, “El Mocho. Una página de recuerdos”, *Caras y Caretas*, nº 1316, 22 de diciembre de 1923.

²⁰⁴ “José S. Álvarez Literary Papers, 1893-1903”, *op. cit.*

²⁰⁵ Martiniano Leguizamón, “Álvarez íntimo”, *Caras y Caretas*, nº 256, 29 de agosto de 1903.

²⁰⁶ José Ingenieros, “Un ‘solo’ de Fray Mocho”, *Caras y Caretas*, nº 308, 27 de agosto de 1904.

Mocho, conformando una serie significativa de libros de factura nacional dedicados a la región.²⁰⁷

La aparición de *En el mar austral* coincidió, además, con la inauguración de la Exposición Nacional de 1898 en Buenos Aires, que contó entre sus atractivos con la presencia de dos familias de indios Ona traídas para la ocasión desde Tierra del Fuego por el gobernador Godoy y alojadas en las Sección Feminista del pabellón, a modo de *tableau vivant*. La recién fundada revista *Caras y Caretas* (dirigida por el mismo Álvarez) cubrió la instalación, entrevistó al grupo y publicó una fotografía que muestra a una multitud ávida por observar la exótica escena viviente.²⁰⁸ A propósito de esta exhibición, el antropólogo Lehmann-Nitsche destacó el éxito que obtuvo entre el público, que se precipitaba al salón para contemplar el espectáculo (Nacach, 2012: 81). La referencia da cuenta de la visibilidad e interés que adquirió por estos años la región fueguina entre el público porteño y permite deducir la ambigua recepción que pudo tener la novela de Fray Mocho, al insertarse en esta específica trama cultural como un documento más.

Las fuentes de que se sirvió Álvarez para componer su novela no se hallan declaradas explícitamente en el texto, pero sí pueden examinarse los materiales seleccionados para su exposición y el modo en que estos fueron incorporados a la trama novelesca. Si esta se resume en el viaje, plagado de peripecias, que emprenden un grupo de marineros provenientes de diversas latitudes, loberos sin patria, religión ni familia, que se embarcan con el propósito de realizar una expedición de caza y llevar adelante una empresa de lavado de oro, en paralelo se desarrolla una segunda línea narrativa, que propone una detallada descripción de los canales e islas fueguinos, sus paisajes, riquezas naturales, fauna y etnografía, entroncando con la narrativa de viajes más prototípica. En este segundo cometido, el narrador y los personajes secundarios dejan de lado la acción para desempeñar la función de reporter, el primero, y de informantes, los segundos, mediante la intercalación de extensos parlamentos que rarifican los diálogos forzando el límite de la verosimilitud. En su aguda crítica ya citada, Arturo Costa Álvarez se refirió a este mismo aspecto de la novela en un párrafo de su carta inédita que refleja el tono reprobatorio general de su minucioso análisis:

²⁰⁷ Mariano Tello, *Apuntes de viaje alrededor de Tierra del Fuego*, Salta, Imprenta y Encuadernación de "La Razón", 1896; José Manuel Eizaguirre, *Tierra del Fuego. Recuerdos e impresiones de un viaje al extremo austral de la República*, Córdoba, Establecimiento Tipográfico La Velocidad, 1897.

²⁰⁸ "Los indios fueguinos", *Caras y Caretas*, nº 6, 12 de noviembre de 1898.

Observando que el autor recurre al diálogo desde el principio hasta el fin de la obra, no para servirse de él como medio de revelarnos la índole especial de cada personaje, sino empleándolo como un recurso para presentarnos en esa forma variada el cúmulo de informaciones que contiene el libro; viendo que a veces le es necesario violentar la realidad dotando a todos sus personajes de una locuacidad excesiva, haciéndolos eruditos ya en astronomía, ya en historia, ya en geografía, ya en ciencia social, económica y política (...).²⁰⁹

En efecto, acuciados por los insistentes interrogatorios del joven e inexperto narrador anónimo de Buenos Aires –“del mar no sé más que cualquier vieja lavandera: que es de agua y que ésta es salada” (1898: 32)–, los personajes que lo secundan, el capitán de origen norteamericano Samuel Smith, al austríaco Intronich, alias Avutarda, el dinamarqués Oscar Schnell y el portugués Souza Williams, alias Calamar, se demoran en extensas exposiciones sobre la flora, la fauna, la topografía, orografía e hidrografía de la región: cachiyuyos, toninas, tiburones, centollas, avutardas, estrellas de mar, huemules, pingüinos, glaciares, cadenas montañosas, corrientes marinas, rutas y canales son tema de sucesivos informes suministrados al narrador por los *locuaces* aventureros que lo toman bajo su protección.

Las biografías de estos experimentados marinos están hechas a la medida de las necesidades informativas que el relato se propone cumplimentar. Oscar Schnell era aficionado a la botánica y a la mineralogía (30); la Avutarda había vivido en las misiones inglesas y “conocía muchos detalles sobre la existencia del indio de los canales” (59), lo que da pie a un capítulo de etnografía dedicado a las razas originarias de los canales fueguinos (ona, yaghan y alacaluf); también la incorporación del indio Chieshcalan al grupo protagónico proporciona la excusa perfecta para un pormenorizado estudio sobre los yaghanes: “Y el indio (...) perdió el aire reservado que hasta allí le observara y no tuvo inconveniente en darme algunos datos y noticias interesantes, relativas a su pueblo” (145).

Otro elemento disonante respecto de la trama de aventuras por la que discurre el relato es aquel que atañe a la valoración económica de los recursos naturales de la región y, de la mano de este verdadero relevamiento de los productos susceptibles de explotación, la batería de críticas al gobierno ante la falta de respuestas frente al desafío que implica el desarrollo patagónico. El programa, en boca de los protagonistas, produce improbables comentarios que salpican los diálogos con arengas promocionando la región: “Fijate cuánta

²⁰⁹ “José S. Álvarez Literary Papers, 1893-1903”, *op. cit.*

clase de gramilla distinta; hay, desde el alfilerillo hasta la pata de araña y la cola de zorro: es una delicia... ¡Cuando este país sea conocido será uno de los más ricos del mundo!” (104). En este sentido, el capitán Smith lleva la voz cantante, con sorpresivas apelaciones (teniendo en cuenta su nacionalidad norteamericana) dirigidas al gobierno argentino:

¡Observa, muchacho, lo que es el mar austral: en este pedacito que ven tus ojos andan en el agua cincuenta o sesenta mil pesos de tu tierra. Que tu gobierno no aprovecha porque no sabe! (162).

(...)

Si los gobiernos entendieran bien estas cosas y las estudiaran, se sacarían de aquí, cómodamente y sin destruir la raza, unos diez a doce mil cueros por año y unas mil o mil quinientas toneladas de aceite: veinte mil libras esterlinas como quiera, que, unidas a otros renglones, sumarían algo gordo, sin contar la población rica y floreciente que quedaría (225).

Son estos pasajes los que dan sentido al cierre del relato, en el que el narrador justifica la escritura de sus memorias con el objetivo de llamar la atención de la gente ilustrada de su país “sobre aquellas costas lejanas, tan bellas y ricas, como injustamente desconocidas y calumniadas” (260).

Un eco de este final resuena en el último capítulo de *La Australia argentina*, en el resultado que Payró augura para su texto: “que el Gobierno y los hombres de empresa fijen su atención en las regiones que recorrí, el uno para incorporarlas definitivamente a la existencia nacional, los otros para llevar a ellas sus iniciativas y sus esfuerzos” (1898: 443).

La comunidad de intenciones invita a contrastar los modos enunciativos con que ambos textos procuraron dar cuenta de una región relegada, con el objeto de integrarla definitivamente a la vida nacional. Payró, como periodista viajero, cumpliendo el encargo de *La Nación* y construyendo un vasto reportaje que desbordaba los límites del género, tentado, aquí y allá, por el salto fictivo, como en el capítulo “Aventuras de mineros”, que narra en primera persona el dramático periplo de un grupo de buscadores de oro abandonados a su suerte en un playa fueguina. Álvarez, por su parte, componiendo una novela por entregas con un narrador ficcional embarcado en una aventura de loberos y mineros, donde puede leerse, a contrapelo, un reportaje camuflado en un viaje imaginario.

Nada extraño en la pluma de quien supo labrarse una leyenda periodística como *inventor* de noticias.²¹⁰

En 1894, *La Nación* publicó una extensa entrevista al gobernador de Tierra del Fuego, teniente coronel Pedro Godoy. La mayor parte de las cuestiones que abordó Fray Mocho en su novela ya aparecían allí expuestas, incluyendo algunas notas de color, como la de los apodos con que suelen identificarse los loberos y mineros de la región (“Levitia, Galleguito, Cuyano, El ministro, El ñato del perrito, La cebolla peluda, El cantor de Slogett, Manteca fresca, Suertudito, El burro sastre”)²¹¹ que tuvieron sus correlatos en la novela: El Gorro de doña Catalina, Cachalote, Guanaco, Mariposa, Andrónico del Cerro, Avutarda, Calamar, La Viruela, Julián el Roto, Velacho de Gavia, Monseñor, Rana Blanca.

Godoy se explayó en la entrevista sobre los problemas acuciantes de la región y la idiosincrasia de sus habitantes, los loberos y lavadores de oro, “los seres más raros y más originales con que podrá tropezar un hombre en el correr de su vida”, “náufragos de todas las sociedades del mundo”; fundamentó su posición contraria a la aplicación de las leyes de minería en la región y expuso el caso de Punta Arenas como modelo a seguir (“poblar y después legislar”); detalló cómo las prohibiciones de pesca, caza y extracción producían beneficios indirectos al comercio chileno; propuso medidas para el fomento de la explotación forestal y ganadera, la caza y la pesca, puntualizando los costos y los márgenes de ganancia.

También Payró entrevistó al gobernador de Tierra del Fuego, durante su breve estadía en Ushuaia; conversaron, entre otras cosas, sobre la necesidad de radicar en la isla a quienes la frecuentaban como buscadores de oro o cazadores de focas, liberando estas actividades para los colonos establecidos y propendiendo así a la colonización y el progreso de la región (1898: 285-286). Álvarez estaba al tanto del mismo proyecto, tal como los expuso en su

²¹⁰ José Varas evoca algunas de las invenciones de Álvarez, a quien definió como un reporter “rebelde a la tiranía del oficio”: “Caminar dos y tres horas a pesca del individuo que podía suministrar una noticia, o confirmar, rectificar o complementar la información, era algo que consideraba cuestión de menor cuantía. Y tanto nos predicaba de palabra y con el ejemplo, que muchos días, aquellos fríos y lluviosos de 1880, nos pasamos en *dolce far niente* en las oficinas del senado, instalado en la casa municipal, para fabricar la cosecha noticiosa, durante el viaje en tranvía hasta el centro. No teniendo competidores, teníamos la plena seguridad de que nadie nos aventajaría ni rectificaría nuestras noticias. Y Álvarez aprovechaba esos días para hacer colar sueltos de pura invención sobre asuntos de política nacional, sueltos que eran comentados en los corrillos de Belgrano, produciendo más de un disgusto a los aludidos.” (José Varas, “En el periodismo porteño”, *Caras y Caretas*, n° 308, 27 de agosto de 1904.)

²¹¹ “Tierra del Fuego. Riquezas naturales. Situación actual. Loberos y pescadores. Población. Datos curiosos. Interesante reportaje al gobernador Godoy”, *La Nación*, 29 de noviembre de 1894.

novela: “Si los gobiernos que tienen playas auríferas conocieran sus intereses, pronto fijarían esa población flotante: no tendrían sino darle facilidades para establecerse con el capital que sacaran de los lavaderos...” (1898: 111). Pero puso estas palabras en boca de un marinero dinamarqués, comerciante de coco y carey en las islas de la Polinesia, lobero en Malvinas, y aventurero de todos los mares. Con este recurso, contrabandeadó un reportaje en los pliegues de una novela de viajes, del mismo modo que disfrazó a un reporter viajero de narrador-polizón.

3.2.3 La trama documental de una novela política: episodios pagochiquenses

Con la publicación de *La Australia argentina*, en 1898, comenzó una segunda etapa de la obra de Payró bajo el signo de la práctica periodística. Sus giras por el país como reporter viajero no solo le posibilitaron volver a publicar un libro después de diez años (el último había sido *Novelas y Fantasías*, de 1888), sino que le proporcionaron material abundante para diversos cuentos y piezas dramáticas.

Justamente en los últimos años del siglo fueron apareciendo en *La Nación* y en revistas como *El Mercurio de América* y fundamentalmente *Caras y Caretas* muchos de los cuentos que pasarían a conformar el volumen de relatos *Pago Chico* (1908).²¹² La relación que guardan algunos de estos textos con las fuentes documentales de los artículos periodísticos de “En los dominios platenses” ha sido objeto de múltiples abordajes y cotejos.²¹³ El contexto histórico que informa el volumen corresponde al surgimiento de la Unión Cívica como fuerza opositora al partido gobernante (Partido Autonomista Nacional) y su desafío al orden ideológico y político vigente desde 1874. A la experiencia de Payró en Bahía Blanca como militante y fundador de un periódico opositor se sumaría la observación y estudio directos de las bases comunales de la *política criolla*, que tuvo ocasión de realizar como enviado especial de *La Nación*, en un período caracterizado por la inestabilidad política y una

²¹² “En la aldea. La mañana del nueve. (Fragmento de apuntes)”, *La Nación*, 10 de junio de 1895; “Páginas reales. En la aldea. La Libertad de imprenta. (Fragmento de apuntes)”, *La Nación* 12 de agosto de 1895; “El día del comicio (De ‘Pago Chico’)”, *El Mercurio de América*, año 1, t.1, pp. 182-189; “Un caudillo (cuento)”, *La Nación*, 13 de noviembre de 1898; “Un juez de paz”, *Caras y Caretas*, nº 8, 26 de noviembre de 1898; “Ladrillo de máquina”, *Caras y Caretas*, nº 15, 14 de enero de 1899; “La policía de Pago Chico”, *Caras y Caretas*, nº 29, 22 de abril de 1899; “Un primero de año en Pago Chico”, *Caras y Caretas*, nº 66, 6 de enero de 1900; “Libertad de sufragio”, *Caras y Caretas*, nº 179, 8 de marzo de 1902.

²¹³ Entre estos últimos merece destacarse el estudio preliminar de Mario Ovidio Camacho (1982: 5-55).

serie de alzamientos revolucionarios sin precedentes, ocurridos durante la convulsionada presidencia de Luis Sáenz Peña entre octubre de 1892 y enero de 1895.²¹⁴

Pago chico, centralmente, pero también las novelas *El casamiento de Laucha* y *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* recrean muchos de los cuadros de provincia entrevistados en las giras periodísticas. Un ejemplo lo suministra la historia de Laucha, quien perdido por su afición al juego dilapida la renta segura de un negocio lucrativo (truco, taba, riñas, carreras, licor adulterado) en el que el comisario “no se llevaba más que la mitad de la coima” (1906: 87). En un episodio central del relato, Laucha participa de una carrera de potrillos cuyo final polémico es resuelto juiciosamente por el comisario Barraba, “que sabía a veces presentarse a cobrar la coima en persona, para que no hubiese barullo ni peleas” (88). El deshonor del pícaro desenmascara el deshonor de la sociedad. El antecedente real de la anécdota se encuentra en el capítulo IV de las crónicas bonaerenses, “La gran timba”, dedicado a la pasión y el negocio del juego que corroe a la provincia, donde Payró se explaya sobre la connivencia de las autoridades con el “pueblo bajo”, desplegando un anecdotario que no le va en zaga al texto de ficción.

Otro ejemplo lo proporcionan los negociados de la municipalidad de Los Sunchos, pueblo natal y escuela de corrupción de Mauricio Gómez Herrera, el protagonista de *Las divertidas aventuras*. La administración política de Los Sunchos reúne la suma de prácticas venales que el periodista había relevado en su recorrida por la provincia de Buenos Aires hacia 1892. El negociado con el impuesto de guías por la movilización y transporte de ganados es el primer escalón en la carrera de Mauricio como empleado municipal. De ahí extrae esta máxima de buen gobierno que define con simpleza práctica la corrupción municipal: “encauzar todo mal irremediable” (1911: 84). Para conocer en detalle esta defraudación al fisco hay que remitirse al noveno capítulo de “En los dominios platenses”, correspondiente al pueblo de Dolores, donde se transcribe un informe al presidente del concejo deliberante que denuncia esta práctica en un episodio que concluye con la previsible indiferencia de los representantes de la cámara.

Pago Chico pone en escena el funcionamiento de la política criolla en la base de la pirámide que sustenta el poder: la dirección política limitada a un puñado de notables, la representatividad basada en los lazos familiares y la cooptación, un sistema de prebendas

²¹⁴ Véase el apartado “Cerca de la revolución” del capítulo 2 de la tesis.

administrado a partir de relaciones de compadrazgo, nepotismo y clientelismo, el imperio de las lealtades personales, el fraude y el uso de la fuerza bruta.

Donde se traman de modo más intrincado las crónicas con los cuentos es en el capítulo titulado “Las memorias de Silvestre”. Allí el boticario opositor, Silvestre Espíndola, redacta una serie de informes para un periodista de Buenos Aires que se afana en el estudio de la política y la administración de los pueblos de campaña. Los apartados del cuento, que van reproduciendo estas cartas e informes, recurren a temáticas, episodios y citas textuales de las crónicas bonaerenses: los votantes que no se mueven de sus casas (“Comicios baratos”), el negocio del abigeato (“Barraba y la isla misteriosa”), el garrotazo al secretario de la Unión Cívica (“Curación milagrosa”). El último apartado del cuento es una síntesis escrita por el periodista porteño, basada en el epistolario de Silvestre, que lleva por título “Psicología gubernativa” y no es otra cosa que una reproducción textual, con leves modificaciones, del Capítulo X de “En los dominios platenses”: “En que se leerán algunos apuntes que pueden servir para la monografía de las autoridades de campaña”. El título mismo de la crónica reviste un carácter anticipatorio del uso que Payró le dará pocos años después a estos apuntes; semejante prolepsis no puede sino derivar de la conciencia del autor de la potencialidad narrativa latente en las crónicas. Así lo expresa en la entrega final de la serie, que lleva el sugestivo subtítulo de “Puntos suspensivos”: “Una cartera que tengo, llena de apuntes, de perfiles, de notas marginales, etc., me da la convicción de que reanudaré la tarea, si esto no cambia, que ha de cambiar.”²¹⁵ *Pago Chico* puede leerse como esa reanudación si se considera la reelaboración y transcripción de los materiales publicados originariamente en *La Nación* que forman parte de su proceso de escritura.

El epílogo retoma implícitamente los orígenes periodísticos del volumen de cuentos, en la referencia al conjunto como “crónica” de una era pagochiquense y como “colección de documentos”: “Quiere esto decir que aún quedan disponibles cajas y legajos de documentos y notas atinentes a la vida política, intelectual, social, moral, etc. de Pago Chico” (1908b: 265). Asimismo estas palabras de cierre proponen un pacto de lectura en el que la ficción debe entenderse como una construcción basada en referentes reales. Múltiples apelaciones al lector apuntan en esta dirección: “quizá algún lector lo haya oído [el cuento] ya, pues se hizo famoso en aquel tiempo”; “Aún puede verse –si es que el documento no ha desaparecido, si alguna interesada mano no lo destruyó en La Plata, donde fue a golpear las

²¹⁵ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “¡Buenos Aires! Puntos suspensivos”, *La Nación*, 12 de enero de 1893.

puertas de la sorda justicia.” (1908b: 40 y 80). En la tensión entre el discurso ficcional y el periodístico se construye un estilo, como afirma Beatriz Sarlo (1984: XXIV), basado en un pacto de lealtad con el público que asegura una relación “veraz” con el referente, lealtad hacia las fuentes de los datos (orales, escritas, actuales o pasadas) y hacia la lengua que se ha escuchado y que se registra. Lo que aquí se denuncia ocurrió y puede continuar ocurriendo en otros pueblos como este, parecen reiterar las apelaciones del narrador de *Pago Chico*, respaldado por la investigación periodística entramada en los hilos de la ficción.

3.2.4 De la libreta de apuntes: tradiciones y leyendas

La primera obra teatral de Payró representada fue la adaptación de un relato oído en la excursión periodística por las provincias del norte, de boca del escritor catamarqueño Manuel Soria. Se trata de *Canción trágica*, estrenada en el teatro Apolo de los hermanos Podestá el 14 de abril de 1902. Narra un episodio que se remonta a 1841, en el período crítico de las guerras civiles que enfrentaron a unitarios y federales. Ambientada en Catamarca, luego del fracaso de la alianza opositora a Rosas conocida como Coalición del Norte, cuenta el drama de un joven oficial porteño de las tropas de Lavalle, Diego Chaves, y de una familia distinguida de la ciudad, sometidos a las vejaciones de Mariano Maza, coronel del ejército federal que ocupó la ciudad de Catamarca, más conocido por el apodo de “Violín y Violón” en referencia a su afición al degüello. La trama se desarrolla en una fiesta que organiza Maza en la casa de la familia unitaria donde se alojaba y mantenía prisionero a Chaves, a la espera de su ejecución. El oficial unitario contaba con la simpatía de las principales familias catamarqueñas de ambos bandos, ya que una enfermedad lo había mantenido convaleciente en la ciudad y, siendo aficionado a la música y al canto, había empleado el tiempo en impartir lecciones de guitarra a las señoritas de la alta sociedad. En el transcurso de la velada, una de estas damas, Genoveva Soria, es invitada a cantar y solicita el acompañamiento de su maestro con el fin oculto de interceder por su vida, lo que finalmente logra obteniendo el perdón de Maza.

Payró incluyó este relato en la cuarta entrega de la excursión periodística por las provincias del norte, titulada “Un puñadito de tradiciones”, junto a dos leyendas que se remontan a los tiempos de Facundo Quiroga: la del “Quemadito”, un chasque del caudillo

torturado por los unitarios en una hoguera hasta morir, y la de Sebastiana Barros, querida a la fuerza de Quiroga que enloqueció después de pasar una noche junto al Tigre de los Llanos (destino análogo al de la Severa, que narró Sarmiento en el *Facundo*). De los tres relatos solo *Canción Trágica* se independizó de la crónica como cuadro dramático, aunque resulta productivo reinsertarlo en el conjunto para pensar el proceso de conversión de episodios traumáticos de la historia argentina en leyendas y tradiciones. Por los mismos años, Pastor Obligado editaba sus copiosos volúmenes de tradiciones que recorrían un arco histórico de trescientos años, que se remontaba a la colonia, se afirmaba en las luchas por la Independencia, se extendía a las guerras civiles, incluyendo el período rosista (a pesar de sus juicios condenatorios de la “Tiranía”), y llegaba hasta la etapa de la organización nacional.²¹⁶

En un ensayo fundacional sobre el concepto de nación, Ernest Renan destaca el culto del pasado como condición esencial de un pueblo, no solo en su aspecto heroico y glorioso, sino también en lo que respecta a los sacrificios consentidos y los males sufridos.²¹⁷ Víctimas y victimarios alternan sus roles en los relatos orales de las guerras civiles argentinas recogidos por Payró en Catamarca: la cantante de familia federal que salva a su maestro de guitarra y militar del bando enemigo, la partida unitaria enardecida que tortura de un modo espantoso al correo de Quiroga para obtener la información de la carta que acaba de tragarse, el drama de la joven sometida sexualmente por el caudillo. La tragedia común hermana a los antiguos contendientes, convirtiendo la guerra entre Estados provinciales en una guerra fraternal, lo que Benedict Anderson llamó provocativamente la “tranquilidad del fratricidio”: “Tener que ‘haber olvidado ya’ unas tragedias que nos tienen que ‘recordar’ incesantemente es un recurso característico en la construcción ulterior de las genealogías nacionales.” ([1983] 2000: 279).

Canción trágica toma elementos textuales de la crónica periodística en que está basada, como ser la descripción inicial de la escenografía del interior de la casa unitaria, que sigue al detalle el relato de Soria, y las líneas generales de la trama, y exagera otros rasgos dramáticos que no aparecen en la crónica: Maza planea asesinar a Chaves esa misma madrugada después de la fiesta mientras que algunas de las damas presentes deben bailar con los degolladores de sus esposos. A su vez, la pieza teatral retroalimenta a la crónica que

²¹⁶ Véase a título de ejemplo sobre el período rosista “Palermo (Su tradición). 1849” (Pastor S. Obligado, 1900: 127-138).

²¹⁷ Ernest Renan, “¿Qué es una nación?” (1947: 23-42).

se independiza como capítulo aparte en el libro *En las tierras de Inti*. El contexto histórico, central para la comprensión del relato, ocupa buena parte de la crónica original, pero la adaptación teatral se resiente al procurar reponer estos hechos dándole preeminencia a un personaje secundario, Celestina Recalde, la propietaria de la casa en cuestión, cuyos parlamentos retardan la acción dramática para reconstruir la trama histórica.

Del mismo viaje periodístico al norte proviene el conocimiento del cronista de un episodio de la conquista al que dio forma novelesca con el título de *El falso Inca*. Publicado originalmente por entregas en *Caras y Caretas*, entre el 26 de noviembre de 1904 y el 11 de marzo de 1905, cuenta la historia del imaginativo aventurero andaluz Pedro Bohórquez, quien se decía descendiente de los incas y engañó por igual a diaguítas y españoles, excitando a aquellos a la guerra y prometiéndoles a estos la sumisión de los indios y los tesoros de Atahualpa, a cambio del título de gobernador del valle calchaquí.²¹⁸ La historia está apenas aludida en la crónica respectiva de *La Nación*: “Relatos, leyendas, episodios, sucedidos, casos, etc., como este o más interesantes, corren de boca en boca en Catamarca, teatro de muchos sucesos en la época del caudillaje, como que fue escenario de gran parte de la lucha entre calchaquíes y españoles.”²¹⁹ Pero su procedencia se confirma en la reescritura para la edición en libro, donde añade a la cita anterior: “(...) lucha homérica que he tratado de reseñar rápidamente en *El falso Inca*, cronicón episódico de la conquista.” (Payró, 1909: 65).

Con *El falso Inca*, Payró iniciaba una saga de crónicas noveladas de la conquista de América que continuaría hasta el final de sus días con especial dedicación, como puso de manifiesto la publicación de sus obras póstumas.²²⁰ En su último libro publicado en vida, *El Mar Dulce. Crónica romancesca del Río de La Plata* (1927), Payró puso en escena, en el primer capítulo, un diálogo entre el navegante Juan Díaz de Solís y el cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en la época en que éste se aprestaba a componer su *Historia general y natural de las Indias*. Fernández de Oviedo y Valdés planteaba allí una

²¹⁸ Véanse los datos históricos en Teresa Piossek Prebisch, “Andanzas y picardías del falso Inca Pedro Bohórquez”, *Todo es Historia*, XIII, nº 161, Buenos Aires, octubre de 1980, pp. 6-17.

²¹⁹ Roberto J. Payró, “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. IV. Un puñadito de tradiciones”, *La Nación*, 13 de noviembre de 1899.

²²⁰ Completan la serie: *El capitán Vergara (Crónica romancesca de la conquista)*, *La Nación*, 10 de octubre–14 de diciembre de 1924; *Los tesoros del Rey Blanco. Episodio romancesco de la conquista del Río de la Plata*, *Caras y Caretas*, nº 1441-1451, 18 de junio-24 de julio de 1926; *Chamijo*, *Caras y Caretas*, nº 1506-1507, 13 y 20 de agosto de 1927; *El Mar Dulce. Crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata*, *La Nación*, 9 de noviembre de 1927; *Los tesoros del Rey Blanco, seguido de Por qué no fue descubierta la ciudad de los Césares*, Montevideo / Buenos Aires, Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, 1935.

cualidad fundamental de la crónica, como es la de dar cuenta de sucesos presenciados directamente por el cronista, y menospreciaba los productos basados en informaciones de segunda mano: “Mi conato es ir en persona a esas misteriosas Indias, tocarlas con el dedo, conocer el secreto de sus selvas, de sus montes, de sus ríos, de la misma animalía que los puebla... porque flaco y desmedrado y desabrido es el fruto del escritor que, sin haberlo visto, cuenta lo que otros le contaron...” (1927: 19-20). La cita repercute, sin duda, sobre el mismo Payró y su trabajo con las fuentes históricas. Los adjetivos que califican al género de la crónica en los subtítulos de estas novelas históricas, al igual que las variaciones sobre el término mismo, parecen apuntar a mitigar el carácter verídico de los hechos narrados (“crónica romancesca” o “cronicón de la conquista”), aunque en rigor de verdad la materia imaginativa como complemento de la narración de eventos estaba autorizada en las mismas crónicas de Indias en que se basaba, en virtud de las concepciones historiográficas medievales y renacentistas (Poupeney Hart, 1991: 510).

La publicación en libro de *El Falso Inca* (1905) incluyó un prólogo dedicado a quien fuera colaborador y director de *Caras y Caretas*, Carlos Correa Luna, con una descripción reveladora del modo en que Payró concebía su recreación literaria de la época:

A tu buena y vieja amistad, que sabrá apreciar el corto presente, dedico estas cuartillas que no son de historia ni de novela, aunque de ambas tengan lo bastante para no ser ni fruto solamente de la fantasía, ni árida reproducción de antiguos hechos. Diremos que es una crónica, escrita por *un reporter que suele olvidarse de la actualidad para averiguar el pasado* (1905: 5). (Énfasis añadido).

El acercamiento de Payró a los materiales del pasado puso en juego una suma de técnicas y saberes adquiridos en el ejercicio periodístico, como la capacidad de recoger información de fuentes dispersas e hilvanar las piezas para producir un conjunto novedoso o con la apariencia de serlo. También procesos de ficcionalización como la dramatización del diálogo podrían pensarse en relación a la escritura periodística. A su vez, esta conjunción oximorónica de un *reporter del pasado* establece una conexión subrepticia en la dilatada evolución del género de la crónica en América, de los antecedentes históricos de la Crónica de Indias a la moderna constitución del género en el marco del periodismo finisecular.

3.2.5 Inundaciones: el drama de la ficción

Luego del éxito obtenido con *Canción trágica*, que significó la incorporación de su autor al teatro nacional y el aliciente que lo llevó a escribir otras obras que obtuvieron verdaderos sucesos (Podestá, 2003: 112), Payró volvió a recurrir al acervo periodístico personal para su siguiente obra teatral, *Sobre las ruinas*, escrita en 1902, publicada en la revista *Ideas* (dirigida por Manuel Gálvez) en 1904 y estrenada ese mismo año en el Teatro de la Comedia. La historia de un estanciero criollo anclado en el pasado, que se resiste a incorporar los avances tecnológicos que van transformando la actividad agropecuaria y pierde por ello todo sus bienes (incluso la vida) en una inundación remite a la gira periodística que Payró había realizado en octubre de 1900 por los campos inundados del sur de la provincia de Buenos Aires. Fue una inundación de proporciones históricas que Payró documentó en un conjunto de crónicas dominadas por imágenes lacustres y marítimas que intentaban dar cuenta del desastre (“navegando en ferrocarril”, “la isla de Chascomús”). Pero el recurso más llamativo que ya insinuaba la primera crónica lo constituyó, como se ha visto, la construcción de un punto de vista estético para dar cuenta de esa “inmensa sábana de agua, tranquila y sin rumores, luminosa, cortada por la raya violenta de la estela de la luna y de la que emergían fantásticas masas de árboles, islotes negros, casas sin forma”.²²¹ El cuadro podía resultar alternativamente “pavoroso” y “hermosísimo” según lo contemplara un damnificado directo, como los que acompañaron a Payró en su viaje inicial en tren, o un viajero despreocupado. El cronista se debate entre las dos miradas al punto de desdoblar la cobertura periodística en dos series de crónicas, la primera con mayor peso informativo lleva por título “La Inundación” y la segunda, volcada decididamente a componer un relato de viaje, “La Pampa de agua”.

De la primera crónica de la serie proviene el nudo del conflicto llevado al teatro:

Mendoza surgiendo de entre sus propias ruinas; Chascomús construyendo en medio del agua ¿no es este un dato característico del temperamento criollo? ¿No pertenece a la serie de hechos por la cual los bañados de ayer, lagos hoy, se han llenado de haciendas y poblaciones, aunque la inundación los hubiera arrasado ya muchas veces,

²²¹ Roberto J. Payró, “La inundación. Navegando en ferrocarril. Aspecto de la campaña. Magnitud del desastre. La imprevisión criolla”, *La Nación*, 17 de octubre de 1900.

sin haber realizado antes la más mínima obra de defensa, como si todo se entregara en absoluto a los caprichos del destino, de la providencia, de la fatalidad?²²²

Sobre las ruinas retoma los sucesos de las crónicas del novecientos para representar el drama de un estanciero de la zona afectada por la inundación que lo pierde todo debido a la falta de previsión, en tanto su vecino logra salvar su hacienda completa, merced a los canales de desagüe contruidos por un ingeniero contratado especialmente para la labor. Un elemento central de esta pieza de tesis lo constituye la construcción de personajes como tipos, al borde incluso de lo caricaturesco, donde los rasgos individuales se desdibujan para ceder a la representatividad social. Don Pedro es el criollo viejo que se opone al progreso y la tecnificación de la industria agropecuaria, Fernández el estanciero adaptado a las innovaciones europeas que modernizan las tareas del campo. El primero se expresa en un registro gauchesco, el segundo utiliza un correcto castellano y se mantiene en contacto con la ciudad. De nexos entre ambos oficia Martín, sobrino de Don Pedro y mayordomo de Fernández. Martín es quien logra sortear la fatalidad de su origen para adaptarse a los cambios que impone la modernización; prioriza la educación y el trabajo y se solidariza con su familia para sacarlos del atraso que los condena. De este modo, vehiculiza las tesis del propio autor acerca de la rémora para el progreso que encarna la sociedad criolla tradicional y la necesidad de adaptación a los cambios que requieren los nuevos tiempos. Los ecos del discurso civilizatorio sarmientino resuenan en toda la obra, en la voz retrógrada del gaucho que se burla de la esquila con “máquin’a vapor”, en la sentencia del ingeniero García condenándolo a la desaparición (“Ahora el gaucho es un elemento inerte, y por lo tanto inútil y embarazoso”), en las costumbres europeas del estanciero modélico y en la necesidad de obras públicas que acompañen el desenvolvimiento social. El desenlace del drama condensa la vocación pedagógica y reformista de su autor: Don Pedro muere ahogado y Martín se asocia con el ingeniero, representante de los avances tecnológicos y las virtudes de la formación profesional, para refundar la estancia destruida por la invasión de las aguas. La sinécdoque nacional es diáfana, el diagnóstico es extensible al país lo mismo que el tratamiento propuesto para la cura. La inundación, como un *deus ex machina* que viene a establecer el nuevo orden, se encarga de arrasar los elementos incompatibles con el progreso, un costo que Payró / Martín saben inevitable, más allá del prurito moral que expresan bajo la forma de una mirada compasiva:

²²² *Ibíd.*

(...) y al ver aún a los hombres de otras épocas, en medio de cosas tan distintas, siento compasión por ellos y me pregunto... si no sería mejor esperar un poco más, antes de dar con todo en tierra... aguardar a que se marchen, como el hombre bien educado cuando tiene que corregir algo que otro ha hecho y no quiere herirlo ni mortificarlo... (1904: 218).

La obra provocó, al momento de su publicación, una encendida defensa de los colaboradores de la revista *Ideas* con motivo del rechazo por parte de las empresas teatrales para subirla a escena. En una encuesta realizada en el banquete del primer aniversario de la revista, el crítico teatral Juan Pablo Echagüe (Jean Paul) atribuía a la falta de “plasticidad escénica” la negativa de la familia Podestá.²²³ En la sección teatral del diario *El País*, Echagüe se había extendido sobre este reparo, pidiendo a la obra de Payró “menos amplitud en los parlamentos”: “Lo que en un libro hubiérase dicho en veinte páginas, debe en la escena sugerirse con un gesto; hasta donde sea posible, la palabra será en ella substituida por actos” (Echagüe, 1905: 68). La observación apuntaba sin duda a la especificidad de los géneros discursivos periodístico o literario, por un lado, y teatral, por el otro, resaltando la falta de un manejo adecuado de este último por parte de Payró.

Finalmente, la representación se llevó a cabo en base a una versión abreviada y obtuvo la aprobación del público y la crítica. La puesta escénica incluyó detalles escenográficos novedosos para la época, que guardaban correspondencia con la centralidad otorgada al paisaje en la cobertura periodística que está en el origen de la obra:

Montose la obra con todo esmero y cariño; se hicieron para ello, muchos *trucos* teatrales que hasta entonces no se habían realizado en Buenos Aires, tales como el que lloviera en la escena, la vegetación de yuyos y árboles auténticos en la isla que figuraba en uno de los actos, el agua de la inundación; el viento que movía, a la vista del público, el ramaje; y otros detalles que llamaron la atención y obligaron el aplauso de los diarios a la dirección escénica del teatro (Bosch, [1929] 1969: 154).

Una consistente hipótesis de lectura de Osvaldo Pellettieri señala la paradoja del teatro de Payró: mientras sus textos dramáticos revelan una ausencia de teatralidad y se hallan dominados por la retórica literaria –observación coincidente con la formulada por Echagüe–, la obra narrativa posee cualidades dramáticas intrínsecas y una potente teatralidad, como

²²³ “El aniversario de *Ideas*”, *Ideas*, año II, nº 14, junio de 1904. Para un análisis detallado de la encuesta véase: Delgado, 2009: 309-315.

demuestran las sucesivas adaptaciones y puestas en escena de *El casamiento de Laucha* (Pellettieri, 2003: 253-58). Las obras basadas en el conjunto de crónicas sobre la inundación parecieran corroborar este aserto: por un lado, *Sobre las ruinas* se diluye en los extensos parlamentos solidarios con la tesis progresista que se propone transmitir; por el otro, “Drama vulgar”, un cuento de *Violines y toneles* (1908), retoma las crónicas del viaje realizado por el reporter desde Dolores hasta la bahía Samborombón a través de los campos inundados (“La pampa de agua”), para construir un relato donde el drama de la inundación intensifica el suspenso de una trama policial.

“La pampa de agua”, es el relato de un viaje periodístico narrado en tercera persona que sigue el punto de vista de un corresponsal cautivado por la novedad del paisaje del Tuyú, transformado por la flora y la fauna acuáticas:

A donde quiera que el corresponsal tendiera la mirada, solo veía la interminable y lisa alfombra verde, tejida de millones y millones de planta acuáticas, ya minúsculas y como un encaje, ya de hojas medianas provistas de flotadoras (...). Jamás había visto en tan crecido número los gansos silvestres, los cisnes de cuello negro, más blancos aún, los patos abigarrados, los flamencos de azúcar, las rosadas espátulas, el chajá ceniciento, los oscuros zambullidores, las gallaretas de azabache (...).²²⁴

En este marco, el corresponsal da con el tipo representativo que viene a completar el cuadro de la naturaleza con la escena costumbrista, encarnado en la figura del nutriero o cazador de nutrias. La elección resulta acorde a la composición del paisaje y revela en la conjunción de elementos referenciales y procedimientos narrativos el modelo implícito al que el relato parece referir, el *Viaje al país de los matreros* (1897), de Fray Mocho: “con sus bandadas de macáes que se zambullen chacotones persiguiendo las mojaras entre los camalotes florecidos y con sus nutrias y sus carpinchos y sus canoas tripuladas por marineros de chiripá, que parece que allí no más, a la vuelta del pajonal, han dejado el caballo y las boleadoras.” (Fray Mocho, 1897: 8).

En el prólogo a la novela de Fray Mocho *En el mar austral* (1898), Payró no escatimaba elogios para su anterior libro de viajes por las costas entrerrianas y santafecinas del río Paraná. La *pintura* de gentes y paisajes, los “cuadros de género” donde los hombres y las cosas “viven con vida propia e intensa” aparecían destacados en tanto costumbres, tipos, sentimientos y pasiones de la raza “original y genuina que desaparece bajo las oleadas de la

²²⁴ Roberto J. Payró, “La Pampa de agua. II. Vida nueva”, *La Nación*, 30 de octubre de 1900.

inmigración extranjera” y el avance indefectible del progreso que todo lo trastorna (Fray Mocho, 1898: 8). Pero el grupo de cuatro cazadores de nutrias acampando en un islote en condiciones deplorables, retratado en la quinta entrega de “La pampa de agua”, daba pábulo a las reflexiones del cronista sobre los habitantes de la campaña en su faz más reñida con el progreso social, aquella que revelaba sus “indómitas ansias de libertad mal entendida, es decir, de la libertad de no hacer nada”.²²⁵ En este punto se dibuja el límite donde el ensueño de la Arcadia pampeana construida por la subjetividad de la mirada paisajística (“recordando aquella Arcadia de antes de 1880”) retorna drásticamente a un estado de vigilia y la relación con el viaje de Fray Mocho muestra su arista más ríspida. Porque mientras éste evita las consideraciones morales e ideológicas para narrar la vida de sus “desheredados” en una representación que se pretende objetiva y realista, sin eludir el costado novelesco, y que revela una profunda simpatía por sus personajes, Payró condena a sus nutrieros al rol impasible de espectadores marginados del progreso, abatidos por la resignación, la apatía y la indiferencia. Su vivienda es indigna, la hediondez del islote intolerable, la comida repugnante (en dos ocasiones el corresponsal establece comparaciones con los indios fueguinos, resultando los últimos favorecidos). Una copla inventada resume el juicio de Payró sobre los nutrieros, cuando advertido de la presencia de una guitarra entre las *pilchas* de los gauchos, el corresponsal de *La Nación* cree reconocer al guitarrero por su semblante y hasta imagina estos versos cantados en su honor: “Dispense si l’he fallau / mi señor corresponsal / que soy un pobre paisano / y argentino nacional”. El cronista piensa la existencia de estos sujetos que improvisan un medio de subsistencia, acuciados por el desastre natural que impide el desenvolvimiento normal del trabajo en las estancias, en términos de una falta hacia su persona y, por relación de contigüidad, a su ideología reformista.²²⁶

El cuento “Drama vulgar” reproduce este mismo viaje en clave ficcional. El narrador es Jorge, que acompaña a su amigo Julio, un hacendado de la zona, en calidad de “simple turista, deseoso de ver de cerca la extensión de la catástrofe” (1908b: 100). Los personajes principales son misia Pepa, una vieja criolla con fama de curandera y bruja y Juan, el nutriero. La descripción de la vieja paisana gira en torno al campo semántico de la

²²⁵ Roberto J. Payró, “La Pampa de agua. V. Los nutrieros”, *La Nación*, 7 de noviembre de 1900.

²²⁶ Eduardo Romano observa, a propósito de *La Australia argentina* que “Payró escribe desde una poética de corte reformista, uno de cuyos soportes desde el ’80 en adelante, es la filosofía positivista de Augusto Comte replanteada a su turno por Herbert Spencer y por Hipólito Taine.” (1991: 170).

animalidad: las mejillas como “una vieja vejiga de vaca”, las greñas amarillas “como vellón de oveja”, el conjunto como “un ser indefinible, muy poco humano, casi en los linderos de la animalidad”. Por su parte el nutriero, de melena y barba abultadas y rojizas, pertenece, según el narrador, a la “categoría de prototipo gauchesco”, como Juan Moreira, (abonando la hipótesis que el Moreira real habría sido pelirrojo, a diferencia del personaje de la novela y el teatro).

La primera parte del cuento narra el viaje y se detiene en los tipos presentados, sus costumbres y modos de vida; la segunda introduce un crimen y su confesión. De regreso, los viajeros descubren el cuerpo sin vida de misia Pepa: las manos apretadas esconden sendos mechones de pelo rojo. La condena moral del gaucho, declamada y altisonante en el drama *Sobre las ruinas*, se convierte en una condena literal por un asesinato donde la acción habla por sí misma para corroborar una sentencia repetida en las columnas de *La Nación*, en las tablas del teatro y en las páginas del cuento con eficacia dispar.

3.2.6 Alegría en la Patagonia

La última obra de teatro escrita por Payró a principios de 1928, semanas antes de su fallecimiento, retoma el escenario y los personajes de su gira periodística por la Patagonia de 1898, cerrando el círculo de una obra teatral que también se había inaugurado en estrecha relación con las tareas como corresponsal viajero de su autor. En la noticia que acompañó la publicación póstuma, su hijo y crítico de arte, Julio Payró, narró la génesis de un texto que fue escrito a pedido del actor Florencio Parravicini, quien sugirió incluso el ambiente y los temas de *La Australia argentina* para su composición: historias de pioneros, aventureros, buscadores de oro y loberos (Payró, 1936: 63-64).

Alegría es el apodo del personaje que da título a la obra, un payaso émulo de Frank Brown que renuncia al circo en plena gira por Punta Arenas, para tentar suerte junto a su pareja Ada, la écuyère de la compañía, primero como buscador de oro y finalmente como pionero en la cría de ovejas en los campos de Santa Cruz. El núcleo argumental puede rastrearse en una página precisa de la excursión periodística, vinculado a la historia de uno de los principales terratenientes de la Patagonia:

El señor Menéndez, hoy millonario, gran hacendado, progresista hombre de negocios de mucho olfato, y muy correcta persona en el trato social –ya lo conocerá usted– vino hace muchos años a Punta Arenas, en una situación precaria, según se dice. Acompañaba –agrega la leyenda– a un pobre saltimbanqui que traía un teatrillo de títeres. [...] Otra lo presenta como elemento de una compañía de circo, que –más inteligente que sus compañeros– se quedó en Punta Arenas, con la visión del porvenir, perseverando hasta el extremo de trabajar él solo, como un Proteo, en todos los papeles, o como dicen los acróbatas y artistas, en “todos los números”, bajo una carpita que se llenaba de mineros, de piratas, de todos los *ecumeurs* de estos mares y estas costas, pródigos como cuantos ganan fácilmente el dinero (Payró, 1898: 131).

“El señor Menéndez” no era otro que José Menéndez, inmigrante asturiano radicado primero en Buenos Aires como dependiente de comercio, y a partir de 1876, en Punta Arenas, con comercio de ramos generales y empresa de navegación propios. En pocos años Menéndez expandió sus actividades a Tierra del Fuego, accediendo a la concesión de una importante superficie de tierra y constituyendo, hacia 1899, uno de los más importantes y modernos establecimientos ovejeros del área fueguina. Poseía empresas ganaderas, comerciales, frigoríficas, de telecomunicaciones y energía eléctrica, ubicadas en distintos puntos de Tierra del Fuego, Chubut y Santa Cruz (Bandieri, 2010: 163). Creó un verdadero emporio familiar completado a través del casamiento de su hija con Mauricio Braun, perteneciente a otra de las familias más poderosas del sur chileno y argentino.

Las referencias a Menéndez en *La Australia argentina* se inician durante la navegación por el Estrecho de Magallanes, con el asombro del corresponsal ante la cantidad de “puntos blancos” que se mueven en la costa; se trata de las ovejas del empresario y hacendado de Punta Arenas: “–¡Y las que no se ven!...Son de Menéndez. Aquí sobre la costa tiene más de 100.000”, aclara el interlocutor (1898: 178). Payró descubre con asombro, en este tramo del viaje, la magnitud de los capitales puestos en juego en la Patagonia. La historia de Menéndez y sus supuestos orígenes humildes ya había dado lugar a una cantidad de leyendas que circulaban por la zona y que Payró reprodujo en un capítulo de sus crónicas. Menéndez, junto a un selecto grupo de comerciantes y empresarios de origen inmigratorio que hicieron fortuna en Punta Arenas, simboliza para Payró el espíritu pionero propio de una región abierta al trabajo y la ambición personal. Son los modelos que le permiten trazar paralelismos con el desarrollo de Australia, California o África del Sur.

También *Alegría* es la historia exitosa de un joven pionero, que llega a Punta Arenas como payaso de un circo, integra sin éxito una expedición de buscadores de oro, se asocia a

un estanciero inglés de la Patagonia, Mister Robinson, para criar ovejas en sus tierras y termina labrando su propia riqueza en los campos desiertos de Santa Cruz. Pero a diferencia de los inmigrantes ricos de Punta Arenas descritos en *La Australia argentina* (norteamericanos, ingleses, judíos-austríacos, entre otros), Alegría es de origen criollo, como se encarga de aclarar en un parlamento inicial:

Soy de familia criolla, buena pero pobre, que cuando chico me tuvo en el campo, boleando chingolos... Después, en la ciudad, en lugar de ir a la escuela me iba al Bajo ¿sabés? donde ahora están los diques... Era lo más divertido... Con raboneros, pilletes, vendedores de diarios, qué se yo, armábamos circo en la resaca... (1957: 482).

El éxito de Alegría se funda en dos cualidades que lo distinguen, la contracción al trabajo y la honradez. El paso de los años parece haber reconciliado a su creador con el tipo autóctono que también tiene un futuro posible en la Patagonia. Lo confirman los vecinos de Alegría: “Ellos solitos, marido y mujer, alzaron, como nosotros, un rancho de adobe, después de mucho sudar (...) Y... la cosa anduvo bien, tan bien que ahora el puesto es cómodo, las ovejas, que le salieron melliceras, ya son bastantitas (...) ¡Mirá la casualidad! Larguía es criollo como yo, y la mujer, Marieta, es gringa, como vos...” (1957: 546).

La acción de los primeros actos se desarrolla alrededor de 1900, la del tercero, con Alegría convertido en un ganadero exitoso, unos veinte años más tarde, según la indicación del texto. Estas fechas ubicarían el final de la obra en el período de las huelgas de los peones rurales que finalizó con la masacre perpetrada por el Ejército contra los huelguistas en 1921. Pero no hay precisión temporal; en un parlamento de Alegría del último acto se ubica el pasado en el circo de Punta Arenas solo quince años atrás. En el acto final, Alegría está enfrentado a las autoridades del Territorio, al gobernador y a la policía. El conflicto remite nuevamente a los vicios de la política criolla: coimas, robos, multas, contubernios. El comisario Urdiola acusa a Alegría de recoger y amparar “bandoleros”, “gente sospechosa” entre los esquiladores (1957: 576). Alegría se jacta de inculcarles el hábito del trabajo: “Imaginate este desierto como era entonces y ve la gente que hoy vive en él, que trabaja, que está contenta, nuestros peones... ¿No crees que alguno de esos infelices se hubiera perdido, hubiera acabado en el presidio de Ushuaia a no ver nuestro ejemplo (...)?” (559). Cuando el comisario intenta apresar a Alegría, los peones salen en su defensa y se lo impiden amenazantes. La alianza entre el patrón y los trabajadores queda consumada con

ese acto de rebelión a la autoridad. Finalmente el gobernador es destituido y el cargo ofrecido al mismo Alegría “el vecino más querido y más capaz de todo el territorio”, aunque termina rechazándolo.

Más allá de la coincidencia o no de las fechas en que transcurre la obra con los sucesos históricos conocidos como la “Patagonia trágica”, el texto fue escrito en el verano de 1928, durante los mismos meses en los que José María Borrero daba a conocer su investigación periodística en el libro *La Patagonia trágica*, y el diario *Crítica* publicaba los adelantos del mismo. Payró parece estar al tanto de su contenido como revela el juicio que un personaje de la obra, el dueño del bar *El Diluvio*, emite acerca de un conocido inmigrante español, que no es otro que José Menéndez:

(...) que llegó sin una chaucha a Magallanes y que, a fuerza de trabajo y de perseverancia, como yo mismo, se ha hecho una gran fortuna (...) tiene hoy rebaños inmensos, vacas, ovejas, caballos, muchas acciones de la Congeladora de Carnes, la primera en Sudamérica, una línea de vapores (...). Pero de mala entraña también. ¡Las orejas de indio que ha hecho cortar a dos libras cada una! (...) para someterlos...para acabar con ellos diría mejor...La oreja derecha, para no pagar dos veces (1957: 520-521).

La alusión es transparente y la cita reproduce una de las denuncias que contiene el libro de Borrero, que se difundieron también por la prensa diaria a principios de febrero de 1928:

Mister Bond cuenta, en ocasiones con orgullo y siempre como “chiste” especial, que él personalmente fue “cazador de indios” y que por “méritos” propios ascendió a capitán de una cuadrilla de cazadores. Que al principio les pagaban a él y sus compañeros de “faena” una libra esterlina por cada “par de orejas” de indio que entregaban.”²²⁷

Para David Viñas, en *Alegría* “se dramatizan las secuelas inscritas en *La Australia argentina* a partir de las cuales el latifundista se convierte en héroe espectacular y los indios y obreros en una colección de ‘bandoleros de la Patagonia’” (1982: 288), dejando así al descubierto los límites del socialismo liberal de Payró. La supresión del conflicto entre peones y patrones y la sociedad comercial que entablan en la obra el criollo Alegría con el latifundista inglés Robinson parecen proponer un universo de alianzas más complejo y menos maniqueo. Pero un universo de espaldas a la realidad y alejado, por lo tanto, de los

²²⁷ “La Patagonia trágica. Un periodista español nos relata sus impresiones de un viaje al Sud”, *Crítica*, 3 de febrero de 1928.

cauces periodísticos contemporáneos de su escritura, en sintonía con una visión utópica de la Patagonia que para la época ya había mostrado su costado más dramático, no precisamente en las tablas del teatro.²²⁸

3.2.7 *Nosotros* o cómo meter la Argentina en un libro

De *Nosotros*, tal vez el más ambicioso proyecto novelístico de Payró, se publicaron tan solo unos fragmentos dispersos en diarios y revistas.²²⁹ Acaso perduró en la memoria tan solo por prestar su título a la renombrada revista fundada en 1907 por Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, que concentró la difusión y producción intelectual del período como principal representante de un campo todavía en formación.²³⁰ Rubén Darío dio cuenta de la desmesura del proyecto novelístico en una reseña introductoria que apareció en *La Nación* el 1 de mayo de 1896, días antes del anticipo del primer capítulo: “Escribir un libro que contenga la condensación del ser de tu tierra, un libro al par de sociología y de literatura, de estadística y de poesía, mezcla de todo y reflexión de todo; meter la Argentina en un libro tarea es de dar temor.”²³¹ Si bien los avances publicados de la novela se ciñeron a la ciudad de Buenos Aires como espacio privilegiado de la representación, el plan de la obra, que podía deducirse del diálogo que entablan sus protagonistas en el primer capítulo, permitía intuir un alcance más vasto como el que vislumbraba Darío.

El narrador, José Incente, es un distinguido hacendado que retorna a Buenos Aires, después de vivir catorce años en el campo, para ultimar los preparativos de su viaje a Europa. La acción se desarrolla hacia 1895, y su prolongada ausencia en la ciudad justifica la reflexión sobre los cambios que ha sufrido Buenos Aires en el proceso de transformación de “gran aldea” en ciudad moderna. Allí lo recibe su amigo íntimo, Lové, con la propuesta de realizar juntos un viaje de estudio por el país, para conocer de cerca su tierra natal antes de partir hacia el extranjero: “¿qué aplicación tendrían tus observaciones, si no sabes lo que hay

²²⁸ Observa Ernesto Livon Grossman que durante el siglo XX la representación del Sur argentino se vuelve cada vez más abstracta y mitificada y “la colonización de la Patagonia se transforma en un proyecto cada vez más lejano y menos concreto, idealizado.” (2004: 13).

²²⁹ “Nosotros”, *La Nación*, 15 de mayo de 1896; “El Dr. Imbele. Capítulo de la novela *Nosotros*. En preparación”, *Buenos Aires. Revista Semanal*, nº 62, 4 de junio de 1896; “Del libro *Nosotros*. El robo (primer apunte)”, *El Sol del Domingo*, nº 4, 25 de septiembre de 1898.

²³⁰ Sobre la revista *Nosotros* véase el detallado estudio de Verónica Delgado (2009: 317-455).

²³¹ Rubén Darío, “Introducción a ‘Nosotros’ por Roberto J. Payró”, *La Nación*, 1 de mayo de 1896.

que modificar, corregir, perfeccionar o crear en nuestra propia tierra?... Sos rico, sos joven; empezá por el principio; estúdíanos y estudiáte antes de ir al extranjero.”²³²

Semejante plan, incluido en la trama del libro de un periodista que se desempeñaba como reporter viajero, invita a trazar un paralelismo entre el proyecto literario de *Nosotros* y los propósitos que alentaban los grandes diarios de Buenos Aires al enviar a sus equipos de corresponsales a recorrer el país para dar cuenta de las situaciones provinciales. El mismo Payró realizaría, dos años después de la publicación de este adelanto, sus excursiones periodísticas a la Patagonia y a las provincias del norte, presentando en conjunto un panorama tan contrastante como abarcador.

El personaje de Lové destacaba el desconocimiento del país que tenían los porteños, para quienes la República “se acabaría en los límites de la provincia de Buenos Aires”, y proponía un examen detenido de las características de cada provincia, partiendo de la convicción de que el país no formaba un todo homogéneo y mediaban diferencias capitales entre los Estados provinciales:

Buenos Aires, la capital, no se repetía en ninguna otra de las ciudades argentinas, mientras que Buenos Aires, la provincia, solo tenía punto de contacto con Santa Fe y Entre Ríos, sobre todo con la primera. Mendoza se parecía más a los del otro lado, a los chilenos, aunque fuera modificándose rápidamente, desde que el ferrocarril la aproximó al Río de la Plata; Tucumán se acercaba a Córdoba, aunque la industria la mueva más; Córdoba continuaba siendo española, conventual, tan conventual como la triste Santa Fe, estrechada y carcomida por las aguas; el Rosario era una calle Rivadavia extendida en todas direcciones...²³³

Ante la negativa de Incente, que persiste en la idea de partir hacia Europa al mes siguiente, Lové decide trazar un plan de acción más acotado, comenzar por la ciudad de Buenos Aires e intentar después convencer a su amigo de encarar el proyecto mayor de recorrer el país. El programa de estudio para la ciudad capital esbozado en este capítulo inicial incluye la vida pública, social y privada; la política, la prensa, los partidos, el comercio, la industria, las profesiones liberales, la administración pública, la educación en todos sus niveles, las costumbres y la idiosincrasia de sus habitantes: “me propuso interminables, insensatas correrías por la ciudad: los diecinueve teatros que funcionaban, los veinte

²³² Roberto J. Payró, “Nosotros”, *La Nación*, 15 de mayo de 1896.

²³³ Roberto J. Payró, “‘Nosotros’ (primer capítulo de un libro en preparación)”, en *Nosotros. Revista Mensual de Literatura – Historia – Arte – Filosofía*, año I, tomo I, Buenos Aires, 1907, pp. 16-17.

mercados, las plazas públicas, los cementerios, los clubs, las escuelas, las facultades, los museos, las tres bibliotecas, los veinte hospitales, los nueve hospicios y asilos, los mataderos, la Bolsa, el puerto, hasta las calles (...).”

Así expuesto, el listado guarda notables semejanzas con las largas tiradas de subtítulos con que los corresponsales anticipaban el contenido de sus crónicas de viaje, además exhibe el carácter eminentemente periodístico de la empresa en la variedad temática que solo la flexibilidad de un enviado de prensa podía abarcar. De hecho, muchos de los destinos enumerados fueron objeto de notas periodísticas realizadas por el mismo Payró para *La Nación*, en los años inmediatos a la publicación del adelanto de *Nosotros* (“Por las calles y las Plazas. La quinta de Lezama”; “La avenida de Mayo. Su origen y su historia”; “La Chacarita; el futuro cementerio general”, “El Salón de 1896”, entre muchas otras.)²³⁴

Con perspicacia, Rubén Darío descubría en su reseña este hilo conductor que conectaba la actividad periodística del autor con su proyecto novelístico mediante la comparación con Émile Zola. El escritor francés constituyó una referencia ineludible hacia finales del siglo XIX, que iba más allá de la influencia de la escuela naturalista para encarnar una figura del escritor profesional, que sirvió, a su vez, para abordar problemas locales y aspectos de la transformación del medio intelectual porteño, como ser las diferencias y alianzas posibles entre periodismo y literatura o las relaciones entre escritura, trabajo y dinero (Rogers, 2010).

Payró y Julio Piquet fueron los principales traductores de los folletines de Zola para *La Nación*. Payró se encontraba traduciendo *Roma*, la novela que integra la trilogía de *Las tres ciudades*, cuando Darío escribió la reseña de *Nosotros* en la que formulaba esta analogía: “Sí, eres un periodista; ¿pero quita eso ser un escritor? No es obra de un inmenso, de un colosal reporter esa *Roma* de Zola que estás aún traduciendo para *La Nación*? ¿Zola no nos demuestra que Homero hace competencia a Baedeker?”

Si la lectura que hacía Darío de Zola *afinaba y desviaba* la de Homero (parafraseando a Borges en “Kafka y sus precursores”) hasta reducirla a una guía turística, otorgaba, en cambio, a Payró un crédito excesivo para una obra inconclusa. Todavía en 1907, cuando la revista *Nosotros* salió a la calle con la “Introducción” de Darío y un fragmento del primer capítulo de la novela inédita inaugurando la publicación, una nota al pie excusaba a su autor por el tiempo transcurrido desde su anuncio (más de diez años), argumentando que “la misma magnitud de la visión que de ella tuvo en principio, le ha impedido hasta ahora darle

²³⁴ *La Nación*, 4, 9, 22 de julio de 1894 y 22 de octubre de 1896.

forma definitiva” y aventurando que “reduciendo su plan primitivo, modificándolo como piensa hacerlo, acaso no tarde esta novela en salir.”²³⁵

La novela nunca salió, pero la incansable actividad de Payró como reporter viajero en los años que siguieron a su anuncio generaron una masa documental, informativa y narrativa que bien puede tomarse por la concreción del proyecto novelístico o, en su defecto, por el acopio de los materiales con vistas a su redacción definitiva.

Del mismo modo –como un *colossal reporter*– trabajó Zola para la construcción de su *Roma*, según su propio testimonio.²³⁶ Payró criticó esta novela por su exceso descriptivo, que atentaba contra el desarrollo narrativo, y puntualizó las afinidades que guardaba con el discurso periodístico y hasta con las guías turísticas de viaje:

Pero además de sus páginas descriptivas, que desgraciadamente no se mantienen siempre al mismo nivel, habiendo muchas admirables y al lado algunas que parecen simples nomenclaturas de guías, tiene *Roma* un verdadero caudal de datos de interés, informes curiosos, detalles ignorados o dispersos, que forman un conjunto especialísimo y complementan la pintura de la ciudad eterna: compendios de historia política y económica, relatos retrospectivos de los antiguos esplendores, apuntes sobre sus ruinas y sus iglesias, cuanto inquiere un viajero curioso, expuesto con estilo a menudo brillante y siempre preciso, bailando la palabra más propia, el giro más eficaz, de modo tal que el detalle más ínfimo no escapa al recuerdo. Cuanto contribuye esto a que el libro triunfe, no hay para qué decirlo, pues el dato informativo, *casi diríamos periodístico*, ha perdido su aridez al conglomerarse con el resto.²³⁷ (Énfasis añadido).

El fragmento citado puede extrapolarse para describir las crónicas periodísticas de los viajes al interior del país que efectuaba el mismo Payró por aquellos años como enviado especial de *La Nación*, y, siguiendo esta lógica, sugerir un justificativo para el carácter inconcluso que la novela *Nosotros* ostentaba todavía en 1907: pudo su autor haber pensado que ya estaba escrita, que no era más que el compendio de sus crónicas de viaje, que había acertado Rubén Darío en su predicción: “Y luego, no vas a hacer una novela. La parte que

²³⁵ *Nosotros*. *Revista Mensual de Literatura, Historia, Arte, Filosofía*, nº 1, agosto 1907, pp. 7-8.

²³⁶ “Así, me he quedado allá cerca de dos meses, levantándome a las ocho de la mañana, recorriendo hasta el crepúsculo las calles en que se desarrolla mi acción, hablando con la gente, anotando la hora del sol, siendo recibido en todas las clases, abarcando con vida diversa y múltiple, tomando el olor de todo aquello. He interrogado las ruinas del Palatino, he visitado los jardines públicos, me he empapado del Vaticano. Y todos los días, a las dos de la mañana, estaba aún en mi bufete, escribiendo apuntes. Es que estaba en país desconocido, en una ciudad vista por primera vez y de cuyo conjunto tenía que tener rápidamente una impresión.” (“Nuestro folletín. ‘Roma’. Una conversación con Emilio Zola”, *La Nación*, 13 de enero de 1896.)

²³⁷ Roberto J. Payró, “*Roma*. Sobre el último libro de Zola. Apuntes del traductor”, *La Nación*, 3 de marzo de 1896.

conozco de tu obra, por más que parezca el comienzo de una novela, no tiene de ella sino el diálogo.”

Payró viajó a Europa junto a su familia ese mismo año de 1907 para radicarse primero en España y después en Bélgica. Como quería Lové, el personaje de *Nosotros*, realizó su viaje al extranjero después de conocer y dar a conocer a los lectores del diario buena parte del heterogéneo contenido de un pronombre personal que aspiraba a referir a un país.

Fue esta misma función pedagógica y de divulgación, que fue perfilándose en el cambio de siglo como una modalidad propia de las crónicas periodísticas de viaje al interior, la que propició el pasaje al libro de muchas de ellas, e incluso su rescate años después de ser publicadas en la prensa (como fue el caso de *En las tierras de Inti*). No solo reconocidos lectores contemporáneos como Miguel Cané, Lucio V. Mansilla, Carlos Guido y Spano o el perito Moreno (entre los citados en este capítulo) reconocieron este valor intrínseco, sino que lo mismos diarios que promovieron las giras periodísticas fundamentaron la necesidad de las mismas en el desconocimiento general que los habitantes del territorio tenían de su propio país de origen o residencia:

A medida que avanza la gira de nuestro redactor viajero, la dirección de este diario se felicita más de haber concebido la idea de practicar una investigación prolija y serena del estado de la República. Los estudios hechos en las provincias visitadas, ponen de manifiesto la falta que hacían, pues llenan un vacío notable en el conocimiento que del país se tiene.²³⁸

Los motivos subyacentes que pudieron tener los diarios para producir un relevamiento semejante se indagan en el último capítulo de la tesis, bajo una hipótesis general que coloca a las crónicas en relación a la cuestión nacional, entendida como la necesidad de construir lazos comunitarios en una sociedad heteróclita. Los que llevaron a escritores como Payró y Fray Mocho a situar algunas de sus ficciones en el extremo austral del país parecen provenir de una declarada voluntad de producir una literatura nacional, entendida en términos de temas, tipos y escenarios autóctonos, como señaló Payró en la carta-prólogo a *En el mar austral*.²³⁹ Lectores contemporáneos de la novela de Álvarez elogiaron asimismo el

²³⁸ “Cuadros de provincia”, *La Prensa*, 16 de agosto de 1900.

²³⁹ “Es que nuestros escritores no saben, o no quieren saber, que la apatía hacia lo que trata de nuestras razas, nuestros pueblos y nuestros tipos, no es sino una enfermedad pasajera, un daltonismo, curable por fortuna. Se quejan de que sus libros no hayan cruzado el océano: *Facundo* hizo el viaje con toda facilidad, y fue recibido como simpático huésped (...). ¡Qué diablo! ¿cómo quiere Ud. que los europeos no se encojan de hombros si

conocimiento de las “riquezas y bellezas de la patria amada” que sus páginas ponían al alcance del público.²⁴⁰ Una voluntad compartida de “volver los ojos hacia lo que es nuestro, hacia lo que se ofrece a nuestra observación directa” (la cita corresponde al prólogo de Payró) conectaba misiones periodísticas y proyectos literarios, imbricando, de modo correlativo, sus tópicos y procedimientos a través de préstamos mutuos.

nos ponemos a contarles las mismas cosas?... No lo harían –como no lo haremos nosotros mañana– con las obras nacionales, que serían por eso mismo universales (...).” (Fray Mocho, 1898: 9).

²⁴⁰ José S. Álvarez, “José S. Álvarez Literary Papers, 1893-1903”, *op. cit.*

Capítulo 4

Viajes presidenciales y giras ministeriales

Por pampas y por valles, montes y oteros,
bravos excursionistas, fuertes viajeros,
cual deudores que escapan de los ingleses,
así están los ministros ya hace dos meses.
En el sur, en el norte, por todos lados,
andan esos señores atareados;
y se hallan, si en su rumbo por fin se atina,
en todas partes menos en la oficina.
–¿Y el ministro del ramo?–pregunta alguno.
–¿Qué ministro?
–Cualquiera.
–No está ninguno.
–¿Y Fulano?
–¿Fulano? Pues me parece
Que hoy está en el kilómetro siete mil trece
–¡Diablo! ¡Me convendría tanto encontrarle!
–Pues haga usted el viaje, si quiere hablarle.
De los tales ministros dice la crítica
que son los Ashaverus de la política.

“El ministerio errante” (*Caras y Caretas*, 1899)

Circunstancias políticas de diversa índole propiciaron, durante la segunda presidencia de Julio A. Roca (1898-1904), una inusual actividad itinerante del primer mandatario y de algunos de sus ministros. De estos últimos, sobresalieron, por la frecuencia de sus giras provinciales, los titulares de las nuevas carteras de Agricultura y Obras Públicas, cuya creación data de 1898. El desarrollo portentoso del agro argentino y la urgente necesidad de obras públicas movilizaron a los ministros Emilio Civit y Emilio Frers (reemplazado al cabo de un año por Martín García Mérou) por todo el país y, tras sus pasos, a los periodistas designados por las direcciones de los diarios para cubrir los viajes de los funcionarios. No solo las giras oficiales interesaron a la prensa diaria, también los viajes de recreo del presidente brindaron a indiscretos reporters la oportunidad de inmiscuirse, no siempre sin malevolencia, en aspectos de su vida privada, componiendo un anecdotario que procuraba satisfacer la curiosidad insaciable del lector.

En este capítulo, se propone un recorte diferenciado de las crónicas de estos viajes en virtud de las inflexiones particulares que presentan, condicionadas, podría decirse, por una toma de posición previa que incide en las representaciones de las acciones de gobierno o en

el retrato de las figuras públicas. No se trata aquí de postular un vínculo directo entre las preferencias políticas de los diarios y el sesgo de estas representaciones escritas, que en algunos casos se verifica pero en otros queda desmentido, llegando incluso a presentar orientaciones contrarias, como se verá más adelante. Más bien, se procura examinar el modo en que se afectaron los términos de la relación periodística entre los funcionarios del gobierno en ejercicio y el reporter viajero: de la crónica oficial y comedida a la mirada indiscreta y sarcástica.

Con el fin de evaluar el grado de objetividad de las crónicas e indagar probables omisiones o juicios parciales se recurrió a fuentes contrastantes de distintos periódicos, revistas y viajeros contemporáneos, así como a investigaciones históricas que pudieran suministrar información fidedigna sobre los hechos representados. Vale recordar que estos multifacéticos enviados de prensa siguieron a los hombres de gobierno en carácter de cronistas. No era de esperarse de ellos un concienzudo análisis en materia política o económica sino una mirada y un oído inquietos, atentos a las vicisitudes de los viajes, a las manifestaciones populares, a la palabra de los gobernantes, a sus gestos y actitudes, a cualquier nota curiosa y, en buena medida, a las peripecias mismas de los reporters, sus pareceres, molestias y exaltaciones.

El examen revela, de distintos modos, que la cercanía de los hombres de Estado influyó de manera decisiva en los enfoques de las crónicas periodísticas de viaje, según se intenta demostrar en los dos casos centrales que se analizan: el de Payró, cohibido ante los proyectos grandilocuentes de Roca para la Patagonia; y el de Bernárdez, cooptado por el relato oficial del progreso indefinido, al punto de recopilar sus crónicas de las giras ministeriales en dos libros cuyos títulos reunidos conforman la sentencia de un destino inexorable: *La nación en marcha* y *Hacia las cumbres*. Una alternativa para sustraerse a esta injerencia parece haber sido la opción de Julio Piquet, indiferente a los actos de gobierno, entregado a la sensualidad de salones, restaurantes y paisajes.

El análisis también enseña la especificidad de una mirada que se posa sobre los actos y hombres de gobierno para descubrir un costado de menudencias, anécdotas y chismes, donde el oficio periodístico se abre a las expectativas de un público ampliado y ofrece un relato a espaldas de la agenda oficial.

4.1 Trashumancias de Julio A. Roca

Tenemos desde hoy presidente titular que regresa a la capital como a cuarteles de invierno, después de una trashumante temporada veraniega en que se ha recorrido la República de cabo a cabo, excursionando en sus dominios y latifundios rurales.

“Ecos del día. De vuelta. Presidente de invierno.
La holgazanería oficial” (*El Diario*, 1901)

El presidente Julio A. Roca realizó, al inicio de su segundo mandato, dos viajes protocolares para entrevistarse con los jefes de Estado de las naciones vecinas de Chile y Brasil. El primero, en enero de 1899, siguió un itinerario por las costas patagónicas para internarse por el estrecho de Magallanes hasta la ciudad chilena de Punta Arenas, donde se produjo el encuentro con el presidente Federico Errázuriz. Fue un episodio significativo para las complicadas relaciones bilaterales, que pasó a la historia bajo la simbólica denominación de “el abrazo del Estrecho”. El segundo, en agosto del mismo año, siguió la ruta marítima hasta Río de Janeiro, donde aguardaba a Roca la fastuosa recepción preparada por el presidente de los Estados Unidos del Brasil, Dr. Manuel Ferraz de Campos Sales. Previamente, el jefe de Estado argentino visitó a su par del Estado Oriental del Uruguay, Juan Lindolfo Cuestas, durante una breve escala en la ciudad de Montevideo. Las representaciones de ambos viajes incluyeron enviados de prensa de los principales diarios porteños, entre los que figuraban dos de los experimentados reporters viajeros de *La Nación*: Roberto J. Payró y Julio Piquet. Entre los motivos que originaron los viajes, el de mayor relevancia incumbía a las cuestiones limítrofes.

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX se caracterizaron por una tensión creciente en las relaciones entre Argentina y Chile a causa del irresuelto conflicto de límites, lo que desencadenó una carrera armamentista que cobró impulso ante la perspectiva de una guerra inminente. El sesgo alarmante del conflicto repercutió profundamente en la vida argentina. Gustavo Ferrari señala tres consecuencias centrales de la disputa: en el orden económico, la prolongación estratégica del ferrocarril desde Bahía Blanca hasta Neuquén; en el financiero, la crisis imputada a diez años de “paz armada”; en el político, la reelección de Roca, conductor indiscutido de una eventual contienda (Ferrari, 1980: 680). Si bien la visita a las costas y territorios australes de la República efectuada por Roca apenas asumida la

segunda presidencia era uno de los detalles de su plan administrativo, el viaje recibió severas críticas en cuanto a su organización, planificación, composición de la comitiva y resultados concretos. La imprevisión con que se encaró la oportunidad de lograr un acuerdo directo, salteando el laudo arbitral británico, y la ingenua creencia de que los chilenos reconocerían llanamente los derechos argentinos sobre toda la Puna –el otro foco de conflicto de límites con Chile– terminaron convirtiendo el viaje en un “chasco”, al decir de Estanislao Zeballos: “(...) los presidentes se reunieron sin franquearse. El lenguaje convencional, empalagoso y efímero, como el humo de las salvas prodigadas sin medida, no se elevó arriba de los lugares comunes con que se ha querido engañar a las dos repúblicas. ¡Se produjo el acto internacional más solemne, para un mero cambio de simpatías individuales!” (1899: 313).

Aunque el posterior viaje a Río de Janeiro tuvo como pretexto congratular al doctor Campos Sales por su reciente triunfo electoral, la oportunidad de estrechar vínculos con el país vecino, con el cual se había resuelto con éxito la cuestión de límites, respondía también a la intención de cubrirse las espaldas en momentos en que se enfrentaba otro problema de límites más agudo (Braun Menéndez, 1965: 98).

La prensa porteña no avaló unánimemente ni acriticamente estas iniciativas, que le valieron al presidente no pocas ironías y sarcasmos sobre su condición viajera. Con su clásico estilo mordaz, *El Diario* anunciaba un segundo viaje a los mares del sur, en ocasión del período vacacional del presidente, asimilándolo al de un monarca europeo:

Este viaje nos presenta a nuestro presidente con los gustos que distinguen al emperador Guillermo de Alemania, de quien empieza a tener la manía ambulatoria y el amor al fausto de las grandes ceremonias internacionales. Su aproximación al Cabo de Hornos, lo iguala al mismo tiempo a Vasco de Gama, si bien confiamos que será sin accidente, ni habrá Selika fueguina bastante abnegada que se acueste bajo el terrible manzanillo cuando lo vea regresar de Buenos Aires.²⁴¹

²⁴¹ “A los mares del Sud. Vacaciones presidenciales. Viento fresco y soledad”, *El Diario*, 16 de noviembre de 1900.

ARLEQUIN

LAS DOS GRANDEZAS... VIAJANTES



Guillermo: —Yo he dado la vuelta al mundo.
Julio: —Darla, a mí esta vez me toca.
Guillermo: —Yo soy Guillermo segundo.
Julio: —Yo Julio Argentino Roca...
Tu reino en viajes se pasa...
Guillermo: —Tu reino en viajes empieza...
Julio: —¡Pues irá a ver en tu casa
mi grandeza a tu grandeza!

Portada de *Arlequín*. *Periódico humorístico ilustrado*, dirigido por Roberto J. Payró (nº 3, 3 de junio de 1899), que reitera la analogía entre el primer mandatario argentino y el emperador alemán.

Pie de ilustración:

Guillermo: —Yo he dado la vuelta al mundo.
Julio: —Darla, a mí esta vez me toca.
Guillermo: —Yo soy Guillermo segundo.
Julio: —Yo Julio Argentino Roca...
Tu reino en viajes se pasa...
Guillermo: —Tu reino en viajes empieza...
Julio: —¡Pues irá a ver en tu casa
mi grandeza a tu grandeza!

La Prensa se sumaba a las críticas y dedicaba un editorial de diciembre de 1900, titulado “Vagancia presidencial”, a la atracción que ejercían sobre el jefe de Estado los “programas livianos” como los viajes fuera del país, las visitas ostentosas y las giras por el desierto con “corte de su agrado”.²⁴² Una caricatura de Mayol en *Caras y Caretas* mostraba al presidente, de regreso del viaje a Punta Arenas, caracterizado como Cristóbal Colón, con un papel enrollado en su mano izquierda donde se lee “Petición de los galenses”, y un poste de telégrafo y un rollo de cable con la etiqueta “cable a Tierra del Fuego” en su brazo derecho. Las diversas referencias a los “descubridores” de América ponían de relieve, por irónico contraste, la falta de expectativas acerca de los resultados de las misiones presidenciales.²⁴³

²⁴² “Vagancia presidencial”, *La Prensa*, 20 de diciembre de 1900.

²⁴³ “El presidente regresó ayer y reporters amables han recogido las impresiones de este viaje al cual atribuye el señor general proyecciones trascendentales para los destinos nacionales. El presidente está revelando calidades y vocación especiales para el reclamo, haciendo de las cosas más insignificantes y triviales sucesos de bullo y de sus satisfacciones y esparcimientos personales, grandes y proyeccionales (sic) actos de gobierno y hasta encubriendo o disfrazando la holgazanería incurable que apoltrona este gobierno en viajes y excursiones de turista veraneante que luego resultan exploraciones presidenciales emprendidas para enterarse de lo que necesita el país como medidas de progreso.” (“Ecos del día. Gobierno turista. Paseando con corte oficial. El cuento del viaje”, *El Diario*, 5 de diciembre de 1900.)



Portada de *Caras y Caretas*, nº 21, 25 de febrero de 1899.
Pie de ilustración:

“De arroyos, tierras, montes y canales / dicen que descubrió
una larga lista / dejándole a Colón medio en pañales. ¿Qué
extraño es que descubra cosas tales / aquel que a Rosa
descubrió hacendista?”

(En alusión al ministro de Hacienda José María Rosa).

Incluso *La Nación*, que se abstuvo de criticar el viaje chileno, consecuentemente con su apoyo a una solución pacífica del conflicto, mostraba sus reparos frente a la mirada exultante de la prensa oficialista: "(...) pero de esto a creer que se va a reconquistar la costa patagónica y que el viaje será de un estadista, de alta trascendencia económica y política, un viaje revelador, en fin, como lo dice *Tribuna*, corre mucha distancia."²⁴⁴

Fue *La Nación* el diario que brindó las coberturas más relevantes de ambas giras internacionales. Pero la prensa en general se hizo eco de la afición trashumante del primer mandatario, enviando a sus equipos de corresponsales para dar cuenta de los viajes oficiales por el país e incluso de aquellos viajes emprendidos durante los períodos de licencia. Las crónicas periodísticas resultantes permiten indagar la particular relación entablada por los enviados especiales con la figura crucial de la política de la época. "Gobierno turista", "parrandería internacional", "holgazanería oficial" fueron los juicios esgrimidos por el periodismo más crítico contra esta faceta viajera de Roca. "Manifestación de patriotismo", "crónicas del trabajo y del civismo", "presidente democrático" las calificaciones propuestas desde la vereda contraria. Complacientes, críticas o indiferentes, las crónicas de estos viajes modulan inflexiones particulares del reporterismo viajero que las notas subsiguientes se proponen examinar.

4.1.1 Lo que sobra y lo que falta: cañonazos y noticias.

El conflicto por la demarcación de las fronteras políticas entre Argentina y Chile movilizó, directa o indirectamente, a Roberto J. Payró en tres ocasiones en el último lustro del siglo XIX. La primera, cuando se enardeció el debate en la prensa local, una vez fracasado el entendimiento entre las comisiones demarcadoras argentinas y chilenas, respecto del sitio donde debían colocarse los mojones provisorios (aquéllas, guiadas por el criterio del encadenamiento andino; éstas, por el del divorcio de aguas). Las crónicas enviadas desde la ciudad de Santiago con el título de "Cartas Chilenas", publicadas en *La Nación* entre abril y junio de 1895, excedieron el acotado marco de la cuestión internacional para ofrecer un panorama detallado de las instituciones públicas y costumbres del país vecino, aunque

²⁴⁴ *La Nación*, 2 de enero de 1899.

sesgado en buena medida por aquellas singularidades que pudieran incidir en un hipotético enfrentamiento (la excesiva presencia de símbolos patrios en las calles, la abundante toponimia relativa a hechos de armas o guerreros notables, la estima de la milicia por sobre las artes, el sometimiento del pueblo a sus líderes). En segundo término, puede considerarse a *La Australia argentina* como una gira periodística vinculada a un ejercicio de soberanía sobre la amenazada región patagónica. Así lo expresó Bartolomé Mitre en su carta prólogo, al afirmar que el libro “importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte de la soberanía argentina” (Payró, 1898: VI). Por último, el viaje político del presidente Roca a través del Estrecho de Magallanes propició una nueva excursión por los mismos territorios recorridos pocos meses antes por el cronista, para cubrir, esta vez, la cumbre de los presidentes en pos de una resolución directa del conflicto.

La cuestión chilena recibe tratamientos diferenciados en los tres conjuntos de crónicas que ella misma conecta, en el marco de una posición invariable de *La Nación* por la solución pacífica. Las “Cartas Chilenas” alientan la postura de las “personas sensatas” que no creen en la guerra, no la quieren, no ven en ella ventajas sino pérdidas y confían en el trabajo científico de las comisiones. Pese a esto, no dejan de presentar visiones alternativas, como aquella que entiende que la causa del litigio radica en la hegemonía sudamericana que ambas naciones pretenden para sí, o la opinión personal del cronista: “con un puñado más de probabilidades en su favor, Chile nos declararía la guerra en cuanto no cediéramos a sus pretensiones”.²⁴⁵

De otra índole son las observaciones relativas a la presencia de Chile en la Patagonia que registran las entregas de *La Australia argentina*. La preponderancia económica de Punta Arenas para proveer de artículos incluso a las poblaciones argentinas de la zona, merced a las franquicias otorgadas por el gobierno de Chile a la colonia de Magallanes, es objeto de reiteradas quejas que derivan en reclamos al gobierno para que ponga en práctica un sistema similar de exención de derechos. También las compras de los mejores campos de Santa Cruz por parte de ciudadanos chilenos o la falta de una adecuada política de tierras para los colonos demuestran, según el texto, la desidia del gobierno nacional para con los territorios del sur.

²⁴⁵ Roberto J. Payró, “De Chile. La cuestión palpitante. Ideas al respecto. No más Andes—lo que sucederá después”, *La Nación*, 14 de mayo de 1895.

Finalmente, el viaje al Estrecho de Magallanes, a bordo del acorazado *General Belgrano*, junto a la comitiva presidencial, pone un cierre transitorio tanto a los interrogantes abiertos en las “Cartas Chilenas” como a las demandas al gobierno asentadas en *La Australia argentina*. Por un lado, la significación del encuentro entre los mandatarios, como expresión vehemente del deseo de ambas naciones de conservar la paz y de la voluntad explícita de armonizar los intereses materiales y políticos en pugna, alivian la presión del conflicto latente. Por otro, el contenido más significativo de las crónicas anuncia una serie de medidas del presidente Roca tendientes a la “incorporación definitiva de aquellos territorios a nuestra vida nacional”, que Payró divide en tres grupos de acuerdo a sus objetivos: establecimiento y facilitación de las comunicaciones; reforma de leyes y disposiciones nacionales, en el sentido de favorecer a los pobladores patagónicos; iniciativas para el fomento de la población y el aprovechamiento de las riquezas materiales.²⁴⁶ Este voto de confianza a las medidas proyectadas en la región (el subtítulo categórico que reiteran las crónicas reza “Lo que se hará”) puede leerse como expresión del apoyo que prestó *La Nación* al segundo período presidencial del general Roca, en lo que atañe al fomento de los intereses generales y a la situación internacional del país (no así en lo referente al orden político interno, respecto del cual mantuvo fuertes disidencias).

La cercanía en el tiempo de las dos giras patagónicas de Payró y el alineamiento con el oficialismo parecen obrar en detrimento del resultado final de la gira, en tanto crónica periodística de viaje. Nada queda por decir de la Patagonia que Payró no haya abordado en sus crónicas del año anterior. Síntoma de esto es que el impulso inicial de la segunda correspondencia, que apela al lector ostentando su capacidad narrativa (“¿Creerá el que esto lea que el cronista se divierte al escribirlo? Pues si lo cree está en lo cierto; salvo una especie de amodorrada holgazanería que se apodera del viajero, todo incita al que sale de la diaria rutina, a contar sus impresiones, buenas o malas”²⁴⁷), se desvanece en el transcurso del viaje ante esta otra evidencia: “Esto ha variado tan poco, que los compañeros leen mis

²⁴⁶ Roberto J. Payró, “El viaje presidencial. Observaciones, ideas y proyectos. Lo que se hará. El General Roca y el sur de la República. Reformas de importancia. Concepto general”, *La Nación*, 25 y 27 de febrero de 1899.

²⁴⁷ Roberto J. Payró, “A la vista de Madryn. La Sarmiento. Cañonazos. Honores oficiales. Su excelencia en peligro. ¡Fondo!”, *La Nación*, 7 de febrero de 1899.

crónicas anteriores y me aseguran que están frescas todavía. Yo, en cambio, no sé qué decir que no haya dicho, si no es el relato superficial de nuestro viaje.”²⁴⁸

Las expresiones de desaliento ganan al cronista en este tramo del periplo: Cracker Bay “sigue en las mismas”, en la costa escarpada de Tilly-Road (actual Comodoro Rivadavia) “no hay nada que ver”, “las conversaciones de abordaje languidecen”. Extrañamente, Payró se muestra reticente a desplegar sus comprobadas dotes de cronista viajero; algún motivo adicional relacionado con esta gira alimenta su fastidio y descontento. No resulta improbable que se trate de una crítica velada a la reedición de la política del acuerdo entre Mitre y Roca, que el cronista se abstuvo de manifestar abiertamente, si nos atenemos a los incisivos artículos que en los meses inmediatos posteriores comienzan a aparecer en el periódico humorístico ilustrado *Arlequín*, que dirigía el mismo Payró y cuyas editoriales político-burlescas firmaba con el mismo título del semanario como pseudónimo.²⁴⁹ En este sentido, “El viaje presidencial” señala un límite donde la especificidad de la crónica periodística de viaje se repliega tras la lógica instrumental de la línea política del diario:

No puedo, por más que quisiera, referirme otra vez extensamente a las galas de la naturaleza, a los cuadros variadísimos y sorprendentes que intenté describir tiempo ha: la viva impresión primera se reproduce ahora empalidecida por la costumbre (es la tercera vez que recorro los canales) y no acertaría a reproducirla ahora, sino copiando lo ya escrito.²⁵⁰

No solo ha desaparecido el paisaje de los canales fueguinos, también el impulso crítico y reformista de Payró parece haberse retraído. Así lo demuestra el lacónico tratamiento de las reuniones que los principales empresarios y terratenientes de Punta Arenas mantuvieron con ambos presidentes, y en particular el acuerdo de Roca con los empresarios Braun y Menéndez para liberar el flujo de capitales y mercancías en la frontera austral, extendiendo la primacía económica de esta ciudad y contribuyendo, a su vez, a la consolidación del

²⁴⁸ Roberto J. Payró, “Ecos del viaje. En Gallegos. Excursiones, manifestación, banquete. Rumbo al sur. Al canal del Beagle. Ushuaia”, *La Nación*, 1 de marzo de 1899.

²⁴⁹ “La madre del borrego está en que hemos querido disfrazar nuestro cansancio después de tanta lucha estéril, con una apariencia de esperanza en tiempos mejores. ¡Esperanza en los mismos hombres que nos trajeron la ruina!... Y lo más curioso es que hemos tratado de engañarnos a nosotros mismos, es que nos hemos dicho que no había por qué hacer oposición, es que hemos querido hasta convencernos de que el general Roca, experimentado en el mando, deseoso de *mitrificarse*, era el único hombre capaz de producir una reacción y estaba dispuesto a evolucionar en el sentido de las aspiraciones populares...” (*Arlequín* (pseud. Roberto J. Payró), “Un poco de... política”, en *Arlequín*, año 1, nº 7, 1 de julio de 1899).

²⁵⁰ Roberto J. Payró, “Ecos del viaje”, *La Nación*, 1 de marzo de 1899.

imperio económico de las dos familias. Extraña que este acuerdo clave en lo que hace a la política del Estado argentino hacia la Patagonia escape por completo a la perspicaz mirada del cronista, amplio conocedor de esta cuestión relevante.²⁵¹

Tampoco aparecen reproducidos los reclamos de los colonos galeses establecidos en el valle del río Chubut, siendo que Payró había prestado abundante espacio en *La Australia argentina* a las voces discordantes con la política oficial para con el territorio, y que en el transcurso de la nueva gira, *La Nación* había reproducido en su sección “Telegramas” un suelto del diario *The Times*, de Londres, informando del arribo a esta ciudad de una representación de la colonia patagónica, con la misión de solicitar el protectorado británico para ese territorio o su independencia, “fundada una u otra resolución en la ocupación de la Patagonia realizada por los ingleses en 1670”.²⁵² Petición que se habría de difundir incluso en las páginas de *Caras y Caretas*, a través de una caricatura de Cao titulada “The British Chubut”, en la que un grupo de colonos vestidos a la usanza gaucha se entretenía a la entrada de una “Whisky pulpería store limited”.²⁵³ Según Payró, en Gaiman se le hizo al general Roca un entusiasta recibimiento, y la única nota curiosa la suministró el hecho de que los antiguos colonos supieran hablar la lengua de los indios e ignorasen por completo el castellano: “no es, pues, mala voluntad hacia el país y sus instituciones lo que hace su ignorancia, sino que ésta es solo fruto de la incuria de nuestros gobiernos que los han dejado en el abandono más completo, falta que el general Roca ha prometido corregir inmediatamente.”²⁵⁴

La tarea periodística se resiente ante esta ausencia de diálogo con los habitantes de la región y así la función indagatoria que debiera cumplir el reporter termina recayendo en la persona de Roca, “inquiriendo por sí mismo de los pobladores, *con la actividad y la prolijidad de un reporter*, los recursos con que cuentan, las cosas que les faltan, el efecto práctico de las leyes vigentes, etc., etc.”²⁵⁵. Este figurado traspaso de funciones ilustra el modo en que

²⁵¹ Véase un detallado análisis de este encuentro en Pedro Navarro Floria (2007).

²⁵² “Telegramas. Corresponsales particulares de *La Nación*. (Vía Madeira). Los ingleses de la colonia galense en la República Argentina piden el protectorado británico o la independencia de ese territorio”, *La Nación*, 23 de enero de 1899. Cabe la posibilidad de que Payró no haya estado al tanto de esta información, ya que su crónica sobre Gaiman está fechada en Trelew, el 26 de enero de 1899, y solo dos días antes *La Nación* anunciaba que el vicepresidente de la República había dirigido al presidente en viaje una nota urgente para informarlo sobre el particular. Véase: “La excursión por el sur. Mensaje para el presidente”, *La Nación* 24 de enero de 1899.

²⁵³ *Caras y Caretas*, 4 de marzo de 1899.

²⁵⁴ Roberto J. Payró, “En Chubut. Madryn, Gaiman, Trelew, Rawson. Fiestas y regocijos. Un día de agitación y de emociones. La incorporación de Patagonia”, *La Nación*, 7 de febrero de 1899.

²⁵⁵ *La Nación*, 25 de febrero de 1899. (Énfasis añadido).

estas crónicas, dominadas por el protagonismo de la figura presidencial, sacrifican cuestiones relevantes para la información periodística, cuestiones que permanecen ocultas detrás de la escenografía de aplausos, vivas, salvas, himnos, discursos y banquetes.

La imagen del presidente empapándose de los asuntos de la región, mezclándose entre las masas, penetrando sus necesidades y aspiraciones y proyectando soluciones y mejoras de pronta implementación se completa, en estas crónicas, con la construcción de un perfil aventurero y hasta temerario del general Roca. Como el viaje se extendió más allá de las líneas telegráficas, Roca y su comitiva quedaron incomunicados por semanas enteras, como si hubieran salido del mundo, según la expresión de Payró. Si el hecho, por un lado, hacía palpable uno de los problemas centrales de la Patagonia y una cuestión prioritaria para su desarrollo como era la de las comunicaciones, por el otro, ponía en escena el arrojo presidencial y la entrega absoluta de quien no reparaba en riesgos para atender personalmente los problemas del país. En efecto, la travesía no careció de peligros, principalmente por el hecho de emprender una ruta de navegación a través de los canales fueguinos hasta Punta Arenas, por parajes cuyas cartas geográficas estaban aún incompletas o equivocadas, algo que nunca se había realizado con un barco de gran porte como el *Belgrano*. Con asombro, Payró se detiene en la descripción minuciosa de una rápida y arriesgada maniobra del buque para pasar entre dos grandes piedras, cuya separación no supera los 200 metros, supervisada por el ministro de Marina en persona, comodoro Rivadavia. Como señala Navarro Floria (2007), con estas acciones Roca reforzaba una imagen personalista de audacia e imprevisibilidad con un gesto deliberadamente caudillista de aventura personal más que de gestión pública.

4.1.2 Río era una fiesta

A diferencia de Payró, Julio Piquet no viajó con la comitiva presidencial en el acorazado *San Martín*, rumbo a Río de Janeiro. Esta distancia le permitió abordar la crónica del viaje fiel a su estilo, que lo tuvo por protagonista absoluto de la gira. Desde la primera carta que publica *La Nación*, donde narra el periplo de Montevideo a Río, la atención digresiva e indiscreta de Piquet vaga por cubierta husmeando entre los compañeros de viaje: de los diálogos juveniles de dos señoritas de Buenos Aires que se dirigen con sus familias a Europa,

al “inglesito” suicida que viaja para alejarse de sus tormentos, con quien entabla una amistad pasajera. La entrada en la bahía de Guanabara y la profusión de impresiones que despierta la ciudad de Río de Janeiro acaparan el contenido de la segunda crónica, entregada a una “orgía de paisajes” cuya entusiasta descripción se traduce en una serie de nombres invocados para sugerir una analogía imposible: Dante, Hugo, Doré, Wagner. Un anunciado desinterés por la política (“Yo soy en materia política hombre de la fuerza de una máquina de coser”) se constata de inmediato en las elecciones temáticas: la *feijoada* servida en el hotel y una pesadilla que lo tuvo a maltraer por el efecto estimulante del café. Para Piquet, dentro de las tareas de un corresponsal viajero que cubre una gira presidencial caben también unas líneas para el fluir del inconsciente: “Me imagino que estoy acostado en la yerba, que las plantas rastreras me van envolviendo poco a poco y atándome al suelo. Los parásitos echan raíces en mis miembros, las lianas me forman una sábana. Luego siento que me estoy transformando en frutas, la cabeza es un ananá y los dedos bananas. Me chupo los dedos. Me los muerdo y me despierto.”²⁵⁶

De las decenas de fiestas públicas, excursiones, almuerzos, bailes y banquetes celebrados en honor de los visitantes argentinos, Piquet eligió tres eventos para narrar en su tercera crónica: las carreras en el hipódromo de Derby, el baile del casino Fluminense y la cena en obsequio del doctor Eduardo Wilde, que ofreció el propietario del influyente diario *Jornal do Commercio*, José Carlos Rodrigues. Finalmente, en el hipódromo tuvo lugar el primer acercamiento periodístico a los presidentes instalados en el palco oficial. Pero la crónica transmite poco y nada sobre el general Roca, salvando el aspecto “chic” de su atuendo, el confesado cansancio del trajín festivo y un elogioso comentario sobre la primera correspondencia de Piquet publicada en *La Nación*, que el presidente tuvo ocasión de leer. Presentado por Roca a su par brasileño, la entrevista al mandatario prometida en los títulos sufre un imprevisto giro en el que se invierten los roles: “En seguida el doctor Campos Sales me pidió que le expresara mis impresiones sobre Río”; “el presidente del Brasil llevó la amabilidad hasta interesarse por mi viaje”; “me incomodaba ser blanco de todas las miradas,

²⁵⁶ “¡En Río! Entrada en la bahía. Sinfonía de las montañas. El desembarco – Día lluvioso. Viaje al morro de Santa Teresa. Un acueducto transformado en puente. Orgía de paisajes. Visita a los colegas fluminenses. Paisajes nocturnos. Notas e impresiones. Esperando la escuadra”, *La Nación*, 15 de agosto de 1899.

pedí permiso para retirarme”.²⁵⁷ De ahí en más, la crónica y el resto de la gira dejan prácticamente de lado a los presidentes. La figura que entra en escena, absorbiendo por completo la atención del cronista, es la de Violeta Lima Castro, conocida como “Bebé”, una joven cantante de dieciocho años perteneciente a la alta sociedad carioca, que al año siguiente sería consagrada en el primer concurso de belleza del país. Ahora sí la descripción es completa: ojos, boca, cabeza, cabellera, vestido, escote, brazos, risa, perfume, dientes, voz, piel, espíritu. A ella está dedicada también la anteúltima correspondencia que narra la visita de Piquet a la escuadra argentina, donde la descubre encantado ofreciendo un recital a bordo de la nave *Buenos Aires*.

De los delirios del café a los efluvios amorosos de *Bebé* se despliegan las frívolas correspondencias de Julio Piquet, cuyo particular sentido de la crónica se inclina por la nota liviana y sensual, dejando de lado el componente noticioso, “cuyos pormenores no consigno por saber que ya los ha transmitido todos el telégrafo”. Ni un atisbo de análisis de las repercusiones políticas del viaje presidencial se filtra en esta serie de correspondencias. Aunque el desdoblamiento era común en coberturas periodísticas de esta envergadura, realizadas por un equipo de corresponsales, donde lo estrictamente informativo se despachaba por telégrafo, dejando para la crónica el tratamiento de cuestiones secundarias, la prosa periodística de Piquet elude de modo característico las implicancias políticas del encuentro. Como ya lo había expresado su autor pocos años antes, siendo enviado de *La Nación* en Chile para dar cuenta de la situación política del país trasandino después de la revolución de 1891: “A mí me seducen la línea y el color, los rasgos típicos de las cosas, todo, en fin, lo que entra por los ojos; y ahora me veo obligado a escribir una correspondencia que, para responder a su objeto, tiene que ser de puro análisis y, por decirlo así, de elaboración abstracta.”²⁵⁸

Las crónicas de Piquet “En Río de Janeiro” eluden tanto el restringido y reiterativo camino que ofrece el itinerario protocolar, como el examen de las circunstancias y derivaciones del encuentro presidencial, abandonando al personaje político para narrar, en

²⁵⁷ “En Río de Janeiro. La hospitalidad brasilera. Agasajos y demostraciones. En el hipódromo. Entrevista con el Dr. Campos Sales. Recepción de los congresales. El baile del casino fluminense. Notas y apuntes”, *La Nación*, 26 de agosto de 1899.

²⁵⁸ Julio Piquet, “Desde Chile. De cómo nació la dictadura. Causas remotas y causas inmediatas. Un estudio del Sr. Valentín Letelier. Estado social – Balmaceda. Virtudes y vicios del carácter chileno. Actualidad política”, *La Nación*, 11 de febrero de 1892.

cambio, sus propias andanzas por los salones de la sociedad fluminense, donde su estilo encuentra materia más apta para desenvolverse.

El carácter festivo que ostentó la visita de la comitiva argentina a la ciudad carioca, y que se hizo extensivo a los corresponsales que cubrieron el evento, impregnó también las crónicas de Figarillo (seudónimo de Ildefonso Monzón), el reporter viajero enviado por *Caras y Caretas* para cubrir esta misma gira presidencial. Solo los pasajes dedicados al paisaje abrumador de la bahía (“la cristalización inesperada de cuanto ensueño dulce atormenta o deleita, durante la vida, la imaginación insaciable del hombre”) interrumpen la enumeración caótica de recepciones, discursos, banquetes, brindis, manifestaciones populares, espectáculos, festivales, agasajos, excursiones y “*promenades* con lunch y concurrencia femenina”.²⁵⁹ Si bien el novedoso semanario ilustrado no había alcanzado su primer año de vida, mostraba ya los rasgos propios con que se sumaba a las filas del reportero viajero: una documentación fotográfica sin parangón en la prensa diaria, y un tono satírico que conectaba las lacónicas crónicas con las caricaturas y comentarios punzantes que complementaban el tratamiento de la información en secciones misceláneas.

A diferencia de la cobertura de *La Nación*, donde primaba el estilo del cronista y el peso de la nota recaía en su rol protagónico, *Caras y Caretas* desarrollaba un contenido supeditado al aspecto visual característico del semanario, que se comprueba al recorrer las siete páginas destinadas al viaje presidencial a Río de Janeiro, que incluyeron un total de veintiséis fotografías. Otra diferencia sustancial radicó, como se ha dicho, en el tono sarcástico que exhibía la primera entrega de Figarillo, dedicada a la etapa montevideana de la gira. Allí describió a las comitivas presidenciales como “hombres tigres de ambas orillas del Plata” con la apariencia de “ángeles y justos”:

Bien se disimulaban las garras de visitantes y visitados; allí no había falsificadores de elecciones, politiqueros, ni gente de armas llevar; todos eran pacíficos ciudadanos y patriotas desinteresados, que cual más cual menos se dedicaba solamente al culto de la patria y al fomento de las instituciones libres.²⁶⁰

Caras y Caretas había aparecido el mismo año en que Roca iniciaba su segundo período presidencial y había manifestado desde su fundación una postura crítica frente al primer

²⁵⁹ Figarillo (pseud. Ildefonso Monzón), “El viaje del presidente”, *Caras y Caretas*, nº 47, 26 de agosto de 1899.

²⁶⁰ Figarillo (pseud. Ildefonso Monzón), “El viaje del presidente”, *Caras y Caretas*, nº 45, 12 de agosto de 1899.

mandatario, asumiendo las expectativas de un público que exigía estar al tanto de los hechos de gobierno y reclamaba para sí el papel de juez (Rogers, 2008: 134). Ya el inicio de la gira presidencial había sido satirizado por el reporter viajero, con el tono zumbón que abría la crónica, aludiendo a los viajes protocolares como “simples y frondosos esparcimientos del ánimo presidencial”.

Dos meses antes, en el mismo número en que Figarillo publicaba su crónica de otra gira presidencial, con motivo de la fallida inauguración del ferrocarril a Neuquén (viaje que debió interrumpirse por una inusitada crecida del Río Negro), el semanario festejaba por partida doble el infortunado imprevisto: mientras el reporter viajero dedicaba buena parte de la crónica a relatar un juego de bochas que entretuvo a cuatro diputados de la comitiva, la sección “Menudencias” remataba la burla con estos versos malintencionados:

Y Roca pensará:
–¡Virgen bendita!
¿Es que acaso tan mal he gobernado,
Que hoy a la oposición, cosa inaudita,
Hasta los elementos se han pasado?²⁶¹

De este modo, *Caras y Caretas* se permitía sostener una doble mirada sobre los viajes presidenciales: por un lado la nota oficial cubría formalmente el suceso, apoyándose en un despliegue fotográfico inusitado para la prensa diaria, lo que constituía sin duda una de sus grandes ventajas comparativas; por el otro, recurría al suelto poético y a la caricatura para teñir la información periodística de un sesgo ideológico preciso, que encontraba en el discurso satírico un medio de expresión ideal, por su componente de agresividad y la ostensible intención moral de este tipo de discurso, que recorta el perfil de lo censurable y de lo vulnerable para una comunidad y una época determinadas (Roman, 2010a: 30).

4.1.3 Instantáneas del presidente

¿Qué puede aportar la crónica periodística de un viaje presidencial, más allá del relato circunstanciado de la apretada agenda ceremonial, la reproducción de las líneas destacadas

²⁶¹ “Menudencias”, *Caras y Caretas*, nº 36, 10 de junio de 1899. Véase en el mismo número: Figarillo, “Inauguración del ferrocarril al Neuquén. El viaje presidencial”.

de los consabidos discursos y la descripción de las desbordantes manifestaciones populares? De la mirada indiscreta de ese demonio ubicuo –como definió Payró al reporter– podría esperarse, justamente, la instantánea de aquellos sorprendivos momentos que escapan al libreto protocolar. El mismo Payró testimonia una de estas escenas durante un viaje en tren de Madryn a Trelew, junto a la comitiva presidencial: “Un grupo de guanacos apareció a corta distancia: Eran cinco, y pacían tranquilamente. El tren se detuvo y, fusil en mano, bajaron de él el general Roca y el Sr. Demarchi para ir a darles caza.”²⁶² Antes de ponerse a tiro, los animales emprenden la huída y la caza resulta infructuosa. Pocas líneas atrás, Payró había comentado que los campos de Chubut no se habían visto cruzados por un grupo de personas tan numeroso desde que los abandonaron los indios. La mención contamina la escena subsiguiente y la imagen sugestiva del presidente de caza se retrotrae dos décadas atrás, como un *déjà vu* del *Conquistador del Desierto*. La misma escena se repite al año siguiente; relatada esta vez por el corresponsal anónimo de *El Diario* rebosa datos de color: A pesar de los años y el temblequeo del pulso, la puntería de Roca es muy superior a la de su ministro de Guerra, y el ministro de Obras Públicas caza un guanaco al estilo del “sport andino” que se practica en Mendoza, a pié y dominando al animal por la fuerza.²⁶³

A bordo del crucero *Buenos Aires* el presidente emprende un viaje relámpago de Puerto Belgrano a Buenos Aires en busca de batir el record de velocidad. Payró es el único enviado especial autorizado por el general Roca. Por la tarde, realizan una visita a la sala de máquinas; previamente, se cambian la ropa, para no arruinarla, por un pantalón y una blusa de “foguista” de lienzo azul. Abajo el ruido es ensordecedor, las salpicaduras de agua y aceite bañan a los visitantes, el olor de los lubricantes provoca mareos y la cercanía de las enormes máquinas en pleno funcionamiento resulta amenazante y peligrosa. El maquinista acompaña personalmente al presidente por entre ese laberinto de pistones, balancines, bombas y volantes. Los trajes quedan convertidos en una única y enorme mancha de aceite. El golpe de efecto que causa esta visión del presidente disfrazado de fogonero no puede ser mejor entre los tripulantes. Resulta también una lección para los oficiales, según comentarios de los acompañantes y el cronista.²⁶⁴

²⁶² *La Nación*, 7 de febrero de 1899.

²⁶³ “La excursión presidencial. Almuerzo en Hucal. Pasatiempos de gentiles hombres. Cacería mayor. Puntería oficial y ferrocarrilera”, *El Diario*, 4 de diciembre de 1900.

²⁶⁴ Roberto J. Payró, “El viaje del presidente. De Puerto Belgrano a Buenos Aires en 33 horas. A bordo del crucero Buenos Aires. El ‘record’ de los viajes en Sudamérica”, *La Nación*, 21 de mayo de 1901.

Los contactos populares revelan otra faceta del presidente Roca que no escapa al ojo periodístico. La gira de inauguración del puerto de Rosario registra numerosas escenas de este tipo en la pluma de Manuel Bernárdez, corresponsal viajero de *El Diario* y ocasionalmente de *Tribuna*:

El presidente entró en un salón de lustrar botines y se sentó democráticamente. El joven lustrador, un italiano activo, sin sospechar el huésped que tenía, le lustró los botines y recién cuando al terminar le dio el presidente cinco pesos, el lustrador lo miró, comprendió, y poniéndose de rodillas le dijo: “Con questo paño no se lustra piú”, y se metió cuidadosamente en el seno el trapo que le sirviera para lustrar los calzados del general (Bernárdez, 1903a: 40).

En viaje en tren hacia Santa Fe, una detención en la estación Sunchales propicia el pedido de limosna de dos mujeres implorantes que aguardan en la plataforma del andén. El presidente le alcanza a cada una un billete de banco, la acción le vale el aplauso unánime y “calificativos cariñosos”. La locomotora arranca, aquellas mujeres se estrujan para acercarse a despedirlo y una de ellas pierde el pie y cae del andén, pero antes de ser atropellada el brazo salvador del presidente consigue levantarla de las vías (Bernárdez, 1903a: 55). En el mismo viaje, la multitud expectante y los discursos de cortesía provocan constantes demoras en cada estación, que obligan a los organizadores a estipular detenciones no mayores de dos minutos. En la estación Matilde, el presidente escucha el discurso de recepción desde la escalerilla del tren, cuando este se pone en marcha dejando al orador con la palabra en la boca. Entonces se arroja imprevistamente entre la masa del pueblo que lo recibe con una ovación entusiasta y agradecida (57-58).

Al inicio de la misma gira, Bernárdez accede a una entrevista íntima con Roca en la cubierta del acorazado *Libertad*, que traslada a la comitiva hacia Rosario. Conversan sobre el trajín diario del jefe de Estado y sus costumbres matinales. Después de leer los diarios en la cama y despachar alguna correspondencia, el presidente realiza un “paseo higiénico” a pie o en coche, recurriendo al “primer placero que pasa por la calle”:

Es raro el cochero que no tenga en su foja alguna gira del general a Palermo –y cuando lo llevan, a pesar de su descreída filosofía que los mueve a verlo todo chico desde el pescante, van muy anchos, llevándose a los otros por delante y animándoseles hasta al vigilante y a la contramano. “Abrite che otario, q’ aquí lo traigo a su escelencia!” (1903a: 16).

Bernárdez perfila el “tipo de presidente democrático” construyendo un anecdotario hecho de pequeños gestos simbólicos y minucias cotidianas. ¿Cómo queda la mano del presidente al final del día después de tantos apretones? Aunque parezca inverosímil, Roca expone un método ensayado con éxito para paliar este inconveniente: consiste en “ganarle el tirón; el que aprieta primero anula la energía del otro”. El costado cómico del caso, agrega Roca, es que el receptor del saludo toma nota del apretón con complacencia, interpretándolo como un verdadero apretón de amigos.



El Presidente á bordo del «Libertad», conversando con el enviado de «El Diario».

Las habituales vacaciones del general Roca en la estancia *La Paz* (su residencia en Ascochinga, Córdoba) alimentaron una serie de crónicas de *El Diario*, firmadas con el seudónimo de Algarrobo, y publicadas puntualmente durante las sucesivas licencias veraniegas del segundo mandato presidencial.²⁶⁵ Tituladas genéricamente “Desde la sierras de Córdoba”, estas crónicas continuaban la línea crítica del diario, redoblando la apuesta satírica para suministrar otra imagen del presidente, también íntima, aunque en las antípodas del “presidente democrático” de Bernárdez: “Pasea diariamente seguido de su edecán el coronel Gramajo. Viste holgado traje de brín claro y calza botas con corvas. En vez

²⁶⁵ Probablemente se trate de Alberto Julián Martínez, quien escribía crónicas teatrales en *El Diario* hacia 1903 con este mismo seudónimo.

de la diadema romana que los césares usaban, en lugar de la incómoda corona, emblema que distingue a los reyes, se envuelve debajo del saco una faja colorada con borlas.”²⁶⁶ Entre bucólicas descripciones del paisaje serrano, Algarrobo compone un retrato presidencial en el que el hombre de la metrópoli se transforma en un terrateniente de provincia, querido de sus servidores, remozado, expansivo, en ronda de amigos bajo los amplios corredores de su casa patriarcal, “con esa bonhomía provinciana tan agradablemente simpática”, refiriendo cuentos entre risas, que el cronista reproduce fielmente. El pueblo se transforma a su llegada, su estadía arrastra una cohorte de “politiqueros de provincia” necesitados del espaldarazo del general: gobernadores en desgracia, diputados que cesan en el cargo o que aspiran a obtenerlo. El desfile de estos personajes provoca el ensañamiento del cronista, quien año tras año se detiene en la enumeración de los nombres de los aduladores, con mordaces comentarios sobre sus señas particulares y sus declinantes posiciones políticas. Para describir los quehaceres diarios del presidente, Algarrobo propone la analogía de Napoleón en su retiro de Langwood o de Catón el viejo. Lo presenta “en mangas de camisa trepado en una escalera, podando ramas secas o atrofiadas; juntando frutas; trabajando con la pala (...).”²⁶⁷ Cada línea de estas crónicas rezuma fina ironía y humor inteligente: “Los domingos acude a misa pero como cristiano viejo, amigote de Tata Dios, jamás la escucha: espera su terminación conversando en el atrio.” La última crónica de la serie, correspondiente al año en que caduca el mandato presidencial, compone un escenario desierto, desprovisto de visitas, con un Roca melancólico, aislado y consciente en su caída: “Como el famoso emperador ve que las luces se apagan y le dejan en tinieblas. La fiesta ha concluido.”²⁶⁸

Los corresponsales que acompañaron al presidente “turista”, según reza un malintencionado editorial de *El Diario*, compusieron, más allá de las posiciones críticas u oficialistas de los diarios que representaban, un perfil inusitado de Roca, que respondía a una concepción moderna del oficio periodístico, modelada por las percepciones que tenían de los renovados gustos del lector: ese curioso, insaciable e indiscreto que siempre pedía más.

²⁶⁶ Algarrobo, “Desde las Sierras de Córdoba. Esperando al presidente. El hombre de la metrópoli y el hombre de La Paz. Bonachón y decidor. Las visitas y la siesta”, *El Diario*, 2 de febrero de 1902.

²⁶⁷ Algarrobo, “Desde las sierras. La llegada del presidente. Coro de personajes. El general ‘at home’. Política e idilios. La capilla y el paisaje”, *El Diario*, 12 de febrero de 1903.

²⁶⁸ Algarrobo, “Desde las sierras. Divagando – El poema de las sierras – Nota mística – Una gira electoral – La caída de las hojas”, *El Diario*, 24 de febrero de 1904.

4.2 Emilio Civit: *Jornadas del progreso argentino*

A lo largo de tres décadas, a partir de 1880, la economía argentina experimentó una expansión extraordinaria, siendo claramente las exportaciones del sector agropecuario el motor del crecimiento (Díaz Alejandro, 1980: 370). Como correlato de esta expansión se produjo un desarrollo acelerado de los medios de transporte, principalmente del sistema ferroviario, cuya red creció casi 15 veces entre 1880 y 1915 (Zalduendo, 1980: 443).

Durante la segunda presidencia de Roca, ocupó un lugar destacado la labor del ministro de Obras Públicas, Emilio Civit, tanto por sus políticas en materia ferroviaria como por la concepción y ejecución del sistema mercante fluvial de la República. Durante su gestión se efectuó el dragado y canalización del Río de la Plata y los ríos subsidiarios de su cuenca, se iniciaron y completaron las obras portuarias en Rosario, Diamante, Concepción, Paraná y Concordia, y quedaron en construcción adelantada los puertos de San Nicolás, Colón, Gualeguaychú, Gualeguay y Santa Fe. En materia ferroviaria las líneas de capital privado aumentaron de 14.399 kilómetros a 19.500 y las del Estado alcanzaron los 3.500 kilómetros (terminados y en construcción), el doble de lo existente, llegando a provincias y territorios lejanos: al norte, hasta Jujuy, para empalmar desde allí con La Quiaca y Bolivia; al Chaco, por Orán y al oeste, hasta La Rioja y Catamarca (Braun Menéndez, 1965: 130).

Comenta Julio Irazusta que el primer ministro de Agricultura de Roca, Emilio Frers, rivalizaba con su colega de Obras Públicas en recorrer el país, para conocer sus necesidades y proyectar los medios de atenderlas, y que la crónica de las andanzas de este último ocupaba más espacio que la de ninguno de sus colegas en la prensa diaria o los semanarios ilustrados (1977: 40-42). Mientras que Frers renunció antes de cumplir el primer año en el cargo por desavenencias con el presidente, Emilio Civit se desempeñó a lo largo de todo el período presidencial, contando con el más amplio apoyo de Roca, circunstancias que le permitieron desplegar su ambicioso plan de gestión ministerial. Al finalizar su mandato, Roca elogió su labor en estos términos: “En los seis años de su ministerio se han ejecutado, o quedan en principio, una suma de obras públicas tan considerable, que más parecen la obra de una generación que la de un período gubernativo.” (Civit, s/f: 125-126).

En efecto, la labor de Civit fue excepcional y seguida con gran interés por los medios de prensa. De su popularidad da cuenta una caricatura publicada en *Caras y Caretas* que lo

presenta en pleno viaje, con abrigo y equipaje en mano, en el marco de una obra en construcción, con la siguiente leyenda debajo:

Bien sea por hacer la propaganda
en busca, según dicen, de la banda;
bien sea porque quiera
desempeñar con celo su cartera
lo cierto es que recorre sin reposo
las ciudades y pueblos argentinos
ofreciendo, rumboso,
ferrocarriles, puentes y caminos,
como si actuara en serio
de *commis voyageur* del ministerio.²⁶⁹

Las coberturas más destacadas de estas giras ministeriales fueron, sin duda, las realizadas por *El Diario*, que designó a Manuel Bernárdez para acompañar al ministro a lo largo del país y redactar las crónicas de sus viajes inaugurales, entre los años 1902 y 1904. Bernárdez ya había realizado giras periodísticas de importancia para el diario de Manuel Láinez antes de emprender este ciclo de viajes junto a la comitiva del ministro Civit. La primera a las Cataratas del Iguazú; la segunda a los ingenios tucumanos, dando cuenta del estado actual de la industria azucarera, la vida de los cañeros, el proceso industrial por dentro y los paisajes de la selva tucumana; la tercera a Chile, en enero de 1902, motivada por la hipótesis de un inminente conflicto bélico, aunque excediendo largamente este cometido en su estudio de los caracteres representativos del país trasandino.

Bernárdez no era un periodista desconocido para los miembros del gabinete de la segunda presidencia de Roca. Su primer libro publicado en Argentina, *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones* (1901), respondía a un encargo del, por entonces, ministro de Agricultura, Martín García Mérou, ampliando

²⁶⁹ *Caras y Caretas* n° 93, 14 julio 1900. Si bien el semanario ilustrado documentó con abundante material fotográfico los sucesivos viajes del ministro Civit no dejó, por ello, de sentar una posición crítica, moderada por su habitual recurso a la ironía: "Allá van los dos ministros, el de Obras Públicas que se ha singularizado últimamente por su fiebre de movilidad, el Judío Errante del actual gobierno y el doctor González, el compañero del doctor Terry en el *trust* ministerial. Y en tanto unos acaparan todas las carteras, el otro, el doctor Civit, se acapara las inauguraciones, sin que esto quiera decir que a los otros no les toca nada en suerte, pues en el viaje que hacemos mención, el autor de *Mis montañas*, algo inaugurarán: una escuela, lo que no es mucho que digamos, pero sí lo suficiente para que se congratulen el doctor González, su socio el doctor Terry, el doctor Civit, el propio general Roca, la escuela, las provincias de La Rioja y Catamarca, nosotros mismos y una porción de viajeros de arriba, que estiman entrañablemente a los ministros que dan pasajes gratuitos y ofrecen mesas opíparamente servidas. El Dr. Civit inaugurarán un alambre..." ("Viaje ministerial a La Rioja", *Caras y Caretas*, n° 304, 30 de julio de 1904).

crónicas originalmente destinadas a la prensa diaria. Si bien el propósito manifiesto del libro era promover a las cataratas del Iguazú como destino turístico, un capítulo completo dedicado a Misiones se centraba en la propaganda de las bondades que el territorio ofrecía para la radicación y prosperidad de una población agricultora: agua excelente, maderas en abundancia y tierra fecunda. El trasfondo de los intereses de la cartera de Agricultura se revelaba claramente en un apartado del capítulo, en el que se exponía una síntesis del método a seguir para el cultivo de la selva, que podría ser igualmente aplicable en Formosa y el Chaco, también cubiertos de monte en gran parte de su superficie; allí se resumían también las características de los cultivos más apropiados y se ponderaban las facilidades para la adquisición de la tierra (Bernárdez, 1901: 72-84). El mismo presidente Roca había saludado con una carta entusiasta la aparición del segundo libro argentino de Bernárdez, *Tambos y rodeos. (Crónicas de la vida rural argentina)* (1902), que recopilaba un conjunto de crónicas periodísticas correspondientes a la exposición rural de 1901, y una serie de giras por la campaña visitando cabañas, estancias y establecimientos productores de carne y lácteos como el frigorífico La Negra y la fábrica La Martona.²⁷⁰ En la carta, reproducida en *El Diario*, Roca aludía a Bernárdez como “uno de los más conscientes y activos propagandistas de la riqueza ganadera de este país”, comentario que en los años subsiguientes quedaría ratificado y se haría extensivo a los más diversos aspectos del progreso material argentino. Con la misma retórica ditirámica característica de las crónicas de Bernárdez, el suelto de *El Diario* resumía la propuesta de *Tambos y rodeos* en términos aplicables a toda su producción periodística del período y al contexto general de optimismo en los destinos nacionales: “un himno al trabajo que ennoblece, un himno a nuestro futuro, la visión de un porvenir que nos llevará a figurar entre las grandes naciones de la tierra.”²⁷¹

Con estos antecedentes, Bernárdez se convirtió en el principal enviado especial de la prensa destinado a cubrir las giras ministeriales de Emilio Civit, tarea que compartió, en ocasiones, con otro reporter viajero de *El Diario*, Arturo Giménez Pastor. La intensa labor del ministro Civit constituyó una eficaz herramienta de propaganda del gobierno. Desde el inicio

²⁷⁰ Bernárdez cumplía también funciones de editor y redactor de la revista *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, bajo la dirección del Dr. Abel Bengolea. Al año siguiente de su publicación, *Tambos y rodeos* fue traducido al inglés como *The Argentine Estancia* con el propósito de realizar acciones de propaganda en el extranjero, especialmente en los distritos rurales de Inglaterra. La Sociedad Rural Argentina costó esta traducción y una primera edición de 500 ejemplares. El mismo año de su publicación, el Congreso Nacional suscribió la adquisición de 10.000 copias de la versión en inglés (Bernárdez, 1903b: I)

²⁷¹ “Tambos y rodeos. El nuevo libro de Manuel Bernárdez. Una carta del presidente de la República”, *El Diario*, 22 de septiembre de 1902.

de la administración roquista, en la década de 1880, la idea de progreso había desempeñado una función central como ideología expresamente difundida por el gobierno, a través del órgano de prensa oficialista, *La Tribuna Nacional* (rebautizada *Tribuna* en 1891), con el objeto específico de lograr apoyo a sus políticas y legitimidad a su acción gubernativa (Alonso, 1997). Los viajes del ministro inaugurando obras públicas a lo largo y ancho del territorio nacional constituyeron una puesta en escena ideal donde este impulso progresista podía palpase materializado en acciones concretas. Su actividad continua propició una vasta difusión en la prensa, incluso en los diarios con posiciones abiertamente críticas hacia el gobierno.

El caso de *El Diario*, como se ha visto, es ilustrativo de esto último.²⁷² En la primera plana de su edición del 2 enero de 1900, trazaba un panorama del año concluido en el que escindía claramente los aspectos políticos de los económicos. En cuanto a los primeros, la conclusión era tajante: “no hay vida política en el país y no hay gobierno”.²⁷³ Argumentaba el articulista que los partidos se habían oficializado y consagrado a ser los cortesanos del poder, a pactar o a resignarse en la neutralidad; la vida política se reducía a una parodia desacreditada y desvirtuada. Respecto del gobierno el veredicto era igualmente desalentador: “un gobierno que no tiene de tal más que las insignias y la autoridad que inviste y que desempeña con la rutina y la inconsciencia de una tarea mecánica, consagrado a dar solemnidad a actos triviales y a funciones administrativas elementales. El gobierno es una máquina perezosa y torpe: sin pensamiento, sin energía, sin iniciativa y sin responsabilidad (...)” En cuanto a los aspectos económicos, la segunda parte del artículo celebraba un crecimiento y progreso prodigiosos, a despecho del “estorbo y rémora que opone un gobierno sin actividad y sin iniciativa y capacidad”. En este planteo disociado, la economía crecía merced a la fuerza interna y expansiva de sus elementos de desarrollo: la agricultura a la cabeza, seguida por la ganadería. La prosperidad económica se reflejaba a su vez en los aumentos de la tasa inmigratoria y todo auguraba un futuro promisorio de progreso y estímulo de las fuentes de trabajo y riqueza.

Con esta misma mirada dicotómica, *El Diario* pudo sostener en el transcurso del segundo mandato de Roca una posición crítica hacia el gobierno y una actitud laudatoria

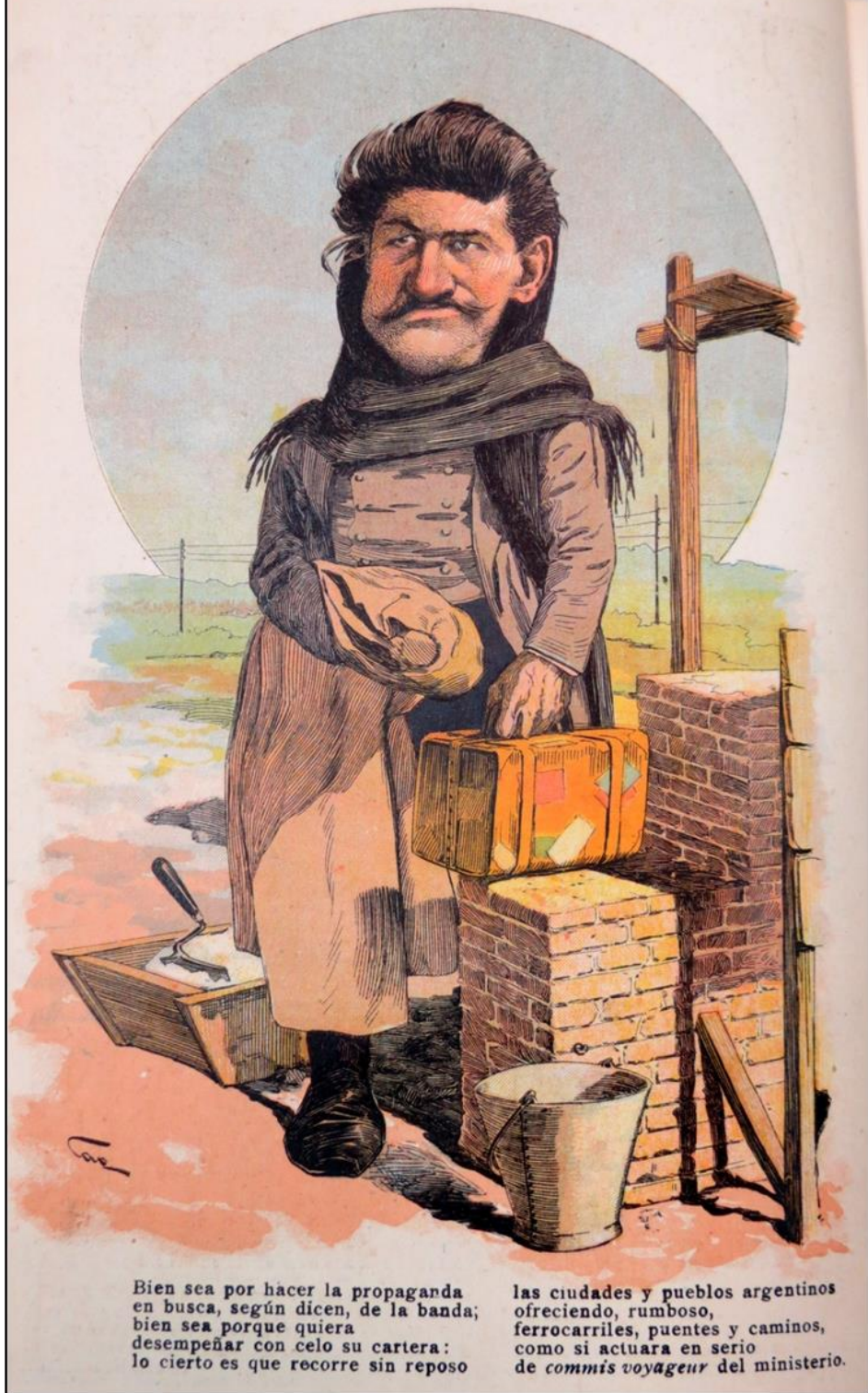
²⁷² A poco de su aparición, en septiembre de 1881, *El Diario* se apartó de Roca para dedicarse a sostener las prematuras aspiraciones presidenciales del gobernador de Buenos Aires, Dardo Rocha (De Marco, 2006: 391).

²⁷³ “El año político y económico. El país y el gobierno”, *El Diario*, 2 de enero de 1900.

hacia la profusión de obras públicas encaradas durante su gestión, como si se tratase de fenómenos totalmente independientes. Anticipando el espacio que en los años subsiguientes prestaría a las acciones del ministro Civit, otro artículo de comienzos del año 1900 señalaba como tema prioritario en política económica la necesidad de dotar al país de vías de comunicación fáciles, rápidas y módicas, constituyendo la política ferroviaria el punto neurálgico, la cuestión trascendental a la que debían consagrarse “los hombres públicos que profesan el patriótico y plausible propósito de servir a los altos intereses económicos.”²⁷⁴ De manera consecuente con esta demanda, la labor de Emilio Civit fue seguida con interés inusitado por *El Diario*, a través de giras periodísticas que narraban recepciones y banquetes, reproducían discursos altisonantes y describían a un pueblo entusiasta que acompañaba los actos de gobierno con fervor. El pasaje casi inmediato de las crónicas de Bernárdez y Giménez Pastor del diario al lujoso volumen impreso, la profusa documentación gráfica que, tal como se ha visto en el capítulo anterior, acompañó los textos, y los extensos discursos de los ministros que se imbrican con las crónicas y contaminan su retórica permiten inferir una trama de intereses en que la pluma periodística se pone al servicio del Estado para construir particulares memorias de gobierno, conformando así un objeto que se recorta con perfiles propios.

²⁷⁴ “La viabilidad. Problema proteccionista”, *El Diario*, 13 de enero de 1900.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS
DR. EMILIO CIVIT, POR CAO



Caricatura de Emilio Civit, por Cao.
Caras y Caretas, nº 93, 14 de julio de 1900.

4.2.1 La civilización del riel y del agua

El escenario que inspiró las admirables páginas del *Facundo*, solo dista del nuestro los años que constituyen la vida normal de un hombre; y sin embargo ya empiezan a ser anacrónicos los dramas sombríos de las vastas soledades argentinas; hemos curado en gran parte “el mal de la extensión” que nos aquejaba; las hordas salvajes que acechaban para caer como enjambres de hienas sobre los ganados y las poblaciones indefensas, han pasado a la categoría de tema literario o artístico; y la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente la pampa corriendo peligros incesantes, solo existe en la leyenda melancólica de tiempos que parecen tanto más remotos, cuanto mas contrastan con los progresos actuales.

“Discurso de Emilio Civit en la inauguración del ferrocarril de San Francisco a Villa María” (*El Diario*, 1903)

El tópico de la “aniquilación del tiempo y el espacio” describió tempranamente en el siglo XIX la alteración de las relaciones espaciales que produjo el viaje en tren, como efecto de la velocidad que el nuevo medio de transporte era capaz de alcanzar (Schivelbusch, 1986: 35). Estimada la duración de un trayecto ferroviario en un tercio respecto de la misma distancia cubierta por un carruaje a tracción animal, esta disminución temporal se expresaba mayormente en términos de reducción del espacio y acercamiento de las localidades conectadas por la red. Ya iniciado el siglo XX, Manuel Bernárdez describía el avance de las ferrovías “taladrando la extensión y matando en el seno del desierto el pólipo enervador de la distancia...”.²⁷⁵ Los temas sarmientinos retornaban, en este contexto promisorio de expansión, como nudos problemáticos finalmente superados y remitidos a un pasado de leyenda:

Por allí flota la leyenda de Quiroga (...) ¡Cuántas veces habrá brillado siniestra la moharra de la lanza montonera! Y ahora, andando por allí en ferrocarril, aunque fuera en modestas zorras de carga, parecía todo eso tan lejano, todo eso tan quimérico,

²⁷⁵ Manuel Bernárdez, “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. Sensaciones y prosas del tren en marcha. La obsesión del polvo. Lágrimas y toses. ¡L’element fantome! Una primicia para las empresas. Alto en Fortín Tostado. El trabajo triunfando en el desierto. Los soldados del tiempo de paz. ‘¡Hasta las chinas se lavan ya...!’ Sementera de pueblos. Antes 80.000, hoy 7.800... Cuarteles y épocas”, *El Diario*, 14 de enero de 1903.

todo eso tan extraño y absurdo, que se inclinaba el espíritu a mezclar a Facundo y al Chacho con el Gaulichu y la Pacha-Mama de las ingenuas teogonías indígenas.²⁷⁶

La marcha del ferrocarril, símbolo de la avanzada de la civilización y el progreso, acorralaba al desierto y domesticaba a la naturaleza con su paso arrollador. El apotegma de la civilización y la barbarie se cargaba de nuevos sentidos y acentuaciones en estas crónicas: la civilización era asimilada al desarrollo de las vías de comunicación entre los pueblos, como medio para favorecer el comercio y la industria y extender el flujo de los capitales y el trabajo a toda la República; la barbarie refería a la tierra inculta –desprovista de cultivo y de trabajo–, intacta, bruta, dormida (“en las tierras todavía vírgenes, la barbarie sestea plácidamente, despechugada al sol”, escribía Bernárdez). El avance incontenible del riel condensaba esta nueva lucha imponiendo su regularidad mecánica sobre las irregularidades naturales y dejando su marca indeleble sobre el paisaje. Encaramado sobre el miriñaque del frente de la locomotora en movimiento, Bernárdez le realizaba un reportaje al ingeniero responsable de la construcción de la nueva línea de Perico a Ledesma, en el que se enfatizaba la omnipotencia del ferrocarril venciendo a los obstáculos de la naturaleza: “Hay aquí cerca un río que en vez de saltarlo, lo van a suprimir, volcándolo hacia otro lado, como hizo Moreno con el Fénix. Después vendrá el Río Grande, que exigirá un puente de 400 metros, y por fin el río Ledesma, cuyo cauce extenso e incierto tendrá que ser metido en vereda y dominado con un encauzamiento y un viaducto de 800 metros.”²⁷⁷

El adalid de este enfrentamiento quijotesco no era otro que el ministro de Obras Públicas, Emilio Civit, cuyo retrato se multiplicaba en las páginas de los diarios, encumbrado en los palcos de los actos inaugurales, supervisando personalmente el tendido de las vías, presidiendo banquetes, bailes y kermeses, grabado en el metal de las piezas numismáticas conmemorativas. Sus discursos, reproducidos en las páginas de *El Diario* entremezclados con las crónicas de Bernárdez, competían con estas últimas en la ostentación de figuras retóricas y adjetivación rimbombante, aunque en franca desventaja respecto de la ejercitada prosa

²⁷⁶ Manuel Bernárdez, “De Buenos Aires al Famatina. Notas y sensaciones de la gira ministerial. Trabajo, vida y naturaleza. Ferrovías a Andalgalá y Tinogasta. Estrategia, economía y política de los transportes. Argentinizando. Rieles en la tierra y rieles en los aires. El cable-carril. Destino y porvenir de nuestro país de montaña. La civilización de la mina”, *El Diario*, 1 de agosto de 1904.

²⁷⁷ Manuel Bernárdez, “Inaugurando Ferrocarriles. Ledesma a Orán – Jujuy a Bolivia. Cuadros y paisajes. Discursos y voceríos. Indios, indias, gauchos y chinas. El senador Pérez y su pueblo. Bolivia se asocia con júbilo. Discurso del ministro Carrillo. Fraternidad salteño-jujeña”, *El Diario*, 7 de enero de 1903.

periodístico-poética del reporter.²⁷⁸ En este sentido, Bernárdez aportó a la gestión de Civit no solo una extensa difusión de su labor, mediante minuciosas descripciones de las obras públicas, complementadas con cifras, estadísticas, gráficos, fotografías y mapas de todo tipo, sino un sistema metafórico que equiparaba el avance de la red ferroviaria y fluvial a la instalación efectiva de la Nación argentina en sus vastos territorios. Este desplazamiento quedaba claramente formulado en la tapa del libro en el que fueron recopiladas sus crónicas, cuyo título, *La Nación en marcha* (1904), completaba su sentido con la ilustración de una formación de tren avanzando junto a un conjunto de embarcaciones amarradas en el puerto. La misma asociación aparecía en repetidos pasajes de resonancias épicas como el que sigue:

Y allá va ella, la Nación de las grandes esperanzas y los altos destinos –allá va irradiándose, dándose toda en alma y energía, a sí y a los demás, avanzando ayudas y vínculos de unión internacional hacia todos los rumbos, mandando ferrocarriles a través de las fronteras, a despertar la vida y la riqueza continental como quien fomenta un común patrimonio, cavando sus ríos, que vienen de otros pueblos, abriéndoles la entraña para darlos a todas las banderas y a todas las quillas, y a todas las ansias. Y viéndola, soñándola así, a la Nación expansiva y pujante, ¡qué visión tan espléndida y grande de porvenir parecía dibujarse y flotar inefable, sobre la faz tranquila del gran río, cobijada, a la luz indecisa del poniente, por tules de ilusión que se antojaban blancos y celestes!²⁷⁹

²⁷⁸ Las primeras producciones literarias de Manuel Bernárdez corresponden al género lírico (*Claros de luna*, Montevideo, Imprenta “El Siglo Ilustrado”, 1886; *La muerte de Artigas*, Montevideo, Dornaleche y Reyes Impresores, 1891). El crítico uruguayo Raúl Montero Bustamante lo incluyó en su Antología de poetas uruguayos *El Parnaso oriental* (1905), donde puede leerse la siguiente noticia biográfica: “Manuel Bernárdez llegó a ser un poeta popular en el país; sus versos se buscaban y todos esperaban de él una obra fuerte, poderosa, marcada con el hondo sello de la originalidad, de su temperamento. Pero sus versos fueron apenas balbuceos, la vida lo envolvió y la ola política lo arrastró a tierras extrañas.” (1905: 227). *Caras y Caretas* publicó versos de su autoría (nº 64, 23 de diciembre de 1899) y hacia el final de su carrera periodística y diplomática publicó dos nuevos volúmenes de poesía: *Sol naciente (Cantos a la elegida)* y *Sol poniente (Versos líricos)*.

²⁷⁹ Manuel Bernárdez, “Fin de la gira y regreso. De Concordia al Alto Uruguay. Las colonias del norte de Entre Ríos. Cómo se hacen los emporios agrícolas. Modelos a imitar. Olivares, manizales, viñedos y tartagales. Excursión por los pueblos jesuíticos. La vuelta aguas abajo. La delicia del viaje por el río. Ciudades brasileras y orientales. Inspección de las obras portuarias. Dragado e iluminación de los ríos. Civilización del agua navegable. Un record fluvial”, *El Diario*, 28 de abril de 1904.



Portada del libro de Manuel Bernárdez
La Nación en marcha (1904).

Aunque el motor de este progreso y responsable de la promesa de utopía inminente fuese el ferrocarril, el desarrollo tecnológico que encarnó el signo más vívido de la modernidad a lo largo del siglo XIX, la imagen recurrente que ilustraba en las crónicas este avance implacable provenía del campo de la equitación: el galope. Esta imagen residual de la fuerza animal traducía a una experiencia física y orgánica el poder de la máquina, separada ya por siempre de la naturaleza. Giménez Pastor extremaba la asociación añadiendo al galopar de la locomotora el resuello de fuego de la chimenea, el estrépito de herrajes de su rítmico avance y la cabellera de chispas de su estela. La mítica imagen del dragón vomitando fuego completaba, con la cita de Victor Hugo, la visión del progreso humano convirtiendo en realidad las quimeras del pasado.²⁸⁰

Un sistema de equivalencias conducía del tren al gobierno de Roca a través de la figura del galope: del “fugaz galope del expreso”, pasando por “el cronista al galope a través de fiestas oficiales y júbilos populares”, hasta llegar a “las realidades del progreso, sembrado en estos cinco años de gobierno, [que] fructifican al galope.”

²⁸⁰ Arturo Giménez Pastor, “El gran viaje ministerial. En misión de progreso. El norte argentino. Los ferrocarriles nacionales. Vías y coches. La naturaleza soberbia. Devorando distancias y escalando cumbres. 5306 kilómetros en 118 horas. Montañas, valles y selvas”, *El Diario*, 1 de octubre de 1904. La cita de Victor Hugo glosada en esta crónica por Giménez Pastor corresponde a la novela *Los Miserables*, enunciada por el personaje de Enjolras: “En otro tiempo las primeras razas humanas veían con terror pasar ante sus ojos la hidra que soplabla sobre las aguas, el dragón que vomitaba fuego, el grifo, monstruo del aire, que volaba con las alas de un águila y las garras de un tigre; espantosas fieras, colocadas por cima del hombre. Sin embargo, el hombre ha tendido sus redes, las redes sagradas de la inteligencia, y ha acabado por coger en ellas a los monstruos. Hemos domado a la hidra, y le hemos dado el nombre de vapor; hemos domado al dragón, llamándole locomotora; estamos a punto de domar el grifo, pues ya ha caído en nuestras manos, y hemos cambiado su nombre en el de globo.” (Victor Hugo, *Los Miserables*, v. V, Madrid, Imprenta y librería de Gaspar y Roig, 1863, p. 30; trad. Nemesio Fernández Cuesta.)



Ilustración del libro *La Nación en marcha*, de Manuel Bernárdez. Pie de ilustración: "El dragón, que vomitaba fuego, ha sido domesticado y se llama locomotora. (Victor Hugo)."

La misma disociación que había planteado *El Diario* en su columna "Ecos del día" (que funcionaba a menudo como editorial), en la evaluación de la faz política y económica del segundo gobierno de Roca, puede verificarse en las crónicas de Bernárdez, no porque en estas se fustigue su accionar político, sino porque el cronista directamente se desentiende de la materia para concentrarse en la apología del desarrollo económico. Bernárdez se propone estudiar el país con una mirada optimista que confía en el futuro y extiende su horizonte hacia un porvenir grandioso cifrado en la expansión del riel. Todo puede esperarse del *desperta ferro*: la integración de regiones aisladas al circuito económico, el impulso de las industrias, el acortamiento de las distancias entre las fuentes de producción y los puertos y mercados del litoral, la reducción del costo de los fletes, la aceleración del tráfico de mercancías, el desarrollo turístico y el fomento del trabajo.

Una escueta observación sobre el ensayo de la nueva ley electoral en Cuyo (la ley de sufragio uninominal por circunscripciones, que fue sancionada el 19 de diciembre de 1902 y

reguló solo una elección nacional en 1904 y algunos comicios parciales)²⁸¹, en ocasión de un gira por la región, explicita el fastidio que le causa la intrusión de la política en el plan de sus crónicas: “No es siempre grato hablar de estas cosas al que viaja, examinando la vida circunstante con criterio optimista y benévolo. Va a ver lo que hay de energía, de porvenir, esparramado y medio ignoto por esas soledades; va a saber lo que pide el trabajo, va a poner el oído a las palpitaciones de la vida que pugna por romper la corteza y saltar en raudales a la luz (...).”²⁸² De manera consecuente con esta toma de posición previa, las numerosas entrevistas a los gobernadores de provincia incluidas en las crónicas abordan casi con exclusividad cuestiones económicas y demandas de obras públicas, sin ahondar en el examen de las gestiones ni los manejos políticos, como sí lo hiciera Eizaguirre dos años atrás.

Sin embargo, una cuestión central que hace a la política ferroviaria, como ser el monopolio de los capitales británicos, aparece formulada de modo contundente en las crónicas de Bernárdez a través de la opinión y los proyectos de Emilio Civit. En efecto, el ministro de Obras Públicas percibió tempranamente los problemas que acarrearía al Estado argentino este predominio de los capitales foráneos para determinar las tarifas e imponer trazados de líneas férreas acordes a las conveniencias nacionales.²⁸³ Descartada la solución expropiadora por su enorme costo, tres acciones concurrentes, tratadas salteadamente en las crónicas, comienzan a implementarse para ejercer una función reguladora y defensiva de los intereses nacionales: diversificar el origen de los capitales expandiendo el capital francés en las empresas argentinas (“El capital inglés está en el riñón de nuestras empresas, es preciso, es vital que el dinero de otros orígenes se radique en la actividad funcional de otras vísceras”)²⁸⁴; la enorme tarea de canalización, dragado y obras de puerto para asegurar una vía de transporte alternativa a la terrestre y fundamentalmente el desarrollo de los ferrocarriles del Estado como medio de proteger el comercio y las industrias y morigerar las tarifas del flete:

²⁸¹ Sobre el origen e implementación de esta ley véase: Natalio Botana (1986), especialmente el capítulo VIII, “Las leyes electorales: diálogo entre dos reformadores” (251-291).

²⁸² Manuel Bernárdez, “En gira rápida por Cuyo. Me había olvidado de la política. Adobes y terremotos. Ferrovía de Mendoza a San Juan. El trabajo del criollo en la tierra. Aspectos de San Juan oficialista. Una excursión al Zonda. Parece que el paraíso fue en Jachal. Tanteos del crédito agrario. Bancos cooperativos en San Juan”, *El Diario*, 25 de marzo de 1904.

²⁸³ Sobre la gestión de Civit en relación a los ferrocarriles y la cuestión del monopolio británico véase: Raúl Scalabrini Ortiz (1995: 357-359).

²⁸⁴ Manuel Bernárdez, “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. El canal a Villa María. El capital francés en Argentina. Hermosas perspectivas. El acto inaugural. (Por telégrafo)”, *El Diario*, 5 de enero de 1903.

El agua tenía el supremo destino tutelar de garantizar el vasto tráfico nacional contra extorsiones posibles de las vías terrestres. Las líneas oficiales tendrían en breve organizada esa misión, desde el corazón del país, desde sus extremos fronterizos al norte y al noroeste, hasta su cabecera sobre el gran río; y teniendo el Estado en la mano esa poderosa arma de protección y defensa, bien coherente, bien propia, bien montada y ensamblado sólidamente el tráfico de las líneas de tierra con el transporte fluvial por puertos propios, no había nada que temer de trust ni de amalgamas (...). La cuestión era sencillamente, disponer de los medios propios de evitar el imperialismo ferroviario, el abuso posible del poder coaligado. Y para eso, la red nacional con sus elementos fluviales complementarios sería plenamente eficaz.²⁸⁵

Esta preocupación creciente revelaba una clara conciencia de la intervención decisiva de la política ferroviaria en la estructuración de la economía argentina. Como demostraría el análisis posterior, la llegada de las líneas férreas no siempre benefició el desarrollo local. En 1948, Raúl Scalabrini Ortiz resumió la tendencia perjudicial de una política sostenida durante más de ochenta años: tráfico descendente de materia prima hacia los puertos, tráfico ascendente de manufactura desde los puertos hacia el interior, con la consecuente imposibilidad de crear industrias y manufacturas en el interior y la aniquilación de industrias vernáculas (1995: 21). Por los mismos años, Ezequiel Martínez Estrada propuso la imagen del pulpo –Buenos Aires– que devoraba diariamente la materia prima que necesitaba del interior a través de los tentáculos de sus vías férreas ([1940] 2001: 41).

Más allá del pesimismo esencial del agudo ensayista, las consecuencias de la expansión ferroviaria parecen haber sido disímiles y hasta opuestas en el estudio de casos específicos. James Scobie examinó el modo en que las mejoras del transporte afectaron a tres ciudades secundarias de la Argentina. Corrientes perdió gran parte de su esfera económica de influencia ante la expansiva preeminencia comercial de Buenos Aires y Rosario; Salta sufrió una declinación de su actividad artesanal local y su comercio con las regiones vecinas con la llegada de mercancías más baratas, y a menudo de calidad superior, desde el litoral; Mendoza tuvo como contrapartida un importante estímulo de la producción local, en respuesta a la demanda creciente de la industria vitivinícola (1988: 22).

Las crónicas periodísticas dedicadas a las giras ministeriales documentaron el conjunto de acciones y decisiones que incidieron en la definición del perfil económico de las distintas

²⁸⁵ Manuel Bernárdez, "A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. El vasto, vital, ingente problema del agua. La emoción de las novias: el primer baño. '¡Agua, señor! ¡Agua señor!'. El riego, único agente de progreso. Programa de trabajos ministeriales. Contra el trust de los rieles, ¡el trust de los ríos! Balance ferroviario argentino. El trabajador de la tierra del norte", *El Diario*, 15 de enero de 1903.

provincias y regiones. Un buen ejemplo de esto lo proporcionan las tres crónicas de Payró dedicadas a cubrir la gira del ministro de Agricultura, Emilio Frers, realizada en marzo de 1899, junto a los naturalistas viajeros Carlos Burmeister y Eduardo Holmberg. De cada provincia visitada surge un diagnóstico elaborado por el ministro y difundido por el corresponsal de *La Nación*. De Mendoza, preocupa la exclusividad de la industria vitivinícola, por los desastres que podría acarrear una crisis en el ramo, por lo cual las propuestas incluyen la introducción del cultivo de olivares y plantas textiles, el fomento de la industria de aguas minerales, la arboricultura y el desarrollo de la ganadería. Para San Juan, aconseja la elaboración de vinos de gran consumo, como el carlón, acordes a la calidad de sus vides, también la cría de mulas y el levantamiento de una carta geológica para una futura explotación minera. San Luis resulta especialmente apto para la ganadería y la agricultura. Córdoba debe ser industrial, ganadera y subsidiariamente agrícola, ya que las corrientes de agua que bajan de la sierra pueden proporcionar fuerza motriz barata para las fábricas. Tucumán precisa diversificar sus cultivos concentrados en la caña de azúcar, ensayar con el tabaco, el té y las frutas. Las observaciones prácticas y utilitarias del ministro usurpan la mirada de Payró, convertido en mero intermediario de las propuestas y proyectos de Frers.

También las crónicas de Bernárdez se demoran en consideraciones de orden pragmático sobre el desarrollo de las economías regionales, y proponen complementariamente una glorificación del mundo del trabajo que se desentiende de los datos de la realidad para ofrecer una visión edénica, a la medida del “inventario de progresos argentinos” –según definición propia– que orienta su actividad como corresponsal de las giras de Emilio Civit.

4.2.2 Una Arcadia para el trabajador argentino

Los visitantes fueron agradablemente sorprendidos por el cuadro del trabajo nocturno, lleno de toques fantásticos (...).

“El ministro Civit en Puerto Militar” (*El Diario*, 1901)

La labor periodística de Manuel Bernárdez en *El Diario*, vista en su conjunto, revela a un eficaz divulgador de los adelantos materiales alcanzados por la Argentina en el primer lustro del siglo XX. Su credo progresista parece ir más allá de las parcialidades políticas e incluso de

las fronteras nacionales, como lo demuestra su gira por Brasil emprendida en 1907. Las crónicas brasileñas, reunidas al año siguiente en libro con el título de *El Brasil. Su vida, su trabajo, su futuro* (1908), conforman un estudio abarcador que muestra la misma faceta periodística de Bernárdez aquí relevada: la de un divulgador del desarrollo industrial y urbano, interesado en diversas materias como la expansión de las comunicaciones y los medios de transporte, la colonización agrícola y ganadera, las perspectivas turísticas y la idiosincrasia de los pueblos visitados. La gira corrobora el empeño propagandista del periodista de origen uruguayo, que brindó un tratamiento laudatorio similar a las gestiones de los gobiernos argentino y brasileño a través de sus artículos. Con la misma fluidez, Bernárdez podía redactar una crónica de Santos, Tucumán, Río de Janeiro, Rosario, Belo Horizonte, Catamarca o San Pablo. Su voraz método de trabajo se nutría de estadísticas, artículos de diarios, informes oficiales, discursos, folletos, libros y datos del medio ambiente para entregar una síntesis original, en una prosa alternativamente técnica y poética.

Si bien esta vasta tarea de difusión a través de la prensa estaba basada en una observación directa de distintos aspectos del proceso modernizador que experimentaron numerosas ciudades latinoamericanas desde 1880, la visión del mundo del trabajo que comunican las crónicas argentinas revela una dimensión mistificadora, que demuestra el precio que tributan a la ideología triunfante del progreso y el destino de grandeza percibido como un horizonte inexorable.

En el mismo año en que Juan Bialet Massé, comisionado por el presidente Roca para elaborar un estudio sobre la situación de las clases obreras del interior del país, denunciaba las precarias condiciones laborales en las que se desenvolvían los trabajadores de las distintas industrias, en un contexto general de desigualdad salarial por sexo, etnia o edad, pago en especies, desprotección legal, abusos y malos tratos, complicidad de las autoridades, entre otros problemas diagnosticados por el médico, educador y abogado catalán radicado en Argentina, Bernárdez proponía esta imagen idílica de la vendimia en Mendoza:

Entre las cepas, hombres, mujeres y niños, de patita en el suelo y pechuga al aire, arrancan a puñados los racimos hidrópicos de zumo; y reina una alegría bulliciosa e hilarante en este gentío que hormiguea trabajando su jornada, como si una embriaguez anticipada, un cateo de los futuros mostos, les bailase las almas. (...) A veces, en el afanado y juguetón laboreo, las muchachadas se apedrean con racimos, o

los mocetones taimados, acercándose por detrás a las chinitas que con el mosto de la mocedad incipiente se empiezan a subir a la cabeza, les estrujan un racimo de dos kilos en la nuca y se ríen como potros, mientras el zumo de uva le corre a la pobre chinita desde el pescuezo abajo, buscando ocultos cauces.²⁸⁶

Si bien la época de la vendimia era el mejor momento para el peón vitícola, porque era el único de pleno empleo –con la consecuente elevación de salarios– y de trabajo para todo el grupo familiar, lo que permitía hacerse de una reserva económica para épocas de escasez, las condiciones generales del peón eran de pobreza y explotación, el trabajo se desarrollaba “de sol a sol”, sin descanso dominical ni festivo durante la vendimia, ni ningún tipo de ayuda social en caso de enfermedades y accidentes.²⁸⁷ Un mundo asaz distante de los juegos y sugerencias eróticas de la pintoresca descripción de Bernárdez. Tal vez el hecho de tratarse de Mendoza, la tierra de Emilio Civit, cuya gira cubría el periodista de *El Diario*, y de una industria en la que la familia del ministro tenía una participación preeminente y activa tuvieron que ver con la licencia poética de Bernárdez.²⁸⁸

También los trabajadores ferroviarios cayeron bajo la distorsiva lente del cronista, particularmente los peones criollos encargados del tendido de las vías. En 1904, la industria del transporte ocupaba, detrás del sector agrícola, el segundo puesto como empleador más importante en el país. Dada la vertiginosa expansión del tráfico, las administraciones ferroviarias incrementaron su personal atrayendo a miles de trabajadores nativos y europeos. Desde finales del siglo XIX las corporaciones ferroviarias se convirtieron en escenario de importantes protestas obreras, ya que sus trabajadores fueron pioneros en la organización sindical (Palermo, 2004: 34). En este contexto, Bernárdez observó la adaptación admirable del criollo a las tareas del taller y la vía, destacando, por ejemplo, sus condiciones como “removedor de tierra”, un trabajo en general monopolizado por los italianos: “El criollo es sufrido –acotaba– fuerte, frugal y callado; no hace cuestión por nada; es muy inteligente; no reclama horarios especiales ni piensa en huelgas...”²⁸⁹

²⁸⁶ Manuel Bernárdez, “En gira rápida por Cuyo. Inaugurando ferrocarriles. Expansiones inminentes del riel. De Villa Mercedes a Puerto Militar. Diques, canales, acequias. La naturaleza y la industria del hombre. Política de trabajo. El estreno electoral en las provincias”, *El Diario*, 24 de marzo de 1904.

²⁸⁷ Para una descripción de las condiciones laborales de la industria, véase: Rodolfo Richard-Jorba (2009).

²⁸⁸ Salvador Civit, abuelo de Emilio, fue uno de los vitivinicultores más destacados de su época. Francisco Civit, padre de Emilio, además de haber tenido una actuación pública eminente en su provincia, fue uno de los primeros vinicultores que fabricaron en Mendoza vinos finos de mesa. Emilio Civit, por su parte, es autor del libro *Los viñedos de Francia y los de Mendoza*, Mendoza, Tipografía Los Andes, 1887.

²⁸⁹ *El Diario*, 15 de enero de 1903.

Justamente, la falta de definición de horarios de trabajo en las reglamentaciones del sector ferroviario era uno de los aspectos criticados por Bialet Massé, quien contrapuso en su estudio, a los principios tayloristas de eficiencia y productividad que sostenían las compañías ferroviarias, un uso racional del cuerpo para conservar el capital humano (Palermo, 2004: 39). Según Bialett Massé, el espíritu de huelga, constantemente activo en este ramo laboral, se originaba en la falta de consideración y respeto de los jefes superiores hacia el personal inferior, y en el servicio inhumano que se le imponía a este último, con horarios que en casos comprobados alcanzaban cuarenta y un horas continuas para un servicio de guardatrenes (2010: I.342).

Desde una óptica absolutamente contrapuesta, Bernárdez comentaba de manera elogiosa el logro de un ingeniero de ferrocarriles, que había podido superar ampliamente el máximo conocido en materia de colocación de vías –durmientes y rieles– de un kilómetro diario:

El ingeniero Rappelli, después de haber adiestrado a sus obreros criollos en las diversas faenas del trabajo de vía, se propuso un día marcarles el tiempo como a grandes trabajadores, y se puso él al frente de las cuadrillas. Un día íntegro de trabajo incesante, bajo un sol de fuego, en una atmósfera de horno; y al ponerse el sol los criollos habían colocado un kilómetro y medio de vía, batiendo el record en este género de trabajo.²⁹⁰

En su panegírico del obrero criollo, Bernárdez destacaba la capacidad de trabajo, el bajo perfil y la ausencia de “necesidades superiores a su condición”, cualidades todas que demuestran el punto de vista empresarial que asumió en su visión del mundo laboral.²⁹¹ Esta perspectiva quedaba perfectamente ilustrada en la crónica de apertura de su gira de 1901 por los ingenios azucareros tucumanos, en la que construía un punto de observación y un locus enunciativo en el escritorio ubicado frente al ventanal del elegante departamento de

²⁹⁰ Manuel Bernárdez, “La gira ministerial por el Norte. Tucumán, Santiago, Salta y Jujuy. Crónicas y sensaciones del país entrevisto. Elogios y críticas ferroviarias. La línea de Antuya – Civilización del Chaco. El mundo de los quebrachales. La gran obra de Perico a Ledesma – El ferrocarril a Bolivia – ¿Empantanado...? Salvamento en Salta – Sustanciosa parada en Tucumán – La civilización del agua”, *El Diario*, 4 de julio de 1903.

²⁹¹ Corroborar esta observación un proyecto presentado al Congreso Argentino por Manuel Bernárdez y Cía., en el año 1900, para la construcción y explotación de una línea de ferrocarril en Misiones. La necesidad de esa línea férrea es destacada, asimismo, en el libro *De Buenos Aires al Iguazú* (1901: 39). Véase el folleto *Ferrocarril poblador de Misiones (De Posadas a San Javier). Proyecto presentado al H. Congreso Argentino por Manuel Bernárdez y Cía*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1900.

altos donde se alojaba, en el imponente castillo Hileret, la residencia de la familia propietaria del ingenio Santa Ana.

El mundo de los ingenios del norte argentino reunía características marcadamente contrastantes en cuanto a costumbres, formas de sociabilidad y condiciones de vida. En un extremo, las familias propietarias llevaban una activa y refinada vida social, en sus lujosos chalets provistos de numerosas habitaciones, bibliotecas, salas de juegos, jardines de invierno, rodeados de parques privados (el de Hileret había sido diseñado por el renombrado paisajista Carlos Thays), que incluían canchas de tenis y hasta de polo. En el extremo opuesto, los obreros de la zafra se agrupaban en improvisados pueblos en torno de los establecimientos fabriles, que presentaban muchas veces un panorama desolador de pobreza, atraso y subdesarrollo. Se trataba, en parte, de una población migrante, con altos índices de analfabetismo y elevadas tasas de mortalidad infantil, de origen heterogéneo: indígenas chaqueños, indios pampas movilizados después de la Campaña del Desierto, trabajadores mestizos de Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca, coyas de la Puna argentina y de Bolivia, etc. (Campi, 1999).

También en esta ocasión, Bernárdez compone un cuadro bucólico de jornaleros y peones viviendo en ranchos rodeados de jardines floridos, atendidos por solícitas “chinas laboriosas” que, aunque consumidas por la maternidad prematura, el paludismo y las pesadas labores (tal como observa el mismo cronista), resultan

(...) compañeras excelentes para el jornalero de los cañaverales o el peón de los ingenios, que ya saborea la vida regular de la casa y la familia a la hora del descanso, después de una terrible jornada bajo el fuego del cielo. El hogar está encendido y la olla hirviendo; los indicécitos y los chivos nuevos retozan en el patio, perfumado con los olores de salvia, albahaca y yerba buena; el trabajador se lava y besa a su china amorosa y mansa; y hay allí un ambiente de paz y buen humor, de desahogo, que no es común en el hogar del obrero, cuyo descanso casi siempre es triste. El trabajador azucarero come bien, su fatiga no es mayor que su resistencia, se siente a gusto, y en su cerebro escaso y satisfecho, no entraría la larva de la huelga. ¿Qué más?...²⁹²

Esta Arcadia construida para el consumo de la prensa diaria revelaría muy pronto su carácter falaz, cuando se declararon las huelgas de 1904 en diversos establecimientos

²⁹² Manuel Bernárdez, “De Buenos Aires al Aconquija. Mirando por la ventana. Cuadros del campo y episodios del tren”, *El Diario*, 16 de agosto de 1901.

azucareros.²⁹³ El año coincidió con la recopilación en libro de estas crónicas de Bernárdez, quien se vio obligado a reconocer el grueso error de percepción en una extensa nota al pie del texto introductorio, y a suprimir, por supuesto, el sintagma final de la cita anterior. La nota referida reproduce los lineamientos ideológicos con que las clases dirigentes afrontaron la cuestión social: una concepción liberal que proponía estructurar el mundo del trabajo a partir de un sistema de obligaciones y tutelas morales, a través del “patronato filantrópico”, que percibía al trabajador como un menor de edad sin responsabilidad e incapaz de resolver sus problemas básicos de subsistencia (Suriano, 2000: 12). En ese sentido, señalaba Bernárdez que “aquella masa de hombres de alma primitiva y simple es una grey infantil, que por mucho tiempo todavía, necesitará tutela paternal, para que no se le suba a la cabeza, peligrosamente, ningún propósito susceptible de ser excesivo.” Y añadía: “¡Cuidado con una borrachera de huelga a grandes dosis!” (1904: X). Pero, a renglón seguido, reclamaba la intervención estatal, en consonancia con el sesgo dominante represivo que cobraron las primeras medidas aplicadas por el Estado frente a la cuestión social (Estado de Sitio y Ley de Residencia, en 1902), remarcando la influencia perniciosa de las nuevas ideologías que traían los inmigrantes que ya habían transitado por experiencias de organización sindical y a quienes, de modo mecánico, se los vinculaba a los disturbios sociales: “se le impone al gobierno el deber de ponerse a la cabeza de la huelga y resolverla desde arriba, sin ejercer presión ni permitir demasía, ni la filtración venenosa de odios extraños, exóticos, doctrinas ácidas que nada tienen que ver en aquel caso.”

Este relevamiento sucinto de una serie de representaciones periodísticas del mundo laboral del interior del país demuestra claramente una visión sesgada por una fervorosa adhesión a la gestión del gobierno. El caso de Bernárdez revela una faceta compleja de la actividad periodística, que pone de manifiesto una voluntad expresa de publicitar con encomio los actos de la administración pública, en un medio de prensa empeñado en una postura crítica hacia el gobierno. Esta tensión interna se corresponde, según se ha visto, con el enfoque disociado que planteó *El Diario* al proponer dos visiones contrapuestas de la situación general del país: un desarrollo económico prodigioso en un contexto político censurable.

²⁹³ Para un análisis detallado del desarrollo de las protestas de los trabajadores en Tucumán véase María Cecilia Bravo, “Liberales y patronos frente a la situación de los trabajadores en Tucumán” (Suriano, 2000: 31-61).

A su vez, debe contemplarse el caso particular de Manuel Bernárdez y el modo en que él mismo conceptuaba retrospectivamente las tareas periodísticas desarrolladas durante los doce años de actividad transcurridos en Argentina. En 1910, después de su viaje a Brasil como enviado especial, y en virtud de su estrecha vinculación con los hombres y cosas de este país, Bernárdez fue nombrado por el gobierno de Uruguay cónsul general en el Brasil, iniciando una carrera diplomática que continuó luego en Europa. En un texto posterior, evocaba su labor diplomática en Brasil como una continuidad natural de las tareas periodísticas desarrolladas en Argentina, en su carácter de divulgador de hechos e ideas útiles,

(...) obedeciendo siempre a un amplio sentimiento americano, al servicio de cuanta forma de trabajo útil, de cuanta actividad o posibilidad intelectual, artística, económica, industrial, comercial, deportiva, turística, social –en fin, de cuanto pensamiento digno de atención atravesara el sector de mi observación y pudiera obtener algún pequeño aumento de prestigio con el exiguo concurso de mi buena voluntad (1922: 10).

“Diplomático”, puede decirse, fue entonces el modo en que sus crónicas se vincularon con los intereses argentinos poniéndose al servicio del Estado,²⁹⁴ y, en una segunda acepción del vocablo, también lo fue la cortesía aparente de las flagrantes omisiones respecto de la problemática obrera que, por los mismos años, cobraba una relevancia y visibilidad difíciles de ignorar.

²⁹⁴ La crónica laudatoria y celebratoria fue una constante en la actividad periodística de Bernárdez desarrollada en la prensa de Buenos Aires. En el mismo año en que se incorpora a la redacción de *El Diario* ingresa también al cuerpo de colaboradores de *Caras y Caretas*, y ya en el primer semestre de 1899 se destaca por sus crónicas de las fiestas religiosas y patrióticas: “Crónica de Semana Santa” (nº 26, 1 de abril de 1899); “Peisaj” (nº 27, 8 de abril de 1899); “Las fiestas mayas” (nº 35, 3 de junio de 1899).

Capítulo 5

Imaginar la Nación

El concepto claro de nacionalidad argentina y de solidaridad popular, entre nosotros es una obra fundamental de la prensa. Los 6.000.000 de habitantes que tiene el país, subdivididos en pequeñas agrupaciones separadas por grandes extensiones baldías, se conocían hace cuarenta años por las invasiones que mutua y respectivamente se hacían las provincias para educarse cada una a su manera. Tenían la misma patria; pero esa patria era escasamente un solo territorio y una misma bandera: es decir, algo exclusivamente material. Los más vinculados se reconocían por el sacrificio de las grandes guerras, por servicios de mutuo socorro y por simpatías de caudillo, no por esa idea madre de interés superior común que vincula almas, corazones y cerebros y da características de pueblos cultos.

José Manuel Eizaguirre
Páginas argentinas ilustradas (1907)

Con un argumento elocuente Benedict Anderson definió a la nación como una comunidad imaginada: sus miembros no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, ni los verán, ni oirán siquiera hablar de ellos, aunque en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión ([1983] 2000: 23). En su trabajo sobre el origen de los nacionalismos, Anderson destacó el papel de la cultura impresa como medio técnico necesario para la representación de la clase de comunidad imaginada que es la nación, en tanto comunidad de lectores, y describió la extraordinaria ceremonia masiva que supone el consumo casi simultáneo del periódico:

Hegel observó que los periódicos sirven al hombre moderno como un sustituto de las plegarias matutinas. La ceremonia se realiza en el cubil del cerebro. Pero cada comunicante está consciente de que la ceremonia está siendo repetida simultáneamente por miles (o millones) de otras personas en cuya existencia confía, aunque no tenga la menor noción de su identidad. [...] Al mismo tiempo un lector de periódico, que observa réplicas exactas del suyo consumidas por sus vecinos en el metro, en la barbería o en la vecindad, confirma de continuo que el mundo imaginado está visiblemente arraigado en la vida diaria ([1983] 2000: 60-61).

En este capítulo se indaga la construcción de un imaginario nacional a través de las crónicas periodísticas de viaje al interior del país. Se examina en qué sentidos puede afirmarse que estas crónicas *produjeron* a la Nación como mundo imaginado, pero no por ello menos arraigado en la vida diaria de los lectores de los periódicos porteños. Se propone considerar que las crónicas de viaje se sumaron a las múltiples manifestaciones tendientes a la construcción de la nacionalidad en la sociedad argentina, en un período de profundas transformaciones, signado por la afluencia de la inmigración masiva y un sentimiento de disgregación de la singularidad cultural propia.²⁹⁵

Las crónicas periodísticas de viaje proporcionaron representaciones del territorio nacional y de sus habitantes, caracterizaron sus costumbres y modos de vida, singularizaron algunos de los paisajes emblemáticos que habrían de institucionalizarse como imágenes simbólicas de la Nación, y lo hicieron desde las columnas de la prensa en uno de sus momentos de mayor vitalidad en cuanto a expansión y modernización técnica y profesional.

El recorrido propuesto parte de los vínculos entre paisaje y Nación porque los discursos identitarios se hallan firmemente anclados en representaciones espaciales. “Geografía imaginaria” llamó Edward Said a “la práctica universal de establecer en la mente un espacio familiar que es ‘nuestro’ y un espacio no familiar que es el ‘suyo’” (1990: 80), práctica que dota a los espacios de un sentido emocional colmado de significaciones, de valores imaginarios y figurativos.

En la dialéctica de la espacialidad propuesta por el geógrafo Edward W. Soja ([1999] 2010) –espacio percibido, concebido y vivido–, se diferencia al mundo experimentado de los fenómenos cartografiados y empíricamente mensurables (primer espacio), del de las imágenes y las representaciones de la espacialidad subjetivas e imaginadas (segundo espacio). De este segundo espacio pretende dar cuenta la exploración de las representaciones paisajísticas en las crónicas de viaje, de sus contenidos cognitivos, conceptuales y simbólicos. ¿Qué relación guarda el paisaje con la identidad nacional? ¿Qué

²⁹⁵ En este mismo contexto se integra un conjunto variado de actividades culturales y políticas, movimientos de opinión, acciones de gobierno, etc., de fines del siglo XIX, orientados a la formación de una sociedad nacional, entendida como el establecimiento de vínculos de relación entre los individuos-habitantes y el Estado nacional. Lilia Ana Bertoni (2007) ha estudiado distintos aspectos de este proceso, entre los que caben destacar la reformulación de contenidos de la enseñanza pública, la ritualización de la celebración de las fechas patrias, la realización de manifestaciones patrióticas, la definición de los símbolos patrios, la creación de monumentos en los cuales apoyar la reelaboración del pasado, entre otros.

atributos debe cumplir un paisaje para representar la idea de patria? ¿Cuáles son sus valores y sus usos? Son algunas de las interrogaciones que articulan la primera parte del capítulo.

La preocupación por la identidad colectiva de la Nación se intensificó hacia el final del siglo XIX hasta adquirir ribetes de inquietud y temor ante la cantidad de inmigrantes que arribaban a un país todavía en formación. La nacionalidad constituyó un problema central para los grupos dirigentes en la década de 1880, tal como lo resume un conocido interrogante formulado por Sarmiento al inicio del primer tomo de *Conflicto y armonías de las razas en América*: “¿Somos Nación? –¿Nación sin amalgama de materiales acumulados sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? –Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello.” (1883: 1).

El análisis de las crónicas periodísticas de viaje revela, al focalizar la cuestión nacional, la repercusión que tuvo esta problemática, que se expandió más allá del interés y las intervenciones de las elites políticas y los círculos intelectuales. Los reporters viajeros registraron las voces de alarma de los mismos pobladores vecinos de las colonias de inmigrantes y manifestaron una continua preocupación por el aislamiento y la segregación en que se mantenían las poblaciones extranjeras de una misma nacionalidad. Pero también salieron en defensa de los aportes que habían realizado al país las distintas corrientes inmigratorias y diagnosticaron que el atraso de determinadas regiones guardaba relación directa con la falta de inmigración. En este sentido, dirigieron una mirada escrutadora a la población nativa o criolla, que no pocas veces resultó estigmatizada y reducida a estereotipos caracterizados por la indolencia, los vicios, la ineptitud e irreflexión. Corrieron mejor suerte en otros contextos, tal como se ha visto en las crónicas de Manuel Bernárdez, cuando la mirada del cronista sopesó la capacidad laboral y la escasa conflictividad social de los criollos, en contraste con las ideologías foráneas que traían los inmigrantes con experiencias sindicales forjadas en Europa, bajo los idearios anarquista y socialista.

A lo largo del examen de las crónicas, gringos y criollos desnudan sus alzas y bajas en el mercado de valores de la identidad nacional, en el que los indios no cotizan, condenados prematuramente a una extinción que se pretende inevitable, o reducidos a un objeto de estudio arqueológico. La segunda parte del capítulo desarrolla estos y otros aspectos de la por entonces candente cuestión identitaria: la pluralidad de sentidos del significante *criollo* –devenido ideologema–, el mundo de las colonias de inmigrantes, las figuraciones de la mixtura racial y otras intervenciones de los periodistas por fuera del ámbito del diarismo,

como fueron la producción de guías para la inmigración y manuales de lectura, hecho este último que demuestra el compromiso con una problemática que enfrentaron de primera mano en sucesivas recorridas por el país.

5.1. Paisaje y Nación

El paisaje es un medio de intercambio entre lo humano y lo natural, el yo y el otro. Como tal, es como el dinero: inservible en sí mismo, pero capaz de expresar una reserva potencialmente ilimitada de valor.

W. J. T. Mitchell
"Imperial Landscape", 1994

En su primera crónica de viaje al interior de la República, Aníbal Latino apuntaba un encargo específico de la dirección de *La Nación* concerniente a sus funciones como enviado especial de prensa:

Mi primer impulso, al ver que ya había amanecido, fue asomarme a la ventana en busca de novedades y emociones, recordándome el especial encargo que Ud. me hizo, señor Director, de no descuidar, entre otras obligaciones que se me confiaban, la descripción de los paisajes.²⁹⁶

Si bien iba a cubrir la Exposición interprovincial que celebraba la llegada del Ferrocarril Andino a Mendoza y San Juan, su misión no se agotaba con las notas descriptivas de las ciudades cuyanas y la crónica minuciosa de la exposición y los festejos. ¿Por qué el énfasis en la descripción de los paisajes? La observación puede extenderse al conjunto de crónicas aquí trabajadas, en las que la mirada paisajística constituye una de las notas dominantes que le proporciona una cohesión intrínseca.

La intención explícita de producir una serie de representaciones de los paisajes de las variadas regiones del país conecta a las crónicas periodísticas de viaje con un corpus textual que, desde la década del setenta y, de modo acentuado, en la del ochenta, venía produciendo un grupo de viajeros que combinaban el afán científico con una retórica poética en la descripción de los territorios nacionales, principalmente de aquellos cuyo dominio se

²⁹⁶ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), "De Buenos Aires a Mendoza", *La Nación*, 29 de marzo de 1885.

encontraba en disputa. Graciela Silvestri establece la unidad de este corpus a través del concepto de “viaje pintoresco”, una estrategia compositiva que organiza los diversos elementos y episodios en una construcción visual, literaria y material que replica la experiencia de viaje: “Se trata de la difusión amena de las materias científicas y útiles que el viaje implica, de una forma *deleitabile por su frondosidad y hermosura*. La *hermosura* alude al estilo; la *frondosidad* a la acumulación de motivos ligados con la percepción estética.” (2010: 471-472). Entre los autores que compusieron estos *itinerarios pintorescos* figuran Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno, Ramón Lista, Eduardo Holmberg, Juan Queirel, Juan Ambrosetti, Rafael Hernández, Alejo Peyret y Alfredo Ebelot. En general, estos viajeros con diversos intereses científicos fueron comisionados por instituciones nacionales para tareas precisas, lo que no impidió que, junto con sus informes, publicasen sus experiencias en periódicos y libros.²⁹⁷

Las crónicas de los periodistas viajeros implicaron, en determinados aspectos, una continuidad respecto de esta propuesta, principalmente en lo concerniente a la divulgación de los paisajes nacionales. Silvestri señala una prolongación de la retórica del viaje pintoresco tanto en la materia Geografía del currículo primario y secundario, como en las publicaciones periódicas (2010: 491). La conexión con el discurso geográfico escolar permite inferir el potencial nacionalizador subyacente a las giras periodísticas, en su voluntad de producir representaciones del espacio nacional como referente natural de pertenencia comunitaria.

En su investigación sobre la implantación de la asignatura Geografía en el sistema estatal de educación pública, Silvina Quintero Palacios demostró el vínculo existente entre la institucionalización de la disciplina, la aparición del Estado nación moderno y la problemática de la identidad nacional.²⁹⁸ Siguiendo esta línea de análisis, puede sugerirse, para el caso de las crónicas periodísticas, que la propuesta de divulgar un cuerpo de conocimiento informal –no especializado– de las diversas regiones de la Argentina desde las páginas de la prensa, participó también de la construcción de un imaginario nacional, amenazado por las tendencias disolventes del aluvión inmigratorio, según una difundida percepción de época.

²⁹⁷ Las características de estas narraciones se analizan en el apartado “Crónica periodística y narrativa expedicionaria: apuntes para un deslinde” del capítulo 2 de la tesis.

²⁹⁸ “(...) el discurso geográfico escolar podía justificar la exclusividad de la Nación estatal como comunidad legítima de pertenencia social y su inevitabilidad como orden institucional trascendente a toda elección política voluntaria, mediante la construcción de un conjunto de representaciones naturalizadas del más evidente de sus referentes materiales: el Territorio.” (Silvina Quintero Palacios, 1995: 10).

El reportero viajero produjo una imagen totalizante de la cual surgió, en perspectiva, la figura del intrincado tapiz de la Nación. Contribuyó a difundir el conocimiento del territorio entre un universo de lectores en constante expansión, incorporando un patrimonio de imágenes (verbales y visuales) al horizonte intelectual colectivo e interviniendo, de este modo, en el dinámico proceso de construcción de una identidad común.

“¿Por qué se establece esta relación que asocia la representación verbal del paisaje con la identidad nacional?”, se pregunta Álvaro Fernández Bravo al inicio de su trabajo dedicado a los procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX: “¿Qué hay en la geografía y en la naturaleza de una región que exprese la identidad de esa cultura?” (1999: 10). Aunque el territorio parece constituir un referente material y naturalizado de la Nación, su evidencia empírica más concreta, se trata también de un artefacto producido en el discurso, como señala Jens Andermann:

Pero precisamente porque el territorio es representado como base silenciosa e irreductible de las naciones, es ahí donde se inscribe el aparato de reglas y prohibiciones que posibilitan y delimitan la construcción de un determinado tipo de comunidad, su estatuto discursivo. El territorio es, entonces, en primer lugar el nivel donde se fijan las condiciones de posibilidad que viabilizan la producción y convencionalización de determinados discursos identitarios (2000: 16-17).

Siguiendo estas premisas, se propone a continuación un análisis de la representación del territorio nacional en las crónicas periodísticas en tanto forma imaginada, culturalmente construida, más allá de la materialidad concreta a la que la misma noción de *territorio* parece inequívocamente remitir. La cuestión solicita una mayor precisión terminológica. Mientras que el territorio circunscribe una entidad político-cultural que involucra relaciones jurídicas de poder, el paisaje constituye un medio de representación que participa en la formación de una compleja red de identidades sociales y subjetivas. W. J. T. Mitchell propone concebir al paisaje como un verbo en lugar de un sustantivo, como un medio dinámico que naturaliza una construcción social y cultural, que representa un mundo *artificial* como si fuera simplemente dado e inevitable y hace de esta representación algo operativo que interpela al observador. Medio de expresión, entonces, de una vasta red de códigos culturales (1994: 1-34). Son aspectos de este proceso que subyace a las representaciones del paisaje los que se intentan elucidar en este apartado.

5.1.1 Sublimes y patrióticos

En numerosas crónicas periodísticas de viaje se manifiesta explícitamente una intención de educar al lector en la observación del paisaje, de entrenar una mirada que se presupone miope:

A veces, me he sorprendido perorando con un peón acerca de la armonía de un paisaje, de la coloración del ambiente, de la posible causa física de un fenómeno atmosférico. Y aún observando que predicaba en desierto, he continuado, como quien habla consigo mismo. Por otra parte, la generalidad de los compañeros accidentales de viaje no ven, en cuanto a panoramas, mucho más que los peones, pues la vista de los hombres no educados para ello –lo he observado muchas veces– es incapaz de abarcar un conjunto, y solo se fija en los detalles más salientes: la forma de un árbol, la altura de una colina, la corriente veloz de un arroyo...²⁹⁹

La cita invita a pensar el paisaje como una producción de un tipo particular de observador, un punto de vista, antes que una construcción estética, que supone una preparación y una distancia social, como deja bien en claro Payró.³⁰⁰

En una gira por el norte argentino, José Ceppi hace gala de una formación paisajística europea, en la que predominan los paisajes de montaña, desarrollada en Génova, su ciudad natal, enclavada en la falda de un conjunto montañoso; en Milán, durante sus años de estudio, con el panorama imponente de los Alpes como telón de fondo; y completada en España, en las regiones montuosas de las Provincias Vascongadas: “Es fácil, pues, imaginarse el placer con que emprendería mi proyectada excursión al norte de la provincia de Tucumán y a las provincias de Salta y Jujuy esencialmente montañosas.”³⁰¹ La contracara de esta afición por los paisajes de montaña se expresa en la sistemática negación de Ceppi al momento de construir un paisaje de la llanura pampeana, a la que califica de interminable, uniforme, aburrida y monótona.

²⁹⁹ Roberto J. Payró, “En las provincias del norte. Excursión periodística a Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. IX. Una ascensión al Calvario”, *La Nación*, 22 de enero de 1900.

³⁰⁰ “El observador consciente de sí mismo: el hombre que no solo observa la tierra, sino que es consciente de que lo está haciendo, como una experiencia en sí misma, y que ha preparado modelos sociales y analogías tomadas de otra parte para justificar la experiencia: esta es la figura que necesitamos buscar; no un tipo de naturaleza sino un tipo de hombre.” (Williams, [1973] 2001: 164).

³⁰¹ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “En viaje. De Tucumán a Jujuy. Los paisajes. Tipos y costumbres. Jujuy y sus alrededores. Rarezas de un hotel. Un gato indecente”, *La Nación*, 22 de julio de 1894. (Ver Apéndice II).

El contraste de esta descripción con el proyecto romántico de erigir al *desierto* en paisaje emblemático de la literatura nacional permite reflexionar sobre el carácter programático y volitivo que conlleva toda representación paisajística y la codificación de valores que incorpora. De los paisajes de la niñez en la región de la Liguria parece provenir una fina observación de Ceppi cuando, de gira por Mar del Plata, detecta una generalizada falta de aprecio local por los paisajes marítimos. Comparando la incipiente ciudad balnearia con las *rivieras* de Italia, las costas de Niza y el Cantábrico, Ceppi invita a sus lectores a detenerse en “la variedad, la armónica combinación que presentan las colinas, la llanura, la playa con su suave declive en algunos puntos, con sus grandes acantilados en otros”.³⁰²

En el transcurso de la misma década de 1890, en un pasaje de *La Australia argentina*, Payró sugería incorporar un nuevo paisaje marítimo al patrimonio vernáculo e instaba a los pintores a representar los canales fueguinos:

Hay que ceder el puesto a los pintores, invitarlos, incitarlos a que vayan a refrescar sus pinceles en aquel baño de hermosura y de grandeza, para dotar a nuestro país de lienzos que sugieran al alma altos pensamientos, y rindan culto a los tesoros naturales que nos han cabido en suerte (1898: 177).

Las propuestas de instrucción moral y de culto patriótico que se desprenden de la cita vinculan la construcción de una tradición paisajística con las diversas acciones tendientes al afianzamiento de una identidad nacional, basándose en una idea de patria que mantiene la referencia al vínculo territorial que está en el origen del término.³⁰³ Payró intervenía, a su vez, con este reclamo, en una disputa que conocía de primera mano como asistente a las tertulias del Ateneo de Buenos Aires, un ámbito de debate y discusión de ideas fundamentalmente literarias y artísticas, integrado por escritores, músicos y artistas plásticos que comienzan a establecer espacios de sociabilidad relativamente autónomos del ámbito de la política. Payró se había incorporado a estas reuniones detrás de la figura nuclear de Rubén Darío, quien arribó a Buenos Aires a mediados de 1893. En el Ateneo tuvo lugar una encendida polémica en torno al arte nacional y sus paisajes representativos, que enfrentó la posición sostenida por Rafael Obligado, según la cual para hacer un arte nacional había que descubrir la belleza de la pampa bajo la sombra tutelar de Esteban Echeverría, y la

³⁰² Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Mar del Plata. La playa y sus alrededores. La vida balnearia. Los hoteles. Los baños y los enamorados. Otros detalles”, *La Nación*, 14 de diciembre de 1892.

³⁰³ Sobre el concepto de “patria” y su evolución histórica véase: Di Meglio (2008).

de Eduardo Schiaffino, que deslindaba la especificidad del arte plástico respecto del poético y proponía, con su trabajo artístico, otros posibles paisajes nacionales como el de las sierras de Córdoba (Malosetti Costa, 2001: 337-346).

Payró cubrió para *La Nación*, en carácter de crítico de arte, las sucesivas exposiciones anuales de pinturas y dibujos que realizó el Ateneo en 1894, 1895 y 1896. De antemano, se declaró ignorante en la materia y apeló al sentimiento y la impresión como motores de su maleable prosa periodística, llegando incluso a adoptar un esquema enunciativo afín a sus limitaciones: “Carta de un profano a su vecino de provincia” reza el encabezado del escrito que Tomasito Buenafé (uno de los seudónimos frecuentes de Payró) le dirige a su “Querido Pancho” con las observaciones del Salón de 1896.³⁰⁴ Pero más allá de estas consideraciones, Payró efectivamente tenía en claro una demanda para los pintores del salón, acerca de los asuntos representados en sus obras:

No extrañarán, pues, los visitantes del salón del Ateneo, ni la diversidad de escuelas ni la escasez de pintores personales, desde que es ley que tal suceda. Lo que extrañarán sí, y lo que nosotros lamentamos, es la ausencia casi completa de asuntos del país, de paisajes indígenas, de marinas nuestras, de cuadros de aquí que nos pertenezcan exclusivamente (...).³⁰⁵

A la luz de estas observaciones cobra otra dimensión la representación literaria de los paisajes fueguinos en *La Australia argentina* y el insistente llamado a pintores y fotógrafos a ocuparse de la región.

Según Graciela Silvestri, recién hacia fines de 1930 se consolida una forma compartida por una porción representativa de la sociedad de entender y apreciar el territorio argentino a través de un conjunto resumido de imágenes paisajísticas, por lo que se puede argüir que el lapso que comprenden estas crónicas pertenece a un período formativo en el proceso de institucionalización de los paisajes nacionales.³⁰⁶ Serán la fotografía y el cine los vehículos

³⁰⁴ Tomasito Buenafé (pseud. Roberto J. Payró), “El Salón de 1896. (Primera carta de un profano a un vecino de provincia)”, *La Nación*, 22 de octubre de 1896.

³⁰⁵ Roberto J. Payró, “El Salón. Segunda exposición anual de pintura y dibujo. Raza y arte nacional” *La Nación*, 3 de noviembre de 1894.

³⁰⁶ “Cuando el Correo argentino inaugura su primera serie paisajística en 1939, [...], elige las cataratas del Iguazú y dos vistas del parque Nahuel Huapi. La serie se renueva en la década del cincuenta, incorporando la quebrada de Humahuaca y el Fitz Roy. La pampa, que por otras vías estaba ya estetizada, aparece en otra serie a mediados de los treinta, si bien con el protagonismo de una vaca en primer plano. En la misma época, otras series ya han puesto en escena el Cristo Redentor en Mendoza y posteriormente, el Puente del Inca.” (Silvestri, 1999a: 112).

más habituales para representar paisajes en el siglo XX, constituyendo uno de los instrumentos más eficaces en la construcción de la idea de patria, pero ya en el último tramo del siglo XIX puede rastrearse la necesidad de articular las formas de la naturaleza con la argentinidad.

La opción de Payró por los canales fueguinos es más que pertinente si se consideran sus características intrínsecas. La dimensión de lo “sublime patriótico”, que Silvestri, retomando el concepto estético definido por Longino, Kant y Burke, considera definitoria de un modo nacional de representar a la patria a través del paisaje, encuentra en estas descripciones de Payró un medio de expresión privilegiado, ya que recortan un paisaje natural de dimensiones inéditas que induce esa pasión provocada por una sensación de peligro controlado. Contrastes abruptos, silencios sobrecogedores, claridades deslumbrantes y grandeza de dimensiones son algunos de los atributos de esta inflexión romántica de lo sublime que reúne las cualidades más aptas para las representaciones de la Nación:

El paisaje es triunfal doquiera se tienda la vista, ya sea que produzca impresiones de terror, como una tierra estéril y maldita, de ásperas y amenazadoras rocas, ya se suavice, y hallando sin embargo, contrastes rudos de color, aglomere la gran mancha blanca de la nieve con la sombra de las peñas y los verdores de los árboles, ya se haga suave, blanco, casi idílico en alguna playita de cantos rodados en que va a morir mansamente la ola espumosa (...). A veces el panorama tiene una grandeza admirable, se hace majestuoso y sereno, con tal armonía, tal fusión de tintas (...). Cuando brilla el sol, todo es allí soberbio: la luz se quiebra y centellea en la nieve, dora los riscos, da frescura e intensidad a los árboles, claridades cristalinas al agua (...) (Payró 1898: 174-175).

Representaciones de este tipo se integraron a un conjunto de prácticas que contribuyeron a la producción del espacio patagónico como un lugar dotado de un valor diferencial y una dimensión simbólica que dio a sus paisajes el status de un espectáculo nacional. La invención de la Patagonia como lugar, afirma Gabriela Nouzeilles, constituye un ejemplo excelente para entender la naturaleza como parte de la cultura, en el sentido de que toda experiencia del mundo natural esta mediada y modelada por construcciones retóricas como la fotografía, la narración, la publicidad y por instituciones escolares, turísticas, científicas y estatales. Para esta crítica, el paisaje patagónico en sus dos versiones, árido y sublime, ha sido particularmente persuasivo como encarnación natural de una “idea de Estado” (Nouzeilles, 1999: 42).

Si esto es posible, se debe a una ambigüedad constitutiva de la palabra paisaje que remite a un lugar real y a su simulacro, que lleva de los paisajes mentales a los paisajes materiales, sin clausurar totalmente uno de los términos (Silvestri, 1999b: 231). Son los valores que los espectadores (viajeros y lectores) acuerdan depositar en un escenario particular del confín de la República los que dotan al paisaje de esta función privilegiada de símbolo nacional.

No solo los relatos de viaje contribuyeron a configurar estos territorios imaginados en una época en que los incipientes destinos turísticos se limitaban a unos pocos centros de veraneo como Mendoza, Mar del Plata, los alrededores de Córdoba y Tandil y las playas uruguayas; cabría mencionar otras prácticas como el extendido pasatiempo de las postales, los cromos y las estampas estudiado por Silvestri (1999a; 2011), y el afianzamiento en la currícula escolar de la materia Geografía, fuente de representaciones simbólicas de alto impacto sobre la realidad social.

Las crónicas periodísticas de viaje proporcionaron una visión de conjunto del territorio nacional elaborada a partir de los espectáculos grandiosos de la naturaleza. El paisaje triunfal, pintoresco, romántico, sublime, idílico, melancólico, terrorífico, condensaba una imagen convencional y simbólica susceptible de articular contenidos identitarios, apelando a un sentido de pertenencia que remitía directamente a la idea de Nación, entendida como una comunidad dotada de una identidad cultural esencial.³⁰⁷

5.1.2 Llanuras, montañas, sierras y cascadas: valores y usos

Un examen de las crónicas de los periodistas viajeros focalizado en las representaciones verbales del paisaje permite establecer una suerte de estado de la cuestión paisajística en el período de entre siglos. Julio Piquet resumía la desgastada retórica de un estetizado paisaje de las pampas con un dejo de impotencia al describir el trayecto en tren de Buenos Aires a Mendoza: “las observaciones que pueden hacerse de este largo trayecto han sido expresadas ya hasta el cansancio y podrían condensarse en una frase: una navegación a

³⁰⁷ Para un análisis comparativo del concepto de nación tal como lo han desarrollado Benedict Anderson y Eric Hobsbawm véase Hilda Sabato, “¿Qué es una nación?” (1991: 29-34).

vapor sobre un mar de tierra.”³⁰⁸ La célebre imagen de Humboldt, retomada en obras fundacionales de la literatura argentina, continuaba expresando el carácter eminentemente literario de la construcción del paisaje pampeano.³⁰⁹ Pese al reparo expuesto, Piquet cedía a la tentación de producir una versión propia, aunque deudora de la pampa de Sarmiento elaborada en las primeras páginas del *Facundo*:

La pampa velluda, según dijo Sarmiento que sabía adjetivar como Homero, se extendía glauca hasta el pie de aquel cielo trágico. De pronto, el sol, alto ya, lanzó su luz a través de un andrajo de nube y formó en la línea del horizonte un fúlgido cerco de oro que engarzó durante unos instantes el oscuro zafiro del cielo a la pálida esmeralda de la estepa.

En la línea incierta del horizonte que confunde cielo y tierra puede reconocerse un tópico característico de las representaciones literarias cuyos ecos llegan hasta el presente.

También la cordillera argentina contaba, a fines del siglo XIX, con un paisaje literario establecido principalmente por la obra de Joaquín V. González, *Mis montañas* (1893), cuyos capítulos habían sido adelantados por *La Prensa* el año anterior a la edición del libro. En *Mis montañas*, González desarrollaba algunas líneas programáticas planteadas en *La tradición nacional* (1888), ensayo en el que proponía la sublimidad del paisaje de los Andes –que “sorprende y extasía, aterroriza y entusiasmo, sacude y avasalla”– como medio ideal para crear la tradición en naciones que no la tienen y deben fundarla sobre la base de la naturaleza y sus caracteres íntimos: “El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dio a Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquella (...)” ([1888] 1957: 58-59). González abogaba por el cultivo del género de la tradición popular (forjada en el romanticismo europeo y

³⁰⁸ Julio Piquet, “A Chile por los Andes. De Buenos Aires a Mendoza. Impresiones”, *La Nación*, 30 de septiembre de 1891.” (Ver Apéndice II).

³⁰⁹ Cuando Humboldt recorrió los llanos venezolanos, recién iniciado el siglo XIX, experimentó la impresión grandiosa que producía la contemplación de la planicie inmensa y un asombro que podía competir sin desventaja con el que causaba la imponente cadena montañosa de los Andes. En una cita célebre, parafraseada por el aluvión de viajeros ingleses al Río de la Plata en la primera mitad del siglo, extendió esa visión a las “Pampas de Buenos Aires y del Chaco”, que en verdad no había visitado, y vislumbró la superficie lisa de un océano cruzando la llanura en viajes de veinte o treinta días, casi como una alucinación producto del sopor que invade al viajero durante el monótono itinerario. La literatura argentina se hizo eco de la comparación en algunos de sus textos fundacionales y la imagen del mar asociada a la pampa constituyó un tópico ineludible de los relatos de viaje. Véase: Humboldt (1941: 207).

reconfigurada en sede americana por Ricardo Palma en Perú) que revestía al cuadro histórico con la imaginación poética para cautivar a las generaciones del porvenir, que irían a buscar en las leyendas y tradiciones la fuente del patriotismo. El programa debe entenderse en el contexto de las preocupaciones de los intelectuales y grupos dirigentes por una nacionalidad, concebida como manifestación de la singularidad cultural de un pueblo, que parecía entrar en crisis ante las proporciones gigantescas alcanzadas por las cifras inmigratorias en la década de 1880. La recuperación, exaltación y retorno hacia asuntos, relatos y costumbres anteriores al estallido inmigratorio constituyó una de las respuestas que se inscribieron en las múltiples manifestaciones tendientes a establecer una hegemonía cultural en una sociedad que se percibía amenazada.³¹⁰ El papel protagónico reservado a los escenarios naturales en este proyecto se expresaba idealmente en la simbiosis entre el héroe y su teatro de acción, que alcanzaba su punto culminante en la adecuación recíproca de las cumbres sublimes de los Andes y la figura del general San Martín, de quién González había escrito: “Su vida es como la montaña que sirve de base a su inmortalidad” ([1888] 1957: 178).

Con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre del general San Martín en Mendoza, en 1904, el enviado especial de *El Diario*, Arturo Giménez Pastor, cerraba su crónica expresando esta analogía ya consolidada en el imaginario colectivo, en la que el paisaje de los Andes centrales resultaba indisociable de la historia de la emancipación nacional:

Aquello explicaba la historia. Allí se imponía al espíritu la necesidad de que ante aquel soberano monumento de la naturaleza fulgurara en el cerebro de San Martín el inmenso ideal de la emancipación del continente. (...) Era necesario que el plan se desplegara allí, discutido en mudo diálogo con las cumbres durante las calladas noches del año heroico. Era preciso que el gran ejército de la libertad surgiera de aquella tierra que el fuego estremece y levanta, aquella tierra que parece tener impacencias de rebelde, movimientos de bridón mal sometido que sacude violento la grupa proclamándose incapaz de soportar un amo.³¹¹

³¹⁰ Para un estudio de las variadas respuestas intelectuales frente a esta problemática, véase: Alfredo Rubione, “Retorno a las tradiciones” (2006: 75-100).

³¹¹ Arturo Giménez Pastor, “Inaugurando estatuas. En viaje patriótico. San Martín frente a los Andes. Mendoza de fiesta. El pedestal del libertador. El estandarte de la gran campaña. La ceremonia inaugural. El nuevo ejército. Los Tamarindos – Evocaciones históricas. Tierra adentro. (De nuestro enviado especial)”, *El Diario*, 9 de junio de 1904. (Ver Apéndice II).

Otros paisajes que ya habían alcanzado gran difusión hacia finales de siglo XIX eran aquellos vinculados a los incipientes centros de veraneo como Mar del Plata, Córdoba, Tandil y Mendoza. Algunos de ellos poseían algún monumento natural particular que se constituía en su atractivo principal. Era el caso del Puente del Inca en Mendoza, que contaba con una importante tradición visual y escrita compuesta por los viajeros y pintores europeos que recorrieron la zona, en tránsito a Chile, a lo largo del siglo XIX, y dejaron testimonio del singular paso (Peter Schmidtmeier, John Miers, Charles Darwin, Johann Moritz Rugendas, entre otros). Payró se excusa al momento de describir “tan conocido paisaje” durante su viaje a Chile de 1895, aunque dedica unas líneas a criticar las representaciones pictóricas y fotográficas, las primeras porque no logran transmitir las agudas disonancias de color, las segundas porque ocultan los detalles del erizado dibujo de las grandes líneas del contorno.³¹²

Las sierras de Córdoba, como se ha dicho, constituían uno de los modelos propuestos por el pintor Eduardo Schiaffino en la búsqueda de un “paisaje nacional” alternativo al de la pampa, ya que la llanura no presentaba accidentes ni elevaciones desde donde desplegar un punto de vista pictórico. En una serie de notas de un viaje a Córdoba, publicadas en *La Nación* a principios de 1897, Schiaffino argumentaba en favor de la primacía del paisaje cordobés, a partir de la armonía y el equilibrio de dos elementos centrales que en la pampa bonaerense aparecían disociados: la tierra y el agua. Mientras que en Buenos Aires el agua se aglomeraba en el estuario del Plata y la tierra se concentraba en la pampa, Córdoba ofrecía una distribución variada y siempre armónica del agua, la piedra y el árbol, combinados en mil variantes “hasta agotar todos los recursos estéticos de la más sabia escenografía”:

Ora combinan su diversa gracia; un hilo de agua se abre paso entre dos piedras, las humedece y pulimenta; una familia de helechos germina, arraiga y crece junto a la linfa, a la sombra protectora de un alero de piedra salpicado de musgo, donde las felpas y los terciopelos entonan la fresca sinfonía de los verdes acuosos henchidos de jugo; el agua viajera encuentra al paso un tosco lecho, de flancos rugosos, sembrado de piedras filosas y agudas, lo llena, rebalsa, pule sus cuencas y forma redondas piscinas en cuyo cristal movable como el agua temblorosa del moaré, se refleja el dosel de verdura lozana de algún coco de follaje menudo, arraigado en la rendija de dos

³¹² Roberto J. Payró, “El viaje a Chile. ¡Lo que va de ayer a hoy! La verdad sobre el paso de Uspallata. El llano y la montaña – Panoramas – El tren, el coche y la mula – El hambre en los ventorrillos – Fotografías instantáneas – Etcétera”, *La Nación*, 3 de junio de 1895.

peñascos, separados violentamente por el esfuerzo indómito de su leñoso tronco, en el impulso ansioso hacia la luz, manantial de vida.³¹³

Las cuatro entregas del viaje de Schiaffino narran la excursión de dos pintores junto a un poeta (lo acompañan Ángel Della Valle y Miguel Escalada) durante un paseo turístico que combina el esparcimiento con la investigación pictórica tras la búsqueda del paisaje serrano. Las crónicas están ilustradas con dibujos de Augusto Ballerini basados en los bocetos de los pintores excursionistas. Para Schiaffino, la sierra cordobesa posee toda la belleza de recursos susceptible de generar una escuela de paisajistas propia, como la que se originó en la región de Fontainebleau, en Francia, que posee un gran parecido con la de las sierras de Córdoba, según observa en una de sus crónicas.

Rubén Darío, asiduo concurrente a las conferencias y debates del Ateneo, donde llegó a ocupar una posición de liderazgo, mantuvo un estrecho vínculo con Schiaffino y dejó también sus impresiones del paisaje serrano, en ocasión de un viaje periodístico como enviado especial de *La Nación*.³¹⁴ Darío había llegado a Córdoba para cubrir las fiestas nacionales en honor de la Virgen del Rosario, que se celebraron durante los últimos días de septiembre de 1896. Las dos crónicas que publicó *La Nación* están dedicadas, la primera, a brindar un conjunto de impresiones de “la ciudad de los templos”, que transitan por los lugares comunes de las descripciones de la capital cordobesa (colonial, docta, religiosa y universitaria); la segunda, a la peregrinación en honor de la virgen, la descripción de los peregrinos y la historia de la imagen sagrada.³¹⁵

Después de los festejos y antes del homenaje que se le brindó al poeta en el Ateneo de Córdoba, Darío partió hacia las sierras en procura de unos días de descanso (Capdevilla 1946: 114). Los artículos enviados a *La Nación* no mencionan este viaje, cuya crónica Darío reservó para el prólogo al libro de Ashaverus (Amado J. Ceballos), *Tierra Adentro* (1897). Ambos corresponsales de *La Nación* se habían conocido durante la estadía de Darío en la capital cordobesa, en un momento en que compartían encargos similares de la dirección del diario. *La Nación* adelantó en febrero de 1897 este prólogo como anuncio de la publicación del libro de Ashaverus. Más que un prólogo es una crónica de viaje, en la que Darío confiesa

³¹³ Eduardo Schiaffino, “En la sierra de Córdoba”, *La Nación*, 9 de febrero de 1897.

³¹⁴ Sobre la relación de Rubén Darío con Eduardo Schiaffino, véase: Malosetti Costa (2001: 409-416) y García Morales (2004: 103-173).

³¹⁵ Rubén Darío, “Córdoba. La ciudad de los templos. Sensaciones y paisajes”, *La Nación* 3 de octubre de 1896 y “Sensaciones de viaje. En Córdoba. La peregrinación bonaerense”, *La Nación* 9 de octubre de 1896.

su predilección por los paisajes de la pampa y los de las serranías de Córdoba. También menciona el viaje de Schiaffino, cuyas primeras crónicas habían salido ese mismo mes, y que pudieron haber influenciado esta preferencia de Darío, teniendo en cuenta su relación con el pintor. Darío se detiene en los paisajes de Capilla del Monte, en la misma veta que Schiaffino –“los extraños juegos de las rocas, los cristalinos y armoniosos remansos de las aguas, la vegetación intrincada y lujuriantes”– y narra una ascensión al cerro Uritorco antes de dedicar, hacia el final, unas pocas líneas al libro de Ashaverus: “Su libro servirá a quien desee conocer esas hermosas regiones de tierra adentro, de guía pintoresca, útil y risueña.”³¹⁶

Fue este corresponsal de *La Nación* en Córdoba uno de los principales divulgadores de los paisajes serranos a través de la prensa en el tramo final del siglo. Ashaverus recopiló en su libro una serie de crónicas de viaje publicadas en *La Nación* entre 1895 y 1896 y otras inéditas. El acento en la descripción paisajística estaba al servicio de una voluntad expresa de promover el desarrollo turístico de la región, más allá de las difundidas propiedades curativas que ya habían dado fama al clima serrano. Una de las crónicas anunciaba este propósito: “la descripción para mi querido diario, de una región serrana casi del todo desconocida de los argentinos, aún de los más aficionados a largas excursiones dentro de la patria.”³¹⁷ Ashaverus difundió en sucesivas correspondencias para *La Nación* un sinnúmero de recorridos turísticos, en tren, en carruaje, a caballo, a lomo de mula o a pie. Describió con profusión de detalles las instalaciones hoteleras, los cuartos, el mobiliario, los salones y la sociabilidad de los centros veraniegos, sin desatender los costos y las posibles excursiones por la zona. Muchas de las crónicas llevaban sugestivos títulos para tentar a los futuros *veranistas* como “Veraneando”, “De paseo campestre”, “Excursiones serranas”, “El veraneo en Córdoba”. El paisaje sumó en este contexto un valor construido como atractivo turístico, que se expresaba magistralmente en un largo pasaje donde la seducción del paisaje de la falda de Sierra Chica encontraba una analogía ideal en el retruécano de “la falda de la chica”:

Juega y se viste con todas las combinaciones de colores; pero prefiere los matices del verde, del azul, del rosa y del gris. Glorifica todas las formas, hasta las angulares y duras que acusan la combatividad infatigable e invencible; pero ostenta de preferencia las superficies inclinadas y las curvas más elegantes, ora delicadas, casi imperceptibles,

³¹⁶ Rubén Darío, “‘Tierra Adentro’. Sierras de Córdoba”, *La Nación*, 23 de febrero de 1897.

³¹⁷ Ashaverus (pseud. Amado J. Ceballos), “Región minera cordobesa. Ingenio de Santa Bárbara”, *La Nación* 19 de diciembre de 1896.

ora audaces; se inunda de luz esplendorosa, alza su cabeza hasta las nubes, se cubre de blanco polvo fino y brillante, se rebuja en manto inmenso de sombra.
Me llama, me arrastra con fuerza irresistible, me oculta con arte consumado sus encantos, me promete siempre algo más (...) (Ashaverus 1897: 148-49).

Los paisajes serranos de Ashaverus incluyen, “coches, jinetes, amazonas, y caravanas pintorescas de excursionistas” (1897: 238); la presencia femenina ocupa un lugar destacado en muchas notas del cronista, que suelen incluir también indicaciones sobre paseos, ascensos y cruces apropiados para las veraneantes. Si el destino turístico que promovían los seductores paisajes serranos ya mostraba, en este conjunto de crónicas, indicios tangibles de un desarrollo exitoso, los paisajes en sí mismos no iban a ser reconocidos como representativos de la Nación, sino de la provincia o la región, tal como señala Graciela Silvestri, equiparándolos a los de Mar del Plata, Tandil o las provincias del norte argentino (1999a: 112). Para esta investigadora, como se ha señalado, la clave de la selección de los paisajes patrios radica en una naturaleza de dimensiones inéditas, “la gran dimensión de lo sublime patriótico”, y Argentina contaba, en este sentido, con un monumento natural por excelencia: las cataratas del Iguazú.

El periodista de *El Diario* Manuel Bernárdez viajó a las cataratas en 1900 y redactó un conjunto de crónicas destinadas a las páginas del diario, que recopiló con el subtítulo de *Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones* en el libro *De Buenos Aires al Iguazú*. El libro conforma el documento iconográfico de las cataratas más relevante de la época, cuando aún no se había trazado un camino del lado argentino que franqueara el acceso de los visitantes.³¹⁸ *De Buenos Aires al Iguazú* sirvió de guía a los primeros turistas que se adentraron por la picada argentina, a comienzos de mayo de 1901, en un viaje que un suelto del diario anunciaba con todos los condimentos de lo que hoy se reconoce como turismo de aventura: “En un obraje del Alto Paraná se proveerán de perros de monte, ya listos para realizar cacerías de antas, pecarís y ciervos que abundan en los márgenes boscosos de

³¹⁸ En abril de 1901, un artículo de *El Diario* fechado en Posadas, anunciaba las primeras excursiones al Iguazú programadas por la agencia de vapores Mihanovich, cuando aún restaba finalizar el tramo de carretera desde la embocadura del río Iguazú hasta las cataratas, y se aprestaba la construcción de un chalet de madera al pie de los grandes saltos para alojar a los turistas. (“Las cataratas en moda. Cuatro excursiones al Iguazú. Viaje del presidente de la República. El camino a las cataratas. Puente sobre los grandes saltos. Posadas ciudad de invierno. Lo que cuesta el viaje a Iguazú. El ‘Eolo’ en la carrera – Un pontón-hotel. Las cacerías en la selva. Programa de primer orden para el turismo”, *El Diario*, 16 de abril de 1901.)

ciertos arroyos, sobre todo en el Monday, donde se penetra a cazar en piragua, gustando un novedoso placer cinegético.”³¹⁹

El relato que hizo Bernárdez de su primera visión de las cataratas trasunta la estupefacción del espectador, el temor hacia lo sagrado que despierta el sentimiento de lo sublime y un pensamiento de la naturaleza como expresión de un referente suprasensible³²⁰:

¡Gran Dios! ¡Cómo es visible la obra de tu mano! Senté la yegua sobre los jarretes de un bárbaro tirón y sentí que ante aquella belleza poderosa, soberana, infinita, inesperada, ni sospechada siquiera a pesar de la intensa expectativa, el corazón se me exaltaba y crecía –algo de la gran fuerza universal entraba en él– y lágrimas de gratitud, llanto de fuerza, expresión de un sentimiento inenarrable, de una cosa inaudita y recóndita que la lengua no sabe decir, yo no sé, pero lágrimas de hombre, me llenaron los ojos (Bernárdez, 1901: 121).

Un post-scriptum fechado en marzo de 1901 completa el libro, que se cierra con una fotografía panorámica desplegable que abarca poco más de la mitad del desarrollo total de las cataratas. En el mismo se someten a consideración las dimensiones de las cataratas del Iguazú comparadas con las del Niágara, en la disputa por el título de “Maravilla de América”, pleito que resulta obviamente saldado en favor de la Argentina. La segunda edición incorpora una carta prólogo de Miguel Cané, en la que objeta esta comparación con las cataratas del Niágara y propone, como contra-modelo, el salto de Tequendama, en Colombia. Cané había visitado ambos monumentos naturales a principios de la década del ochenta y había experimentado impresiones opuestas. El del país del norte le había resultado arruinado por la explotación comercial de la industria turística, “rodeado de pequeñas villas coquetas, chalets suizos en ladrillo rojo, surcados por puentes de ferrocarril, rodeado de molinos, *bar rooms*, albergues cubiertos de anuncios de Lanmann y Kemp, de la Marfilina, de la Almohadilla de Parry, ultrajado, profanado (...)” ([1883] 1907: 311). En este sentido, las cataratas del Niágara constituían una sinécdoque del materialismo que dominaba la sociedad norteamericana, según había diagnosticado Cané en su paso por New York (“el becerro de oro como meta suprema”). Frente a esta visión, el Tequendama se erigía por sobre su rival, merced a sus atributos intocados de naturaleza virgen y salvaje.

³¹⁹ “Misiones. Excursión a las grandes cataratas. Comitiva de turistas ingleses. Estreno de la picada argentina”, *El Diario*, 5 y 6 de mayo de 1901.

³²⁰ Sobre el concepto de lo sublime en Kant en relación al paisaje, véase: Aliata y Silvestri (1994: 77-80).



Página desplegable del libro *De Buenos Aires al Iguazú* (1901), de Manuel Bernárdez.

La discusión sobre la “maravilla de América” se cargaba de contenidos nacionalistas en la frase que cerraba el libro de Bernárdez: “¡Sea argentina por los siglos de los siglos!”. *El Diario* se sumaba a la disputa en un artículo que refería la opinión de un turista inglés que acababa de visitar las cataratas del Niágara por segunda vez cuando, estimulado por la lectura del libro de Bernárdez, emprendió una nueva excursión a Misiones. La sentencia de este observador imparcial, tomada del álbum de recuerdos autógrafos puesto a disposición de los viajeros en Puerto Aguirre, aparecía en la nota reproducida en su idioma original: “Oh Iguazú! You beat Niágara! Was (sic) more can one say!”³²¹

La carta prólogo de Cané culmina dando la venia a un conjunto de “plumas juveniles” cuyas obras distingue por el amor que profesan a la tierra argentina:

Me basta recordarle el admirable, el delicioso *Viaje al país de los matreros*, de Fray Mocho, su *Viaje Austral*, el de Payró, unos *Recuerdos de mi tierra*, de Leguizamón, con páginas y cuadros finísimos y algunos otros cuyos nombres escapan a mi memoria. *De Buenos Aires al Iguazú* se incorpora a ese haz brillante y será, de hoy más, el compañero obligado del que emprenda remontar los anchos y nobles ríos de la patria (Bernárdez, 1901: XVIII).

La serie que arma la cita combina crónicas periodísticas, textos de ficción y memorias regionalistas bajo el denominador común del paisaje. Los usos y valores que se le otorgan al paisaje en los textos mencionados son también disímiles. En el litoral de Leguizamón, se trata de la implantación de una ideología tradicionalista que establece en el pasado y en el

³²¹ “Las cataratas del Iguazú. El turismo in crescendo. Admiración y entusiasmo. Propaganda en Europa”, *El Diario*, 10 de julio de 1902.

interior la legítima esencia nacional, en línea con el programa estético ideológico del autor de *Mis montañas* (quien, por otra parte, prologó la primera edición del libro).³²² En el sur de Payró y Fray Mocho, de incorporar una región promisoría, aunque desatendida e ignorada por los gobiernos de turno, al patrimonio nacional (artístico y económico). El litoral de Fray Mocho representa un hábitat natural y salvaje para la crónica de un tipo marginal, un gaucho “cazador y pescador” determinado por su medio, antes de que la civilización arrasara con sus costumbres bárbaras. Las cataratas de Bernárdez perfilan un destino turístico a la manera de un portfolio de viaje y un monumento nacional. En todos, el paisaje se revela como un artefacto susceptible de encarnar múltiples valores, un medio dinámico de expresión cultural con una potencialidad ilimitada.

5.1.3 Fotografía e ilustración paisajística en los Suplementos Ilustrados

El período comprendido por las crónicas incluidas en el corpus coincide con la expansión de la edición ilustrada en el país, que se produjo entre fines del siglo XIX y principios del XX. El fotograbado y la fotomecánica suministraron las condiciones de posibilidad técnica de este crecimiento y el periódico ilustrado *Caras y Caretas* fue uno de sus mayores impulsores. Mientras que la litografía (la técnica de reproducción de imágenes con mayor desarrollo durante el siglo XIX) presentaba como obstáculo la necesidad de una prensa distinta de la tipográfica, lo que forzaba la separación de las imágenes de las páginas del texto, el fotograbado tenía la capacidad de reproducir, en forma económica y en compatibilidad con el texto, cualquier tipo de imagen (Szir, 2009: 113). El impacto de las técnicas de reproducción de imágenes repercutió en todo el espectro editorial incluyendo los diarios.

En el mismo año de 1902, *El Diario* y *La Nación* lanzaron sendos suplementos ilustrados semanales que revelaban la intención de intervenir en el mercado del magazine ilustrado para captar a sus lectores. El primer número del suplemento dominical de *El Diario* incluía un aviso publicitando su aparición, con precisiones sobre la composición del público al cual se

³²² Escribe González en la Introducción a *Recuerdos de la tierra*: “Con harta razón después de cada uno de sus cuadros llenos de vida y de calor a la patria, hay siempre una despedida triste a todo lo esencialmente argentino, que se va, se esfuma, se perversa.” (Leguizamón, 1896: XXX).

dirigía –“intelectual, comerciante, mujer de mundo o de hogar, joven o niño”–, sus características técnicas y la centralidad que se le asignaba a la ilustración gráfica:

“El Diario” del domingo dará primordial importancia a la ilustración gráfica. Su palabra irá complementada siempre por el dibujo, la fotografía y el color, tres elementos que marcan la notable evolución del diarismo moderno. Los lápices de los mejores artistas residentes en Buenos Aires o en el extranjero, proveerán páginas brillantes. La fotografía, seguida constantemente en su prodigioso desarrollo, será auxiliar indispensable del dibujo. El color dará relieve al uno y a la otra.³²³

El mismo suelto anunciaba un contenido misceláneo que guardaba estrecha correspondencia con el exitoso magazine porteño, privilegiando aquellos temas que lo alejaban de la cotidianeidad de la información y dotaban al formato de una mayor flexibilidad para adaptarse al gusto de los consumidores³²⁴:

(...) ser indiscreto en cuestiones de poca monta, referir cuentos amenos, enseñar sin palmeta, viajar a veces, un poco de ciencia, otro poco de comercio, de ganadería y agricultura, dar consejos útiles a hombres y mujeres, halagar a estas contándoles secretos de los maestros de la tijera, revelar cosas interesantes, crónicas, colaboraciones, sport, la cocina doméstica, aventuras, variedades, música, todo en fin, todo, lo que compendia y caracteriza el trajín de la vida moderna.

La fotografía paisajística tuvo una difusión privilegiada en este nuevo formato, ya sea acompañando las crónicas de los periodistas viajeros o independizándose en notas gráficas a toda página, como las que solían ilustrar la portada del suplemento de *El Diario* o desplegarse en sus páginas centrales. La disposición de la fotografías en estas composiciones aparecía realizada mediante guardas, viñetas y marcos de líneas sinuosas y motivos curvilíneos característicos del Art Nouveau. Dibujos en color con motivos alusivos podían acompañar las fotografías o componer un fondo para la presentación de las imágenes. Con el título de “Paisajes Andinos”, una de estas notas gráficas presenta un conjunto de ilustraciones de Martín Malharro, superpuestas al dibujo de un cóndor de enormes alas desplegadas.³²⁵ Los sitios escogidos demuestran que ya se había establecido una serie canónica de motivos paisajísticos representativos de la región: “Hotel y Baños en Puente del

³²³ “El Diario. Suplemento ilustrado”, *El Diario*, 12 de enero de 1902.

³²⁴ Sobre la apelación a un público heterogéneo en *Caras y Caretas*, véase: Alejandro Eujanian (1999a), “Los diarios compiten con las revistas” y “Del gran público al lector especializado”.

³²⁵ “Paisajes andinos”, *El Diario*, 17 de enero de 1903.

Inca”, “Establecimiento y baños bajo el puente”, “Laguna de los Horcones”. Una tapa del suplemento dedicada a las sierras de Córdoba muestra un conjunto de fotografías que registran una excursión a caballo por las faldas de las sierras, una iglesia característica de la región y una cascada.³²⁶ Las imágenes se entrelazan mediante un dibujo en colores de motivos florales y naturales. Otra tapa titulada “La Puna. Poblaciones” está compuesta por siete fotografías de diversos pueblos jujeños (Humahuaca, Santa Catalina, Rinconada) con sus caseríos de paredes blanqueadas, iglesias de adobe y montañas de fondo que conforman una folclórica unidad de paisaje y habitante.³²⁷

El universo de imágenes producidas con las modernas técnicas de impresión se extendía más allá de publicaciones periódicas y libros. El progresivo abaratamiento de costos repercutía sobre el número de objetos impresos. Señala Verónica Tell que los retratos y los paisajes eran los géneros más recurrentes para su reproducción en láminas, cromos y, sobre todo en el cambio de siglo, postales (2009: 151). Durante 1904, *La Nación* ofrecía periódicamente a sus lectores una colección de tarjetas postales titulada “Tarjetas postales ilustradas de ‘La Nación’”. El predominio de los paisajes es significativo: de las 46 tarjetas disponibles a la venta, según un anuncio de mayo de 1904, más de la mitad correspondían a este género.³²⁸ Por la misma época, el suplemento ilustrado de este diario publicaba páginas completas de composiciones fotográficas con vistas de las cataratas del Iguazú o los paisajes del sur de la República Argentina.

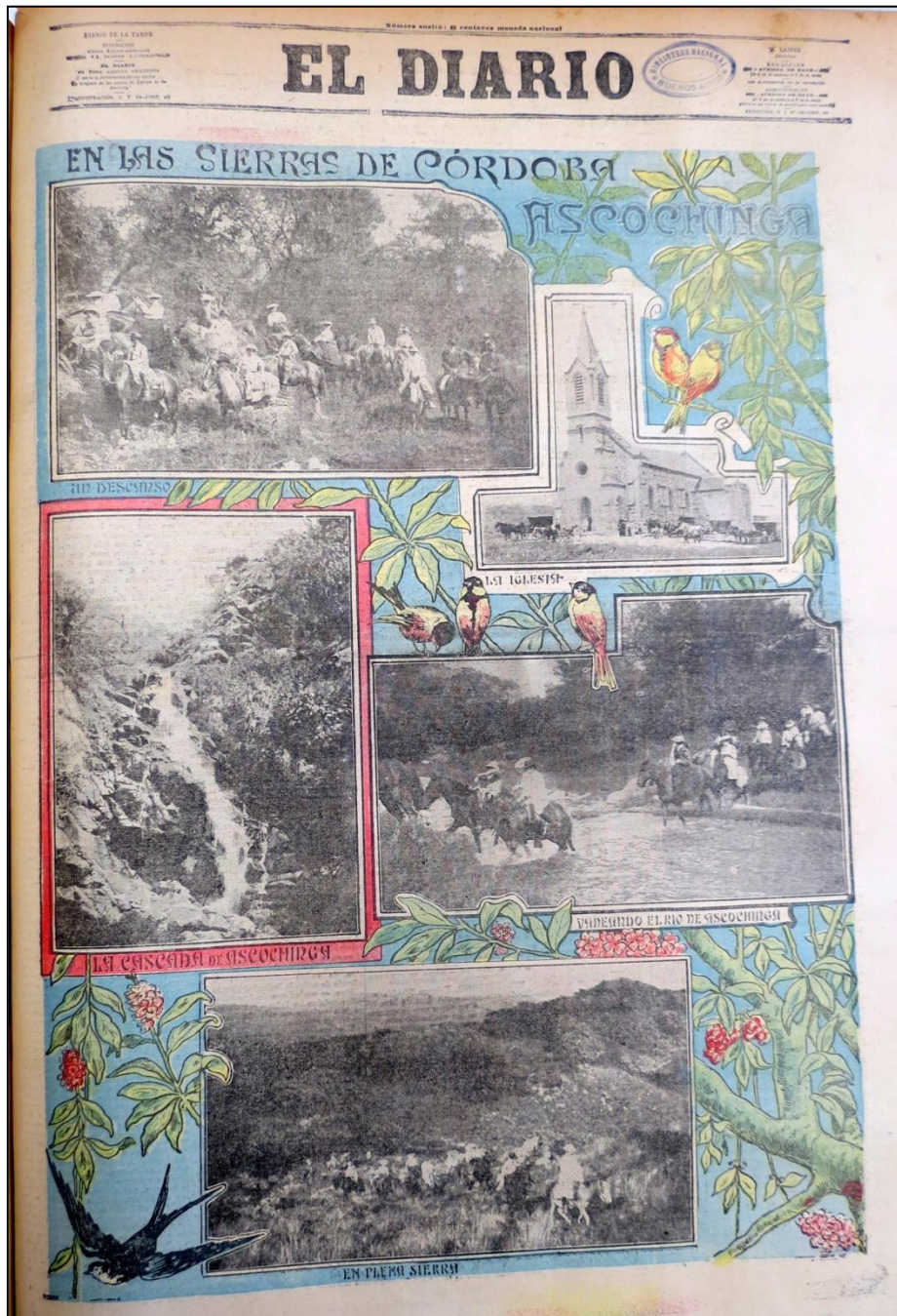
Del encargo que le hiciera la dirección de *La Nación* a Aníbal Latino en 1885, antes de emprender su gira periodística por Mendoza y San Juan, –“de no descuidar (...) la descripción de los paisajes”– a la venta directa de tarjetas postales y la expansión del contenido visual, tanto en los suplementos ilustrados como en las ediciones diarias, con especial énfasis en los paisajes nacionales, se verifica un particular interés de los grandes diarios porteños por

³²⁶ “En las sierras de Córdoba. Ascochinga”, *El Diario*, 27 de febrero de 1904.

³²⁷ “La Puna. Poblaciones”, *El Diario*, 30 de enero de 1904.

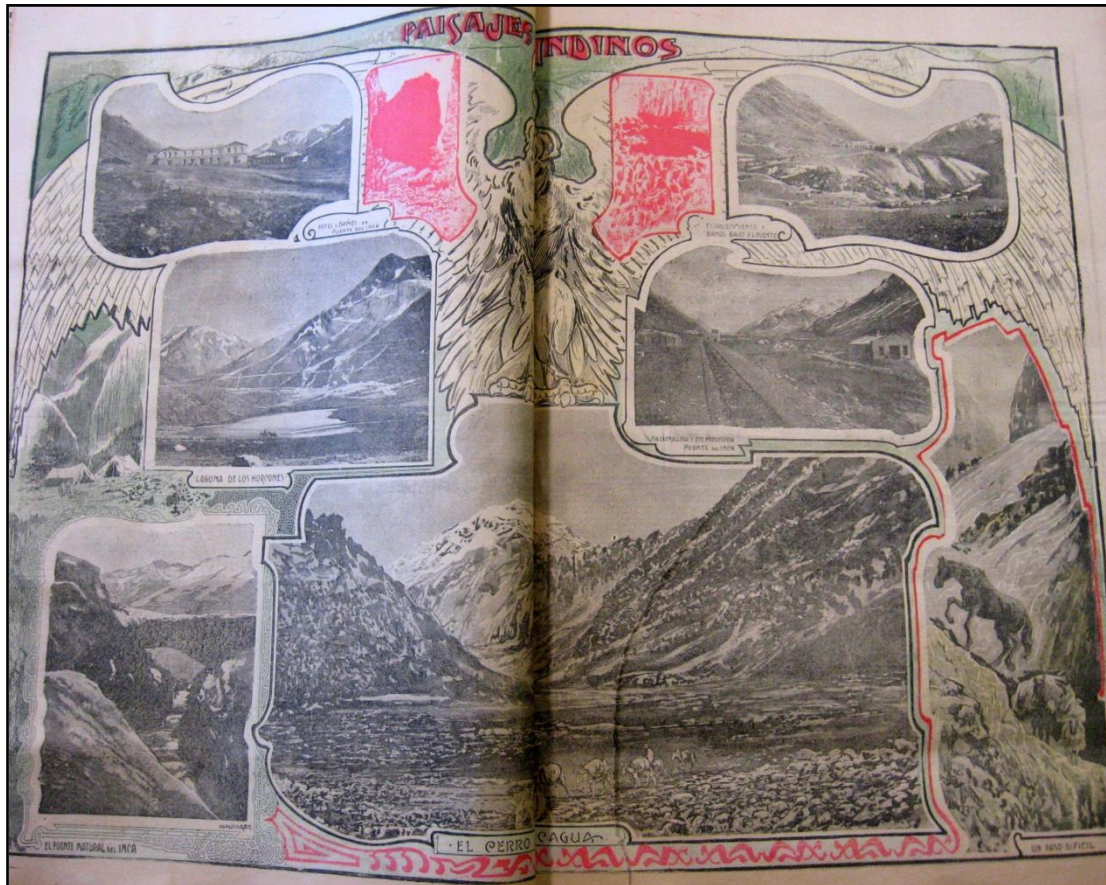
³²⁸ Estas son, siguiendo la numeración de la colección: 11, Potreros del Puente del Inca; 20, Valle de la Desolación, en los Andes; 23, Valle de Malleco, en los Andes; 24, Puente y Posada del Inca; 26, Puente del Toyo, en los Andes; 48, Vista de Ushuaia, Tierra del Fuego, R.A.; 61, En las orillas del río Paraná; 63, Río Grande (Mendoza); 64, El Chorrillo, Tanti (Córdoba); 65, Cascada, La Falda (Córdoba); 66, Ruinas de San Ignacio (Misiones); 67, Cascada de Olain (Córdoba); 68, Picada de Benítez (Chaco Austral, R.A.); 69, Cascada de San Lorenzo (Salta); 70, Río en Capilla del Monte (Córdoba); 71, El Zapato, Capilla del Monte (Córdoba); 72, Salto del Río Ñacunday (Alto Paraná); 73, Cueva Bamba (Córdoba); 75, Río I (Córdoba); 75, Cascada del Molino, Mafalda (Córdoba); 76, Palmar en el Chaco Austral; 77, Paisaje del Tigre; 78, Paisaje del Tigre; 79, Paisaje del Tigre; 80, Paisaje del Tigre; 81, Río en Capilla del Monte (Córdoba). (“Tarjetas postales ilustradas de ‘La Nación’”, *La Nación*, 8 de mayo de 1904.) Sobre el auge de las postales en los últimos años del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX véase: Silvestri (2011: 212-232).

brindar al lector una imagen acabada del país, a través de una selección de sus emblemas naturales y la construcción de sus perfiles regionales. La inclusión de las crónicas de viaje periodístico en este proceso dinámico permite identificar otra faceta del rol de la prensa como partícipe activa en la construcción de vínculos identitarios, mediante el recurso a un imaginario paisajístico nacional tramado en la conjunción del lenguaje icónico y verbal.



Tapa del Suplemento de *El Diario*.

Pies de foto (de izquierda a derecha y de arriba a abajo):
 1) Un descanso; 2) La iglesia; 3) La cascada de Ascochinga; 4)
 Vadeando el río de Ascochinga; 5) En plena sierra.
 ("En las sierras de Córdoba. Ascochinga", *El Diario*, 27 de febrero
 de 1904.)



Páginas centrales del Suplemento de *El Diario* con ilustraciones de Martín Malharro.

Leyendas (de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo): 1) Hotel y baños en Puente del Inca; 2) Establecimiento y baños bajo el puente; 3) Laguna de los Horcones; 4) Vía cremallera y Est. Provisoria Puente del Inca; 5) El Puente natural del Inca; 6) El cerro Aconcagua; 7) Un paso difícil.

("Paisajes andinos", *El Diario*, 17 de enero de 1903.)



Tapa del *Suplemento Ilustrado* de *La Nación* (nº 146).

Pies de foto (de izquierda a derecha y de arriba a abajo):

- 1) Despeñándose las aguas; 2) Saltos centrales; 3) La morada del ruido; 4) Parte superior de un salto; 5) Últimos saltos de la costa Argentina; 6) La vegetación en los saltos del Iguazú; 7) Últimos saltos argentinos; 8) Agua y flora; 9) Comienzo de los saltos; 10) Curso superior del Iguazú; 10) Desembocadura del Iguazú en el Alto Paraná.
- (“Iguazú”, *La Nación. Suplemento Ilustrado*, 15 de junio de 1905.)



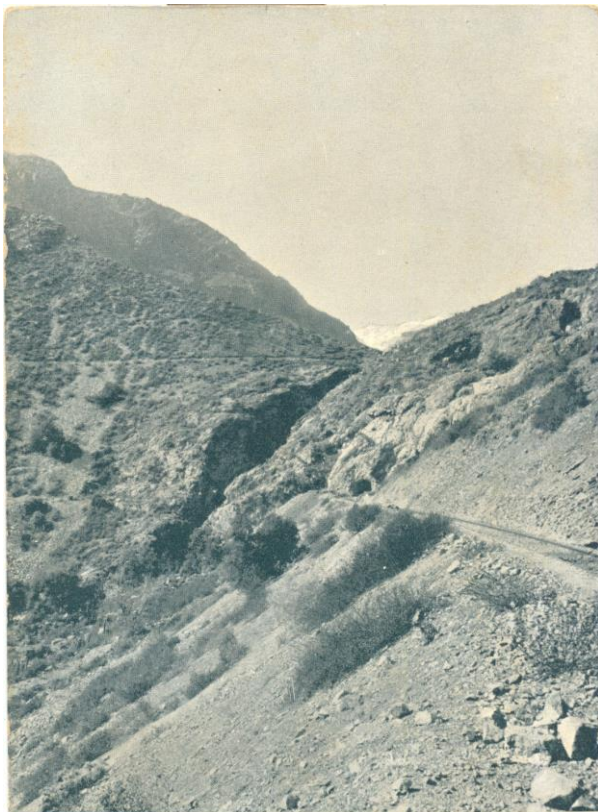
Tapa del *Suplemento Ilustrado* de *La Nación* (nº 166) dedicado a los paisajes del Sur.

Fotografía de Carlos Foresti. Pie de foto: El río Frío en el Territorio del Río Negro.
("El paisaje en el sur de la República Argentina", *La Nación. Suplemento Ilustrado*, 2 de noviembre de 1905.)



USHUAIA—Tierra del Fuego, R. A.

48—e La Nación, B. Aires



SALTO DEL SOLDADO.—CORDILLERA DE LOS ANDES

13.—LA NACIÓN, B. A:RES

Tarjetas postales
ilustradas de *La Nación*.

48. Ushuaia – Tierra del
Fuego R.A.

13. Salto del Soldado –
Cordillera de los Andes

5.2 La cuestión identitaria: mapas de inclusión y exclusión

La lectura de las crónicas periodísticas de viaje admite múltiples abordajes en relación a la cuestión nacional, entendida como la necesidad de construir una identidad colectiva que sirva de lazo social en una sociedad heteróclita (Terán, 2008: 55). Si bien el Centenario fue el momento de mayor condensación ideológica de esta problemática, los focos de atención historiográfica han venido desplazándose hacia las décadas inmediatas anteriores (1880-1910) para estudiar esta coyuntural emergencia del interés por la nacionalidad.³²⁹ El tema constituyó el centro de las preocupaciones de las elites políticas e intelectuales, pero se expresó más allá del Estado y los grupos dirigentes.

En este contexto, la prensa actuó como caja de resonancia de esta problemática. Los periodistas que recorrieron el país se enfrentaron cara a cara con una sociedad heterogénea de la cual debían dar cuenta. Llevaban el encargo de producir representaciones de la Nación en un período signado por la inmigración masiva y en sus crónicas elaboraron diagnósticos y propusieron soluciones a demandas referidas a la cuestión identitaria que asumieron como propias.

Los periodistas viajeros adoptaron un enfoque etnográfico, por otra parte característico de los relatos de viaje, para trazar los perfiles culturales representativos de los variados grupos humanos del país. En este sentido, acarrearón los problemas inherentes a las descripciones de ese objeto problemático que es la cultura. Entre ellos, el carácter construido, la naturaleza artificial de todo relato cultural, desde que los procedimientos literarios (metáforas, figuraciones, narraciones) permean la representación.³³⁰ Las verdades etnográficas son inherentemente parciales, señala James Clifford, son ficciones basadas en exclusiones sistemáticas y discutibles. Silencian algunas voces, traducen la realidad de otras y no pueden evitar los tropos, las figuras y las alegorías que seleccionan e imponen un sentido. No se pretende aquí que las crónicas analizadas operaron con la voluntad de una investigación de campo, pero de su lectura surgen elementos comparables en cuanto a la descripción cultural y la conexión entre espacios distantes que produjo la mirada del

³²⁹ Véase un recorrido historiográfico sobre la cuestión nacional y el nacionalismo en Paula Bruno (2009).

³³⁰ Se siguen en estas observaciones una serie de hipótesis críticas sobre la disciplina etnográfica desarrolladas por James Clifford (1986: 1-26).

cronista, bajo la premisa de interpretar las costumbres y modos de vida de diversos grupos sociales y étnicos para los lectores metropolitanos de la prensa diaria.

Criollos e inmigrantes, enfrentados, amalgamados, en tensión constante, son los protagonistas indiscutidos de estos relatos que, en conjunto, diseñan mapas de inclusión y exclusión. Las crónicas contribuyeron a definir las posiciones que ocupaban los habitantes nativos y los extranjeros en el campo económico, social y político. Lo hicieron precisamente en el período en que Argentina alcanzaba el mayor grado de inserción en el mercado capitalista mundial, cuando el trabajo necesario para este fecundo desarrollo productivo recayó en buena medida sobre estos dos grupos sociales. Fue en la observación –superficial y generalizada, valga la aclaración– del mundo laboral donde estos discursos periodísticos produjeron sus clasificaciones y taxonomías más contundentes, y en relación al mercado de trabajo donde cobraron un sentido netamente pragmático.

Mientras que los inmigrantes fueron agrupados en torno a un conjunto de características asociadas a su procedencia o país de origen, la identidad de los criollos parece haber resultado mucho más problemática si se considera el haz de rasgos heteróclitos que componen sus caracterizaciones. Todos los periodistas parecen reconocerlos sin dificultades, delinear sus perfiles y producir un estereotipo, pero la confrontación de los resultados textuales revela una enorme variabilidad, donde el significante “criollo” emerge antes que nada como un objeto culturalmente construido y susceptible de asumir múltiples significaciones e interpretaciones ideológicas.

5.2.1 Polisémicos criollos

La excursión por las provincias del norte coloca a Payró frente a una sociedad prácticamente intocada por la inmigración, con notables diferencias de clase entre las familias de abolengo que conforman una suerte de aristocracia feudal y el campesinado pobre donde prevalece el elemento indígena; entre la “gente de corbata” y el “churo de ojota”, según su taxonomía *ad hoc*. Pero al mismo tiempo, esta sociedad tradicional conserva una esencia en la que la idea de patria se combina con el linaje criollo para contraponerse al carácter cosmopolita de Buenos Aires:

[Buenos Aires] Ahora me produce la impresión de una ciudad en que yo fuese extranjero. Aquí ya no nos conocemos los unos a los otros, como antes; en las provincias nunca falta un vínculo de unión social o intelectual, y uno se siente más en su tierra. Allí es donde se comprende mejor la idea de patria, como prolongación de la familia [...]. Aquí somos casi europeos; allí somos netamente 'criollos' (Payró, 1909a: 40).

El censo de 1895 arrojó una proporción de extranjeros sobre la población nativa del 25,5%, constituyendo la tasa más alta del mundo para el período, pero hay que tener en cuenta que estos valores crecían en la Capital Federal hasta equiparar el número de nativos, creando un aire de extranjería y cosmopolitismo arrollador. En este contexto, la cuestión nacional se ubicó en el centro de las preocupaciones de las clases dirigentes ante el fantasma de una sociedad amenazada por la descomposición. Observa Lilia Ana Bertoni la perturbación que esta profunda transformación provocaba en el viejo orden social: los patrones referenciales de la vieja sociedad patricia se desarmaban, los grupos tradicionales se opacaban inmersos en conjuntos más vastos y la sensación inevitable de disgregación se vivía en términos de pérdida de identidad cultural y nacionalidad (2007: 24).

Hacia el final del siglo se torna imperiosa la búsqueda de una identidad que refiera a la cultura y proyecte el diseño de un "sujeto nacional". Para Oscar Terán, la pregunta crucial que organizó la problemática de la elite puede resumirse en la fórmula "cómo mezclar sin mezclarse" y la respuesta a este dilema se basó en definir la idea de una cepa criolla como identidad de recepción donde iría a fundirse el elemento inmigratorio (1999: 40).

La visión de Payró, nieto él mismo de un comerciante catalán arribado a Buenos Aires en 1828, con una genealogía que incluye ascendencia criolla de las dos orillas del Plata, es ambigua y contradictoria si no se la inserta en los contextos regionales que determinan diagnósticos y propuestas disímiles. El conocimiento directo de las diversas bases demográficas y culturales que le proporciona su actividad periodística produce representaciones variables de la masa extranjera y el rol que le cabe desempeñar. Mientras que en la Patagonia celebra que se esté formando "una especie de haras humano", que se prepare "una raza distinta de la nuestra", "una raza poderosa" (1898: 81-84); en las provincias del norte extraña la amalgama que la inmigración europea está produciendo en el litoral, aunque resalta el componente criollo neto, término adjetivado en el que conviven la acepción que designa a los individuos de origen español nacidos en América, con su sentido traslaticio que significa lo nacional, lo autóctono, lo propio y distintivo del país.

Estos diagnósticos regionales se vuelven más complejos en la provincia de Buenos Aires, donde la política y la impronta racial se intersectan, como puede leerse en la siguiente descripción de las autoridades de campaña:

Tienen, sí, el aspecto de criollo, pero si se busca en su ascendencia se halla siempre la mezcla con elementos ajenos al país, a la que sin duda impidió dar benéficos resultados el ambiente en que los productos se desarrollaron. Con los defectos del gaucho amalgaman los que les vienen de la otra rama, y no se encuentran en ellos ni la nobleza, ni la generosidad, ni el amor al trabajo, ni el valor siquiera.³³¹

La cita anticipa la interpretación sociológica que propone, diez años después, Ernesto Quesada en su clásica diatriba contra el criollismo en la literatura argentina, de 1902. Partiendo de la pregunta por la lengua nacional, Quesada impugna el sistema literario que en las dos últimas décadas del siglo produce su propio circuito de producción y lectura al margen del sistema legitimado por la cultura letrada, la literatura popular criollista, identificada con las literaturas dialectales que pretenden pasar por argentinas: “una imitación falsa en dialecto gauchesco o cocoliche, llevada a cabo principalmente por los inmigrantes sobre un personaje, el gaucho, que ya no existe.” (Rubione, 1983: 39-40). Al pensar la lengua Quesada piensa también la sociedad y despliega un esquema clasificatorio donde lo gaucho puro e incontaminado se opone a lo criollo suburbano y lo italiano, de cuya hibridación surgen los monstruos criollistas. El gaucho de pura cepa, “criollo neto, sin mezclas ni contaminaciones” ya no existe, la inmigración lo fue empujando a los confines de la pampa y los que han permanecido en sus pagos “han tenido que transformarse, al contacto del ovejero irlandés, del chacarero italiano, o del tambero vasco”, trayendo forzosamente un cambio en las ideas y costumbres. El blanco de las críticas no es “el extranjero culto” que aprende el castellano sin más, sino el de clase humilde, carente de instrucción, “las poblaciones rurales, mestizas de inmigrantes y gauchos”, que remedan su indumentaria pintoresca y su dialecto colorido (Quesada, [1902] 1983: 148-149).

El vocablo *criollo* y sus derivados (*criollismo*, *criollista*) se convierten, por estos años, en campo de una disputa de amplia proyección en la cultura nacional, donde se dirimen los términos de una concepción esencialista de la nacionalidad como singularidad cultural de un

³³¹ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “¡Buenos Aires! Las autoridades de campaña. Oligarquías microscópicas. El efecto y sus pequeñas causas. Capítulo X. En que se leerán algunos apuntes que pueden servir para la monografía de las autoridades de campaña”, *La Nación*, 3 de enero de 1893.

pueblo. De ahí que se encuentren en los textos rodeados de comentarios y explicaciones, sometidos a redefiniciones y resignificaciones. El “aspecto de criollo” mencionado por Payró en la crónica bonaerense, participa de una dicotomía vigente en la época entre un criollismo legítimo y uno falso, de imitación, del que los extranjeros echan mano para parecer argentinos, y los nativos para sobreactuar sus signos de pertenencia, como observa sagazmente Adolfo Prieto (1988: 152).

“En los dominios platenses” produce el cruce del significante “criollo” con el sistema político de la república oligárquica, entrevisto de manera descarnada en sus bases municipales y provinciales. En un pasaje esclarecedor de la última crónica de la gira bonaerense, Payró pone en boca de un entrevistado (“Fulano”) el deslinde entre el pueblo expoliado y los “amos” explotadores de la política criolla:

Moralmente se ha intentado civilizarnos como se civilizó a los indios, dándonos la muerte política y haciéndonos rebaño. Y sin embargo, no hay peligro en nuestra acción, porque el gaucho malo, el matrero, el ladrón, ¡es justamente... el que nos ha estado gobernando!...³³²

Como señala Beatriz Sarlo, se trata nuevamente de una simplificación de la fórmula sarmientina, en la que el universo de lo criollo equivale al eje de lo gaucho en el *Facundo*, como obstáculo para la civilización de las costumbres políticas y la modernización de la Argentina (1984: XXVIII). El término común donde esta equivalencia se transparenta es el de “caudillo”, que aparece con un uso desplazado en las crónicas. El caudillaje, como sistema de liderazgo político y militar local, en defensa de la autonomía provincial y el auto-gobierno, había desaparecido de las provincias del oeste del país en la década de 1860-1870, para desvanecerse posteriormente en sus dos últimos bastiones, Santiago del Estero y Entre Ríos, imposibilitado de competir con las fuerzas organizadas del ejército y desprovisto del sustento popular (Rock, 2006: 101). Payró califica de *caudillos* a las autoridades municipales desplazando el campo semántico, como advierte uno de sus informantes anónimos (“una persona respetable”):

³³² Julián Gray (Roberto J. Payró), “¡Buenos Aires! Justa revancha. Post nubila phoebus. Un corresponsal viajero que termina su gira. Capítulo... Tantos”, *La Nación*, 19 de agosto de 1893.

Ahora no hay caudillos en la acepción vulgar de la palabra, y hasta el último paisano sacude las antiguas ligaduras, y se permite pensar y opinar por sí solo, irrespetuoso para toda influencia que no provenga de la mayor ilustración y el mayor acierto.³³³

Un suelto del periódico *La Voz de Ayacucho* celebrando las crónicas confirma este parecer: “y con ese bribón que erróneamente se titula caudillo, a la cabeza, oprimen y saquean a los pueblos”.³³⁴ Germán García, en su análisis de “En los dominios platenses”, reconoce la filiación, “los legatarios de Facundo y los descendientes de Juan Moreira”, y el contraste, “resultaban remedo de los antiguos” (1961: 60). Esta recurrencia a formas del pasado para caracterizar aspectos del presente es propia de la época de transición que vive la campaña bonaerense retratada en la serie de artículos, donde cambios acelerados en la conformación socio-económica y en el orden político exigen nuevas formas de caracterización de los vínculos entre ciudadanos y gobernantes.

No se encuentra en estas crónicas de Payró un planteo unívoco en relación a la definición de una mezcla poblacional que garantice la homogeneidad indispensable para constituir una sociedad nacional. Sí la alerta ante el desvío que supone la amalgama de una “mala” extranjerización con una base autóctona inadecuada (que remite a los rasgos estigmatizados del gaucho), de lo que resulta un falso criollismo que tiene por tipo representativo a las autoridades de campaña. Sí, también, y ante todo, la certeza de encontrarse en sus viajes periodísticos con un “pueblo en formación”, y frente a un cúmulo de interrogantes —“de dónde venimos, dónde estamos y adónde iremos a parar” —:

Bullen los metales en el crisol, pero como han sido echados en él sin previo examen, no puede preverse qué amalgama resultará. Sufrimos lo efectos de una violenta gestación, surgen las gangas a flor de ese metal, y hay quien no ve cómo se calcinan, y quién no sabe que son escorias, útiles cuando más para quebrarlas y hacer con ellas pedregullo. Y esas gangas flotantes sobre la superficie de esa amalgama enorme, tienen sus analogías en todos los ámbitos del país, desde Jujuy hasta la Tierra del Fuego...³³⁵

A la metáfora convencional del crisol de razas, Payró incorpora la más inquietante de las gangas o desperdicios de la fundición, anticipando un malestar que, anclado en la política a

³³³ Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró), “En los dominios platenses”, *La Nación*, 19 de diciembre de 1892.

³³⁴ “Gira periodística de Julián Gray. Más voces de aliento”, *La Nación*, 9 de enero de 1893.

³³⁵ Roberto J. Payró, “La justicia santafecina. (Primera carta de nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 29 de octubre de 1897.

partir del conflicto entre el capital y el trabajo, derivará en pocos años más en una de las resoluciones más controvertidas del gobierno argentino para con la inmigración, como fue la Ley de Residencia o ley de expulsión de extranjeros.

La cuestión identitaria constituyó uno de los tópicos recurrentes de los viajes periodísticos. Las numerosas referencias a los criollos dan cuenta del amplio espectro que podía cubrir este colectivo de identificación. Cuando Benigno Lugones visitó Bahía Blanca, destino final de su excursión periodística por el sur de la provincia de Buenos Aires, encontró un pujante y activo núcleo poblacional inglés (“una nube de súbditos británicos”) al que calificó como la “cabeza pensante” de un pueblo necesitado de brazos ejecutores italianos y vascos. También alentó a los criollos de Buenos Aires que andaban “siempre de la cuarta al pértigo” (en la miseria) a migrar hacia una localidad que, por entonces, prometía convertirse en la Liverpool argentina.³³⁶ Cabe recordar que en el período considerado, un sector importante de la población nativa (mayormente rural) se desplazó activamente desde el interior del país hacia la ciudad capital, dando lugar a novedosos fenómenos de concentración urbana que se hicieron visibles en la proliferación de casas de inquilinato o conventillos, compartidos con la creciente población extranjera. Aunque el mercado demandaba un elevado número de trabajadores no especializados altamente móviles, y hasta casi el final del siglo XIX la demanda de trabajadores excedió la oferta, ya en 1885 aparecieron algunos signos de deterioro en el nivel de ocupación que se acentuaron en el siglo entrante (Lobato, 2010: 473).

En la gira de 1894 por el norte argentino, Aníbal Latino describió a los criollos a través de una serie de lugares comunes alimentados por un arraigado prejuicio racial:

En las mujeres como en los hombres se ven todas las gradaciones del color oscuro, desde el negro que empieza a dejar de serlo, como el café a medio tostar, hasta el moreno que se aproxima al blanco, con toda la escala intermedia que puede formarse con el color negro o el color bronce. [...] Entre los hombres hay también los de cara ancha, de frente deprimida, de nariz aplastada, los que ostentan los signos característicos del cretinismo, de las razas inferiores; hay entre ellos, como entre las mujeres, los tipos que hacen pensar en la raza mongólica, en los chinos y japoneses; pero, en general, con su barba negra como el azabache, cortada en punta, presentan aspecto más severo y simpático, y abundan los que ya diríanse *mestizados*, si se permite la palabra, los que por su porte y sus miradas creeríais listos y esbeltos, quizás en mayor medida de lo que son efectivamente. ¡Cuán conveniente sería que se hiciese

³³⁶ Benigno Lugones, “Una excursión al Sur. La vida en Bahía Blanca”, *La Nación*, 13 de marzo de 1883.

algo para mejorar la condición de esas gentes, que al fin son los trabajadores de estas provincias, para modificar sus costumbres!³³⁷

En otro párrafo, en el que exalta los beneficios que traería la inmigración, asimila estas poblaciones al “elemento indígena” que predomina casi con exclusividad. Pero son también estos los “trabajadores criollos” que encuentra en Tucumán ocupados en el cultivo de caña y la fabricación del azúcar. De contextura robusta y gran resistencia física, los criollos de Ceppi están dotados de las mismas cualidades que una bestia de carga, con la que los asimila: resistentes, dóciles, humildes y resignados, “con la inconciencia del que carece de raciocinio y reflexión propia.”³³⁸ Son indolentes, no piensan en el futuro, no les preocupa la remuneración, se contentan con satisfacer las necesidades básicas mínimas y obtener unos pocos centavos para bebidas alcohólicas. Los juicios de Ceppi expresan con crudeza un esquema de valores compartido con los empresarios azucareros, a quienes consulta sobre la viabilidad de la industria ante un hipotético agotamiento de esta mano de obra sometida a una explotación inhumana. La respuesta –“se reproducen con mucha fecundidad”– expone la paradoja de una “raza” que Ceppi cree susceptible de perfeccionamiento, es decir, de “asimilación a los blancos” por una ley inexorable de darwinismo social, pero que, por otra parte, debe subsistir en las presentes condiciones para mantener la rentabilidad de la industria.

Admite Ceppi que ningún obrero europeo (ni siquiera los italianos “que son los mas sufridos y menos exigentes”) trabajaría por una retribución tan escasa como la que obtienen los obreros criollos, y que en esas condiciones “el anarquismo habría ya echado aquí sus raíces y más de un trapiche se habría roto.” El comentario establece otro de los puntos que se puede ver reproducido asiduamente en las caracterizaciones de los trabajadores criollos, referido a la baja conflictividad social que implican en tanto fuerza de trabajo.

En su paso por Salta, el periodista de *La Nación* brinda otra perspectiva de “esos criollos tan maltratados, tan explotados”, al desplazar la mirada del mundo laboral a la institución militar y reconocer que son ellos quienes proporcionan el mayor contingente al ejército de la

³³⁷ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “En viaje. De Tucumán a Jujuy. Los paisajes. Tipos y costumbres. Jujuy y sus alrededores. Rarezas de un hotel. Un gato indecente”, *La Nación*, 22 de julio de 1894. (Ver Apéndice II).

³³⁸ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Desde Tucumán. Espectáculo imponente. Los tucumanos. Los trabajadores criollos. Objeciones a la industria azucarera”, *La Nación*, 26 de julio de 1894.

República: “son de un valor temerario, tal vez porque no alcanzan las proporciones del peligro.”³³⁹

El viaje periodístico de Manuel Bernárdez a los ingenios del norte, realizado siete años después que el de Ceppi, confirma el estereotipo de las “peonadas criollas”: “leal y obediente como un perro, resistente y sufrido como un mulo, firme y ágil como una cabra, silencioso como un pez, frugal como un camello.”³⁴⁰ De nuevo el mundo animal traduce el prejuicio racial que obra como sustrato de estas representaciones. También se repite un uso abarcador del término *criollo* que no hace distinción entre indios y mestizos, aunados por la acción civilizadora del trabajo, que aleja hacia el pasado “la afición atávica del cuatrero y la ácida nostalgia de la toldería.” En ocasiones los vocablos se disocian, y los indios adquieren una identidad distintiva, por ejemplo en los pies de foto de la edición en libro de estas crónicas, fotos que, en algunos casos, no acompañaron las publicaciones originales del diario y que escenifican la distancia cultural de la mirada en el plano estático con que hombres y mujeres se someten al ojo escrutador de la cámara: “Proles pampeanas. –Indios peones del ingenio Esperanza, donde han nacido. Descendientes de los prisioneros traídos por el general Roca de su expedición al desierto y distribuidos en los ingenios de Tucumán”; “Las indígenas que trabajan en Ledesma. –Indiecitas de una tribu mataca”; “Tipo femenino de las razas indígenas del norte. –La Venus toba.” (Bernárdez, 1904: 5, 54-55). Pero en el relato las variaciones raciales se entremezclan:

Trabajan en los ferrocarriles argentinos 52.000 hombres, entre obreros, jornaleros y empleados de toda índole. A medida que la red se interna en el Norte o se aleja hacia el Oeste, esa masa de gente va siendo criolla en mayor proporción. Ya del Salado al norte es escaso el extranjero. En los grandes talleres de San Cristóbal y Tucumán, el obrero argentino, el indiecito vivaz y hábil, humilde y sin vicios, observador y ligero como luz para enterarse, saber y hacer por sí, es casi el único brazo (...).³⁴¹

³³⁹ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Salta y sus valles. Panorama suizo. Un inglés devorador de empanadas. La ciudad-Las mujeres. Porvenir de Salta. Valor temerario de un muchacho”, *La Nación*, 24 de julio de 1894. (Ver Apéndice II).

³⁴⁰ Manuel Bernárdez, “La Argentina por dentro. Tucumán a vista de pájaro. Revista urbana. Sensaciones del trabajo y de la vida.”, *El Diario*, 11 de septiembre de 1901.

³⁴¹ Manuel Bernárdez, “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. El vasto, vital, ingente problema del agua. La emoción de las novias: el primer baño. ¡Agua, señor! ¡Agua señor!. El riego, único agente de progreso. Programa de trabajos ministeriales. Contra el trust de los rieles, el trust de los ríos! Balance ferroviario argentino. El trabajador de la tierra del norte”, *El Diario*, 15 de enero de 1903.

La cita confirma la oposición central del significante “criollo”, que solamente presupone una identidad común frente al extranjero, pero contiene, hacia el interior, un haz de rasgos heteróclitos y manipulables de acuerdo al referente concreto que lo torna legible, casi como un deíctico, que señala de modo indistinto pero adquiere su sentido en el uso.

De las tradicionales familias patricias de las provincias del norte, donde se conservan los viejos linajes, sin transformaciones de peso en la estructura de las clases dominantes y donde lo criollo puede asociarse legítimamente a la idea de patria como historia familiar, a las sociedades urbanas desbordadas por los nuevos contingentes humanos y el vértigo modernizador, donde lo criollo plasma los fragmentos diversos del mosaico racial y cultural, se verifica la variabilidad sincrónica de un concepto clave de usos múltiples, según quien lo esgrima y hacia quien lo dirija.

En relación a la heterogeneidad racial que lo atraviesa, el término funcionó, en definitiva, como un marco de contención o una identidad de recepción. Cuando Manuel Bernárdez visitó Campo de Mayo, para referir los primeros ensayos del servicio militar obligatorio, no escatimó elogios al momento de describir la “magnífica” contextura física del “conscripto criollo”. En el transcurso de la excursión periodística sorprendió a un contingente a la hora del baño, y descubrió “todo un espectáculo, el entrevero de pelajes en aquellos cuerpazos desnudos, desde el negro, ya escaso, hasta el caucásico, de piel de porcelana, pasando por el mulato de chocolate, el indio cetrino y el malayo aceitunado.”³⁴² Justamente, una de las funciones atribuidas a la Ley de Servicio Militar Obligatorio durante el debate de su sanción, en 1901, radicaba en la necesidad de construir a los ciudadanos, tratando de “refundir en una sola todas las razas que representan los individuos que vienen a sentarse al hogar del pueblo argentino.”³⁴³ Otro tanto podría argüirse, entonces, del magma que proporcionó la identidad criolla en las postrimerías del siglo XIX.

Las crónicas de los periodistas viajeros grafican con abundancia de matices la problemática convivencia, en un mismo colectivo nacional, de familias patricias, autoridades municipales de campaña, sectores urbanos precarizados, indios desplazados, soldados,

³⁴² Manuel Bernárdez, “En el Campo de Mayo. Ensayando la ley de conscripción. Paseos por los campamentos. El 4, el 8 y el plantel de granaderos. Reportajes al paso. El rancho y el pienso – Ricos y gigantes. Superioridad del conscripto argentino. El ideal del tiro al blanco”, *El Diario*, 28 de febrero de 1903.

³⁴³ Debate en la Cámara de Diputados sobre el proyecto de ley proponiendo la implantación del servicio militar obligatorio (1901), citado en Cantón (1969: 366).

jornaleros, obreros, comerciantes y extranjeros disfrazados, entre otros antiguos y flamantes criollos.

5.2.2 Excursiones a las colonias

La inmigración fue uno de los fenómenos centrales del período en que produjeron sus crónicas los corresponsales viajeros, y esto se refleja en el importante espacio que le dedicaron a la cuestión. Entre 1881 y 1914 arribaron a la Argentina algo más de 4.200.000 personas (alrededor de 2.000.000 de italianos y 1.400.000 españoles sumaban los dos contingentes principales). Entre los rasgos predominantes de esta inmigración masiva figuraban los de hombres jóvenes, de origen rural (Devoto, 2009: 247). Todo el proceso coincidió y fue alimentado por la notable expansión de la economía argentina, mediante la puesta en producción de millones de hectáreas y la generación de un proceso de actividades conexas.

Las políticas de creación de colonias (públicas o privadas), en las que el Estado a menudo proveía las tierras y, en muchos casos, asumía obligaciones ligadas a la provisión de la infraestructura o incluso de las viviendas, tuvieron una enorme influencia para consolidar el movimiento inmigratorio europeo a la Argentina (Devoto, 2009: 83).

La “excursión a las colonias” fue un destino inevitable de los reporters viajeros, no solo cuando algún suceso extraordinario requirió el tratamiento periodístico urgente, como fue el levantamiento de los colonos en Humboldt, en 1893, o el resonante caso del linchamiento de Carcarañá ocurrido ese mismo año, sino como vía de conocimiento y divulgación de las costumbres y modos de vida de las diversas comunidades que, en muchos casos, vivían replegadas sobre sí mismas. La reiteración del tópico informa del interés del público lector por adentrarse en la intimidad de estos grupos de procedencias tan variadas como sus usos y costumbres.

En 1883, de paso por Olavarría, Benigno Lugones decidía penetrar la férrea intimidad de las colonias ruso-alemanas, pasar el día y pernoctar en una de sus viviendas: “Dicen que los colonos no admiten huéspedes a dormir en sus casitas: veremos si esa resistencia resiste a la

embestida de un reporter ¡Hasta mañana!”.³⁴⁴ La propuesta traducía una concepción esclarecida del oficio periodístico en la interpretación de la curiosidad indiscreta del lector. En la crónica prometida, Lugones describió al detalle la organización interna de la colonia, sus elementos materiales y sus componentes morales. Comenzó por las viviendas, levantó un croquis con la distribución de las plantas, enumeró los usos del patio (huerta, pesebre, depósitos, pozo de agua), pasó revista al mobiliario y destacó sobre todo la pulcritud y la limpieza que contrastaba con los ejemplos (siempre negativos) de las viviendas nativas. Elogió el estado y la clase de sus caballos criollos, la fortaleza de sus carros, el sistema de calefacción, los colchones, las almohadas, el edredón, el café con leche, los panes y embutidos.

La crónica trasunta una corriente de simpatía hacia los colonos que busca contrarrestar, con datos fidedignos, la animadversión, el prejuicio y las murmuraciones de los vecinos “enemigos de las colonias”. La tensa convivencia entre gringos y criollos se manifiesta repetidamente como un dato de la distancia que aún resta por recorrer en el camino de la integración: “En Olavarría se murmura contra los colonos”, “todo el mundo cree en Olavarría que los colonos son riquísimos y al mismo tiempo tacaños”, “Se dice que son sucios”, “Dicen también que son malos agricultores”, “La opinión en Olavarría es unánime contra los colonos”.

También puede leerse esta crónica como un temprano compendio de las preocupaciones que comenzaban a plantear los grupos dirigentes referidas a la nacionalización de los inmigrantes, lo cual revela que estas cuestiones excedían el marco estatal para instalarse en el contexto cotidiano y compartido de la prensa diaria. En relación a la administración de justicia, Lugones observó una problemática común de las colonias como fue la superposición de las autoridades internas y *ad hoc* con aquellas que fijaba la ley del Estado, aunque justificaba el legítimo “horror” de los colonos a la administración de justicia argentina. Una especial atención al tema de la educación y las escuelas de extranjeros expresaba uno de los puntos centrales que mayor malestar causaba en los hombres públicos:

Reconozco, con todo, que hay en estas colonias una sentida necesidad, doblemente justificada, de establecer escuelas para dar a los niños que nazcan argentinos la

³⁴⁴ Benigno Lugones, “Una excursión al Sur. Cal y mármoles”, *La Nación*, 2 de marzo de 1883.

instrucción de que carecen sus padres, que, como los hebreos de la Edad Media, tienen religión, pero no tienen patria y han pretendido, según parece, durante algún tiempo, que sus hijos no fueran ciudadanos de nuestra República.³⁴⁵

Para justificar esta necesidad Lugones invocaba “nuestro ser moral de Nación”, planteando así la cuestión de la nacionalidad en sus justos términos.³⁴⁶

Una crónica de Aníbal Latino del mismo período, dedicada a la vida de las colonias de Santa Fe, parece haber tenido como objeto desmitificar muchos de los prejuicios hacia los inmigrantes, mediante un relato centrado en las privaciones, esfuerzos y sacrificios que afrontaban los colonos recién llegados al país. Ceppi había visitado algunas de estas colonias en 1885 (apenas dos años después de su arribo a la Argentina), como parte de un viaje periodístico con motivo de la inauguración de una línea ferroviaria a Rafaela. La crónica en cuestión narraba la hipotética vida de un colono desde sus inicios, cuando empieza por ser peón de otro, antes de convertirse en propietario de tierras y ganados; antes, incluso, de que la colonia conforme un núcleo poblacional y constituya una colectividad. Presentaba al colono viviendo en una choza, hacinado junto a su familia, llevando una vida rústica con el afán exclusivo de ahorrar. Inspirado en los cuadros campestres de Virgilio y Tasso, Ceppi componía el estereotipo del colono aislado del resto del mundo, dedicado por entero al trabajo, con el recuerdo omnipresente de la patria y los parientes lejanos: “¡Qué idilios conmovedores se verían si fuese posible presenciar el regreso, al caer la tarde, de estas familias ateridas de frío o quemadas por el calor, rendidas de cansancio, desfallecidas de hambre!”³⁴⁷ En los años subsiguientes, esta idílica representación se cargaría de juicios y valoraciones contrapuestos de acuerdo al origen de las corrientes inmigratorias.

En febrero de 1893, Ceppi volvió a ocuparse de los colonos de Santa Fe en una gira periodística motivada por el conflicto desatado en la colonia de Humboldt. Los colonos, en su mayoría alemanes, se habían levantado en armas para oponerse al cobro de un impuesto a los cereales que consideraban abusivo.³⁴⁸ El episodio no tuvo mayores consecuencias gracias a la intervención del ministro de Gobierno Luciano Leiva. En la primera crónica, Ceppi

³⁴⁵ Benigno Lugones, “Una excursión al Sur. Las colonias ruso-alemanas”, *La Nación*, 4 de marzo de 1883.

³⁴⁶ Sobre la escuela y la formación de la nacionalidad en la década del ochenta, véase Bertoni (2007: 41-77).

³⁴⁷ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “La vida de los colonos en Santa-Fe. Cuadros campestres”, *La Nación*, 13 de agosto de 1885.

³⁴⁸ El levantamiento se desarrolló en un contexto de efervescencia política motivado por las revoluciones radicales que afectaron a la provincia y contaron con el apoyo masivo de los colonos. Véase: Ezequiel Gallo (2007: 37-60).

se ocupó de presentar los antecedentes y el desarrollo del conflicto, pero antes que nada, sentó una posición favorable al reclamo, fundada en el desinterés del gobierno para atender los problemas de quienes habían transformado la faz económica de la provincia, y los perjuicios que ocasionaban las nuevas medidas implementadas con negligencia. Ceppi enumeraba, entre otros factores que aguzaban el descontento, la ausencia de crédito agrícola, la elevación del precio de la tierra, la falta de justicia, seguridad, educación y derechos municipales para los colonos.³⁴⁹

La cuestión no era ajena a las preocupaciones de Ceppi, quien entre 1885 y 1887 había publicado una serie de artículos en *La Nación* dedicados a la inmigración italiana en Argentina, los cuales, reescritos y ampliados, pasaron a formar la parte central de su libro *Cuadros Sud-Americanos* (1888). Con el confesado objeto de producir una “obra de aproximación, de fusión, de unión, de armonía entre americanos y europeos, y sobre todo entre argentinos e italianos” (1888: 5), asumía allí una defensa de la inmigración italiana, a la cual consideraba, junto con la española, la más adecuada para adaptarse a las costumbres y al modo de ser de la Nación argentina.

En ese conjunto de artículos figuraban numerosas referencias a la “tan anhelada fusión entre los elementos varios de la población argentina” (134), fusión a la que el autor pretendía contribuir refutando las críticas que, por entonces, recibía la inmigración italiana, como en este irónico pasaje:

Dijérase en una palabra que se quisiera fuesen desde luego todos lo que vienen, propietarios y trabajadores, ilustrados pero dispuestos al desempeño de los oficios más humildes, argentinos más que italianos, finos y delicados al par que robustos y vigorosos, y tal vez que hablasen, no su dialecto o su lengua sino la hermosa lengua castellana (133).

Es que las objeciones a la corriente inmigratoria italiana se habían multiplicado en la década del ochenta (con Sarmiento como uno de los voceros paradigmáticos)³⁵⁰, fundamentalmente en lo que respecta al apego a la identidad de origen que se expresaba en la resistencia a tomar la ciudadanía argentina. Se insistía, por entonces, en reorientar la

³⁴⁹ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Desde las colonias. El conflicto de Humboldt. Sus causas y antecedentes. El impuesto sobre los cereales. Naturaleza e inconvenientes. La vida de los colonos. Narración de los hechos. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 9 de febrero de 1893.

³⁵⁰ Véase al respecto la recopilación de artículos correspondientes al tomo XXXVI de las *Obras Completas de Sarmiento* (1954): *Condición del extranjero en América*.

política inmigratoria y promover la inmigración de otros grupos europeos. Señala Fernando Devoto que los italianos eran un grupo “bajo sospecha” que parecía haberse convertido en una amenaza, dados su número, su poca disposición a integrarse y la fortaleza de sus instituciones (Devoto, 2005: 16-17).

En cambio, para Ceppi, la inmigración latina era la más fácilmente asimilable, por afinidades de raza, de lengua y de sangre, aunque dedicaba un apartado a enaltecer el patriotismo de los italianos fuera de Italia, argumentando que “no se nace dos veces en el mundo sobre dos tierras distintas; y como no se pueden tener dos madres no se pueden tener dos patrias” (1888: 237). Aún así, auguraba un futuro en el que una masa homogénea surgiría de la mezcla actual, compartiendo idénticas pasiones, sentimientos, fines y aspiraciones.

El conflicto de Humboldt actualizaba las opiniones vertidas en estos artículos. Ceppi no dejaba pasar la oportunidad de elogiar las virtudes de sus compatriotas, en primer lugar “las facilidades excepcionales de asimilación”, y criticar, por contraste, el aislamiento de los colonos alemanes:

No es una novedad, porque se ha observado antes que ahora; pero se ha visto mejor con motivo de los recientes sucesos: los colonos viven completamente segregados del elemento argentino, no tienen relación ni contacto alguno con la vida del país, forman un pueblo dentro de un pueblo, casi un estado dentro del Estado. En las colonias no se aprende el idioma nacional, no se conocen las leyes del país, no se leen los diarios argentinos; se toma afición a la tierra, pero no se establecen relaciones y vínculos con todo lo demás.³⁵¹

La conclusión a la que arribaba el cronista era evidente: la inmigración latina era preferible a la sajona; y, dentro de aquella, la que mejor se aclimataba era la italiana. Aunque estas mismas consideraciones, vertidas ocho años antes, le habían valido “los enojos del ilustre Sarmiento” (posible interlocutor de la polémica), Ceppi reafirmaba su postura: que los italianos se confundían más fácilmente con las costumbres y gentes del país, aprendían el idioma nacional y se interesaban por lo que pasaba a su alrededor.

Manuel Bernárdez describía, en una crónica de 1904, un proceso de cambio alentador en el cuestionado universo endogámico de las colonias ruso-alemanas. Según el periodista

³⁵¹ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Desde las colonias. Opiniones contradictorias. ¿Qué debe hacerse? Un problema importante. Los colonos y la vida nacional. Alemanes, suizos e italianos. ¿A quiénes prefieren los santafecinos? La mejor inmigración. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 13 de febrero de 1893.

de *El Diario*, la perniciosa tendencia al aislamiento cedía por influencias cruzadas de las distintas corrientes inmigratorias:

Toda esta vía férrea, del Uruguay al Paraná, está flanqueada de colonias prósperas, en las que el ruso va siendo forzado buenamente a entereverarse con chacareros de otros orígenes, sustrayéndolo al aislamiento de su aldea, en donde se amontonaba sin aseo ni celo por el trabajo. Ahora lo obligan, en las colonizaciones oficiales, a poblar en su parcela, de suerte que ya no puede constituir el antiguo aduar mal oliente –hace su chacra, su casa, su quinta, y se transforma, estimulado por el italiano industrial, por el vasco tenaz, por el criollo regenerado, apegado a su tierra, lleno de nuevas ambiciones y viriles tendencias.³⁵²

En ocasión de un nuevo aniversario de la unificación de Italia, el 20 de septiembre de 1895, *La Nación* publicó una serie de artículos sin firma dedicados a resaltar los beneficios, la importancia e influencia de la inmigración italiana en la República Argentina, en su doble faz, intelectual y material. Con el título de *Los italianos en la Argentina*, las nueve entregas de la serie, provenientes de la pluma de Payró (quien firmó la edición en folleto del mismo año)³⁵³, enfocaban nuevamente la defensa de la inmigración italiana, pasando revista a aquellos aspectos que la vinculaban de manera indisociable a los progresos de la vida nacional en materias como educación, arte, cultura, comercio, industrias, prensa, etc. La tercera entrega, titulada “En el ejército argentino”, enumeraba las figuras destacadas que habían participado en las armas nacionales como demostración indubitable del compromiso con la patria adoptiva. El carácter apologético de la serie se proponía desvanecer “ciertos infundados temores que algunos exageran” mediante la exaltación de las acciones que revelaban a los italianos como auténticos hijos del país: “Las fuerzas que Italia nos envía se incorporarán fácilmente a las que ya pueden y deben considerarse exclusivamente nuestras, y al amoldarse poco a poco a nuestra modalidad, la modifican poco a poco también, formando sólida amalgama”, concluía su informe Payró apelando a dos palabras claves de la cuestión inmigratoria: *incorporación* y *amalgama*.³⁵⁴

³⁵² Manuel Bernárdez, “Abriendo puertas al trabajo. Guleguay – Guleguaychú. Rápidas expansiones del trabajo. La provincia de los puertos y las ciudades. El ganado de Entre Ríos en Buenos Aires. Cruzando las campañas ganaderas. El trabajo de la escuela y el trabajo de la tierra. Del Paraná a Santa Fe. Rápido vistazo al país del trigo. Progresos materiales santafecinos – La civilización del maíz”, *El Diario*, 5 de julio de 1904.

³⁵³ Roberto J. Payró, *Los italianos en Argentina*, Buenos Aires, Imprenta de “La Nación”, 1895. (Los artículos que recopila aparecieron en el diario entre el 14 de septiembre y el 3 de octubre del mismo año.)

³⁵⁴ “Los italianos en la Argentina. IX. Conclusión”, *La Nación*, 3 de octubre de 1895.

Dos años después, en 1897, Payró efectuaba una nueva gira por las colonias santafecinas y transmitía una visión llena de optimismo centrada en el desarrollo material de la zona: inmensas extensiones cultivadas de trigo y lino, prósperos colonos propietarios de la tierra, colonias florecientes que levantaban pueblos “como por milagro”, campos arbolados que transformaban la faz de la campiña argentina.³⁵⁵ Las crónicas de los viajes periodísticos de *La Nación* reforzaban con el relato de la riqueza agrícola la posición asumida por el diario en favor de la inmigración. Un importante equipo de reporters viajeros del mismo diario recorría, en la década del noventa, las provincias de Entre Ríos y Santa Fe para dar cuenta del estado y crecimiento de las colonias. Entre ellos Gonzalo González (pseud. Domingo Guzmán Silva), Agustín Fernández y José M. Neyra.³⁵⁶

Sin embargo, los “mares inmensos de oro” (repetida metáfora para referir los campos sembrados de trigo), ocultaban no pocos contrastes en lo que respecta a la vida de los colonos, que algunas crónicas permitían entrever. Gonzalo González, en su gira de 1894, describía poblaciones prósperas como Villa Casilda, que incluía una casa de baños construida en un bosque con grutas, cenadores y baños de mármol, y al llegar a Rosario, observaba asombrado a cientos de inmigrantes *lingheras* (trabajadores migrantes caracterizados por su atado de ropa o *linghera*), quienes aguardaban la llegada de la formación del Ferrocarril Central Argentino, que despachaba más de 7000 *lingheras* por mes en épocas de cosecha, según le informaba el boletero.³⁵⁷

Se constituían fortunas con el solo capital de la fuerza de los brazos, se improvisaban ciudades que crecían y prosperaban de manera asombrosa, pero también se trabajaba sin descanso, de sol a sol, sufriendo las inclemencias del clima y el hambre. Tal la imagen que

³⁵⁵ R.J.P. (Roberto J. Payró), “De Rosario a Santa Fe. Las colonias. Halagüeñas esperanzas. Trigo y lino. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 3 de noviembre de 1897.

³⁵⁶ Domingo Guzmán Silva (1859-1915) fue un destacado periodista santafecino, que se desempeñó también como educador y legislador en su provincia natal. Se inició como colaborador en los diarios *El Santafecino* y *El Corondino*; trabajó como redactor de *Los Principios*, *La Revolución* (1884-1888), *El Centinela* (1891) y *Nueva Época* (1894). Entre 1893 y 1905 dirigió los diarios *Unión Provincial* y *El Herald*; de esta época datan sus giras como corresponsal de *La Nación*. Finalizó su carrera periodística como jefe de redacción de *Santa Fe*, cargo que desempeñó desde 1912 hasta que se produjo su deceso (Días Molano, 1981). José M. Neyra (1869-1929) fue un periodista de extensa trayectoria, nacido en Gualguaychú (Entre Ríos). Ingresó como corrector en el diario *Sud-América* en 1890. Se desempeñó como reporter viajero en *La Nación* hacia finales de la misma década, y como encargado de la agencia del diario en La Plata, ciudad donde fundó el periódico *La Reforma* y el Círculo de la Prensa. En las primeras décadas del siglo XX se desempeñó como corresponsal en Europa para *La Nación* y *La Razón*.

³⁵⁷ Gonzalo González (pseud. Domingo G. Silva), “En las colonias de Santa Fe. La región del maíz. De Gálvez al Rosario – Del Rosario a Candelaria. La villa más bonita”; “En las colonias de Santa Fe. La línea del Central Argentino. Pueblos y colonias. Agricultura e industria”, *La Nación*, 6 y 10 de diciembre de 1894.

proporcionaban las crónicas de González, para quien el trabajo agrícola unía a los pueblos y a las razas en un solo interés y asociaba al colono con las más altas virtudes cívicas.

Los periodistas viajeros produjeron representaciones encontradas del mundo de las colonias, sesgadas, muchas veces, por la suspicacia o la simpatía manifiesta, pero orientadas siempre por el interés periodístico hacia un universo cultural heterogéneo del que se demandaba un conocimiento exhaustivo, en el contexto de una preocupación e inquietud crecientes por la incorporación de estas fuerzas dispersas a la vida integral de la Nación.

5.2.3 Mixturas: *gotas de fluido vivaz en la espesa sangre criolla*

Frente al mosaico racial y cultural que presentaba la Argentina en el cambio de siglo, el conjunto de crónicas periodísticas de viaje diseña una unidad territorial, donde el pionero inglés de la Patagonia convive con el baquiano quichua de Catamarca en el nuevo espacio de lectura que suministra el crecimiento explosivo de la prensa a fines del siglo XIX. Una Nación imaginada para una comunidad en vías de reconocerse como tal. El caso de Payró resulta emblemático por la cobertura de sus crónicas, que conectan los extremos del territorio nacional en años sucesivos.

Si Payró había observado en su gira santafecina de 1897 que “*gringos y criollos* no son denominaciones inútiles u olvidadas en muchos centros poblados de nuestro país”, a propósito de la rivalidad que enfrentaba a los colonos suizos de Carcarañá con los vecinos antiguos (rivalidad que ya había costado vidas y dividido en dos a la población)³⁵⁸, las giras por la Patagonia y las provincias del norte proponían, como contrapartida, microrelatos de uniones amorosas entre inmigrantes y nativos que proyectaban, a un tiempo, futuros idealizados para las parejas y la Nación.

“La novelita de miss Mary” introduce en *La Australia argentina* el “elemento romanesco” del viaje, al decir de Payró. Mary X formaba parte del pasaje del vapor *Villarino*, el mismo que conducía a Payró por las costas patagónicas; venía de Londres y se

³⁵⁸ Payró había dedicado una crónica al conflicto de Carcarañá, centrada en el episodio del linchamiento de los hermanos Monsalvo, dos presos liberados durante la revolución radical de 1893, que asaltaron la casa de uno de los colonos y asesinaron a la familia con ensañamiento. El crimen provocó la reacción de varias colonias que decidieron hacer justicia por mano propia, reunieron un contingente y fusilaron a los delincuentes. Véase: Roberto J. Payró, “El Linchamiento de Carcarañá. Cuatro años después. La novela de un proceso. (De nuestro enviado especial)”, *La Nación*, 26 de noviembre de 1897.

dirigía a Río Gallegos donde la aguardaba su prometido, un estanciero inglés con el que iba a casarse a partir de un compromiso contraído por correspondencia. En el transcurso del viaje, un joven porteño, compañero de a bordo, irrumpe en el relato como tercero en discordia. La trama amorosa absorbe la atención indiscreta del reporter: “Esta mujer, sentada frente a mí, junto a un argentino que representa bien el tipo nacional, forma con él un símbolo de la fuerza de atracción de estos países y estas razas nuevas.” (1898: 80).

Entre la charla dulce y la confidencia íntima de miss Mary y su galán, Payró entrevé las razas futuras destinadas a poblar una región “llamada a ser, geográfica y sociológicamente, la homóloga de los Estados Unidos del Norte”. El *romance nacional* de la inmigrante inglesa y el tipo autóctono incentiva un sueño del porvenir, en el que Payró despliega la fantasía evolutiva de una Patagonia poblada desde Viedma hasta Punta Dungeness, cubierta de puertos y aldeas, cruzada por trenes cargados de productos y barcos a vapor que remontan los ríos rebosantes de mercaderías, minerales y maderas. Así, las pasiones privadas se invisten de objetivos públicos en el sueño matrimonial de la prosperidad nacional, donde los asuntos del corazón son también asuntos de Estado.³⁵⁹ Después de marchas y contramarchas, llantos y arrepentimientos que ponen en vilo la unión de miss Mary y su prometido inglés, el casamiento se concreta a despecho del *flirt* marítimo. Más allá del frustrado desenlace, la historia da pie al cronista para exponer un encendido alegato en favor de la inmigración, donde la joven inglesa representa la nueva raza que desplaza a los pueblos autóctonos:

Este fuerte sexo débil ha desalojado ya en mucha parte de la Patagonia a la india Tehuelche, de enérgica e inteligente raza, sobre cuyos –cada vez más escasos– ejemplares, domina desde las estancias inglesas y alemanas, salpicadas en el desierto como núcleos de futura civilización (1898: 81).

Los habitantes privilegiados por la crónica patagónica son los pioneros, los colonos extranjeros que representan la avanzada de la civilización y el progreso en una tierra ignota y

³⁵⁹ Doris Sommer investigó un corpus de novelas latinoamericanas con la hipótesis de que pueden leerse como “ficciones fundacionales” o novelas patrióticas organizadas por la retórica del erotismo y consustanciadas con el “proyecto común de construir un futuro mediante las reconciliaciones y amalgamas de distintos estratos nacionales imaginados como amantes destinados a desearse mutuamente.” (Sommer, 2004: 41). Si bien aborda un período anterior en el que la novela (como género) y la república a diseñar confluyen en autores donde la ficción y la política obran bajo un mismo impulso creador, la línea de análisis puede aplicarse, de manera desplazada, para pensar las nuevas amalgamas que requiere el proyecto nacional en un nuevo contexto histórico.

virgen, el espíritu de empresa, la sagacidad para los negocios, la perseverancia ante la adversidad, el carácter aventurero de la raza. Sobre ellos recae gran parte de la responsabilidad por el adelanto de la región.

Un correlato del protagonismo de este tipo destacado lo brinda el mapa del territorio de Santa Cruz reproducido en una de las entregas, cuyo objeto declarado es dar a conocer la población e industria ganadera de la zona. Cuarenta y cuatro establecimientos ganaderos figuran en el mapa como zonas sombreadas rectangulares o con una simple referencia numérica, de acuerdo al tamaño de los mismos. El resto del territorio aparece como un inmenso espacio en blanco surcado por las sinuosas líneas de los ríos. Precede a la representación cartográfica un listado de nombres con notas explicativas señalando al propietario, la cantidad de cabezas de ganado y alguna que otra mención particular. El predominio anglosajón es abrumador y avala la visión de Payró de una nueva raza que se apresta a fecundar la Patagonia con la semilla de la civilización.

J. B. Harley, quien ha estudiado la función del mapa como instrumento de poder vinculado a la destrucción de la sociedad indígena, ha observado cómo los mapas apoyaron psicológicamente, aunque no de manera intencional, la idea de una tierra disponible sin fronteras y en espera de ser ocupada: “Los mapas también alimentaron la imagen de un espacio geométrico deshumanizado, una tierra sin el estorbo de los indios, cuyos lugares podían ser controlados mediante coordenadas de latitud y longitud.” (2005: 229). La Patagonia construida por Payró apela sin ambages al lector del periódico estimulando esta imagen parcial y arbitraria:

Invito al lector a considerar los nombres –solo eso– de los pobladores de aquella tierra, cuando poco más adelante, inserte el plano del territorio de Santa Cruz con los establecimientos ganaderos que lo pueblan; y lo invito a que medite sobre ello, para arribar a la conclusión de que, en efecto, en Patagonia, se prepara una raza distinta de la nuestra (1898: 81-82).

“Los establecimientos ganaderos de Magallanes” reza el encabezamiento de otro de los mapas incluidos en *La Australia argentina*, esta vez correspondiente al territorio chileno que se extiende entre el límite sur del país y el Estrecho. Los establecimientos no están delimitados, solo aparecen los nombres de los propietarios trazados sobre el mapa. De nuevo se detalla en el texto la envergadura de las estancias, comenzando por la del

renombrado hacendado Menéndez, con cien mil ovejas en su haber. Al final de la lista, y en párrafo aparte, se encuentra la primera mención de una toldería: “Hacia el norte están los toldos del cacique tehuelche Mulato, que posee unas trescientas vacas, otras tantas yeguas y ha formado una especie de pueblecito indígena” (1898: 135). No sin sorpresa puede observarse en el mapa el nombre del cacique entremezclado con los apellidos extranjeros. La muestra, a despecho de su excepcionalidad, revela una presencia que se ha venido escamoteando a lo largo del texto. Es que Payró ha elegido agrupar las consideraciones etnográficas sobre “los antiguos señores de aquel suelo” en tres capítulos dedicados a las razas fueguinas para dar mayor unidad al trabajo. La segregación de los indios fueguinos a los apartados pertinentes guarda correspondencia con la ausencia de una observación directa de las razas que han sido desplazadas de su territorio y se extinguen rápidamente: “los que mantienen aún su carácter y tradiciones, andan perdidos u ocultos en las selvas, los fjords, y las montañas más ásperas y fragosas de la isla.” (1898: 178).

Profusamente ilustrados, los capítulos relativos a los Onas, aunque narrados en presente, participan de una intención museológica que genera un efecto de alejamiento en el tiempo. Jens Andermann acuñó el neologismo *paleontologización del otro* para referirse a una operación similar del Perito Moreno, que denegaba la evidencia de una irritante población indígena viva (Andermann, 2000: 161). Algunas de las ilustraciones intercaladas en estas secciones (doce de los treinta y dos dibujos incluidos en el libro corresponden a estos tres capítulos) funcionan como vitrinas que exponen objetos del pasado: “Diadema ona”, “Canciones”, “Choza fueguina”, “Arpones”. Anticipan así la previsible conclusión acerca de la extinción inevitable de los indios fueguinos.

Tanto el mapa como el museo urden, según Benedict Anderson, una red clasificatoria flexible que puede aplicarse a todo lo que se encuentra bajo el dominio real o supuesto del Estado: “El efecto de la red sería ser capaz de decir siempre de algo, que era esto y no aquello; correspondía aquí y no allá. Estaba limitado, determinado, y por tanto –en principio– era contable.” ([1983] 2000: 257). Las dos instituciones encuentran en Payró un intérprete ejemplar (en la doble acepción del que explica el sentido y el que ejecuta el material para darle vida inteligible): reproduce unos mapas que se anteponen a la realidad, una construcción social del mundo a través del discurso cartográfico que interactúa con las políticas de Estado; y ensaya una imaginación museística de marcado contenido político,

mediante la creación de un álbum de antepasados fueguinos que vacía el territorio para entregarlo a su dueño legítimo: el Estado nación argentino.

La tercera institución implicada en esta malla clasificatoria descrita por Anderson es el censo. En la ampliación de las crónicas de la excursión por el norte para su edición en libro, Payró cita el censo realizado en 1895 como prueba documental. Una nota al pie informa la estadística que arroja para Catamarca la menor proporción de extranjeros del país (el 11 por mil), y corrobora la proporcionalidad directa que existe entre la población extranjera y el progreso de las provincias: “Sea causa o defecto –quizá las dos cosas a la vez –, la mayor proporción de extranjeros corresponde a mayor progreso, por lo menos material, de la provincia. A las cuatro primeras, Catamarca, La Rioja, Santiago y San Luis, les falta, sobre todo, actividad, y estoy seguro de que una poderosa inyección de sangre nueva haría disminuir, si no desaparecer completamente, tan grave defecto.” (1909a: 53).

Mientras que el romance patagónico de miss Mary preanunciaba un futuro de fusión racial para la región, el relato amoroso que Payró narra en la gira por el norte se adentra en un pasado de ribetes maravillosos. “Cuento de hadas” es el título con que el nuevo idilio se independiza de la crónica periodística en un capítulo de *En las tierras de Inti*. Es un cuento de mixtura racial, ambientado en 1806, durante la primera invasión inglesa a Buenos Aires, que culminó con la heroica reconquista y el envío de los prisioneros británicos a distintas provincias del interior, entre ellas Catamarca. Los oficiales derrotados fueron alojados en casas particulares donde recibieron un trato amable y hospitalario de parte de la alta sociedad catamarqueña.³⁶⁰ Payró cuenta la historia de uno de esos prisioneros, el sargento John Denete, quien había asumido el manejo de las finanzas comunes del grupo de oficiales haciéndose depositario del dinero. No tardó Denete en enamorarse de la joven Josefa, la hermosa hija del propietario de la casa donde residía temporalmente. Siendo correspondido, un solo obstáculo se interponía entre la pareja: la religión, que tornaba incompatible la unión del protestante con la devota ferviente de la Virgen del Valle. Pero un milagro vino a interceder de manera inesperada: John Denete había perdido los ahorros de sus compañeros y anunciado a Josefa la decisión de suicidarse, se dirigieron entonces a la capilla a rogar la intervención de la Virgen y, al levantarse del banco donde rezaban, los faldones de la casaca de John golpearon contra la madera revelando el inconfundible tintineo metálico de las monedas, que se habían escurrido por el forro descocado. La virgen había obrado el

³⁶⁰ Un pormenorizado relato de este suceso histórico puede leerse en Alexander Gillespie (1986).

prodigio: “Denete salvó así su honor y su vida, y como si ello no bastara, tuvo fe, se convirtió, quedose en Catamarca, fue el esposo feliz de Josefa, y el tronco de la conocida familia de su nombre, que aún habita en la ciudad del Valle.”³⁶¹

El componente maravilloso del relato guarda correspondencia con el carácter utópico del proyecto eugenésico, a la luz de las cifras del censo. En una sociedad que presentaba una marcada división social que el cronista remitía a sus dos componentes raciales perfectamente segregados (los descendientes de españoles y los “indios, cholos y mulatos”), se volvía imprescindible la intermediación del colono: “el mestizador por excelencia y el creador de los hermosos tipos que hoy se notan en todo el litoral”. Mientras tanto, “los descendientes de los antiguos dueños de esa tierra” merecían los peores calificativos de Payró: faltos de ambición, ociosos, sin función social ni política, fatalistas, ignorantes, rendidos por la chicha: “Cosas que durarán mientras Catamarca no se abra definitivamente a la inmigración, que hoy por hoy, no puede ser más escasa, ni tener menos influencia entre los habitantes.”³⁶²

En la crónica de la gira que emprendió Manuel Bernárdez con motivo de la inauguración del cable-carril a Famatina puede leerse un diagnóstico similar al de Payró, aunque matizado por la valoración positiva del esfuerzo titánico de la empresa llevada a cabo por los “peones criollos”, que habían subido a hombro los cables, las torres y los materiales necesarios para la instalación de la vía aérea en el cerro riojano. El pasaje conjugaba de modo ejemplar la mirada dicotómica característica con la que se estereotipó al criollo en las crónicas periodísticas y vislumbraba un futuro superador mediante un proceso de amalgama racial que transportaba al cronista a un éxtasis de exaltación poética:

El criollo, examinado abajo, en el trabajo de la tierra, en la vida pobre y anónima de esos pueblos sin ambición, aflige, da lástima y da rabia, de tan flojo, dejado y frugal, viviendo al día, satisfecho con naranjas y algarrobas, pasándose un hueso, ‘el güeso gustador’ de casa en casa para dar gusto al caldo, sembrando maíz apenas para él y para el burro. Pero al verlo trabajar allá arriba, al saber con asombro que es él —él y el burro, precisamente— quien ha realizado esa brava hombrada, quien dirigido también por ingenieros criollos, ha empinado aquellas torres de 70 metros en los flancos a pico de la montaña, quien ha erigido las chimeneas y asentado las estaciones motrices, como nidos de cóndores, sobre las puntas más altas de los montes, al saber que es

³⁶¹ Roberto J. Payró, “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. II. En las quintas catamarqueñas”, *La Nación*, 3 de noviembre de 1899.

³⁶² Roberto J. Payró, “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. III. Variaciones catamarqueñas”, *La Nación*, 5 de noviembre de 1899.

nuestro pobre indio lampiño y chicuelo de las tierras serranas el brazo ejecutor de aquel esfuerzo titánico, se le mira con un afecto enternecido, se cambia de opinión, se le respeta y se piensa en la pujante raza mestiza que va a surgir, cuando la mina lleve allá gentes de raza ambiciosa y se echen en la espesa sangre criolla algunas gotas de fluido vivaz, de sal de energía positiva, agregando a la resistencia estoica el prurito de avance, el ansia de ascender, el afán invencible, insaciable, ¡el insomnio sublime de las razas en marcha!³⁶³

El horizonte racial soñado por Bernárdez tenía un asidero real en los cruces y fusiones observados en las provincias del litoral del país, los cuales se postulaban, de modo característico, como un contra-modelo a la falta de mestizaje europeo en las provincias del norte. La edición ilustrada de su gira por el río Paraná ofrecía un buen ejemplo de esta exitosa amalgama, enriquecido con el testimonio fotográfico de las colonias entrerrianas, que mostraban las bondades del mestizaje en la región del litoral apoyándose en las precisas descripciones de los pies de foto: una joven colona posa con un tarro lechero en la mano a la entrada del corral, junto a una vaca y su ternera, la leyenda reza: “El mestizaje étnico en las colonias entrerrianas. Preciosa joven chacarera, hija de ruso y criolla, en la faena matinal del ordeño”; otra joven con el tarro en la cabeza simula una distendida conversación con un hombre de traje ciudadano, en el pie puede leerse: “En las chacras ruso-criollas de Entre Ríos. ¿Comienzo de un idilio? El escenario indica la vida próspera y los hábitos de cultura y buen gusto que trae consigo el bienestar y la mezcla con el gringo...”; por último, un grupo de mujeres compone una afectada escenificación de las labores de campo: “El bello mestizaje ruso-criollo. Hijas de chacarero, en las colonias agrícolas de Entre Ríos, ocupadas en las faenas domésticas”. (Bernárdez, 1904: 161-163). El uso de los procedimientos de connotación en la composición de las imágenes fotográficas, como la pose y la disposición de objetos (Barthes, 2009: 19-20), impone segundos sentidos al mensaje fotográfico, sentidos que se complementan con los textos que acompañan las fotografías de prensa. Más que amplificar el conjunto de connotaciones incorporadas en las escenas fotografiadas, los textos al pie de las fotos, parafraseando a Barthes, producen (inventan) nuevos significados que, en cierto modo, resultan proyectados de forma retroactiva sobre la imagen (25), fundamentalmente aquellos que introducen la idea de “mestizaje”.

³⁶³ Manuel Bernárdez, “De Buenos Aires al Famatina. Notas y sensaciones de la gira ministerial. Trabajo, vida, naturaleza. Ferrovías a Andalgalá y Tinogasta. Estrategia, economía y política de los transportes. Argentinizando. Rieles en la tierra y rieles en los aires. El cable-carril. Destino y porvenir de nuestro país de montaña. La civilización de la mina. III”, *El Diario*, 3 de agosto de 1904.



Fotografías de las colonias entrerrianas (Manuel Bernárdez, *La Nación en marcha*, 1904).

La fusión de razas constituye el patrón de medida del progreso y la civilización del país, alcanzados como resultado directo del proyecto inmigratorio, es el cartabón que mensura los logros y estima la distancia que aún resta por recorrer. Uno de los personajes centrales entrevistados por Payró en su gira por el norte argentino resume, en la trasparente alusión de su apellido, Mr. Blend (Sr. Mezcla), la demanda de inmigración europea formulada por el cronista para paliar el atraso de las provincias visitadas. La entrevista se halla en la octava entrega de la excursión periodística, subtitulada “Un solo de Mr. Blend”, y dedicada a exponer una tesis socio-económica sobre el atraso de la región, en boca de un supuesto interlocutor inglés enviado por una compañía británica con la misión de indagar la potencialidad económica del país. Su examen despliega los postulados del credo liberal para puntuar las carencias de la región: mercados, comunicaciones, población, inmigración, rentas, capitales, educación, justicia. Resume el punto de vista de Payró formulando una tesis que enhebra cada uno de estos ítems en una ilación causal donde la falta de

inmigración es la madre de todos los males. En la exposición de las siete clases sociales en que Mr. Blend divide a las sociedades de estas provincias (los que mandan, la aristocracia patricia, viejos y nuevos ricos, los pequeños comerciantes, el pueblo y los indios) las dos últimas, que conforman la mayoría de los habitantes, resultan condenadas e inmovilizadas por su incapacidad de acción. El pueblo por ser una clase deprimida, analfabeta, que “no busca, ni desea, ni sabe nada”; los indios, que trabajan desnudos en los ingenios a cambio de artículos inservibles, por la ignorancia que los encadena a pequeños tiranos como a señores feudales. El diagnóstico es concluyente: “¡Oh, my dear! ¡Qué naturaleza hermosa!... pero, también, qué gente! Es una lástima...”.³⁶⁴ Según Payró, Mr Blend “presenta las cosas con colores tan negros que parece imposible blanquearlas siquiera un poco”: buena síntesis de todo un capítulo que invita a considerar los sentidos desplazados de esta poco inocente metáfora cromática.

5.2.4 Pedagogía inmigratoria: guías y manuales

El interés por la cuestión nacional excedió el marco de las crónicas viajeras en algunos periodistas como Eizaguirre y Ceppi quienes, desde distintos enfoques, pusieron su escritura al servicio de la integración de los inmigrantes en textos de carácter pragmático, que manifestaban una decidida voluntad de intervenir de modo directo en la incorporación del aluvión inmigratorio a la vida nacional. Aunque con características y objetivos disímiles, libros como *La Patria* (1894), de Eizaguirre, un texto de lectura escolar realizado con el fin de “estimular en el niño argentino el amor a la patria y el respeto a las tradiciones nacionales”, según reza el subtítulo, y la *Guida dell' emigrante italiano alla Repubblica Argentina* (1900), de Ceppi, una guía destinada a facilitar la colocación laboral y la adaptación del inmigrante italiano en la Argentina, pueden asimilarse en la vocación pedagógica y el formato de *manual* que describe con justeza el carácter utilitario con el que fueron concebidos.

Ambos textos apelan directa o indirectamente al inmigrante en dos momentos característicos del proceso inmigratorio. Ceppi se dirige, en su condición de italiano, a los compatriotas que tienen deseos de emigrar, para promocionar a la Argentina como un

³⁶⁴ Roberto J Payró, “En las provincias del norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. VIII. Un solo de Mr. Blend”, *La Nación*, 1 de enero de 1900.

destino preferencial, sugerir el modo más económico de viajar, aconsejar sobre los pasos a seguir una vez arribados al país: dónde pernoctar, el valor de cambio de la moneda, las diversas alternativas laborales de acuerdo al oficio, el sexo, la edad. Hasta los sentimientos de los inmigrantes son contemplados en un capítulo de la guía, la añoranza que se experimenta en los primeros tiempos, los recuerdos magnificados por la distancia: “conviene che l’emigrante si metta in guardia contro le proprie depressioni contro i disgusti che le produrrà nei primi tempi la diversità di natura, di usi, di vita” (44), advierte el periodista. Otro capítulo suministra una serie de informaciones básicas sobre la Argentina que pueden resultar útiles para los recién llegados: gobierno e instituciones, superficie, población, clima, cultivos, precio de la tierra, industria y comercio, distancias, fiestas patrias, salarios, alquileres, etc. El libro se cierra con un apéndice que reproduce la legislación argentina sobre inmigración.

También apunta indirectamente a un lector inmigrante el manual de lectura de Eizaguirre, aunque la apelación que se reitera en cada capítulo sea “mi pequeño compatriota”. La propuesta de dar al niño argentino una educación que lo introduzca en el estudio de la historia y la geografía nacionales tiene como objetivo central inculcar la idea de *Patria*. El prólogo propone incluir también entre los destinatarios a los padres que no han recibido una completa educación, para quienes el libro puede servir como guía para la formación de sus hijos. La distinción que Eizaguirre elabora entre *habitantes* de la República y *ciudadanos* implica directamente la cuestión inmigratoria, tal como se hace explícito en las páginas finales del prólogo:

Por razones de nuestra incipiente sociabilidad, por la gran corriente de inmigración que ha variado casi por completo nuestra vida, por las costumbres importadas que al rozar con nuestras costumbres y tendencias las han modificado, se siente una alta necesidad en dirigir al niño hacia la *Patria*, despertando todos sus cariños a ella y estimulándolo en todas sus reflexiones (1894: 10).

Dividido en dos partes, “La Patria” y “La Nación Argentina”, cada una plantea objetivos complementarios y solidarios entre sí. El primero consiste en inculcar en el niño la idea de patria apelando tanto al plano emotivo como al entendimiento. Una figura anafórica encabeza cada uno de los apartados: “¿Sabes tu lo que es la patria?” La respuesta se expande en función de las sucesivas asociaciones humanas que van pautando la vida del

niño hasta llegar a la adultez, basándose siempre en el concepto raigal de *unión*. La *Patria* representa la reunión de los hogares, las tradiciones, la voluntad soberana: “buscar el propio bienestar unido a sus hermanos” (19). El ejemplo gráfico lo proporciona el escudo nacional con las dos manos entrelazadas que representan la unión nacional. El método propuesto por Eizaguirre consiste en partir de la asociación familiar, demostrarle al niño los beneficios que le reporta y las obligaciones que le crea hacia los padres en su vida adulta; de ahí pasar a la asociación municipal, las ventajas que se obtienen de esta nueva agrupación de voluntades e intereses; luego a la asociación en la provincia o Estado hasta llegar a la unión más grande de la *Nación Argentina*, que solo existe merced a esa asociación mayor de voluntades particulares con un fin común.

Aunque adaptado a partir del modelo de un texto de instrucción de las escuelas comunales francesas,³⁶⁵ *La Patria* de Eizaguirre parece abreviar también en otra obra local de instrucción infantil con la que guarda relevantes paralelismos, el *Manual de enseñanza moral* (1844), de Esteban Echeverría. Para este último, la patria “simboliza la unión de todos los intereses en un solo interés” y no es solamente el suelo donde se nace sino “la sociedad misma viviendo de una vida común, trabajando con un fin, y marchando a realizar, en el tiempo, la misión que la Providencia le ha señalado.”³⁶⁶

La segunda parte del manual de Eizaguirre se desplaza del concepto de *patria* al de *nación* para detenerse primero en la configuración geográfica del territorio y sus riquezas naturales, y luego en las glorias del pasado y sus fechas emblemáticas. Señala Di Meglio que en la segunda mitad del siglo XIX “el concepto [de patria] comenzaría a ser totalmente ocupado (...) por el principio de nacionalidad” (2008: 128). Nacionalidad entendida como un conjunto de características comunes: la raza, la lengua, las costumbres, la historia, las tradiciones.

En efecto, en la década del ochenta pareció revelarse imperiosamente a las elites argentinas la cuestión de la identidad nacional, entendida como la necesidad de homogeneizar las creencias como condición de posibilidad de toda nación (Devoto, 2005: 15). La urgencia provenía de los cambios acelerados en la composición social y cultural de la

³⁶⁵ Eizaguirre atribuye el texto modelo al “profesor normal y distinguido periodista Charles Vigot”. Se trata del libro *Le Petit Français*, de Charles Bigot, quien fuera educador y periodista de *La Gironde*, *Le Siècle*, *Le Journal Officiel*, *Le XIX Siècle*, entre otros. Véase Rienzi di, E. M., *Pantheón des lettres, des sciences et des arts*, Paris, 1893.

³⁶⁶ Citado en Di Meglio (2008: 128).

población, producto del proceso inmigratorio. El manual de Eizaguirre constituye, bajo esta perspectiva, un muestrario de los recursos que cobraron una importancia central en el proyecto de construir la nacionalidad, como ser las fiestas patrias, las banderas y los escudos, la escuela y la enseñanza del pasado. Demuestra asimismo la vasta repercusión que tuvo la cuestión nacional más allá del círculo conspicuo de los hombres de Estado.

Los capítulos de la segunda parte pasan revista a las “glorias nacionales”, las “glorias políticas”, las dos grandes fechas nacionales (el 25 de mayo de 1810 y el 9 de julio de 1816), y finalizan con un apartado especial dedicado a la bandera argentina. Este último reproduce extensos párrafos de la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (1859), de Bartolomé Mitre, creador del relato histórico sobre el mito de los orígenes de la nacionalidad: las guerras de la independencia. Para Fernando Devoto, la lectura de Mitre proporcionó una imagen del pasado funcional a una prédica nacionalista que pretendía galvanizar, en torno a un mítico pasado común, la identidad argentina: “La obra de Mitre proveía entonces un relato apto para su uso como pedagogía escolar y a la vez una ejemplificación abundante para el mismo papel, entresacando episodios que podían usarse para consumo en los distintos niveles de la enseñanza, a la manera de fábulas morales.” (2005: 15). Precisamente, es este el uso que hizo Eizaguirre de las páginas del historiador en *La Patria*. Al mismo general Mitre dedicaría pocos años después, con devoción filial, el primer libro con el que el periodista incursionaba decididamente en la faceta historiográfica de su producción, titulado *La bandera argentina* (1900).³⁶⁷

Tanto Ceppi como Eizaguirre pudieron reconocer de cerca las problemáticas abordadas en las obras respectivas en el desarrollo de sus actividades como corresponsales viajeros. De allí proviene el interés del primero por la situación de los inmigrantes en la Argentina, particularmente de sus repetidas excursiones por las colonias agrícolas, donde pudo palpar la aclimatación dura y penosa de los extranjeros en el país. En un artículo periodístico, recopilado posteriormente en libro, trazaba un balance de la vida en las colonias y recordaba el sentimiento de pesadumbre que lo embargaba y que podría estar en el origen de la *Guida dell' emigrante italiano*: “A mí se me apretaba el corazón cada vez que veía una pequeña

³⁶⁷ El título completo reza *La bandera argentina. Noticia sobre el origen de los colores nacionales, y relación de los decretos y leyes sobre la bandera bicolor e insignias militares durante la época de la independencia. 1810-1820*, y en la introducción el autor lo describe como “apuntaciones sobre historia argentina presentadas con la ilación necesaria para formar una crónica sencilla y clara del origen de los colores nacionales y formación de nuestra bandera.” (Eizaguirre, 1900: XV).

casita aislada y pensaba cómo podía vivirse en aquella soledad, sin distracciones ni comodidades, expuestos a los furores de la atmósfera y de los hombres” (1912: 258). En el mismo artículo recordaba un encuentro con una campesina piemontesa, a la vera del camino entre San Jerónimo y Esperanza, sorprendida en plena tarea, segando alfalfa a la par de los hombres. En aquella oportunidad, Ceppi se había detenido y descendido del coche para mantener un diálogo lleno de patetismo que reprodujo en una crónica. La joven y curtida agricultora llevaba cinco años en la Argentina y a pesar de sus deseos de volver a Italia un hijo enterrado en la colonia le impedía regresar a su patria, ya que no estaba dispuesta a abandonarlo.³⁶⁸ Estas tragedias personales que Ceppi vuelve a glosar en un capítulo de su *Guía* conectan el universo de las crónicas con el folleto destinado a facilitar la incorporación de los inmigrantes que produjo pocos años después.

Otro tanto puede argumentarse respecto del manual de lectura de Eizaguirre, *La Patria*. En la dedicatoria que abre el libro, el periodista declara que su conocimiento sobre el estado de la educación nacional provenía de sus recorridas por buena parte de la República. Ya las crónicas de la gira fueguina que emprende como corresponsal de *Sud-América*, en 1891, manifestaban el interés particular de Eizaguirre por las cuestiones educativas. En Punta Arenas visitó las misiones católicas establecidas por Monseñor Fagnano y dejó constancia de los adelantos en materia educativa en una entrevista al sacerdote, que daba cuenta de los colegios fundados en la colonia y los avances logrados en la educación de los indios Ona.³⁶⁹ La buena impresión causada por la obra de Fagnano contrastaba, en la apreciación del periodista, con lo hecho por las misiones protestantes establecidas en Tierra del Fuego, a las que criticó con dureza. Allí visitó la Escuela Mixta de la misión anglicana de Ushuaia y registró, no sin ironía, la instrucción recibida por unas pocas indias que “aparentaban leer con mucha dedicación un cuaderno de lectura que estaba invertido sobre la banca” y sacaban la lengua al maestro en señal de saludo.³⁷⁰ Pero los juicios más negativos fueron aquellos vinculados a la enseñanza en lenguas indígenas que los misioneros habían aprendido a tal fin (idiomas “duros, guturales, sombríos”), y a la difusión de la imagen de la

³⁶⁸ Aníbal Latino (pseud. José Ceppi), “Literatura campestre. Santa Fe y las colonias. Últimas impresiones. Penalidades y contrastes. Un encuentro conmovedor. El despertar de un periodista”, *La Nación*, 17 de febrero de 1893.

³⁶⁹ José Manuel Eizaguirre, “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Punta Arenas. IV”, *Sud-América*, 2 de noviembre de 1891.

³⁷⁰ José Manuel Eizaguirre, “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En Ushuaia. IX”, *Sud-América*, 11 de noviembre de 1891.

reina Victoria que cada indio tenía en su choza y a la que elevaban una plegaria al final de la clase: “¡En territorio argentino...rezando por la reina Victoria!... ¿Acaso esto también será digno de aplauso?”³⁷¹ Con estas reflexiones Eizaguirre revelaba tempranamente su preocupación por los contenidos de la enseñanza nacional de la que daría cuenta, tres años después, la publicación de su manual de lectura escolar. Una de sus cartas de 1898 sobre la vida y las costumbres de Córdoba advertía deficiencias básicas en la enseñanza del castellano, que el autor remitía a la ausencia de “afectos sagrados” en la sociedad argentina, cuestión que revestía un enorme peligro “en estos momentos en que todo se transforma y cambia violentamente”. Con la identidad nacional amenazada por el cosmopolitismo, el idioma cobraba una importancia trascendental como instrumento educativo, tal como se expresaba en el siguiente pasaje ejemplificador:

Que los pueblos que más fe consagran a sus ideales y destinos, son egoístas con el propio idioma; lo cultivan, lo purifican y lo presentan siempre como fortaleza contra invasiones de cosmopolitismo, como templo de arte, como instrumento sagrado de la ciencia, como religión de Estado, como fuerza poderosa de raza, como símbolo purísimo de nacionalidad (1898: 344).

La monumental gira periodística *A través de la República* del año 1900 no hacía sino reconfirmar este interés particular, en el celo con que Eizaguirre se abocó a documentar el estado educativo de las provincias argentinas. Al menos una de las crónicas dedicadas a cada una de las trece provincias (exceptuando Buenos Aires) está referida al tema de la instrucción pública, que el periodista encaró en todos sus aspectos, desde la infraestructura edilicia, la formación docente, los concursos y la retribución salarial, pasando por los presupuestos provinciales y la acción de los padres, llegando hasta tipificar la idiosincrasia de los alumnos de cada provincia; todo abundantemente ilustrado con cuadros estadísticos, entrevistas, informes y evoluciones históricas.

Tanto *La Patria* de Eizaguirre como la *Guida dell' emigrante* de Ceppi fueron textos concebidos a partir de las necesidades relevadas en los viajes periodísticos realizados por sus autores, en el cruce con intereses y motivaciones particulares. A su vez, constituyeron herramientas eficaces en sus cometidos, según se desprende del apoyo estatal que

³⁷¹ José Manuel Eizaguirre, “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En la misión. XII”, *Sud-América*, 13 de noviembre de 1891.

recibieron las respectivas ediciones. *La Patria* fue aprobado como texto de lectura por el Consejo Nacional de Educación para los cursos de 1893, 1894 y 1895, y la *Guida dell' emigrante* contó con la suscripción de quince mil copias por parte del parlamento argentino para ser distribuidas gratuitamente en Italia.

No fueron intervenciones aisladas las de ambos periodistas en sus correspondientes áreas de interés. La tarea de divulgación histórica con carácter popular emprendida por Eizaguirre continuó con la publicación de sus *Páginas argentinas ilustradas* en 1907, y en numerosos trabajos aparecidos en *La Prensa*, particularmente aquellos publicados en ocasión del Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, y de la declaración de la Independencia, en 1916.³⁷² *Páginas argentinas* proponía un recorrido histórico que comenzaba con el descubrimiento de América y terminaba con la sanción de la Constitución en 1853, orientado por una premisa de síntesis y claridad: “un minimum de historia general, metódicamente expuesto” (1907: X). Eizaguirre continuaba de este modo su cruzada educativa, iniciada con el texto de lectura escolar *La Patria*, con la voluntad clara de imponer un conjunto de creencias comunes, de relatos sobre los orígenes, símbolos y mitos identitarios, a una población heterogénea que describía en estos términos: “millares de argentinos y de extranjeros radicados en nuestro hogar, factores eficientes de nuestra prosperidad industrial, que ignoran el proceso de la Libertad en nuestro territorio y todos los episodios de la vida argentina” (1907: X).

La segunda parte de este libro recopila una serie de ensayos históricos breves y artículos publicados en *La Prensa*, dedicados en su mayor parte a narrar episodios de las luchas de la Independencia y a describir costumbres de la época colonial (de los carnavales a las serenatas). Allí incluyó un trabajo sobre el primer periódico de Buenos Aires, el *Telégrafo Mercantil*, que culminaba con una apología de los diarios modernos, destacando su influencia en la ilustración de las masas y la misión cumplida en lo que respecta a la fiscalización administrativa y política de los gobiernos. El artículo resaltaba también la contribución del diario a la formación de la nacionalidad argentina, mediante la constitución de un público, una agrupación de lectores “compuesta de hombres que no se conocen, que jamás se han visto acaso, pero que armonizan en juicios y esperanzas” (185) estableciendo

³⁷² Ambos trabajos fueron reunidos en un libro de 1924 que lleva por título *El pasado en el presente*, en cuya introducción se explicita el “propósito de dar, en síntesis, a la masa popular, antecedentes claros, ilustrativos de la formación material y espiritual de nuestro país.” (Eizaguirre, 1924: 7-8).

así un “vínculo superior ramificado de uno a todos y de todos a uno” (189). Explicaba Eizaguirre que el diario moderno lograba este cometido construyendo una red informativa que ponía en contacto a todas las poblaciones del territorio nacional, para lo cual era crucial el papel desempeñado por los corresponsales: “Los grandes diarios tienen un corresponsal en cada uno de los puntos poblados, con un programa general para sus transmisiones telegráficas o para sus correspondencias epistolares, programa que consulta los detalles del progreso, y las palpitaciones de la vida local” (188-189).

También en ocasión del Centenario de la Revolución de Mayo produjo Ceppi un estudio titulado “La inmigración y su influencia en los destinos de la República Argentina” que apareció en el número especial de *La Nación* y fue publicado como libro en el mismo año de 1910. Allí volvió a ponderar los aportes de la inmigración en la Argentina (con capítulos dedicados a cada comunidad de origen) y ensayó una defensa contra las acusaciones de materialismo exacerbado y desinterés cívico que sufrían los inmigrantes. De nuevo exaltó las cualidades de la inmigración italiana, que la convertían en la corriente más apta, y dedicó un apartado a condenar los excesos de patriotismo en las escuelas, sobre todo a partir de las disposiciones adoptadas por el presidente del Consejo Nacional de Educación, Doctor José María Ramos Mejía: “Debería bastar con la celebración de los aniversarios patrios y con imprimir un carácter especial a la enseñanza de la historia. Pero se juzga insuficiente, se quiere más, mucho más, bajo los estímulos de una dirección ofuscada e intransigente.” (Aníbal Latino, 1910: 264). La cuestión de la nacionalidad se revela como una constante en la obra de Ceppi, al punto de constituir el objeto de su estudio de mayor aliento, *El concepto de la nacionalidad y de la patria* (1914), dedicado justamente a trazar un bosquejo histórico del comportamiento de las principales agrupaciones humanas desde el punto de vista de la nacionalidad, que se remonta a los pueblos antiguos, se detiene en el estudio del presente y propone perspectivas a futuro.

En un apartado de este libro dedicado al fenómeno de las emigraciones modernas, Ceppi pasaba revista a los temas elaborados una y otra vez en sede periodística y resumidos en la idea matriz de que una nación podía recibir a millones de individuos de otra nación e incorporarlos sin poner en peligro su identidad y con extraordinarias ventajas para la población existente, a pesar de los vínculos indestructibles que continuarían ligándolos a la patria lejana:

Id a las colonias de agricultores italianos en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe o Córdoba en la República Argentina, visitad sus viviendas y encontraréis en ellas, como lo ha dicho Enrique Ferri, retratos de Mazzini, de Garibaldi, de Cavour, de Víctor Manuel II, de Humberto I, de Víctor Manuel III y láminas representativas de los combates de la independencia italiana (1914: 375).

De la cita se desprende que aún en 1914 recordaba Ceppi sus giras por las colonias santafecinas realizadas treinta años atrás, giras que constituyeron el germen de una preocupación que lo acompañó a lo largo de toda su carrera periodística y que continuaba todavía vigente.

Lo expuesto permite inferir el grado de conciencia y especial interés con que Eizaguirre y Ceppi abordaron diversas aristas de la candente cuestión nacional a lo largo de sus crónicas. Interés que puede hacerse extensivo al resto de los corresponsales incluidos en el corpus y que habla de un problema crucial que percibieron de primera mano en sus aspectos más pragmáticos, bajo la amplia perspectiva de sus constantes viajes por el país.

Epílogo

Además de presentar una conclusión a lo que antecede, estas páginas finales proponen una mirada hacia adelante: una suma de hipótesis con las cuales indagar líneas de continuidad del reporterismo viajero en las primeras décadas del siglo XX; medir la eficacia del formato para adaptarse a los nuevos requerimientos de una prensa comercial, popular y masiva; comprobar el afianzamiento de una práctica vinculada a una concepción moderna del ejercicio periodístico, al insertarla en un campo ya consolidado y regulado por leyes propias.

El reporterismo viajero se desarrolló en función de las demandas informativas que imponía la evolución de la prensa periódica. Su emergencia, en el tramo final del siglo XIX, se sitúa en el contexto de la formación de una red de corresponsales propios por parte de los grandes diarios de Buenos Aires que contaban con la capacidad económica para financiar este despliegue nacional e internacional. La figura del reporter viajero aportó la movilidad indispensable para atender con celeridad los sucesos de interés periodístico que se desarrollaban en toda la extensión de la República. A las características intrínsecas que contemporáneamente definieron el novedoso perfil profesional del reporter, como un observador indiscreto, curioso y audaz, y un investigador incisivo, entrenado en la práctica específica de la entrevista, los corresponsales viajeros sumaron una prosa periodística que combinaba los recursos de la crónica con los tópicos y procedimientos del relato de viaje en un particular formato discursivo. Con este bagaje, salieron a recorrer el país como enviados especiales a las ciudades, pueblos y colonias del interior, desarrollando una actividad itinerante motivada por una gama variadísima de hechos y circunstancias. Un segmento relevante de estos viajes periodísticos se abocó a describir el territorio nacional y sus habitantes, a singularizar los paisajes representativos y proporcionar en general nuevas vías de acceso al conocimiento del país, lo cual resultaba imprescindible para producir un balance de la dispar situación política, económica y social de las provincias, elaborar diagnósticos y proyectar soluciones y mejoras. Las crónicas resultantes contribuyeron a modelar un imaginario de Nación, apelando tanto a la información objetiva y utilitaria, como a una propuesta narrativa lindante muchas veces con las formas de la ficción, al punto de derivar algunas de ellas en cuentos, novelas y piezas teatrales. El reporterismo viajero encarnó una modalidad pionera del periodismo moderno, estableciendo líneas de trabajo

que habrían de evolucionar a lo largo del siglo XX, como ser el periodismo de denuncia e investigación. La actividad de los reporters viajeros demostró, asimismo, en relación a los vínculos entre prensa y política, la persistencia de prácticas residuales, verificadas en el alineamiento con causas partidarias que todavía determinaban, en buena medida, los contenidos y objetivos de las empresas periodísticas, junto a novedosos modos de representación, más atentos a la atracción de un público masivo que a los intereses de las luchas facciosas. Variantes y evoluciones que contribuyeron a perfilar, desde un recorte particular del abigarrado universo informativo que proponían los principales diarios porteños, los nuevos rumbos de la prensa periódica en pleno proceso de modernización.

En el cambio de siglo, las trayectorias de los reporters viajeros considerados en los capítulos precedentes comenzaron a diversificarse. Algunos pasaron a desempeñar nuevas funciones como corresponsales en el exterior; otros, a cubrir puestos de mayor jerarquía en las redacciones de los diarios; algunos otros se sumaron a nuevos proyectos periodísticos o fundaron sus propios semanarios.

Roberto J. Payró realizó su última gira como corresponsal viajero por Uruguay, siguiendo el derrotero del caudillo oriental Aparicio Saravia, en 1903. Resultó en parte un viaje frustrado: la inminente revolución encabezada por el líder rural del Partido Blanco quedó desactivada por un oportuno acuerdo y el corresponsal no obtuvo su anhelada entrevista. En los años subsiguientes pasó a ocupar una posición de mayor relieve en el diario *La Nación*, como puede inferirse de las crónicas que aparecieron casi a diario durante el segundo semestre de 1906, sin firma, lo que vale decir, expresando directamente una línea de pensamiento que se confundía con la del diario, según su autor refirió en la nota introductoria a la edición en libro: “Quiero a estas Crónicas, porque en ellas he puesto mucho de mi alma, todo lo que cabía dentro del impersonalismo normal en el diario a que estaban destinadas, y que las honré prohiéndolas como prenda propia”.³⁷³ La ciudad de Buenos Aires, en sus manifestaciones más diversas, ocupó el centro de estas crónicas en las que Payró se entregó con soltura al “capricho de la ‘flanerie’” (1909: 83), penetrando en temas de actualidad ligeros como la moda de los sombreros o los piropos callejeros, y urgentes como la constitución de una sociedad de escritores, la abolición de la pena de muerte o la ley de divorcio. Al año siguiente se trasladó a Europa y en 1909 se estableció en

³⁷³ Roberto J. Payró, “Crónica de estas ‘Crónicas’” (1909b: 8).

Bélgica, donde cumplió una función destacada como corresponsal de la Primera Guerra Mundial.

Entre los reporters que asumieron funciones directivas en sus respectivos diarios cabe mencionar a José Ceppi, quien continuó su labor profesional en *La Nación* como secretario general, subdirector y director interino hasta 1906, año en que pasó a ocupar el cargo de director de la Biblioteca del Congreso, permaneciendo ligado a la empresa periodística como colaborador libre. Su pasión por los viajes quedó reflejada en el último libro que publicó, *Viajes ideales* (1925), una suerte de manual para el viajero donde proponía una serie de itinerarios turísticos americanos y europeos. También Julio Piquet llegó a asumir la dirección interina de *La Nación* a raíz de un viaje de Emilio Mitre en 1898, labor que desempeñó hasta 1901 cuando fue reemplazado por José Ceppi. De vuelta en Montevideo, su ciudad natal, Piquet redactó y dirigió *El Siglo* que dejó a fines de 1906 para volver a Buenos Aires. En el año 1914 se radicó en París como representante general de *La Nación* en Europa, enviando correspondencias durante sus seis años de permanencia. José Manuel Eizaguirre pasó a ocupar una posición de privilegio en el diario *La Prensa*, como redactor primero, y como jefe de redacción y editorialista, luego de la muerte de Adolfo E. Dávila, en 1918. Su carrera quedó identificada con la historia misma del diario, tal como afirmó Juan José de Soiza Reilly en una entrevista donde repasaba su extensa trayectoria: “—No tengo biografía —me repite Eizaguirre. Sin embargo, la tiene. Su historia es la historia vibrante de *La Prensa*, vivida por él desde hace cuarenta años.”³⁷⁴

De la experiencia acumulada en este ejercicio cotidiano de las labores de prensa surgieron empresas periodísticas trascendentales: Eustaquio Pellicer se desvinculó de *La Nación* para fundar primero con Bartolomé Mitre y Vedia y luego con José S. Álvarez (Fray Mocho) y Manuel Mayol, la revista *Caras y Caretas* (1898-1939), de la que más tarde se separó para fundar el semanario ilustrado *P.B.T.* (1904-1918), fiel al espíritu emprendedor que lo caracterizó a lo largo de toda su vida.³⁷⁵ También Arturo Giménez Pastor fundó en 1907 un exitoso semanario ilustrado, *La Vida Moderna* (1907-1912), junto a su hermano, el

³⁷⁴ Juan José de Soiza y Reilly, “Viaje alrededor de los criollos ilustres. Un gran periodista: José Manuel Eizaguirre. Catorce mil seiscientas noches sin dormir”, *Caras y Caretas*, n° 1662, 9 de agosto de 1930.

³⁷⁵ Entre los proyectos empresariales llevados a cabo por Eustaquio Pellicer merecen citarse su contribución a la por demás incipiente industria del cine, con la proyección de las primeras películas cinematográficas de los hermanos Lumière, en 1896; la fundación de uno de los primeros periódicos marplatenses, *La Rambla*, a fines de ese mismo año; y el emprendimiento ganadero que desarrolló hacia 1910 (Pignatelli, 2005).

destacado dibujante de *Caras y Caretas* Aurelio Giménez. Ingresó luego a *La Nación* donde tuvo a su cargo la sección de crítica teatral y publicó parte de su producción literaria.

En todos los casos, el reportero viajero constituyó una etapa en las carreras de estos auténticos hombres de prensa que les permitió afianzar el nombre propio, perfeccionar sus pericias como cronistas y proyectarse a nuevas funciones y actividades que los mantuvieron vinculados al periodismo hasta el final de sus días, casi sin excepciones.³⁷⁶

Algunos de los nombres de los corresponsales viajeros que continuaron la senda abierta por este grupo precursor del periodismo moderno son bien conocidos por ser también escritores fundamentales de la literatura argentina del siglo XX, como Raúl González Tuñón y Roberto Arlt. Pero se trata ya de otra *edad* de la prensa periódica, con una oferta que se ha diversificado y especializado de manera notable, como demuestran los diarios vespertinos nacidos a comienzos del siglo XX, donde se generan los formatos periodísticos más novedosos. La aparición de estos nuevos diarios de la tarde (*La Razón, Última Hora, La Tarde, Crítica*) marca “el inicio de una prensa popular urbana que incorpora los rasgos más salientes del ‘nuevo periodismo’ norteamericano”, tal como señala Sylvia Saïtta (1998: 38). Es el diario *Crítica*, fundado en 1913 por Natalio Botana, el que definitivamente introduce y recrea un estilo sensacionalista que se deja leer en toda su propuesta periodística: desde los titulares truculentos hasta los dramas, crímenes y conflictos sociales que dominan sus contenidos. No extraña, entonces, que de este fértil suelo hayan surgido desarrollos y variantes notables también en lo que atañe a las corresponsalías de viaje al interior del país.

A su vez, pueden rastrearse líneas de continuidad que retoman una concepción de las giras periodísticas vinculada a la escenificación del espacio nacional, por medio de representaciones verbales y visuales que relacionan los paisajes nativos con la idea de patria para establecer un vínculo naturalizado e inextricable. Es el caso de Ada María Elflein, cronista viajera de *La Prensa* y una de las primeras mujeres periodistas en incorporarse a la redacción de un gran diario de Buenos Aires. En el lustro que va de 1913 a 1918, Elflein realizó cinco excursiones periodísticas por el interior del país: viajó a Mendoza y al Cerro Pelado en enero de 1913; a Tucumán, Salta y Jujuy, en mayo del mismo año; a los lagos del

³⁷⁶ Una de estas excepciones la constituye el caso de Manuel Bernárdez, quien, como ya fue dicho, abandonó el periodismo después de su última gira por Brasil como enviado especial de *El Diario*, en 1908, para desempeñar tareas diplomáticas como funcionario del Estado uruguayo, en carácter de cónsul general de Brasil (1910) y ministro Plenipotenciario (1916); mismo cargo que pasó a desempeñar posteriormente en Italia (1922) y Bélgica (1925).

sur a comienzos de 1916; de nuevo a Mendoza y Chile, en enero de 1917; y finalmente a los pueblos serranos de San Luis y Córdoba en 1918. Viajes todos alentados por la premisa común que le había asignado la dirección de *La Prensa*: la de “divulgar los conocimientos sobre diversas regiones de nuestro país, interesantes por su belleza, por sus recuerdos históricos, riquezas naturales o por cualquier otro atractivo.”³⁷⁷

Si se comparan las crónicas de viaje de Ada María Elflein, con las que produjeron los enviados especiales de *Crítica*, como Juan José de Soiza Reilly y Raúl González Tuñón, en la década siguiente, pueden establecerse una serie de hipótesis que abren líneas de investigación para una futura continuación del proyecto desarrollado en esta tesis, partiendo de dos tendencias derivadas (y contrastantes entre sí) del periodismo viajero finisecular: la primera retoma y exagera las posibilidades de una pedagogía nacionalista que ya estaba presente en algunos aspectos de las crónicas analizados en el capítulo final de la tesis; la segunda se adentra en la veta abierta por el incipiente periodismo de investigación y de denuncia para cargar las tintas en los conflictos sociales que exigen la atención de una prensa que pretende constituirse en *voz del pueblo*.

Las crónicas de Elflein están intrínsecamente vinculadas con el momento del Centenario y deben leerse en el contexto de los programas y propuestas del nacionalismo cultural, en el marco de la construcción de procesos de nacionalización de masas ligados a la eficacia en la elaboración de mitos nacionales. Por un lado, las tradiciones y leyendas para niños que publica en el espacio del folletín dominical de *La Prensa* desde 1905 están consustanciadas con el programa expuesto por Joaquín V. González en *La tradición nacional*, donde se propone sublimizar aquella época de la historia en que se funda la nacionalidad, como fuente de enseñanza de la virtud cívica y escuela de patriotismo ([1888] 1957: 150); por el otro, las crónicas de sus viajes por los Andes y el norte del país traman de un modo indisoluble el tiempo histórico y el espacio geográfico, a través de un itinerario guiado por la fascinación de los recuerdos históricos.³⁷⁸ En Tucumán indaga el lugar exacto donde se libró la batalla del año 1812, “el campo riquísimo abonado con sangre y amojonado con

³⁷⁷ Ada María Elflein, “Por los pueblos serranos”, *La Prensa*, 8 de abril de 1918.

³⁷⁸ Las dos principales vertientes de su producción periodística para el diario *La Prensa*, como autora de tradiciones y leyendas y como cronista viajera la vinculan directamente con la labor desempeñada por José Manuel Elizaguirre en el mismo diario.

huesos de héroes”³⁷⁹; en Jujuy sigue el camino del ejército de Belgrano, cuya imagen le “sale al encuentro incesantemente”³⁸⁰; en Salta vislumbra por la ventanilla del tren a los ejércitos realistas persiguiendo a los gauchos de Güemes. El carácter devocional con que Elflein encaró sus viajes por el país encuentra en la idea de peregrinación una figura ideal: “Como los musulmanes van a la Meca, la ciudad sagrada de los homenajes, así cada argentino debería peregrinar por lo menos una vez en su vida a Tucumán”.³⁸¹ La propuesta reproduce otra idéntica que hiciera Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista* (1909), libro donde se revisan las políticas educativas argentinas en relación a los modelos europeos, con el foco puesto en el problema de la nacionalidad. Para Rojas la historia y la geografía debían estudiarse de modo complementario, transmitiendo la emoción del paisaje a través de lecturas literarias y promoviendo excursiones a los monumentos y sitios señalados por las grandes acciones de la historia.³⁸² Entre las medidas que propugnaba el Informe para remediar las deficiencias del sistema educativo figuraba la creación de una “Antología Argentina”, compuesta de fragmentos de obras históricas y literarias, destinada a complementar la enseñanza de Historia, Geografía e Idioma nacional; el volumen III de la Antología estaría dedicado a “Paisajes, Tipos y Costumbres”, y allí aparecen entre los autores propuestos los nombres de “Ashaverus –Tierra Adentro (Córdoba)”, “Payró –Pago Chico, La Australia argentina” y “Fray Mocho –Tierra de Matreros, Cuentos, etc.”, entremezclados con los de Sarmiento, Echeverría y Joaquín V. González, entre otros (1909: 483).³⁸³ La inclusión de las crónicas periodísticas de viaje en la bibliografía que Rojas sugiere para su *Antología Argentina* confirma la hipótesis central que rige el capítulo quinto de la tesis: que las

³⁷⁹ Ada María Elflein, “En el interior. Notas de viaje. II. Tucumán”, *La Prensa*, 22 de junio de 1913. Las crónicas aquí citadas en su fuente original fueron recopilados en un volumen póstumo titulado *Por campos históricos. (Impresiones de viaje)* (1926).

³⁸⁰ Ada María Elflein, “En el interior. Notas de viaje. IV. Villa Nougés – El camino de Belgrano”, *La Prensa*, 6 de julio de 1913.

³⁸¹ *La Prensa*, 22 de junio de 1913.

³⁸² “Ellos perpetúan a los ojos de las generaciones la tradición del país, el esfuerzo de los antepasados. De ahí la necesidad de conservarlos. Brota de ellos una conmovedora sugestión moral. Y además de sus razones cívicas, prestan servicio al arte y a la educación. Las excursiones a lugares históricos y monumentos, cuya conservación da prestigio tan alto a la civilización europea, practícanse con frecuencia en las escuelas del viejo mundo (...)” (Rojas, 1909: 53).

³⁸³ La lista completa incluye: *Recuerdos de provincia y Facundo*, de D. F. Sarmiento; *El viaje intelectual y Fruto vedado*, de Paul Groussac; *Memoria descriptiva de la provincia de Santiago del Estero*, de Lorenzo Fazio; *Obras completas*, de Esteban Echeverría; *Calchaquí y La cruz en América*, de Adán Quiroga; *Historias y Mis montañas*, de Joaquín V. González; *Voz del desierto*, de Eduardo Talero; *El imperio Jesuítico*, de Leopoldo Lugones; *Calandria y Alma nativa*, de Martiniano Leguizamón; *Tierra de matreros y Cuentos*, de Fray Mocho; “Costumbres de Buenos Aires”, de Lynch; *Modos de ver* de Martín Gil; *Tierra adentro*, de Ashaverus; *Pago Chico y La Australia Argentina*, de Roberto J. Payró; “Treinta años después”, de Carlos Pellegrini; *Memorias de un viejo*, de Víctor Gálvez (pseud. Vicente Quesada).

crónicas estudiadas contribuyeron a modelar un imaginario de Nación y a fomentar una identidad colectiva mediante un conjunto de representaciones del territorio y sus habitantes. De ahí la posibilidad ulterior de recurrir a estos textos de origen periodístico como instrumentos educativos para nacionalizar a los hijos de los inmigrantes, como en la propuesta de Rojas; o la de reeditar el formato de las crónicas de viaje por el interior del país, en la serie de giras periodísticas que en los años posteriores al Centenario realizó Elflein para *La Prensa*, como modo de inculcar un sentimiento patriótico que anudaba los paisajes nativos con la gesta épica de la Nación.³⁸⁴

Por su parte, las corresponsalías de *Crítica* en el interior del país permiten poner en juego un nuevo conjunto de hipótesis, sujetas a comprobación mediante una indagación extensiva, que darían cuenta del giro sustancial que la prensa popular porteña imprimió al reportero viajero, acompañando un renovado pacto de lectura centrado en un programa de defensa de los intereses populares.³⁸⁵

En una primera aproximación, puede afirmarse que el alineamiento de *Crítica* con las causas obreras se manifestó también en las misiones de sus corresponsales viajeros. En 1923, el experimentado cronista Juan José de Soiza Reilly, quien había actuado desde 1907 como corresponsal en Europa de *Caras y Caretas* ofreciendo periódicamente una serie magistral de retratos y entrevistas de personalidades destacadas y exóticas del Viejo Mundo, y como corresponsal de *La Nación* durante la Primera Guerra Mundial, se reincorporaba al diario de Natalio Botana para realizar una gira por el Chaco que se anunciaba en estos términos: “Se propone visitar los obrajes, las grandes fábricas de tanino, los inmensos yerbales de Misiones y decirnos cómo se explota y se esclaviza a los trabajadores, y cómo se embrutece y degrada sistemáticamente a los indios en un régimen de iniquidad que constituye, para la cultura argentina, una vergüenza sin nombre.”³⁸⁶ A lo largo de las cuatro

³⁸⁴ “Pues hacia la cordillera vamos, atraídos por los ecos que en ella despiertan las palabras Paso de lo Andes y Chacabuco. Cien años han cumplido desde aquellas fechas memorables; y aunque los aniversarios, en realidad, no son sino una cosa convencional, la costumbre ha convertido a los centenarios en piedras miliarias, por las cuales miden los pueblos el camino recorrido. Parece que en semejante fecha volvieran a despertar y a hervir los pensamientos que llenaron el ambiente en el momento histórico; algo así como un efluvio se levanta de la tierra que pisaron y emana del aire que respiraron los hombres que convirtieron ese momento en historia inmortal.” (Ada M. Elflein, “Hacia el Pacífico. Impresiones de viaje”, *La Prensa*, 1 de abril de 1917.)

³⁸⁵ Sylvia Saítta ubica en el año de 1923 un momento de refundación del diario *Crítica*, que se hace explícito en el tratamiento de la información acerca del asesinato del anarquista Kurt Wilckens, en junio de 1923 (1998: 60-71).

³⁸⁶ Juan José de Soiza Reilly, “Viaje policial a través de los montes del Chaco. Un millonario que asesina por gusto. Muerte del peón Arce y del ingeniero Orlandini”, *Crítica*, 19 de mayo de 1923.

entregas del “viaje policial” el objeto de la investigación periodística se desplaza de un terrateniente asesino dueño de montes y obrajes, a la explotación criminal de los trabajadores indios del Chaco por parte de la compañía La Forestal. Para relatar el primer caso Soiza Reilly adscribe al modelo característico de las crónicas policiales de *Crítica*, tan atento a la construcción ficcional como a la veracidad de los hechos, con el periodista asumiendo la función de detective y una presentación gráfica preeminente, que incluye una reconstrucción fotográfica del delito.³⁸⁷ La construcción psicológica del latifundista es otro de los rasgos destacados que comparte esta crónica con el tratamiento genérico que reciben las noticias policiales en el diario: “¡Caramba! No veo el porqué de tanto aspaviento! ¡Al fin y al cabo, yo soy dueño de hacer con mi gente lo que se me antoje!... ¿Entonces, amigo comisario, usted no conoce el Chaco?... ¡Caramba, che, parece mentira!”³⁸⁸ Las tres entregas finales se concentran en diversas denuncias a la compañía que monopoliza la producción del tanino derivado del quebracho. Adquisiciones fraudulentas de tierras fiscales, explotación inhumana de la mano de obra, fomento del alcoholismo y tergiversación de las huelgas, que los gerentes disfrazan de malones para que el gobierno las reprima, componen el extenso listado de acusaciones contra la compañía, que Soiza Reilly se compromete a sustentar con pruebas concretas: “Yo probaré estas cosas con papeles sellados. Estoy recogiendo toda la documentación comprobatoria. Es necesario desnudar el caciquismo de los explotadores...”³⁸⁹ La última entrega está basada en una entrevista a uno de los obreros de la compañía que relata con lujo de detalles los padecimientos comunes. La pintura de las miserias de la vida en el obraje y la descripción de un mundo de extrema pobreza reproducen, nuevamente, características propias de un vespertino que se asigna a sí mismo un rol distintivo enmarcado en un periodismo de corte social.

Los enviados especiales de *Crítica* incorporaron a sus giras periodísticas temas y recursos propios del medio en que se desempeñaban, adecuando los alcances y funciones del reportero viajero a los nuevos requerimientos de una prensa popular. Así lo demuestran otros viajes periodísticos que promueve el diario durante el mismo período, como el primero que realiza Raúl González Tuñón a Tucumán para cubrir la huelga de los cañeros o la gira de Leopoldo Alonso, quien había sido secretario de la Unión Sindical

³⁸⁷ Sobre el tratamiento de las noticias policiales en *Crítica* véase: Saítta (1998:189-220).

³⁸⁸ *Crítica*, 19 de mayo de 1923.

³⁸⁹ Juan José de Soiza Reilly. “Viaje policial a través de los montes del Chaco. El cuento de los indios malos”, *Crítica*, 24 de mayo de 1923.

Argentina y director del periódico *Bandera Proletaria*, para investigar las condiciones laborales de los mensús en los yerbales misioneros. El título de la crónica tucumana de Tuñón, con su sensacionalismo característico, es suficientemente ilustrativo del encuadre ideológico de la investigación periodística: “El obrero de la industria azucarera tucumana es esclavo del patrón. Todavía existe en los ingenios tucumanos la paga en alcohol. Del peón del cañaveral solo se acuerdan para llevarlo a las urnas como carneros. (De nuestro enviado especial)”.³⁹⁰ El mismo cuadro descriptivo que prefigura este encabezado se despliega con infinidad de matices y alegatos en las veintiuna entregas de “El infierno de los yerbales. La esclavitud blanca en las selvas argentinas”, de Alonso.³⁹¹ El envidado de *Crítica* enhebra una campaña periodística de denuncia accediendo a los obrajes disfrazado de poblador del lugar, entrevistando a los mensús, frecuentando las fondas, bailantas y prostíbulos de la costa del Alto Paraná, y exponiendo el funcionamiento general de un sistema de explotación laboral que viola sistemáticamente las leyes, con la anuencia de las autoridades políticas locales.

De este modo, el diario *Crítica* reconfiguró una de las variantes del reportero viajero para adaptarlo a su particular propuesta informativa. Con un formato similar al de *Crítica*, *El Mundo* se instaló exitosamente entre la oferta de diarios matutinos hacia 1928.³⁹² Roberto Arlt, que se había desempeñado como cronista de la sección policiales del diario de Botana, se incorporó a la nueva redacción y se convirtió rápidamente en su periodista estrella, tras el éxito de su columna diaria de “Aguafuertes Porteñas”. En el variado desarrollo de esta sección, Arlt desempeñó tareas de reporter viajero que lo llevaron a recorrer distintas provincias argentinas: Santiago del Estero en ocasión de la inauguración de un ramal ferroviario (1932); Chaco y las provincias del litoral en un viaje remontando el río Paraná (1933); Río Negro y Neuquén en su gira Patagónica de 1934; y de nuevo Santiago, con motivo de la terrible sequía que afectó a la provincia en 1937. Las crónicas de viaje de Arlt enseñan una nueva faceta del reportero viajero, definitivamente distanciada de aquellas giras periodísticas de entre-siglos dedicadas al relevamiento del territorio y a la descripción

³⁹⁰ *Crítica*, 13 de septiembre de 1927. La crónica no lleva firma, sin embargo, de la entrevista que le realizó Horacio Salas a Raúl González Tuñón en 1968 surgen indicios que conducen a su atribución autoral. Véase: Horacio Salas (1975: 63).

³⁹¹ Las crónicas aparecen con frecuencia diaria entre el 17 de diciembre de 1927 y el 4 de enero de 1928.

³⁹² La conexión entre el proyecto periodístico del diario *El Mundo* y el de *Crítica* surge de un relato retrospectivo de Raúl González Tuñón: “Diremos que el éxito de *El Mundo* debióse a Natalio Botana. Cuando salió fue un fracaso. Lo dirigía el magnífico escritor y periodista Alberto Gerchunoff, pero le dio características de periódico literario y la venta fue escasa. Encargado Muzzio Sáenz Peña, este fue a consultar al fundador de *Crítica*, quien le aconsejó la forma tabloide, diseñando él mismo las páginas. La del editorial, etcétera. Resultó un suceso.” (1969: 62-63).

de tipos, costumbres y paisajes representativos. Ninguna intención pedagógica de proporcionar al lector porteño un conocimiento cabal del país puede deducirse de estas crónicas, como el mismo Arlt reconoce en la entrega final de sus “Aguafuertes fluviales”: “Mi visión ha sido puramente cinematográfica. Mi retina solo se ha impresionado por lo que han contemplado mis ojos. No he escudriñado en las rendijas de la cultura de los lugares que he visitado. Mi interés, puramente humano se ha detenido en la calle, que es la única posesión indiscutible del pueblo.”³⁹³ La cita se traduce en el punto de vista de un observador que deambula por las calles de pueblos y ciudades registrando maquinalmente una sucesión de imágenes:

La Paz. Lisas calles de tierra. Tapias bajas, de ladrillos, por encima de las cuales se distinguen colinas verde botella, empenachadas de árboles que desploman hacia barrancos. Cantos de gallos y torres de molinos de viento entre duraznos en flor. Altas veredas de ladrillos; chicos color cacao arrastrando alpargatas deshilachadas; mujeres con pañuelo en la cabeza sentadas en el costado de un caballejo escuálido. Un letrero de cine muestra dos bocas acopladas en un beso y una leyenda: “Hay que casar al príncipe”. Un viejo, que ha dejado caer sus pantalones, se mira la rodilla lastimada; levantando constantemente, al aire, sus nalgas de café. Perros de todos los colores y dimensiones.³⁹⁴

La enumeración, como los planos sucesivos de un montaje o el recorrido de un travelling, es la figura preponderante que traslada a la composición textual esta visión cinematográfica. Los usos del cine se expanden en un sistema de analogías descriptivas: Resistencia se parece a una ciudad de película norteamericana, el camino que conduce a la ciudad a una avenida del lejano oeste; las plantaciones de algodón del Chaco despiertan recuerdos del film *Aleluya*, de King Vidor; una trocha angosta correntina trae reminiscencias de *El expreso de Shangai*, de von Sternberg.³⁹⁵ Los paisajes retroceden ante el novedoso aparato perceptivo arltiano: ya sea que se les deniegue su lugar preponderante en las crónicas de viaje (“la selva virgen, salvo su virginidad, no tiene nada de interesante”³⁹⁶; “este paisaje me da bronca”³⁹⁷); ya porque se los referencie a un universo de reproducciones

³⁹³ Roberto Arlt, “Aguafuertes fluviales. Término del viaje”, *El Mundo*, 20 de septiembre de 1933.

³⁹⁴ Roberto Arlt, “Aguafuerte fluviales. Pueblo de La Paz”, *El Mundo*, 23 de agosto de 1933.

³⁹⁵ Patricio Fontana trabajó las relaciones que entabla la literatura arltiana con el cine y en particular el estrecho vínculo entre el cine y los viajes. Véase especialmente: “No es necesario ir a Shangai” (Fontana, 2010: 41-58).

³⁹⁶ Roberto Arlt, “Aguafuertes porteñas. Ninfas en la selva santiagueña”, *El Mundo*, 25 de agosto de 1932.

³⁹⁷ Roberto Arlt, “Hasta donde termina el riel” (1997: 57).

técnicas como tarjetas postales, dibujos de tratados geográficos o espectáculos cinematográficos; ya porque se los refunda en un sistema metafórico tecnológico y metalúrgico que Arlt desplaza de su narrativa urbana, como el que convierte al río Paraná en “una oblicua vereda de chapas de oro”, “una emulsión de hielo y antimonio” o “un callejón encharcado de centellantes cuajarones de cristal”.³⁹⁸ Se trata, como observó César Aira, de una representación expresionista donde “el artista está proyectado en el mundo, coloreándolo, deformándolo por su mera presencia, actuando como un reactivo químico sobre las formas” (1991: 56).

Mientras el paisaje se repliega bajo esta variedad de recursos, las “Aguafuertes fluviales” descubren en la vida de la tripulación del buque de carga que transporta al cronista un centro de interés genuino, que altera las convenciones de la crónica de viaje para concentrarse en el mundo del “proletariado de mar”. Así, el relato de la parada en Rosario no da cuenta alguna de la ciudad, enfrascado en amargas reflexiones sobre la vida de los trabajadores del río, de los que Arlt se siente formar parte; las peripecias de la navegación ceden su primacía a la ingrata tarea de los maquinistas o a sus charlas de sobremesa; la llegada a puerto revierte la perspectiva exterior hacia la intimidad expectante de la tripulación que se apresta al desembarco y a una noche de “farra”. La seducción que experimenta el cronista hacia este mundo desconocido de los trabajadores de a bordo emparenta las “Aguafuertes fluviales” con la mirada social de los corresponsales de *Crítica*. Es esta mirada la que devela, en un pasaje de las “Aguafuertes patagónicas”, la indigencia y el hambre de la mitad de la población escolar de Bariloche, los chicos descalzos, vestidos con trajes de arpillera o trapos rotos, que recorren a pie enormes distancias para asistir a clase con el estómago vacío y un viento que “corta” la cara;³⁹⁹ o la que describe, sin atenuantes, el dramático espectáculo de la población santiagueña muriendo de inanición: “Es necesario escribir con tal fidelidad lo que he visto, que cuando mis frases lleguen a ciertas partes la gente se tape las narices, asqueada y avergonzada.”⁴⁰⁰

³⁹⁸ Roberto Arlt, “Aguafuertes fluviales. Horizontes ribereños”, *El Mundo*, 14 de agosto de 1933. Sobre la descripción del río en estas crónicas de Arlt, véase: Saïta (2013: 229-245).

³⁹⁹ Arlt remite el problema a la crisis económica y el sistema de explotación que rige entre los trabajadores del sur: “La verdad es que, en las estancias del Sur, el personal ha quedado reducido en un setenta por ciento. Estancias que trabajaban con dos capataces y veinte hombres, lo hacen en la actualidad con ocho y un capataz. Y en algunas, no se les paga casi jornal, limitándose los peones a trabajar por el sustento” (Arlt, 1997: 126).

⁴⁰⁰ Roberto Arlt, “En el infierno santiagueño”, *El Mundo*, 7 de diciembre de 1937.

Son estos nuevos pactos de lectura los que reconfiguraron las modalidades del reportero viajero, incorporando variantes que marcan un punto de inflexión que delimita el arco temporal del corpus propuesto en la tesis. Si en el período de entre-siglos los corresponsales que recorrían el país asumieron sus misiones periodísticas como medio de instruir a un público que en buena medida desconocía el suelo que habitaba, de fomentar un vínculo solidario entre los pueblos, de divulgar las riquezas naturales del país, señalar sus avances e identificar las rémoras que detenían su progreso, los nuevos enviados de la prensa masiva de los años veinte revelaron un dramático contraste, transitando zonas invisibles para la prensa finisecular, de pobreza, explotación laboral y marginación crecientes. Respondieron así a las inquietudes de los trabajadores y sectores más carenciados, cuya representación asumieron como principales interlocutores.

Este proceso de diferenciación del campo periodístico porteño, leído a partir de un recorte específico de corresponsalías de viaje al interior del país, pone de relieve, por un lado, los vínculos que mantenían ligados a los grandes diarios de fin de siglo a intereses generales del Estado, al punto de hacerlos propios bajo un aspecto particular aquí estudiado: el de infundir el concepto de nacionalidad argentina como una idea matriz de interés superior. Por el otro, enseña una de las vías de autonomización que comenzaba a transitar la prensa en las primeras décadas del siglo XX, interpelando a un público masivo con otros lenguajes y una retórica sensacionalista que apuntaba a captar nuevos lectores, desde un enfoque a la vez comercial y comprometido con las causas sociales. El reportero viajero acompañó este proceso evolutivo porque el formato podía adaptarse a una diversidad de propuestas y en su origen anidaba una concepción intrínsecamente moderna del ejercicio periodístico: expandiendo las fronteras de las noticias locales, en contacto directo con todos los estratos sociales, auscultando la realidad, comprometido con la verdad.

Apéndices documentales



Apéndice I

Crónicas por autor*

Algarrobo

“Desde las sierras de Córdoba”, *El Diario*, 20 ene. y 2 feb. 1902; 12 feb. 1903; 24 feb. 1904.

- “En las sierras de Córdoba. Dolce far niente. Esperando al general” (20 ene. 1902).
- “Desde las Sierras de Córdoba. Esperando al presidente. El hombre de la metrópoli y el hombre de La Paz. Bonachón y decidor. Las visitas y la siesta” (2 feb. 1902).
- “Desde las sierras. La llegada del presidente. Coro de personajes. El general ‘at home’. Política e idilios. La capilla y el paisaje” (12 feb. 1903).
- “Desde las sierras. Divagando – El poema de las sierras – Nota mística – Una gira electoral – La caída de las hojas” (24 feb. 1904).

Ashaverus [pseud. Amado J. Ceballos]

“Desde las ruinas”, *La Nación*, 19 nov. – 6 dic. 1894 (5 entregas).

- “Desde las ruinas. Cómo se viaja en expreso. De Córdoba a Santa Rosa y de Santa Rosa a La Rioja. Lo que es hoy la ciudad de Velazco. Gobierno – Vida económica – Inventario de ruinas - Los tres grandes problemas – Cuadro que puede interesar al patriotismo y al arte” (19 nov. 1894).
- “Desde las ruinas. II” (1 dic. 1894).
- “Desde las ruinas” (4 dic. 1894).
- “Desde las ruinas. IV” (6 dic. 1894).
- “Desde las ruinas. V. Inventario de escombros” (16 dic. 1894).

“Veraneando. De Cosquín a Capilla del Monte”, *La Nación*, 14 ene. 1895 – 28 ene. 1895 (5 entregas).

- “Veraneando. De Cosquín a Capilla del Monte. I. Hasta casa Bamba” (14 ene. 1895).
- “Veraneando. Desde Córdoba a Capilla del Monte. II. El negro Bamba – La futura Córdoba industrial – El gran dique – Monumento a Colón – Cosquín – El pan de azúcar – El valle de la Punilla – Capilla del Monte” (16 ene. 1895).
- “Capilla del Monte. A primera impresión – Victoria hotel. Perspectivas – Observación al microscopio – El cuarto – El comedor – La cocina – Los baños – Las excursiones – El salón de sociedad” (19 ene. 1895).

* Se optó por reproducir el sistema de titulado original característico de los encabezados de los diarios, conformado por un título principal en un tamaño de letra mayor y destacada y una serie de subtítulos variables encolumnados hacia abajo, separados por guiones, en tamaño de letra menor y tipografías diversas entre sí. No solo el titulado completo ofrece información valiosa sobre el contenido, sino que aporta la terminología exacta con que los periodistas definían la especificidad del género y sus funciones. Dado el carácter seriado de las crónicas y la variabilidad de sus títulos se eligió, en cada caso, el más representativo para denominar a la serie completa.

- “Capilla del Monte. II. El valle de Calabalumba. El edén de la República Argentina – La perspectiva general – Descripción física – La quebrada de Calabalumba – Los Mogotes” (24 ene. 1895).
- “Capilla del monte. III. Paseos y hoteles. Los Mogotes – Locomoción – El Uritorco – Tesoro escondido – Un romance – Quebrada de Ochoa y otros lugares – Climatología – Cultivos – El proyectado sanatorium – Edificación – Última noche” (28 ene. 1895).

“A Capilla del Monte”, *La Nación*, 8 ene. 1896 – 19 ene. 1896 (4 entregas).

- “Santas y buenas pascuas. A Capilla del Monte en expreso. La partida – Tres bocetos” (8 ene. 1896).
- “De paseo campestre. Tres siluetas mediterráneas” (12 ene. 1896).
- “En Capilla del Monte. Incruenta moderna cruzada. Una murga – El gran valle – Futura ciudad – El presidente” (16 ene. 1896).
- “A Capilla del Monte. Apéndice” (19 ene. 1896).

“Excursiones serranas”, *La Nación*, 20 oct. 1896 – 19 dic. 1896 (12 entregas).

- “Excursiones serranas. De Capilla del Monte a Cruz del Eje. No es todo gloria – Entre luces y sombras – Perspectivas – Ochoa – Pumpún – Extremidad boreal de la Sierra Chica – Brochazos geográficos – Cruz del Eje” (20 oct. 1896).
- “Cruz del Eje y Soto. Algo de geología, botánica y agricultura. A vuelo de pájaro – Entre sierras y salinas – Un delta subtropical – Factores de fecundidad agrícola – Vitis vinífera – Enfermedades parasitarias – Condiciones de prosperidad – Enseñanza agronómica práctica – El olivo y el naranjo” (26 oct. 1896).
- “Soto y su llanura. A pie y a caballo. Fisonomía de Soto – El polvo – El clima – La Loma de Ortega – Leyes sobre división de comunidades – El indio Ortega – Comunidad de Soto – Vehículo de cuatro patas – Vegetación – La altiplanicie occidental – ¡El agua! ¡El agua! (28 oct. 1896).
- “Altiplanicie cordobesa. Desde el Zanjón a Santa Bárbara. En casa de un político – El bosque – Quebracho colorado – Subfósiles – Dominando el valle de la higuera – Formaciones volcánicas – Suelo que canta – Meseta de Santa Bárbara – Ingenio muerto – Recuerdo de Sófocles” (9 nov. 1896).
- Departamento de ‘Minas’. Reseña geográfica. Aspecto físico – Agricultura – Demografía – Caminos – Lo que se ve a lomo de mula – Gobierno departamental. Una cabeza de la hidra – Ganadería – Propiedad inmueble – Sociabilidad - ¿Nada más? - ¡A caballo!” (14 nov. 1896).
- “En San Luis. Antecedentes e indicios sobre el asesinato de Quines” (20 nov. 1896).
- “En Mendoza. Aspecto físico y político. A vuelo de pájaro – Situación – Preocupación del momento” (24 nov. 1896).
- “En San Juan. Impresiones generales. La gloria del polvo – Paisajes – Los laguneros – El Pocito – San Juan: aspecto y ambiente – Los Desamparados – El Marquesado – Promenade-Concert” (2 dic. 1896).
- “En San Juan. II. La Tradición política. Malestar – Los malos gobiernos – Los partidos de antaño – El P.A.N ante todo y por todas partes – Ya amanecerá” (3 dic. 1896).
- “Centro de veraneo. Ascochinga. Un nuevo hotel serrano. (Paréntesis a las impresiones cuyanas)” (9 dic. 1896).

- “Centro de veraneo. Ascochinga. Un nuevo hotel serrano. At home. (Concluida)” (12 dic. 1896).
- En San Luis. Intervención ideal – Resultado práctico” (14 dic. 1896).
- “Región minera cordobesa. Ingenio de Santa Bárbara. Aspecto ruinoso – Propósitos divergentes de dos excursionistas – Vanadatos que metieron ruido en Europa – El señor Salvañach – Reseña de minas – Clases de minerales – Sistema de trabajos y explotación – Tradiciones – Elementos y beneficio – Administración y capital” (19 dic. 1896).
- “El veraneo en Córdoba. Jesús María – General Mitre – Cañada de Río Pinto – Santa Catalina y Ascochinga” (27 ene. 1897).

“Desde San Juan”, *La Nación*, 22 y 24 feb. 1902 (2 entregas).

- “Desde San Juan. Las elecciones. ¡Nada nuevo! – Lo que unos y otros dicen – Cuadro que dice más – Con Saúl Quiroga – Un botón electoral de muestra – Ley de elecciones – Remedio al mal” (22 feb. 1902).
- “De San Juan. José F. Echevarría y su familia” (24. feb. 1902).

Bernárdez, Manuel

“De Buenos Aires al Aconquija”, *El Diario*, 16 ago. – 26 set. 1901 (7 entregas).

- “De Buenos Aires al Aconquija. Mirando por la ventana. Cuadros del campo y episodios del tren” (16 ago. 1901).
- “De Buenos Aires al Aconquija. Sensaciones del camino. Cuadros del campo y paisajes del tren” (20 ago. 1901).
- “La Argentina por dentro. Panorama de Tucumán. Crónicas y sensaciones” (28 ago. 1901).
- “La Argentina por dentro. Crónicas tucumanas. Sensaciones del trabajo y de la vida” (1 y 2 set. 1901).
- “La Argentina por dentro. Crónicas del trabajo y de la vida. Tucumán” (5 set. 1901).
- “La Argentina por dentro. Tucumán a vista de pájaro. Revista urbana. Sensaciones del trabajo y de la vida” (11 set. 1901).
- “La Argentina por dentro” (26 set. 1901).
- “En tierra argentina. Crónicas tucumanas. Perspectiva en cumbres. Sensación de la noche en la sierra. Panorama del valle iluminado. Descubrimiento del mundo nuevo” (26 ene. 1902).

“Chile”, *El Diario*, 14 – 16 ene. y 27 abr. 1902 (4 entregas).

- “Chile. Su vida, sus intentos, sus medios, sus costumbres. Un país en la Edad Media. El delirio de la guerra. Perfiles característicos – La manía del espionaje. El periodismo fosilizado. La complicidad de los corresponsales. ¡Chile se está haciendo en Buenos Aires! Reportaje a Korner. El primer Tarascón – La X... (De nuestro enviado especial)” (14 ene. 1902).

- “Chile. Su vida, sus intentos, sus medios, sus costumbres. Un país en la Edad Media. El delirio de la guerra. Los ejércitos de la invasión. Chile se vendrá en peso. Carácter sanguinario de la guerra. Teoría de la invasión en invierno. El dominio de la zona disputada. Fantasías de acción por mar y tierra – Los chilenos del Neuquén. (De nuestro enviado especial)” (15 ene. 1902).
- “Chile. Su vida, sus intentos, sus medios, sus costumbres. Un país en la Edad Media. El delirio de la guerra. La tesis de la guerra en invierno. Campaña contra las vacas. Actitud del Perú y de Bolivia. Amago de bombardeo a Lima. Sublevación de la indiada Aimara. Fin y conclusiones de este estudio. ¿Es posible evitar la contienda? ¡Si vis pacem para bellum! (De nuestro enviado especial)” (16 ene. 1902).
- “Chile. Su vida, sus intentos, sus medios, sus costumbres. Un país en la Edad Media. El delirio bélico. Paisaje de montaña. Overtura. Como es Chile observado por dentro. El ‘roto’ y el ‘gaucho’. Crónicas de un viaje de estudio. (De nuestro enviado especial)” (27 abr. 1902).
- “La evidencia de la guerra. Por qué no ha estallado en noviembre. Grandezas de la miseria. Primer síntoma de lo que hay en el ejército. Buscando dinero. Shylock en Santiago. Empréstitos, préstamos, ventas, impuestos. Incendiando las naves” (27 abr. 1902).
- “La moral en Chile. Perfiles psicológicos. Complemento del bosquejo del roto. La corrupción interior del país. La crítica y la moralidad social. El periodismo fosilizado. El culto nacional de la mentira. El ‘futre”” (27 abr. 1902).
- “El año nuevo en Santiago. Costumbres del tiempo viejo. El Chile nuevo y el Chile colonial. La aristocracia en la plaza. La tradición y el vicio nacional. La cueca y la chicha. Cuadros de la remolienda” (27 abr. 1902).
- “Las maniobras militares. Estudios previos de población y de ambiente. Fisonomía de Chile agricultor. El peón ‘roto’ y el peón ‘cuyano’. Por qué no hay inmigración en Chile. Incubación de un conflicto social. Crónica detallada de las maniobras. El cultivo de la acometividad. Lo que enseñan las maniobras. Balas contra bayonetas” (27 abr. 1902).
- “La germanización chilena. Crítica sustancial de las maniobras. Gran fachada y poco fondo. Interioridad del ejército - Grietas en la disciplina. La administración militar. La situación de Korner en el ejército. Soportado... Un episodio de la placilla” (27 abr. 1902).
- “Reportaje al general Korner. El por qué de la visita. El espionaje en Santiago. Efectos de la manía belicosa. ¡Un periodista de Buenos Aires! El despacho de Korner. Su opinión sobre las maniobras. Comparación de ambos ejércitos. Picos y azadones. Coalición contra Norteamérica. ‘Después que nos agarremos”” (27 abr. 1902).
- “La invasión chilena. Conjunto de contingentes probables. El diluvio de rotos. Carácter sanguinario de la guerra. Teoría de la invasión en invierno. Fantasías de acción por mar y tierra. Los chilenos del Neuquén. Boceto del plan posible” (27 abr. 1902).
- “¡Si vis pacem...! Anudando cabos sueltos. Campaña contra las vacas. Actitud de Perú y Bolivia. Como piensa Chile contenerlos. Incubación de un plan diabólico. Chile viene a la guerra - ¿Puede evitarse? Fin y síntesis del estudio. ¡Bienvenida la paz!” (27 abr. 1902).

“A través de la República. Inaugurando ferrocarriles”, *El Diario*, 5 - 16 ene. 1903 (10 entregas).

- “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. El canal a Villa María. El capital francés en Argentina. Hermosas perspectivas. El acto inaugural. (Por telégrafo)” (5 ene. 1903).
- “Inaugurando ferrocarriles. La excursión del ministro Civit. De Perico a Orán. Discurso inaugural. 1174 kilómetros de nuevas vías. (De nuestro enviado especial)” (6 ene 1903).
- “Inaugurando ferrocarriles. Ledesma a Orán – Jujuy a Bolivia. Cuadros y paisajes. Discursos y voceríos. Indios, indias, gauchos y chinas. Bolivia se asocia con júbilo. Discurso del ministro Carrillo. Fraternidad salteño-jujeña” (7 ene. 1903).
- “La gira del ministro Civit. De regreso. Anticipos informativos. Crónicas ilustradas sobre cinco provincias. *El Diario* en el interior de la República” (9 ene. 1903).
- “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. Significado y porvenir de las tres líneas. Glosa de nuestra página ilustrada. Acción de *El Diario* en el progreso de las provincias. El capital francés en nuestros ferrocarriles. Influencia y porvenir de la línea a Ledesma. Inminente navegación del Pilcomayo. Enormes beneficios de la línea a La Quiaca. Doble abrazo a Bolivia” (10 ene. 1903).
- “A través de la República. Reporteando gobernadores. Un paréntesis a las crónicas ferroviarias. Freyre, Barraza, Córdoba, Zerda y Valle. Desfile de gobiernos de provincia. Pedidos, descargos y expectativas. Fraternidad y porvenir del norte” (11 y 12 ene. 1903).
- “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. Parada en Tucumán. Reportaje a Don Lucas. El intenso problema del azúcar. La ruina que amenaza a Tucumán. ‘Como gato de espaldas’. Vías de salvación: tabaco, arroz, naranjas. El problema vital del norte: ¡Agua!” (13 ene. 1903).
- “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. Sensaciones y prosas del tren en marcha. La obsesión del polvo. Lágrimas y toses. ¡L’element fantome! Una primicia para las empresas. Alto en Fortín Tostado. El trabajo triunfando en el desierto. Los soldados del tiempo de paz. ‘¡Hasta las chinas se lavan ya...!’ Sementera de pueblos. Antes 80.000, hoy 7.800... Cuarteles y épocas” (14 ene. 1903).
- “A través de la República. Inaugurando ferrocarriles. El vasto, vital, ingente problema del agua. La emoción de las novias: el primer baño. ‘¡Agua, señor! ¡Agua, señor!’. El riego, único agente de progreso. Programa de trabajos ministeriales. ¡Contra el trust de los rieles, el trust de los ríos! Balance ferroviario argentino. El trabajador de la tierra del norte” (15 ene. 1903).
- “A través de la República. Regresando de inaugurar ferrocarriles. Las estaciones y la inmortalidad. Materiales de las vías. El durmiente. El complejo problema de los quebrachales. Materiales de las vías – El riel. El trust del acero y las compras argentinas. Cinco renglones de producción en un solo trayecto. Un perfil de gran Nación. Y hemos concluido...” (16 ene. 1903).

“La fruta argentina”, *El Diario*, 27 ene. – 14 feb. 1903 (4 entregas).

- “La industria de las frutas argentinas. Una enorme riqueza que aguarda. Maravillas del mundo de las islas. En el reino de la fruta. Los duraznos – Su majestad el pavía. Transatlánticos de fruta fresca. La California de Sud-América” (27 ene. 1903).
- “La fruta argentina. Producción y comercio. La vida y el trabajo en las islas. Causas del enorme encarecimiento. Consumo bonaerense: Un durazno por cabeza...¡y por día! La fruta en la nutrición humana. Dime lo que comes y te diré lo que puedes. Ruina del productor y del consumo. ¡Medida por medida!” (28 ene. 1903).
- “La fruta argentina. Nuevos y vastos aspectos económicos. Lo pintoresco. Maneas y acicate. El transporte. La fruta de Dolores, San Nicolás y Tucumán. Odisea del durazno: desde al árbol a la mesa. Los mercados absurdos. El pequeño problema del canasto. Horizonte industrial” (29 ene. 1903).
- “Alrededor de las islas. Nuevos aspectos del negocio de la fruta. La exportación. Fresca y seca. El mercado de fruta en la capital. Cajonería y cestería. Vinos y alcoholes de la isla” (14 feb. 1903).

“Un día en Campo de Mayo”, *El Diario*, 21 feb. – 28 feb. 1903 (2 entregas).

- “Un día en Campo de Mayo. Crónicas de la conscripción. Los primeros ensayos de la ley militar. Los conscriptos de caballería. La hora del rancho. Conversando con los reclutas. Los ricos - Los gigantes. Las construcciones del Campo de Mayo. Superioridad del conscripto argentino. El ideal del tiro al blanco” (21 feb. 1903).
- “En el Campo de Mayo. Ensayando la ley de conscripción. Paseos por los campamentos. El 4, el 8 y el plantel de granaderos. Reportajes al paso. El rancho y el pienso – Ricos y gigantes. Superioridad del conscripto argentino. El ideal del tiro al blanco” (28 feb. 1903)

“La gira ministerial por el Norte”, *El Diario*, 30 jun. – 10 jul. 1903 (5 entregas).

- “En Tucumán. El ministro Civit. Inaugurando. Llegada a Tafí-Viejo. Los almuerzos del gobernador Córdoba” (30 jun. 1903).
- “Regreso del ministro Civit. Impresiones de conjunto. Las obras públicas inauguradas” (2 jul. 1903).
- “La gira ministerial por el Norte. Tucumán, Santiago, Salta y Jujuy. Crónicas y sensaciones del país entrevisto. Elogios y críticas ferroviarias. La línea de Antuya – Civilización del Chaco. El mundo de los quebrachales. La gran obra de Perico a Ledesma – El ferrocarril a Bolivia – ¿Empantanado...? Salvamento en Salta – Sustanciosa parada en Tucumán – La civilización del agua” (4 jul. 1903)
- “Últimas notas de viaje por el Norte. Oportunidad del tema. Tucumán histórico. Herejías y auxilios piadosos. La civilización del agua. Una gira por los ingenios” (9 jul. 1903).
- “La producción del Norte. Despertando de la siesta colonial. Quesos, naranjas y chirimoyas. La emperatriz de las frutas. Expropiación del Rosario de la Frontera. Elementos de vida y de riqueza” (10 jul. 1903).

“En gira rápida por Cuyo”, *El Diario*, 19 mar. - 5 abr. 1904 (5 entregas).

- “Inauguración de una línea férrea. De La Toma a Dolores. El acto oficial. La influencia del ferrocarril. Una primera cosecha. Trigo asombroso. La construcción de la vía. Obreros y elementos criollos” (19 mar. 1904).
- “Una excursión por Mendoza. Edificación escolar. Mejoras en la ciudad. Las ruinas del terremoto. El gran parque de Los Andes. Visita a las bodegas. Los ministros de regreso” (22 mar. 1904).
- “En gira rápida por Cuyo. Inaugurando ferrocarriles. Expansiones inminentes del riel. De Villa Mercedes a Puerto Militar. Diques, canales, acequias. La naturaleza y la industria del hombre. Política de trabajo. El estreno electoral en las provincias” (24 mar. 1904).
- “En gira rápida por Cuyo. Me había olvidado de la política. Adobes y terremotos. Ferrovía de Mendoza a San Juan. El trabajo del criollo en la tierra. Aspectos de San Juan oficialista. Una excursión al Zonda. Parece que el paraíso fue en Jachal. Tanteos del crédito agrario. Bancos cooperativos en San Juan” (25 mar. 1904).
- “El mes de Baco en Cuyo. Notas e impresiones de la vendimia. Una industria que busca sus cauces. Producción galopante y enorme. La escuela vitícola de Mendoza. Exploración a las grandes bodegas. Incontinencia industrial – comercial. El veneno de la especulación. Burdeos en Mendoza y Jerez en San Juan. Lo hecho está hecho y será bueno” (5 abr. 1904).

“Gira por los grandes ríos”, *El Diario*, 20 - 28 abr. 1904 (4 entregas).

- “Obras públicas. La gira del ministro Civit. De Concordia a La Cruz. En viaje” (20 abr. 1904).
- “Cruzando ríos y campañas. Puertos, cloacas y ferrovías. El paraíso en las chacras. Renacimiento de Santa Fe. Un vistazo a las obras en marcha. Otro vistazo a los progresos en obra. Abolición de un diezmo medieval. La parva y el stand. Santa Fe se organiza y prospera. Cosechas de buen humor” (25 abr. 1904).
- “De Santa Fe al Paraná. La fiesta del progreso de Entre Ríos. Breve psicología de las ciudades. Inauguraciones y kermeses. Paseo fluvial y con cuero. La sociabilidad del Paraná. La huerta de las barrancas. Tomates, kakis y chirimoyas. El colono tranquilo – Flores de almendro” (26 abr. 1904).
- “Del Paraná a Santo Tomé. El gran tirón de río a río. Paraná para la chacra y Uruguay para la estancia. La provincia de las ciudades y de los puertos. Casi idilio, casi drama. A través de las grandes estancias. Las praderas del Clé. Saladeros y conservas. La civilización del agua navegable. Expansión de los rieles argentinos. De Buenos Aires a la Asunción” (27 abr. 1904).
- “Fin de la gira y regreso. De Concordia al Alto Uruguay. Las colonias del norte de Entre Ríos. Cómo se hacen los emporios agrícolas. Modelos a imitar. Olivares, manizales, viñedos y tartagales. Excursión por los pueblos jesuíticos. La vuelta aguas abajo. La delicia del viaje por el río. Ciudades brasileras y orientales. Inspección de las obras portuarias. Dragado e iluminación de los ríos. Civilización del agua navegable. Un record fluvial” (28 abr. 1904).

“Abriendo puertas al trabajo”, *El Diario*, 10 – 15 jul. 1904 (4 entregas).

- “Inaugurando puertos. Viaje accidentado. Entre Ríos de río a río. La jornada de Gualeguay. El puerto inaugurado. En 4 meses será construido. Dragaje del río Gualeguay. Visitando la ciudad. El gran banquete – Las damas. A Gualeguaychú” (10 y 11 jul. 1904).
- “En Entre Ríos. La gira ministerial. Regreso” (12 jul. 1904).
- “Abriendo puertas al trabajo. Gualeguay – Gualeguaychú. Nuevas vías y nuevos días. Entre Ríos saladerista. Ganadero y fabril” (14 jul. 1904).
- “Abriendo puertas al trabajo. Gualeguay – Gualeguaychú. Rápidas expansiones del trabajo. La provincia de los puertos y las ciudades. El ganado de Entre Ríos en Buenos Aires. Cruzando las campañas ganaderas. El trabajo de la escuela y el trabajo de la tierra. Del Paraná a Santa Fe. Rápido vistazo al país del trigo. Progresos materiales santafecinos – La civilización del maíz” (15 jul. 1904).

“De Buenos Aires al Famatina”, *El Diario*, 27 jul. – 4 ago. 1904 (7 entregas).

- “En Catamarca. Llegada de la comitiva inaugural. Flores, aplausos y empanadas. De la estación al Cabildo. Presentación a las damas” (27 jul. 1904).
- “El cable-carril de La Rioja. Su inauguración” (28 jul. 1904).
- “El alambre-carril al Famatina. Viaje a Chilecito. En la estación: Acto inaugural. El discurso del ministro Civit. Primer tren en movimiento. Hermoso espectáculo. Almuerzo entre la nieve. De regreso. (De nuestro enviado especial)” (29 jul. 1904).
- “De Buenos Aires al Famatina. Notas y sensaciones de la gira ministerial. Trabajo, vida y naturaleza. Ferrovías a Andalgalá y Tinogasta. Estrategia, economía y política de los transportes. Argentinizando. Rieles en la tierra y rieles en los aires. El cable-carril. Destino y porvenir de nuestro país de montaña. La civilización de la mina. I” (31 jul. – 1 ago. 1904).
- “De Buenos Aires al Famatina. Notas y sensaciones de la gira ministerial. Trabajo, vida y naturaleza. Ferrovías a Andalgalá y Tinogasta. Estrategia, economía y política de los transportes. Argentinizando. Rieles en la tierra y rieles en los aires. El cable-carril. Destino y porvenir de nuestro país de montaña. La civilización de la mina. II” (2 ago. 1904).
- “De Buenos Aires al Famatina. Notas y sensaciones de la gira ministerial. Trabajo, vida, naturaleza. Ferrovías a Andalgalá y Tinogasta. Estrategia, economía y política de los transportes. Argentinizando. Rieles en la tierra y rieles en los aires. El cable-carril. Destino y porvenir de nuestro país de montaña. La civilización de la mina. III” (3 ago. 1904).
- “La civilización de la mina. Lo que ha hecho el país. Lo que debe exigirse a las empresas. Vida y porvenir del peón minero” (4 ago. 1904).

Corresponsal viajero [pseud. Francisco B. Blanc]

“Por la región del trigo”, *La Nación*, 6 feb. – 6 mar. 1899 (7 entregas).

- “Por la región del trigo. Trenque Lauquen” (1 feb. 1899).

- “Por la región del trigo. Nueve de julio” (6 feb. 1899).
- “Suipacha. Industria ganadera. Los sembrados. La colectividad irlandesa. Más comercio” (12 feb. 1899).
- “De Trenque-Lauquen a Toay. La pampa progresista. Catrilo. Santa Rosa de Toay. Toay. Una trilladora carnavalesca. El pasto puna” (17 feb. 1899).
- “Por la región del trigo. Pehuajó. Isalve, Ceresi – Nueva Plata. Colonia Salazar. Agrícola cooperativa – Iberia” (27 feb. 1899).
- “De Bragado a Villegas. Lincoln. Los Toldos. General Pinto. Halsey – General Villegas” (28 feb. 1899).
- “Villa de Luján. El comercio español. Industrias – Ganadería. Pueblos del partido” (2 mar. 1899).
- “El Bragado. Agricultura y ganadería. Quesos y manteca. Los indios. Industrias y comercio” (6 mar. 1899).

Darío, Rubén [pseud. Félix Rubén García Sarmiento]

“Córdoba”, *La Nación*, 3 y 9 oct. 1896 (2 entregas).

- “Córdoba. La ciudad de los templos. Sensaciones y paisajes” (3 oct. 1896).
- “Sensaciones de viaje. En Córdoba. La peregrinación bonaerense” (9 oct. 1896).

Eizaguirre, José Manuel

“Al país de las pieles”, *Sud-América*, 14 oct. – 10 dic. 1891 (23 entregas).

- “De Buenos Aires al Pacífico. A bordo del “Liguria”. Tombas, cofias y sotanas. Los emigrados chilenos. El Estrecho de Magallanes. Revolución en Punta Arenas. El gobernador de Santa Cruz. (De nuestro corresponsal viajero)” (14 oct. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Punta Arenas. I” (28 oct. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Punta Arenas. II” (30 oct. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Punta Arenas. III” (31 oct. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Punta Arenas. IV” (2 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Hacia el Cabo Froward. V” (3 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En los canales. VI” (5 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En el Brecknock. VII” (6 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En el Canal Beagle. VIII” (7 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En Ushuaia. IX” (10 nov. 1891).

- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En Ushuaia. X” (11 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En Ushuaia. XI” (12 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En la misión. XII” (13 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. Los Yaganes. XIII” (14 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En el Monte Olivaia. XIV” (17 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En el Puerto Bridges. XV” (18 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. De ‘Picton’ a ‘Slogget’. XVI” (19 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En Slogget. XVII” (21 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En ‘Buen Suceso’ XVIII” (23 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En la Isla de los Estados. XIX” (26 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En la Isla de los Estados. XX” (28 nov. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En la Bahía de San Sebastián. XXI” (4 dic. 1891).
- “Al país de las pieles. De Buenos Aires a la Tierra del Fuego. En la Bahía de San Sebastián. XXII” (10 dic. 1891).

“A través de la República”, *La Prensa*, 21 jun. 1900 – 20 may. 1901 (92 entregas).

- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre San Juan. Treinta y tres horas en ferrocarril – San Luis, Mendoza y San Juan – Al pasar – Las corrientes de agua – Aspecto general de la ciudad de San Juan – Las estatuas – Despoblación de San Juan” (21 jun. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Juan. (De nuestro redactor en viaje). II. El comercio de quincalla – La minería y la ganadería – La industria vinícola – Precios corrientes – El Ferrocarril Gran Oeste y sus fletes – El nuevo mercado para los frutos regionales – Murmuraciones y sospechas” (28 jun. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Juan. (De nuestro redactor en viaje). III. La moneda local – Una fábrica de emisiones – Las letras de tesorería – Razones de la emigración a Mendoza y el litoral – Por qué escasean los brazos – Los pequeños productores” (30 jun. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Juan. (De nuestro redactor en viaje). IV. La educación. Escuelas provinciales. Maestros y maestras – Forma de pago – La Escuela Normal de Maestras – La escuela de aplicación - El Colegio Nacional – Los proyectos del ministro doctor Magnasco” (2 jul. 1900).

- “A través de la República. Notas sobre San Juan. (De nuestro redactor en viaje). V. La obra del dique – Fracasos – Sistema de remiendos – Importancia de la irrigación – Administración – Consideraciones generales – Hombres y cosas” (6 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). I. Aspecto general de la ciudad – Los prodigios de la irrigación – El monumento al trabajo – Las alamedas – Población – Atracción de la riqueza mendocina – El tipo de evolución” (12 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). II. Justicia – Estadística elocuente – Quejas amargas – Los jueces ante la nueva Constitución – La facultad de suspender y las de indultar y conmutar – Las facultades extraordinarias” (16 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). III. Administración – Concepto económico – La policía – Sus elementos electorales – Cálculo de gastos – La goma – Su historia contemporánea” (20 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). IV. Educación – Escuelas provinciales – Los maestros – Los diplomados – Los analfabetos – Colegios y escuelas nacionales – Carácter del niño mendocino – Tendencias” (23 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). V. La viña – Su importancia y extensión del cultivo – Los departamentos más ricos – La cepa francesa y la cepa criolla – Avalúos administrativos – Impuestos y gastos” (24 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). VI. La fortuna rápida – Las bodegas – El vino comercial – Precio de los vinos – Los bancos nacionales – Capital industrial – Fletes del Ferrocarril Gran Oeste – Tonelaje de vinos transportados desde 1895 a 1900” (28 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). VII. La ganadería – El cultivo de cáñamo – La minería – Los pirqueneros – Gravámenes e impuestos a la minería en Mendoza – Un museo mineralógico” (30 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). VIII. Las emisiones de moneda local – Cantidad de letras en circulación – El sistema de las consolidaciones – Vida política – Los cazadores de patos – El problema del presente – Los diarios regionales” (31 jul. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). IX. En la estación Mendoza – El viaje – Las primeras impresiones – San Luis – Edificios – Población – Plazas públicas – Las ciudades de la conquista española” (8 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). X. El sistema político - La policía electoral – Cálculo de gastos – Las declaraciones del señor Gerónimo R. Mendoza – Los cuatreros y los jueces - ¿Cómo vive el paisano? – Los decentes y las prescripciones legales – La industria ganadera” (11 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). XI. La justicia – Movimiento en los juzgados – Una publicación interesante – Los jueces y los legisladores – División de poderes – La famosa ley de imprenta” (9 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). XII. La ley de imprenta – Peligros de semejante ley – La costumbre – Algunos datos sobre las industrias y el comercio – Las contribuciones” (15 ago. 1900).

- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). XIII. Educación – Población escolar – Datos comparativos – Los analfabetos – Las escuelas provinciales – Un problema serio – La Escuela Nacional de Maestras – Los maestros normales y el Colegio Nacional – Observaciones de la directora de la Escuela Normal” (16 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). XIV. La sociedad puntana – La vida en familia – Importancia de la mujer – El juego – Obras de beneficencia – El proletariado decente” (20 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). XV. La gran necesidad – El dique de San Roque y el de Chorrillos. Las obras nacionales – Los canales para la irrigación – Un poco de política nada de administración” (27 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). XVI. Hacia Villa Mercedes – Las regeneraciones y las cuentas en una intervención – Las estancias – En la Villa – Quejas fundadas” (28 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor en viaje). XVII. El Ferrocarril Andino – Su horario – Río IV – La ganadería – Los impuestos chilenos - Vida urbana – En la Escuela Normal Mixta – Las fracciones del ejército nacional – Hacia Córdoba” (30 ago. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor en viaje). XVIII. En la ciudad de Córdoba – Las monjas educacionistas – La obra de la indiferencia social – El problema político – El gobernador Campillo y sus frases – Los candidatos – Alvarez-Berrotarán - Opiniones sobre los candidatos y la situación general” (10 set. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor en viaje). XIX. Los Bancos: el Banco Provincial y el Hipotecario – La sección descuentos del primero – La sección liquidación – El Banco Hipotecario de la provincia – Su verdadero estado – La emisión de sus cédulas en las diversas series – Quejas fundadas – Una razón laboral” (11 set. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. XX. (De nuestro redactor en viaje). Un cuadro interesante – Nueva época – Las escuelas rurales – La iniciativa popular – Las escuelas graduadas provinciales – La Escuela Normal de Maestras – El Colegio Monserrat – Los alumnos del curso normal – Cuestiones de disciplina y de buena crianza” (21 set. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. XXI. “La Universidad Nacional – Movimiento saludable – La Academia Nacional de Ciencias – Los graduados en las tres facultades – Museos y laboratorios – la Escuela Nacional de Minería en San Juan – Una opinión autorizada” (26 set. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor viajero). XXII. Las industrias – En la ciudad y en la campaña – Fábricas de papel, cerveza y zapatos – Carencia de capitales – Perjuicios de la nerviosidad legislativa – La viña – Cifras reveladoras” (30 set. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor viajero). XXIII. Justicia – Cómo se murmura – Estadística de los tribunales – Una frase sobre los jueces cordobeses – La justicia de guerra – El cuatrero en la campaña – La guitarra de don Martín Gil – Un buen proyecto – Uniformación de los procedimientos judiciales en la República” (1 oct. 1900).

- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor viajero). XXIV. Administración – Presupuestos – Lo calculado y recaudado – Gastos en la administración de justicia – Instrucción pública y jefaturas políticas – Los sueldos en el presupuesto de la provincia – Obras públicas – Las grandes concepciones para utilizar el dinero ajeno” (8 oct. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Córdoba. (De nuestro redactor viajero). XXV. Establecimientos particulares – Escuela de Beneficencia – Conservatorios de música – Escuela de pintura – Escuela alemana – Las clases sociales – Los extranjeros – Los talleres del Ferrocarril Central Córdoba – Las maderas argentinas” (15 oct. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre La Rioja. (De nuestro redactor viajero). XXVI. Primeras impresiones – Las ruinas en la ciudad – Los temblores - ¿Por que no se siente progreso en la provincia? – Opinión de algunos hombres representativos – La cuestión del día – El problema político” (24 oct. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre La Rioja. (De nuestro redactor viajero). XXVII. Gobierno de familia – Curiosidades riojanas – Los pensionados en la Legislatura- Significado e importancia de la Constitución – Lo que representa un hombre y lo que gana” (26 oct. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre La Rioja. XXVIII. Rentas – Impuestos – Las guías de departamento a departamento – La ganadería en los Llanos – La industria vinícola – Los vinos riojanos – Obras necesarias – El ramal de Patquía a San Juan” (16 nov. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre La Rioja. (De nuestro redactor viajero). XXIX. Aguas corrientes – Obras de irrigación – La naranja riojana – Los suburbios – Nuevas plantaciones – El porvenir – Los olivos en Arauco – Horas de trabajo” (18 nov. 1900).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre La Rioja. XXX. Chilecito – Su población e importancia – Impresiones – La obra de otro tiempo – Las aldeas Anguinau, Malligasta, Sarmientos, Puntilla, San Nicolás, Nonogasta, Sañogasta, Vichigasta – Distribución de aguas – Empresas mineras – El alambre carril” (26 nov. 1900, p. 4, c. 4-6)
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre La Rioja. XXXI. Justicia – Estadística – Un incidente para formar criterio – La fábrica de abogados – Opinión de los comerciantes – Instrucción pública – Escuelas provinciales – La Escuela Normal Nacional de Maestras – Su acción social – Impresiones – El Colegio Nacional” (4 dic. 1900).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre La Rioja. XXXII. Hospitales y asilos – Mortalidad infantil – Sociedad de Beneficencia – Cifras del registro civil – Biblioteca pública – Centro industrial” (7 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Catamarca. (De nuestro redactor viajero). XXXIII. Catamarca – Primeras impresiones - ¿Falta dinero? – Las costumbres – Los políticos – El gobernador Dr. Guillermo Correa – Sus proyectos – ¡El que hace un cesto...! – La senaduría nacional – Impaciencias” (9 dic. 1900).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre Catamarca. XXXIV. La principal renta – Los propietarios de pequeñas y de grandes extensiones de tierra – La agricultura – Extensión cultivada y cultivable – Mercados para la producción de la provincia” (10 dic. 1900).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre Catamarca. XXXV. Otras industrias – El alcohol en los vinos catamarqueños – Las higueras – El

algodón – La ganadería – El tabaco – Obras de irrigación – El tipo catamarqueño” (16 dic. 1900).

- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre Catamarca. XXXVI. Impuestos – Déficits en los cálculos de recursos – Las patentes imposibles – Funcionamiento del actual gobierno – El Poder Legislativo” (17 dic. 1900).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre Catamarca. XXXVII. Beneficencia – Hospital de San Juan Bautista – Una cuestión delicada – Violencias de un debate – División social – Las hermanas del Huerto – El monasterio-escuela – El Seminario Conciliar – Limosnas a Nuestra Señora del Valle – Círculos de obreros” (22 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Catamarca. (De nuestro redactor viajero). XXXVIII. Instrucción pública – Población de analfabetos – El Colegio Nacional – Observaciones fundamentales – La Escuela Normal de Maestras – Las escuelas de aplicación” (23 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XXXIX. En la ciudad de Santiago – Edificación moderna – La forma y el fondo – Reservas ocasionales – Una escena – ¡Quién se pega primero! – Opiniones autorizadas – Graves inculpaciones – La administración del doctor Dámaso E. Palacio – Estrabismo político – El salto final...” (24 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XL. Administración – Presupuestos – Cálculo de recursos – Importantes declaraciones – Déficit y superávit en los presupuestos – Criterio de los legisladores – Cuadro demostrativo” (25 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XLI. La situación productora de Santiago – La sequía y otras desgracias – Sistema de recaudación – Contribuyentes remisos – Ley de apremio – ¡Los impuestos..!” (26 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XLII. Obras de irrigación – Obras públicas y privadas – Rendimiento de estas obras en impuestos fiscales – Nuevos proyectos – El porvenir de Santiago” (29 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XLIII. Riquezas materiales – Explotación de bosques y formación de estancias – Una compañía belga – Plantación de caña-azúcar – El ingenio Contreras – La viticultura – Los forrajes – En los departamentos” (30 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XLIV. La Justicia – Escenas repugnantes – En la cárcel - ¡Cáigale, señor. A la justicia!” – La palabra del doctor Palacio – El cargo más fundado” (31 dic. 1900).
- “A través de la República. Notas sobre Santiago del Estero. (De nuestro redactor viajero). XLV. La mujer santiagueña – Su acción fuera del hogar – Como los serenos de la Verbena de la Paloma – Obras de beneficencia – Instrucción pública – alfabetos y analfabetos – Colegio Nacional – En la Escuela Normal Nacional de Maestras – Ici l’on aime – Escuela de Artes y Oficios” (7 ene. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Jujuy. (De nuestro redactor viajero). XLVI. De Santiago a Jujuy - ¿Tucumán es el jardín de la República? – El desierto – Enemistades interprovinciales – El chucho y los opas – La ciudad colonial – Actualidades – Viejos

partidos: 'sainos' y 'overos' – El caudillo jujeño – El gobernador don Sergio Alvarado – Posibles divisiones” (20 ene. 1901).

- “A través de la República. Notas sobre Jujuy. (De nuestro redactor viajero). XLVII. Administración – Recursos y gastos – Cuadro comparativo – El presupuesto y la sociedad política de socorros mutuos – Leyes de impuestos – Letras de tesorería – El pensamiento oficial” (21 ene. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Jujuy. (De nuestro redactor viajero). XLVIII. Industrias – La ganadería – Las llamas – Los tejedores – Predios rurales – Producciones – Extensión cultivada – La industria azucarera – Las borateras – Mr. Gustave de Marueffe – Trabajos importantes” (30 ene. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Jujuy. (De nuestro redactor viajero). XLIX. Beneficencia – Hospital San Roque – Movimiento de enfermos – Instrucción pública- Los establecimientos nacionales – La Escuela Normal Nacional de Maestras – Una escuela de religiosas – Escuelas fiscales – Los analfabetos ‘pajareros’” (2 feb. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Jujuy. (De nuestro redactor viajero). L. En el Club Social – Las noches de retreta – En los templos – Antigüedades – Imágenes – En el convento de franciscanos – En el archivo – La bandera del general Belgrano” (3 feb. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Jujuy. (De nuestro redactor viajero). LI. De Jujuy a Salta – Impresiones – La ciudad con abuelos – La demolición oficial – El Cabildo histórico – Los templos – Falta de higiene – Vida política – El gobernador S. Pío Uriburu – La cátedra oficial” (4 feb. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Salta. (De nuestro redactor viajero). LII. Administración – Cálculo de recursos – Recaudaciones – Cuadro demostrativo de lo calculado y recaudado” (11 feb. 1901).
- “A través de la República. Notas sobre Salta. (De nuestro redactor viajero). LIII. Industrias – La ganadería – Cantidad de ganado vacuno – Las curtidurías – Exportación de suelas y cueros – El tabaco salteño – La vitivinicultura – Los vinos de Cafayate – Impuestos – Las harinas – Un molino en el valle de Lerma – ¡La distancia!” (12 feb. 1902).
- “A través de la República. Notas sobre Salta. (De nuestro redactor viajero). LIV. Tipos y necesidades populares – Costumbres tradicionales – Algunas cifras – Beneficencia – Instrucción pública – Establecimientos nacionales – Escuela Normal de Maestras – Colegio Nacional – Escuela Sarmiento – El inspector Baldomero Quijano – Opiniones autorizadas” (13 feb. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). I. De actualidad nacional – El nepotismo entrerriano: su significación, origen y tendencias – Salvador Maciá y Leónidas Echagüe – El caudillo Sabá Z. Hernández – Sentimiento de oposición a la oposición coalicionista – El alma criolla – Apreciaciones políticas del doctor Lino Churrarín – El doctor Echagüe y el círculo oficial – Momento delicado” (22 feb. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). II. Administración – Los gobiernos anteriores – Cálculos y realidades – Algunas cifras sobre agricultura y ganadería – El impuesto de patentes – Cálculos y recaudación durante diez años – Interpretación y aplicación perversa de la ley” (23 feb. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). IV. Administración – Algunos impuestos – Contribución que para la formación de renta

dan los departamentos – El cuento de las indemnizaciones – La oficina de Crédito Público – Las emisiones de títulos – El mandato de las leyes – Las emisiones clandestinas – Don Justo Comas – Las dos firmas de don Ignacio A. Crespo” (25 feb. 1901).

- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). V. Algunas consideraciones sobre la agricultura y los agricultores en la provincia – Colonos ruso-alemanes, italianos y franceses – La vida en las colonias – La propiedad raíz – Impuesto a las trilladoras – Calidad de los trigos – Estado del comercio” (7 mar. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). VI. La ganadería – Los impuestos – Algunas consideraciones – Impuestos provinciales y municipales – La industria saladeril – Impuestos de exportación e importación – Faena de los saladeros durante ocho años – Opiniones sobre la decadencia de la industria - ¿Cómo debe estudiarse esta cuestión? - Los mercados de exportación” (11 mar. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). VII. Los municipios – Presupuestos y cálculo de recursos – Los impuestos municipales – Beneficencia y caridad – Las ciudades del Paraná y las del Uruguay – La navegación – Obras necesarias” (15 mar. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). VIII. Administración de justicia – Declaración de un miembro del Superior Tribunal – Las necesidades del comercio – Los procesados en las cárceles – En algunos departamentos – Ley sobre ejecución de hipotecas – Instrucción pública” (19 mar. 1901).
- “A través de la República. Entre Ríos. (De nuestro redactor viajero). IX. Síntesis – El comercio habilitador – Los impuestos y el pensamiento de los legisladores – Instrucción pública – Las municipalidades - Unitarios y federales – Los entrerrianos en Buenos Aires – Lo que quieren los hombres de partido” (21 mar. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. I. Impresiones – La ciudad moderna – La casa del Congreso del año 1816 – Patriotismo por anualidades – Políticos y trabajadores – El gobernador de la provincia: su poder, su influencia – Sus declaraciones políticas – El problema de la futura gobernación – El ‘trust’ y su pensamiento político” (23 mar. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. II. Administración – Gastos y recursos – Las cifras de la estadística regional – Cómo han sido multiplicados los gastos – El déficit anual – Los propósitos del gobernador don Próspero Mena” (24 mar. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. III. Consideraciones generales sobre el presupuesto de gastos – Los recursos – La policía urbana y rural – La justicia – El sueldo de los jueces – Cargos que hace la prensa local – El periodista Adrián E. González en la Penitenciaría” (26 mar. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. IV. La penitenciaría tucumana – Disciplina y trabajo – La obra del director Eudoro Vásquez – Los talleres de sastrería y carpintería – Un buen proyecto de penitenciaría provincial – Las provincias del Centro y Norte” (27 mar. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. V. El mercado general del interior – Población – La ganadería – Agricultura – Extensión cultivada –

La plantación de caña-azúcar – Nuevas plantaciones en los ingenios – Naranjos, chirimoyos y bananos – Los previsores” (30 mar. 1901).

- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. VI. La industria azucarera – Producción en cuatro meses – Consumo – Pormenores de la cosecha – El trabajo de los santiagueños y catamarqueños – Jornales – Cantidad de caña que consumen los peones – Una investigación gravísima” (1 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. VII. Elaboración de alcohol - ¿Cuántos ingenios trabajan? – La zona tucumana – Producción en el primer semestre 1899-1900 – Aumento considerable – La recaudación del impuesto en dos meses – Los vinos artificiales – El alcohol de granos y aquel de melazas – ¿Hay defraudación?” (3 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Tucumán. VIII. Irrigación – La ley de riego – Falta de agua en las acequias – Tributarios – Diques y canales nuevos – Capacidad de los canales – Instrucción pública – Escuelas provinciales – Establecimientos nacionales – Establecimientos religiosos” (4 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. I. La pampa santafecina – Horizontes despejados – En la ciudad capital – La descripción de Floriano Zapata – Las antiguas barriadas – Don Juan de Garay – Las autoridades de la provincia – Don Juan Bautista Iturraspe – Consideraciones sobre la política regional – ¿El futuro gobernador...?” (8 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. II. Administración – La nueva Constitución – Disposiciones sobre los presupuestos del Poder Ejecutivo – El presupuesto general de gastos para 1901 – El superávit – Las escuelas de agricultura – Los santafecinos en Norte América.” (14 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. III. Administración – Oficina de estadística – cuadro comparativo entre las cantidades calculadas y recaudadas desde 1894 a 1900 – Aumento positivo – Los impuestos – Carácter de la deuda exigible – Lo inverosímil – El cuento de las indemnizaciones y aquel de las tierras fiscales” (15 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. IV. Administración – Los presupuestos – Las cifras correspondientes desde 1894 a 1897 – El déficit del ejercicio de 1897 – El cuadro demostrativo en la Contaduría General – Recaudación e Inversión de fondos desde 1897 a 1900 – Formación de los presupuestos” (19 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. V. El trabajo en la provincia – Total de hectáreas cultivadas – Los diversos productos de la cosecha de 1900 – 1.380.403 hectáreas de trigo – El colono y el comerciante – Las harinas – Opiniones autorizadas sobre los envases” (21 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. VI. El puerto de Colastiné – Movimiento de entrada y salida – Porvenir de este puerto – Los peones de ribera – Horas de trabajo – Jornales – La contabilidad por embargos en la administración” (22 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. VII. Los industriales en Esperanza – Gran fábrica de máquinas para agricultura – El esfuerzo individual – Los impuestos y la fabricación de máquinas en el país” (26 abr. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. VIII. Justicia – Jueces de paz y comisarios de campaña – La libertad de defensa –

Lo que dice el código de procedimientos civiles – Gastos de policía – La justicia federal” (28 abr. 1901).

- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. IX. En el Rosario – Las segunda ciudad de la República – Población por nacionalidades – 112.461 habitantes – Consideraciones sobre el puerto – Movimiento de buques para ultramar durante el año 1900 – Cifras de la renta de aduana” (2 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. X. Comercio – Importación y exportación – Cifras comparadas – Valores – Estado general de la plaza y sus relaciones con el comercio general de la República” (5 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. XI. Casas comerciales – Almacenes por mayor – Registros – Algunas consideraciones sobre las casas comerciales – Bancos – Capitales por ahorro – Banco Municipal de Préstamos – Venta de propiedades e hipotecas – ‘Boletín Mensual de Estadística Municipal’” (6 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. XII. Administración municipal – Gastos y recursos – La deuda externa – Los impuestos – Los carros fúnebres en los entierros” (9 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Santa Fe. XIII. Rosario – Beneficencia y caridad – Hospitales – El doctor B. Vasallo – Notable estadística – Instrucción pública – Escuelas fiscales provinciales – Escuela Normal Nacional – Cifras correspondientes a esta escuela – Los diplomas provinciales” (12 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Corrientes. I. Desde Concordia a Monte Caseros y Corrientes – Los campos de la provincia – Los grandes hacendados – El comercio criollo en las estancias – Sandías y naranjas – En la ciudad capital – Impresiones – Progresos realizados – La vida política – Cuestiones fundamentales” (16 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Corrientes. II. La administración provincial – Cálculos y recursos – Cifras de recaudación y gastos desde 1894 a 1899 – Presupuestos – Las municipalidades – Deudores morosos” (17 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Corrientes. III. Población – Movimiento demográfico durante los tres últimos años – El censo de 1895 – Legítimos e ilegítimos – Inmigración – Extensión cultivada en la provincia – Los cultivos: caña-azúcar, tabacos, naranjas – La ganadería – Precios corrientes” (19 may. 1901).
- “A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Corrientes. IV. Instrucción pública – La inscripción a domicilio - ¿Cómo se hace una inscripción? – El horario alterno – La obra del Dr. J. Alfredo Ferreyra – Sociedades protectoras infantiles – El guaraní” (20 may. 1901).

El enviado especial [pseud. Agustín Fernández]

“Por las colonias”, *La Nación*, 31 ene. 1899 – 20 feb. 1899 (6 entregas).

- “Desde el Rosario. Ojeada rápida. La langosta y las cosechas. El tiro federal. Los italianos y el obispo Boneo” (28 ene. 1899).

- “Desde Cañada de Gómez. Algo sobre Carcarañá. Las cosechas. Un rinde espléndido” (31 ene. 1899).
- “Por las colonias. Rafaela y Esperanza. En un mar de trigo. Una empresa que sirve mal al público. El prestigio de los ingleses” (9 feb. 1899).
- “Por las colonias. Algo más sobre Esperanza. Divisiones políticas y religiosas. Campaña contra la langosta” (11 feb. 1899).
- “Desde Santa Fe. Anomalías de la justicia del crimen. El cultivo del maíz. Trabajos contra la langosta. Detalles sobre el último malón a Florencia” (14 feb. 1899).
- “Por las colonias. La justicia de paz en Esperanza. Desarrollo de la lepra” (20 feb. 1899).

Ghiraldo, Alberto

“A bordo de la *Uruguay*”, *La Nación*, 19 abr. – 1 jun. 1895 (6 entregas).

- “A bordo de la *Uruguay*. Navegando” (19 abr. 1895).
- “A bordo de la *Uruguay*. Llegada a Bahía Blanca. Resultados prácticos de la expedición” (3 may. 1895).
- “A bordo de la *Uruguay*” (9 may. 1895).
- “A bordo de la *Uruguay*. Estudios en bahía falsa. Islas Verde y Ariadne. El viaje del Bahía Blanca. Detalles vergonzosos. Rumbo a Golfo Nuevo” (11 may. 1895).
- “A bordo de la *Uruguay*. De Bahía Blanca y Golfo Nuevo. Hechos y comentarios” (30 may. 1895).
- “A bordo de la *Uruguay*. Últimos trabajos. Llegada a Buenos Aires” (1 jun. 1895).

Giménez Pastor, Arturo

“Inaugurando estatuas”, *El Diario*, 9. jun 1904.

- “Inaugurando estatuas. En viaje patriótico. San Martín frente a los Andes. Mendoza de fiesta. El pedestal del libertador. El estandarte de la gran campaña. La ceremonia inaugural. El nuevo ejército. Los Tamarindos – Evocaciones históricas. Tierra adentro. (De nuestro enviado especial)” (9 jun. 1904).

“El progreso del norte argentino”, *El Diario*, 20 set. – 1 oct. 1904 (7 entregas).

- “El ferrocarril a Bolivia. Viaje ministerial. De Santiago a Jujuy. Los indios y la civilización. Desde el volcán. En los confines de Bolivia. (De nuestro enviado especial)” (20 set. 1904).
- “Salteños y jujeños. En plena confraternidad. Las fiestas de Ledesma. Su significación moral. Crónica y comentario” (20 set. 1904).
- “El viaje del ministro Civit. En la quebrada de Mojotoro. Panoramas salteños. Inauguración de las aguas corrientes. La casa de la independencia. La estatua de Alberdi” (21 set. 1904).
- “Las aguas corrientes en Jujuy. Inauguración del servicio” (21 set. 1904).

- “El viaje del ministro de Obras Públicas. De Tucumán a Río IV. En Fortín Tostado. El ferrocarril del Chaco. (De nuestro enviado especial)” (24 set. 1904).
- “La gira del ministro Civit. Los últimos actos inaugurales. La línea de la Toma a Dolores. El dique del río V – el riel y el agua” (25 y 26 set. 1904).
- “El gran viaje ministerial. En misión de progreso. El norte argentino. Los ferrocarriles nacionales. Vías y coches. La naturaleza soberbia. Devorando distancias y escalando cumbres. 5306 kilómetros en 118 horas. Montañas, valles y selvas” (1 oct. 1904).

“El triunfo de Santa Fe”, *El Diario*, 11 y 13 oct. 1904 (2 entregas).

- “El puerto de Santa Fe. Colocación de la primera piedra. La ceremonia. Animación y alegría. (De nuestro enviado especial)” (11 oct. 1904).
- “La jornada de Santa Fe. Pueblo contento y gobernador satisfecho. Al anhelo del puerto. Fiestas y expectativas. Con el Dr. Reire” (13 oct. 1904).

González, Gonzalo [pseud. Domingo Guzmán Silva]

“En las colonias de Santa Fe”, *La Nación*, 21 nov. – 16 dic. 1894 (7 entregas).

- “En las colonias de Santa Fe. Pasado y presente. Causas que han favorecido la colonización” (21 nov. 1894).
- “En las colonias de Santa Fe. Esperanza. Puerta nueva de un mundo nuevo. La evolución de una colonia” (23 nov. 1894).
- “En las colonias de Santa Fe. Rafaela. Como se improvisan ciudades. Un gran centro comercial” (29 nov. 1894).
- “En las colonias de Santa Fe. La región del trigo. De Esperanza a Providencia pasando por Humboldt. Y de Empalme a Gálvez. Las industrias nacientes. (De nuestro enviado especial)” (2 dic. 1894).
- “En las colonias de Santa Fe. La región del maíz. De Gálvez al Rosario – Del Rosario a Candelaria. La villa más bonita” (6 dic. 1894).
- “En las colonias de Santa Fe. La línea del Central Argentino. Pueblos y colonias. Agricultura e industria” (10 dic. 1894).
- “En las colonias de Santa Fe. En plena cosecha. Máquinas y brazos. Administración y finanzas” (16 dic. 1894).

“En las colonias”, *La Nación*, 4 feb. – 21 feb. 1897 (5 entregas).

- “En las colonias santafecinas. De Pergamino al Rosario – Del Rosario a Sastre – el departamento Iriondo – Noticias desconsoladoras. (De nuestro enviado especial)” (4 feb. 1897).
- “En las colonias santafecinas. El departamento Castellanos. Situación de la zona más rica. Últimas pinceladas” (8 feb. 1897).
- Colonización cordobesa. El departamento de San Justo. Colonias devastadas. Cosecha probable. Necesidades y esperanzas. (De nuestro enviado especial)” (10 feb. 1897).

- “La colonización entrerriana. De Paraná a Victoria pasando por Nogoyá – La extensión sembrada – Lo que dicen los agricultores y molineros – Temores y esperanzas. (De nuestro enviado especial)” (20 feb. 1897).
- “La colonización entrerriana. El departamento Paraná – Desarrollo de su colonización – El Diamante – La colonización judía – Posible transformación – Lo sembrado y lo cosechado. (De nuestro enviado especial)” (21 feb. 1897).

Gray, Julián [pseud. Roberto J. Payró]

“Política santiagueña”, *La Nación*, 23 y 24 nov. 1892 (2 entregas).

- “Más sobre Santiago del Estero. Política grande y chica. Variaciones sociales. Miel y vinagre – Hombres y remedios. La revolución de guante blanco. Todas las cosas y una porción de cosas más. (De los apuntes de un reporter)” (23 nov. 1892).
- “Política santiagueña. La revolución y sus atropellos. Actitud del 3º de línea. Disculpe Ud., lo había confundido. Política casera. Cívicos y Modernistas” (24 nov. 1892).

“En los dominios platenses”, *La Nación*, 9 dic. 1892 - 12 ene. 1893 y 19 ago. 1893 (14 entregas).

- “En los dominios platenses. (Viaje de un hijo de estas tierras que sabe decir la verdad). Primera Zona. I. De cómo Bolívar puede pasar a la historia” (9 dic. 1892).
- “En los dominios platenses. De Bolívar a Trenque Lauquen. El feudo de Doll. Pehuajó. Política, comercio y agricultura” (10 dic. 1892).
- “En los dominios platenses. 9 de Julio. Un pueblo feliz. Autoridades gubernistas, pero decentes. La influencia de D. Guillermo Doll. Agricultura, comercio e industria. La taba gobierna al mundo. En marcha al Bragado. III. 9 de Julio-Descanso. IV. La gran timba” (12 dic. 1892).
- “En los dominios platenses. Capítulo V. En que se habla del Bragado, se encuentra el reporter con una nueva Calabria, y visita el facsímil de la isla de los Martial, con otras curiosas aventuras” (14 dic. 1892)
- “En los dominios platenses. Variaciones políticas. Capítulo VI. En el que se pasa a toda prisa por Chivilcoy, Mercedes y Luján” (19 dic. 1892).
- “¡Buenos Aires!. (Continuación de “En los dominios platenses”). Segunda Zona: El Sud. ¡La oposición para siempre! Capítulo VII. Donde, como en un poema conocido, la cabeza de Castelli llega a hablar a los pueblos del sud” (23 dic. 1892).
- “¡Buenos Aires!. (Continuación de “En los dominios platenses”). La justicia en sainete. El alcalde Martínez. Un jurado intangible. Capítulo VIII. Donde se ve –visitando Dolores–, que la realidad suele a veces dejar chiquita a la imaginación” (29 dic. 1892).
- “¡Buenos Aires! Rarezas municipales. Impuestos que no aparecen. Del antro al teatro. La escuela y la cárcel. Capítulo IX. En que se ve mucho malo y mucho bueno para compensación” (30 dic. 1892).
- “¡Buenos Aires! Las autoridades de campaña. Oligarquías microscópicas. El efecto y sus pequeñas causas. Capítulo X. En que se leerán algunos apuntes que pueden servir para la monografía de las autoridades de campaña” (3 ene. 1893).

- “¡Buenos Aires! Ganados, piedras y pedruscos. Trigo y política. Dos jefes de partido sin partido. El puerto del sud. Capítulo XI. Ayacucho, Tandil, Juárez y Tres Arroyos a vuelo de corresponsal sin alas” (4 ene. 1893).
- “¡Buenos Aires! Steeple-chasse. Los gobernadores de la provincia. Muchos niños para un trompo. (Capítulo aparte)” (5 ene. 1893).
- “¡Buenos Aires! La gran Bahía. Historia antigua y moderna. Arena y cangrejal. El juego de las cuatro esquinas. Bahía Blanca en el futuro. Capítulo XII. Que viene a poner más en claro aún el estado político de esta desgraciada provincia” (7 ene. 1893).
- “¡Buenos Aires! Puntos suspensivos” (12 ene. 1893).
- “¡Buenos Aires! Justa revancha. Post nubila phoebus. Un corresponsal viajero que termina su gira. Capítulo... Tantos” (19 ago. 1893).

“Notas Correntinas”, *La Nación*, 21 - 27 feb. 1893 (3 entregas).

- “Notas correntinas. El Alto Uruguay. Situación política. Ligeras consideraciones sobre costumbres. Las autoridades y su sistema. Algunas observaciones” (21 feb. 1893).
- “Notas correntinas. La acción de la mujer. Valor cívico. Anécdotas al pasar. El justo medio” (23 feb. 1893).
- “Notas correntinas. Los pueblos del nordeste Caseros, Curuzú Cuatiá, Mercedes. Paso de los libres. Apuntes al vuelo” (27 feb. 1893).

“Córdoba”, *La Nación*, 31 jul. 1893.

- “Córdoba. Ne varietur. Charla sobre usos, costumbres, etc. La ciudad religiosa universitaria. Idiosincrasias. (Notas de un viajero)” (31 jul. 1893).

Latino, Aníbal [pseud. José Ceppi]

“Las exposiciones. San Juan y Mendoza”, *La Nación*, 29 mar. – 26 abr. 1885 (4 entregas).

- “Las exposiciones. San Juan y Mendoza. Lo que han sido y lo que son las exposiciones” (26 mar. 1885).
- “De Buenos Aires a Mendoza. (De nuestro enviado especial)” (29 mar. 1885).
- “La exposición de Mendoza. Breves observaciones. (De nuestro enviado especial)” (31 mar. 1885).
- “Desde Mendoza. La ciudad de los álamos. (De nuestro enviado especial)” (2 abr. 1885).
- “Desde San Juan. De Mendoza a San Juan. (De nuestro enviado especial)” (7 abr. 1885).
- “Exposición de Mendoza. (De nuestro corresponsal especial). Los expositores y los objetos expuestos” (7 abr. 1885).
- “Exposición de Mendoza. Buenos Aires en la Exposición. (De nuestro enviado especial)” (9 abr. 1885).
- “Exposición de Mendoza. (De nuestro corresponsal especial)” (12 abr. 1885).
- “Desde Mendoza. El ferrocarril, la Exposición y las fiestas. Los que estaban y los que han venido. (De nuestro corresponsal especial)” (14 abr. 1885).

- Exposición de Mendoza. (De nuestro corresponsal especial)" (15 abr. 1885).
- "Desde San Juan. Apreciaciones injustas"; "Exposición de Mendoza. Reseña general" (19 abr. 1885).
- "Exposición de San Juan. Minerales. (De nuestro corresponsal especial)" (21 abr. 1885).
- "Exposición de San Juan. (De nuestro corresponsal especial)" (22 abr. 1885).
- "Exposición de Mendoza. (De nuestro corresponsal especial). Sección de la provincia" (23 abr. 1885).
- "Desde Mendoza. (De nuestro corresponsal especial). La última. El lector y el corresponsal – Basta de exposiciones – Paisajes de montaña – Desde una altura – Paisajes de llanura – En Buenos Aires – Estudios sociales – Última visita a la Exposición – Un saludo" (26 abr. 1885).

"En viaje a Santa Fe", *La Nación*, 7 jul. - 13 ago. 1885 (7 entregas).

- "En viaje a Santa Fe. (De nuestro enviado especial)" (7 jul. 1885).
- "En viaje para Santa Fe. Inauguración del ferrocarril a las colonias del Norte. (De nuestro enviado especial)" (9 jul.1885).
- "Ferrocarril a las colonias. Las obras y las fiestas. (De nuestro enviado especial)" (11 jul. 1885).
- "Santa Fe y las colonias. (De nuestro enviado especial). Del Río Paraná á Santa-Fe. El ferrocarril entrerriano" (12 jul. 1885).
- "Desde el Paraná. La ciudad y sus alrededores. Ferrocarril Central entrerriano. (De nuestro enviado especial)" (14 jul. 1885).
- "La vida de los colonos en Santa Fe. Cuadros campestres" (13 ago. 1885).

"De Buenos Aires a Villa Mercedes", *La Nación*, 27 abr. 1886.

- "De Buenos Aires a Villa Mercedes. Por la línea del Ferrocarril al Pacífico. Una excursión" (27 abr. 1886).

"Una excursión a la Sierra de la Ventana y Bahía Blanca", *La Nación*, 27 feb. y 1 mar. 1887 (2 entregas).

- "Una excursión a la Sierra de la Ventana y Bahía Blanca. I. De Buenos Aires a Tornquist" (27 feb. 1887).
- "Una excursión a la Sierra de la Ventana y Bahía Blanca. II. Excursión al cerro de la Ventana" (1 mar. 1887).

"Mar del Plata y sus atractivos", *La Nación*, 13 y 14 dic. 1892 (2 entregas).

- "Mar del Plata y sus atractivos. Los baños y los bañistas. Balneario La Perla del Norte. Su inauguración. Descripción del nuevo establecimiento" (13 dic. 1892).
- "Mar del Plata. La playa y sus alrededores. La vida balnearia. Los hoteles. Los baños y los enamorados. Otros detalles" (14 dic. 1892).

“Desde las colonias”, *La Nación*, 12 - 17 feb. 1893 (3 entregas).

- “Desde las colonias. El conflicto de Humboldt. Sus causas y antecedentes. El impuesto sobre los cereales. Naturaleza e inconvenientes. La vida de los colonos. Narración de los hechos. (De nuestro enviado especial)” (12 feb. 1893).
- “Desde las colonias. Opiniones contradictorias. ¿Qué debe hacerse? Un problema importante. Los colonos y la vida nacional. Alemanes, suizos e italianos. ¿A quiénes prefieren los santafecinos? La mejor inmigración. (De nuestro enviado especial)” (13 feb. 1893).
- “Literatura campestre. Santa Fe y las colonias. Últimas impresiones. Penalidades y contrastes. Un encuentro conmovedor. El despertar de un periodista” (17 feb. 1893).

“En viaje. De Tucumán a Jujuy”, *La Nación*, 22 - 27 jul. 1894 (4 entregas).

- “En viaje. De Tucumán a Jujuy. Los paisajes. Tipos y costumbres. Jujuy y sus alrededores. Rarezas de un hotel. Un gato indecente” (22 jul. 1894).
- “Salta y sus valles. Panorama suizo. Un inglés devorador de empanadas. La ciudad - Las mujeres. Porvenir de Salta. Valor temerario de un muchacho” (24 jul. 1894).
- “Desde Tucumán. Espectáculo imponente. Los tucumanos. Los trabajadores criollos. Objeciones a la industria azucarera” (26 jul. 1894).
- “Desde Tucumán. La industria azucarera. Proteccionismo y libre cambio. El enriquecimiento de los industriales. Lo que han hecho otras naciones” (27 jul. 1894).

Levy Itaspes [pseud. Félix Rubén García Sarmiento (Rubén Darío)]

“Martín García. Cartas del Lazareto”, *La Nación*, 10 – 22 may. 1895 (3 entregas).

- “Martín García. Cartas del Lazareto. Impresiones, notas y números” (10 may. 1895).
- “Martín García. Cartas del Lazareto. En cuarentena. Un cementerio en un armario” (16 may. 1895).
- “Martín García. Cartas del Lazareto. Viaje alrededor de la isla” (22 may. 1895).

Lugones, Benigno

“Una excursión al Sur”, *La Nación*, 18 feb. - 16 mar. 1883 (11 entregas).

- “El Ferrocarril del Sud” (18 feb. 1883).
- “La ciudad de Azul” (20 feb. 1883).
- “El pueblo de Olavarría” (22 feb. 1883).
- “Una excursión al Sur. El establecimiento penitenciario de la provincia” (28 feb. 1883).
- “Una excursión al Sur. Cal y mármoles” (2 mar. 1883).
- “Una excursión al Sur. Las colonias ruso-alemanas” (4 mar. 1883).
- “Una excursión al Sur. Alrededor de las colonias” (6 mar. 1883).
- “Una excursión al Sur. En plena pampa” (10 mar. 1883).
- “Una excursión al Sur. El puerto de Bahía Blanca” (11 mar. 1883).

- “Una excursión al Sur. Vida en Bahía Blanca” (13 mar. 1883).
- “Una excursión al Sur. Cuestiones agrícolas” (15 mar. 1883).
- “Una excursión al Sur. Turbot Sauce Hollandaise” (16 mar. 1883).

Massiotti, Antonio B.

“Del jardín de la provincia”, *El Diario*, 18 – 23 set. 1903 (4 entregas).

- “Del jardín de la provincia. Impresiones rápidas de un viajero apresurado. Dolores sin causa y realísimos placeres. En vísperas de lucha con los bandoleros de Tordillo” (18 set. 1903).
- “Los desagües provinciales. Estado general de las obras. Capital invertido en maquinarias. Economías inexplicables. El país de las anomalías” (21 set. 1903).
- “De Ajó a Conesa. Travesía por los montes del Tordillo. Consultorio de la curandera Rosalía. En la casa del señor Alday. Síntesis general de las obras de desagües. Lo que se hará y lo que no se hará. Obras oficiales complementarias e indispensables” (22 set. 1903).
- “De Dolores. Impresiones de la comarca del porvenir. La Normandía argentina. El mejor producto de Dolores” (23 set. 1903).

Nereo, Marco [pseud. Alberto Ghirardo]

“Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica”, *La Nación*, 28 nov. 1896 - 7 ene. 1897 (7 entregas).

- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Cuadros y escenas” (28 nov. 1896).
- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Impresiones” (3 dic. 1896).
- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Datos ilustrativos. Impresiones” (8 dic. 1896).
- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Tipos y prototipos. Impresiones” (15 dic. 1896).
- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Consideraciones. Tipos y prototipos” (18 dic. 1896).
- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. La cartilla del salteador. Tipos y prototipos. El número 123. Datos estadísticos” (28 dic. 1896).
- “Historia de un viaje al presidio de Sierra Chica. Tipos y prototipos. El cura Castro. Una escena” (7 ene. 1897).

Neyra, José M.

“En viaje por Entre Ríos”, *La Nación*, 1 - 22 feb. 1899 (5 entregas).

- “El viaje a Entre Ríos. Por la vía fluvial. La navegación de los ríos de La Plata y Uruguay – El balizamiento – Abandono censurable – Dragado de la boca de Gualeguaychú – Necesidad de terminar la obra” (1 feb. 1899).
- “En viaje por Entre Ríos - La capital de la provincia - Edificación privada y pública - Servicios urbanos - Sitios de reunión y recreo - Un hecho sugestivo - Comercio y sueño - Extensión del departamento Paraná - Sus puertos - La cosecha - Resultados halagadores” (10 feb. 1899).
- “En viaje por Entre Ríos. La cosecha de 1898-99. Rendimiento y calidad excepcionales - Cálculos sobre la producción - Un tipo propio de trigo - El que más conviene - Buena cosecha pero malos precios - La valorización del papel – No se sienten sus efectos. Ferrocarriles” (14 feb. 1899).
- “En viaje por Entre Ríos. Proteccionismo doméstico – Poder judicial y legislativo – La oposición - ¡Adelante a pesar de todo!” (18 feb. 1899).
- “En viaje por entre Ríos. El departamento de Rosario Tala. Datos generales – Agricultura, ganadería y comercio – Edificación y sociabilidad – La visión de un gran porvenir – Subdivisión de la propiedad – Las autoridades – Cabos sueltos” (22 feb. 1899).

P. [pseud. Roberto J. Payró]

“En gira periodística. Dos días en Zárate”, *La Nación*, 16-19 oct. 1897 (3 entregas).

- “En gira periodística. Dos días en Zárate. Impresiones rápidas” (16 oct. 1897).
- “En gira periodística. Dos días en Zárate. Marineros en tierra” (18 oct. 1897).
- “En gira periodística. Dos días en Zárate. De aquí para allá” (19 oct. 1897).

Payró, Roberto J.

“Cartas Chilenas”, *La Nación*, 25 abr. - 3 jun. 1895 (9 entregas).

- “Cartas Chilenas escritas por un argentino. Primera de la serie. De todo un poco, para entrar en materia. (De nuestro enviado especial)” (25 de abril de 1895).
- “Cartas Chilenas escritas por un argentino. Mueso Militar - Cuartel de artillería - Campo de maniobras - Club militar. El soldado chileno. Comparación al pasar. (De nuestro enviado especial)” (26 de abril de 1895).
- “Cartas Chilenas escritas por un argentino. Impresiones de un incendio. Un poco de edilidad. Apuntes e impresiones” (29 abr. 1895).
- “Desde Santiago de Chile. El teatro por secciones. Notas de un corresponsal” (5 may. 1895).
- “De Chile. La conversión y la elección presidencial. Impresiones de turista” (6 may. 1895).

- “De Chile. La cuestión palpitante. Ideas al respecto. No más Andes – lo que sucederá después” (14 may. 1895).
- “De Chile. Pot-pourri. Corriendo a Cristo. Las topeadas. Gavroche tímido. El demonio del juego - Apuntes al vuelo” (16 may. 1895).
- “De Chile. Diarios y periódicos. El cuarto poder del Estado. Política - Información - Versos y prosa” (20 may. 1895).
- “El viaje a Chile. ¡Lo que va de ayer a hoy! La verdad sobre el paso de Uspallata. El llano y la montaña – Panoramas – El tren, el coche y la mula – El hambre en los ventorrillos – Fotografías instantáneas – Etcétera” (3 jun. 1895).

“De Rosario a San Francisco”, *La Nación*, 23 oct. – 16 dic. 1897 (7 entregas).

- “Apuntes de viaje. La lluvia en Santa Fe. Las cosechas. Hermosas perspectivas. (Notas ocasionales)” (23 oct. 1897).
- “De Rosario a San Francisco. Las colonias. Halagüeñas esperanzas. Trigo y lino. (De nuestro enviado especial)” (3 nov. 1897).
- “San Francisco (Córdoba). Una población de porvenir. La trocha angosta. Autoridades cordobesas. Un tiritito de revólver. (De nuestro enviado especial)” (7 nov. 1897).
- “Mister Ross un ‘pioneer’ original. Excentricidades. (De nuestro enviado especial)” (11 nov. 1897).
- “Progresos materiales del Rosario de Santa Fe. Un poco de todo. El gobierno municipal. (De nuestro enviado especial)” (1 dic. 1897).
- “Rosario industrial. Datos recientes. Tabacos, azúcares, vinos, alcoholes, etc., etc. (De nuestro enviado especial)” (7 dic. 1897).
- “La capital del trigo. Breves apuntes acerca del Rosario. Exterioridades. Disquisiciones sobre sociabilidad” (16 dic. 1897).

“Justicia santafecina”, *La Nación*, 29 oct. 1897 - 21 ene. 1898 (8 entregas).

- “La justicia santafecina. (Primera carta de nuestro enviado especial)” (29 oct. 1897).
- “Justicia santafecina. Organización y personal. Larga, mala, cara. (De nuestro enviado especial)” (12 nov. 1897).
- “Justicia santafecina. El juez de sentencia. Reportajes. (De nuestro enviado especial)” (15 nov. 1897).
- “El linchamiento de Carcarañá. Cuatro años después. La novela de un proceso. (De nuestro enviado especial)” (26 nov. 1897).
- “Justicia santafecina. Consecuencias en el comercio. Reformas necesarias. Los magistrados en la política. Síndicos y rematadores. Casos de quiebra y moratorias. (De nuestro enviado especial)” (28 nov. 1897).
- “Justicia pronta y barata. Un caso de inusitada diligencia. Los procedimientos. Tema para un libro de costumbres. (De nuestro enviado especial)” (9 dic. 1897).
- “Curiosidades judiciales. Cabos sueltos. Matrimonios, testamentarias, etc., etc.” (13 ene. 1898).
- “Curiosidades judiciales. En Catamarca, Córdoba y Santa Fe. Perjudicial propaganda indirecta” (21 ene. 1898).

“La Australia argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados”, *La Nación*, 15 may. - 26 set. 1898 (97 entregas).

“El viaje presidencial”, *La Nación*, 22 ene. - 3 mar. 1899 (10 entregas).

- “El viaje del presidente. Su llegada a Bahía Blanca. Visita al puerto militar. Recepción popular – Los discursos – Revista de un batallón – La entrevista entre Roca y Errázuriz – Llegada a Punta Alta” (22 ene. 1899).
- “El viaje presidencial. Desde a bordo. De Buenos Aires a Bahía Blanca. Manifestaciones. El puerto militar. Embarco de los pasajeros. (De nuestro corresponsal especial)” (7 feb. 1899).
- “A la vista de Madryn. La *Sarmiento*. Cañonazos. Honores oficiales. Su excelencia en peligro. ¡Fondo!” (7 feb. 1899).
- “En Chubut. Madryn, Gaiman, Trelew, Rawson. Fiestas y regocijos. Un día de agitación y emociones. La incorporación de Patagonia” (7 feb. 1899).
- “El viaje del general Roca. Diario de navegación. El encuentro de los dos mandatarios. Saludos cambiados entre las dos escuadras. Un espectáculo imponente. Manifestaciones de cordialidad. Cambio de visitas entre los presidentes. Fiestas en Punta Arenas. Banquetes en las naves chilenas y argentinas – Discursos de Errázuriz y Roca - Anhelos de paz y confraternidad - Ferrocarriles y tratados de comercio – El arreglo directo de la cuestión límites” (22 feb. 1899).
- “El viaje presidencial. De Madryn a Río Gallegos. Santa Cruz. Páginas de un diario. Tilly Rod – Mazarredo – Deseado. Peripecias. En la capital del territorio. (De nuestro enviado especial)” (23 feb. 1899).
- “El viaje presidencial. Observaciones, ideas y proyectos. Lo que se hará. El general Roca y el sur de la República. Reformas de importancia. Concepto general” (25 feb. 1899).
- “El viaje presidencial. Observaciones, ideas y proyectos. Lo que se hará. El general Roca y el sur de la República. Reformas de importancia” (27 feb. 1899).
- “Ecos del viaje. En Gallegos. Excursiones, manifestación, banquete. Rumbo al Sur. Al canal del Beagle. Ushuaia” (1 mar. 1899).
- “Ecos del viaje. Banco en Río Gallegos. Algunos proyectos. La destrucción de los fueguinos” (3 mar. 1899).

“La gira del ministro Frers”, *La Nación*, 14 – 24 abr. 1899 (3 entregas).

- “La gira del Dr. Frers. Visitando bodegas. La irrigación en Mendoza. Veinte leguas en carruaje. En continua actividad” (14 abr. 1899).
- “La gira del ministro Frers. Impresión general. Mendoza. Agricultura y ganadería. Observaciones, miras y proyectos. (De nuestro enviado especial)” (22 abr. 1899).
- “La gira del ministro Frers. Impresión general. San Juan – San Luis – Córdoba – Tucumán. Agricultura y ganadería. (De nuestro enviado especial)” (24 abr. 1899).

“En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy”, *La Nación*, 22 oct. 1899 - 22 ene. 1900 (9 entregas).

- “En las provincias del norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. I. Llegada a Catamarca” (22 oct. 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. II. En las quintas catamarqueñas” (3 nov. 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. III. Variaciones catamarqueñas” (5 nov. 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. “IV. Un puñadito de tradiciones” (13 nov. 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy . V. Religión y religiones” (3 dic 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy . IV [i.e.] VI. Culinaria criolla” (11 dic. 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. VII. Fiestas profano-religiosas” (17 dic. 1899).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. VIII. Un solo de Mr. Blend” (1 ene. 1900).
- “En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy. IX. Una ascensión al calvario (22 ene. 1900).

“La inundación” / “La pampa de agua”, *La Nación*, 17 oct. 1900 - 9 nov. 1900 (11 entregas).

- “La inundación. Navegando en ferrocarril. Aspecto de la campaña. Magnitud del desastre. La imprevisión criolla” (17 oct. 1900).
- “La inundación. La isla de Chascomus. En viaje a Dolores. Panoramas lacustres. Adaptación del ganado al nuevo medio. Prosperidad de la vegetación acuática. Vaporcitos fondeados en la estación Adela. Un triunfo desastroso” (19 oct. 1900).
- “La inundación. Embarcaciones anfibas. Viajando en batea. Puerto mersario. Situación crítica de Dolores” (21 oct. 1900).
- “La inundación. En pleno desastre. De Dolores a Samborombón. Mil leguas cuadradas bajo el agua. El volumen de la capa líquida. Las obras de defensa practicadas. Los perjuicios sufridos. Retroceso fatal” (24 oct. 1900).
- “La inundación. La campaña asolada. Cuadros penosos” (26 oct. 1900).
- “La pampa de agua. I. En marcha al médano” (29 oct. 1900).
- “La pampa de agua. II. Vida nueva” (30 oct. 1900).
- “La pampa de agua. III. El médano y los canales” (3 nov. 1900).
- “La pampa de agua. IV. A la costa” (5 nov. 1900).
- “La pampa de agua. V. Los nutrieros” (7 nov. 1900).
- “La pampa de agua. VI. Final bajo la lluvia” (9 nov. 1900).

“El viaje del presidente”, *La Nación*, 21 may. 1901.

- “El viaje del presidente. De Puerto Belgrano a Buenos Aires en 33 horas. A bordo del crucero *Buenos Aires*. El ‘record’ de los viajes en Sudamérica” (21 may. 1901).

“La revolución oriental”, *La Nación*, 3 - 15 abr. 1903 (5 entregas).

- “La revolución oriental. En el teatro de los sucesos. En busca de Aparicio. (De nuestro enviado especial). A manera de prólogo (3 abr. 1903).
- “La revolución oriental. En el teatro de los sucesos. El centro de acción de Saravia. Cómo es Aparicio. (De nuestro enviado especial)” (5 abr. 1903).
- “La revolución oriental. En el teatro de los sucesos. Un día más en Cerro Largo” (7 abr. 1903).
- “La revolución oriental. En el teatro de los sucesos. Saliendo de Melo. Últimos días” (10 abr. 1903).
- “La revolución oriental. En el teatro de los sucesos. La gran revista militar. (Conclusión)” (15 abr. 1903).

Pellicer, Eustaquio

“Notas cordobesas”, *La Nación*, 13 – 21 oct. 1892 (6 entregas).

- “Notas cordobesas. Colas de un reportaje. Templos, teatros, hospital y paseos. Apuntes e impresiones” (13 oct. 1892).
- “Notas cordobesas. Por las calles. El Criterión y la gran bodega. El coche de los escudos” (14 oct. 1892).
- “Notas cordobesas. Silueta místico-política. A vapor, tras de un reportaje. Ventajas e inconvenientes episcopales. ¡En fin seuls! Declaraciones y expansiones del gobernador Pizarro. Lo del brindis de Marras. Por otras vías” (15 oct. 1892).
- “Notas cordobesas. De Pizarro a Astrada. De Astrada a Don Marcos. Entretelones políticos. Por donde van los hilos cordobeses. La casa de Don Marcos. Aperitivo noticioso” (17 oct. 1892).
- “Notas cordobesas. En casa de Don Marcos. El partido de los ladrones. Curiosidades decorativas. Mate, cerveza y taba. Genialidades. Sigue el aperitivo” (19 oct. 1892).
- “Notas cordobesas. La casa de Don Marcos. Retratos y caricaturas. De pieza en pieza. El gobierno de las macanas. Variedades. ¡A volar!...” (21 oct. 1892).

“Notas santiagueñas” / “Descubriendo a Tucumán”, *La Nación*, 2 – 20 dic. 1892 (5 entregas).

- “El país de la leña o sea un mes entre dos calores. Ardientes recuerdos de la revolución en Santiago. Moscas y mosquitos políticos y anti-políticos. La intervención á los cuarenta y cuatro grados. Agua por dentro y por fuera. En traje de circunstancias. Nombres imposibles. Preludio de algo mejor. (De los apuntes de otro reporter)” (2 dic. 1892).
- “Notas santiagueñas. Ellos y ellas. Calles, plazas y edificios. Pinceladas” (5 dic. 1892).
- “Descubriendo a Tucumán. En el wagon. Calor y polvo. Peripecias de un ojo. Circunloquio y soliloquio. Recorriendo la ciudad. Del palacio al hospital” (9 dic. 1892).
- “Tucumán. Sigue el descubrimiento. Templos y colegios. Teatro Belgrano. Clubs, ferrocarriles y tranvías. Armisticio” (12 dic. 1892).

- “Tucumán agrícola. Fecundidad de su suelo. Contraste. La natura y los nombres raros. La caña de azúcar y los ingenios. Cálculos de la producción. Un émulo de Cervantes” (20 dic. 1892).

Piquet, Julio

“A Chile por los Andes”, *La Nación*, 5 oct. – 26 dic. 1891 (14 entregas).

- “A Chile por los Andes. De Buenos Aires a Mendoza. Impresiones” (5 oct. 1891)
- “A Chile por los Andes. Tres días en Mendoza. La inmortal Cuyo. Un poquito de política” (9 oct. 1891).
- “En los Andes. El paso de Uspallata. Cordillera cerrada. El infierno de la nieve. De Mendoza a Puente del Inca. Una embestida frustrada” (18 oct. 1891).
- “En los Andes. De Puente del Inca a Mendoza. Entre nieve y fuego. De cómo se pasa la cordillera. ¡La ‘guigne’!” (26 oct. 1891).
- “Buscando paso. De Mendoza a Córdoba. La doctoral ciudad. Notas e impresiones” (31 oct. 1891).
- “Al pasar. De Córdoba a Tucumán. Croquis y acuarelas. Las mujeres argentinas. Lola Millanes. Azúcar, arroz y tabaco. Cholas, naranjos y empanadas. ¡Sine sole nihil!” (4 nov. 1891).
- “En el Norte. La Andalucía argentina. Salta y Jujuy. Paisajes de los trópicos. Entre bosques y montañas. Orquídeas, coyuyos y luciérnagas. Las chirimoyas. Charatas y corzuelas. ‘La Miajonesa’ y la cámara oscura. Mujeres, vino y tabaco. Escándalos políticos” (15 nov. 1891).
- “A Chile por los Andes. Entre cielo y peñas. A la belle étoile. Un bautismo singular. El paso de la cordillera” (19 dic. 1891).
- “A Chile por los Andes. De Hécar a Antofagasta. El desierto de Atacama. Toconao. La última jornada” (26 dic. 1891).
- “Desde Chile. De Antofagasta a Valparaíso. Los puertos del norte. Un vapor mercado. La ciudad de los cerros. Recuerdos de la guerra” (13 ene. 1892).
- “Desde Santiago. Del puerto a la capital. Paisajes e impresiones. Hospitalidad chilena. Paseos, hoteles y restaurants. Las santiaguinas. El Dr. José E. Uriburu” (25 ene. 1892).
- “Desde Chile. De cómo nació la dictadura. Causas remotas y causas inmediatas. Un estudio del Sr. Valentín Letelier. Estado social – Balmaceda. Virtudes y vicios del carácter chileno. Actualidad política” (11 feb. 1892).
- “Notas santiaguinas. La calumnia e un venticello... El arte en Santiago. Teatros y artistas. El conservatorio nacional. Cosas de mal gusto. La pintura y la escultura” (22 de feb. 1892).
- “Notas santiaguinas. Impresiones callejeras. La arquitectura. Tipos populares. Clima – Cerveza – Chilenismo. Emilia Herrera de Toro” (25 feb. 1892).
- “Otra vez en los Andes. De Santiago a Mendoza. En la cumbre. La cordillera en verano. Paisajes e impresiones” (4 mar. 1892).

“En Río de Janeiro”, *La Nación*, 14 ago. – 6 set. 1899 (5 entregas).

- “De Montevideo a Río. Un embarco accidentado. Notas, croquis y acuarelas. Otra vez en el océano. Pasajeros interesantes. Un puñado de recuerdos e impresiones” (14 ago. 1899).
- “¡En Río! Entrada en la bahía. Sinfonía de las montañas. El desembarco – Día lluvioso. Viaje al morro de Santa Teresa. Un acueducto transformado en puente. Orgía de paisajes. Visita a los colegas fluminenses. Paisajes nocturnos. Notas e impresiones. Esperando la escuadra” (15 ago. 1899).
- “En Río de Janeiro. Las últimas fiestas. Crespones y alegrías. A bordo de la escuadra blanca. ‘Bebé’ en el *Buenos Aires*. Una corazonada popular emocionante. Adiós a las naves argentinas” (23 ago. 1899).
- “En Río de Janeiro. La hospitalidad brasilera. Agasajos y demostraciones. En el hipódromo. Entrevista con el Dr. Campos Sales. Recepción de los congresales. El baile del casino fluminense. Notas y apuntes” (26 ago. 1899).
- “En Río de Janeiro. Un tabardillo inoportuno. La última carta. Nurseries, babys, perros y mosquitos ‘borrachudos’. En familia. En la Escuela de Bellas Artes. Ascensión al Corcovado. Una ‘reclame’ de Sarmiento. Excursión a Petrópolis. Un ferrocarril inmundo – La acción de Mr. Barrow. Recapitulación final” (6 set. 1899).

Schiaffino, Eduardo

“Impresiones serranas”, *La Nación*, 9 feb. - 29 mar. 1897 (4 entregas).

- “En la sierra de Córdoba” (9 feb. 1897).
- “Impresiones argentinas. Dos días en Córdoba” (19 feb. 1897).
- “Impresiones serranas. Alta Gracia. La ruta de San Antonio. Con los padres franciscanos” (14 mar. 1897).
- “Impresiones serranas. En el valle de San Antonio. Vida franciscana” (29 mar. 1897).

Apéndice II

Antología de crónicas*

* Los textos recopilados en esta Antología –inéditos en libro a la fecha– han sido revisados, y sus formas gramaticales y ortográficas adecuadas a los usos actualmente vigentes. Se optó por modernizar el texto en el caso de las grafías vacilantes (por ejemplo, *gira* por *jira*); se actualizó ligeramente la puntuación y se intervino el texto uniendo o separando palabras, unificando el uso de mayúsculas y minúsculas, reemplazando abreviaturas en desuso (*Ud.* por *V.*) y corrigiendo erratas de imprenta. En todos los casos se han respetado las marcas de énfasis que, salvo indicación en contrario, pertenecen al original.

“A Chile por los Andes”*

Julio Piquet

“A Chile por los Andes. De Buenos Aires a Mendoza. Impresiones”, *La Nación*, 5 de octubre de 1891.

Mendoza, septiembre 30 de 1891.

Señor director de LA NACIÓN

Está de Dios que a mí no me han de ocurrir percances ni pasar aventuras. Salí el lunes 28 de septiembre a las cuatro y media de la tarde de la estación Central, y hoy miércoles 30 del mismo mes me encuentro en Mendoza desde las seis de la mañana, sin que en el trayecto del ferrocarril haya habido el menor tropiezo. ¡Ni siquiera un principio de descarrilamiento, ni siquiera un amago de colisión!

Por otra parte, las observaciones que pueden hacerse en este largo trayecto han sido expresadas ya hasta el cansancio y podrían condensarse en una frase: una navegación a vapor sobre un mar de tierra.

Con todo, voy a evocar la vida pasada en el encierro del wagon y las perspectivas entrevistas, pues quizá algunas impresiones merezcan apuntarse a manera de prólogo de las del viaje a Chile que he iniciado bajo tan buenos aunque monótonos auspicios.

Al partir

En el wagon-dormitorio los pasajeros andan a tropezones con las valijas, atadas con correas de manijas de níquel. Un señor de aspecto bíblico, lleva un loro enjaulado que no sabe dónde acomodar. El tren va a partir. Una señora acompañada por una joven, que yo creía compañeras de viaje, se levantan y se despiden de un caballero. ¡Qué lástima! ¡La joven tenía unos pérfidos ojazos verdes tan simpáticos! Al salir del wagon su mano tropieza con la mía. La miro y veo que sus pupilas sonríen a través de las lágrimas de la despedida. ¡Adiós, papá! Dice desde la puerta y lleva a los labios al mismo tiempo un confite de los muchos que el padre acaba de regalarle.

¡Qué interesante en su espontánea movilidad! Al salir del wagon se puso pálida; en el andén sus mejillas se destacaban rojas como silvestres margaritas sobre el amplio cuello de encaje blanco.

¡Chuf! ¡paf! ¡Chuf! ¡paf! (esto por supuesto es la onomatopeya de la locomotora).

El tren había echado a andar. ¡Dios mío, podría esto pasar por una aventura!

* Julio Piquet viajó a Chile como corresponsal de *La Nación* para informar acerca de la situación política y social del país trasandino tras la guerra civil que culminó con el derrocamiento del presidente José Manuel Balmaceda. Los percances sufridos en el fallido cruce cordillerano demoraron la accidentada gira, que se prolongó durante más de dos meses a lo largo de nueve provincias argentinas antes de arribar a destino, dando lugar a una extensa serie de crónicas de viaje.

En marcha

El tren directo, al revés de lo que dijo el poeta, corría que no volaba. Se detuvo en el Retiro algunos minutos; los pasajeros se fueron acomodando.

Me acompañaban exclusivamente comerciantes de San Juan, San Luis y Mendoza: seis italianos, cuatro españoles, dos franceses, dos ingleses, un alemán y tres argentinos. Todos ellos se conocían. Yo casi era un intruso.

Al llegar a Palermo la conversación era ya bastante animada. Discutían política nacional y política mendocina. La tarde era bochornosa; bajé el cristal de mi ventanilla y me puse a contemplar el paisaje. A través de la arboleda vi una bandada de cisnes nadando en un lago del parque. –¡Sí señores, oí que decía en ese instante una voz de pronunciado acento aragonés, todo el comercio de Mendoza es acordeonista! Cortamos la avenida de las palmeras, a esa hora todavía desierta. –Alem es muy simpático, pero no hará nada con predicar la revolución. Lo que nosotros necesitamos es que haya un gobierno nacional, presidido por Mitre u otro hombre así, ¡que no intervenga en las elecciones provinciales!, exclamaba un mendocino que era precisamente el padre de la niña de los ojos verdes.

No sé si influiría el recuerdo de la niña, pero aquel hombre me pareció muy simpático.

Pasamos junto al local de la Exposición Rural en que hace días se celebraba la gran kermés y entorné los ojos para ver una vez más el delicioso cuadro del gran *hall*, lleno de flores exóticas y de cabecitas deliciosas, que ya describió Julián Martel.

El tren se detuvo de nuevo. Buenos Aires queda allá lejos, limitado por las altas atalayas de las usinas, pero frente a los ojos tengo un palacio digno de figurar en sus principales calles. En una tablilla se lee: propiedad del Banco Inmobiliario. Aquí, más allá, por todas partes descúbreanse ensueños de las especulaciones, desengaños de la crisis y, al fin y al cabo, progresos.

Dejamos a Belgrano a la derecha, pasamos de la Chacarita, y luego de discurrir una hora viendo a lo lejos entre la bruma azulada oscuras arboledas que surgían sobre la llanura como costas acantiladas, entramos a la pampa cultivada, en la que apenas sobresale un rancho o un grupo de perales y durazneros en flor.

La noche cae. Mis compañeros de viaje siempre discuten política. Un mozo del wagon-restaurant pasa y nos dice con voz alegre: ¡A la mangia! ¡A la mangia! ¡La comida está pronta!

Pasamos al comedor.

El wagon-restaurant

El aspecto del salón idéntico al de los que usa en Europa la compañía de los Sleeping-Cars. Esto disponía favorablemente, pero no así los manteles y las servilletas tintas en vino y en salsa de todos colores. A título de curiosidad y de información útil, transcribo el menú repartido impreso, del “Restaurant del tren de Buenos Aires al Pacífico de Juan Brandstatter”, un suizo alemán tan despierto como suelen serlo los suizos:

Sopa: de fideos finos, 35 centavos; hors d’oeuvre, 35 centavos. *Entradas*: lomo de pejerrey, 35; cabeza de ternera, 35; vaca a la moda, 35; riñones con trufas, 35; lengua con salsa picante, 35; asado de carnero, 35; espárragos al natural, 80. *Minutas*: bifés, 40; costillas, 40; huevos, 40. *Postres*: queso y dulce, 35; frutas, 35; cerveza de Quilmes, té, coñac, café, chartreuse. *Vinos finos*: Pontet Canet y Champagne.

La comida era tolerable y los precios tan altos como en la mejor casa de Buenos Aires. Los pasajeros furiosos protestaban contra el robo. Yo creo que si el servicio fuera bueno, no habría razón para quejarse. Pagué una botella de cerveza Quilmes un peso y me pareció bien pagada; pero me exigieron un peso y medio por una lata de detestables sardinas que no tenía una gota de aceite y me declaré mistificado y expoliado.

Además, el pan era duro, viejo de tres días y de mala calidad.

El suizo tiene cara de idiota; pero si le dura la canonjía del restaurante hará fortuna.

A las 7.45 nos deteníamos algunos minutos en Mercedes.

Decididamente fastidiado por una taza de pretendido café y una copita de vitriólica chartreuse, me mando al wagon-dormitorio.

No tenía con quien conversar y me dolía la cabeza.

¡A la cama!

Trepe a esta, pues por mi mala suerte me había tocado una cama alta, y me puse a leer *La sonata de Kreutzer* del conde León Tolstoi, a quien en adelante contaré entre mis dioses lares. A no ser los barquinazos, el verdadero *tangage* del tren, me paso la noche leyendo.

Viajar en compañía de desconocidos dentro de un recinto pequeño es un remedio heroico para la manía ambulatoria. A las doce de la noche los argentinos, italianos, franceses, alemanes, etc., etc., todo el *caravanserail*, seguía discutiendo política. ¡Me parece que si hubiera tenido a mano un revólver intervengo a tiros! ¡Los barquinazos no me dejaban leer y ellos no me permitían dormir!

Poco a poco las voces se fueron apaciguando y mi cerebro empezó a titubear entre el sueño y la vigilia, excitado por las imágenes confusas de la ciudad abandonada, el ruido de las discusiones y el rumor del tren, las paradojas sombrías y los análisis desesperantes de Tolstoi. Creía estar navegando. Tras larga ausencia atravesaba el Plata una noche tormentosa. El salón del vapor estaba cubierto de florecidas guirnaldas y las mesas llenas de comensales vestidos de frac. Herían mi oído acordes chispeantes del vals "España" y luego frases solemnes de un himno.

"La República Argentina se salvará por el solo esfuerzo de sus hijos. ¡La República Argentina se ha salvado!" Decía con los ojos húmedos, alzando las manos trémulas de emoción, un hombre de entrecano cabello ensortijado.

Estallaron los aplausos, pero no estos, mas sí un barquinazo de la realidad desvió mi sueño, que tomó sabe Dios por donde.

Acuarela

El día siguiente me sentí molido. Cuando me levanté nos encontrábamos a la altura de la estación Julio A. Roca. Salí al estribo. El cielo estaba tormentoso. Al sur llovía. El horizonte estaba en ese lado violeta oscuro; parecía un océano visto de canto, a manera del agua de un acuario. Un hilo de fuego lo serpeó, y al dar en el suelo produjo, primero, un chirrido como el de un hierro candente que cae al agua y luego una detonación estrepitosa. La pampa velluda, según dijo Sarmiento que sabía adjetivar como Homero, se extendía glauca hasta el pie de aquel cielo trágico. De pronto, el sol, alto ya, lanzó su luz a través de un andrajo de nube y formó en la línea del horizonte un fúlgido cerco de oro que engarzó durante unos instantes el oscuro zafiro del cielo a la pálida esmeralda de la estepa.

Al llegar al kilómetro 530, el tren empieza a levantar a su paso una bandada de vuelos que me recuerdan los de los peces alados que abundan en el Atlántico. Hasta esto concurre para que la pampa parezca un mar. Es la langosta, la maldita voladora, engendradora de la saltona, que llena los campos desde aquí hasta San Luis.

Política internacional

Entro al wagon y me apercibo de que mis compañeros de viaje han abandonado la política argentina por la internacional. Siempre sucede así.

El primer día, los extranjeros por galantería y porque más inmediatamente les interesa, solo hablan de las cosas de aquí; pero al día siguiente comienza a desarrollarse el problema europeo, y es de ver cómo aparecen millones de soldados, cómo se comenta el valor de estos y el de aquellos, cómo cada cual pondera a sus compatriotas. Había partidarios entusiastas y enemigos furibundos de la *tríplice*.

Por último (esto es infalible) se habló de la guerra del 70 y de las probabilidades de una nueva contienda entre Francia y Alemania. El único germano que iba en el tren se enojó porque un argentino dijo que esta vez quién sabe cómo le irá a Alemania. La discusión terminó amistosamente, bebiendo un vermouth en el restaurante.

Un instante más tarde se servía el almuerzo, pero la mitad de las mesas quedaron vacías. Los politiqueros amotinados por el aragonés decidieron no dejarse expoliar y aguantaron el hambre hasta Villa Mercedes, en lo que hicieron muy bien.

Villa Mercedes

A las dos de la tarde próximamente, bajo un sol africano, llegamos a la mencionada villa. El tren para primero en una estación de talleres y media hora después pasa a la de pasajeros, anticipándose estos en coche a aquella, pues allí está el restaurante. Parece que no se comía mal ni se pagaba caro. En las paredes del comedor (buen signo) lucía un gran espejo reclamo del Champagne de Pommery y Greno.

En el andén había gran aglomeración de gente cobriza, indios mendigos, turcos mercachifles, pordioseros irlandeses. Algunos hombres, bien puestos con trazas de ingenieros o industriales, hablaban francés. Casi en el momento de salir el tren llegaron, acompañando a un viajero, una señora y dos señoritas.

Llevaban sombreros de paja con flores de confitería y estaban *coiffées à la grecque* de una manera inédita que hubiera hecho estremecer de indignación a Dondel, el restaurador del clasicismo capilar. Había en aquellas cabezas todo un capítulo de civilización y barbarie.

El tren se puso en marcha quedándome el sentimiento de no saber en qué clase social de Villa Mercedes debía ubicar a aquellas damas que, o mucho me equivoco, no debían ser del gran mundo. Quizá modesta burguesía.

Flaquezas humanas

El calor sofocante, la mala noche, el andar más regular del tren a medida que se entra al terreno pedregoso en que las lluvias no mueven la línea, la conversación de mis compañeros, todo concurrió a darme el más profundo de los sueños.

Cuando desperté viajábamos entre un monte ralo y bajo. La serranía de San Luis estaba a la vista. ¡Pero qué dolor de cabeza al despertar! La culpa la tenía el water-closet que apestaba, envenenado el aire. De tenerlo así más valdría suprimirlo.

San Luis

Menos que de Villa Mercedes tengo que decir de San Luis. Se come en la estación no llegando el wagon-restaurant más que hasta la villa antes mencionada. Se come mal y a escape. Se cobra 1.50 \$ antes de servirse el asado a cada pasajero, suena la campana de partida y con el primer bocado, lo único comestible ¡al tren!

Todo el mundo sube echando sapos y culebras y el aragonés molinero dice con su acento furibundo que es la empresa la que tiene hecha la trampa con el fondero ¡para explotar al pueblo soberano!

Es de noche, las camas están prontas y el dolor de cabeza sigue. ¡A dormir!

A las discusiones políticas han seguido las consideraciones sobre la crisis. Quien lo revienta a Pellegrini (que el aragonés pronuncia con elle), quien dice atrocidades del viejo López. Luego, convenciéndose cada cual que no entienden del asunto y de que nada se remedia con maldecir de todo, se pasa a las consideraciones particulares. Todo cuesta un sentido. No es posible surtirse. Las lámparas que vienen en barricas y que costaban 22 \$ la docena se venden ahora a 40 \$.

El que daba este dato agregaba: yo que las compré hace tiempo, las vendo en Mendoza 5 \$ cada una, pero voy a tener que subir el precio. ¡Y el aceite! Exclamaba otro. Ahí llevo marca Puget legítimo y marca Ottone, legítimo también, que he comprado a 12 \$ la arroba. Al oír el dato los otros se echaron a reír, y el que habla agregó con acento de profundo odio hacia sus clientes:

—¿Quieren aceite legítimo barato? Pues tomen este. ¡No llevo un solo artículo que no sea falsificado en Buenos Aires!

La conversación se eternizó. Creo que antes de dormirme me oí roncar.

¡Mendoza!

Esta mañana a las cinco me despertó una voz que decía: Ya estamos en Maipú; dentro de una hora llegaremos a Mendoza.

Me vestí precipitadamente y salí al andén. El sol apenas apuntaba en el horizonte y el aire estaba muy fresco. Veinte minutos más tarde me asomé al estribo y miré hacia adelante. Casi me voy al suelo. Acababa de ver a los Andes, a la enorme cordillera cuya travesía tengo que realizar. Los picos cubiertos de nieve y el fresco de la mañana no contribuyeron en pequeña parte a producir esta impresión. Todo lo que puede haber en mí de común con el alpinista de Tarascón se evaporó como por encanto.

Pero el paisaje me sedujo. Se entra a Mendoza entre álamos esbeltos y torrentes bulliciosos y cristalinos. Los cercos de adobe parecen hechos con enormes piedras y las casas de las afueras diríanse construidas con adoquines de chocolate.

La ciudad parece estar encajada entre las montañas.

Y luego, ¡qué impresión más grata la de las anchas calles empedradas con cantos rodados y sombreadas por inmensos álamos de la Carolina, más bellos, mucho más bellos que los famosos castaños de los bulevares de París!

Tengo hambre de recorrer la ciudad. Los coches placeros, tan buenos como los de Buenos Aires, ¡solo cobran 20 centavos por viaje directo! Admiro el aseo de las casas, de las calles, los jardines de las plazas; todo tiene aspecto simpático y sonriente.

Dejo el carruaje para ver las cosas de más cerca. En la calle San Martín me detengo a mirar algo que no he visto nunca. Sobre una silla hay una fuente y dos tazas. ¿Qué es esto?, le pregunto al indio viejo que vende la mercancía y este me contesta: “Es mote, Señor, trigo cocido. Es muy fresco, pruébelo.” Y no acepté la invitación porque pasaba el tranvía y me dio vergüenza de que me vieran comiendo aquella extraña mazmorra.

Un muchacho vendiendo tabletas se me llevó los ojos detrás de su canasto.

En fin, encantado con Mendoza. La temperatura se fue entibiando a medida que avanzó el día y a las dos de la tarde debe haber marcado el termómetro 22° centígrados a la sombra.

Quisiera poder ampliar estas notas pero el tren para Buenos Aires sale dentro de algunas horas y yo quizá tenga que partir mañana temprano para Uspallata. No dispongo, pues, de un minuto más.

¡A Chile!

JULIO PIQUET

“En los Andes. El paso de Uspallata. Cordillera cerrada. El infierno de la nieve. De Mendoza a Puente del Inca. Una embestida frustrada”, *La Nación*, 18 de octubre de 1891.

Mendoza, octubre 13 de 1891.

Señor director de LA NACIÓN:

Hoy martes trece, con la cara mortificada por las injurias del sol, del viento y de la nieve, el cuerpo maltrecho por el cansancio, el espíritu rabioso de impotencia por la derrota sufrida y un si es no es impresionado por el temblor de tierra de esta madrugada, cuyo tremendo remesón casi me tira de la cama al suelo, acometo la ardua empresa de describir mi reciente infortunada excursión andina por el dantesco desfiladero de Uspallata.

Los auspicios no pueden ser peores y...

¡Ahi cuanto a dir qual era è cosa dura!

Yo bien sabía al partir de Buenos Aires que el pasar la cordillera cerrada era cosa no muy fácil; pero no contaba con el tremendo temporal que dio comienzo precisamente el día de mi llegada a Mendoza y que, puede decirse, continua todavía.

Una vez acá recogí informes sobre el estado de la cordillera y todos los datos, aún los más fidedignos, obtenidos por telégrafo, resultaron completamente contradictorios; según los unos nevaba; según los otros hacía buen tiempo; según estos solo había que caminar a pie dos leguas sobre medio metro de nieve para llegar a Chile; según los otros la nieve tenía un metro de espesor y ocupaba por lo menos un trayecto de diez leguas...

Pedí más opiniones a las gentes más entendidas y experimentadas en el paso de la cordillera –a los arrieros y consignatarios de ganados– sobre la posibilidad de hacer actualmente la travesía y los unos me dijeron que era una temeridad y un imposible,

mientras los otros me garantizaron que el viaje no ofrecía peligro alguno y que, dado lo avanzado de la estación, apenas sería molesto.

Estaba mortificado por la incertidumbre, devorado por la impaciencia, pues mi viaje a Chile por tan incierto camino solo tenía objeto si lo realizaba en seguida, cuando recibí un despacho que desde Uspallata me dirigía mi amigo, el Sr. Alberto González, quien me anunciaba que podía ponerme en viaje, pues había recibido telegramas anunciándole que adentro el tiempo estaba bueno. El Sr. González había tenido la galantería de encargarse de los preparativos de mi viaje, contratándome arrieros de confianza que debían esperarme en Río Blanco.

La noticia de que podía partir me llenó de alborozo, pues ya daba por seguro que no hallaría momento propicio y oportuno para realizar mi viaje. Al día siguiente, el jueves ocho del corriente, a las nueve de la mañana, me encontraba en la estación del Ferrocarril Trasandino, donde me despedía su administrador, el Sr. Jardel, a cuyas atenciones no puedo estar más agradecido, habiéndome tratado por todos los empleados de la línea, merced a las recomendaciones expresas de dicho caballero, como si yo fuera el mismísimo zar de todas las Rusias. ¡*En route!*... y, otra vez más, ¡muchas gracias!

Traviatazo

El cielo estaba diáfano y el sol brillaba con tal fuerza que me obligaba a cerrar los ojos, algo irritados por falta, o mejor dicho, por sobra de sueño.

¡Es que la noche anterior me habían dado un *traviatazo!*

No se vayan ustedes a figurar que eso sea algo malo.

Traviatazo es un neologismo inventado por el Sr. Carlos Lagomaggiore, cónsul del Perú en Mendoza, para denominar las excelentes veladas musicales que se celebran en su casa, habiendo tenido la fineza de organizar una para despedirme de esta simpática ciudad.

El *traviatazo* no puedo ser más agradable, no solo porque la reunión fue muy amena, a pesar de que solo asistieran caballeros, por estar ausente de Mendoza la señora de Lagomaggiore, sino porque se hizo contra lo que ustedes suponen (yo también lo suponía) buena, pero muy buena música, oyendo con encanto a un ejecutante que podría ser si lo quisiera un gran violinista argentino, el joven médico Dr. Carlos Ponce.

Mientras oía ejecutar el *largo* de Beethoven para piano, armonium, violín y violoncelo – ocho instrumentos que marchaban con singular *ensamble* bajo la dirección del ingeniero suizo Sr. Boshardt– o me entusiasmaba y sorprendía el arco ora diabólico, valiente, heroico como el del negro Brindis de Salas, ora enamorado, elegíaco, sollozante como el de Dengremont, con que hacía vibrar a su violín aquel joven médico, pequeño, nervioso, de aspecto modesto y frente inspirada, yo dejaba pasear la vista por la bien alhajada sala, deleitándome los ojos telas de expertos pinceles y bronces de Collin y Barbedienne, y me decía que pocas horas después había de marchar a encontrarme perdido en medio de aquel pavoroso paso de que tan terribles historias me contaran.

Aquí, la temperatura agradable, el arte, la amable conversación de los amigos; allá la soledad, la áspera majestad de las montañas, la nieve, quizá la tempestad que todo lo asola, quizá la muerte.

Y el violín que sollozaba enamorado frases inspiradas de cavatina de Raff, hubo de ablandar mi voluntad; pero luego tuvo arranques tan heroicos ejecutando no sé qué aires húngaros, que me sentí retemplado, me avergoncé de mi cobardía, que ingenuamente

confieso me acometió varias veces, y partí llevando del traviatazo las más nobles y bellas impresiones.

En el Trasandino

En los primeros momentos de marcha, más que el paisaje me interesaron mis compañeros de viaje hasta Uspallata, término actual del Ferrocarril Trasandino, que dista aproximadamente unas veinte leguas de Mendoza. El wagon estaba lleno y llamaron especialmente mi atención un comerciante de Buenos Aires, en viaje de novios con su joven compañera, hermoso tipo de belleza germánica; un caballero inglés acompañado por dos damas que excursionaban hasta la Boca del Río y una familia francesa que fue de paso hasta Uspallata, lunchando alegremente en el wagon.

El asiento frontero al mío lo ocupaba un caballero de treinta a treinta y cinco años, de estatura elevada, fuerte musculatura y enérgica cabeza.

Noté que me observaba a su vez y al cruzarse nuestras miradas, me dijo:

—Señor Piquet, yo soy Almanzor Ortiz, el consignatario de ganados que partía para Chile, de que debe haberle hablado a Ud. el agente de *La Nación* don Flavio Pérez.

Mucho me alegré de aquella feliz coincidencia, pues en efecto yo debía haber emprendido el viaje el 1º del corriente en compañía del Sr. Ortiz; y, cambiados los saludos de estilo, así se lo expresé a aquel caballero, cuya compañía había de serme por todos conceptos utilísima.

El Sr. Ortiz ha atravesado la cordillera cerrada unas veinte veces, saliendo ileso de los más recios temporales, que los arrieros no se atrevían a afrontar.

En tanto, el tren iba ya dejando atrás las chacras y entraba a la región de los viñedos. Quise hacer algunos apuntes y los inscribí en mi cartera con tanta seguridad como si estuviera en tierra firme. Creo que no se puede hacer mayor elogio de la perfección de la vía del Trasandino, grandiosa empresa a la que pienso dedicar una correspondencia y de la que, por lo tanto, no haré mayor mención aquí.

Poco después abandonábamos el valle, llano como una pampa, y penetrábamos a la quebrada de Uspallata, que es el cajón o cauce del río Mendoza.

De pronto, el aspecto de la cordillera, tan grandioso visto de frente, se tornó aún mucho más imponente. Un pueblo de montañas colosales, desnudas, pardas o rojizas las cercanas, azules o violáceas las que cierran horizontes, yerguen al cielo sus crestas almenadas que apenas decoran los cactus cilíndricos o de hojas planas y la jarilla resinosa y triste. El tren serpea, sube y baja constantemente, siguiendo el curso del río, ora a la derecha ora a la izquierda, atravesando largos puentes suspendidos, de una sola luz, o internándose bajo túneles tallados en la roca, hasta que se detiene en Cacheuta. Allí permanece media hora, pudiéndose almorzar en un restaurante construido con planchas de zinc. A doscientos o trescientos metros están situados unos baños termales que, según se me afirma, realizan grandes curas, no teniendo más propiedades medicinales ni más sales en disolución que el agua de aljibe.

¿Y por qué no? Los remedios que verdaderamente curan son los agentes que más daño hacen a la humanidad, mientras que la fe en una patraña, la higiene y las fuerzas naturales realizan todos los días grandes milagros. Que lo digan sino los adeptos de Perdriel entre nosotros o los del Rev. S. Kneipp en Alemania.

Cuando volvimos a ponernos en marcha, en una de las vueltas del camino, el Sr. Ortiz, con quien iba hablando respecto del estado de la cordillera, me indicó que mirara hacia un punto determinado.

En el fondo de un pequeño valle se alzaban con teatral efecto dos enormes montañas de forma cónica, cubiertas totalmente por la nieve. En las cumbres descogían sus velos las nubes, tornando en partes de un gris sombrío la eléctrica blancura de los cerros.

Me quedé boquiabierto pensando: ¡si esto es a la entrada qué será después!

Y a cada vuelta del tren surgían más y más montañas cónicas, triangulares, redondeadas, terminadas en punta, en crestones medio desmoronados, redondeadas, informes, cubiertas caprichosamente por la nieve, pues esta, altísima, no tenía ni una mácula blanca o apenas parecía que le hubiesen derramado algunas bolsas de harina en la cumbre, mientras que estotra a su lado, muchísimo más baja, diríase un pilón de azúcar.

A la una de la tarde próximamente llegábamos a la pampa de Uspallata, cabecera del ferrocarril, donde solo se ve la estación y a lo lejos las casas de una estancia que pertenece al propietario de casi toda la parte andina de Mendoza, el Sr. Carlos González. Su hijo Alberto me esperaba en la estación y me anunciaba que a las tres podría seguir viaje para Río Blanco, donde me esperaba Juan Oro con sus peones. Este trayecto de cuatro leguas lo pudimos hacer en ferrocarril (bien que la línea solo está librada al público hasta Uspallata), gracias a una orden del Sr. Jardel.

Río Blanco es una especie de factoría situada en un pozo rodeado de cerros. Allí estaban mis arrieros y los del Sr. Ortiz, uniéndonos además el Sr. Gregorio Sotomayor, amable compañero de viaje que me dijo había atravesado la cordillera treinta y siete veces. En seguida nos pusimos en marcha, enfilando nuestra caravana, compuesta de nueve personas, once mulas y dos caballos, la cornisa derecha de Mendoza, camino de Las Polvaredas, posada que es propietario don Juan Oro y donde debíamos hacer noche.

Los caballos mencionados, dos briosos zainos oscuros, los montábamos Ortiz y yo. Encontré excelente el andar de mi caballo; pero no así su genio, vivo por demás para un jinete tan poco diestro como yo y para un camino tan poco tranquilizador como el de la cordillera.

Nada de particular ocurrió en este breve trayecto de dos leguas. Llamaron solo mi atención unos hombres que caminaban a pie, alternándose en el lomo de una mula y que generalmente precedían a nuestra caravana, aún en los puntos más empinados y escabrosos, corriendo y saltando como cabras por las abruptas laderas. Eran dos turcos que se dirigían a Chile, habiendo sido uno de ellos cocinero a bordo del *Aquila*.

Las Polvaredas

Una casa de adobes, de cuatro piezas y una cocina, techada con zinc, tal es la posada de Las Polvaredas. Habiendo arrancado la tormenta el techo de los aposentos, dormimos en el despacho después de comer un excelente puchero y un sabroso asado de cordero, rociados con vino de la tierra y con rica cerveza chilena de la fábrica de Limache, superior sin duda y mucho más barata que nuestra celebrada Quilmes.

La habitación era ciertamente muy primitiva, pero en cambio estaba bien provista, a punto de que bajo las cebollas brotadas, medidas entre los tirantes y el techo, veíanse tarros de conservas y, lo que me pareció asombroso, botellas de legítimo champagne Clicquot.

A las seis de la mañana nos pusimos de nuevo en marcha. El aire estaba absolutamente quieto y a pesar de lo bajo de la temperatura, pues los cerros que rodean a Las Polvaredas estaban casi cubiertos de nieve, no se sentía frío.

Punta de Vacas

EL trayecto de Las Polvaredas a Punta de Vacas, que es la posada próxima, situada a unas tres leguas, se hizo sin inconveniente, notándose sí que la capa de nieve era cada vez más densa, llegando en este punto a medir unos treinta centímetros.

La posada era una pocilga. Un italiano que hacía veces de mayordomo nos dijo que lo único que podía servirnos era un poco de sopa y unos bifés. No había pan ni vino. A la primera cucharada de sopa me puse a llorar amargamente. ¡Era una *purée* de ají molido! Con todo, tenía tal necesidad de tomar algo caliente, que llorando y hasta gimiendo, me la comí toda. A ella le debo en parte la enorme inflamación que después tuve en la cara.

Con la boca hirviendo y el estómago indignado contra la suciedad de los manteles y de las manos del mozo, que jamás se habían lavado, emprendí la marcha murmurando la fatídica sentencia que Dante leyera a las puertas del infierno.

Las noticias que acabábamos de recoger no podían ser más alentadoras. La comunicación con Puente del Inca estaba interrumpida, tres viajeros andaban perdidos, otros habían tenido que volverse desde Los Penitentes porque la nieve blanda medía dos metros; en fin, que era una temeridad seguir adelante.

¿Quién decía lo cierto? ¿Habría algo de verdad en todo aquello o serían mentiras del posadero para obtener huéspedes?

Para poderlo saber era preciso seguir adelante.

Puente del Inca

Así que nos apartamos de la posada, la nieve empezó a aumentar de tal manera que pronto perdimos la huella de los transeúntes anteriores. El asunto se ponía serio; pero la nieve no medía arriba de setenta centímetros. Lo malo era que empezaba a soplar viento y amenazaba tormenta.

Todo fue bien hasta la Cruz de Cañas; pero allí para seguir adelante fue preciso bajar al cajón del río y, ya por el agua, ya por esta orilla, ya por la otra, vadeando el torrentoso Mendoza unas siete veces, conseguimos llegar al famoso cerro de Los Penitentes, cuya singularidad no pude apreciar por estar totalmente cubierto por la nieve.

Volvimos a tomar la huella y aquí empezó lo terrible. Las mulas se hundían en un metro veinte de nieve blanda, atascándoseles los cargueros y cayéndose de costado. No adelantábamos diez cuadras en una hora. Nieve, nieve por todas partes. Cerros de nieve, laderas de nieve, nieve en el cielo, nieve en el aire levantada por el viento y, allá abajo, como un hilo de almíbar por entre un merengue prodigioso, el cauce del Mendoza. En las curvas, la hilera de mulas colocadas en fila india, para aprovechar las unas la nieve comprimida por las otras, me parecía una procesión de hormigas negras entre un país de azúcar en polvo.

De pronto cae una mula al bajar una empinadísima cuesta. La caravana se detiene. Un arriero armado de un largo palo se adelanta hundiéndose en la nieve hasta la cintura y la ayuda a levantarse. Lo consigue y la fila se pone de nuevo en movimiento. Mi caballo no quiere adelantar. No llevo espuelas ni látigo; pero al fin, cuando parece que va a obedecer, da un enorme bote saliéndose de la huella y se encaja en la nieve blanda, sepultándose, a

punto de que solo surgían fuera mi busto y su cabeza. Es el palo del arriero que se ha quedado esperando su mula al paso lo que lo ha espantado. Quiero hacerlo salir de allí y da otro bote enorme, pero en buena dirección. Creo que voy a la huella, cuando el arriero, siempre con el maldito palo, se precipita a socorrerme, lo que enloquece al caballo, que a pesar del enorme esfuerzo con que lo tiro de la rienda, empieza a dar bote tras bote, llevándome en dirección al precipicio que vela la traidora nieve.

Por fin, con un tirón furioso, consigo detenerlo. Todos los arrieros me rodean, lo sujetan de la rienda, me apeo y, momentos después, pasado aquel incidente, vuelvo a montar... y sigue su curso la procesión.

Los botes del caballo me quebrantaron el cuerpo de una manera cruel y la emoción del peligro no dejó tampoco de hacerme mella; pero lo que más daño me hizo fue la ira que me produjo la torpeza del arriero del palo, causante de todo el alboroto de mi zaino.

El camino se hacía cada vez más penoso y parecía que no íbamos a poder seguir en las monturas. ¿Y cómo caminar entre aquella enorme cantidad de nieve con los trajes y, sobre todo, con los botines comunes?

Parecía que estuviéramos en un cementerio, en un estupendo mausoleo. Ni el menor síntoma de vida. Nada más que la pavorosa, la mortífera soledad blanca.

De pronto, del fondo de una quebrada, surgió un cóndor dilatando las imperiosas alas y brillándole al cuello sobre el negro ropaje el toisón de la nieve

Saludé alborozado como una manifestación triunfante de la vida al “calvo morador de la montaña”.

Por fin, tras de horas de esfuerzos penosos, de horas de angustia, pues el viento arreciaba, chicoteándonos el rostro con la nieve de una manera salvaje, avistábamos la posada de Puente del Inca, casi sepultada entre la nieve.

Descansamos un instante, no faltando quien creyera que lo peor había pasado y reanudamos, un tanto confortados, la terrible marcha.

La nieve cada vez era más blanda y espesa y cuando ya solo faltaban para llegar unos cuatrocientos metros, hubimos de naufragar. Gracias solo al tesón y al vigor del Sr. Ortiz para abrir huella con su valiente caballo, pudimos arribar a la posada.

Cuando bajé del caballo me pareció que había perdido las piernas. Tenía la cara una tercera parte mayor que de costumbre. La fiebre me devoraba. Me metí en cama.

Mi noche triste

En la posada no había con qué hacer fuego ni absolutamente nada qué comer ni beber. Sin nuestras escasas provisiones, allí nos morimos de sed y hambre. Bajo el techo de zinc, el frío era terrible y el aire, sin embargo, apestaba. Es que la posada no tenía *water-closet* y afuera la nieve lo tapaba a uno hasta el pecho. Había además otra horrible causa de pestilencia, que se reveló más tarde.

El patio era un cerro de nieve, en el que se habían practicado escalones frente a las puertas de los cuartos para poder salir. Horrorizado por aquel ambiente pavoroso y nauseabundo, conseguí al fin dormir. No habían pasado dos horas cuando un eco extraño, un quejido continuo me despertó. Era un arriero quemado por la nieve que ocupaba el cuarto vecino. Las carnes destruidas por la congelación se le caían a pedazos y, abiertas las coyunturas, la pestilente gangrena íbale suprimiendo uno por uno los dedos de los pies.

¡Qué frases, qué lamentaciones horribles las que el martirio espantoso le inspiraba al infeliz!

Toda la noche la pasé en vela oyéndole. El sudor me corría a chorros, el pelo se me erizaba de horror. Por más que me tapaba los oídos siempre le oía y no podía menos de pensar si me estaría reservada a mí igual suerte.

Cuando por fin aclaró el día, tomé mi valor a dos manos, y a pesar de la noche de pesadilla que acababa de pasar, resolví seguir la marcha hacia adelante.

Ortiz se despertó e interpeándonos a Sotomayor ya a mí, nos dijo: ¡Arriba!

–Yo no sigo, respondió don Gregorio.

–¿Cómo es eso? ¿Por qué?

–Porque estoy ciego, dijo el otro, que al responder no pudo contener un grito de dolor... y porque estoy con calambres a las piernas. Se me va la cabeza y tengo sudores fríos. Ha de ser la altura...

–¡Lino! Gritó Ortiz llamando a su sirviente de confianza y apareció éste con aire de esconder la cara avergonzado.

–¿Qué tiene mi amigo? ¿Qué le pasa?

–Es que estoy ciego, patroncito.

–Y los demás ¿qué hacen que no se levantan?

–Es que también están ciegos, señor.

–¿Y Juan Oro y mis peones? Pregunté yo.

–También están ciegos, don Julio.

La reverberación de la nieve y el humo producido por la leña verde de cuerno de cabra que habían encendido para calentarse les había producido aquella ceguera sin duda pasajera. Solo las personas que no se habían acercado al fogón, Ortiz, yo y Acosta, el dueño de la posada, teníamos la vista relativamente sana.

Ortiz no desmayó por esto. Acosta debía acompañarme a mí hasta el Juncal, y como yo desistiera de seguir adelante en tales condiciones, partiría con él y sus dos sirvientes ciegos.

–Me parece un disparate lo que va Ud. a hacer, le dije.

–No tengo más remedio que proseguir, me contestó; además soy muy fuerte, tengo la práctica de caminar en la nieve y conozco bien el camino y sus recursos en caso de peligro. Estoy seguro de poder pasar la noche entre la nieve sin que me suceda nada.

Aquella seguridad me dio fastidio, bien que se fundara en razones bien positivas; y como a mí lo que me imposibilitaba sobre todo la marcha era el no saber caminar en aquella enorme capa de nieve, quise hacer un ensayo y, sin decir palabra, me marché fuera de la casa y me eché a andar en dirección al puente. Lloré de rabia impotente. Me hundía hasta el pecho; las piernas se me pegaban al fondo como si fuera en alquitrán y al poco rato, solo diez minutos después, sudaba a mares, el corazón se me salía por la boca y apenas si podía respirar.

Convencido de que era ridículo que pretendiera seguir adelante, volví a la posada ya pronto para ver partir a Ortiz.

La cabeza cubierta por un gorro que parecía un casco negro con la celada levantada, el busto vestido por un poncho negro también, los pies entamangados, las piernas cubiertas con polainas de cordobán, un largo bastón de viaje en la mano, su bizarra figura se destacaba sobre la nieve con perfiles de heraldo. Lástima que los burgueses anteojos destruyeran un tanto la ilusión.

Mis arrieros y cabalgaduras estaban prontos para el regreso.

–Que Dios lo ayude, amigo, le dije despidiéndome y antes de montar a caballo me quité las antiparras azules y se las dí a Lino, cuyos ojos parecían dos llagas sanguinolentas.

En esto apareció llorando un hombre. Era uno de los turcos que corrían como cabras. A la mitad del camino uno de ellos se había helado y el otro, sin saber cómo prestarle auxilio, pues apenas si dominaba la mula, pedía que socorrieran a su compañero invocando todos los santos del cielo, cosa que al fin hizo uno de mis peones, cargando con él en ancas.

Ahora este lloraba desesperado porque habiendo llegado solo a Puente del Inca, pues su compañero quedó en Punta de Vacas, no se animaba a quedarse, a retroceder ni a seguir adelante. Por último, habiendo conseguido que lo entamangaran, se decidió a seguir.

Al apartarme de la posada del Puente del Inca suspiré hondamente, como si aquel fuera el sitio en que hubiese pasado las horas más amargas de mi vida.

¡Ay de mí! Si hubiera sospechado las de martirio que en el regreso me estaban reservadas, quizá hubiera preferido permanecer en aquel horrible sitio.

JULIO PIQUET

“Notas santiagueñas”*

Eustaquio Pellicer

“El país de la leña o sea un mes entre dos calores. Ardientes recuerdos de la revolución en Santiago. Moscas y mosquitos políticos y anti-políticos. La intervención a los cuarenta y cuatro grados. Agua por dentro y por fuera. En traje de circunstancias. Nombres imposibles. Preludio de algo mejor. (De los apuntes de otro reporter)”, *La Nación*, 2 de diciembre de 1892.

¡Uf! No hice más que escribir el nombre del pueblo del Sr. D. Absalón, y ya estoy sudando, como si me hubiera tomado un kilo de polvos de Dover.

Y es que vienen a mi mente las horas de terrible sofocación que pasé en Santiago, en ese bendito Santiago que llaman del Estero, debiéndole llamar *del achicharramiento*.

¡Cuarenta y cuatro grados a la sombra, caballeros! Básteles ese dato para compadecerme.

Cerca de un mes estuve allí, y cuando en ese tiempo no me he carbonizado, estoy asegurado contra incendios, pues indudablemente debo tener la condición de ladrillo refractario.

En cuanto estreché relación con la temperatura, les dije a los revolucionarios: “Pero, señores, ¿es posible que D. Absalón haya podido inspirarles esa rabia que le tienen? ¿Por qué, lejos de acordarle una recompensa, se levantan en armas contra él? ¿Cabe en un hombre que estime en algo su pellejo más abnegación patriótica que la de querer gobernar una provincia donde hace un calor semejante? Déjenle tranquilo en el Cabildo con el bastón de mando o con lo que quiera, que por grande que sea su autoridad no ha de valerle contra la acción crematoria de la temperatura. Es preciso que se convenzan Uds. De que aquí no puede gobernar más que Vulcano o Pedro Botero, el que gobierna las calderas del infierno; fuera de estos, no puede nadie pretender la plaza de gobernador sin aspirar al título de héroe cívico. ¿Que Rojas hace imposible la vida de esta provincia con sus proceder dictatoriales? Pues precisamente es lo que deben ustedes agradecerle, que les haga imposible la vida, porque de ese modo se mandarían mudar de aquí y se evitan morir de una insolación.”

Pero es de balde hablar en este sentido a los revolucionarios; creen de buena fe que el título de gobernador de Santiago es una ganga, y se entretienen en aquilatar las aptitudes del que les gobierna, para armarle camorra si no se las encuentran buenas.

De ahí que el espíritu de los santiagueños se haya acreditado de belicoso, y de ahí que resulte justificado lo de llamar a la provincia de Santiago el país de la *leña*, porque, en efecto, hay pocos que la prodiguen tanto sobre la superficie de su suelo y sobre las costillas de sus pobladores.

Causa de la temperatura elevadísima que se hace sentir en Santiago y su provincia, es la escasez de lluvia; este fenómeno meteorológico es allí poco frecuente; por general lo que más llueve son palos, en la capital principalmente.

* El 19 de octubre de 1892 estalló una revolución en Santiago del Estero contra al gobernador Absalón Rojas encabezada por partidarios de la Unión Cívica Nacional y las fuerzas modernistas. *La Nación* envió a Roberto J. Payró y a Eustaquio Pellicer a la convulsionada provincia para realizar la cobertura periodística de los sucesos. Mientras que el primero se encargó de las cuestiones estrictamente políticas, Pellicer publicó, ya de vuelta en Buenos Aires, una serie de crónicas descriptivas de la provincia donde sobresale su distintivo tono humorístico.

Se extrañan muchos de que se pasen meses y meses sin que caiga una gota de agua, y se extrañan más porque ven a menudo espesas nubes que parece natural que descargasen como lo hacen sobre otras zonas.

Yo me lo explico perfectamente: no es que las nubes no descarguen sobre aquella provincia; lo que sucede es que el agua que lanzan, con la fuerza del calor, se evapora antes de llegar a tierra. Más claramente dicho, que se secan en el aire los chaparrones.

A esto se debe que la agricultura esté allí tan poco explotada. Hay poca hortaliza, cereales, frutas; pero en cambio hay mucho quebracho colorado y muchas moscas.

De estas debo decir que son de lo más inteligente que he visto en el arte de fastidiar al género humano.

¡Con qué agilidad pasmosa le recorren a uno toda la cara y con que perseverancia procuran aburrirle!

Se posan en la punta de la nariz. Se las espanta con la mano y se pasan de un brinco a la mejilla. Se las vuelve a espantar y se trasladan a un párpado. Nuevo manotón que se les da y nueva mudanza que hacen a cualquiera de las orejas. Y vuelta a la nariz. Y torna a la mejilla. Y así sucesivamente, hasta que la víctima, montando en cólera y en el afán de aplastar al cargoso alado, concluye por darse cachetes a diestro y siniestro, y por ponerse la cara lo mismo que un queso de Holanda.

Esta lucha con las moscas se sostiene desde que el sol amanece hasta que se oculta, hora en que los mosquitos hacen su aparición en la escena, para entregarse a la tarea de taladrar el tímpano con su trompetilla, y toda la funda cutánea con sus punzantes picotazos.

En compensación de estas plagas que con el calor, las moscas y los mosquitos tiene Santiago del Estero, cuenta esta ciudad con un vientecito que es una maravilla para transportar tierra a través de la atmósfera, y para cegar gente.

Como si tuviera conocimiento, toma el polvo de la calle, lo junta en un remolino, se dirige en busca de un transeúnte y se lo coloca sobre los ojos, haciendo de ellos unos adobes impenetrables para la luz y creo que hasta para la reja de un arado.

Con la misma habilidad cubre el polvo la ropa, al punto de que, en los días que sopla fuerte, no es posible saber quien va vestido de luto, porque los trajes son del color del suelo. Las personas parecen de terracota.

No crean exagerado nada de esto. Dios y el Dr. Costa son testigos de que hablo como el evangelio.

¡Que les cuente el interventor, cuando regrese, la vida que ha hecho en Santiago!

Si ha sido hondo para él el problema político cuya solución le está encomendada, no lo fue menos el de sostenerse en su categoría de interventor, evitando descender a la de churrasco.

¡Vieran ustedes los prodigios de ingenio que tiene que hacer para defenderse de las inclemencias del clima!

En materia de vestimenta ha llegado al *summum* de la sencillez.

Empezó por abolir el saco para dentro de casa, y en las horas, por supuesto, que se desposeía su carácter oficial.

A la abolición del saco sucedió la del chaleco.

Luego fueron condenados al ostracismo los pantalones.

Después los botines y las medias.

Y por último la camisa de dormir suplantó a la de estar despierto, es decir, a la almidonada.

¿Que si no sufrieron modificación alguna los calzoncillos, me preguntan ustedes?

¿Cómo la iban a sufrir si eran de epidermis?

A poco que sigan las cosas así verán por allá al Dr. Costa, exteriormente, como acabado de descubrir por Colón.

Estas medidas radicales en la indumentaria, no completan la serie de las que ha tenido que tomar D. Eduardo para sustraer a la chamusquina su individuo, de suyo inflamable por la abundancia de vitalidad que le dieron el régimen y el buen trato; aún tuvo que adoptar otras de carácter frigorífico, con las que el hombre, mal que bien, logra seguir figurando en la lista de los vivos.

Dichas medidas son: las abluciones externas con agua de aljibe, y las internas con agua de naranja helada.

Para las primeras el doctor Costa tuvo que comprarse un baño, porque no disponía más que de un bocoy partido por la mitad, y no cuadraba ni a su categoría ni a sus dimensiones, una bañera de aquel género. La utilizó, sin embargo, porque decía, y con mucha razón, que cada vez que se veía metido en aquella cuba se figuraba estar en conserva.

Las segundas abluciones, y permítaseme la palabra, hacen del estómago del Dr. Costa algo como un depósito de papel secante, pues no es posible concebir que el cuerpo de una persona pueda contener la cantidad de agua que el doctor bebe al cabo del día. Yo, que no he conocido al señor interventor hasta que lo vi en Santiago, no me le podré figurar nunca sin un vaso de agua de naranja helada en la diestra y una pantalla de palma en la otra mano.

Les aseguro a ustedes que si digna de alabanza es la campaña brillante que está haciendo como interventor, tanto por la actividad que despliega, como por el acierto con que dispone, no le va a la saga, en mérito, el valor personal que demuestra, soportando una temperatura que en el lenguaje de los masones merecería llamarse “gran oriente”, por los grados que tiene.

Lo que he dicho de la vida que el interventor hace en Santiago, lo puedo decir de la de todos en este tiempo, pues no hay quien no lleve la misma, con la desventaja de no ser interventor, jerarquía que algunas comodidades concede.

Repito a ustedes que el calor estival de Santiago no se parece a ninguno por mí conocido, y que el *sol* que alumbra aquella zona equivale a un *la* en el pentagrama astronómico.

A mí me causó asombro y al Dr. Costa estupefacción, la siguiente dedicatoria que acompañaba a la corona de flores con que, según dije por telégrafo, había obsequiado una señora al interventor, en el momento de entrar éste en Santiago:

“Por el sol de libertad que brilla en este pueblo, después de nueve años de tinieblas, le ruego acepte esta corona.”

¡Calculen el flaco servicio que nos venía a hacer la revolución! Sobre el sol que alumbraba a Santiago en todas las situaciones políticas, nos traía en lo peor de los calores, el de la libertad. ¡Dos soles en un pueblo donde, con la mitad del que tiene, habría más que suficiente para declararle bien alumbrado!...

Confieso a Ud. que cuando me enteré del nuevo sol que nos venía a alumbrar, sentí las zozobras de la muerte, y en mi interior pedía al cielo que triunfase la causa rojista para que siguiese nublado el horizonte de la libertad, y me diera el gusto de disfrutar ambiente fresco, aunque solo fuera en metáfora.

Dejo demostrado, pues, que Santiago, por la faz de su clima es un pueblo que en la estación presente solo lo aguantan los cuerpos incombustibles.

De su faz política se ha ocupado en extensas cuanto detalladas correspondencias mi compañero de viaje reporticio Julián Gray, lo que me releva de presentar a Santiago por dicho lado.

Debo, sin embargo, subsanar una omisión que ha hecho mi colega, al no señalar como origen de todos los males que afligen a aquella provincia, esta circunstancia singularísima que se observa en su historia política:

De veinte años a esta parte ha sido gobernada por caballeros que tenían los siguientes nombres: don *Firmo* Unzaga, don *Sofanor* de la Silva, don *Absalón* Rojas y don *Maximio* Ruiz, siendo candidato para la gobernación futura don *Gelasio* Lagar.

¿Me quieren ustedes decir si con semejantes nombres se pueden hacer buenos gobernadores?

Yo pienso que no, porque soy de los que creen que el nombre debe ser apropiado a la profesión de la persona y un Firmo, un Sofanor, un Maximio, un Absalón y un Gelasio podrán servir para cualquier cosa excelente mas para gobernadores ¡jamás! Son nombres que debieran pagar patente para que se los tomase en serio.

Con todo el dolor de mi corazón he tenido, al ocuparme de Santiago, que empezar por lo que menos le favorece; pero a fuer de cronista imparcial, me vi en el deber de hacerlo así. Ya he dicho que ponía a Dios y al doctor Costa por testigos de cuanto afirmé, y ahora agrego que, en honor de la verdad, me tocó en desgracia ir por allí en la peor época del año. He de volver en invierno para describir el reverso de la medalla, aun cuando mucho me temo que no haya tenido tiempo de enfriarse.

En lo que me resta decir de Santiago, trataré su faz simpática, que la tiene y mucho, en la índole de sus hijos y en la calidad y cualidad de sus hijas.

Pero, dispéñenme de que esto lo deje para mañana, porque el sudor que me empezó a brotar al evocar estos recuerdos, ha ido en aumento a medida que fui alimentándolos.

No lo puedo remediar; me trasplanto con la imaginación a aquellos días, y, aunque es de noche, siento los rayos del sol como si estuviera en la plaza de Santiago a la hora de la siesta.

¡Ah, qué linda es la temperatura de Buenos Aires!

¡Oigo a todo el mundo quejarse del calor que hace y a mí me parece estar en la Siberia!

EUSTAQUIO PELLICER

“Notas santiagueñas. Ellos y ellas. Calles, plazas y edificios. Pinceladas”, *La Nación*, 5 de diciembre de 1892.

Continúo mi relato sobre Santiago del Estero; pero esta vez no me embroma el recuerdo de su temperatura como me embromó el otro día, porque, antes de tomar la pluma, he abierto de par en par dos ventanas que tengo cerca de mí, por las que entra un fresquito delicioso; he colocado junto al tintero un vaso de agua que es pura nieve derretida, y he colgado el saco de una percha, quedándome en mangas de camisa, en defecto de no poderme quedar en mangas de riego, que es lo que más convendría para hablar de Santiago, y a éste para no ser tan seco.

Dije que me restaba presentar a esa ciudad por su lado bueno, y que esto lo tenía en el carácter y condición de sus hijos.

En efecto, el santiagueño por su modo de ser esencialmente franco, noble, afable y generoso, compensa al que le trata en su suelo de las inclemencias de su cielo. El simple título de forastero con que uno se exhiba ante ellos, basta para conseguir su primera impresión de simpatía, y si además de ese título se le muestra el de amistad, entonces cuentan con que el santiagueño deja de pertenecerse para ser todo del que se le brinda como amigo y no economizarle afecto.

Enumerar las atenciones y agasajos de que me hicieron objeto los santiagueños durante mi estadía en la capital de su provincia, sería tan pesada tarea como la de contar las moscas que desfilaron por mis narices en el mismo espacio de tiempo.

Era un problema para mí el de quedar bien con todos.

Por término medio, cinco me convidaban a almorzar, diez a tomar café, veinte a refrescar, veintiocho a comer, y de cincuenta para arriba a pasear por la noche en la plaza.

Había dos: el Dr. Napoleón Taboada y Pastor Gorostiaga, que se disputaban llevarme a dormir a la casa de ellos; uno me ofrecía un catre hecho con tiras de cuero, el más fresco que puede apetecerse para dormir en Santiago, y el otro una cama *natural*, pero colocada en una habitación muy ventilada y junto a un hermoso baño de lluvia.

A los dos hube de complacer, y no me pesó, porque las noches que dormí en sus casas, ni el calor me hizo dar tantas vueltas, ni los mosquitos me hicieron dar tantos cachetes.

Tan solo un inconveniente observé en el catre hecho con tiras de cuero, y es el de que, como son estas tan duras, se meten por la carne y al cabo de algunas horas de dormir sobre ellas, el enrejado que forman se le queda a uno grabado en la espalda, convirtiéndola en tablero de ajedrez, o en plano de solar dividido en lotes.

De las condiciones intelectuales del santiagueño, no he de decir menos que de las sociales. Dado el medio estrecho en que viven, no pueden presentarse más adelantados bajo ese punto de vista.

Pablo Lazcano tiene una pluma que para sí la quisieran muchos escritores que gozan de renombre.

Al Dr. Argañarás con ser joven no le desearé nunca para abogado del que tenga que litigar conmigo.

El Dr. Napoleón Taboada, donde haya quien discurra bien y hable mejor, puede estar sin temor de desmerecer.

Absalón Rojas corta un pelo en el aire, y si me apuran mucho, medio pelo. Si el talento que ha gastado en la política, lo hubiera empleado en la astronomía, a estas horas sería el clima de Santiago mejor que el que dicen tenía el Paraíso, pues hubiera inventado el modo de suprimir el sol en verano, o el de ponerle dentro de un fanal de vidrio ahumado.

El Dr. José Bravo escatima las palabras, pero no escatima a estas la expresión de un buen concepto.

Pedro García es un oráculo con pantalones. Lo que ha de pasar lo predice y lo que predice se lo sugiere su buen sentido.

Mariano Gorostiaga pregoná todos los días en *El País* lo que vale de cráneo para adentro.

En fin, no he de citar uno por uno todos los que despuntan en Santiago por su capacidad intelectual. Resumo diciendo que entre los santiagueños abundan más los listos que los lerdos y que entre los listos escasean más los funcionarios públicos de alta categoría, que los simples ciudadanos, consecuente la política de allí con su sistema de poner a flote las máspreciadas nulidades que produce la provincia en el *ramo* de personas.

Está dicho lo que reservaba para el sexo feo; toca el turno al otro sexo, del que poco diré para presentarle, porque no ha menester de muchas palabras la descripción de él en lo que atañe a sus méritos.

La mujer santiagueña, en cuanto a facciones, tiene las que más pueden atraer a nuestra simpatía: buenos ojos, griego perfil de nariz, diminuta boca, abundante y negra cabellera, cutis interesante color trigueño, y busto modelado con los lineamientos del más perfecto tipo criollo.

La expresión risueña que anima su semblante, la ingenuidad de su palabra y lo amable de su trato, la completan en lo que necesita para agradar a todos y hacerse querer de muchos.

El club social en sus frecuentes reuniones, congrega a lo más selecto que en el gremio femenino tiene Santiago, y aseguro a ustedes que con ser tan elevada la temperatura que en esas reuniones se experimenta en la estación presente, los hombres de todas las edades acuden a verlas y a bailar con ellas, teniendo en más el gusto de recrearse con su presencia, que el peligro de morir asados con cuero y con ropa.

Para terminar lo que de Santiago me proponía decirles, haré una rápida reseña de lo que a la ciudad concierne.

Santiago está visto con recorrer cinco cuadras de las calles que afluyen a la plaza Libertad, que es la que marca el centro.

Esto da idea de sus pequeñas dimensiones.

En la plaza citada están los edificios mejores de Santiago, que son: la catedral, elegante en su exterior y humildemente vestida interiormente; el Cabildo, que por fuera tiene un buen aspecto, y por dentro el de una casa de hace medio siglo; la Corte de Justicia, colindante con el Cabildo, de moderna y elegante construcción por fuera y por dentro, y los edificios que ocupan el Banco de la Nación y el de la Provincia.

Fuera de la plaza, pueden mencionarse como buenos los edificios de las escuelas normales, los conventos de San Francisco y de la Merced, y cuatro o cinco *chalets* muy lindos de particulares.

Sobre el río Dulce, que es el que pasa por Santiago, hay a dos kilómetros de la ciudad un puente que mide la extensión de mil ochocientos veintitrés metros, el segundo que hay de más importancia en la República, pues solo tiene delante el de Santo Tomé que atraviesa el río Salado en una longitud de 2.050 metros.

Digno de citarse como una curiosidad de Santiago, es el hecho de alumbrarse con luz eléctrica habiendo tenido como sistema de alumbrado anterior a ella, el del aceite de potro.

En materia de progreso, no cabe salto mayor.

¡Y con qué magnificencia de materiales se hizo la instalación!

En cada bocacalle hay cuatro enormes arcos de hierro que sostienen una bombita de esas que alguien llamó *berenjenas eléctricas*.

Yo me resistí a creer que tales arcos de hierro, capaces de resistir cada uno la catedral con todos sus feligreses, hubiesen sido hechos para soportar un peso tan pequeñísimo como el de las bombas aquellas; pero me convencieron de ello personas que conocían la instalación desde su proyecto, y mi preocupación se redujo desde entonces a pensar la clase de soportes que hubiera puesto el ingeniero que dirigió la instalación si se trata de sostener una cosa con más peso. No hubiera bastado todo el hierro del mundo.

¿Y qué decir más de Santiago?

Pues nada; que le barren las calles con ramas de árbol, que la industria zapatera está perdida, porque toda la gente del pueblo anda descalza, y que tiene dos estaciones de

ferrocarril: una la de la línea directa a Córdoba, y otra la de Sunchales, que llega hasta Tucumán.

Para final de esta crónica, que acaba con mis notas sobre Santiago, creo oportuno hacer la siguiente invocación al Altísimo: “¡Si es tu voluntad que sea reporter viajero, y que haya revoluciones en Santiago, procura, oh Señor, que estallen en invierno!”

EUSTAQUIO PELLICER

“Notas Correntinas”*

Julián Gray (pseud. Roberto J. Payró)

“Notas correntinas. El Alto Uruguay. Situación política. Ligeras consideraciones sobre costumbres. Las autoridades y su sistema. Algunas observaciones”, *La Nación*, 21 de febrero de 1893.

Dejemos lo pintoresco para más tarde. Hay como un deseo de tristeza cuando se habla de Corrientes, tan unida a Buenos Aires por sus aspiraciones y sus desgracias.

Un viaje por el Alto Uruguay, en épocas como la presente, no puede dejar de ofrecer tema fácil para entretener al público; pero antes de emprender su desarrollo hay que dar salida a las melancólicas reflexiones que sugiere una prolongada estadía en esos parajes.

Mientras se está en Corrientes parece que un nudo aprieta la garganta. ¡Cuántas cosas se ven, cuántas se oyen, y qué triste y amarga es la impotencia! Se reflexiona, se mide lo que pasa, y luego se vuelve la mirada alrededor para escudriñar qué culpa tienen los correntinos para llevar sobre sí esa especie de maldición que ha tanto los persigue. Y se recuerda la poesía de Hugo, aquella en la que los buenos son el yunque en que martilla la suerte para forjar una raza más perfecta que la nuestra...

Permítase, pues, que demos suelta a nuestra pluma, haciendo una triste introducción a trabajos más amenos. Alguna vez el cronista puede hacer su gusto, sin considerar mucho el ajeno.

Quizás lo que se diga aquí no sea nuevo, pero es verdadero; por lo menos tal ha aparecido a los ojos del que escribe, y por tal lo tiene. Ligeros apuntes sobre costumbres, hechos y cosas, si no tienen pretensiones tienen en cambio buena intención.

Y...pasemos.

La provincia de Corrientes, en las comarcas que riega el Alto Uruguay y que cruza el Ferrocarril Nordeste Argentino, está lejos de haber alcanzado social, industrial y comercialmente el progreso en que otras provincias argentinas cifran su orgullo; pero sin embargo debe hacerse notar desde luego que no se halla sumida tampoco en el atraso y hasta la barbarie en que algunos la creen o aparentan creerla. Muy lejos de eso también. Pueblos como Libres, Santo Tomé, Caseros, Curuzú Cuatiá, etc., con su abundante núcleo de población, sus hospitalarias costumbres, su sociabilidad formada o en buen camino de formación, bastan por su aspecto solo para hacer renacer la confianza en el espíritu peor preparado. La generalidad no lo cree, y hay quien siente la carne de gallina a la sola idea de hacer un viaje por aquel territorio que la imaginación popular se pinta cubierto de inextricable bosque, asilo de bestias feroces, de víboras ponzoñosas y de gauchos alzados, ladrones y asesinos, cuando no de indios del Payubre, semi-desnudos, con la cabellera hasta la cintura, de figura siniestra y más siniestras intenciones.

¡Ay, no! Si alguien se oculta entre los árboles, lejos de todas las miradas, ajeno a todo trato con los hombres, no es ni el cuatrero, ni el asesino, ni el indio feroz. Esos tienen más cómoda existencia. La ocultación no es para acechar la presa; y si se acecha es solo para estar pronto a la huida cuando aparezcan las partidas volantes de las autoridades

* Esta serie de tres crónicas corresponde a la gira periodística que realizó Roberto J. Payró con motivo del alzamiento revolucionario liderado por cívicos nacionales, que tuvo lugar en la provincia de Corrientes, a fines de diciembre de 1892, durante el período presidencial de Luis Sáenz Peña, marcado por una fuerte oposición e inestabilidad política.

gubernativas, y cuando se oiga el rumor de los sables oficiales y se tema otra vez por la libertad a tanta costa mantenida.

No es el paisano correntino el ente sanguinario, brutal y carente de ideas morales que roba, viola y degüella llevado de su instinto. Si bien no es perfecto, si bien la ignorancia enturbia su cerebro, no tiene razón de ser tal. Se sabe la historia de su raza, y eso basta para comprender cuáles son sus costumbres y cuál su atavismo, que se presentarán más claros aún si se tiene en cuenta que desde la supresión de las misiones jesuíticas, la educación de las clases bajas ha disminuido en vez de aumentar. Blando y sumiso con sus superiores, tiene la necesidad de sentir esa superioridad para acatarla; pero aún cuando no la sienta, es incapaz del crimen, y en épocas normales puede cruzarse la campaña entera sin un arma a la mano, o pasearse en iguales condiciones por los suburbios de aldeas o pueblos, sin temor de ser incomodado. Solo un caso extremo, solo una excepción podría oponerse a esto, pues el que escribe ha notado que todos los relatos de salteos a mano armada, que se le han hecho como cometidos en épocas normales, son ya de muy larga data; los demás se refieren a momentos de agitación revolucionaria, cuando las pasiones se desbordan y no hay freno que las detenga sino incentivos que las provocan. Indiscutiblemente esto obedece en lo remoto a la organización dada por los misioneros a sus colonias: la mansedumbre, la sujeción y hasta la explosión demasiado violenta cuando la valla se rompe. Ciertamente que el paisano juega y porque juega riñe: son dos cosas que van estrechamente ligadas en las costumbres de los hombres incultos; cierto también que esa misma pasión es provocadora del hurto; pero esto no puede llevar en ningún caso a juicios excesivos, puesto que ocurre en las ciudades lo mismo que en las pampas. Sin embargo, excepcional es un robo de peón a patrón; y mucho más excepcional un asesinato alevoso cuando no se trata de hacerlo servir de medio para la conservación del poder, circunstancia que se verá más tarde.

Pero, con todo esto, la mala fama de la provincia existe, y en ello tienen culpa sus autoridades pasadas y presentes y el hecho notorio de que solo se vuelvan hacia ella las miradas cuando está convulsionada y por lo tanto fuera de equilibrio.

Sus autoridades, huérfanas de opinión, sin un solo punto moral de apoyo, buscan una apariencia de la una y de lo otro, valiéndose de los medios de fuerza y de terror que el poder pone a su alcance; y al cometer las abominaciones que todo el mundo conoce, si bien influyen directa y decisivamente sobre las masas, cimentando su usurpada soberanía hasta alguna otra tentativa infructuosa, hacen aparecer a Corrientes como semi-bárbara. El pueblo bajo, por su parte, cuando harto de sufrir saqueos, grillos, barras, azotes y hasta ejecuciones sumarias, se levanta a la voz de sus caudillos, lanzando el grito vengador y se desborda, contribuye también a ese triste renombre, pues suele presentar casos análogos, aunque más alejados y menos abundantes. Pero esto es solo en las circunstancias señaladas, y sería injusticia edificar sobre ello una regla general, puesto que en tiempo de guerra no es extraño constatar desmanes semejantes ni aun en las naciones más civilizadas.

La instrucción escolar es nula, pero el correntino tiene buenas dotes intelectuales y solo le falta para levantarse a mayor nivel un poco más de libertad, cedida por gobernantes y patronos.

Sus clases elevadas dan al país hombres de verdadero valer, y en los pueblos antes citados –y cuyo nombre pocas veces se escucha en la gran capital si no es con motivos de atropellos, vejámenes o convulsiones políticas– se encuentran núcleos que les hacen honor. Los que los forman son por todos queridos y respetados, y eso bajo muchos puntos de vista es una prueba de que la civilización ha dejado caer su semilla en tierra fértil: no es bárbaro el que sabe respetar el saber y las buenas intenciones.

Pero... la semilla no ha germinado aún: le falta la lluvia benéfica de la escuela, y la labranza de las vías de comunicación, ese ancho surco civilizador y fecundante. El ferrocarril antes citado y la poderosa arteria del Uruguay no bastan, e inmensas zonas de territorio quedan casi por completo aisladas. Cuando ambas cosas vengan, se verá cambiar de aspecto, como por encanto, a la provincia de Corrientes.

Otra causa que hace a las costumbres correntinas reflejarse con tintes sombríos, es la continua lucha a que están obligados los que habitan esas comarcas. Las persecuciones de la autoridad, los reptiles ponzoñosos, las fieras, los anchos ríos, los bañados inconmensurables, todo contribuye a hacer que el paisano mire la muerte con desprecio, y endurezca su cuerpo hasta un grado increíble. Es célebre por su *aguante*, y llega a decirse que, cuando herido, no muere a las veinticuatro horas, se puede estar seguro que no morirá.

Se cuentan casos –que es posible consignar aquí, y que dejamos para más tarde– que llegan a hacer sonreír al menos incrédulo, a pesar de que se repitan a cada instante. Así, no temen el combate ¿y cómo temerlo, si toda su vida es lucha?

Pero, mírese al correntino en otro centro, en el ejército, por ejemplo, donde tiene fama de bueno e inteligente soldado, aunque con demasiadas tendencias a la libertad, que lo hacen desertar a menudo. ¿Está allí el hombre salvaje?

Si se quiere penetrar en los efectos de la acción gubernativa, fuerza es detenerse en estos puntos de primordial importancia. Sin conocer el medio es difícil darse cuenta exacta así de los hechos como de los sistemas. Por eso habremos parecido minuciosos, aun cuando estamos lejos de haber consignado todas las observaciones que provoca un campo de estudio tan vasto y tan nuevo.

Y esa acción gubernativa es digna también de atención continuada, por lo excesivo de su modalidad, que la aparta de los otros gobiernos, como el de Buenos Aires, por ejemplo, aunque se rija en principio por la misma norma: “inmunidad para el amigo, todo el rigor de la ley para el contrario”.

Al decir esto hemos presentado en concreto el estado político actual de la provincia de Corrientes, que nadie desconoce, pero con toda inutilidad por desgracia.

Las autoridades están en su mayoría representadas por hombres sin medios de vida, que toman los puestos públicos, salvo rarísima excepción, como palanca para levantar fortunas. Apenas si figura en los círculos gubernistas del Alto Uruguay, una media docena de hacendados que posean arriba de cien vacas, ¡mientras que la revolución está representada por todo lo que la provincia posee como saber, industria, fortuna y nombre! Así no es extraño, sino lógico, el abuso y el escándalo.

El mismo general Díaz tuvo que intervenir en un caso en que el juez de paz de Curuzú-Cuatí quería a la fuerza vender justicia a un pobre hombre que la demandaba gratis, como era su derecho. Y esto se hacía ante un general de la Nación, en presencia de distinguida oficialidad de nuestro ejército, y estando allí los enviados de los principales diarios de la capital... ¡Qué no será después!

Los recientes hechos de Mercedes presentan la cuestión bajo otro aspecto, y por desgracia vemos tomar parte en ellos a un jefe de la Nación con mando militar. Allí ya no se trata de los bienes sino de la libertad de las personas. Porque se sospecha que se conspira, o porque se ve que el pueblo no está bastante aterrorizado, se aprehende a lo mejor y más prestigioso de la población, con lujo de poder y de atropellos, se hace de gobierno nacional interviniendo el telégrafo, se veja y se engrilla a algunos de los presos, se echan puertas abajo...

¿Son extraños estos sucesos en Corrientes? De ningún modo: son la cosa más natural. Ahí también la libertad personal está, porque sí, supeditada a las autoridades, como acabamos de decirlo. Ellas se arrojan el derecho de encarcelamiento preventivo, como el de movilización de la guardia nacional. Crean estados de sitio *ad usum delphini* (Ruiz – Vidal). Arrancan a los pobres paisanos de su trabajo productivo. Hacen huir de los pueblos a los que tienen donde guarecerse. *Amontan* a los infelices. Se hacen una policía de voluntarios a la fuerza. Y cuando han despoblado atemorizando, cuando lloran todas las mujeres de las poblaciones sus padres, sus hermanos, sus esposos o sus hijos ausentes o amenazados, entonces duermen tranquilas, guardada su puerta por la más *fine fleur de gibet* que han encontrado en el departamento y cuyos pecados han sido perdonados por ellos...

Aquellas inauditas atrocidades de Saladas, del muchacho enterrado vivo, del niño asesinado últimamente por una partida del coronel de G. N. Acuña, ¿de quién emanan sino de ellas, ejecutoras, instigadoras o inspiradoras? ¿Y dónde está el castigo?

Eso es parte de su sistema político, sencillo si los hay. En tiempo de elecciones, gracias a ese *amansamiento*, no tienen otra cosa que hacer que enviar instrucciones y boletas a cada juez pedáneo. El se encarga del resto. Cita a todo el paisanaje, arenga a los mansos, amenaza a los ariscos, y acaudillándolos con su correspondiente escolta de confianza y bien armada, los lleva al matadero, es decir, al comicio, y allí les reparte las boletas, y los fiscaliza, y no los deja hasta ver que el triunfo ha sido del excelentísimo señor gobernador de la provincia...

¡Ay del que se niegue, si no tiene poderosos protectores y asilo seguro en uno de esos grandes establecimientos cuyo asalto está reservado para las circunstancias solemnes! Ese no tiene recurso. Ha de *amontarse*, ha de penetrar en lo más recio y enmarañado del bosque, sin provisiones, a la buena de Dios, confiando quizás en las *achuras* que le proporcione algún vecino caritativo que no tema mucho comprometerse. Y allí estará días, semanas, meses, hasta que se *les pase la rabia*. Y allí hay hoy cientos de infelices, desnudos, hambrientos, con un lazo en la garganta, apretado el corazón...

Pero “la rabia” no se les pasa tan pronto. Vuelve el triste fugitivo un día. Está tranquilo, nadie lo incomoda un mes, dos meses, un año... Pero en cuanto se produce una conmoción – farsaica o no– en cuanto corren rumores de que algo grave va a ocurrir, ya el que se *amontó* puede tener segura la paliza, o los grillos, o la barra!...

La consecuencia nace de por sí: la barbarie está en las alturas, y con su sistema las masas se retraen, el pensamiento se adormece en ellas, y cada vez se hace más difícil la reconquista de derechos y garantías. ¡Cuántos años pasaron entre uno y otro inútil estallido popular! Y... ¡cuántos pasarán!

¡Y ocurre pensar en lo fácil que hubiera sido volver a su quicio a la pobre Corrientes! Hombres tiene, es lo que sobra. Ocupan excelente posición, pero no se negarán a servir a su provincia aun a costa de sus intereses. ¿Acaso la última demostración no les cuesta incomodidades, peligros y capitales también?...

Pero esto no se hizo, y las probabilidades están en contra de que se haga, pese a la justicia y la opinión.

No merece Corrientes esta desgracia. Hemos tratado de demostrarlo al hacer un esbozo de aquel gran pueblo, al que calumnian los hechos de sus gobernantes. Sin embargo, acaba de sentenciarse su pleito:

La provincia generosa que tantas veces dio su sangre al país, y que la dota de tantas inteligencias de primer orden, seguirá figurando como semi-bárbara a los ojos del mundo civilizado.

Hay ingratitudes infinitas.

JULIÁN GRAY

**“Notas correntinas. La acción de la mujer. Valor cívico. Anécdotas al pasar. El justo medio”,
La Nación, 23 de febrero de 1893.**

La mujer desempeña en Corrientes un papel importante, aun cuando no tome parte activa en la política ni actúe en ella sino reflejamente por su blando y subyugador influjo en pro de su tendencia hacia el ideal.

Sin embargo, se la ve más decidida que la mujer de otras provincias, como que la generalidad llega a usar, muda profesión de fe, los colores del partido a que ellas o sus familias pertenecen. Es indudable que de esto a la acción no hay más que un paso; pero justamente ese paso es el más difícil.

¿Se dará? ¿No se dará? Cuestión que si agita a las parisienses, tiene muy sin cuidado a las correntinas.

Limítanse a su protesta calurosa en el hogar o en el salón, pero la idea de emanciparse, de luchar, de dirigir, no ha turbado aún su sueño. Quieren, y es lógico, que las tormentas de la calle y del campo no repercutan hasta la alcoba, y en el deseo general de paz, de libertad y de dicha, ansiarían cooperar en la obra regeneradora, en todas las formas, de todas maneras. Sus cintas lo señalan, sus palabras lo afirman y sus hechos lo prueban.

Se ha hablado largo tiempo de la belleza de las correntinas, como de la belleza de las paraguayas. He visto mal, soy muy exigente, o esa creencia no tiene razón de ser. Agradables, atractivos, con su tez morena más acusadora de vitalidad que la clorótica de paraguayas y brasileras, tienen lindos ojos negros, cabello también negro y abundante, mano bien formada.

Sus facciones rara vez son regulares, y no se encuentra en la mayoría ese tipo general de belleza inocua tan abundante en Buenos Aires por ejemplo. Morenas, no tienen el tipo andaluz, ideal en esa coloración del rostro; no hay la gracia en ellas, ni la movilidad, ni aun la casta desenvoltura que constituye tan fuerte incentivo a la pasión...

—Y Uds. perdonen, señoras, mi falta absoluta de galantería. No puedo mentir, y eso es lo que he visto. Sin embargo, no se quejen. Hay muchas excepciones, debo confesarlo, y las que me lean pueden adjudicarse una cada una. Así todos quedaremos en paz y satisfechos.

Se ha abandonado por completo el uso del traje blanco tradicional, y la modista, siempre tiránica, tiene también dominio allí. La ropa talar, como campo de nieve, suelta, indiscreta y casta al propio tiempo, desapareció con las costumbres patriarcales. Ya no se ve pasar por las calles asoleadas la “criatura bella blanco vestita”, el cabello renegrido cayendo por su espalda que cubre el pañuelo de encajes. ¡Oh, aquel traje primitivo, tan lleno de poesía y que solo nuestro Guido cantó al pasar!... Ahora es París quien dicta su voluntad, ahora las ricas telas de colores han conquistado posiciones de su modesta competidora.

Como Tartarín, convencido en los Alpes de que ventisqueros y avalanchas no eran más que *trucs* de las compañías inglesas, se convence uno visitando nuestro país de que ya desapareció lo *nuestro* bajo disfraces más o menos bien llevados y atractivos. ¡Con cuánto gusto se daría entonces un traspié que demostrara lo contrario!

Pero no se crea por esto que la correntina está desprovista de gracias. En las clases elevadas, en las que la intemperie no hace estragos, en que ese sol rojo, casi tropical, no

tuesta y apergamina la cuidada tez, hay tipos adorables, mujeres de ojos de fuego y largas pestañas, como hay bocas provocativas, naricitas picarescas y mejillas que desearía la Tigre Packing y C^a para anunciar sus productos. Pero en las clases bajas, lo repito, una mujer regularmente bonita es un milagro.

Sin embargo, no se llega al grado de fealdad que en el Paraguay y en algunos puntos de Brasil. Sobre todo la vejez no se muestra con caracteres tan repulsivos. La destrucción por ella operada con mano implacable, como si quisiera borrar hasta el recuerdo, y que hace de las ancianas paraguayas algo así como una momia que anda y en la que solo los ojos han resucitado, no es tan completa en Corrientes. Hay en la matrona correntina efluvios de juventud, y la mujer del pueblo no deja de ser mujer aun en el derrumbamiento de sus gracias, que no es tampoco tan rápido ni tan prematuro.

Algún fisiólogo dirá que esto depende solo de que el clima es menos riguroso y más sólida la alimentación; pero yo no lo diré: está bueno materializar a la mujer en los libros de ciencia, ¡pero en un artículo de diario!...

Ahora, para seguir con lo primero, sin recurrir a citas de autores –que no faltan– por los cuales está probada la influencia del medio ambiente, de la raza y aun de las dotes físicas de la mujer, en su modalidad exterior e íntima, miremos a la correntina bajo su aspecto más simpático y noble: el de su participación en las desgracias de la provincia en que ha nacido.

Nunca una queja, nunca una lágrima en los momentos amargos en que el padre, el esposo, el hermano toman el rémington para ir a defender a sus libertades. En los ojos un velo de tristeza, una nube en la morena frente y una congoja en el corazón... Después en la soledad ¡quién sabe! Yo juraría que lloran, y más por el peligro de la patria que por el de los seres que les son caros.

–En horas de peligro, la mujer correntina no teme: se la ve ostentar sus opiniones, sin flaqueza, con orgullo.

–¡Cómo! Preguntaba yo a un revolucionario en Mercedes ¿Cuando ustedes emigran o se ocultan perseguidos, dejan a sus esposas en sus casas?

–Si, señor.

–¿Y no temen que se las insulte, que se las falte, que se abuse de su debilidad? ¿Quién las defiende cuando todos huyen?

–¿Y ellas? Me contestó.

En los últimos sucesos de Corrientes ha quedado retratada el alma de las correntinas. Llevan preso en Mercedes al jefe del Telégrafo Nacional, pero no antes de oír amargas y sangrientas verdades de labios de su esposa. Van a tomar en su casa a un comerciante que se niega a abrir la puerta. La esposa, desatentada, sale por los fondos, desgredada, mal vestida. ¿Huye? ¿Va a ocultarse? No. Busca al general Díaz, da con él, cuéntale lo que ocurre, firme, dueña de sí misma, y concluye con energía:

–Yo creo, señor, que el ejército nacional está aquí para que esas cosas no sucedan...

Un caballero revolucionario tiene un amigo, también revolucionario, pero que defeccionó. Cierta noche, a eso de las ocho, este último golpea a la puerta del primero.

–¿Quién es? Pregunta la señora.

–Soy yo, Fulano. Abra que quiero hablar con su marido.

–¿Abrir? ¡Qué esperanza!

–¡Si yo soy Fulano! ¿No me conoce, señora?

–Pues por lo mismo no abro. ¡Quien cambia de partido no puede tener amistades!...

Y el amigo, en efecto, iba a prender al dueño de casa...

Como estas anécdotas, mejores que estas podría relatar cien. ¿Pero acaso no basta ese puñado para acusar el carácter de las correntinas, como un rasgo de Rembrandt acusaba las formas de una figura en sus aguafuertes?

¡Qué amigo y qué enemigo! ¡Qué fortaleza de espíritu y qué patriotismo verdadero! Parece como que las mujeres de la reconquista hubiesen ido a refugiarse allí.

Estoy por creer que los gobiernos opresores tocan a su fin. El bello sexo hace el vacío a su alrededor, y él puede mucho. Como el actor que disgusta a las damas y ve solitario el teatro desnudo del adorno femenino que atrae por sí solo, que es tiránico y absorbente, los mimos del gobierno aunque hagan papeles de tirano, se quedan sin público cuando la mujer los odia. Ese predicador suave y amoroso del hogar ¿no será la gota que orada la piedra?...

Cuando los niños de hoy lleguen a hombres aleccionados por las máximas del hogar, por las conversaciones que escuchan, por los ejemplos que ven, tendrán que robustecer la acción de sus padres, y si llegan al poder no podrán olvidar jamás la caliente frase con que la madre indignada fustigaba al opresor, perturbador de la tranquilidad doméstica y conculcador de las libertades públicas. Y teniendo fija en la conciencia esa dulce mirada ¿querrán que otras madres fulminen con su indignación e inculquen en sus tiernos hijos el odio patriótico hacia ellos?

La acción de las correntinas no ha pasado de ahí por fortuna. Ese hermoso adorno sería un defecto de otra manera. No han llegado a ser amazonas terribles, ni parisienses politiqueras. Pero como la mujer romana, como la mujer griega, ocupan el justo término medio que las hace defensoras de su ideal en el hogar tantas veces intranquilo. No habrá entre ellas una Marpesia, pero indudablemente hay más de una madre de los Gracos.

Una distinguida dama me preguntaba:

—¿Cuántos enviados especiales tiene *La Nación* en Corrientes?

—No sé a punto fijo, Pellicer, yo, quizás algún otro.

—¿Tiene corresponsales también? Sí, he visto. ¡Cuánto debe gastar con esos inmensos telegramas y esos continuos viajes!

—Mucho, efectivamente.

—Entonces, y ya que se muestra tan propicia a nuestra revolución ¿por qué no le dice Ud. que retire sus enviados y nos mande unos cuantos fusiles que nos servirán mejor?

La frase no era galante para nosotros —¿verdad, Pellicer?— pero vale la pena de ser transcrita.

Es un toque, una pincelada que retrata de cuerpo entero uno de los factores más importantes de la revolución o evolución futura.

JULIÁN GRAY

“Notas correntinas. Los pueblos del nordeste Caseros, Curuzú Cuatiá, Mercedes. Paso de los Libres. Apuntes al vuelo”, *La Nación*, 27 de febrero de 1893.

Tampoco se tiene por aquí muy elevada idea de los pueblos del nordeste de la República, y muchos hay que los creen insignificantes rancherías donde todo falta, hasta la población.

Contribuye a esto lo poco que de ellos nos hemos ocupado, y la falta de libros de enseñanza que llenen verdaderamente su misión. Poco amantes de otra geografía que la práctica, nos limitamos por lo general, en ese ramo, a lo que se aprende en las escuelas, y he

podido notar en textos que aún hoy se usan y que son modernos, errores y omisiones graves, que naturalmente dan una falsa idea de lo que son las provincias.

Así, por ejemplo, en las *Lecciones de geografía arregladas al programa oficial para las escuelas comunes*, por Benigno T. Martínez, libro cuyo método y claridad han valido a su autor merecidas voces de aliento y cartas de hombres como el Sr. Francisco A. Berra, se lee lo que sigue:

“Corrientes tiene pocas poblaciones importantes, pero pueden citarse Goya sobre el río Paraná; Paso de los Libres, sobre el Uruguay, y Monte Caseros, término del Ferrocarril del Este.”

Ahora bien, dejando a Goya de lado, hay dos pueblos en el este de la provincia más importantes que Paso de los Libres y Monte Caseros, y son Mercedes y Curuzú Cuatiá, cabezas de los departamentos del mismo nombre, que son los que dan más crecida renta a la provincia.

En Mercedes termina el ferrocarril que parte de Caseros y que un día unirá el Uruguay con el Paraná, y de allí salen mensajerías para los diversos puntos de la provincia, en cuyo centro está edificada; tiene numerosa población, una hermosa plaza, edificio municipal, el plantel de una iglesia de tres naves, sucursal del Banco de la Nación, comercio fuerte, calles bien conservadas, buen club y un aspecto exterior mucho más agradable que Caseros, de la que es superior por su comercio, su producción y sus habitantes.

En sus alrededores abunda la piedra que se utiliza en construcciones, aunque no en la escala a que su abundancia parece invitar, y la empresa del ferrocarril ha tenido –para tender sus líneas– que llevar a cabo inmensos desmontes, de gran costo, a pico y a dinamita. Ya esa piedra va hasta Caseros donde se construyen casas con ella.

La agricultura, como en toda esa parte de la provincia, está todavía en barbecho, pero se hacen tentativas que auguran una vasta explotación para más tarde. En cambio la ganadería ha alcanzado verdadera importancia, y los saladeristas de Entre Ríos no son los menores consumidores de sus productos, que pasan también a la otra banda del Uruguay.

No es aventurado esperar para Mercedes un risueño porvenir cuando renazca la tranquilidad perdida, y vidas y haciendas no estén en zozobra continua, a la merced de quien tiene el poder en la mano. Aquella preocupación que solo daba importancia a las poblaciones en que terminan las líneas férreas va desapareciendo, con la experiencia, y cuando el ferrocarril de Caseros a Corrientes esté terminado, Mercedes será más de lo que es hoy, pues tendrá más mercados fáciles para sus productos. Los pueblos que tienen elementos de vida van adelante, y no deben fiarse mucho hoy por hoy, en aquellos ferrocarriles, cuyos carísimos fletes restringen su acción y los hacen casi inútiles para lo que no sea transporte de pasajeros.

Mercedes tiene una sociabilidad muy caracterizada. Hay allí viejos apellidos y familias que los llevan muy dignamente. He notado en sus mujeres mayor y más seria elegancia que en la mayoría de los pueblos de Corrientes que he visitado, como también más celoso deseo de formar una sociedad sin tacha de cuyos miembros nada hay que decir.

Pero, como es lógico, en estos tiempos las reuniones son escasas: no están los ánimos preparados para diversiones, y como la mujer toma tanta parte en las generales desgracias, los salones están desiertos, mudo el club, la plaza sin paseantes. El hielo se rompió a la llegada del jefe militar de la línea del Uruguay y de los oficiales del 11° de caballería, pero más por agasajarlos que por el placer que las reuniones causarían. Lo prueba el hecho de que lo que se hizo una vez no volvió a repetirse.

¿Es más importante Curuzú-Cuatiá que Mercedes? No lo resolveré yo, por cierto, aunque me incline más a la primera, pues he creído notar un poco de celos entre los habitantes de una y otra ciudad. Sin embargo, Curuzú-Cuatiá tiene mejor aspecto, y si su población no es mayor –creo que lo será– por lo menos lo parece.

Muchas casas de comercio, algunas de importancia, edificio municipal de reciente construcción, una iglesia bastante original edificada frente a la plaza, y que se ve desde muy lejos, por su ubicación en una altura, viniendo en el tren de Mercedes, una hermosa plaza, con una estatua de la Libertad sobre una elevada columna, calles con pasos de piedra en las esquinas, y muchos buenos edificios particulares. Tiene también una sucursal del Banco de la Nación que da buenos resultados. Y aquí cabe decir, para justificar más la aseveración de que Mercedes y Curuzú-Cuatiá tienen más importancia que Caseros, que el movimiento bancario de ambas poblaciones es con mucho superior al de la última.

Nada de extraordinario presenta Curuzú-Cuatiá, a no ser sus veredas, unas veredas erizadas, terribles, como no he visto otras. Las piedras cenicientas y desiguales que las forman, presentan rugosidades implacables, filos, puntas, grietas, que parecen una continua emboscada a los botines. ¡Y decir que un 75 % de la población anda descalzo!... *Horresco referens*.

El gran centro de reunión es allí el club; más animosas o más amigas de divertirse que las de Mercedes, muchas familias concurren a él los jueves y domingos, y como no falta quien se ponga al piano, se baila hasta la una, y se hace un rato ameno de sociedad mientras los viejos mosquetean, o en las noches de calor permanecen en el patio charlando un poco y politiqueando un mucho. Mientras se da cuenta de un vaso de cerveza refrescada en el pozo.

En carnaval los bailes del club fueron amenísimos. Ya conté algo por telégrafo. Una niña de Escalada, se presentó en uno de ellos vestida de *La Nación*. No sé con que rara habilidad había logrado hacerse un elegante traje con elemento tan poco a propósito; una talma plegada y la bata y la pollera, todo era de ejemplares de este diario, pero acomodados con tanto arte, que dudaba uno de que aquello fuera papel... y lo era hasta el tocado, pues la discreta niña se lo había improvisado con un prospecto impreso sobre papel de seda, que probablemente mandó a hacer *ad hoc*.

Muchas otras máscaras espirituales y elegantes, mucha animación, mucha alegría, a pesar de todo.

Y como un ejemplo suele bastar, ya se sabrá por estos que hay una sociedad formal en Curuzú-Cuatiá, nombre que, entre paréntesis, no he podido traducir todavía, pues mientras unos me dicen que significa cruz de papel, otros me afirman que vale decir cruz blanca, mientras que cruz de plata y cruz de papel escrito es la traducción de muchos también. Pero, con elegir entre esos ya está solucionado el asunto, y no hay que pelear por ello.

A pocas horas de tren está Monte Caseros.

Desde que se penetra en ese pueblo, se queda uno asombrado de la inconmensurable anchura de sus calles. ¡Qué bulevares de La Plata, ni qué Avenida de Mayo, ni qué nada! Un andaluz que anduviera por allí diría estoy seguro:

–¡Hombre! Son tan anchas esas calles, que para ver a mi vecino de enfrente me era necesario tomar un antejojo de larga vista.

Mucho viento, arenoso el suelo, con que ya deben Uds. ir sacando la consecuencia. De Civita Vecchia decía Mark Twain:

–¡Es tanto el mal olor, que si las calles fueran más espaciosas no habría cristiano que lo pudiera resistir!...

De Caseros puede decirse:

–¡Tanto es el polvo, que si las calles fueran más angostas, tampoco se podría ver al vecino de enfrente!

En cuanto a comercio e industria, Caseros da poco margen. He señalado al pasar una fábrica de licores que surte de soda y jarabe a los pueblos vecinos, así como Concordia surte de hielo a todos los ya citados. La animación es escasa; mientras estuve allí pasaban horas sin que viese una persona cruzando las calles. Quizá dependiera esa tristeza excesiva del *contre coup* del sitio. Muchas veces no se puede juzgar por las apariencias.

En cuanto a lo pintoresco está ausente, como de Cruzú-Cuatiá, como de Mercedes. La playa pedregosa del Uruguay, manso allí y tranquilo, enfrente Santa Rosa con sus casitas blancas en plano inclinado y su monte que se extiende hasta pérdida de vista, de un verde sucio, enano a la distancia, y pare Ud. de contar.

Más agradable en ese sentido es Paso de los Libres, que tiene algún parecido con Corumbá, en el Alto Paraná, provincia de Matto Grosso, pues como en esta última sus calles son empinadas y pedregosas, poderosa su vegetación, y se rompe en ella con el tipo general de las demás poblaciones. Desde el río se la ve coquetamente asentada sobre sus barrancas, como si quisiera mostrarse entera. Ya en ella se ven ejemplares de la flora tropical, aunque escasos. Lástima que la langosta y la seca no hubieran dejado, cuando yo estuve, ni una hoja en los árboles, ni una yerba en el campo.

El comercio es importante, la gente amable y hospitalaria, la industria nula. Se me ha hablado mucho de contrabando, pero no en especial de Libres, y como en todas partes cuecen habas... Ya hablaremos de eso en otra ocasión.

Y cortemos aquí, que esto va largo, y asunto es al que habremos de referirnos más tarde, en el desarrollo de estos incompletos y descabalados apuntes.

JULIÁN GRAY

“En viaje”*

Aníbal Latino (pseud. José Ceppi)

“En viaje. De Tucumán a Jujuy. Los paisajes. Tipos y costumbres. Jujuy y sus alrededores. Rarezas de un hotel. Un gato indecente”, *La Nación*, 22 de julio de 1894.

Jujuy, julio 15 de 1894.

Señor director de LA NACION:

Tengo la pasión de los paisajes montañosos, lo que se explica en quien ha pasado treinta años de su vida entre montañas. He visto la luz y he pasado los primeros años de la niñez en la capital de la Liguria, en esa Génova llena de palacios de mármol y de hombres tan fuertes y sólidos como sus palacios, construida en la misma falda de altísima montaña que estorba su ensanche, que la obliga a abrirse paso entre las rocas, que diríase quiere arrojar sus hijos al mar, como para obligarlos a lanzarse en busca de nuevas tierras, a ir a descubrir nuevos mundos; he formado las primeras imágenes que se clavan con caracteres indelebles en la retina del niño para empezar a formar la serie de nuestros recuerdos, en ese inmenso anfiteatro de montañas que forman las envidiables y envidiadas *Rivieras de Levante y Poniente*, donde con el auxilio del trabajo del hombre todos los espectáculos de la naturaleza se concentran y se combinan de manera armónica y pintoresca; he hecho mis estudios en esa culta ciudad de Milán que si bien asentada en llanura tiene en su fondo, siempre al alcance de la vista, el panorama imponente de los Alpes con sus cresterías de nieves en las cimas; he hecho mis primeras excursiones a esos celestes lagos de Italia y Suiza encerrados entre las montañas, que Goethe ha descrito en cánticos inspirados por su amor panteísta al universo y Schiller animado con la luz de su genio; he pasado después a España y he vivido doce años en Cataluña y en las Provincias Vascongadas, en regiones esencialmente montuosas, en Gerona, Figueras, Lérida, Reus, Tarragona, Barcelona, Vitoria, San Sebastián, allí donde abundan, como dice Pereda, las montañas azuladas, las barrancas sombrías, los pueblos recostados en las vertientes y desparramados entre grupos de frutales, los bosques graciosos donde se entrelazan los árboles y los montes ceñudos y oscuros que parecen la imagen del dolor.

Es fácil, pues, imaginarse el placer con que emprendería mi proyectada excursión al norte de la provincia de Tucumán y a las provincias de Salta y Jujuy, esencialmente montañosas. Esta vez la realidad no ha defraudado la expectativa. Desde media hora después de la salida de Tucumán hasta Salta y Jujuy es una sucesión no interrumpida de bosques, de valles, de montañas. Estas forman varias cadenas, unas altas, de color plomizo, desnudas, algo uniformes y tristes, con los picos más altos cubiertos de nieve; otras más bajas, extendiéndose en mil ramificaciones diversas, todas cubiertas de árboles, asumiendo formas caprichosas como las nubes que al caer de la tarde se amontonan en los horizontes del ocaso.

La vegetación es exuberante y en algunos puntos verdaderamente tropical. Hay una infinita variedad de árboles, como debe haber especialmente allí donde se juntan y se

* Las dos crónicas de Aníbal Latino (José Ceppi) que se transcriben a continuación se desprenden de una gira por la provincia de Tucumán que tuvo por objeto central el relevamiento de la industria azucarera. El periodista de *La Nación* fue también editor de la *Revista Azucarera* entre 1895 y 1911 y secretario del Centro Azucarero.

entrelazan las ramas de los arbustos y de las plantas hasta formar bosques impenetrables; toda clase de aves y animales silvestres. Nunca he lamentado como esta vez mi ignorancia de la flora americana, pues acostumbrado a los robles, a los plátanos, a los castaños, a los pinos, a las encinas de las montañas europeas, apenas si logré reconocer dos o tres clases de árboles. Pregunté a algunos habitantes en diferentes estaciones qué plantas predominaban y se me contestó que la zapalluca, la coronilla, el chañar, el algarrobo; pero yo no respondería de la exactitud de este informe.

Para dar más color al paisaje, que es variadísimo e imponente en las primeras dos horas después de la salida de Tucumán, volviéndose menos agradable en las dos o tres horas siguientes, para asumir formas aún más pintorescas después, a medida que el tren se aproxima a Salta y Jujuy, no faltan en muchas poblaciones las costumbres típicas, los tipos curiosos que llaman la atención de los viajeros procedentes del Sur. En las estaciones de Taffí Viejo, Tapia, Alurralde, Rosario de la Frontera, Metán y Güemes, se presentan mujeres con cestos vendiendo queso Tafi, cigarros, naranjas, gallinas cocidas, empanadas, dulce de Angola hecho con harina y azúcar, pan, tortas y tamales que están hechos con los ingredientes de las empanadas envueltos en harina de maíz cocida. Las gentes de por aquí cuentan maravillas de alguno de estos manjares cuando se hacen con todas las reglas del arte; yo fijándome en las cabezas y las manos de las vendedoras, en el interior de las casas o ranchos que tenía a la vista, en el carácter general del ambiente, me guardé muy bien de probar yo mismo si estaban hechos o no con las reglas debidas.

Hay en esas vendedoras ambulantes, en los gauchos que acuden a las estaciones al paso de los trenes y se quedan fijos e inmóviles como estatuas de la indolencia, toda una colección de tipos que darían argumento para un hermoso capítulo de una novela de Zola, si a este se le antojase hacer un viaje por la República Argentina. En las mujeres como en los hombres se ven todas las gradaciones del color oscuro, desde el negro que empieza a dejar de serlo, como el café a medio tostar, hasta el moreno que se aproxima al blanco, con toda la escala intermedia que puede formarse con el color negro o el color bronce. Pero entre las mujeres hay tipos más horribles que entre los hombres. No faltan las de facciones correctas, de cara ovalada que revelan un primer cruzamiento y dejan entrever que de otro cruzamiento saldrán ya las mujeres cuya hermosura admiramos; pero no faltan las de nariz achatada, de ojos hundidos, de labios gruesos, de pómulos salientes, como no faltan las que siendo ya feas de por sí, han sido más deformadas por una viruela que causa estragos entre esas gentes que viven entre la humedad y la suciedad, sin preocuparse de las reglas más elementales de higiene. Entre los hombres hay también los de cara ancha, de frente deprimida, de nariz aplastada, los que ostentan los signos característicos del cretinismo, de las razas inferiores; hay entre ellos, como entre las mujeres, los tipos que hacen pensar en la raza mongólica, en los chinos y japoneses; pero, en general, con su barba negra como el azabache, cortada en punta, presentan aspecto más severo y simpático, y abundan los ya diríase *mestizados*, si se permite la palabra, los que por su porte y su mirada creeríais listos y esbeltos, quizás en mayor medida de lo que son efectivamente. ¡Cuán conveniente sería que se hiciese algo para mejorar la condición de esas gentes, que al fin son los trabajadores de estas provincias, para modificar sus costumbres!

En cambio están abandonados a sí mismos, explotados por todos, sin promesa ni esperanza de mejoramiento, al cual no aspiran tampoco por su ignorancia, por su indiferencia más que musulmana.

Volviendo al viaje y a los paisajes, agregaré que la línea férrea avanza constantemente en medio de los valles, cubiertos de árboles y arbustos de todos los tamaños, a igual

distancia de las dos cadenas principales de alturas, aproximándose a ellas y rodeando sus flancos cuando es preciso pasar de uno a otro valle. Es un continuo zig-zag que cambia a cada momento las perspectivas; es un suceder frecuente de ascensiones que hacen disminuir la velocidad del tren, correspondiéndole otros tantos descensos que le imprimen una marcha vertiginosa. A veces parece que los montes se cierran y que será preciso salvarlos por medio de un túnel; pero la línea férrea serpentea, se aproxima a una de las cadenas, se desliza debajo de las rocas y por fin atraviesa la angostura que separa a los dos valles, avanzando después más libremente como si hubiese salido de un gran apuro. Es precisamente en estos pasos donde los paisajes presentan mayor variedad, mayores atractivos.

El tren corre al pie de las alturas, a veces más alto que el fondo del valle, cuya vegetación se presenta en todo su esplendor. Desgraciadamente, en el enorme trayecto de 352 kilómetros que separa a Jujuy de Tucumán, no hay población alguna de importancia y apenas si merecen la calificación de tal las pocas casas que se ven detrás de las estaciones de Rosario de la Frontera, de Metán, que es sin duda la más importante y la más bella por sus extensos cultivos y su hermosísimo valle, y por último de Güemes, donde se separan los trenes para Salta y Jujuy. El tren corre durante horas enteras por sitios desiertos. En algunos puntos no hay más edificio que el de la estación. Esto hace que los paisajes no puedan compararse con los de ningún país europeo, todos poblados y transformados generalmente, siendo también diferentes, por otra parte, el aspecto y la forma de las montañas, como lo es la flora, más parecida a la del Brasil que a la de los países templados.

Es sensible que después de los sacrificios y de las obras importantes que ha exigido su construcción no pueda la línea férrea servir una zona más poblada. Hay, en efecto, un pequeño túnel y un importante viaducto a inmediaciones de la estación Tafí y numerosos y sólidos puentes sobre los cursos de agua del trayecto. Es verdad que para ponerse en armonía con la importancia de las poblaciones, la empresa tiene los coches en un estado lastimoso, hace un servicio deficiente y desde Güemes a Salta y a Jujuy ilumina los coches con velas. Es el progreso dándose la mano con el atraso.

En la estación Güemes pregunté a un empleado del ferrocarril si conocía a Jujuy y me contestó:

—Si, señor, por mi desgracia he tenido que pasar allí nueve días.

—¿Cómo, por desgracia? ¿Qué le ha sucedido a Ud.?

—Nada, sino que he estado muy mal.

—Pero, en fin, ¿cuál es el mejor hotel?

—Todos son malos. El menos malo es el Universal.

Con estas y otras referencias no menos desfavorables se llega a Jujuy, en medio de una región triste, desierta, despoblada, entre dos cadenas de alturas que se alejan a derecha e izquierda, a distancia considerable, para juntarse precisamente en Jujuy donde el paisaje vuelve a asumir toda su grandiosidad. Sería mejor, sin duda, no hablar de la población, y subiendo a una altura, verla únicamente de lejos, pero yo debo decir la verdad, reflejar con exactitud las observaciones que hago, las impresiones que recibo, sin obedecer a escrúpulos ni prevenciones de ninguna clase.

Un juicio sintético sobre Jujuy puede expresarse en esta forma: poca vida, pocas calles, poquísimos cultivos, ninguna industria, panoramas estupendos. Tiene el aspecto que puede

tener una aldea de 6.000 habitantes, situada a 1.500 kilómetros de Buenos Aires. En Francia no exigiría para su gobierno más que un empleado de dos mil francos anuales y ocho gendarmes con un sargento; pero es esta una observación personalísima, que no se relaciona con las opiniones del diario y que solo podemos expresar los que no teniendo que ver con la política, no estamos obligados a creer en las ventajas del sistema federal, con sus catorce gobiernos y sus catorce legislaturas, sin comprender el gobierno y el congreso de la Nación.

La distancia a que queda la estación de la ciudad aumenta la desagradable impresión de la llegada. La estación actual es provisional y se hará algún día la definitiva más cerca de la población; pero como para ello es preciso hacer un largo puente sobre el río Chico, ese día aún está lejano. Ningún movimiento en Jujuy, ninguna tienda importante; la ciudad forma una especie de rectángulo con dos o tres calles empedradas, con edificios pobres y raquíticos, revelando casi todos la miseria, privaciones y estrecheces en que viven la mayor parte de sus habitantes. Los que no estén persuadidos de los beneficios de la inmigración vengan a Jujuy: aquí verán a qué altura se encuentran las poblaciones entregadas casi exclusivamente al elemento indígena, y eso que aún aquí el comercio más alto, los trabajos más difíciles son desempeñados por extranjeros, en su mayor parte italianos.

El río Chico ciñe a Jujuy por tres costados, dando lugar a la formación de una especie de península, y detrás del río se escalonan sucesivamente varias cadenas de alturas, desde las pequeñas colinas pobladas de árboles y las montañas imponentes cubiertas de vegetación como las montañas suizas, hasta las cimas cenicientas y volcánicas que se confunden con las nubes y en parte cubre ahora la nieve.

A Jujuy, por consiguiente, se puede venir para admirar los alrededores, no para ver la ciudad. Pero solo deben venir los verdaderos *touristes*, los que se amoldan a todo, no los que gustan de comer bien y vivir con toda clase de comodidades, porque esto no es posible en Jujuy. Óigase, sino, lo que a mí me ha ocurrido en el famoso hotel Universal, el mejor de los dos que aquí existen.

Llegué a las nueve de la noche, y después de hacer los honores debidos a una comida de la cual no quiero acordarme, fatigado por el viaje, me retiré a la habitación que se me había asignado, la mejor de la casa, para descansar. No pudiendo cerrar la puerta, llamé al único mozo del hotel, que ya me había servido a la mesa, que atendía las piezas y que después supe era también cocinero.

—¿Cómo se cierra esta puerta?

—No ha de poder cerrar, señor.

—¿Cómo? ¿Se duerme con la puerta abierta?

—No hay cuidado, señor.

—¿Para qué han puesto la cerradura, entonces?

—No sé, señor.

—¿Quiere Ud. irse al diablo con su hotel, y su amo, y su *señor*?

—Muy bien, señor.

No había remedio: era preciso dormir con la puerta arrimada. Pero bien pronto vi que esto era necesario, porque la puerta era toda de madera, sin abertura alguna y cerrando se quedaba completamente a oscuras en pleno día. Los cristales abundan poco en Jujuy; son muchas las casas que no tienen vidrios en las ventanas.

Ya resignado me metí en la cama, muy limpia, por cierto, pero con una de las sábanas tan corta, precisamente la de arriba, que apenas me llegaba a media pierna. Me resigné también con el escozor que la manta de lana me había de causar toda la noche, y, siguiendo

una costumbre inveterada, abrí un libro para apresurar el sueño leyendo. Como la luz era muy escasa me fijé en la vela y vi que era más delgada que el dedo meñique y que habría necesitado tres o cuatro, todo un altar para hacer una luz regular.

Esto ni lo demás me impidió dormir tranquilamente y aquí habrían acabado mis aventuras si al día siguiente, en una de mis ausencias, no se le hubiese ocurrido a uno de los gatos, de los que creo había media docena en la casa, colarse por la puerta, que era forzoso dejar abierta, e ir a dejar sobre mi manta de viaje un olor insoportable, que a pesar de los perfumes y desinfectantes me tendrá apestando por el resto del viaje. A pesar de esto, creo que merece gratitud el fundador del hotel, un italiano del mediodía, casado, cosa rara, con una francesa. Sin él, ni esto tendríamos probablemente.

Lo peor es que saliendo un tren cada dos días, se queda encerrado como pájaros en jaula. Así hube de pasar aquí treinta y seis horas cuando me habrían sobrado dos o tres. Y no se crea que esto nos sucede únicamente a los que estamos acostumbrados a otra vida, a otros ambientes. Se me ha dicho que los estudiantes, de los que se encuentran aquí algunos de los que han formado parte de la peregrinación patriótica, vienen de vez en cuando atraídos por los recuerdos de la niñez, se pasan algunos días, y... se apresuran después a volver a Buenos Aires o Córdoba, sin muchos deseos de volver a establecerse en su país.

La residencia no es, pues, agradable aquí, y eso que nos hallamos en la mejor época del año, disfrutando de una envidiable temperatura primaveral; ¿qué sería en la época de las lluvias torrenciales y de los fuertes calores?

Volvamos, volvamos a prisa hacia el Sur, después de echar una rápida mirada sobre Salta y el Rosario de la Frontera.

ANÍBAL LATINO

“Salta y sus valles. Panorama suizo. Un inglés devorador de empanadas. La ciudad - Las mujeres. Porvenir de Salta. Valor temerario de un muchacho”, *La Nación*, 24 de julio de 1894.

ROSARIO DE LA FRONTERA, julio 17 de 1894.

Señor director de LA NACIÓN:

Cuando la insurrección de Arabí-Bey en Egipto dio lugar a la intervención de Inglaterra y a la ocupación militar de ese país, que se hizo provisionalmente pero que tiene trazas de llegar a ser definitiva, el Sr. Castro y Serrano llamó la atención del público español con una serie de cartas que escribió sobre el Egipto, fechándolas en Alejandría y El Cairo sin moverse de Madrid; yo quisiera tener esa habilidad para hablar de Salta debidamente, no porque no haya estado en ella, sino porque, aún habiendo estado, más que visto he entrevisto la ciudad y sus contornos. Es difícil reflejar impresiones recogidas al vuelo en viajes rápidos urgidos por la escasez del tiempo, mucho más cuando esas impresiones se consignan en el viaje mismo, entre una y otra excursión, entre una y otra etapa, estando aún cubiertos con el polvo del camino; y aumenta la dificultad la maldita combinación de los trenes, que saliendo cada dos o tres días os obligan a permanecer en algunos puntos más de lo necesario, mientras os impiden dedicar a otros el tiempo estrictamente indispensable.

Pero si bien he permanecido solamente en Salta algunas horas, he tenido elocuentes *ciceroni* que casi casi, de haberlos encontrado en Tucumán o en Jujuy, me habrían permitido seguir el ejemplo de Castro y Serrano y hablar de Salta sin verla. Hay siempre, sin embargo, en la observación personal algún rasgo, algún detalle, algún incidente que no pueden dar las referencias ajenas, por exactas que sean. Entre mis informantes figura un italiano que, al oírlo, parecía poseer media ciudad, ser poco menos que un conquistador de Salta. Figuran otros extranjeros vinculados al comercio de la población en la cual residen desde hace muchos años; figuran, sobre todo, varios estudiantes universitarios de los que habían venido con la comitiva patriótica y que con la verbosidad, espontaneidad y franqueza propias de la juventud y de la inexperiencia, al hallarse juntos en el tren, dijeron en pocas horas sobre Salta, su sociedad, sus mujeres, sus alrededores, mucho más de lo que habría podido verse y saberse en algunos meses de residencia.

Afirmaré, desde luego, que el trayecto de Salta a Güemes, donde se separa la línea que lleva a Jujuy, es por su amenidad, variedad y belleza, lo mejor que se encuentra en toda la línea, desde la salida de Tucumán. Pasada la estación de Campo Santo el valle se estrecha y el tren va costeando continuamente la orilla del río Mojotoro, estrechándose los cerros de tal modo que en algunos puntos apenas están separados por unas 30 ó 40 varas ocupadas por la línea férrea y por el lecho pedregoso del río. Este valle con sus caprichosas colinas cubiertas de árboles, con sus rocas cortadas a pico para dejar libre el paso del tren, con sus cultivos de alfalfa y maíz, con sus casitas campestres, con su río de agua clara como el cristal, fría como la nieve, atravesado aquí y allá por olas de espuma en las cuales juguetea la luz y se refresca el aire, tiene todos los atributos de un valle suizo embellecido por ejemplares de la flora meridional tan vistosos como los naranjos cargados de frutos. Ni siquiera faltan para formar y completar una égloga digna de tener su cantor, de encontrar su Garcilaso, los pastores que llenan los aires con sus cantos acompasados, las pacíficas y gordas vacas que levantan sus fuertes cervices para mirar con sorpresa la maquina infernal que se atreve a molestarlas en su serena e invariable vida.

Después de correr una hora a orilla del río, contorciéndose continuamente, siguiendo las sinuosidades del terreno, abriéndose paso entre las rocas, presentando a la vista del viajero una sucesión pintoresca y variadísima de paisajes alpestres, el tren penetra en un túnel de 300 metros, atraviesa después el río Mojotoro sobre un largo y sólido puente de hierro y llega a los pocos minutos a la estación de Salta. No faltan tampoco en ese breve trayecto de Güemes a Salta otros detalles interesantes que entretienen a los viajeros. En la estación Campo Santo, como en Güemes, se venden las *chirimoyas*, sabrosa fruta de esta provincia que también se vende en algunas tiendas y mercados de Buenos Aires a once y doce pesos la docena. En esas estaciones piden tres y cuatro pesos y hasta seis y siete según tamaño. Parece que únicamente en esos dos departamentos de la provincia de Salta es donde se producen bien las chirimoyas, de las que me aseguran hizo gran acopio el Dr. Terry.

En la estación Mojotoro se venden empanadas que los salteños afirman ser las mejores que se venden en toda la línea de Tucumán a Salta. Venían precisamente en el tren varios ingleses que suscitaron la admiración de los demás viajeros por su buen apetito y por la rapidez con la que devoraban empanadas. Uno de ellos, especialmente, se impuso a la atención de todos, comiendo una tras otra en un santiamén nada menos que cinco empanadas. Cuando abordó la segunda, los seis o siete pasajeros que estábamos cerca de él empezamos a mirarlo con envidia; a la tercera empezamos a mirarnos unos a otros sonriendo; a la cuarta ya nadie pudo contener la risa, que no hizo mella en el inglés ni le impidió hincar diente a la quinta, casi con el mismo apetito con que había empezado a

comer la primera. Los oficiales hambrientos de que habla De Amicis serían poco menos que unos tísicos, unos modelos de sobriedad, ante la voracidad de aquel hijo de la nebulosa Albión. Lo mejor es que a la observación de un viajero atrevido sobre su afición a las empanadas, contestaba: caballo muerto, carne de perro. Y seguía comiendo. Será preciso rehabilitar las empanadas, puesto que el inglés no reventó después de la quinta, ni dio hasta Salta, que aún estaba a media hora, signo alguno de malestar.

La ciudad de Salta tiene aún más que Tucumán todos los caracteres de una ciudad del mediodía de España. Un andaluz, mejor todavía, un cubano que durmiendo sobre un Clavileño cualquiera, fuesen llevados a Salta y allí despertados, preguntarían el uno si se encuentra en Jaen o en cualquiera otra ciudad andaluza, el otro a qué punto del interior de la isla había sido transportado. Las casas pintadas de colores claros, son bajas en su mayor parte, pero limpias y bien tenidas, sin faltar las lujosas, revelando, aún en la clase baja, un bienestar relativo. Tanto se me había hablado de la tristeza, del abatimiento, de la decadencia de Salta desde la pérdida del mercado boliviano, que experimenté verdadero placer al observar por mi cuenta que había en ello exageración, que los valles salteños, como el de Metán y los inmediatos a la ciudad, tienen extensos cultivos y revelan un progreso evidente, y que la provincia tiene dentro de sí misma recursos sobrados para poblarse y enriquecerse. Sin duda el ferrocarril de Antofagasta que ha llevado a la costa del Pacífico los productos bolivianos y a Bolivia los productos chilenos, ha privado a Salta de una exportación que se calculaba de 80 a 100.000 \$ oro mensuales, como ha perjudicado también a Jujuy; pero la provincia ha procurado y procura rehacerse con la explotación de sus propias riquezas, y si sus habitantes hablan del ferrocarril a Bolivia como de una necesidad, no hablan con esa insistencia, con esa urgencia que hace depender la vida o la muerte de la ejecución de la obra.

Como población, Salta presenta a primera vista un aspecto atrayente y simpático, aunque no tenga la extensión, ni la riqueza, ni la importancia comercial de Tucumán, que con su iluminación eléctrica y sus grandes negocios, sin carecer de carácter propio, como lo observé en una anterior correspondencia, no lo tiene en la proporción de Salta, pues ya presenta algunos puntos de la vida cosmopolita que van asumiendo todas las grandes ciudades modernas. Precisamente en razón de su menor movimiento comercial, las calles de Salta se encuentran en mejor estado que las de Tucumán; las principales son las de Libertad, Florida, 20 de Febrero, que van de Sur a Norte, y las de Caseros, Victoria, Entre Ríos, que van de del Este al Oeste. La plaza 9 de Julio concentra la actividad de la población, viéndose en su centro un pequeño obelisco, una pequeña torre que más parece el capricho de un artista que un monumento, y a su alrededor en la misma plaza, la catedral, el teatro Victoria, el hotel del Águila, que es un buen hotel, calles, confiterías, tiendas y un gran edificio nuevo que se había hecho para hotel, pero que está desalquilado porque el movimiento de Salta no da para tantos hoteles, hablándose ahora de endosarlo al ejecutivo de la provincia para que lo destine a casa de gobierno y escuelas. Los árboles que adornan la plaza son naranjos, como en Tucumán. En las demás calles principales hay algunos negocios de importancia y bellas casas particulares. Pero lo que da a las calles de Salta un atractivo especial es el fondo verde oscuro de los cerros que rodean la ciudad por todas partes, muy cerca de la izquierda de quien viene de la estación hasta limitar por ese lado las calles mismas, más lejos a la derecha y al frente, pero con mayor gradación de panoramas y de colores. ¡Qué placer para

los que estamos acostumbrados en Buenos Aires a la llanura uniforme, a los horizontes sin límites, poder descansar la vista en las colinas suaves como un idilio, en las montañas imponentes como las creaciones de un genio, cubiertas de vegetación y de árboles las unas, desnudas y severas las otras, todas de formas caprichosas y llamativas! El panorama de las alturas no es tan solemne, tan abrupto en Salta como en Jujuy, donde se escalonan todos los espectáculos de la naturaleza montañosa, desde los cerros que parecen juguetes de niños hasta los picos cubiertos de nieve que ya anuncian los grandes colosos de los Andes; pero si es menos imponente es más ameno, más propio de una población que desea tener las alturas para deleite de sus habitantes no para agobiarlos con su presencia. Por lo demás en Salta se ven también a lo lejos las sierras peñascosas de color oscuro y de la misma forma y aspecto volcánicos que he señalado en otras regiones de los Andes.

Agregaré para acabar con la ciudad que hay una línea de tranvía en construcción; no sé si habrá algún proyecto para cambiar el alumbrado que es a petróleo y que no funciona en los días de luna. Un salteño liberal me encargó no dejase de observar que hay muchas iglesias y que siempre existe alguna en construcción o en proyecto. Hay mucha religión efectivamente en estas provincias del norte, donde aún se conservan tradiciones y costumbres que la inmigración y el progreso han hecho desaparecer en otras partes.

Llegué a Salta a las 8.30 de la noche, precisamente en la hora en que, por ser día de fiesta, tocaba la música en la plaza 9 de Julio, que estaba concurridísima, especialmente de señoras y señoritas. No quise desperdiciar la ocasión, y aún cubierto de tierra, de esa tierra que creo que estaré sacando durante un mes seguido, por la boca y por las narices, me situé en el rincón menos visible que pude encontrar y estuve largo rato viendo desfilar las bellezas salteñas. Pero por mucho que escudriñé, solo podría decir que en Salta hay niñas encantadoras y que la sociedad revela en su exterior la misma cultura que en otras partes, si los estudiantes, hablando de su recepción, de las relaciones hechas, de los agasajos recibidos, de las jóvenes que habían tratado y del baile a que habían asistido, no me hubiesen informado de los siguiente:

Que los hombres son muy afables, muy atentos, muy hospitalarios, como en Tucumán, por otra parte; que hay en ellos ese amor, ese cariño entrañable, mejor dicho, ese apego al terruño que se encuentra más arraigado en los países montañosos que en los de llanura, como sucede en Suiza, en Nápoles, en Galicia, en las provincias vascongadas, y que les hace exagerar fácilmente sus propias cosas, todo lo que les pertenece; que hay en las mujeres, en las jóvenes, en las niñas salteñas, una ingenuidad, una franqueza, una sencillez peculiares y que las hace desde luego simpáticas; que hay ciertos escrúpulos respetables derivados de la fuerza que aún tiene el sentimiento religioso; que la quebrada o loma de San Lorenzo, situada a dos leguas al poniente de la ciudad, es en extremo pintoresca, está llena de hermosas quintas y forma un paseo agradabilísimo que los salteños no se cansan de ensalzar. En cuanto a las mujeres, lo mismo decían de Tucumán, haciéndose lenguas de las bellezas femeninas que contiene la ciudad de la caña y del azúcar; pero conviniendo los más en que las niñas tucumanas eran más maliciosas, menos sencillas que las de Salta.

Los comerciantes extranjeros a que he hecho referencia más arriba, me dijeron: que Salta tiene poca vida, escaso movimiento comercial, pero que por sus riquezas está llamada a un gran porvenir el día en que sus gobiernos sean más prácticos, de más empuje, de más iniciativa y se preocupen más de los intereses materiales que de los intereses personales y

políticos; que los extranjeros son bastante numerosos en Salta y que entre ellos predominan los italianos y los españoles; que se ha hecho un espantajo de las fiebres palúdicas (el chucho) y que los inmigrantes podrían aclimatarse fácilmente porque la provincia tiene todos los climas, todas las temperaturas; que en el departamento de Cafayate se producen vinos superiores a los de Mendoza y San Juan, pero que no saben hacerlos, presentándolos cada vez de tipo diferente; que se fabrican buenos quesos y que hay algún comercio de exportación en ganado, cueros y cereales; que la provincia posee grandes riquezas minerales, plantas medicinales de toda clase, hermosas piedras que se prestan a ventajosas explotaciones.

Creo yo también que no solamente los gobiernos de las provincias de Salta y Tucumán, sino también el gobierno de la Nación, deberían preocuparse seriamente de los medios de fomentar la inmigración a dichas provincias. Aún suponiendo que las fiebres palúdicas ataquen en la época de las lluvias y de los calores a todos los europeos indistintamente, ¿no habrá puntos donde puedan librarse de ellas? ¿No podrán evitarse por medio de precauciones determinadas? ¿No podrá modificarse la climatología transformando los cultivos, destruyendo los bosques en las llanuras? ¿No serían convenientes estudios profundos sobre la materia, sino para el presente, siquiera para el porvenir?

Concluiré con algunas notas sueltas que escribiendo al correr de la pluma he dejado de exponer en su lugar. He observado que en las provincias del norte, más aún que en Buenos Aires, la mujer blanca es objeto de un culto asiduo y delicado. Entre razones de otro orden que sería largo referir, creo que predominando aquí el elemento criollo, debe influir algo en los hombres la comparación involuntaria con las fáciles bellezas de una raza inferior.

Nótase también en el habla de los habitantes de estas regiones, de los de Tucumán especialmente, un dejo, una cadencia, una cantilena que llama la atención, pero que no es molesta: muy al contrario, se hace agradable en la boca de las niñas hermosas. A veces se prolonga indefinidamente la pronunciación de algunas vocales o sílabas y se abrevia la pronunciación de otras, formando un contraste curioso.

Por último debo decir, en honor de la verdad, que esos criollos tan maltratados, tan explotados y que, sin embargo, dan contingentes al ejército de la República, son de un valor temerario, tal vez porque no alcanzan las proporciones del peligro. Hablábame en el tren de Güemes a Salta de un hecho ocurrido en la frontera del departamento de Metán que prueba esta afirmación y que no sé si ha referido algún periódico, pero que de todos modos expondré sucintamente. Un muchacho de unos 18 años, vio un enorme tigre sobre un árbol. En vez de atemorizarse, como le habría ocurrido a cualquiera, sacó su cuchillo, se envolvió una mano en el poncho y no solo se aproximó al árbol, sino que se entretuvo en excitar al tigre y pincharlo con ramas para hacerlo bajar. Apenas el tigre saltó del árbol el muchacho lanzó contra él dos pequeños perros que llevaba y mientras el tigre aún vacilaba si debía emprenderla primero con los perros o con el muchacho, éste con un movimiento rápido le hundió el cuchillo en el vientre y lo dejó muerto.

Con muchos hombres así, que no conocen el peligro ni dan valor a la vida, por torpes, por indolentes que sean, se pueden afrontar ejércitos y atacar trincheras.

Este gran establecimiento balneario que se halla concurridísimo, merece por sí solo una correspondencia, que le dedicaré oportunamente; por ahora me urge regresar a Tucumán y ocuparme, antes que todo, de la industria azucarera.

ANIBAL LATINO

“Desde las ruinas”*

Ashaverus [pseud. Amado J. Ceballos]

“Desde las ruinas. Como se viaja en expreso. De Córdoba a Santa Rosa y de Santa Rosa a La Rioja. Lo que es hoy la ciudad de Velazco. Gobierno – Vida económica – Inventario de ruinas – Los tres grandes problemas – Cuadro que puede interesar al patriotismo y al arte”, *La Nación*, 19 de noviembre de 1894.

Señor director de LA NACIÓN:

La noticia de la catástrofe de La Rioja, llegada a Córdoba con retardo de 21 horas, fue una gran sorpresa.

La proposición de emprender viaje inmediato por el expreso que había salido de Buenos Aires y que debía pasar por Córdoba más o menos a las 10.30 a. m. del día 29 (lunes) del mes pasado, no era aceptable sin examen previo; pues no siendo día de combinación y no pudiendo contarse con seguros medios de transporte en Santa Rosa (vulgo Patquía), era muy simpática la perspectiva de encontrarse detenido en aquel desierto.

A las 10 de la mañana me encaminé a la estación Central. Ya estaba allí el expreso, en que venían el Sr. Arturo Castaño, contratista de las obras del canal de irrigación de la capital riojana y uno de los candidatos para diputado nacional en la sonada lucha pasada, el Sr. Luis Besson, representante de la Cruz Roja de la Capital Federal, los médicos Dres. Lozano y Allende, enviados por el departamento de higiene, varios distinguidos jóvenes practicantes y algunos reporters de los diarios porteños.

Con el Sr. Castaño, a quien conocía desde algunos años, entablé el siguiente diálogo:

–¿A qué hora saldrán ustedes?

–A las 11 de Buenos Aires. ¿Ud. quiere ir?

–Debo pensarlo. Pero hoy no es día de combinación: llegarán Uds. mañana a Patquía y la mensajería saldrá recién el miércoles.

–Espero que llegaremos hoy a las 5 a Patquía, seguiremos por la noche en la galera que está allí y mañana temprano estaremos en La Rioja. Más bien Ud. se expone a quedar retenido en Patquía si no va hoy; porque no hallará coche.

Había tres cuartos de hora disponibles, lo necesario para tomar un coche, volar al otro extremo de la ciudad, tomar una valija y volver.

La operación fue ejecutada y aún sobró algún poco de tiempo para almorzar apresuradamente en la Central.

Partimos, con marcha que no prometía conducirnos a las 5 de la tarde al término de la línea: 60 kilómetros por hora y largas paradas en las estaciones. Íbamos como en cualquier tren ordinario o algo más lentamente; gracias, si pudiéramos llegar al día siguiente a la hora de costumbre.

* El 27 de octubre de 1894 se produjo uno de los terremotos de mayor magnitud registrado en territorio argentino, con epicentro en el noroeste de la provincia de San Juan y La Rioja. El corresponsal de *La Nación*, Ashaverus (Amado J. Ceballos), establecido en la provincia de Córdoba, se movilizó el día 29 a La Rioja para dar cuenta del estado general de la provincia e informar sobre sus necesidades más urgentes. En las crónicas que se reproducen, la propuesta informativa se combina con el comentario político que revela el sello característico de quien fuera, además de reporter, un fervoroso mitrista.

Felizmente, marchábamos con una temperatura excepcionalmente favorable; y en buena compañía como estábamos, con los variados accidentes de la topografía y los originales cuadros de las estaciones, la expectativa se hacía menos penosa.

En Deán Funes perdimos muchas horas; a no habernos acompañado el Sr. Castaño, que tenía tantas buenas relaciones en toda la línea y que hizo todo lo posible por preverlo y solicitarlo todo, nos habríamos encontrado plantados a cada paso, soportando muy malos trances.

En Deán Funes se recibió un aviso de haberse producido un pequeño temblor en Paso Viejo. Dudaba de la efectividad del fenómeno, cuya noticia pudiera imputarse a la preocupación de la gente asustada; pero posteriormente he tenido repetidas veces la ocasión de satisfacer mis prejuicios.

Como a las seis de la tarde, tuvimos tiempo de sobra para comer en Soto; no prometía el expreso, y un dormitorio que debiera encontrarnos en el camino era muy problemático. Parecía lo más prudente arreglar temprano, en la mejor forma posible, lecho militar, y dormir en la medida que lo permitiera la infernal polvareda que penetraba en los coches, en la desierta zona que separa las poblaciones de Soto y Chamental.

Al llegar a la segunda de estas –la primera de La Rioja– los clamores de dos niños fracturados comenzaron a presentar en forma bien objetiva los desastres de la catástrofe. Todo se redujo a una operación relativamente sencilla efectuada por los médicos y una limosna de 20 \$ de los representantes de la Cruz Roja. Se decía que solo una casa se había derrumbado, no ocasionando más desgracias personales que las mencionadas; pero noticias posteriores, si bien no han dado a conocer mayor número de las últimas, presentan, como en casi todas las poblaciones, considerables perjuicios.

Estamos en el corazón del desierto que se extiende interminable hacia las lejanas poblaciones de las provincias de San Juan, San Luis, Córdoba y Catamarca. La más cercana es la capital riojana; pero hay que recorrer 14 leguas mortales, que llaman aquí *gordillanas*, de 200 varas por cuadra, de modo que son en realidad como 17 ½ leguas. En todo el camino, sobradamente blanco y escasísimamente sombreado, hay a largos trechos solo dos postas intermedias y seis u ocho ranchos, entre los que pueden considerarse señoriales moradas la estancia de Auspisa del Sr. Domingo H. Luna y Talamuyuna del Dr. Roque Luna.

De la estación del ferrocarril hasta el rancho-hotel, el trayecto a pie de cuadra y media más o menos, produce la impresión de un pequeño viaje, tal es la cantidad de tierra suelta que se debe atacar.

Allí está la única galera disponible para los 11 o 12 viajeros. Sus dimensiones y su estilo recuerdan tiempos que son dominio interesante de la arqueología.

–Es imposible, decía uno de los peones. La otra galera que es mejor que esta se ha quebrado el otro día con dos pasajeros.

–¡Es muy peligroso!... decía un padrecito Rodríguez que se nos había agregado... ¡se va a romper seguro!...

Pero se apresuraba a tomar un asiento, afrontando caritativamente todas las angustias del peligro, en beneficio de los médicos y practicantes que tendrían que instalarse en dos carros subsidiarios, para los cuales pudo conseguirse mulas.

–Yo prefiero los carros, dijo otro de los viajeros.

–Yo lo acompañaré, dijo el corresponsal de LA NACIÓN, comprendiendo las diplomacias puestas en juego. Cuando el Dr. Lozano se cansa de la mula, cambiaremos. ¿Cuento con ella, doctor?

–Convenido.

Y emprendió la marcha, muy animoso y risueño, con su chambergo de ancha ala, de que felizmente había tenido la precaución de proveerse en Córdoba; que si hubiera llegado con su sombrero de felpa, ¡ya estuviera airoso y sobre todo fresco! Su aspecto de excelente humor formaba curioso contraste con el de su colega el Dr. Allende, encerrado entre la muchachada, nada satisfecho con los elásticos del vehículo y con la situación, y que a poco trecho optó por asumir la posición vertical.

Habíamos conseguido salir como a las 9 de la mañana y tres o cuatro horas después estábamos en lo de Baigorri, tres leguas avanzadas, sin otros accidentes que las molestias del sol, de la tierra, del amontonamiento y de la conversación de un paisano un tanto *alumbrado*, que para prestar su caballo, cuyas excelencias ponderaba a cada momento con las de una sobrina que decía tener por aquellas vecindades, se había instalado en nuestro carro, hasta que fue necesario abonarle bien el servicio y despedirle.

En lo de Baigorri hicimos un largo almuerzo sibarita. ¡Qué bien sabía todo en aquellas alturas, especialmente los vinos que aún no habían sido agotados! El padrecito, cuya diligencia y pericia en asuntos de viajes mediterráneos llama la atención, hacía honor cumplido a los pollos cocidos, se le acomodaba criollescamente al asador de cabrito o de vaca, convidaba algunas copas de vino a las personas de la casa y solicitaba luego de la señora unos huevitos con que remataba la colación.

A las 3 de la tarde me separé de mis agradables compañeros, continuando el viaje a mula. Tenía por seguro que a paso regular, pero persistente, llegaría con algunas horas de anticipación. El sol abrasaba; pero era consolador observar la gran mole del Velazco, cercana hacia el oeste, que prometía un anticipado y largo crepúsculo. Dejé atrás a los carros, luego a la galera. Los del dudoso favor del instrumento de locomoción más moderno, llegarían al día siguiente, en el más favorable de los casos y salvo percances imprevistos.

Completamente solo hice el trayecto sin detenerme sino 20 ó 25 minutos repartidos así: 10 ó 15 en Ampisa, 2 ó 3 en Talamuyuna y 7 u 8 en la Barrera.

Cuando llegué a este punto, era ya plena noche, o más bien dicho, había transcurrido una hora más o menos desde la extinción completa del crepúsculo. Dos luces poco apartadas que descubrí me hicieron creer que llegaba a las primeras casas de la ciudad. ¡El primer habitante a quien interrogué me dijo que faltaban dos leguas! Al cansancio de la marcha continua se agregaba el desaliento causado por el descubrimiento del error optimista. El problema mismo de la prioridad de arribo se presentaba de solución menos segura: había encontrado algunos coches que iban en busca de mis compañeros y que con tan excelente auxilio podrían alcanzarme y dejarme atrás... Pero no; no podía ser; les llevaba mucho camino; en todo caso llegaríamos juntos, cuarto de hora más o menos.

¡Adelante!

El camino era cada vez más incómodo, descartada la temperatura; soledad completa; la noche bastante oscura; colchón de polvo que no pueden soportar ni las mulas, que a cada momento porfían por buscar los desvíos, con detrimento del jinete que se lleva por delante las ramas; barrancas y picadas desconocidas que la mula elige según sus intereses.

Por fin, yo y mi compañera (pues no fuera equitativo dejarla sin participación en la hazaña), llegamos a una calle o callejón que no podía menos de ser parte de la capital arruinada, pues tenía por otro indicio seguro la Boca de la Quebrada que constantemente había venido observando. Debía estar en Pango.

No era sí, con todo. Mi compañera que debía tener sus relaciones de preferencia en las cercanías de la ciudad, me había hecho arribar a Cochangasta, haciéndome perder por lo menos media hora.

Advertido el error, tomé hacia el este. A las 9.30 de la noche estaba en las calles y caminaba entre los escombros de la rota ciudad, como dice Guido y Spano.

ASHAVERUS

“Desde las ruinas”, *La Nación*, 4 de diciembre de 1894.

La Rioja, noviembre 2.

El día amaneció muy hermoso, lo que no es excepcional en aquella tierra; y amaneció para mí temprano; es decir, a las 7 de la mañana más o menos, a pesar de la velada de la noche anterior.

¡A la calle! Había que ver con propios ojos.

Se sentía pleno verano –alguna mayor diferencia que la que suele advertirse entre la temperatura de Buenos Aires y la de Córdoba, cuando se llega de la primera a la segunda ciudad en los días de julio o agosto–.

¡Qué chasco para el imprevisor que se viene del litoral con ropas de otoño o primavera! Un sobretodo que no se a quién ocurrió la estrafalaria idea de acomodar en el fondo de la valija, quedó allí sometido a la más absoluta y severa reclusión, sin recibir una sola vez sobre su oscura superficie aquella luz riente, sin sentir aquellos turbadores alientos de odaliscas que las gentes de tal clima llaman aire. Pero como todo tiene su compensación en la vida o quizá fuera de ella, el inocente prisionero debió consolarse con la idea de que su pena estudiantil de internado antiguo le ahorraría la ingrata impresión de saberse rojo de vergüenza... y de polvos riojanos. ¡Ir a insinuar temores o precauciones previsoras de resfríos y pulmonías en región semejante!

Mirado desde el fondo de habitaciones con paredes antiguas de un metro de espesor y a través de entrecerradas ventanas, parece aquello un oasis que convida al sueño tranquilo, bajo la negra sombra de verde-oscuras y redondas copas; pero desde que el sol alumbra las aceras, arde cada grano de arena, es chispa semi-apagada cada partícula de polvo que vuela, se arrastra o descansa, llama diluida y fluida es el aire, placas recientemente fundidas son las hojas de las higueras o de parras, y la sombra sin penumbra de la tupida vegetación verde-oscuro o tierno, no es lo que por tal conoce la mayoría de los lectores; ¡es una insidia!

¡Vivir a la intemperie! ¡Cuántas veces he leído la frase sin darme cuenta de todo lo que pueda entrañar! ¡Cuando vuelva a encontrarla en la descripción de alguna catástrofe que haya asolado una ciudad tropical o subtropical; después de haber soportado al mediodía la sombra de añosos naranjos y la lluvia de fuego que cae sobre calles alfombradas de tamizado polvo, ya sabré a qué atenerme!...

Al solo recordarlo vuelve la sensación de ardor a la piel y aquella cómica vacilación para atravesar de una acera a otra en cada bocacalle. ¡Y pensar que aquellas gentes tendrán que soportar en sus actuales condiciones los más crueles rigores de la estación! ¡Oh! Si fuera déspota no vacilaría en imponer a cada argentino, en estos momentos, la lección objetiva de una media horita de sol meridiano, que con su brutalidad y todo sería más eficiente para estimular la paternidad nacional que muchas admirables páginas descriptivas. Para tantos sería enseñanza posible.

¡Cuando se ha leído con las espaldas y con el rostro inflamado eso de vivir a la intemperie, es bizarra la impresión que se siente al oír preguntar a cualquier sibarita de

Córdoba o Buenos Aires si aquello es realmente como se dice! ¿Y póngase Ud. a explicar la cosa a uno, a dos, a tres, a cien!

¿Qué mucho si allí mismo quizás hay mucha gente que no se da cuenta de su situación? Las dramáticas impresiones de los primeros momentos, los comentarios subsiguientes al extraordinario fenómeno, la alegría intensísima de haber salvado la vida, aunque se haya perdido el fruto del trabajo o del ahorro de medio siglo –que no suelen ser otra cosa, cuando no tienen turbio origen, las que se llaman fortunas en el interior–, y la actividad misma inusitada que se pone en juego para atenuar los efectos inmediatos de la catástrofe, distraen la mente de reflexiones proyectadas a más ancho espacio y hacia el porvenir.

Por todas partes no se habla en la ciudad de otra cosa. Parece imposible que habiendo sentido todos lo mismo tuvieran necesidad de referírsele a cada paso con escasa variedad de detalles: un remezón ligero, como cabeceo de bote al costado de embarcación mayor; fuga general a las huertas, calles o plazas, en los paños habituales de horas en que aún no es permitido salir a paseo (dicen que un señor dueño de hotel escapó envuelto en lo primero que tuvo a mano, y lo primero fue un vestido de la señora, –para no hablar de otras situaciones indescriptibles, entre las cuales no he oído mencionar la de aquellos que se encontraran en el baño, probablemente porque no es común el poder usar de ese lujo–, luego un violento movimiento vertical, un salto de ola gigantesca sobre escollo encubierto, un gran corcovo, según la expresión atribuida a un vecino riojano muy conocido, un soberbio hinchamiento seguido de oleajes que hacían saludarse a los árboles, saltar el agua de las acequias o pequeños depósitos, y a los asustados que corrían alternativamente levantados o hundidos; crujimiento y desmoronamiento de muros y techos de centenares de años; nubes de polvo que oscurecían el cielo un minuto antes tan brillante; fantasmas locos, gritos de socorro o de plegaria, disparadas de hombres, niños, mujeres, coches y carros, ruidos y voces de edificios desplomados, de hombres y de bestias, –¡todo mezclado en confusión horrenda como en el día supremo *de la ira!* –

Estaba en mi dormitorio (me contaba una distinguida señora), cuando sentí el primer remezón. Me disponía a huir cuando advertí que tía P. había buscado asilo en el hueco de la puerta, por lo que suele decirse de que se está allí más seguro. ¡Figúrese lo que habría sido de la pobrecita! ¡Usted puede ver que allí está más alto que en ninguna parte el montón de escombros! Violentándola la sacamos, arrastrándola hacia la huerta. Apenas habíamos salido de las habitaciones todo se vino abajo con estrépito horrible. Se oían gritos de todas partes en medio de una nube de tierra, y el suelo seguía temblando. Estábamos las mujeres solas, y para poder mantenernos en pie, o quizás instintivamente para morir juntas, porque aquello parecía de veras el último día, nos hicimos un racimo abrazadas al tronco del naranjo. Mi hermano y mi hijo se encontraban fuera, en sus oficinas; daba voces como loca llamándolos, aunque con el angustioso temor de no verlos jamás; porque hubieran corrido peor suerte que nosotros. Pero ocurrió que habían tenido los mismos temores con respecto a nosotros, habían corrido hasta aquí, balanceándose como borrachos, porque seguían los temblores, tropezando con los escombros (usted ve como ha quedado toda la cuadra), enceguecidos por el polvo, roncós de gritar pidiendo socorro a los transeúntes y vecinos. Nosotras nada oímos, permanecemos abrazadas al árbol aturdiéndonos con gritos inútiles. Al ver toda la casa desmoronada, no pudieron dudar que estaríamos bajo aquella horrible mole que comenzaron a remover con desesperación, ayudados de algunos conocidos. Alguno de estos pasó hacia el fondo por casualidad, y nos descubrió, gritando ¡aquí están! ¡Ud. comprende la escena siguiente! Estábamos todos vivos; ¿Quién había de pensar en lo demás? ¡Le aseguro que ha sido el día más feliz de mi vida! Y todavía, después que me he visto rodeada de la

compasión ingenua de esas gentes sencillas que hacían tocantes exclamaciones al ver reducido a tan mísero estado a la que llamaban la *magre* de los pobres, siento lo mismo. ¡Soy muy feliz!

—Señor,— me decía una viejecita de condición social humilde, pero fieramente altiva, porque tiene sangre patricia en las venas—: lo que más me causa malestar no es la pérdida de mi rancho, aunque estos calores me tienen enferma, con dolores de cabeza atroces, sino el haber quedado a la calle con la caída de mi *pader*; porque no me gusta que nadie se entere de mis pobreza. ¡Y mi puerta tan linda, señor! ¡Vea Ud. cómo ha quedado!

—No se aflija, señora. ¿Quién sabe si Ud. no sale ganando en esta triste partida? De toda la República van a llegar recursos para reconstruir La Rioja.

—¡Psh! ¡No crea, señor! ¿No ve que yo sé lo que se ha hecho con las limosnas de otros tiempos? Son solamente para *los blancos de la plaza*. Yo también soy blanca, soy señora, aquí donde Ud. me ve, aunque no use gorra como otras...

—¿Y otros?

—Por cierto... (dijo riendo). Pero no se trata de eso. Óigame bien: ¿quiere que se los *nuembre*?

—Esos eran otros tiempos, señora.

—¡No me diga, señor! Yo conozco muy bien a los riojanos... (¡y ella era riojana!)

—Hoy tiene Ud. una comisión central compuesta por vecinos más respetables, presidida por el señor obispo.

—En ese si creo, porque es un hombre santo. ¿Y quiénes son los otros?

A medida que los nombraba, ella hacía sus calificaciones, manifestando casi siempre su terca desconfianza y acabando por olvidarse de la garantía satisfactoria del presidente.

—¡Si! ya sé yo que están sacando de noche las bolsas de harina y llevándolas a su casa... ensacando, ensacando siempre! (Y acompañaba la dura aseveración con una mímica grosera).

—¡Pero si eso no es cierto señora! Figúrese Ud. si lo sabré yo que estoy allí todo el día! Ni siquiera han llegado las provisiones que usted supone. Vienen en camino y quién sabe cuándo llegarán... Tenga Ud. más confianza, preséntese a la comisión de su barrio o al obispo si quiere... ¿Y no ha recibido noticias de Tucumán?

—Si, señor; me ha hecho un telegrama mi hija. Yo me iría; pero ¿cómo voy a abandonar mi sitio, para que cualquiera se ponga aquí y diga que es suyo? No, señor; yo no me voy, aunque me den pasaje. ¿Dónde va a valer uno más que en su tierra? Los vecinos me roban el agua, me avanzan su cerco, casi me matan de ira como me sucedió con este pícaro de al lado; pero en otra parte puede irme peor... Mis hijos tienen ya su familia, sus deberes...

—¿Nos vamos de La Rioja, señorita?... (Decía delante de sus padres a una muy simpática morochita de facciones acentuadas y ojos vivos, aunque según supe luego bastante aficionada a cosas de iglesia). Supongo que no se animará a permanecer tres o seis, o doce meses, bajo estas parras. Por allí tiene Ud. parientes... ¡Además esto está muy triste! ¿Nos vamos?

—Bueno ¡nos vamos!...

La contestación era broma, por cierto.

Ha pasado la tremenda siesta; el sol ha traspuesto la encorvada cima que domina hacia el oeste la Boca de la Quebrada, por donde pasa el camino para Chilecito y demás pueblos que tan crueles peripecias acaban de sufrir, las copas de los árboles que sobresalen de las ruinas aparecen de un verde casi negro, un hálito de fuego se levanta de las secas arenas; no es posible encerrarse a trabajar, ni respirar siquiera.

Por la noche se va a la policía, gobierno, al hotel de la plaza, con temor y todo de que se venga abajo, o al club social que pudiera hoy llamarse el *club del algarrobo*, pues se charla, juega, come y murmura bajo las ramas de esa planta indígena.

El primero y el último centro han sido los más favorecidos en los días subsiguientes al terremoto. Pero la concurrencia al despacho, que como he dicho era al principio excluyente, comenzó a disminuir en razón directa de los calores e inversa de las tareas extraordinarias de la administración; y a la vez, siendo casi los mismos clientes, la concurrencia al club del algarrobo fue aumentando en razón directa de los calores e inversa de la concurrencia al despacho.

Quien oyera lo que en estos centros se dice, cómo va familiarizándose esta gente con los temblores y cómo se bromea, comentando frases ridículas, reales o inventadas, y refiriendo escenas, pensaría que vivieron siempre al aire libre.

Mientras tanto los elementos de reconstrucción se retardan; estamos a principios del verano; la comunicación por Patquía pudiera interrumpirse del todo... ¡Yo creo que esta gente no piensa en lo que va a durar esta *verbena*!

En fin, ya son más de las once; comienza a refrescar un poquito. Vamos a dormir al aire libre, conversando previamente algunos minutos con la luna, que tiene encantado al simpático chico Madero.

Hasta mañana.

ASHAVERUS

“Desde las ruinas. IV”, *La Nación* 6 de diciembre de 1894.

LA RIOJA, noviembre 3.

Demos un paseíto por la ciudad, aprovechando con avidez las primeras horas de la mañana, únicas apropiadas para llevar a cabo una investigación reporticia o simple gira o *giro* (que es más castizo) de *tourista* (que no lo es).

Casi desiertas están aún las calles; porque los escombros amontonados por todas partes cierran el paso y dificultan el andar, no solo de los carruajes, sino de los jinetes, que, por otra parte, son escasos en todo el día.

La mayor parte de los viandantes son clientes del mercado que continúa llamándose tal a pesar de los considerables menoscabos sufridos en su estructura material, porque sigue desempeñando sus oficios, no sé si con satisfacción del público, pero seguramente con las de sus concesionarios felices de la época consabida.

Están en ruina evidente cuerdas enteras, cuyos edificios, o están tendidos en hacinamiento caótico de adobe, vigas, puertas y techos destrozados, extendiéndose sobre la vía pública, como puede verse en las vistas que tuve el gusto de remitir a LA NACIÓN, u ostentan rajadas y puntales que los presentan en un estado lastimoso.

Sea dicho de paso que cuando se observa uno de estos ruinosos edificios apuntalados con largas vigas, no puede menos de recordarse la pictórica frase del Dr. San Román *—la revolución de julio ha sido un terremoto—*; y la imaginación no ha menester poderosos esfuerzos para ver en rígidas y largas líneas la figura de un conocido personaje nacional, empeñado en sostener una fábrica que él mismo contribuyera a socavar y que hoy se cae irremediabilmente a pedazos, al ligero estremecimiento de ocultas energías incontrastables,

al mismo tiempo que el arquitecto que le encomendara semejante tarea, después de haber acomodado con precaución uno que otro puntalito, sonrío a su espalda... Me parece un buen tema para un diario de caricaturas.

Naturalmente, no ofrecen todas las calles el mismo aspecto. A primera vista, especialmente si se domina todo el conjunto desde el agrietado segundo piso del Cabildo, por ejemplo, parece que ha quedado salvada toda la ciudad, cuyo pintoresco aspecto ha cambiado muy poco, según puede verse en la vista general que he remitido; pero la mayor parte de esos al parecer intactos edificios, son ruinas amenazantes. Al penetrar en su interior, se patentizan los desperfectos que no admiten reparación, las rajaduras profundas en todas direcciones, con especialidad en los tabiques o muros transversales, la separación total en el vértice de los ángulos formados por las murallas: son fantasmas de viviendas, sin habitantes y sin muebles, abiertos para todo el que quiera aventurarse a contemplar sus interiores graves heridas; centinelas que permanecen de pie, cual si intentaran señalar eternamente la inflexible consigna, pero si no helados, porque tal no puede decirse aquí ni en metáfora, rígidos, muertos, como los soldados franceses en la estepa rusa.

También es verdad que si bien todo esto es legalmente imputable al terremoto, éste pudiera invocar en su descargo algunas circunstancias atenuantes y quizás en determinados casos alegar con probabilidades de éxito su absoluta falta de responsabilidad.

¿Sobre quién recaería entonces? Sobre los propietarios o los constructores; sobre éstos en caso de mala fe o impericia, y sobre los primeros, en el de tacañería o imbecilidad para aceptar gatos por liebres.

Hay desparramados en toda la ciudad dos clases de construcciones, cuyos caracteres presentan marcadas diferencias: la moderna que ocupará una tercera parte más o menos, de paredes altas y delgadas de ladrillos ligados con argamasa y de techos livianos como la generalidad de los conocidos en el litoral, y la antigua de gruesas paredes de adobes asentados en barro, algunas veces de más de un metro de espesor, generalmente con cimientos de piedras sin labrar, de varios tamaños y formas, casi siempre redondas, de escasa elevación, con pesados techos de cañas, *lala* (*) o jarilla y barro. Los tirantes, supongo, deben ser en la construcción moderna de pino de tea y en la antigua de algarrobo, álamo o quebracho blanco. De lo último estoy seguro, porque esas maderas son comunes en la localidad, no siendo verosímil que nadie se atreviera a importar hierro o maderas duras en una época en que el transporte de materiales de construcción se hacía a lomo de bestia; yo mismo he visto por los años 80 u 81 carguillas de adobes o de un par de tirantes sobre los lomos de los pacientes burritos que en el segundo caso parecían aspados por las dos puntas. No me sorprendería saber que la edificación moderna hubiera también tenido que echar mano de esos medios y elementos.

Agréguese a lo dicho que la cal allí usada, extraída de los cerros vecinos, es de calidad pésima, y que esa maldición de lo que el vulgo llama *salitre* (que como es sabido nada tiene que ver con el nitrato de potasa), es muy abundante y destruye activamente los revoques y las paredes en los cimientos; y con eso ya se comprenderá el grado de confianza que merecen las construcciones mal ejecutadas.

La mayor parte de las vigas de las viejas casas de adobe se encontraban podridas y sostenidas en posición aparentemente regular por un milagro de equilibrio o de adherencia.

—Me ha hecho un gran servicio el terremoto, me decía el Dr. San Román, que suele presentar a cada paso manifestaciones de tan simpáticos y heroicos optimismos; si no viene tan pronto, cualquier día, sin decir “agua va”, sin ese aviso a los pies que a tantos ha salvado,

se me viene abajo todo el techo y me aplasta con toda la familia. ¡Figúrese que al descubrir hoy los techos nos encontramos con que todos los tirantes habían estado podridos!

—¿De modo que está Ud. muy obligado con el terremoto?

—Muy obligado, noblemente obligado... ¡y con el otro que sabemos, mucho más! Más se perdió en aquel diluvio, aunque eso no era mío ni de usted.

—Y por la misma razón ¿deberá quedar muy obligada toda La Rioja?

—¿Quién lo duda? Por el uno y por el otro.

En una palabra: aquellos pesados edificios, contruidos para durar centenares de años, con solo renovarles parcialmente los techos cada cierto tiempo, sin cielos rasos que facilitarían una celada, y en las condiciones normales de la quietud del suelo y de la escasez de lluvia, no han podido soportar la prueba del famoso día 27, después de haber sido sometidos a modernizaciones sucesivas —cielos rasos y parapetos— y habiendo recibido algunas excepcionales lluvias; y los modernos (porque hay que atribuir al modernismo gran parte de esa y otras calamidades), los que fueron levantados en su mayor parte por el memorable Banco Constructor, con falta de homogeneidad de materiales y malas mezclas, no ofrecían garantías mucho mejores de solidez. En unos y otros hay falta de trabas en las esquinas, de escuadra y de nivel, y quién sabe cuántos otros defectos.

La edificación riojana era un enfermo grave, lleno de acicalamiento y afeites superficiales, cuya desnudez y crisis actual pone de manifiesto sus anomalías orgánicas y llagas incurables. ¿No sucederá en la sociabilidad cosa análoga?

Seguramente, aunque debe borrarse el término de incurable que solo puede ser tolerado como hipérbole. Todo tiene remedio, todo, todo, aún el modernismo, el radicalismo de Miura y aún quizá ese paralítico escrofuloso régimen pasado que de entre bastidores está dirigiendo o contemplando escaramuzas contra el orden nacional actual (que no es ciertamente un lecho de rosas), azuzando a los que persiguen lo mejor y lo peor y sonriendo a los *dilettanti* que hacen de la política un mero arte de esgrima de salón, o de baile, ¡cuando no de complicados equilibrios japoneses!

Todo se andará, y hemos de volver a las condiciones normales, después de estos pequeños sacudimientos que continúan asustando a los tímidos y engañando a los que quizá de buena fe se creen sus factores.

El suelo conmovido por la revolución de julio en toda la República no está más consolidado aún que el suelo de La Rioja y San Juan sacudido por el temblor del 27 de octubre; ¡pero no siempre ha de seguir temblando! Y si todavía hay gases comprimidos o cavernas subterráneas, ¡que venga lo que venga!

Eso no faltará en La Rioja ni hay porqué desesperar de encontrarlo en toda la República.

Aquí sobre todo, en este pedazo de suelo argentino, árido, aislado y pobre, donde mucho antes de la catástrofe presente decía un gobernante que iba a edificar con escombros y sobre escombros, donde cada reparación o mejora representa una montaña de obstáculos apartados y de materiales removidos, en presencia de esta persistente lucha de un espíritu superior con la naturaleza o con los hombres, el alma se consuela y retempla.

—¡Es una tarea sin fin! Cuando se ha cerrado un rumbo se abre otro más ancho. Y como todas las reparticiones o más bien todos los servicios públicos están exactamente tan aporreados y destartados como los edificios después del temblor, no puede usted tocarlos sin las precauciones necesarias para no ser aplastado, y aunque se sienta artista no podrá tener entusiasmo para alzar una gallarda columna al lado de un grosero puntal. Se tendría tentaciones de echar todo abajo; pero ¿cuánto duraría, si pudiera llevarse a cabo, la

reconstrucción? Siempre es preferible a vivir a la intemperie estar bajo techo, aunque éste sea una ramada o una carpa.

–Doctor: dicen que los hombre del Partido Nacional, éstos de aquí...

–Y en cuyo nacionalismo Ud. no cree, por cierto.

–Ni en el provincialismo tampoco: ni en el primero porque han sido tan cambiantes como los políticos de Salta y Mendoza; ni en el segundo, porque tienen pocas vinculaciones de afecto con La Rioja.

–¡Ah! ¡Y hubieran querido colocar mis costillas de durmientes para poner los rieles del tren que hubiera de conducirles fuera del la provincia! Son duras; pero no alcanzan para tanto, ni las entregaría así nomás.

–Dicen que Ud. no tiene partido, que de los diputados que no concluyen solo cuatro o cinco le pertenecen, que su presente situación es la misma que la del Dr. Sáenz Peña que se encuentra a merced de Roca y Pellegrini, que en Buenos Aires ha quedado Ud. mal con cuatro altas personalidades que Ud. suponía rivales, porque pretendió halagar las aspiraciones de cada uno, que no ha tenido en cuenta los sacrificios de tantos años que sus amigos han hecho aquí por Ud....

–¿Nada más? ¿No le han dicho también que cuentan con casi todos los jefes políticos de la provincia? ¿De qué se quejan entonces? ¿Qué hostilidad han encontrado de parte del gobierno en las elecciones? ¿Pueden imaginarse ellos que si yo hubiera dicho esas palabras al oído habrían podido luchar en la pasada elección nacional contra el candidato que yo hubiera propiciado? ¿Y qué me importa de mayorías en la cámara provincial? A uno de ellos, de los que pudieran considerarse jefes de esta *oposición*, que vino a hablarme de mi candidatura para senador nacional, le contesté: No admito letras políticas con vencimiento a los cuatro años; puede Ud. buscarle otra colocación. ¿He de convertir la legislatura en un club político? Solo podría molestarme una mayoría que me hiciera guerra sin cuartel nada más que para satisfacer inconfesables intereses; pero no haré a mis paisanos la ofensa de suponerles acaudillables con propósitos semejantes. En cuanto a mi actitud en la política nacional, basta que Ud. recuerde aquel reportaje publicado por *Tribuna*: allí está mi credo como ciudadano; y por lo que respecta a mis vistas de aquel tiempo, puede Ud. juzgarlas a la de los hechos presentes...

¡Pero me olvidaba de los edificios! Otro día hablaremos de ellos.

ASHAVERUS

(*) Varilla de una planta muy común.

“A través de la República”*

José Manuel Eizaguirre

“A través de la República. (De nuestro redactor viajero). Notas sobre San Juan. Treinta y tres horas en ferrocarril – San Luis, Mendoza y San Juan – Al pasar – Las corrientes de agua – Aspecto general de la ciudad de San Juan – Las estatuas – Despoblación de San Juan”, *La Prensa*, 21 de junio de 1900.

Después de treinta y tres horas de viaje en ferrocarril me encuentro en la ciudad capital de la provincia de San Juan. Pienso que las impresiones de un viajero extraño a la vida de las provincias argentinas y a los primeros paisajes que presenciamos al internarnos en el país, serían muy poco gratas en estos momentos, porque en los 1.202 kilómetros recorridos, la vista no encuentra deleite al extenderse sobre la llanura de la provincia de Buenos Aires, o sobre la pampa de San Luis que le sigue, apenas poblada por montes de árboles enanos y espinosos, con su tierra seca y caldeada, que deja en el espíritu una impresión de verdadera desolación.

Pero me defiendo de la vieja costumbre de descubrir tierras. Largos siglos han corrido desde que estas regiones fueron descubiertas, conquistadas, pobladas y descritas y la vanidad de ningún esfuerzo me hará creer que con nuevas impresiones se enriquecerá la literatura periodística, o se borrarán las ignorancias que sienten los que no han leído ni viajan. La República necesita ser conocida por el poder de su producción, y en la estructura social de sus diversas regiones, y a esta tarea delicada y difícil que me ha confiado LA PRENSA voy a dedicar mis observaciones, dejando para otras oportunidades la consideración de puntos extraños a ese programa.

En la travesía de Mendoza a San Juan, más aún en los campos de San Luis, nótase la importancia vital que representa el problema de dotar de agua a estas provincias. En una extensión de 198 kilómetros no he encontrado ni siquiera un pozo. El paisaje es tristísimo, y los primeros contrafuertes de la cordillera andina no aligeran al espíritu. La idea de llegar a San Juan se agita con violencia tan extraña, que se me ocurre la misma angustia que debe sentir una persona encerrada en habitaciones llenas de humo o de polvo y que busca con afán la puerta de escape hacia la calle para respirar el aire sano y fresco.

San Juan se convierte así en un oasis y el viajero más exigente encuentra siempre en ella algo digno de sus juicios amables. El aspecto general, la fisonomía de la ciudad, tiene muchos parecidos en el país, y de todo encuentro en ella menos del sello colonial que algunos han recordado. Es una vieja aldea, transformada en ciudad moderna, difundida más de lo necesario en el hermoso valle que le sirve de asiento desde el año 1562 de su fundación; una ciudad de paz, de reposo, casi un cementerio. El pasado palpita en todas sus calles, el pasado de ayer: don Salvador María del Carril es bronce desde su pedestal, con una pluma en la mano y con mansa actitud, recibe a los viajeros sin las obsequiosidades de la simplicidad antigua, en la plaza de la estación, dándoles la espalda; Fray Justo Santa María

* José Manuel Eizaguirre realizó una extensa gira periodística por trece provincias argentinas a lo largo de un año, entre junio de 1900 y mayo de 1901, con el objeto de producir un relevamiento completo de las situaciones provinciales en materia social, política y económica. Dedicó entre tres (Salta) y trece crónicas (Santa Fe) a cada provincia sumando en total noventa y dos entregas, complementadas con abundante información estadística, en lo que constituye un valioso e ignorado documento sobre el estado general del país apenas iniciado el siglo XX. Se transcriben aquí las tres crónicas iniciales correspondientes a las provincias de la región cuyana.

de Oro no es más amable sobre su pedestal de granito en el centro de la plaza 25 de Mayo, vestido con sus mantos sacerdotales, con los brazos caídos y la mano derecha abierta como para indicarnos suavemente el suelo, nos invita a la firme conformidad y parece decirnos:

–“Aquí estoy, ya lo ve usted, sin poder mirar los Andes ni mi iglesia, pero es necesario conformarse!”

Los sanjuaninos deben también haber sentido una impresión parecida porque ya me he enterado que piensan cambiar al fraile patriota de local para dar alojamiento a Sarmiento educacionista de Víctor de Pol.

Este ir y venir de monumentos probará en el momento oportuno la inestabilidad que sufre el criterio de los hombres directores en la localidad. No saben todavía si han hecho verdadera justicia póstuma a Santa María de Oro, y quieren hacerla como contemporáneos para Sarmiento. Extraño será si los hombres del futuro no siguen el mismo camino con la estatua de Sarmiento cuando la encuentren sobre su pedestal.

Laprida, el presidente del histórico Congreso del año 1816, tiene ya local designado, y para Sarmiento –que está como el anterior todavía en su embalaje– si no cambian a Oro, le formarán una nueva plaza, por lo que no será imposible llegar a ver cómo el ilustre pensador queda en definitiva en algún barrio impropio para sus merecimientos. Aquí, como en otros puntos de la República, parece más útil difundir las escasas fuerzas que reconcentrarlas; crear para extender, que embellecer lo existente. Y no vaya a pensarse que todo lo que está en pie no necesita embellecimiento: desde las casas hasta el suelo de la ciudad reclaman con urgencia grandes cuidados, porque todas las primeras, salvo raras excepciones, son de barro crudo, y el piso de las calles no está solado, y el más ligero viento levanta nubes de polvo finísimo produciendo grandes incomodidades.

San Juan es un cementerio, he dicho más arriba, y para hacer más notable esta característica, después de las estatuas de hombres del pasado, que adornan sus plazas, un viajero curioso encontrará en muchas calles un motivo para pensar siempre en lo que fue esta ciudad. Diversas placas de bronce, colocadas en el frente de algunas casas instruyen al caminante dónde nació Fray Justo Santa María de Oro, Francisco Narciso Laprida, Domingo Faustino Sarmiento, Salvador María del Carril... Y no son todos los ilustres todavía.

Es una ciudad de barro, que nos recuerda hombres de bronce. Sin duda alguna, más fácil es levantar estatuas que preparar los caracteres para formar varones ilustres como aquellos. He averiguado, he observado, he hecho apuntes, y en definitiva he visto que las virtudes de los primeros hogares se han marchitado. Un diario local, *La Provincia*, me ahorró una sospecha de aquellos que llegarían fácilmente a creerme injusto; leo en uno de sus últimos números un pensamiento muy triste sobre la situación presente, pensamiento que termina con estas preguntas que todos se hacen aquí:

“¿Qué se hicieron aquellos hombres leales y abnegados de otros tiempos, aquella sociedad modesta, culta y respetada, aquellas escuelas morales, bien dirigidas, de útil enseñanza para el niño, con profesores idóneos y alumnos distinguidos? ¿Dónde se encuentra la dignidad personal, política, social y comercial? ¿Los derechos del ciudadano, la competencia explícita de los funcionarios públicos, la integridad de conciencia y de acción, las manifestaciones reales de una vida regular? ¿Qué se hizo la escuela de aquellas costumbres salvadoras de nuestros abuelos, que nos dieron honra y fama con sus virtudes? Todo está perdido en la oscuridad de una noche...”

La sociedad sanjuanina parece no tener ya la cohesión de viejo cuño, ni aquella encantadora sencillez que formara el carácter de muchos de los varones que ilustraron nuestra historia. El hecho real es que ha cambiado su oro puro por el oropel de los triunfos

modernistas, y que ha concentrado todas las riquezas en el salón principal, sembrando miseria en interiores.

Un vecino de buena tradición de hogar, de grandes iniciativas para el progreso local y la industria vinícola, y raro en estos tiempos, por la valentía con que expresa sus pensamientos, el señor Ignacio Segundo Flores, me ha dicho:

–San Juan, en la actualidad, es una víctima de la política, si puedo llamar así a las pasiones personales que andan en lucha por posiciones fáciles. Ya no se matan gobernadores; ahora se sacrifica cruelmente al pueblo, con un juego de tira y afloja mantenido por un pequeño grupo de hombres.

Palabra más o menos, ese es el pensamiento; y sin embargo, San Juan no vive bajo presión de la fuerza. Ni siquiera existen gendarmes, y ni se roba ni se mata. No puede imaginarse una tranquilidad mayor que la que se siente en esta ciudad. Las calles se ven desiertas, muchas familias han emigrado, los brazos escasean día a día, y la ciudad que el año 1895 tenía con sus cuatro departamentos suburbanos 35.883 habitantes, tendrá escasamente hoy unos 20.000.

¿Por qué se opera esta despoblación en una provincia que tiene un hermoso clima y tierras riquísimas, con 12.000 hectáreas dedicadas a la viña, y que cada hectárea puede producir, término medio, 4.500 litros de vino?

Es este un problema que aclararemos apuntando la mayor suma de datos y observaciones, porque nos encontramos con un caso digno de ocupar la atención de todos los que piensan sobre el estado general del país y no tienen el detalle de algunas situaciones provinciales.

“A través de la República. Notas sobre Mendoza. (De nuestro redactor en viaje). I. Aspecto general de la ciudad – Los prodigios de la irrigación – El monumento al trabajo – Las alamedas – Población – Atracción de la riqueza mendocina – El tipo de evolución”, *La Prensa*, 12 de julio de 1900.

Suscribo el pensamiento expresado por otros viajeros sobre la belleza de Mendoza. Calles con doble hilera de álamos, aceras espaciosas, edificios modernos, bajos, amplios y limpios, dan a este conjunto todo el carácter de una ciudad con sello original y simpático.

Las alamedas están sin hojas durante estos meses del año, pero aún sin los encantos de la vegetación, admiro a Mendoza, como uno de los mayores esfuerzos de la civilización argentina. Todo este conjunto, que veo respirar en un ambiente de bienestar, lo ha hecho el hombre con la virtud del trabajo constante sobre una tierra pedregosa e ingrata: él ha dominado las corrientes de los ríos y lanzado las aguas a millares de canales sobre terrenos yermos, que son hoy praderas artificiales o riquísimos viñedos.

El agua, elemento poderoso de la riqueza regional, que descendía de las vertientes andinas e iba a perderse en las llanuras y en los esteros lejanos, corre murmurando hermosas promesas por los canales de la campaña y en las acequias de la ciudad.

El espectáculo es educador y gratísimo para aquel que piensa en el pasado oscuro y miserable de estas regiones, y mide la fuerza de impulsión que llevan hoy.

Algunos maestros en la imitación, que es la gran ciencia del momento, muéstranse impacientes por dar a Mendoza el sello pesado de casi todas las ciudades argentinas.

–Estas acequias y alamedas, es necesario hacerlas desaparecer de la ciudad, –exclaman.

—¿Por qué —pregunto— cuando forman precisamente el marco más encantador de la ciudad?

—¡Pero si le dan un carácter de aldea!...

La inexactitud está visible ante la impresión que reciben los viajeros; pero si la desgraciada idea de necio modernismo llega a triunfar en día próximo o lejano, seguro estoy que Mendoza no perderá solamente sus alamedas y acequias, sino también la amplitud de sus casas bajas y señoriales, para adquirir el tipo de estas ciudades de alquiler, con sus cuchitriles oscuros y balconajes de jaula. Encuentro siempre en estas manifestaciones la manía de destruir, para reedificar de acuerdo con las líneas de un patrón único; pero se me ocurre que la tendencia no prosperará mucho en este ambiente de pueblo trabajador y enemigo de locas fantasías.

El juicio es de fácil comprobación: basta mirar el aspecto general de la ciudad, medir los esfuerzos consumados, detenerse un momento en el andén de las estaciones del Gran Oeste, donde concurre el comercio a dar la nota más alta de su movimiento, conocer el rumbo de la actividad mendocina y de sus capitales, cambiar ideas con los hombres de mayor representación industrial, social y política; y todavía, para dominar los detalles, en apariencia insignificantes, recorrer sus plazas públicas, que son verdaderos parques, y ver que en ellas no se levanta ningún monumento de justicia oficial.

Esta última circunstancia es, a mi juicio, digna de ser señalada, cuando los gobiernos menos laboriosos de los pueblos más retardados, muéstranse impacientes por hacer justicia póstuma y manifestaciones ruidosas de gratitud nacional.

¿Sucede acaso que carecen aquí de glorias, de héroes, de tradición? En ninguna otra provincia estaría en mejor sitio un monumento grandioso al libertador y a la bandera del ejército de los Andes, que simbolizan el esfuerzo y la obra magna de la sociedad mendocina; de este pueblo, que en horas de largas vigiliassupuso hacer fortuna de su miseria para cooperar a la empresa de la emancipación americana. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Falta patriotismo, idea de nacionalidad, sentimiento de respeto a las glorias conquistadas, conciencia de deberes sagrados?

—“Todavía nos estamos formando, y no hemos tenido tiempo para pensar serenamente en el pasado...”

Esta contestación, que recibió mi pregunta, arroja mucha luz sobre lo que se ha llamado ya indiferencia mendocina. Aquí está formándose un núcleo poderoso de civilización; el hombre “de la dilatada región de Cuyo”, como se diría en romance del tiempo colonial, el tipo individualista de la región de la viña.

Es tarea “patriótica” para San Juan, pobre, esquilhada y desierta, llenar sus plazas con las estatuas de los hombres más ilustres que nacieron en su sociedad; pero la tarea sería inexplicable aquí, donde se ejercitan todas las fuerzas para marchar hacia adelante, sin las escarapelas de una justicia convencional. Ya vendrá la hora tranquila y feliz y entonces no se levantarán estatuas por malos gobiernos en ciudades desiertas, sino en medio de pueblos conscientes, ricos y vigorosos.

¡Justicia póstuma, sin justicia viva! Es una alegre característica de los tiempos que corren.

Por ahora, la bella ciudad de Mendoza, edificada sobre los áridos pedregales de otros siglos, es el mejor monumento que ha podido consagrar la actividad regional —gran actividad, que desarrolla su influencia más allá de los límites territoriales—.

Y véase como: el año 1895, la provincia tenía una población absoluta de 116.136 habitantes, de los cuales 15.896 eran extranjeros. Correspondían a la ciudad capital 28.602,

y de estos eran extranjeros 4.870. Cinco años después esas cifras han aumentado considerablemente, tres provincias argentinas le dan también un poderoso contingente; el mismo año que mencionamos, Mendoza tenía 2.791 vecinos de San Luis, 6.914 de San Juan, 6.831 de Santiago del Estero.

El fenómeno es elocuente; Mendoza, con su riqueza, desarrolla una atracción poderosa sobre los pueblos más pobres de la República, y sobre su suelo, que empieza a ser subdividido en pequeñas propiedades, se radican industrias de larga vida y capitales que diariamente adquieren mayor volumen.

El bienestar se difunde y perfuma el espíritu de los mendocinos. Ya no existe, en rigor, *los importados*, ese vocablo hiriente de las localidades pequeñas y pretenciosas, no circula como moneda social. Valor real tiene aquel que trabaja, y por millares se cuentan los provincianos y extranjeros que cooperan a la grandeza mendocina. La espontaneidad en el trato y las dulzuras del carácter, propias del hombre que no sufre grandes aperturas ni ve terminar su horizonte a dos *tiros de arcabuz* de la ciudad natal, es aquí moneda más legítima y corriente que la “letra de Tesorería”, que también, como en San Juan, pero sin depreciación, la encontramos circulando a título de *moneda local*.

De este comercio constante, de esta atracción que desarrolla el suelo, Mendoza, favorecida, adquiere fortuna y belleza. El “mendocino viejo”, que don Abraham Lemos presentaba como “tipo terco, porfiado, retrógrado, sin iniciativa e ignorante”, debe haber desaparecido por completo, y en cuanto al tipo físico del indígena, evoluciona notablemente: la comprobación puede hacerse a simple vista y con alguna facilidad, porque lo que más llama la atención en este orden es la placidez y la dulzura que muestran los rostros femeninos. Los he observado, con impresiones tan gratas al no descubrir las fealdades primitivas ni las comunes afectaciones de la mujer argentina, que les deseo siempre esa misma frescura, como voto íntimo de viajero, porque también esa frescura es belleza, en los pequeños núcleos sociales, excesivamente conservadores y casi aristocráticos de la región interior.

Es tal la fuerza que desarrolla este ambiente, que transforma aún a aquellos que llegan con la pretensión de modificarlo. Son muchos los sabios campanudos de tierras lejanas que han abandonado sus digestos para hacerse propietarios de viñedos.

El elemento extranjero, sobre todo el italiano, ha dado un gran ejemplo con su acción perseverante.

Las grandes fortunas de los tiempos que pasaron han desaparecido, mermadas por el hijo pródigo y las necias ostentaciones sociales. Hoy, Mendoza tiene millonarios —y entre ellos dueños de bodegas importantísimas—, que hace diez años eran vendedores ambulantes o simples colonos. Empezaron a trabajar en una hectárea, y poseen en el presente extensiones que varían entre 150 a 350 hectáreas de viña.

El criollo, el hijo de familia antigua y rica, casi siempre ridículo en sus pretensiones, remiso para el trabajo y amante de las posiciones políticas, ante ese cuadro que presentan los extranjeros, ha reaccionado y se lanza afanosamente a ser agricultor. Esta observación la he hecho en varios departamentos de la campaña y en los suburbios de la ciudad. Los apellidos de la antigua sociedad mendocina están representados en los viñedos, y si esta reacción persiste, el ejemplo será fecundo para las sociedades de provincia.

Solo el tipo popular, el jornalero y proletario criollo, se muestra obstinado en su pereza. Siente el bullicio, se ve llevado por la ola de trabajo y la riqueza, pero la resiste con la fuerza casi invencible de su inercia.

Corríamos por los caminos rurales del departamento de Maipú, y entre dos propiedades ricas en viñas vimos un rancho de barro en medio de un terreno no menor de diez hectáreas. Un caballo comía las chalas de un maizal seco, y a la puerta del rancho un hombre y una mujer nos miraban con ese aire taimado, característico de casi todos los hombres de la campaña.

–Ya verá usted –me dice un compañero– este es un pequeño erial en medio de aquellas dos viñas. Sus propietarios, sin duda esos dos criollos que vemos allí, ni lo venden ni lo cultivan, y viven miserablemente.

Nos acercamos para entablar el siguiente diálogo:

–¿Es de su propiedad este terreno?

–Sí, señor.

–¿No quiere venderlo? –El paisano movió la cabeza de una manera significativa y después de un momento nos contestó:

–No, señor; por ahora no lo vendo.

–¿Y por qué no lo cultiva o planta viñas?

El paisano se calló de nuevo, pero como alguien le observara que vendiéndolo o cultivándolo tendría más facilidades para pagarse el vicio del cigarro, contestó con energía:

–¡Y cuándo pido cigarros a nadie!...

El paisano, con su pobreza señorial, pintaba así las energías y la vida toda de su tipo, que es hoy la cigarra de los tiempos heroicos, que se debilita en la inacción, se corrompe en la miseria, y desaparece ante el empuje de los nuevos trabajadores del suelo argentino. Bebe, no concibe decoroso el ahorro ni tiene conciencia del esfuerzo constante del trabajo; el pequeño fundo lo va perdiendo en la pulpería donde concurre a satisfacer sus vicios, y cuando él se apercibe y quiere discutir derechos, se ve en la miseria, entre deudas, embargos, procuradores, almaceneros y abogados.

La justicia argentina cierra siempre el capítulo de estas vidas.

“A través de la República. Notas sobre San Luis. (De nuestro redactor en viaje). IX. En la estación Mendoza – El viaje – Las primeras impresiones – San Luis – Edificios – Población – Plazas públicas – Las ciudades de la conquista española”, *La Prensa*, 8 de agosto de 1900.

El día que salí de Mendoza, el andén de la estación estaba, como siempre, lleno de gente. Comerciantes, industriales, comisionistas, familias; en fin, aquel cuadro formado con tantos y diversos elementos, revelaba con claridad una faz interesante del movimiento mendocino.

Un grupo, entre todos, llamó la atención de varios periodistas y amigos que me acompañaban, y nos dirigimos hacia él. Algunas mujeres, con caras llorosas, nos miraron con esa fijeza característica del desaliento. Mi curiosidad, estimulada en aquel ambiente, me llevó a formularles una pregunta, y supe entonces que despedían a dos ancianos que se dirigían a Europa, después de haber vivido durante quince años en Mendoza. Se alejaban para descansar en Italia de las fatigas sufridas, y la numerosa prole, vinculada y radicada en la provincia, los despedía con íntimas amarguras.

La escena era tocante, y para mí llena de sugerencias: en la estación de San Juan había visto emigrar a los argentinos en busca de trabajo remunerador, temerosos de caer en las angustias de la miseria, y aquí, el cuadro era distinto, hombres de lejanos paisajes se retiraban satisfechos de su trabajo dejando como continuadores a los miembros de la

familia. Voceros del progreso de Mendoza, serían estos, en tanto que los sanjuaninos al abandonar su provincia, digna de riquezas tan grandes, probarían en todos los momentos el desquicio de aquel gobierno que ha conspirado contra el progreso regional y el bienestar público.

Ya en viaje, fui comprobando el mismo movimiento de pasajeros en todas las estaciones. Las conversaciones giraban siempre sobre negocios industriales y comerciales; durante varias horas no llegó a mi oído ninguna protesta política, ninguna combinación ministerial; pero bastó que entrase en territorio de la provincia de San Luis para recibir las primeras impresiones semejantes.

La primera persona que conocí en el tren me informó, con detalles abrumadores, de un disgusto, escándalo o pelea, que habían tenido dos altos funcionarios de la administración puntana, el ministro de Gobierno, doctor Pérez, y el jefe de Policía, señor Gerónimo Mendoza. Se había discutido un artículo de ley, y disconformes las opiniones, el ministro recibió como contestación a una orden estas palabras:

—“¿Qué te has creído, que por ser ministro voy a obedecerte órdenes contra lo expresamente establecido en ley?” y después de una andanada más fuerte, la presentación de la renuncia, que no fue aceptada, “porque Gerónimo Mendoza, jefe de Policía, es hermano de Eriberto Mendoza, senador nacional, y la provincia está todavía en manos de esta familia, como si fuera una hijuela testamentaria de don Toribio Mendoza”.

La relación, llena de colorido, terminó con esta pregunta y el diálogo que sigue:

—¿Qué le parece a usted esto?

—¡Una barbaridad! —contesté sin vacilación.

—Pues bien, tal es el estado de San Luis. Llega usted como periodista, en momentos propicios. Todos los comerciantes están disgustados con el jefe de Policía, por disposiciones violentas que ha adoptado en asuntos comerciales. Figúrese usted que se le ha ocurrido a este señor, que los hacendados cuando llevan ganado a Mendoza tienen que acreditar ante la jefatura la propiedad de cada animal y los comprobantes de todas las marcas que lleven.

En definitiva: el señor Mendoza aparecía como el funcionario más arbitrario y antipático, representación de los gobiernillos de familia, que tantas condenaciones han merecido por sus procedimientos en San Luis.

Hablé del gobernador Gutiérrez, y recordé su hermoso mensaje, que impresiones tan gratas causara en todo el país, pero no conseguía arrancar una sola nota nueva. Este gobernador “era un instrumento de senador Mendoza”, un hombre sin carácter, “honrado, sin duda alguna, pero incapaz de manejar con sus manos el timón, de orientarse y orientar a la provincia”.

—¿El gobernador Gutiérrez es hombre de edad avanzada?

—No, y ya sé por qué pregunta usted eso. La impresión general fue que el mensaje encerraba el pensamiento de un hombre que había vivido mucho y mirado con tranquilidad todos los últimos acontecimientos políticos, pero esa fue una ficción. El señor Gutiérrez es un hombre joven, habrá cumplido 38 años, sin haber dedicado al estudio uno solo.

—¿Es hombre de fortuna?

—Tiene dinero. Ha sido empresario de mensajerías, y es todavía. Se ha formado él mismo, pero... ya le he dicho a usted, es un hombre sin carácter, y no hará nada bueno.

Esta conversación, mantenida con cierto tono de protesta heroica, es una de las tantas, y la he recordado porque da la nota corriente en política. El señor Gutiérrez hace seis meses que es gobernador; antes de la elección era una esperanza, y hoy, cuando no ha tenido

tiempo todavía para empezar, ya lo presentan muchos de sus mismos partidarios como un fracaso.

La tendencia de murmurar y de *hacer política* tendrá explicación clara para los lectores cuando conozcan el estado general de la provincia.

Con estas impresiones llegué a San Luis y me interné en la ciudad. A medida que avanzaba por sus calles polvorientas, después de haber visto los suburbios pobres y sucios, me convencía que tendría que defenderme de la acechanza de las pasiones políticas que vibran sin descanso en las ciudades de políticos y empleados. Y desgraciadamente, San Luis, capital de la provincia del mismo nombre, no es otra cosa que lo dicho.

Fundada en 1596, se ha difundido mucho, acaso se habría embellecido también, pero el ambiente de su recinto es ingrato para las iniciativas del verdadero progreso. Sus calles angostas como aquellas de San Juan, trazadas a los rumbos generales, recuerdan el criterio y el esfuerzo de los conquistadores españoles.

Edificios antiguos, dignos de una mención especial, no tiene ninguno, y los que revelan aquel carácter, levantados con barro crudo, están hoy en ruinas. Tiene, sin embargo, algunos edificios modernos, pertenecientes a particulares, y otros públicos muy hermosos, como el club y el teatro, la Casa de Correos, Telégrafos y Juzgado Federal, la Escuela Normal de Maestras, la iglesia matriz (en construcción) y el Colegio Nacional, dos escuelas públicas de la provincia y varios establecimientos de beneficencia.

La población, según el censo, era de 17.800 habitantes, pero se cree, y no sin fundamentos, que ha disminuido mucho en los últimos años. La ciudad cuenta con un espléndido *stand* de Tiro Federal y cuatro plazas públicas, dos de ellas muy cuidadas y hermosas, pero que he visto desiertas siempre durante mi estadía.

Tomo de una interesante memoria descriptiva los siguientes datos:

“La ciudad de San Luis tiene diecisiete calles de Norte a Sur y veinte de Este a Oeste, que comprenden 193 manzanas de dimensiones varias, divididas en 1378 propiedades o sitios. Cuenta 1037 edificios de todas clases entre los que hay 525 de azotea, construidos con ladrillos y cal, y los 512 restantes con adobe, barro, etc.”

Después de conocer el interior, en sus calles principales, la impresión no es desagradable; pero cuando se conocen los suburbios y las quintas, se siente la necesidad de formular esta pregunta:

—¿De qué y cómo vive la población de San Luis?

La ciudad está situada casi al pie de la sierra, pero en la región más pobre de la provincia; pobre por las condiciones del suelo y la escasez de agua que se siente para el cultivo de la tierra.

Luego, ¿cómo subsiste un núcleo de población tan importante? De detalle en detalle cae el observador en el centralismo y en la burocracia, y si ahonda más en la investigación para conocer el origen de males tan grandes, encontrará la falta de iniciativa, la agrupación inordinada en los centros primitivos de la conquista española.

Allá, a la distancia de los siglos que pasaron, San Luis debió ser fundada como una necesidad, como estación avanzada de la conquista, frente al desierto pampeano, como un eslabón en la red de pueblos que iba ensanchando al territorio y desalojando al salvaje. Su fundación obedeció a las necesidades del momento, pero fuera de toda duda, no se pensó que ella llegaría a ser la capital de un territorio extenso y rico, y precisamente rico en regiones muy distantes de su centro.

La tradición y cierto respeto inconsulto han obrado en el espíritu de sus habitantes para mantener la ciudad capital en su punto primitivo, y hoy, tanto su mantenimiento como su

traslación, se presentan como problemas insolubles, y ante la falta de decisión para atacarlos, se recurre a las ficciones y a los sacrificios de los pueblos más ricos y productores de la provincia.

San Luis, como otros pueblos semejantes en la República, tuvo su hora de sueños encantadores y de falsas transformaciones. Un escritor de la región, don Celestino Jofré, estudiando el estado económico de la provincia al empezar el año corriente, ha recordado aquella hora con las siguientes palabras:

“En el año 1887 había efectivamente un progreso desconocido y relativo en la provincia, pero no era obra de su potencia productora, que se encontraba debilitada; era obra de los tres establecimientos bancarios que teníamos en ese tiempo, los que prestaban las mayores facilidades para dar en préstamo la moneda fiduciaria que se desbordaba en sus cajas. Era la época de las grandezas... El gobierno de la provincia hundió sus manos en el tesoro del Banco Nacional, hoy en liquidación; los particulares, y en especial los hombres de la administración, hicieron otro tanto. Y de allí la vida, el movimiento, la sed de progreso de que habla el mensaje de la época; de allí que este pueblo tan apático, tan indiferente, tan refractario a los progresos del siglo, se transformara de la noche a la mañana en un pueblo que se movía galvanizado por el brillo del dinero, que derribaba sus habitaciones de material crudo, legadas por sus antecesores, para reemplazarlas por otras de material cocido, que cubría sus pavimentos con alfombras de Bruselas en vez de la vieja alfombra criolla, que adquiría carruajes, bronces, etc., y todos los refinamientos de la vida civilizada, sin olvidar por esta la especulación en tierra, que se compraba por precios fabulosos para enajenarla al día siguiente a otro loco, por un precio más loco aún... En resumen, todo el dinero ajeno de los Bancos fue gastado sin miramientos ni escrúpulos vulgares, mas vinieron los malos tiempos, que determinaron la crisis aquella que conmovió el estado económico de la Nación, y también de la noche a la mañana resultó que quedamos materialmente en la calle, pues que contando siempre con las inagotables riquezas de los bancos, no se había implantado en la provincia una sola industria reproductiva que nos permitiese amortizar nuestros derroches de la víspera.”

Y a estas palabras, tan amargas como justas, debemos agregar todavía las que hace seis meses dijo el señor Gutiérrez al hacerse cargo del gobierno: “Nuestra juventud se ha entregado a la política para vivir de las rentas del Estado y servir de elemento de desorden.”

Luego, esta es una ciudad rara y digna de llamar la atención del país, por sí misma y por ser la capital de la provincia de San Luis. No está en ella concentrada toda la vida de la provincia, sino la vida social, política y administrativa, y a esta dedicaré las primeras notas para formar después el cuadro general.

“A través de la República”*

Manuel Bernárdez

“A través de la República. Regresando de inaugurar ferrocarriles. Las estaciones y la inmortalidad. Materiales de las vías. El durmiente. El complejo problema de los quebrachales. Materiales de las vías – El riel. El trust del acero y las compras argentinas. Cinco renglones de producción en un solo trayecto. Un perfil de gran Nación. Y hemos concluido...”, *El Diario*, 16 de enero de 1903.

–¿Qué estación será esta?

Paró el tren en pleno campo abierto. Ya era oscuro. Los viajeros, amodorrados por la tarde enervante, se estiraron, cambiaron de postura; alguno habló de bajar a estirar las piernas. No había tiempo. El tren resolló, silbó, un entrechocamiento de paragolpes lo recorrió de cabo a rabo, y suavemente, seguro del rumbo, se volvió a sumergir en la inmensidad de la campaña, más triste y misteriosa en la creciente oscuridad que iba cayendo sobre su silencio.

–¿Y al último, qué estación era esa?

Costó un poco averiguar. Elordi había de saber. Apenas se acordaba: buscó un momento entre apellidos italianos, como quien revuelve un cajón de turco. Al último se acordó y dijo un nombre, un apellido banal, de esos en ini, que aparecen recortados en hojalata.

–Pero, señor, ¿y quién habrá sido el tal ini?

No se puede saber. ¿Chacarero? ¿Pulpero? ¿Acopiador de cueros de guanaco en los tiempos del indio?

Misterio...

Y ese de los nombres de estación fue, por un buen rato, el tema. El ministro Civit refirió episodios curiosísimos de la lucha sorda por la inmortalidad, del empeño secreto y pegajoso por legar el apellido a la estación del ferrocarril que cruza el campo, que pasa vecino a la chacra, que viene a dar carácter a la sórdida pulpería. Las gestiones penosas que se arrastran por el ministerio, moviendo resortes de todo género para lograr que la estación lleve el nombre de tal o cual, en que hay casi siempre un interés vanidoso, una aspiración desopilante y guaranga de ser, de pasar, de imponerse, de figurar, de tener un título y una consagración de personaje en alguna parte...

El pasado ferroviario es una continua mortificación, un abuso que habrá que remediar, corrigiendo poco a poco audacias desvergonzadas. Hay cacique provincial que ha ubicado a toda su familia a lo largo de una línea férrea, ladeando el nombre local, las fechas históricas, los episodios característicos, el homenaje a los nombres patricios, todo lo que únicamente debe ser consultado y tenido presente para esta especie de recompensas, de consagraciones, de honores, y poniendo en cambio, desde la suegra hasta la nena de teta, – ¡dando a las estaciones el gracioso patronato de sus nombres ilustres!– ¿Pero qué más? ¡Personaje ha habido que llevó su frescura hasta dar a una estación ferroviaria el nombre de su querida!

* Las crónicas que redactó Manuel Bernárdez como corresponsal destinado a cubrir las giras del ministro de Obras Públicas, Emilio Civit, fueron recopiladas, en su gran mayoría, en libros que publicitaban las acciones de gobierno, como los citados *Santa Fe* (1902), *La Nación en marcha* (1904) y *Hacia las cumbres* (1905). Se reproduce aquí la crónica de cierre de la gira emprendida con motivo de la inauguración de tres nuevas líneas ferroviarias (San Francisco a Villa María, Perico a Ledesma, y Jujuy a Bolivia) que quedó fuera de la edición final en libro.

El ministro Civit ha reaccionado tesoneramente contra estas audaces demasías, y ha resistido las cargas oponiendo la razón del interés público, que en las tres o cuatro mil estaciones de la red ferroviaria argentina debía tener una especie de geografía física, política, histórica –¡parte de que el honor de dar el nombre a algo público debe ser merecido y ganado!– Entre tanto, lo que hay es un caos, una polenta, un entrevero de plebeyo, donde el prócer se codea con el patán, y el nombre del caudillejo que fue un azote local decora con frecuencia el tablero de la estación ferroviaria!

El ministro de Obras Públicas se propone ir reformando lentamente este estado de cosas. Hay mucho de irremediable, pero en ciertos casos, la modificación es posible. Y el futuro, sobre todo, está ya garantido contra las pretensiones nobiliarias del caudillejo o el ricacho del pago, ¡que abroga el nombre geográfico, generalmente tan lindo y expresivo, y le chanta a la estación la sonoridad chabacana y vacía de su apellido! La línea a Bolivia, desde luego, ha sido oportunamente puesta a cubierto de todo descuido, y sus estaciones tienen ya decretado, todas ellas, el nombre de las respectivas localidades: Humahuaca, Yala, el Volcán, Tilcara, Purmamarca, etc. Así entendida, la red ferroviaria es un excelente auxiliar geográfico y una guía preciosa para el viajero.

Proyecta el ministro Civit encomendar a una repartición del ministerio la redacción de un prontuario de las estaciones, con breves noticias sobre el origen y significación de los nombres. Ya hay a este respecto mucho trabajo adelantado, y la guía en cuestión será una excelente compañera de viaje. Se podrán hacer ahí muchas justicias, y ajusticiar a la vez muchas flaquezas humanas...

Corríamos entre los renovales de los bosques de quebracho, ya talados. Los vástagos resurgen lentamente de la desolación. ¡Pero cuánto tiempo derribado irremediablemente! Se calcula que un quebracho necesita vivir cien años para ser árbol.

Y se habla del quebracho, esa infinita fortuna forestal de la República, que se está gastando con acentuada irreflexión. Solamente por el puerto de Colastiné salen al año 250.000 toneladas de rollizos de quebracho, procedentes de una zona chaqueña no mayor de doscientas leguas. ¿Y lo que sale por el Rosario, por Corrientes, lo que sale en aserrín y en extracto, lo que se consume y se destruye aquí? Solo durmientes se han exportado el año pasado 94.000, y los 2.267 kilómetros de líneas nuevas que se van a agregar a nuestro sistema, exigirán 3.000.000 de durmientes, contando a 5 por árbol. Las fábricas de tanino devoran millares de árboles al año. Solo en sangre de quebracho se exportaron el año anterior 4.296 toneladas. Y con todo destino, hacia todos los rumbos, sigue sin reposo, cada vez más tremenda, la colosal devastación. El quebracho solo, con su sola riqueza, atrae y crea vías férreas: la de Anatuya al Chaco, 200 kilómetros, no va sino a eso: a buscar quebracho. En Corrientes se han hecho vías de muchos kilómetros para entrar a los quebrachales. La línea a La Sabana no tiene otra atracción ni casi otro trabajo que acarrear quebracho. Por todas partes los inmensos bosques son atacados. Y para ampliar todavía el cuadro del inmenso desmonte, nos informó el ingeniero Rapelli que en estos días ha salido una muestra de durmientes –1.200, para hacer un kilómetro de ensayo en la línea de Nueva York a Pensilvania– y se han enviado también a Italia y Francia...

Es seguro que el quebracho triunfará. Pero este triunfo no puede sustraernos del espíritu una vaga zozobra. En efecto: ¿qué porvenir espera a las inmensas extensiones que hoy están cubiertas por la infinita selva de quebrachos, una vez que la tala, siguiendo su

despliegue de hacha y sierra, llegue a alterar en medida importante el stock de esa especie de bosque? ¿Qué influencia va a tener esa destrucción sobre el clima chaqueño, santiagueño, correntino?

Hay que pararse ante esta interrogación, que está lejos de ser banal. Ahí está Australia con su terrible maldición de la sequía, que ya lleva 13 años de duración, y que los hombres de ciencia empiezan a atribuir concretamente a la demente imprudencia con que la especulación echó abajo los inmensos bosques de karri y eucaliptos rostrata, que bonificaban el ambiente australiano y posiblemente –según la ciencia viene indicándolo– regulaban el proceso de sus lluvias.

Antes de poner el pie, miremos bien...

En cambio, por el lado del riel, las perspectivas son buenas. Actualmente hay un pedido argentino de 20.000 toneladas de rieles, y se calcula que las vías a construir en estos dos años requerirán la enorme cantidad de 140.000 toneladas.

En el comercio del riel se han producido últimamente fenómenos muy interesantes, gracias a la influencia del trust del acero. Morgan y Carnegie nos producirán una economía de buenos millones, porque es su muñeca, oponiendo el riel americano al europeo, la que ha hecho dar un vuelco a los precios. Hasta no ha muchos meses, Krupp, que imponía sus tarifas en el acero, cobraba 36 pesos oro por la tonelada de riel. La empresa de la línea a Bolivia acaba de comprarlo, americano, a 21 y ½ pesos, y la baja tiende todavía a acentuarse. La gigantesca lucha entablada nos favorece muy oportunamente y nos desquita de antemano de los perjuicios con que los trusts caseros nos amenazan...

Siguiendo en un mapa ferroviario de la región que recorriamos, los accidentes y datos relacionados con estos temas, alguien llamó la atención sobre un hecho elocuente: la perfecta subdivisión del trayecto que corríamos desde Jujuy, en 5 zonas perfectamente caracterizadas, con producción y economía distintas. “Esto, dijo el que hacía la observación, da una idea tangible, en relieve de la importancia, multiplicidad y enormidad de recursos y fuentes de riqueza que cuenta esta Nación bajo su bandera. Ni se sospecha esto... no ha entrado todavía en el cerebro argentino, sino como una vacuidad geográfica sin sentido preciso, la noción de la propia grandeza... Vea: esta línea que venimos siguiendo recorre: 1º la región de la montaña, con sus futuros tráficos internacionales, de minería y productos del trópico, hasta Tucumán; 2º recorre la región de la caña dulce, desde Tucumán a Los Ralos, casi medio día en tren; 3º entra enseguida a la región de los bosques, y hace el tráfico del quebracho desde Los Ralos, en Tucumán, hasta Fortín Tostado, en Santa Fe, cruzando todo Santiago; y entra a la 4º región, que es ganadera, hasta San Cristóbal, en donde empieza la 5º región, la agrícola, a través de Santa Fe, para volver a hallar una segunda zona ganadera al pasar los lindes de Buenos Aires...”

Efectivamente mirado de este modo, la magnitud y variedad del tráfico que solo aquella línea estaba llamada a mover, golpeaba el entendimiento en una síntesis colosal de riqueza inagotable, de trabajo enorme y constante, todo el año, en todas las estaciones, porque cada especie de trabajo tiene sus épocas de cosecha... Y cruzábamos, heridos por esa gigantesca visión de poder emergente de las tierras inmensas y feraces, de las montañas de alma de metal, de las selvas milenarias, cruzábamos apenas la quinta parte de la Nación, algo de lo menos prestigioso, de lo más primitivo y menos recordado cuando se fantasea el porvenir...

Y al hallar tangible bajo los ojos esta evidencia de una infinita grandeza, este inesperado exponente de la Nación titánica, imponderable en sus desmesurados desdoblamientos de futuro, hubo un silencio en el coche del tren –como si un soplo de varonil orgullo y de íntimo agradecimiento a la naturaleza, al destino, a Dios, hubiese a la vez pasado sobre todas las frentes– mientras afuera, en la inmensa campaña, virgen todavía de pecado y de amor, la tarde, lenta, solemnemente, iba cayendo...

MANUEL BERNÁRDEZ

“Inaugurando estatuas”*

Arturo Giménez Pastor

“Inaugurando estatuas. En viaje patriótico. San Martín frente a los Andes. Mendoza de fiesta. El pedestal del libertador. El estandarte de la gran campaña. La ceremonia inaugural. El nuevo ejército. Los Tamarindos – Evocaciones históricas. Tierra adentro. (De nuestro enviado especial)”, *El Diario*, 9 de junio de 1904.

Desde que el tren, envuelto en nubes de polvo puntano, pasó el Desaguadero, echando briosamente a los flancos estremecidos por la palpitación de la carrera las últimas ráfagas de tierra de San Luis, como el humeante resoplido del bridón que hiende fogoso el viento libre, en todos los espíritus empezó a despertarse la impaciencia por divisar la lejana masa del gran pedestal eterno de la gloria de San Martín: los Andes.

Al suelo pobre, árido y polvoroso que el viento levanta jugando, en torbellinos y cucuruchos que giran sobre sí mismos o se despliegan en anchas oleadas sofocantes corriendo a ras de tierra la extensión puntana, sucedían las gradaciones verdes del panorama mendocino, también polvorosas y como veladas al principio, teniendo tonos poco sonrientes de verde descolorido y estéril, o acentuaciones oscuras de vegetación hostil.

¿Y los Andes?

Era la pregunta de todos, agrupados en las plataformas recibiendo la fría y tonificante caricia del aire crudo de la mañana, mientras los anotados a la primera mesa almorzaban en el vagón-comedor interrogando también el horizonte de cuando en cuando a través de los cristales.

La idea de la mole histórica, del imponente coloso tendido con toda la majestad de las barreras eternas en el límite de la tierra argentina llenaba todas las imaginaciones con el prestigio de su grandeza, de su belleza y de su leyenda.

Entre tanto el tren avanzaba ya por la vía bordeada de piedras de cantos rodados que la fantasía arrancaba al gigante lejano. A los lados, la extensión de los campos se cubría aquí y allá de grandes planos rojizos, alineación de sarmientos quemados por el invierno; los viñedos mendocinos iban así destacándose al pasar con intensas coloraciones entre los esqueletos de álamos formados en línea a distancia, como altos soldados enflaquecidos por la larga campaña. En la puerta de los ranchos de adobe, –ese adobe cortado con panes regulares con que Mendoza levanta y hasta adorna bonitas construcciones– o junto a las carpas del ferrocarril escalonadas de trecho en trecho a lo largo de la vía, grupos de mujeres de crencha indígena y salientes pómulos –casi todas con niños de pecho en brazos–, miraban pasar el tren revelando a los viajeros la pobreza incurable de la rica provincia; la pobreza sin ideales, la miseria sin ambición de la desidia criolla, de la indolencia primitiva ofreciéndose como contraste en aquel suelo que el trabajo enriquece día a día imponiendo fuera de sus límites el prestigio industrial de la comarca.

La aparición de las mulas en los caminos, los grandes sombreros y los cortos ponchos de los viandantes traían cada vez más acentuado el sabor característico de los paisajes

* Los días 5, 6 y 7 de junio de 1904 se celebraron en Mendoza las fiestas con motivo de la inauguración del monumento al general San Martín. Además del acto inaugural, se realizó un desfile militar y una serie de maniobras en el campo del Plumerillo, donde San Martín organizó al ejército libertador, que simulaban la entrada de un ejército enemigo y la defensa de las fuerzas nacionales. Numerosos enviados de prensa cubrieron el evento, entre ellos el corresponsal de *El Diario*, Arturo Giménez Pastor.

cordilleranos. La abundancia de sombrero y la escasez de poncho van haciéndose notar cada vez más según el tren avanza sobre Mendoza; aparecen los estribos protegidos, estribos con coraza defensiva como la de las ametralladoras; los caballitos de escasa alzada y arrogante braceo y, por fin, confirmando aquellos como anuncios de la gran muralla que recuerda por la impresión con que alientan la expectativa el mar de sargazos de Colón, uno dice indicando el horizonte:

—¡Los Andes!

La serranía

¿Dónde? ¿Dónde?

Es allá, en el linde remoto. Una línea azulada, vaga, mansa, que se tiende dulcemente dormida, cerrando el confín de la distancia. Las miradas se lanzan lejos buscando con cierta ansia recelosa la emoción de la grandeza, pero las visuales más nerviosas encuentran una difusa sensación de misterio lejano que procura afirmarse con la certeza de que, no obstante, aquello es la cordillera, “Ellos son”, los Andes, repiten los sabios dos y tres veces en voz baja. “¡Allí están!”

Se espera más adelante la revelación. A medida que el tren avanza la línea azulada va alzándose como un gran lomo vagamente acariciado por las brumas; es un gran cetáceo tendido sobre el mundo con pesado amodorramiento de gigante confiado en su fuerza; el gran lomo sigue alzándose; las nubes ruedan sobre él, lo cubren enturbiando la lejanía cada vez más, y acaban por cerrar el horizonte borrando todas las esperanzas en la revelación del coloso.

Los Andes nos recibieron así, hostiles, como enojados por aquella superficial curiosidad de “touristas” de paso, arrebuñándose malhumorados entre sus brumas con torvo desdén. Sin embargo, aún así, ocultos entre nieblas, se les adivinaba siempre allí, gravitando sobre el continente, alzando sus gigantescos macizos como una barrera infranqueable; cerrando tenazmente el horizonte, inexorables y enigmáticos como un muro eterno.

Mendoza alegre

Mendoza nos recibió ataviada como una muchacha contenta, llena de alegres flameos y gozosos colores.

El convoy entró a la estación agitando triunfalmente su penacho de humo, inundándola con blancas nubes de vapor arrojadas entre locas estridencias; haciendo resonar todo a su alrededor con el ruidoso juego de sus émbolos, de sus palancas, de todo su pesado cuerpo rodante.

La multitud se apiñaba curiosa en toda la extensión de las barandas de hierro; muchas de aquellas bocas humildes lanzaron la primera salutación prorrumpiendo en vivas un poco tranquilos, más afectuosos que entusiastas; sonaron algunas bombas, rompió sus acordes vibrantes una banda militar y la comitiva descendió a tierra con el ministro de Guerra a la cabeza. En el andén, alegrado de azul y blanco por trofeos y banderolas; alegrado con matices amables por los trajes femeninos que se agrupaban aquí y allá en nutridos mazos, el gobernador y las autoridades recibieron al ministro y acompañantes oficiados con efusiones de cordialidad y regocijadas bienvenidas, haciendo luego su entrada en Mendoza el cortejo entre los ecos de músicas y ante la línea de tropas tendida desde la estación hasta la casa de gobierno por las calles La Heras y San Martín, dos lindas calles, anchas y claras, como todas

las de la ciudad cuyana, embellecidas por altas filas de esbeltos álamos de la Carolina, que rectifican, lazando muy arriba la visual, el necesario rebajamiento de los edificios, todos de muy prudente alzada en previsión del temblor, siempre en acecho de aquella población tranquilamente posada sobre todas las tempestades del fuego prisionero, expuesta siempre a las cóleras del gigante de ígneas y hervorosas entrañas que cierran su horizonte azul.

La animación de las calles, la alegría del embanderamiento, el correr de los coches, todo hacía sonreír a Mendoza con aire de fiesta. Durante aquella víspera de la inauguración del monumento al libertador argentino, trenes y más trenes vaciaban en la estación centenares y centenares de viajeros de las provincias vecinas, y la ola de las multitudes forasteras descendía a cada llegada de tren como una afluencia diastólica calle abajo del andén a la plaza, derramándose luego por la ciudad. Sin embargo, faltaba la gran alegría del sol; el día gris enfriaba aquel colorido cuadro de fiesta; era necesario que el sol saliera para aureolar con rayos victoriosos la frente de bronce de San Martín, y el sol acudió a la cita el día señalado, aportando al acto la espléndida contribución de su áurea gloria.

La enseña madre

La plaza en que el monumento levantaba su blanca silueta informe dejando adivinar por las tiranteces del lienzo que lo cubría algunas líneas que sugerían la silueta del caballo, estaba engalanada con multitud de banderas que llenaban con la multiplicidad de sus colores el ambiente soleado de un esplendoroso día otoñal; banderas chilenas, peruanas y argentinas que flameaban en rojo, azul y blanco, fraternizando contentas entre el coro de los gallardetes juguetones. Arcos embanderados recordaban en los ángulos de la plaza que San Martín murió en suelo extranjero y lejano, después de haber libertado tres pueblos, y que de Mendoza surgió aquel ejército de los Andes que había de emular la proeza de las legiones de Aníbal.

La gran tribuna oficial al frente y dos más pequeñas a los costados, teniendo estas dos por centro un altísimo pino, las tres adornadas con rojo, azul y blanco, también completaban la pintoresca ornamentación tricolor.

A las dos y media de la tarde, el estandarte de los Andes, sacado de la casa de gobierno por una comisión que escoltaban ocho granaderos, apareció en la plaza y enfrentó la cordillera desde el pedestal de la estatua. El secular coloso de granito, cuyas primeras estribaciones rugosas inundaba entonces la luz del día, sereno y dorado, debió estremecerse poderosamente al ver otra vez bañado por el sol andino aquel estandarte de la gran campaña que viera en los primeros día de la América libre, flamear escalando sus cumbres nevadas, cuando guiaba el paso de aquellos soldados del libertador que oprimían sus flancos abruptos con el recio paso de los que van a la victoria.

Los dos viejos conocidos de los días grandes estuvieron así mirándose fijo en aquel día con el solemne asombro de las cosas muertas que vuelven a la luz, contándose quizá con la muda voz del aura que acariciaba plácida el ondulante lienzo, recuerdos olvidados del histórico pasaje; transmitiéndose estremecimientos de esos que la visión de lo heroico deja siempre en las cosas.

Secciones de cuatro hombres de cada uno de los cuerpos en formación, con su bandera a la cabeza, fueron desfilando ante el estandarte y formaron luego al frente, en círculo. Las jóvenes banderas rodearon así con sus frescos colores, la vieja enseña de marchitos tonos, como afectuosas hijas a la madre anciana, desplegando el cuadro de una familia gloriosa agrupada en día solemne para conmemorar los grandes recuerdos del hogar patrio. Las

niñas de las escuelas vestidas de blanco, los cabellos sueltos y la mirada brillante, congregadas entre el histórico pabellón y los soldados jóvenes, daban una nota de fresca claridad en que se complacía la mirada como en un refugio contra la fatiga de las coloraciones intensas que gallardetes, cintas y adornos agitaban en toda la extensión de la plaza.

Cuando la comitiva oficial ocupó la tribuna grande, frente al monumento, una hervorosa multitud se apiñaba, ondulante, hormigueante bajo los ojos de los que ocupaban sitios altos; una multitud que se mecía con blandos movimientos de oleaje y efervescía con inquieto zumbido de enjambre. Flotando sobre aquel mar en que sobrenadaban como grandes hojas planas los anchos sombreros mendocinos, dos islotes primaverales disputábanse la mirada con el fresco agrupamiento de sus matices; las dos tribunas desbordantes en que la sociedad femenina de Mendoza se apretaba como un gran mazo de flores oprimido por las estrechas bandas de una “corbière” engalanada. Una de esas tribunas lucía un coronamiento de sombrillas que, agrupándose y replicándose blandamente, semejaban opalinas pompas de jabón jugando sobre el grupo con las más pálidas entonaciones del iris. Aquí y allá se destacaban los estandartes de las asociaciones extranjeras, alemanas, italianas, españolas, que concurrían a la fiesta ofreciendo el concurso de sus colores patrios al fraternal concierto de banderas.

La estatua

La larga expectativa del momento solemne, prolongada por los primeros discursos, se rompió al fin con el “¡Viva la patria!” que el gobernador de Mendoza arrojó al espacio al tirar del cordón que sujetaba el lienzo del monumento. El lienzo no se abrió; hubo que desgarrarlo, arrancarlo a jirones de aquella efigie a la que parecía abrazarse como un espasmo de porfiado entusiasmo, resistiéndose locamente al momento de la despedida. Pero fue mejor así; San Martín surgió bravamente de entre su velo rompiendo con enérgico empuje su prisión de trapo; y clavado el casco de su bridón de combate en la dura piedra de los Andes, traída para servirle de pedestal, apareció al sol, recibiendo en pleno pecho el aire de montaña.

Como una gritería de clarines, como un reguero de entusiasmo que se corriera veloz estallando en todas las bandas y fanfarrias tendidas en el contorno de la plaza, hendieron las triunfales dianas el aire llenándolo de encontrados ecos su loca polifonía guerrera. La multitud se estremeció entera un momento; resonaron aplausos y vivas casi ahogados por el tempestuoso rumor de la muchedumbre enardecida y por las solemnes descargas del cañón; todas las banderas saludaron la estatua del libertador, y un gran movimiento agitó la plaza entera; un gran movimiento de cabezas, de brazos, de pañuelos, de sombrillas, de pendones, que como una conmoción de vida, a las extremas alturas del alto pino cuadrado como un veterano ante el general; un entusiasta había escalado la muda fronda, y allá, en lo más alto, meciéndose sobre todas las cabezas, agitaba como un clamoreo el plumacho culminante del árbol estremecido hasta la base como por el sacudimiento de una poderosas emoción.

Todo aquel estrépito se resolvió por fin en los majestuosos acordes del himno nacional que surgió de la banda de música como una última consagración, casi religiosa, del homenaje patriótico; descubriéndose todas las cabezas; alzaronse en masa las tribunas y las voces infantiles del coro envolvieron en oleadas de solemne armonía la estatua del general don José de San Martín.

Briznas

Faltó un poco de conjunto, sin duda, en el momento crítico de la ceremonia; hubo algunas transiciones de silencio embarazoso, vacilante. Para alcanzar el máximum de majestad hubiera sido preciso que las dianas, las descargas, los vítores y el himno rompieran a un tiempo, confundidos los acordes, los estampidos y las voces en un totum imponente. La sucesión de partes quebrantó un poco la unidad del conjunto. Pero fue de todos modos un hermoso acto. Tal vez más artísticamente combinado hubiera sido menos espontáneo, menos elocuente en su natural desarrollo.

Mendoza se ha encontrado, indudablemente, un poco desconcertada en ciertos momentos por aquella irrupción de gentes nuevas que queriendo contribuir a ensanchar y enriquecer el cuadro de sus fiestas, hubieran podido muy bien sofocarlas con el exceso de la masa. Pero el agasajante espíritu de hospitalidad venció al fin salvando incólumes los rasgos salientes de la acción conjunta.

Ciertamente ha habido descuidos y omisiones lamentables siempre. Se sabe que el iniciador del monumento no fue invitado a las fiestas. Una comisión de estudiantes mendocinos llegada de Buenos Aires con encargo de deponer una placa ante la efigie del libertador, no fue ni siquiera tenida en cuenta, y los muchachos, desmoralizados, desconocidos por su propia ciudad madre, han debido sufrir, lastimados en lo íntimo por aquel desaire. Pero en cuanto el recibimiento de Mendoza no puede referirse a detalles de programa oficial, en cuanto ha tenido de espontáneo, de colectivo y simplemente, afectuosamente agasajante, la ciudad andina se ha mostrado culta, buena y amable, ofreciéndose así a sus huéspedes con el agradable desfile de su corso, en su brillante fiesta de carreras y en su animado espectáculo de baile que solo palideció cuando la aurora empezaba a sonrosar las estribaciones de los Andes, todavía dormidos con la pesada somnolencia de su ciclópea masa.

Marcha militar

Después de haber recibido durante todo un día el amplio beso de aquel sol acostumbrado a acostarse tras de las montañas, de aquel sol que hace ochenta y siete años viera alzarse en aquellas llanuras de Mendoza el juvenil estandarte del ejército de los Andes, la reliquia cargada de glorias viejas debía arrancarse a la fija contemplación de las seculares escarpas de la cordillera, cortar el mudo diálogo de los heroicos recuerdos, y volver a su retiro, velado por el respeto de las generaciones argentinas.

En la puerta de la casa de gobierno el legendario estandarte se detuvo de nuevo ante el día, y aquí le rindió homenaje de despedida el ejército de la patria joven.

Pasaron primero ante él los soldados adolescentes de la escuela militar con sus severos trajes y sus sonrientes plumachos celestes y blancos, marchando irreprochables, casi austeros, tendiéndose luego en fila de honor frente a la heroica enseña. Después desfilaron los cuerpos de infantería de la región de Cuyo, orgullosos de mostrarse dignos del aplauso del pueblo ante la bandera de San Martín; el paso resuelto, la mirada brillante, el cuerpo erguido con tensión de entusiasmo, imprimiendo a la marcha un ritmo impetuoso y firme de vencedores, fueron pasando así unas tras otras las compañías, iguales en disciplina y unidad, oprimidas como si ya recorriera y consolidara las filas el vibrante fluido de la gloria, y por último enfrentó la insignia histórica, cerrando la marcha del batallón voluntarios de Mendoza, una compañía de bravos muchachos mendocinos —muchachos de catorce a quince

años— que desfilaron entre aplausos evocando el recuerdo de aquellos soldados niños de los ejércitos de la revolución francesa que sabían morir como el tamborcillo Barras gritando: ¡Viva la República!

Tras estos, pasó la artillería de montaña, sufrida, segura de la importancia de su misión, acompañando el paso con el tran-tran isocrónico de sus atalajes, después, acentuando ya decisivamente la precipitación del paso, la artillería de campaña, al trote largo, llenó la calle con el rudo estrépito de su pesado tren, y por último, después de un momento de expectativa, desembocó la caballería a lo lejos y en un magnífico avance a la carrera, se vino como hervoroso torrente que se abre nuevo cauce, flameante, al viento los rojos penachos, redoblando con estruendoso fragor los cascos de los caballos sobre el suelo, en fila irreprochable los fulgurantes sables; llegó confundiendo el estrépito de su multitud con los clamores de la gente electrizada por el vértigo de la carrera y pasó como una tempestad perdiéndose luego entre una nube de polvo entre la que solo se distinguían los pálidos reflejos de los sables y de las herraduras.

Aquel desfile fue algo más que un brillante espectáculo de color y de movimiento; fue una revelación de que el ejército nacional es uno mismo, igualmente disciplinado, igualmente fuerte, igualmente aguerrido aquí, en el foco urbano, y allá, en las laderas de los Andes. Las tropas de la región de Cuyo han demostrado que la organización militar abraza todos los miembros del gran conjunto; que ha llegado igualmente enérgica a todas partes, reduciendo a una unidad absoluta la múltiple diversificación que establece la distancia, y que, en fin, puede tenerse la certeza de que no se han organizado con esmero de mala fe bonitas comparsas militares para lucirlas como exponentes de un total imaginario, en las calles de Buenos Aires, sino que donde quiera que el soldado argentino forme, se presentará digno de la sombra de su bandera.

Sea cual sea la opinión de cada uno sobre el acierto, la conveniencia o el mérito de la reforma militar perseguida a costa de tantos sacrificios, será siempre satisfactorio para todos el saber que al menos el plan se ha llevado a la práctica con la sinceridad, el celo y la conciencia que solo surgen de la convicción y de la fe en la bondad de las iniciativas que llegan a conquistar la dignidad de verdaderos ideales.

Ante los Andes

El campo de maniobras “Los Tamarindos” —una llanura salitrosa que sin duda cubrió también el ejército de San Martín en los días de 1815, ya que probablemente el Plumerillo y este constituían una sola extensión entonces— el campo de Los Tamarindos —decíamos—, elegido para complementar con un simulacro de batalla la impresión determinada por el desfile de las tropas de la región, ofreció el día 7 al viajero dos espectáculos cuyo relacionamiento surgía espontáneo en la mente: el simulacro y los Andes.

Aquel joven ejército maniobrando frente al imponente testigo de la formación del viejo ejército, el que traspuso sus cumbres llevando en los ojos el gran ensueño de Chacabuco, constituía desde luego una poderosa sugestión por la fuerza del contraste y la afinidad de las analogías.

Eran 2.500 muchachos argentinos que iban a ejercitarse en las fatigas del combate, en el mismo sitio en que sus antepasados se organizaron y adiestraron para la conquista de la victoria, ante la mirada de los mismos montes que parecen destinados a inculcar la más alta noción del poder y de la grandeza.

Los cañonazos retumbaban desde muy temprano en el ambiente tranquilo y azul haciendo rodar sobre el campo descolorido mimosos cúmulos de humo blanquecino. La artillería de montaña encontró así pretexto para mostrarse, segura y precisa en la acción, casi matemática en la maniobra, ante una multitud que animaba con sus móviles grupos de carruajes, jinetes y peatones, el cuadro todavía vacío de soldados, entre las baterías humeantes que se descargaban sin cesar en un imposible diálogo de estampidos. Pero desde que las primeras avanzadas se tendieron sobre el terreno iniciando la acción de la infantería, el espectáculo fue animándose, verificándose en un crescendo que llegó a intensidades épicas en los encuentros frente a frente. Pronto de aquí, de allá, a lo lejos, tras de los árboles, fueron surgiendo soldados, guerrillas, columnas cada vez más agrupadas, cada vez menos presurosas, que hacían sentir de pronto el ritmo jadeante de los arreos sacudidos por el paso de ataque.

Fue un torneo de brío y resistencia en que el criollaje reveló brillantemente todo el nervio bélico y sufrido de la fibra nativa, cubiertos de polvo, ardorosos, entusiastas, los muchachos se fueron concentrando en medio de un nutrido redoble de fusilería que llenaba de enardecimiento los espíritus y se produjeron encuentros en medio de la polvareda que llegaron a dar la sensación activa de los choques agrandados por Homero para el cuadro de la epopeya. El ímpetu y la disciplina se respondían oponiendo la serena resistencia al ataque vehemente de las columnas contra las filas, y los episodios fueron así sucediéndose en un aceleramiento de extraño vigor mientras las dianas y las músicas estallaban a lo lejos entre el humo y la tierra levantada con fuerza, anunciando desalojo de posiciones, rechazo de cargas, triunfos y derrotas.

Las últimas escenas, en medio de la agitación final del combate, tuvieron algo del misterio de los momentos supremos gracias a la densa polvareda en medio de la cual volaban los escuadrones de caballería haciendo retemblar cóncavo el suelo y fulgurar los sables entre la densa bruma terrosa, dando así la sensación de un encuentro de nubes cargadas de relámpagos que anunciaron su choque con el colérico fragor de un largo trueno.

Se declaró terminada la acción. El polvo empezó a caer cansado sobre el suelo otra vez; los batallones y las baterías desfilaron todavía veladas por las últimas brumosidades flotantes y la multitud pintoresca se desparramó agrupándose a lo largo de la vía mientras la paz de la tarde asoleada descendía sobre el campo silencioso de Los Tamarindos.

Las cumbres

Los viajeros lograron por fin, en aquel llano, la revelación completa de los Andes.

Desde Mendoza la mirada solo encontraba en el crepúsculo el hostil muro de la sierra cruzando fieramente el horizonte, o las rugosas estribaciones bañadas por el sol, tras de las cuales la montaña con mimosa indolencia que recordaba los fuegos del león en descanso, envolvíase en brumas, que de pronto apartaba con lentitudes provocativas, para tornar a arrojarse con ellas apenas la vista quería descubrir el secreto de las cumbres.

Pero desde Los Tamarindos la cordillera se entregó completa a los ojos, en toda su soberana magnificencia; sobre las gibas de los primeros montes fue surgiendo el cerro de Uspallata, cubierto de nieve, blanco cual si lo hubieran espolvoreado con yeso, inmutable en su vigorosa ancianidad de eterno solitario; después fueron destacando sobre el cielo sus albas cúspides el Tupungato y el Aconcagua, los dos titanes de aquella muchedumbre de colosos de piedra, abstraídos por la contemplación del infinito en la infinita soledad de las alturas inaccesibles, engrandecidos todavía por la elocuencia de su eternidad y por la

imponencia de su mediatizada tristeza, y finalmente, toda la cadena de montañas desplegó sus lejanías blancas, sus cúmulos opalinos que parecían rodar blandamente en marcha a remotos lugares, procesión de gigantes viejos andando hacia lo desconocido...

Aquello explicaba la historia. Allí se imponía al espíritu la necesidad de que ante aquel soberano monumento de la naturaleza fulgurara en el cerebro de San Martín el inmenso ideal de la emancipación del continente. Aquel hombre reflexivo, concentrado, un poco misterioso como todos los grandes hombres, debió sentirse irresistiblemente llamado a la gran obra por aquel gran pueblo de montañas en que el destino le preparaba un pedestal. Era necesario que el plan se desplegara allí, discutido en mudo diálogo con las cumbres durante las calladas noches del año heroico. Era preciso que el gran ejército de la libertad surgiera de aquella tierra que el fuego estremece y levanta, aquella tierra que parece tener impacencias de rebelde, movimientos de bridón mal sometido que sacude violento la grupa proclamándose incapaz de soportar un amo.

Dejamos la comitiva ministerial en marcha a Cacheuta. Iba a penetrar en las primeras horadaciones de la gran muralla para seguir luego viaje por San Juan hasta San Luis, llenando en un último giro del viaje la retina de elocuentes uniones de trabajo y progreso, después de haber llenado el cerebro con las grandes sugerencias de la naturaleza y de la historia.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Bibliografía

I. Fuentes

Publicaciones periódicas

La Prensa (1869-1905)

La Nación (1870-1906)

El Diario (1881-1904)

Sud-América (1891)

Tribuna (1892, 1902)

Suplementos especiales

La Prensa 18 de octubre 1869-1919, La Prensa, 18 de octubre de 1919.

La prensa argentina. Contribución de El Diario a su historia, 1801-1933. Edición Extraordinaria de *El Diario*, 1933.

Suplemento del cincuentenario, La Nación, 4 de enero de 1920.

Otras fuentes documentales

CEITPA (Centro de Estudio e Investigación de la Tarjeta Postal y Fotografía en Argentina).

Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la ciudad de Buenos Aires, t. II, Buenos Aires. Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1889.

“José S. Álvarez Literary Papers, 1893-1903”, Repositorio *Benson Latin American Collection*, University of Texas, Austin.

Segundo censo de la República Argentina, t. I, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

Libros y folletos

Arlt, Roberto (1997) *En el país del viento. Viaje a la Patagonia* (1934), Edición y Prólogo de Sylvia Saítta, Buenos Aires, Simurg.

Ashaverus [pseud. Amado J. Ceballos] (1897) *Tierra adentro. Sierras de Córdoba. Excursiones por los departamentos de Anejos Norte, Punilla, Cruz del Eje y Minas*, Buenos Aires, Imprenta Cooperativa.

Bernárdez, Manuel (1887) *25 días de campo. Narración descriptiva de la expedición hecha por el Colegio Militar de la República del Uruguay a fines del año 1886*, Montevideo, Imprenta "El Siglo Ilustrado".

--- (1901) *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones*, Buenos Aires, Imprenta de "La Nación".

--- (1902) *Tambos y rodeos. (Crónicas de la vida rural argentina)*, Buenos Aires, Argos.

--- (1903a) *Santa Fe*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli.

--- (1903b) *The Argentine Estancia*, Buenos Aires, Ortega y Radaelli.

--- (1904) *La Nación en marcha (Viajes por la República argentina)*, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli.

--- (1908) *El Brasil. Su vida, su trabajo, su futuro*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli.

--- (1922) *La cruz de fuego (Tópicos de un programa americano)*, Montevideo, A. Barreiro y Ramos.

--- (1955) *Narraciones*, Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

Cané, Miguel ([1883] 1907) *En viaje (1881-1882)*, Buenos Aires, Biblioteca de "La Nación".

Carrasco, Sansón (pseud. Daniel Muñoz) (1884) *Colección de artículos*, Montevideo, Establecimiento Tipográfico Editorial de la Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos.

Cepi, Giuseppe (1900) *Guida dell' emigrante italiano alla Repubblica Argentina*, Buenos Aires, Stabilimento Tipográfico Roma.

Civit, Emilio (s/f) *En la inauguración de obras públicas. Discursos del ministro Civit. 1899 a 1904*, s/d.

Chueco, Manuel (1910) *La República Argentina en su primer Centenario*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 2 vol.

Darío, Rubén (1938) *Escritos inéditos recogidos de periódicos de Buenos Aires*, E. K. Mapes (comp.), Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos.

--- (1976) *Autobiografías*, Buenos Aires, Marymar.

Elflein, Ada María (1926) *Por campos históricos. (Impresiones de viaje)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso.

Escalpeló (pseud. José Manuel Eizaguirre) (1891) *El senado de 1890. Brocha parlamentaria*, Buenos Aires, Joseph Escary Editor.

Escaris Méndez, F. (ed.) (1905), *Hacia las cumbres (Jornadas del progreso argentino)*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli.

Eizaguirre, José Manuel (1894) *La Patria. Elementos para estimular en el niño argentino el amor a la patria y el respeto a las tradiciones nacionales*, Buenos Aires, Pedro Igón y C^{ia}, Editores.

- (1897) *Tierra del Fuego. Recuerdos e impresiones de un viaje al extremo austral de la República*, Córdoba, Establecimiento Tipográfico La Velocidad de F. Domenici.
- (1898) *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el interior*, Córdoba, R. Bruno y C^a.
- (1900) *La bandera argentina. Noticia sobre el origen de los colores nacionales, y relación de los decretos y leyes sobre la bandera bicolor e insignias militares durante la época de la independencia. 1810-1820*, Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser.
- (1907) *Páginas argentinas ilustradas. Dieciséis capítulos de historia y comentarios sobre hechos militares, políticos y sociales de la Argentina*, Buenos Aires, Casa Editora Maucci Hermanos.
- (1924) *El pasado en el presente. Comentarios de historia argentina*, Buenos Aires, Librería "Hispano – Americana" de Manuel García.
- (1929) *¿Dónde está el pueblo?* Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso.

Fray Mocho (pseud. José S. Álvarez) (1897) *Un viaje al país de los matrones. Cinematógrafo criollo*, Buenos Aires, Imprenta Ivaldi & Checchi.

- (1898) *En el mar austral. Croquis fueguinos*, Buenos Aires, Editores Ivaldi & Checchi.
- (1920) *En el mar austral. Croquis fueguinos*, Buenos Aires, La Cultura Argentina.
- (1954) *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Schapire.

Ghiraldo, Alberto (1897) *Sangre y oro (El presidio de Sierra Chica)*, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de "La Agricultura".

Giménez Pastor, Arturo (1940) *Figuras a la distancia*, Buenos Aires, Editorial Losada.

González, Joaquín V. ([1888] 1957) *La tradición nacional*, Buenos Aires, Hachette.

- ([1893] 1914) *Mis montañas*, Buenos Aires, Librería "La Facultad".

González, Gonzalo (pseud. Domingo G. Silva) (1907) *Uruguay. Paraguay. Apuntes de un reporter andariego*, Santa Fe, Casa Editora de Ramón Ibáñez.

Gutiérrez Nájera, Manuel (2002) *Obras IX. Periodismo y literatura, artículos y ensayos (1877-1894)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Latino, Aníbal (pseud. José Ceppi) (1886) *Tipos y costumbres bonaerenses*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.

- (1888) *Cuadros Sud-Americanos*, Buenos Aires, Librería Universal de Alejandro Miroli – Librero Editor.
- (1905) *Lejos del terruño*, Buenos Aires, Maucci Hermanos.
- (1909) *La heroína del sud*, Buenos Aires, J. Lajouane & C^{ia} Editores.
- (1910) *Factores del progreso de la República Argentina*, Buenos Aires, J. Lajouane & C^{ia} Editores.
- (1912) *Problemas y lecturas*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- (1914) *El concepto de la nacionalidad y de la patria*, Valencia, Editorial Prometeo.

Leguizamón, Martiniano (1896) *Recuerdos de la tierra*, Buenos Aires, F. Lajouane.

Lugones, Benigno B. (2011) *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*, Estudio preliminar de Diego Galeano, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Mitre y Vedia, Bartolomé (1909) *Páginas serias y humorísticas*, Biblioteca de "La Nación", Buenos Aires.

Pastormerlo, Sergio (ed.) (2009) *Payró en Pago Chico (1887-1892). Periodismo, revolución y literatura*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

Payró, Roberto J. ([1888] 1945/6) *La cartera de justicia*, en *Boletín de estudios de teatro*, año III, nº 11, diciembre, pp. 219-231; año IV, nº 12, marzo, pp. 38-54.

--- (1895) *Los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Imprenta de "La Nación".

--- (1896) *Notas de viaje. El paso de Uspallata*, Buenos Aires, Imprenta Roma.

--- (1898) *La Australia argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados*, Buenos Aires, Imprenta de "La Nación".

--- (1904) *Sobre las ruinas*, en *Ideas*, año II, nº 11-12, marzo y abril, pp. 193-296.

--- (1905) *El Falso Inca (Cronicón de la Conquista)*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

--- (1906) *El casamiento de Laucha*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

--- (1907) *El triunfo de los otros*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles.

--- (1908a) *Violines y toneles*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles.

--- (1908b) *Pago Chico*, Barcelona, Casa Editorial "Mitre".

--- (1909a) *En las tierras de Inti*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles.

--- (1909b) *Crónicas*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles.

--- (1911) *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles.

--- ([1924] 1968) *Al azar de las lecturas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

--- (1927) *El Mar Dulce. Crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata*, Buenos Aires, M. Gleizer.

--- (1936) *Alegría*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.

--- (1952) *Evocaciones de un porteño viejo*, Buenos Aires, Quetzal.

--- (1957) *Teatro completo*, Buenos Aires, Hachette.

--- (2009) *Corresponsal de guerra. Cartas, diarios, relatos (1907-1922)*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

--- (2011) *La pampa de agua y la revolución oriental*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

Piquet, Julio (1910) *Tiros al aire. Cosas pensadas, sentidas, vistas, oídas o soñadas*, Buenos Aires, Talleres Gráficos M. Rodríguez Giles.

--- (1955) *Páginas escogidas*, Montevideo, Florensa & Lafon.

Tello, Mariano (1896) *Apuntes de viaje alrededor de Tierra del Fuego*, Salta, Imprenta y Encuadernación de "La Razón".

Ugarte, Manuel (1902) *Crónicas del bulevar*, Paris, Garnier Hermanos.

Zeballos, Estanislao S. ([1878] 1986) *La conquista de quince mil leguas*, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina.

--- ([1881] 2002) *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires, El Elefante Blanco.

--- (1899) "De Magallanes a la Puna" en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, III, pp. 308-315.

Otras publicaciones periódicas consultadas

Anales del Ateneo del Uruguay (Uruguay)

Arlequín

Atlántida

Caras y Caretas (Uruguay)

Caras y Caretas

Claridad

Crítica

El Cuento Ilustrado

El Gladiador

El Mundo

El Sol

El Sol del Domingo

La Razón

Nosotros

Revista Nacional (Uruguay)

II. Diccionarios, índices y catálogos

AA.VV. (1968) *Bibliografía argentina de artes y letras. Artes y letras en "La Nación" de Buenos Aires. 1870-1899*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes.

Cutolo, Vicente Osvaldo (1975) *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Editorial Elche.

De Luca, Rubén M. (2008) *Diccionario argentino de seudónimos*, Buenos Aires, Dunken.

Fernández de Vidal, Stella Maris (1962) *Bibliografía Argentina de artes y letras. Bibliografía de Roberto J. Payró (1867-1928)*, Buenos Aires, Fondo Nacional de la Artes.

Fernández Saldaña, J. M. (1945) *Diccionario uruguayo de biografías (1810-1940)*, Montevideo, Editorial Amerindia.

Marazzo, Javier (1921) *Nuevo diccionario geográfico histórico de la República Argentina*, Buenos Aires, Talleres Ricardo Radaelli.

Navarro Viola, Jorge (dir.) (1897) *Anuario de la prensa argentina. 1896*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e hijos.

Orzali, Ignacio (1893) *La Prensa Argentina*, Buenos Aires/La Plata/Rosario, Imprenta, Litografía y Encuadernación Jacobo Peuser.

Pereyra, Washington Luis (1993) *La prensa literaria argentina 1890-1974*, t. I. *Los años dorados. 1890-1919*, Buenos Aires, Librería Colonial.

Scarone, Arturo (1918) *Uruguayos contemporáneos*, Montevideo, Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento".

--- (1941) *Diccionario de seudónimos del Uruguay*, Montevideo, Claudio García & Cía.

Udaondo, Enrique (1938) *Diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Coni.

III. Bibliografía sobre prensa y periodismo. Obras generales y estudios de caso

Alonso, Paula (1997) "'En la primavera de la historia'. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*. F.F. y Letras, UBA, nº 15, 1er. sem. 1997, pp. 35-70.

Bilbao, Manuel (1902) *Buenos Aires. Desde su fundación hasta nuestros días. Especialmente el período comprendido en los siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina.

Bischoff, Efraín U., (2004) *El periodismo cordobés y los años 80 del siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo.

Bressan, Raquel (2010) *La Prensa, 1869-1879. Un acercamiento al mundo periodístico porteño a partir de la primera década del diario*. Tesis de Maestría en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés, Buenos Aires.

Cerda Catalán, Alfonso (1965) *Contribución a la historia de la sátira política en el Uruguay: 1897-1904*, Montevideo, Universidad de la República Oriental del Uruguay. Facultad de Humanidades y Ciencias.

De Burgh, Hugo (ed.) (2000) *Investigative journalism. Context and practice*, London and New York, Routledge.

De Marco, Miguel Ángel (comp.) (2003) *Corresponsales en acción. Crónicas de la guerra del Paraguay. "La Tribuna" (1865-1866)*, Buenos Aires, Librería Histórica.

--- (2006) *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el Centenario de Mayo*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Católica Argentina.

Duncan, Tim (1980) "La prensa política: 'Sud-América', 1884-1892", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 761-783.

- Echagüe, Juan Pablo (1945) *Manuel Lainez: Su generación y el periodismo de su tiempo*, Buenos Aires.
- Eujanian, Alejandro C. (1999a) *Historia de revistas argentinas. 1900-1950. La conquista del público*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Fernández, José Luis, Claudia López Barros y José Luis Petris (1999) "La ciudad y la prensa: Los medios gráficos frente a las transformaciones de Buenos Aires", en Margarita Gutman y Thomas Reese (eds.) *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, pp. 241-253.
- Fernández, Juan Rómulo (1919) *Civilización argentina. La obra de "La Prensa" en 50 años*, Buenos Aires.
- (1943) *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Librería Perlado Editores.
- Fritzsche, Peter ([1996] 2008) *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina; trad.: Silvia Jawerbaum y Julieta Barba.
- Galván Moreno, C. (1944) *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- González Tuñón, Raúl (1969) "Crítica y los años veinte", en *Todo es Historia*, nº 32, diciembre, pp. 54-67.
- Halperín, Jorge (2008), *La entrevista periodística. Intimidaciones de la conversación pública*, Buenos Aires, Aguilar.
- Kalifa, Dominique (2004) "Policier, détective, reporter. Trois figures de l'enquêteur dans la France de 1900", en *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, nº 22, pp. 15-28.
- Lafleur, Héctor, Sergio Provenzano, Fernando Alonso (2006) *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, Buenos Aires, El 8vo Loco.
- Maceira, Enrique José (2006) *"La Prensa" que he vivido*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo.
- Malharro, Martín y Diana López Gijssberts (1999) *El periodismo de denuncia y de investigación en Argentina. De La Gaceta a Operación Masacre (1810-1957)*, La Plata, Ediciones de periodismo y comunicación.
- Mayochi, Enrique Mario (2000) "El periodismo argentino del Centenario. 1901-1916" en Alberto David Leiva (coord.) *Los días del Centenario de Mayo*, t. 2, San Isidro, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro.
- Mitre, Adolfo (1943) *Mitre, periodista*, Buenos Aires, Institución Mitre.

- Olarreaga, Manuel (1962) *El periodismo en el departamento de Salto. (Aportes para una historia del periodismo)*, Salto, s/d.
- Ojeda, Alejandra V. (2009) "Del *reclame* a la publicidad. La transición hacia la modernidad publicitaria en la prensa periódica argentina entre 1862 y 1885", en *Pensar la Publicidad*, vol. III, nº 2, pp. 133-148.
- Pignatelli, Adrián Ignacio (2005) "Eustaquio Pellicer", en *Boletín de la Academia Nacional de Periodismo*, año 7, nº 18, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, pp. 77-86.
- Quesada, Ernesto (1883a) "El periodismo argentino (1877-1883)", en *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, tomo IX, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo pp. 72-101.
- (1883b) "El periodismo argentino en la capital de la República", en *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, tomo IX, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, pp. 425-447.
- Rivera, Jorge B. (1998) *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel.
- Rogers, Geraldine (2004) "Magazines y periódicos: zonas de superposición en la lucha por el mercado (1898-1904)" en *Orbis Tertius*, año IX, nº 10.
- (2008) *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- Roman, Claudia (2003) "La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)" en Julio Schvartzman (dir.), *La lucha de los lenguajes, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Emecé, pp. 439-484.
- (2010a) *La prensa satírica argentina del siglo XIX. Palabras e imágenes*, Tesis doctoral de la carrera de Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2010b) "La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)" en Alejandra Laera (dir.), *El Brote de los géneros, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Emecé, pp. 15-37.
- Romano, Eduardo (2004) *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos.
- Sáitta, Sylvia (1998) *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- (2000) "El periodismo popular en los años veinte", en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva historia argentina, vol. 6, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 435-471.
- (2009) "Nuevo periodismo y literatura argentina", en Celina Manzoni (dir.), *Rupturas, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 7, Buenos Aires, Emecé, pp. 239-264.
- Sáitta, Sylvia y Luis Alberto Romero (1998) "Prólogo" a *Grandes entrevistas de la historia argentina*, Buenos Aires, Aguilar.

Sidicaro, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Szir, Sandra M. (2009) "Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas* (1898-1908)", en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Impresiones porteñas: Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 109-139.

Ulanovsky, Carlos (1997) *Parent las rotativas. Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa.

Weill, George (1979) *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, México, UTEHA; trad.: Virgilio Beléndez.

Wolf, Tom ([1973] 1998) *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama; trad.: José Luis Guarner.

Zanetti, Susana (coord.) (2004) *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires. 1892-1916*, Buenos Aires, Eudeba.

Zimmermann, Eduardo (1998) "La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano", en *Estudios Sociales*, año VIII, nº 15, 2º semestre, pp. 45-70.

IV. Bibliografía crítica y teórica sobre crónica y viajes

Aira, César (2001) "El viaje y su relato", en *El País*, Madrid, 21 de junio.

Andermann, Jens (2000) *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora.

Barthes, Roland ([1964] 2003) "Estructura del 'suceso'", *Ensayos críticos*, Buenos Aires, Seix Barral, pp. 259-272; trad.: Carlos Pujol.

Butor, Michel (1972) "Le voyage et l'écriture" en *Romantisme*, nº4, Paris, pp. 4-19.

Castro, Hortensia (2007) "Otras miradas, otros lugares. Los relatos de viajeros en la construcción de la Puna argentina", en Perla Zusman, Carla Lois y Hortensia Castro (compiladoras), *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 93-113.

Colombi, Beatriz (1997) "Crónica y modernismo. Una aproximación a su retórica" en AA.VV., *Nuevos territorios de la Literatura Latinoamericana*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

--- (2004) *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

- (2006) "El viaje y su relato", *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, nº 43, Centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos-UNAM, México, pp. 11-35.
- (2010) "Prólogo" a *Cosmópolis. Del flâneur al globe trotter*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Cuvaric García, Dorde (2012) *El flâneur en las prácticas culturales, el costumbrismo y el modernismo*, Paris, Éditions Publibook.
- De Certau, Michel (2007) *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana; trad.: Alejandro Pescador.
- Duncan, James and Derek Gregory (1999) "Introduction", James Duncan and Derek Gregory (eds.) *Writes of Passage. Reading travel writing*, London, Routledge, pp. 1-13.
- Fernández Bravo, Álvaro (1999) *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana / Universidad de San Andrés.
- González, Aníbal (1983) *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas.
- (2007) *A companion to Spanish American Modernismo*, Woodbridge, Tamesis.
- Livon-Grosman, Ernesto (2004) *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Mignolo, Walter (1982) "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en AA.VV., *Historia de la literatura hispanoamericana*, T. I, Madrid, Ediciones Cátedra, pp. 57-102.
- Monsiváis, Carlos (2006) "Prólogo" a *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Ediciones ERA.
- Monteleone, Jorge (1999) *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, El Ateneo.
- M'Sili, Marine, (2005) "Du fait divers au fait de société (XIX^e-XX^e siècles): les changements de signification de la chronique des faits divers", en *Les Cahiers Du Journalisme*, nº 14, Printemps / Été.
- Navarro Floria, Pedro (2007) "Visitar al soberano. El viaje político al interior como instrumento del gobierno y de la mirada oligárquica: Patagonia, 1899-1911", en *Modernidades*, nº 6, junio.
- (2009) "El conocimiento de los Territorios Nacionales generado por los agentes del Estado: Memorias, informes y mapas", en Podgorny Irina, Marta Penhos y Pedro Navarro Floria, *Viajes. Espacios y cuerpos en la Argentina del siglo XIX y comienzos del XX*, Buenos Aires, Teseo, pp. 89-114.

- Poupeney Hart, Catherine (1991) "La Crónica de Indias entre 'historia' y 'ficción'", en *Revista canadiense de Estudios Hispánicos*, vol 15, nº 3, Primavera, pp. 503-515.
- Pratt, Mary Louise (1997) *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes; trad.: Ofelia Castillo.
- Prieto, Adolfo (1996) *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Pupo-Walker, Enrique (1978) "El cuadro de costumbres, el cuento y la posibilidad de un deslinde", *Revista Iberoamericana*, nº 102-103, enero-junio, pp. 1-15.
- Real de Azúa, Carlos (1968) "Prosa del mirar y del vivir", *Capítulo Oriental*, nº9, Montevideo, Centro Editor de América Latina.
- Rotker, Susana (1992) *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena.
- Schivelbusch, Wolfgang (1986) *The Railway Journey. The industrialization of time and space in the 19th century*, Berkeley / Los Angeles, University of California Press.
- Silvestri, Graciela (2010) "Cuadros de la naturaleza. La retórica del viaje en el fin de siglo argentino (1878-1904)" en Alejandra Laera (dir.), *El Brote de los géneros, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Emecé, pp. 467-498.
- Sosa, Carlos H. (2009) "En las vísperas del género. (La crónica periodística como antecedente de los folletines de Eduardo Gutiérrez)", en Royo Amelia (dir.), *De la región vivida a la Patria Grande: in memoriam de Alicia Chibán*, Salta, Universidad Nacional de Salta, pp. 471-503.
- Todorov, Tzvetan (1993) "El viaje y su relato" en *Las morales de la historia*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, pp. 91-102; trad.: Marta Bertran Alcázar.
- Torre, Claudia (2010) *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Van Den Abbeele, Georges (1992) "Introduction: The economy of travel", en *Travel as metaphor. From Montaigne to Rousseau*, Minneapolis – Oxford, University of Minnesota Press, pp. xiii-xxx.
- Viñas, David ([1964] 1994) "La mirada a Europa: Del viaje colonial al viaje estético", en *Literatura argentina y realidad política*, v.1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Zilcoski, John (2008) "Writing Travel", John Zilcosky (ed.), *Writing Travel. The poetics and Politics of the Modern Journey*, Toronto, University of Toronto Press, pp. 1-21.

V. Bibliografía seleccionada sobre los autores

Aira, César (1993) "Arlt", en *Paradoxa*, nº 7, pp. 55-71.

Barcia, Pedro Luis (1979) "Fray Mocho testigo de Buenos Aires", en Fray Mocho, *Fray Mocho desconocido*, Estudio y compilación por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Ediciones del Mar de Solís, pp. 9-94.

Camacho, Mario Ovidio (1982) "Estudio preliminar", Roberto J. Payró, *Pago Chico y nuevos cuentos de Pago Chico*, Buenos Aires, Abril, pp. 5-58.

Capdevilla, Arturo (1946) *Rubén Darío. "Un bardo rei"*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina.

Díaz Molano, Elías (1981) *Domingo Guzmán Silva*, Buenos Aires, Plus Ultra.

Eizaguirre, José Manuel (1919) "Ada M. Elflein. Algunos datos sobre la vida y la obra de esta escritora argentina", en *El Monitor de la Educación Común*, año 37, nº 560, 31 de agosto, pp. 93-102.

Etcheverry, Carlos R. (1956) "Tres periodistas de estirpe vasca", en *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*, año VII, vol. VII, nº 27, octubre-diciembre, pp. 193-210.

Fernández, Juan Rómulo (1942) "La vida de un periodista. José Manuel Eizaguirre" en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XXIX, nº 5-6, julio-agosto, pp. 564-587.

Ferrari, Germán (2006) *Raúl González Tuñón periodista*, Buenos Aires, Ediciones del CCC. Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Fontana, Patricio (2010) *Arlt va al cine*, Buenos Aires, Librería.

García, Germán (1961) *Roberto J. Payró. Testimonio de una vida y realidad de una literatura*, Buenos Aires, Nova.

Gacía Merou ([1891] 1973) *Recuerdos Literarios*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Generani, Gustavo (2002) "Roberto J. Payró. El realismo como política" en María Teresa Gramuglio (dir.), *El imperio realista, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 6, Buenos Aires, Emecé, pp. 61-89.

Giusti, Roberto F. (s/f) "La obra literaria de Roberto Payró", Roberto J. Payró, *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, pp. 11-25.

Giménez Pastor, Arturo (1918) "Arturo Giménez Pastor. Noticia biográfica", en *El Cuento Ilustrado*, año I, Tomo I, nº 13, 2 de julio de 1918, pp. 291-292.

- González Lanuza, Eduardo (1965) *Genio y figura de Roberto J. Payró*, Buenos Aires, Eudeba.
- Larra, Raúl ([1951] 1960) *Payró, el novelista de la democracia*, Buenos Aires, Editorial La Mandrágora.
- Lascano, Pablo (1889) *Siluetas contemporáneas*, Buenos Aires, J. Peuser.
- Mayochi, Enrique Mario (2003) "Aníbal Latino, cronista de Buenos Aires", en *Historias de la ciudad. Una revista de Buenos Aires*, nº 20, abril, pp. 22-30.
- Mella, Amalia Elena (2006) "La escritura de lo inmediato" en Alfredo Rubione (dir.), *La crisis de las formas, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 5, Buenos Aires, Emecé, pp. 581-603.
- Merbilhaá, Margarita (2009) *Trayectoria intelectual y literaria de Manuel Ugarte (1895-1924)*, Tesis doctoral de la carrera de Letras, Universidad Nacional de La Plata. (URL: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.462/te.462.pdf>).
- Minguzzi, Armando y Raúl Illescas, (2000) "Giuseppe Ceppi: inmigrante italiano y periodista", en *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, nº 1, (URL: <http://alhim.revues.org/52>).
- Pellettieri, Eduardo (2004) "Payró y el 'teatro de ideas'", en Pellettieri E. (ed.) *Reflexiones sobre el teatro*, Buenos Aires, Galerna, pp. 253-258.
- Piquet, Julio (1924) "Apuntes a lápiz" en *Nosotros*, nº 228, XXIII, mayo, pp. 159-166.
- Rodríguez Monegal, Emir (1955) "Ubicación histórica de Manuel Bernárdez", en *Marcha*, nº 775, pp. 20-21.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (2009) "Fray Mocho: *Un viaje al país de los matreros* o los misterios del pajonal", *Hispanamérica*, año 38, nº 114, diciembre, pp. 3-12.
- Rogers, Geraldine (2010) "Émile Zola en los textos porteños de Rubén Darío: una autoimagen de los escritores modernos en la Argentina finisecular" en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 39, pp. 173-189.
- Rojas Paz, Pablo (1942) "Payró y su tiempo", en *Nosotros (Segunda Época)*, nº 75, VII, t. XVII, junio, pp. 217-236.
- Sáitta, Sylvia (2013) "En el puerto se aprende a soñar. Viajando con Roberto Arlt por el litoral argentino en 1933", en AA.VV. *Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, pp. 229-245.
- Salas, Horacio (1975) *Conversaciones con Raúl González Tuñón*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla.

Sarlo, Beatriz (1984) "Prólogo" a Roberto J. Payró, *Obras*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Servelli, Martín (2013) "Roberto J. Payró y el reporterismo viajero" en AA.VV. *Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, pp 195-209.

Severino, Jorge Enrique (1996) "Payró en la revista *El Sol del domingo / El Sol*", *Boletín*, nº 2, Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos, Buenos Aires, octubre.

Szurmuk, Mónica (1996) "Ada María Elflein: Viaje al interior de las identidades", en *Monographic Review / Revista Monográfica*, vol. XII: Hispanic Travel Literature, pp. 337-344.

Viñas, David (1983) "Payró como socialista del 1900 y 'hombre de *La Nación*'", en *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, pp. 286-289.

Zum Felde, Alberto (1930) "Manuel Bernárdez", en *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, vol.2, Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, pp. 30-31.

VI. Bibliografía seleccionada sobre el período

Aspectos históricos, sociales, políticos y económicos

Alonso, Paula (2010a) "La Unión Cívica Radical: fundación, oposición y triunfo (1890-1916)", Mirta Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, *Nueva historia argentina*, vol. V, Sudamericana, pp. 209-259.

--- (2010b) *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa.

Badoza, María Silvia (2001) "Patrones, capataces y trabajadores en la industria gráfica. Un estudio de caso: Ortega y Radaelli, 1901-1921", en *Secuencia*, nº 50, mayo-agosto, pp. 46-81.

Balestra, Juan (1986) *El noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina.

Bandieri, Susana (2010) "Ampliando las fronteras: la ocupación de la Patagonia", Mirta Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, *Nueva historia argentina*, vol. V, Sudamericana, pp. 119-177.

Bertoni, Lilia Ana (2007) *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines de siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Bialet Massé, Juan ([1904] 2010) *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*, La Plata, Ministerio de Trabajo de la provincia de Buenos Aires.

- Botana, Natalio R. (1986) *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Braun Menéndez, Armando (1965) *Las dos presidencias de Julio A. Roca (1880–1886 y 1898–1904)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- Campi, Daniel (1999) “Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes”, en Fernando Devoto y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en Argentina*, T. II, La Argentina plural: 1879-1930, Buenos Aires, Taurus, pp. 188-221.
- Campobassi, José S. (1980) *Mitre y su época*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Cantón Darío, “Notas sobre las Fuerzas Armadas Argentinas” en Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperín Donghi (comps.) *Los fragmentos del poder. De la oligarquía a la poliarquía argentina*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, pp. 357-388.
- De Vedia, Mariano (1928) *Roca*, Paris, Cabaut y C^{ía}. Editores.
- Devoto, Fernando (2005) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2009) *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Díaz Alejandro, Carlos F. (1980) “La economía argentina durante el período 1880-1913”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 369-375.
- Di Meglio, Gabriel (2008) “Patria” en Noemí Goldman (ed.) *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 115-130.
- Ferrari, Gustavo (1980) “La Argentina y sus vecinos” en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 671-693.
- Gallo, Ezequiel (2007) *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina.
- Irazusta, Julio (1977) *El tránsito del siglo XIX al XX. 1896-1904*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla.
- Korn, Francis (1981) *Buenos Aires 1895. Una ciudad moderna*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.
- Lobato, Mirta Zaida (2010) “Los trabajadores en la era del ‘progreso’”, en Mirta Lobato (dir.) *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva historia argentina, vol. V, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 465-506.

- Lobato, Mirta Zaida y Juan Suriano (2004) *Atlas histórico de la Argentina, Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Lois, Carla M. (1999) "La invención del desierto chaqueño. Una aproximación a las formas de apropiación simbólica de los territorios del Chaco en los tiempos de la formación y consolidación del Estado nación argentino" en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, nº 38, 15 de abril (URL: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-38.htm>).
- Minvielle, Sandra y Perla Zusman (1995) "Sociedades Geográficas y delimitación del territorio en la construcción del Estado nación argentino." Trabajo presentado en el V Encuentro de Geógrafos de América Latina, La Habana, Cuba (Mimeo).
- Nacach, Gabriela (2012) "Tierra del Fuego: construcción científico-política de la exclusión y contraimagen del ideal ciudadano", en *Dynamis*, vol. 32, nº 1, pp. 69-92.
- Navarro Floria, Pedro (2005) "Una historia natural y moral de la Nación en sus confines: la Patagonia en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino (1879-1911)" en *Modernidades*, nº 1, agosto.
- Palermo, Silvana A. (2004) "Ciencia, reformismo y los derechos del trabajador-ciudadano: la regulación estatal del trabajo ferroviario según Biale Massé", en *Entrepasados. Revista de historia*, año XIII, nº 26, principios de 2004, pp. 31-52.
- Pérez Guillhou, Dardo (1980) "Emilio Civit", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 335-355.
- Richard-Jorba, Rodolfo (2009) "El mundo del trabajo vitivinícola en Mendoza (Argentina) durante la modernización capitalista, 1880-1914", *Mundo Agrario*, vol. 9, nº 18, primer semestre.
- Rocchi, Fernando (2010) "El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916", en Mirta Zaida Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva historia argentina, vol. V, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 15-69.
- Rock, David (2006) *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Sabato, Hilda (1990) "La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?", en *Punto de Vista*, nº 39, diciembre, pp. 27-31.
- (2009) "'Resistir la imposición': revolución, ciudadanía y república en la Argentina de 1880", en *Revista de Indias*, vol. LXIX, nº 246, Madrid, pp. 159-181.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1995) *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

Scobie, James R. (1988) *Secondary cities of Argentina. The social history of Corrientes, Salta, and Mendoza, 1850-1910*, Stanford, Stanford University Press.

Suriano, Juan (2000) (comp.), *La cuestión social en Argentina 1870–1943*, Buenos Aires, Editorial La Colmena.

Terán, Oscar (1999) “Ernesto Quesada o cómo mezclar sin mezclarse”, en *Prismas*, nº 3, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 37-50.

--- (2008) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Zalduendo Eduardo (1980), “Aspectos económicos del sistema de transportes de la Argentina (1880-1914)”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 439-467.

Aspectos culturales

Bibbó, Federico (2008) “Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892)”, en *Orbis Tertius*, año XIII, nº 14.

Bosch, Mariano G. ([1929] 1969), *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*, Buenos Aires, Solar / Hachette.

Bruno, Paula (2009) “Lecturas sobre la vida intelectual en la Argentina de entre-siglos”, Documento de Trabajo nº 49, Buenos Aires, Universidad de San Andrés/Departamento de Humanidades.

--- (2011) *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

Dalmaroni, Miguel (2006) *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

Delgado, Verónica (2009) *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias 1896-1913*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

Echagüe, Juan Pablo (1905), *Puntos de vista (Crónicas de Bibliografía y Teatro)*, Buenos Aires, Maucci Hermanos.

Elichondo, Margarita (1983) *La generación del '80 y el folklore*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

Espósito, Fabio (2009) *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores, la ciudad (1880-1890)*, La Plata, Al Margen.

Eujanian, Alejandro C. (1999) “La cultura: público, autores y editores” en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Nueva historia argentina, vol. IV, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 545-605.

- García Morales, Alfonso (2004) "Un lugar para el arte. Rubén Darío y Eduardo Schiaffino (Documentos y cartas inéditas)", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 33, pp. 103-173.
- Giusti, Roberto F. (1965) *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*, Buenos Aires, Losada.
- Laera, Alejandra (2003) *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2008) "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)", en Carlos Altamirano (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.) *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Bs. As., Katz Editores, pp. 495-522.
- Malosetti Costa, Laura (2001) *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Pastormerlo, Sergio (2006) "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luis de Diego (dir.) *Editores y políticas editoriales en argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 1-28.
- Podestá José, J. (2003) *Medio siglo de farándula: Memorias de José J. Podestá*, Buenos Aires, Galerna.
- Prieto, Adolfo (1988) *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Quesada, Ernesto ([1902] 1983) "El 'criollismo' en la literatura argentina", en Alfredo Rubione (1983).
- Quintero Palacios, Silvina (1995) "Geografía y Nación. Estrategias educativas en la representación del territorio argentino (1862-1870)", en *Territorio*, nº 7, Instituto de Geografía, F.F.y.L., Buenos Aires.
- Rama Ángel (1983) "La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)", en *Hispanamérica*, nº 36, pp. 3-19.
- (1985) *Las máscaras democráticas del Modernismo*, Montevideo, Fundación Ángel Rama.
- (1998) *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (2008) *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- Rubione, Alfredo (1983) *En torno al criollismo. Textos y polémica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- (2006) "Retorno a las tradiciones", Alfredo Rubione (dir.), *La crisis de las formas, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 5, Buenos Aires, Emecé, pp. 75-100.

Tell, Verónica (2009) "Reproducción fotográfica e impresión fotomecánica: materialidad y apropiación de imágenes a fines del siglo XIX", en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Impresiones porteñas: Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 141-164.

VII. Bibliografía general

Aliata, Fernando y Graciela Silvestri (1994) *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*, Buenos Aires, CEAL.

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo (1980), *Conceptos de sociología literaria*, Centro Editor de América Latina.

Amar Sánchez, Ana María (1982) *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

Anderson, Benedict ([1983] 2000) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; trad.: Eduardo L. Suárez.

Bachelard, Gaston ([1957] 2000) *La poética del espacio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; trad.: Ernestina de Champourcin.

Barthes, Roland (2009) *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*, Barcelona, Paidós; trad.: C. Fernández Medrano.

Benjamin, Walter (1998) *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Taurus; trad.: Jesús Aguirre.

Bruera, Matías (2006) *La argentina fermentada. Vino, alimentación y cultura*, Buenos Aires, Paidós.

Caimari, Lila (2004) "Pasiones punitivas y denuncias justicieras: la prensa y el castigo del delito en Buenos Aires (1890-1910)", en Paula Alonso (comp.) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Clementi, Hebe (1988) *La Frontera en América. Argentina – Brasil*, vol. 4, Buenos Aires, Editorial Leviatán.

Clifford, James (1986) "Introduction: Partial Truths", en James Clifford y George E. Marcus (eds.), *Writing culture. The poetics and politics of ethnography*, Los Angeles, University of California Press, pp. 1-26.

Comment, Bernard (1999) "Introduction", *The Panorama*, London, Reaktion Books, pp 7-20.

- Cosgrove, Denis, "Observando la naturaleza: El paisaje y el sentido europeo de la vista" en *Boletín de la A.G.E.*, N° 34, 2002, pags. 63-89.
- Cowan, Alexander and Jill Steward (eds.), *The City and the Senses. Urban culture since 1500*, Aldershot, Ashgate, 2007.
- Daudet, Alphonse (1968) *Tartarín de Tarascón. Tartarín en los Alpes. Port Tarascón*, Barcelona, CREDSA; trad.: A. Torres.
- Fernández Bravo, Álvaro (comp.) (2000) *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000.
- García Canclini, Néstor (1992) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Gelman, Jorge (dir.) (2011) *Argentina. Tomo 3 1880/1930. La apertura al mundo*, Lima, Taurus.
- Germani, Gino (comp.) (1976) *Urbanización, desarrollo y modernización*, Buenos Aires, Paidós.
- Gillespie, Alexander (1986) *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires, Hyspamérica; trad.: Carlos Aldao.
- Gorelik, Adrián (1999) "Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura", en Carlos Altamirano (ed. e introd.), *La argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel / Universidad Nacional de Quilmes, pp. 136-161.
- Hamon, Philippe (1991) *Introducción al análisis de lo descriptivo*, Buenos Aires, Edicial; trad.: Nicolás Bratosevich.
- Harley, J. B. (2005) *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, México, Fondo de Cultura Económica; trad.: Leticia García Cortés, Juan Carlos Rodríguez.
- Head, Francis Bond ([1826] 2007) *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, Traducción, estudio preliminar y notas: Patricio Fontana y Claudia Roman, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.
- Hill, Christopher (1980) "Robinson Crusoe", *History Workshop*, nº 10 (Autumn), Oxford University Press, pp. 6-24.
- Hobsbawm, Eric ([1983] 2002) "Introducción: La invención de la tradición", en Eric Hobsbawm y Terence ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, pp. 7-22; trad.: Omar Rodríguez.

- Humboldt, Alejandro de (1941) *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, v.3, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional; trad.: Lisandro Alvarado.
- Hutcheon, Linda (1985) *A Theory of Parody: The Teachings of Twentieth-Century Art Forms*, Chicago, University of Illinois Press.
- Marin, Louis (2005) "Le pouvoir et ses représentations", *Politiques de la représentation*, París, Éditions Kimé, pp. 71-85.
- Martí, José (2003) *Escenas norteamericanas*, Caracas, Editorial Arte.
- Martínez Estrada, Ezequiel ([1940] 2001), *La cabeza de Goliath*, Losada, Barcelona.
- Mitchell, W.J.T. (ed.) (1994) *Landscape and power*, Chicago–London, The University of Chicago Press.
- Montero Bustamante, Raúl (1905) *El Parnaso oriental. Antología de poetas uruguayos*, Montevideo, s.d.
- Nouzeilles, Gabriela (1999) "Patagonia as borderland. Nature, culture and the idea of state", *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol 8, nº 1 pp. 35-48.
- Oubiña, David (2009) *Una juguetería filosófica. Cine, cronofotografía y arte digital*, Buenos Aires, Manantial.
- Ramos, Julio ([1989] 2003) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Renan, Ernest (1947) *¿Qué es una nación? Cristianismo y judaísmo. Contemporáneos ilustres. Consejos del sabio*, Buenos Aires, Editorial Elevación.
- Rojas, Ricardo (1909) *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- (1949) *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, Cuarta parte, Los Modernos, v.II, Buenos Aires, Losada.
- Romano, Eduardo (1991) *Literatura / Cine Argentinos sobre la(s) frontera(s)*, Buenos Aires, Catálogos.
- Romero, José Luis ([1976] 2007) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina.
- Sabato, Hilda (1991) "¿Qué es una nación?", en *Punto de Vista*, nº 41, diciembre, pp. 29-34.
- Said, Edward W. (1990) *Orientalismo*, Madrid, Libertarias; trad.: María Luis Fuentes.

- Sarmiento, Domingo F. ([1841] 1961) "Viaje a Valparaíso", en *Chile. Descripciones – Viajes – Episodios – Costumbres*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- ([1845] 1986) *Facundo o civilización y barbarie*, Buenos Aires, Biblioteca Ayacucho/Hyspamérica.
- ([1849] 1993) *Viajes por Europa, África i América 1845-1847*, Madrid, Archivos, CSIC.
- (1883) *Conflicto y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, Imprenta de D. Tuñez.
- (1954) *Obras completas de Sarmiento. XXXVI. Condición del extranjero en América*, Buenos Aires, Editorial Luz de día.

Scobie, James R. (1964) *Argentina. A city and a Nation*, New York, Oxford University Press.

- Silvestri, Graciela (1999a) "Postales argentinas" en Carlos Altamirano (ed. e introd.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel / Universidad Nacional de Quilmes, pp. 111-135.
- (1999b) "Paisaje y representación", *Prismas, Revista de historia intelectual*, nº 3, pp. 231-245.
- (2011) *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa.

- Simmel, Georg (1939) "Digresión sobre la sociología de los sentidos" en *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, pp. 237-273; trad.: J. Pérez Bances.
- (1988) *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona, Península; trad.: Gustavo Muñoz y Salvador Mas.

Soja, E. ([1999] 2010), "Tercer Espacio: extendiendo el alcance de la imaginación geográfica" en: Benach, N., Albet, A. *Edward Soja: La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical*, Barcelona, Ed. Icaria, pp. 181-209.

Soler Cañas, Luis (1965) *Orígenes de la literatura lunfarda*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte.

Sommer, Doris (2004) *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica; trad. José Leandro Urbina y Ángela Pérez.

Villergas, J. M. (1853) *Sarmenticidio o a mal Sarmiento buena podadera*, París, Agencia General de la Librería Española y Extranjera.

- Viñas, David (1983) *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- ([1964] 1994) *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 vol.

- Williams, Raymond ([1973] 2001) *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós; trad.: Alcira Bixio.
- ([1961] 2003) *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión; trad.: Horacio Pons.
- ([2003b] *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión; trad.: Horacio Pons.

Agradecimientos

A pesar de que la mía es historia,
no la empezaré por el arca de Noé...

Esteban Echeverría

Mi agradecimiento a las personas e instituciones que colaboraron para que esta tesis fuera posible será más bien acotado, aunque podría ramificarse indefinidamente, siguiendo el principio causal de un cuento de Borges, que deriva al Moreno que asesinó Martín Fierro de la propuesta del Padre Bartolomé de las Casas de importar esclavos africanos a América, varios siglos antes. No me voy a remontar más allá de mis años de estudio, y solo para agradecer, en primer lugar, a la Universidad de Buenos Aires, donde me formé intelectualmente, me inicié en la investigación académica e ingresé a la docencia. Fue además esta universidad la que me otorgó, casi al límite de edad requerido, la beca de doctorado imprescindible para desarrollar la investigación y contar con el tiempo necesario para dedicarme al relevamiento y estudio de las fuentes y a la redacción final de la tesis.

Pero nada de esto hubiera sido posible sin la intervención decisiva de Sylvia Saïtta, quien además de haber sido mi profesora y luego mi directora de tesis, me permitió sumarme al equipo de la cátedra de Literatura Argentina II, me alentó para llevar a cabo esta investigación y me honró con su confianza incondicional y su generosidad intelectual. Considero un verdadero privilegio haber contado con su guía a lo largo de estos años de aprendizaje constante.

Agradezco también especialmente a Julio Schwartzman, quien dirigió mis primeras investigaciones como adscripto a la cátedra de Literatura Argentina I y me integró a los sucesivos equipos de investigación donde aún hoy participo. En esos grupos de trabajo desinteresado tuve interlocutores fundamentales para formarme como crítico e investigador, y conocí a personas ejemplares que me ayudaron a volcarme definitivamente a esta profesión, como Claudia Roman y Pablo Ansolabehere.

Quiero manifestar mi gratitud hacia los profesores de los seminarios doctorales que realicé: Cristina Iglesia, Adrián Gorelik, Fernando Devoto, Paula Bruno, Perla Zusmán y Marta Sierra. Cada uno de ellos me aportó valiosos conocimientos que espero no haber desmerecido.

También quiero dejar constancia en estas páginas de mis compañeros doctorandos, que me ayudaron a sobrellevar la incertidumbre del tesista en charlas de consuelos mutuos: Juan Pablo Canala (quien además leyó con aguda inteligencia un tramo de la tesis), Inés de Mendonça y Pablo Martínez Gramuglia. Lo mismo vale para quienes ya habían transitado este camino y me obsequiaron su experiencia y voces de aliento: Sandra Gasparini, Adriana Amante y David Oubiña, entre muchos otros.

La amistad y excelencia académica de mis compañeros de cátedra constituyeron un estímulo constante; ellos me brindaron la posibilidad invaluable de trabajar en un ambiente de respeto y camaradería a lo largo de estos años. Por esto, no quiero dejar de nombrar a Paula Bein, Tania Diz, Elena Donato, Martín Greco, Sebastián Hernaiz, Aníbal Jarkowski, Adriana Mancini, Marcelo Méndez, Soledad Quereilhac e Isabel Stratta. Tuve la posibilidad de discutir con muchos de ellos avances de esta indagación, junto al grupo de historiadores que también participaron de nuestro proyecto común de investigación, Alejandro Cataruzza, Ana Lía Rey y Juan Manuel Romero. A todos quiero retribuir sus observaciones, aportes y críticas en este modesto reconocimiento de deuda y gratitud.

Esta investigación se radicó en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Agradezco dicha posibilidad a su director, José Carlos Chiaramonte, y hago extensivo el reconocimiento a los grupos de investigación que me abrieron sus puertas para presentar avances de la tesis: el Claustro de Jóvenes Investigadores del Instituto y el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA).

Agradezco al personal de las siguientes bibliotecas, por su ayuda inestimable y soporte en momentos de desazón frente el esquivo material de las hemerotecas: Biblioteca Nacional, Biblioteca del Congreso de la Nación, Bibliotecas de la Facultad de Filosofía y Letras, Bibliotecas Prebisch y Tornquist del Banco Central de la República Argentina y Biblioteca Max von Buch de la Universidad de San Andrés. Y también a quienes me facilitaron valiosos materiales de archivo: Diego Galeano, quien compartió generosamente los documentos relativos a José S. Álvarez que se encuentran en el repositorio *Benson Latin American Collection* de la University of Texas; y Héctor Luis Pezzimenti, director del CEITPA (Centro de Estudio e Investigación de la Tarjeta Postal y Fotografía en Argentina) que me franqueó el acceso a su monumental colección personal de tarjetas postales argentinas.

Una férrea *dispositio* rige el ordenamiento de este género discursivo que son los agradecimientos; así el último lugar corresponde a la familia, que a lo largo de una investigación doctoral divide la rutina diaria en dos: la tesis y la vida. A mis amadas Verónica, Paulina y Lucila dedico esta línea final, que espero les devuelva íntegro a su fantasmal esposo y padre.